

**Serie: Tratados Teológicos**

# **EI Anticristo**

Un estudio profundo sobre la naturaleza del poder que desafía y se enfrenta abiertamente a Dios y que será vencido cuando Jesús vuelva por segunda vez para salvar a su pueblo.



*Federico Salvador Wadsworth*





## 0. Contenido

0.	Contenido .....	2
1.	Introducción General .....	3
2.	Estructura del Tratado Teológico .....	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado .....	6
5.	Propósito del Tratado .....	7
6.	Desarrollo del tema .....	7
6.1.	Introducción.....	7
6.2.	El significado de anticristo.....	8
6.3.	Un falso mensaje .....	12
6.4.	Falsos ministros .....	13
6.5.	Un poder perseguidor identificado .....	28
6.6.	La gran ramera y la bestia bermeja.....	55
6.7.	Los poderes coaligados .....	64
6.8.	La bestia que sube de la tierra.....	75
6.9.	La imagen y la marca de la bestia.....	80
7.	Material complementario .....	94
7.1.	Dioses convertidos en santos .....	94
7.2.	La idolatría “cristiana”.....	96
7.3.	Roma y sus siete colinas .....	99
7.4.	La reforma protestante, el preterismo, el futurismo y el anticristo.....	101
7.5.	Las hijas de la ramera.....	109
7.6.	Las persecuciones del papado.....	122
7.6.1.	Los amigos de Dios, mal llamados cátaros.....	122
7.6.2.	Otras persecuciones y genocidios .....	132
7.6.3.	El antisemitismo y la iglesia católica .....	144
7.7.	El Vaticano y el fascismo .....	146
7.7.1.	Mussolini.....	147
7.7.2.	Hitler .....	152
7.8.	El genocidio judío.....	170
7.8.1.	Antecedentes históricos.....	170
7.8.2.	La complicidad con Hitler.....	174
7.9.	Los genocidios clero-fascistas .....	185
7.9.1.	Austria.....	186
7.9.2.	Otros casos semejantes .....	187
7.9.3.	Croacia y la Ustashi.....	190



## 1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32)**.

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15)**.

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7)**.

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12)**. Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

## 2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- |    |                            |             |
|----|----------------------------|-------------|
| 1. | Religiones comparadas      | Serie 70.nn |
| 2. | Cronologías                | Serie 75.nn |
| 3. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| 4. | Genealogías                | Serie 85.nn |
| 5. | Biografías bíblicas        | Serie 90.nn |
| 6. | Historia                   | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

1. Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



2. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
3. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
4. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
5. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

1. Acápites por los subtemas principales.
2. Citas Bíblicas (en color rojo).
3. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
4. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
5. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
6. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
7. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

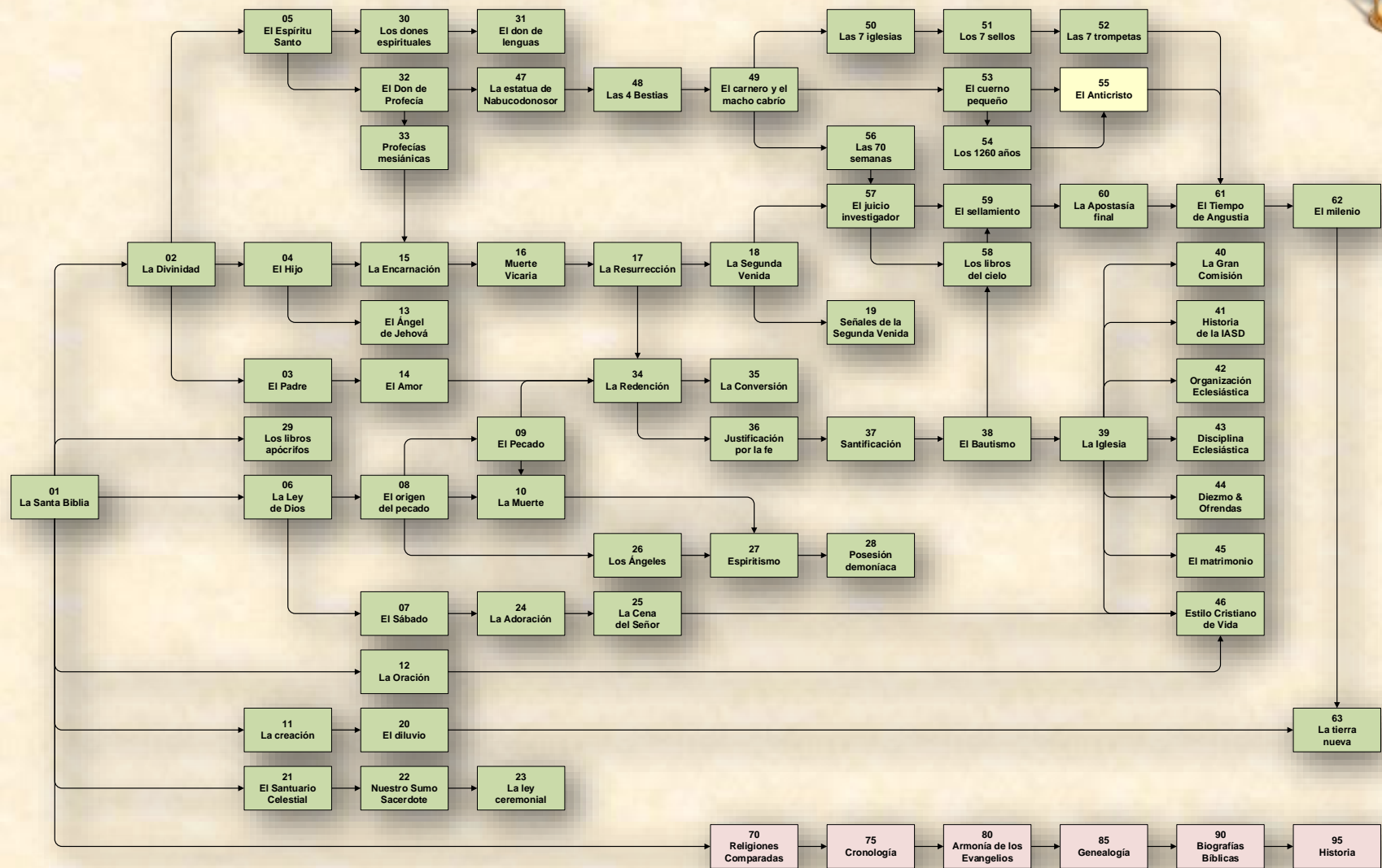
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayudamemoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchen con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

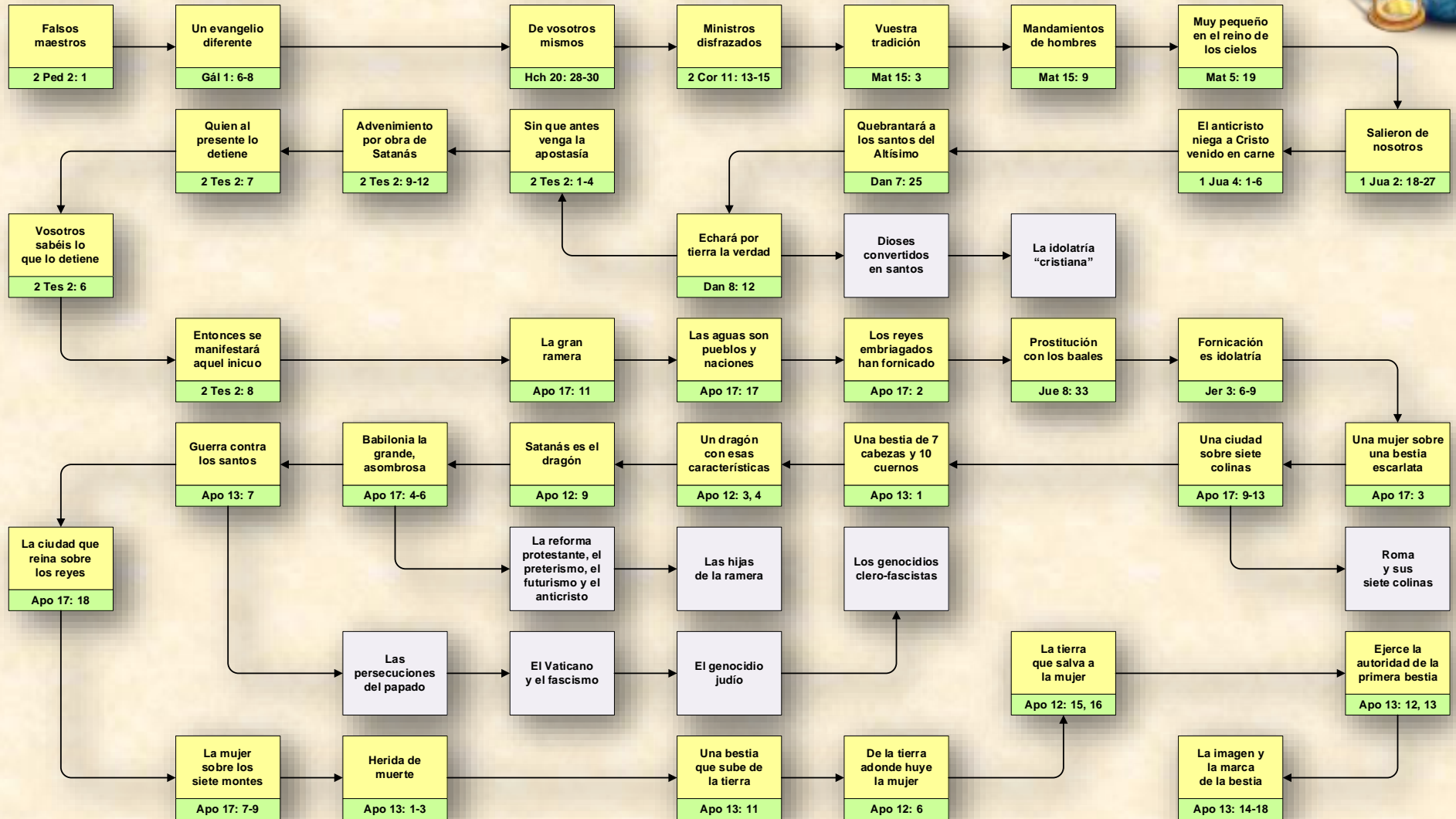


### 3. Mapa General de Tratados





#### 4. Mapa del Tratado





## 5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Presentar el concepto de anticristo.
- b. Contrastar el falso mensaje del anticristo con el evangelio.
- c. Dejar en evidencia el sacerdocio espurio del anticristo.
- d. Analizar el enfoque del anticristo en los tiempos finales.
- e. Identificar las fuerzas que apoyarán al anticristo de los tiempos finales.
- f. Definir el enfoque profético de las bestias de Apocalipsis.
- g. Estudiar el significado de Babilonia la Grande y sus "hijas".
- h. Comprender el sincretismo religioso entre la religión babilónica y la católica.
- i. Establecer la base para entender algunos de los acontecimientos finales.
- j. Revisar el concepto de la marca de la bestia en relación con el sello de Dios.
- k. Apelar a la historia para sostener la actitud perseguidora y genocida de la iglesia romana durante toda su historia.

## 6. Desarrollo del tema

### 6.1. Introducción

Escribir sobre la figura del anticristo ha agotado muchos tinteros a lo largo de los tiempos, desde la iglesia primitiva hasta nuestro tiempo. Ilustres personajes han escrito sobre el anticristo (también otros menos ilustres y entendidos) y en general las personas tienen casi infinitas interpretaciones sobre lo que significa. Desde aquellos que hablan de un personaje siniestro que aparecerá en el último tiempo (algunos lo han identificado hasta con nombre propio y lugar de nacimiento) hasta quienes entienden que no se trata de una persona, sino un sistema, o quienes lo han identificado con algún poder o reino de la historia.

Un concepto que confunde a las personas es pensar que anticristo significa "contra Cristo", como un opositor o enemigo, que en realidad también lo es, pero que ha llevado a algunos a suponer que se trata del ateísmo o el comunismo, que niegan a Cristo; cuando en realidad se trata más bien de quien se coloca "en lugar de Cristo", que parece representarlo, pero que no lo hace. Por lo tanto, el anticristo no es un movimiento o sistema opuesto a Cristo, sino uno que se coloca en su lugar y engañará (o ha estado engañando) al mundo entero.

Es importante entonces recordar que Jesús, en su discurso profético de **Mateo 24**, nos advirtió contra el peligro de ser engañados, de hecho es la primera advertencia que hace en dicho discurso. El engaño no sería ser descarriado por el secularismo, o por filosofías anticristianas, el ateísmo, sino, por el contrario, sería un engaño si alguien se presentara en el nombre de Cristo, pero que en realidad nos apartara del evangelio que el Señor nos enseñó.

Desde que el apóstol Juan escribió: "**el anticristo viene**" (**1 Juan 2: 18**), los cristianos han especulado en cuanto a su identidad. La Iglesia Primitiva pensaba que eran los romanos. Los de la Edad Media temían que el anticristo sea los husitas, los wiclefistas, los turcos otomanos o los judíos. Lutero y los reformadores protestantes nombraron a la Roma papal como el anticristo. El jesuita español, Francisco Ribera, liberó a la Roma papal del estigma identificando al anticristo como un personaje o poder del tiempo del fin todavía desconocido, un escenario que ha comprado el mundo evangélico de hoy. Las especulaciones actuales en cuanto al anticristo incluyen desde Henry Kissinger, el humanismo secular, el comunismo, la comisión trilateral, los Illuminati, Ronald Reagan, el Mercado Común Europeo y hasta una computadora en Bélgica.

Aunque la historia muestra que el pueblo de Dios ha sufrido por causa de opresores externos, tales como los egipcios, los babilonios, los griegos y los romanos, algunos creen que el anticristo se levantará desde dentro del cristianismo mismo.

Y con buenas razones. La palabra anticristo, por cierto, significa no sólo "contra Cristo", sino "en lugar de Cristo". Es por eso por lo que el apóstol Pablo advierte que el anticristo "**se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**" (**2 Tesalonicenses 2: 4**). Este poder no desafía abiertamente a Dios; en lugar de eso, el anticristo pretende hablar por Dios y toma sus prerrogativas.

Aunque los cristianos disienten en cuanto a la identidad del anticristo, todos concuerdan en que el antiguo Israel era la verdadera iglesia del Antiguo Testamento. Lean, sin embargo, lo que dijo Jesús de él: "**así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas... He aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para**



que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar... ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas ...!" (**Mateo 23: 31-37**).

La historia de Israel prueba la verdad de las palabras de Jesús. Muchos de los profetas "fueron apedreados, aserrados, ...muertos a filo de espada" (**Hebreos 11: 37**) por los mismos israelitas. Jesús advirtió que su traición continuaría, y fue así. Lo mataron a él también.

Estos asesinatos no fueron cometidos por los babilonios adoradores del sol, por los moabitas que sacrificaban niños, ni por ídólatras paganos, ¡sino por el mismo pueblo de Dios!  
**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 91, 92**

La experiencia de Israel es que los verdaderos siervos de Dios fueron perseguidos y asesinados por sus hermanos, por aquellos que aparentemente tenían la misma fe, incluso por quienes supuestamente adoraban al mismo Dios o pretendían servirle. Esto es lo que mostraremos en adelante. Por favor tenga en cuenta que la complejidad del tema requerirá alguna redundancia en las citas, y que estas tengan lugares comunes. Apelo a su paciencia y a su anhelo de conocer toda la verdad sobre este tema.

## 6.2. El significado de anticristo

Profundizaremos un poco sobre el significado de anticristo. Si el anticristo pretende reemplazar a Cristo, colocarse en su lugar, debe proveer un sistema alternativo de salvación (que evidentemente no puede salvar) por lo que el anticristo debe enseñar una falsa doctrina sobre la relación del hombre con Dios. Esto implica que el anticristo debe ser un sistema religioso que pretenda dar un camino de salvación que signifique una alternativa satánica a lo que el Señor nos enseñó de palabra y obra. Si es un falso sistema de religión, entonces el archienemigo de nuestras almas debe estar detrás como comprobaremos luego.

Pablo ya alertaba a los miembros y líderes de la iglesia apostólica que este falso sistema de religión introduciría "un evangelio distinto" que él consideraba sería una maldición para la iglesia. Los cristianos no debían fiarse de lo que los predicadores del error dijeran, sino que debían depender de las Sagradas Escrituras que les habían sido presentadas. Aún si él mismo, Pablo, o un ángel del cielo les enseñara esto, ellos no debían aceptarlo.

La preposición griega anti puede significar tanto "opuesto" o "contrario" (como en el caso de antítesis, antígeno, anticoagulante, antiséptico, etc.) como también "en lugar de" (como en antonomasia, antitipo, etc.). En este sentido, **Apocalipsis 2: 13** menciona a un mártir cristiano llamado Antipas, cuyo nombre significa, según la segunda acepción de anti "en lugar del padre", ya que sería impensable que sus progenitores le hubiesen puesto un nombre que significara "enemigo de su padre".

Por lo tanto, la idea implícita en el título "anticristo", a la luz del uso que se hace de él en la Biblia, no es tanto la de "enemigo declarado" como la de suplantador, impostor, alguien o algo (en el caso de una ideología) que pretende distraer o desviar la atención de la gente respecto de lo genuino para atraerla hacia sí. Una especie de "doble" que se hace pasar por lo que (o por quien) no es.

En tal sentido, vale la pena destacar dos definiciones esclarecedoras: "anti, combinado con un título que designe a un funcionario o a un hombre que ejerza alguna autoridad, significa siempre en lugar de". "El término [anticristo] no significa únicamente enemigo de Cristo, sino también un falso opositor de Cristo, un vicecristo, o ambas cosas a la vez; alguien que se dice cristiano, aunque se trata en realidad de un apóstata y, por lo tanto, un enemigo, pero disfrazado".

En Edén, y a instancias del hombre, la comunicación originalmente directa entre Dios y sus criaturas quedó interrumpida (**Isaías 59: 2**). Esa relación fue reanudada por iniciativa divina (**Hebreos 1: 1, 2**) y alcanzó su expresión más directa e inequívoca en la persona del Mesías (Jristós en griego, de donde proviene nuestro vocablo Cristo), quien llegó a decir de sí mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí [o "a través de mí"] se puede llegar al Padre" **Juan 14: 6, DHH**; compárese con **Génesis. 28: 12**). Lo cual significa que Cristo, en su doble y simultánea condición divino-humana se "tendió" sobre el abismo insondable que separaba al hombre de su Hacedor e hizo posible para aquél el "retorno" a "la casa del Padre".

A eso mismo se refiere Pablo en **1 Timoteo 2: 5** cuando dice que: "no hay más que un Dios, y un solo hombre que sea mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús".

Todo el ceremonial simbólico del santuario israelita era una sombra o figura que preparó durante más de un milenio a un pueblo para que "llegado el cumplimiento del tiempo" (**Gálatas 4: 4**) fuera capaz de reconocer al Salvador del mundo: su naturaleza, carácter y misión terrenal y celestial.





Cuando la figura o símbolo se encontró con la realidad representada, lo primero dejó de tener sentido (cómo la etapa propulsora de una cápsula espacial cuando ésta ha logrado traspasar la atmósfera) y **"el velo del templo se rasgó por la mitad"** (**Lucas 23: 45**).

Lo que una vez sirvió para preparar el camino a una revelación más plena y directa de Dios habría resultado un obstáculo, una distracción, en caso de haber seguido vigente (**Hebreos 6: 19, 20; 10: 19, 20**; etc.). Nada ni nadie debía interponerse entre Dios y el hombre, reconciliados por y en la persona de Cristo exclusivamente (**1 Corintios 5: 17-19**).

La peligrosidad del anticristo predicho por Daniel, Jesús, Pablo y Juan no radica tanto en que se trate de un poder abiertamente opuesto al evangelio, sino en que constituye una falsificación, una suplantación casi perfecta de él. Cristo no estaba tan preocupado por los que tratarían de **"matar el cuerpo"** (**Mateo 10: 28**), como por las **"grandes señales y milagros que engañarían, si fuera posible ...hasta a los que Dios mismo ha escogido"** (**Mateo 24: 24**). De allí que advirtiera acerca de la aparición de **"falsos Cristos"** (**Mateo 24: 23-26**), no de enemigos declarados de Cristo. Como reza el antiguo refrán: "del agua mansa me libre Dios, que de la turbia me libre yo".

La marca distintiva del anticristo fue, es y será, dondequiera y cuandoquiera se presente, no tanto su furiosa oposición a Cristo y su mensaje, sino su asombroso parecido a él, su similitud casi perfecta [aunque el error evidentemente no se acerca a la perfección del evangelio debía tener una mezcla de verdad y error que no fuera posible discernir sin la ayuda de la Palabra de Dios y la iluminación del Espíritu Santo]. Por eso algunos intérpretes ven en el famoso "número" del anticristo apocalíptico (666), precisamente lo más próximo a la perfección en términos simbólicos (777).

Si el 7 simboliza totalidad, perfección, plenitud, el 6 debe representar, sugiérenlo, incompleto, lo insuficiente, lo menos que ideal; lo "casi (6), casi (6), casi (6) verdadero", por ello mismo tanto más peligroso, ya que como alguien dijo cierta vez: "el error más difícil de detectar es el que está combinado con una abundante proporción de verdad".

Por eso Pablo advirtió a la iglesia de sus días y del futuro: **"si alguien les anuncia un evangelio distinto del que ya les hemos anunciado, que caiga sobre él la maldición de Dios, no importa si se trata de mí mismo o de un ángel venido del cielo"** (**Gálatas 1: 8**), porque **"Satanás mismo se disfraza de ángel de luz"** (**2 Corintios 11: 14**) y es capaz de hacer **"grandes señales milagrosas... para engañar a los habitantes de la tierra"** (**Apocalipsis 13: 13, 14**).

Ya en Sinaí Dios advirtió: **"no tengas dioses ajenos delante de mí"**. Lo que se interpone entre dos sujetos impide la comunicación y el contacto directo entre ambos. La menor distancia entre dos puntos (Dios y el hombre) sigue siendo una recta, sin intermediarios, vicarios (sustitutos) ni corredores. Todo lo que se interponga entre ambos participa, por ello mismo, de la naturaleza del "anticristo".

**Hugo A. Cotro, Qué dice la Biblia, Respuestas bíblicas para sus interrogantes, 107-110**

Para que el falso evangelio funcione (para engañar, me refiero) debe parecerse a la verdad de alguna manera. Por eso la mezcla de cristianismo y paganismo que ha desarrollado la iglesia romana parece reflejar, para el adorador poco enterado, el mensaje de nuestro Señor Jesucristo. Por otro lado, si a los fieles católicos se les dice que su iglesia es la que debe interpretar para ellos qué es la verdad, reprimiendo el libre examen, entonces es fácil que el error no sea percibido y muchas buenas personas piensen que seguir a esa iglesia es la forma de alcanzar la salvación y la vida eterna.

¿Y qué en cuanto a la iglesia cristiana mientras llevaba el evangelio al mundo? Después de unos pocos siglos, la iglesia y el paganismo se unieron como un joven inocente y una prostituta. Durante más de mil años las grandes verdades de la salvación fueron reprimidas por aquellos comisionados a predicarlas. Mientras tanto, los que adherían a la Biblia eran acusados de herejía, blasfemia y sedición. Fueron buscados, marcados, exiliados y asesinados, todo en el nombre de Jesús.

Daniel, escribiendo acerca de este poder, el anticristo, casi mil años antes que existiera, advirtió que haría **"guerra contra los santos"** (**Daniel 7: 21**). Juan, el Revelador, repitió en el primer siglo la misma advertencia con respecto al mismo poder: **"y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos"** (**Apocalipsis 13: 7**).

Este poder perseguidor no eran los turcos otomanos del sur, ni Atila el huno, del este, ni los vikingos desde el norte; ¡era la iglesia!

Hoy los cristianos suponen que el anticristo se levantará fuera de los vitrales de sus santuarios. Pero, históricamente, el peligro se ha levantado desde los bancos de la iglesia y desde



el púlpito dentro de ella. Los que han sido comisionados para esparcir el evangelio, una vez más serán los mismos que lo suprimirán en el nombre de Cristo.

Jesús advirtió que "no todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el hombre que en realidad hace la voluntad de mi Padre celestial. En 'ese día' muchos me dirán: 'Señor, Señor, ¿no predicamos en tu nombre, no arrojamos fuera demonios en tu nombre, no hicimos grandes cosas en tu nombre?' Entonces les diré claramente: 'nunca los he conocido. Aléjense de mí, ustedes han trabajado del lado del diablo'" (**Mateo 7: 21-23, Phillips**).

Esta advertencia no estaba dirigida a humanistas seculares, ni a comunistas, ni a Henry Kissinger, ni a la comisión trilateral; ellos no echan fuera demonios en el nombre de Cristo, los cristianos lo hacen. Y Jesús dijo que muchos de ellos no están con él. "El que no es conmigo", agrega, "contra mí es" (**12: 30**). Por supuesto, no todos los cristianos se alinearán con el anticristo, así como no todos los judíos mataron a Cristo. ¿Hay algún sello de garantía tornasolado para saber quién está de qué lado? Dios describe a su remanente y las características que tiene en el apogeo del reino del anticristo: "entonces el dragón [Satanás] se llenó de ira contra la mujer [la iglesia]; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella [los fieles del tiempo del fin], los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (**Apocalipsis 12: 17**).

Nuevamente, "la revelación de Jesucristo" (**1: 1**) revela a los fieles del tiempo del fin en contraste directo con los que reciben la marca del anticristo (**14: 9-11**): "aquí está la paciencia [o resistencia] de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (versículo **12**).

Las marcas de los seguidores del anticristo son claras:

1. Persiguen a los seguidores de Cristo.
2. Desobedecen los mandamientos de Dios.
3. Carecen del testimonio de Jesús (llamado "el espíritu de profecía" en **Apocalipsis 19: 10**).
4. No resistirán.
5. No tendrán fe.

Si estas marcas lo caracterizan, ¡tenga cuidado! Preste atención al adagio: "hemos encontrado al enemigo: somos nosotros mismos".

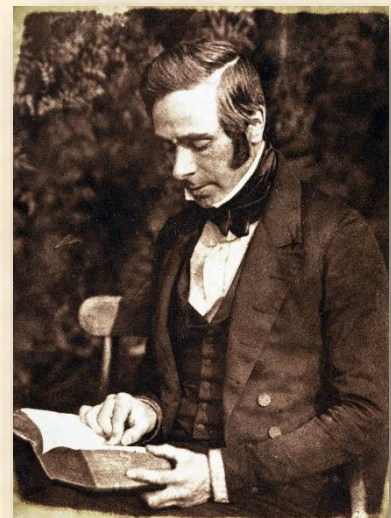
**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 92-94**

Este perverso sistema, a la par de enseñar el error, debía perseguir a los verdaderos seguidores de Cristo (como veremos más adelante en este estudio), a aquellos que enseñaran la verdadera doctrina, a los que dejarían en evidencia la corrupción de su enseñanza y el testimonio personal de sus líderes. Al perseguirlos también mostrarían su poco respecto por los mandamientos de Dios, los que alterarían para intentar mantener su espuria doctrina.

La persecución de la iglesia estaba predicha en el **Apocalipsis**, que también define al perseguidor, sus motivos y el apoyo que recibe de los poderes del mundo. A "los santos" se les pide "paciencia" y se les define como aquellos "que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús", la iglesia remanente. Pero el Señor conoce y sostendrá a los suyos frente a la prueba y cuando llegue el momento serán recompensados por la eternidad.

Lea la siguiente cita que me parece muy interesante para analizar el concepto de anticristo, el título de "Vicario de Cristo" y para descartar como tal a las fuerzas evidentemente adversas al cristianismo. El autor es James Aitken Wylie (Agosto 9, 1808-Mayo 1, 1890) un prolífico historiador y escritor escocés, además de ministro presbiteriano. Wylie fue un educado estudioso de la historia del papado (usaremos en adelante varias citas de él) y demuestra fehacientemente que el papado es el anticristo y que la iglesia romana es ese sistema creado para alejar a las personas de la salvación que es en Cristo Jesús. Su erudición es estos temas solamente es superada por su lógica, franqueza y claridad para exponer estos temas, con el soporte de la teología y la historia.

No iremos muy lejos en esta discusión; ni es en lo más mínimo necesario hacerlo así. Los materiales para una recta decisión sobre la cuestión ante nosotros están a la mano. El Apóstol Juan, hablando de la Gran Apostasía que se levantaría en el Cristianismo, llama a ésta el "Anticristo". Y el Papa ha tomado para sí mismo, como el nombre que





mejor describe su oficio, el título "Vicario de Cristo". Todo lo que requeriremos como las bases para nuestro argumento son esos dos hechos aceptados, a saber, que Juan llama a la "Apostasía", el "Anticristo", y que la cabeza del sistema Romano se llama a sí misma "Vicario de Cristo".

El Papado mantiene en su nombre la llave de su significado. Nosotros haremos uso de esa llave para abrir su misterio y su verdadero carácter. El Papado no puede quejarse si adoptamos esta línea de interpretación. Nosotros no hacemos más que usar la llave que él ha puesto en nuestras manos.

El Apóstol Juan, lo hemos dicho, hablando de la apostasía, la venida de la cual él predice, la llama el "Anticristo". Y también hemos dicho que el Papado, hablando a través de su representante y cabeza, se llama a sí mismo el "Vicario de Cristo". La primera, "Anticristo", es una palabra griega, la segunda, "Vicario", es una palabra española; pero las dos son en realidad una, porque ambas palabras tienen el mismo significado. "Anticristo", traducido al español es "ViceCristo", o "Vicario de Cristo"; y "Vicario de Cristo", traducido al griego es "Anticristo" -Antichristos. Si nosotros podemos probar esto -y el uso ordinario de la palabra por aquellos para quienes el griego fue su lengua materna, es decisivo en el punto- no tendremos dificultad en mostrar que ese es el significado de la palabra "Anticristo", -siempre un "ViceCristo". Y si es así, entonces, cada vez que el Papa reclama ser el Vicario de Cristo, él consiente ante el tribunal del mundo que él es el "Anticristo".

Más aún, esto limpiará nuestro camino y simplificará nuestra discusión. Porque, nótese esto, si "Anticristo" significa un "ViceCristo" -es decir, uno que viene en el lugar de Cristo- el engaño, la disimulación, la falsificación, deberán ser un elemento esencial en su carácter. Y en cualesquiera personas o sistemas en que estas características fundamentales no aparecen, no podremos encontrar al "Anticristo", cualquiera que pueda ser su oposición general a Cristo y al Cristianismo, o cualquiera otra característica del Anticristo que puedan poseer. Ellos pueden tener cada una de las otras características por las cuales la profecía ha descrito al notable adversario de Cristo y su Evangelio, sin embargo, careciendo de esta característica fundamental, su pretensión a esta prominentemente maligna distinción no puede ser admitida. Esto nos habilita a descartar sumariamente y de una sola vez a una hueste de anticristos que han sido inventados por personas que se han dejado llevar por su imaginación, en vez de haber seguido algún principio sano de interpretación profética. La causa del Papado se ve beneficiada por los falsos comentarios y las erradas interpretaciones de la Escritura que interponen un Pseudo-Anticristo entre el Papado y la Profecía, la cual despliega contra el Papado un registro tan negro, y hace pender sobre él un tan terrible destino.

Supondremos que un ateo o un infiel ha sido traído al estrado para responder a la acusación de ser el Anticristo. Él, [el ateo], ha manifestado una satánica malignidad contra el Evangelio, y ha trabajado hasta lo máximo de su poder para destruirlo. Él ha blasfemado a Dios, aborrecido a Cristo, ridiculizado, vilipendiado, y perseguido a todos los que profesan su nombre, y sobre esa base se ha asumido que él es el Anticristo. El caso no es imaginario. Los ateos y burladores en anteriores épocas, Voltaire y Paine, en antiguos tiempos, comunistas y panteístas en nuestro propio día, han sido todos enlistados como el Anticristo. Bien, supongamos que uno u otro de estos notoriamente malignos personajes o sistemas han sido traídos al estrado, con la acusación de ser el "Adversario" predicho por Juan, "¿quién eres tú?", dice el Juez. "¿Eres tú el ViceCristo? ¿Has hecho una profesión de Cristianismo y bajo este pretexto buscas destruirlo?". "¡No!", replica el acusado, "no soy una falsificación. A Cristo y su evangelio los odio, pero yo soy un abierto enemigo y no peleo bajo una máscara". Volviendo a la semejanza trazada por Pablo y Juan acerca del gran rival y oponente de Cristo, y encontrando la característica sobresaliente y esencial del retrato ausente en el acusado, el Juez sería constreñido a decir: "yo no encuentro probada la acusación, vete por tu camino; tú no eres el Anticristo".

Entre los sistemas opositores, el Mahometismo se acerca más que ningún otro al Anticristo de la Biblia; sin embargo éste se encuentra muy lejos de él. Mahoma no desaprobó la misión de Jesús; al contrario, él profesó honrarlo como un profeta. Y muy de la misma manera lo hacen sus seguidores que todavía sienten un afecto hacia Cristo. Pero el Islam no profesa ser una imitación del Cristianismo. Cualquier falsificación que pueda ser descubierta en el Mahometismo es parcial, y es ensombrecida cuando es colocada al lado de la atrevida, definida, marcada falsificación del Romanismo. Requiere un violento esfuerzo de la imaginación aceptar al Mahometismo, o, de hecho, cualquier otro Ismo conocido como un ViceCristo. De todos los sistemas que hayan estado sobre la tierra, o que están ahora sobre ella, sólo el Romanismo cumple con todos los requerimientos de la profecía, y exhibe todas las características del ViceCristo; y esto lo cumple con tal completitud y exactitud que habilita al hombre que permita ser guiado por las afirmaciones de la Palabra de Dios por un lado, y por los hechos de la historia por el otro, decir inmediatamente: "este es el Anticristo".

Lo que hemos dicho está pensado para mostrar las líneas sobre las cuales proseguirá nuestra demostración. Debemos trazar el paralelismo entre sus respectivas cabezas, Cristo y el Papa, a



lo largo de la línea entera de sus carreras. En este paralelismo reposa la esencia de lo que es el Anticristianismo y desde luego la fortaleza de nuestro argumento. Esta falsificación es tan exacta y completa, que ha desviado al mundo en la creencia de que ella es el Cristianismo, y lo ha desviado al desperdicio de no pocas generaciones, a la desestabilización y al derribo de reinos, a la atrofia del entendimiento humano, y a la pérdida de millones de almas...

**James A. Wylie, El Papado es el Anticristo, 9, 10**

La misma línea de pensamiento sigue Daniel Scarone, pastor y escritor adventista, cuando compara los términos que utiliza Wylie para sostener lo mismo: el papa (no la persona que ocupa hoy o antes el trono pontificio, sino el sistema que representa) es el anticristo, que como venimos sosteniendo no solamente es un opositor, sino "alguien que ocupa el lugar de otro". Seguiremos añadiendo evidencia incontrovertible a esta afirmación, que en su momento me perturbó tanto...

Durante mucho tiempo se pensó que el anticristo sería un poder ateo, opositor del cristianismo, pero en realidad el término describe un engaño más sutil aún que la oposición franca y abierta. Uno de los títulos con que se describe después al papa es el de Vicario de Cristo. La palabra vicario, procede de la raíz latina vic, de la cual adoptamos la expresión hispana "vice", que en ambos idiomas significa lo mismo: "alguien que ocupa el lugar de otro". Es así como vicepresidente, describe a las personas que tiene las prerrogativas presidenciales en ausencia del presidente, que puede actuar con la autoridad del titular en ausencia de este.

Es interesante que **2 Juan 1: 7** se refiere al anticristo como un engañador, alguien que está representando algo que no es. Y es más interesante aún la expresión griega (anti) que significa "una persona o cosa que es reemplazada por otra, a cambio de, en lugar de"....

Si hacemos las equivalencias idiomáticas, vemos:

Griego	Latín	Español
Anti	Vicarius	Vice

Desde esta perspectiva lingüística, podemos afirmar que encontramos ciertas equivalencias entre los siguientes títulos:

Griego	Latín
Anticristo	Vicarius Filii Dei
Es la persona	Es la persona
que ocupa el lugar	que ocupa el lugar
de Cristo	del Hijo de Dios

**Daniel Scarone, Credos Contemporáneos, 71**

### 6.3. Un falso mensaje

Evidentemente el anticristo para hacer progresar su obra perversa debe corromper el prístino mensaje que nos ha dejado la Palabra de Dios. Aunque evidentemente se oponga al mensaje de Dios, debe parecer como que lo sostiene y difunde. Pedro nos previene contra "falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras" lo que tiene una doble implicancia. Se presentan como maestros de la verdad pero introducen voluntariamente, a propósito, "encubiertamente herejías destructoras". Esto deja en evidencia algo: el anticristo no introduce las herejías por falta de inteligencia, estudio o comprensión de las Sagradas Escrituras, sino que lo hace a pesar de saber que no es la verdad. Ya este sistema, como sostiene Pablo en su mensaje a los gálatas, tenía ya éxito en el tiempo del apóstol. Note que de ellos dice que "quieren pervertir el evangelio de Cristo". No es por error, "quieren" hacerlo.

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.

**2 Pedro 2: 1**

"¡A la ley y al testimonio! si no hablaren conforme a esta palabra, son aquellos para quienes no ha amanecido". **Isaías 8: 20 (VM)**. Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los



espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. En ocasión de cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final contra Cristo y sus discípulos. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. El contrahacimiento [se refiere a la falsificación de la segunda venida] se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestiguar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro.

Se hará oposición y se ridiculizará a los que traten de obedecer a todos los mandamientos de Dios. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra, pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme a las luces que les hayan sido concedidas. Sólo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 651, 652**

Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.

**Gálatas 1: 6-8**

#### **6.4. Falsos ministros**

Introducir voluntariamente el error en cualquier sistema del conocimiento requiere de:

1. Un conjunto de personas suficientemente numeroso para alcanzar a todos.
2. Un conjunto ordenado de falsas doctrinas que estos difusores deben conocer para difundirla sin que se evidencie una falta de coherencia.
3. Tener un conjunto de maestros para formar o entrenar a este grupo de falsos ministros.
4. Una voluntaria decisión de exponer el error.

Por ejemplo, si yo pretendiera debilitar la sólida estructura de la doctrina de la Iglesia Adventista del Séptimo Día sería una voz solitaria y si se comparara mi intento con otros que tuvieran el mismo propósito se encontraría un conjunto de incoherencias entre las distintas posiciones doctrinales. Por lo tanto, se requiere un conjunto coordinado de personas, que obedezcan a una sola voz, a la que consideran infalible, para que todas presenten los mismos errores alrededor del mundo. Tome por favor en cuenta esto conforme avancemos sobre este y otros temas.

Me gustaría que notara que cuando Pablo, a punto de emprender un viaje sin retorno a Roma, donde sería martirizado, les dice a los ancianos de Éfeso (no le está hablando a opositores, catecúmenos o predicando a personas que desconocen el evangelio) que **“de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”**. Esto es, les dice a líderes que de entre ellos surgirían estos perversos, de dentro de la iglesia, no fuera de ella, de su interior. Por lo tanto, él sabía, por revelación, que este sistema maligno surgiría del interior de la iglesia, de entre aquellos que habían sido enseñados por los apóstoles, de entre quienes aparentemente amaban al Señor que los rescató. Este sistema del que surgiría la iglesia romana ya estaba en operación en el primer siglo de la era cristiana.

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.

**Hechos 20: 28-30**

Tuve acceso a un artículo muy interesante, cuyo autor desconozco (por lo que lamento no poder darle el reconocimiento que merece, aunque puedo sostener casi todo lo que dice) donde habla acerca de sistema monacal católico, su aparición e historia. Aunque algunas de las cosas que escribe son un poco más virulentas de lo que me agrada, las presento aquí con cierta censura, pero sin cambiar su sentido.

Mucho tiempo antes de la era Cristiana, existieron sistemas de vida ascéticos paganos que vivían apartados del mundo, en lugares como Egipto, India, y otras partes de Asia. Sin embargo, alrededor del tercer siglo, surgió un movimiento similar dentro del catolicismo romano. Este tuvo



lugar particularmente en Egipto, donde un gran número de hombres y mujeres salieron al desierto a vivir vidas de enclaustramiento. De aquí también se deriva que, como ya mencionamos antes, fue precisamente un monje egipcio, el monje Pacomio, a quien se le atribuye la fundación de la vida monástica. El concepto de la vida monástica, obviamente carente de fundamento bíblico, contiene por otro lado elementos netamente paganos que fueron tomados por la Iglesia Católica Romana de ciertos cultos antiguos que ya existían en la Roma pagana antes de Cristo. Estos cultos también, en su momento, llegaron incluso a rivalizar después con el Cristianismo durante casi tres siglos.



Uno de estos cultos, por ejemplo, era el de la diosa egipcia Isis, que al ser introducido a Roma contaba ya con 3.000 años de existencia en Egipto. Del culto de Isis los monjes católicos romanos adoptaron varios elementos paganos, uno de ellos es la tonsura o corona que los monjes y sacerdotes muestran alrededor de su cabeza, lo cual logran afeitándose la cabeza en forma de círculo. Esta práctica, evidentemente pagana, está condenada en la Biblia en el libro de **Levítico**, en una sección del libro donde precisamente Dios advierte a su pueblo respecto a no hacer conforme a las costumbres de las naciones paganas. Pues vemos que **Levítico 19: 26, 27** dice: “...ni seréis adivinos ni agoreros. No cortaréis en forma circular los extremos de vuestra cabeza”.... La prohibición bíblica era por causa de que como en el paganismo todo tenía un significado simbólico y oculto, el afeitarse la cabeza en forma redonda tenía que ver con el culto al sol, imitando así al disco solar. Los devotos de Isis, en sus procesiones, partían del Campus Martius hacia las heladas aguas del río Tíber, donde efectuaban el baño ritualístico. Esto lo hacían avanzando de rodillas, las cuales terminaban obviamente ensangrentadas (**S. Agnus, The Religious Quests of the Graeco-Roman World, 86**). De aquí se derivó, seguramente, la práctica católica romana de efectuar procesiones en honor de algún ídolo o “santo”, avanzando también sobre las rodillas para cumplir alguna “manda [voto de fe o promesa que se hace a Dios, a la Virgen o a un santo]”. Incluso, los devotos de Isis también solían dar vueltas de rodillas alrededor del templo de su

diosa, igualmente como hoy lo hacen los católicos romanos.

Otro elemento o práctica pagana que los monjes católico-romanos tomaron de los diversos cultos introducidos a Roma en tiempos antes de Cristo fue el de la flagelación. En los ritos iniciáticos de los pueblos antiguos era muy común la flagelación... [un] célebre geógrafo y arqueólogo griego del Siglo II, menciona que en el culto a Ceres, la sacerdotisa... en los días señalados para las grandes iniciaciones, golpeaba con varas a los que se hacían iniciar. El mismo autor dice que en Alea, población de Arcadia, había un templo consagrado a Diana de Éfeso y otro a Minerva Alea, templo con su respectivo ídolo, celebraban todos los años grandes fiestas donde las muchachas se desgarraban... a fuerza de azotes. También en Esparta, durante una gran festividad anual en honor de Diana Ortia, presentaban ante el altar de la diosa a cierto número de jóvenes que iban a ser iniciados, y mientras los sacerdotes sostenían en sus manos la imagen de la divinidad, se azotaba a aquéllos con tanta crueldad, que la sangre corría de todas las partes de sus cuerpos. No obstante, el instrumento utilizado para la flagelación, llamado flagelo (azote o látigo), tuvo su origen propiamente en Egipto, donde comúnmente se representaba a Osiris (esposo de Isis) y a los faraones con un látigo en la mano, como emblema de soberanía y protección.

En el culto a Isis en Roma, la flagelación sucedía de la siguiente manera: los sacerdotes itinerantes de la diosa, guiados por un viejo eunuco, marchaban por las calles cargando sobre un asno la imagen elaborada y adornada de su diosa. Y al pasar por alguna aldea, iniciaban sus sagrados ejercicios. Lo cual consistía en danzar dando vueltas y vueltas con la cabeza vuelta hacia atrás, al son de flautas. Esto les producía cierto vértigo e insensibilidad, de manera que después procedían a flagelarse a sí mismos de una manera salvaje golpeándose con sus espadas, derramando su sangre frente a la multitud que los rodeaba. Después tomaban de los espectadores lo que éstos estuviesen dispuestos a darles: jarras de leche, quesos, harina, monedas, etc. (**Franz Valery Marie Cumont, The Oriental Religions in Román Paganism, 104**). Y fue precisamente de este tipo de mendicidad pagana, de donde posteriormente los monjes católicos romanos tomaron el patrón para formar sus órdenes mendicantes, ya que éstas tienen por regla vivir de las limosnas. El hecho que los monjes católicos romanos hayan adoptado varios elementos del culto de Isis, tales como la tonsura, la práctica de la mendicidad, y la flagelación [en la España del Siglo XXI hay una



festividad religiosa católica en un pueblo donde los hombres, por lo general, jóvenes, vestidos de taparrabos, corren desde el pueblo hasta donde se encuentra una “venerada” imagen (a una larga distancia) mientras se golpean con las manos (que han introducido en un saco lleno de vidrios quebrados) en los muslos y empiezan a sangrar, quedando algunos exánimes en el camino, mientras suponen que están haciendo por servicio a Dios], resulta comprensible cuando nos damos cuenta de que la vida monástica católica romana, habiéndose iniciado alrededor del tercer siglo, alcanzó a ser contemporánea con el culto de Isis. El cual también fue el último culto pagano en sobrevivir el Cristianismo. Ya que no fue sino hasta el Siglo VI, cuando en el imperio romano el templo de Isis fue cerrado por el emperador romano Justiniano (**Mircea Eliade, The Encyclopedia of Religion, Volume 7-8, 302**).

La flagelación se practicó por los monjes romanos desde el Siglo VI, esto por lo que dicen San Cesano y San Columbano en su obra **Regula Caenobialis**. Al instrumento utilizado para la flagelación se le llamaba flagellum. Actualmente, entre las órdenes más austeras tanto los monjes como de monjas, se practica todavía la flagelación. Las monjas carmelitas, por ejemplo, practican la flagelación con un instrumento de alambre llamado cilicio con el que se golpean la espalda. Cilicio también se le llama, por otro lado a una faja de cerdas o cadenillas de hierro con puntas que se trae bajo el hábito, ceñida al cuerpo junto a la carne para “mortificación” [como hacía, por el mismo motivo, la monja dominica Rosa de Lima, “santa” patrona de Lima, con espinas de rosa apretadas contra su cuerpo por las prendas].

Otra práctica pagana que los monjes y sacerdotes católicos tomaron de otro culto existente en la Roma de la antigüedad fue el celibato, practicado por los sacerdotes de la diosa Cibeles. Esto a pesar de que la Biblia claramente nos informa que los apóstoles eran hombres casados (**1 Corintios 9: 5**), debido a lo cual también el apóstol Pedro, tenía su suegra (**Lucas 4: 38**). Además, dentro de los requisitos que la misma Biblia establece para ser obispo, uno de ellos es que el aspirante tiene que ser hombre casado (**1 Timoteo 3: 2**) No obstante, antes de hablar más del culto de Cibeles y de los varios elementos que los monjes católicos tomaron de este culto, debemos tener presente que el culto de Cibeles fue también contemporáneo del inicio de la vida monástica católico-romana. Es decir, los monjes católico-romanos pudieron formar su estructura religiosa en base a elementos paganos tanto del culto de Isis como del de Cibeles porque ambos cultos todavía no se extinguían cuando los monjes hicieron su aparición. En lo que concierne al culto de Cibeles sabemos, por ejemplo, que éste sobrevivió en la era Cristiana hasta fines del Siglo IV. Esto por una referencia al respecto de parte del emperador romano Juliano el Apóstata, llamado así precisamente porque habiendo sido educado como cristiano, después abjuró y escribió una oración en honor de Cibeles (**Mircea Eliade, The Encyclopedia of Religion, Volume 3-4, 186**).



El culto de Cibeles fue introducido a Roma en el año 204 AC. El festival en honor de la diosa, llamado la megalemia, se celebraba el 4 de abril conmemorando el arribo de la diosa al puerto de Ostia, y se había convertido, ya para el primer siglo antes de Cristo, en el festival religioso más importante del calendario romano. Los sacerdotes de Cibeles, llamados galli, eran eunucos y se castraban voluntariamente como parte de su iniciación en el sacerdocio. Su castración la llevaban a cabo en un día especial, el 24 de marzo, llamado dies sanguines o “día de sangre”. En ese día los galli se flagelaban a sí mismos con un flagelo de cuero con incrustaciones de hueso, hasta el punto de que sus heridas pudiesen dar sangre suficiente para ungir los distintos altares e imágenes del templo. Mientras esto sucedía, algunos tocaban flautas y panderos, mientras que otros entonaban cantos sagrados. Entonces de repente, en furioso delirio, alguno de los aspirantes se despojaba de sus ropas y se apresuraba a pasar al centro, donde se encontraba una espada con la cual se castraba inmediatamente (**Eurípides, fragmento 475; Franz Valery Marie Cumont, The Oriental Religions in Roman Paganism, 56, 57... Agustín de Hipona, La Ciudad de Dios, Libro VII, capítulo 21**).

La flagelación que practicaban los galli, así como también su castración, son claros elementos de masoquismo presentes también en los clérigos católicos romanos, con la diferencia que éstos últimos practican una forma de “castración simbólica” por medio del voto del celibato. La conexión existente entre la castración literal de los sacerdotes galli con la castración simbólica de los monjes



romanos, aparte de ser un hecho reconocido por numerosos autores estudiosos del tema, resulta también más entendible cuando nos damos cuenta de que, por órdenes del Senado romano, se prohibió en ese entonces la participación de ciudadanos romanos en ciertas ceremonias del culto de Cibele, precisamente con el fin de evitar que se castrasen (**Mircea Eliade, The Encyclopedia of Religion, Volume 3-4, 186**). Así, de esta manera, la única opción disponible fue entonces la “castración simbólica” o celibato.

La flagelación que practicaban los galli, por otro lado, tiene su origen en el mito de la castración de Attis, el consorte o amante de la diosa Cibele. Attis, siendo el amante de Cibele, le fue infiel a ésta, pero como Cibele era la tierra misma, Attis no pudo llevar a cabo su infidelidad sin que Cibele se enterase. Cibele entonces, en castigo, lo volvió loco. Posteriormente Attis, en un arranque de angustia y contrición por causa de lo que había ocasionado, se castró y se dejó desangrar hasta la muerte debajo de un pino. Debido a esto los galli, en un acto de identificación con su amado dios, también se castraban.

#### Los monjes católico-romanos, 1-4

Nuestro desconocido autor presenta también la triste historia de algunas de las órdenes monacales y su participación en la terrible Inquisición durante la Edad Media. Por el encendido (pero justo) tono con el que habla de la explotación de los indígenas durante la época colonial debe tener nacionalidad mejicana. Aunque es justo señalar que la experiencia mejicana, a este respecto, es muy semejante a lo que ocurrió en el resto de Hispanoamérica. Aquí también hace referencia a lo extraño que es que los sacerdotes católicos se vistan de negro (aunque ya pocos hoy usan la sotana que era tan característica).

Estos monjes, por causa de su negra y tétrica indumentaria, nos hacen pensar más bien en miembros de una secta satánica. Como es bien conocido, los sacerdotes católicos romanos, así como algunas órdenes de monjes, utilizan vestiduras negras. Esta costumbre evidentemente tampoco tiene base bíblica, pues en las Escrituras no existe ninguna evidencia que los apóstoles o algunos cristianos hubiesen usado el color negro en sus vestiduras, ellos simplemente vestían con ropas ordinarias. No obstante, el color negro siempre ha estado asociado con la muerte, lo oculto, tenebroso, y satánico.

En un funeral, por ejemplo, las carrozas fúnebres son negras, y la gente, cuando está de luto, viste de negro. Así también, en la brujería, vemos que todo se circunscribe al color negro: brujas vestidas de negro, gatos negros, cuervos negros, etc. Y no podía faltar, por supuesto, las sectas satánicas, donde vemos que sus miembros, al celebrar sus misas negras, visten exactamente igual que los monjes... con túnicas negras y capuchón cubriendo la cabeza. Algo que dicho sea de paso, está prohibido en la Biblia, es decir, el hecho que un hombre ore a Dios con la cabeza cubierta (**1 Corintios 11: 4**). Como en este caso vemos que hacen los monjes, y también los obispos, cuando oran con la mitra en la cabeza. Resulta difícil, por otro lado, rastrear con certeza el origen de las vestiduras negras en el paganismo de la antigüedad, ya que evidencias de su existencia aparecen en varios cultos idolátricos. En Roma, por ejemplo, al final de la era de la República, fue introducido el culto a la diosa Ma. Esta deidad, proveniente del Asia Menor, tenía carácter o naturaleza guerrera y se le relacionaba como la diosa invencible de los combates. Las terribles ceremonias conectadas con su culto causaban una profunda impresión. Sus votarios [que habían hecho votos a la diosa], llamados fanaticus [se entiende la lógica del nombre ¿verdad?], se vestían con túnicas negras. Y, al son de trompetas y tambores, acostumbraban a danzar hasta alcanzar cierto estado de anestesia. Después se golpeaban sus brazos y cuerpos con hachas y espadas. La vista de la sangre los excitaba, y entonces salpicaban con ella la estatua de su diosa y a sus votarios, y también bebían la sangre. Finalmente, un delirio profético los poseía, y pronosticaban el futuro (**Franz Valery Marie Cumont, The Oriental Religions in Román Paganism, 54**).

Otra evidencia respecto al uso de vestiduras negras lo encontramos en la Biblia, en el libro de **Sofonías 1: 4**, donde Dios dice: “...y exterminaré de este lugar los restos de Baal y el nombre de los ministros idólatras (chemarin) con los sacerdotes”. En el texto original hebreo aparece la palabra chemarin en vez de “ministros idólatras”. La palabra chemarin se deriva de chamar, que significa “ser negro”. Varios comentaristas bíblicos afirman que los sacerdotes de Baal, debido a que continuamente ofrecían sacrificios en el fuego, usaban vestiduras negras. Ya que el humo del fuego, por otro lado, mancharía rápidamente cualquier vestidura de color claro. En relación con estos sacrificios en el fuego a Baal, podemos citar también a **Jeremías 19: 5**, donde Dios dice: “y edificaron lugares altos a Baal, para quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal”.

Otro aspecto ya no digamos pagano sino más bien satánico, de los monjes católico-romanos, consiste en que dos de sus principales órdenes religiosas, los Dominicos y los Franciscanos, fueron los “perros [dejemos que el autor se explique]” instrumentales para la horrorosa “Santa” Inquisición.

Los Dominicos, orden fundada por Domingo de Guzmán en 1216, fueron conocidos también como Los “frailes negros”, y burlonamente la gente se refería a ellos también como los dominicanos,





o sea los “perros del Señor”. Ya que parte de la leyenda en torno a la vida de Domingo de Guzmán tenía que ver con el hecho de que su madre, poco antes que él naciera, decía haber tenido un sueño donde daba a luz a un perro en vez de un niño.

Los franciscanos, junto con los dominicos, tuvieron también el “honor” de ser comisionados por el Papa Gregorio IX para colaborar con la Inquisición. Sin embargo, resulta evidentemente contradictorio que esta orden de los franciscanos, supuestamente caracterizada por observar principios de caridad, amor, pobreza, y renunciación; haya participado, por otro lado, en atormentar y matar a su “amado prójimo”, esto quemándole los ojos, desmembrándolo, confiscando sus bienes, etc. Bien dijo el Señor Jesús: “**porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas**” (**Lucas 6: 44**).

Así que, en lo que al autor concierne, no desea que le vengan con esas “babosadas” [un poco rudo en sus comentarios en estas líneas... que he tenido que censurar en algunas porciones, pero no deja de tener razón para su indignación, que comparto] que San Francisco hablaba con los pajaritos y otros animalitos del bosque. Ya que mientras él esto hacía, su orden de franciscanos pelones [disculpe que deje este adjetivo algo despectivo aquí, basado en la tonsura, que se repite más adelante, pero la sintaxis obliga] se entretenía utilizando el potro de tormentos, la dama de hierro, y otros “juguetitos” infernales de la Inquisición. ¿O qué acaso las ardillitas del bosque y el venadito... lo mantenían muy ocupado para que no denunciase las atrocidades que sus malditos pelones llevaban a cabo en los lúgubres calabozos de tormento de la Inquisición? Ciertamente, en vez de pasar el tiempo hablando con los animales, debía haber hablado con el Papa. Aunque quizá no lo hizo porque pensó que no tenía caso...

Además, existe también el testimonio de que San Francisco, antes de fundar su orden, había participado en una batalla contra la provincia italiana de Perusa, en el año 1202. Pues él era miembro de la compañía dei cavalieri, que estaba formada por caballeros de clase media que tenían los medios suficientes para procurarse una armadura y una cabalgadura (**Lawrence S. Cunningham, The Catholic Heritage, 73**).

Otro aspecto oscuro y perverso respecto a los monjes o frailes católicos romanos, consiste en que éstos fueron utilizados por el Vaticano para la “conquista espiritual” del Nuevo Mundo. En el caso de la Nueva España, después que la magnitud de la conquista se hizo evidente a los mismos conquistadores y a la corona, se vio la necesidad de implementar un gran ejército de clérigos para que llevaran a cabo la “conquista espiritual”. [Hernán] Cortés, en su Carta de Relación de octubre 15, 1524, pidió que no se mandasen obispos a la Nueva España por su tendencia a la pompa, formalismo, y materialismo. En vez de esto, pidió que se mandasen un gran número de monjes o frailes con poderes extraordinarios (**José Toribio Medina, La Primitiva Inquisición Americana, Volumen I, 129, 130**).

Todos los monjes que eran enviados al continente americano venían con una misión o consigna doble: someter a los indios al paganismo católico romano y a la corona española. Su deber religioso era “abrir la puerta a la conquista española y aumentar el dominio del monarca de España”... Lamentablemente para los indios americanos esta “conquista espiritual” -realizada principalmente por dominicos y franciscanos- llevaba implícita la “bendición” del establecimiento de la Santa Inquisición en su país.

El primer monje con poderes inquisitoriales específicos en México fue el franciscano Martín de Valencia, y arribó a México el 15 de mayo de 1524 como Comisario del Santo Oficio de la Inquisición. Este... cuya estancia en la Inquisición fue corta pero muy industriosa, quemó y ahorcó a varias personas. Después le siguió el dominico Juan de Zumárraga como inquisidor Apostólico de 1536 a 1543.

En 1559 existían 800 frailes de diversas órdenes en la Nueva España, pero después, en 1650, ya habían aumentado a 3.000. Jesuitas eran 300, franciscanos 650, agustinos 490, mercenarios 260, carmelitas 238, franciscanos descalzos 54, y aproximadamente 500 dominicos y otros tipos de frailes más...

Por razones de obviedad, una cantidad tan grande de pelones requería para su sustento un apoyo considerable, el cual consiguieron fácilmente ...explotando al indio que vinieron a “evangelizar”. Los frailes dominicos y agustinos, y principalmente los jesuitas, empezaron a adquirir extensiones de terreno en gran escala donde hacían trabajar a los indios por un simple bocado de pan, ya que siendo los indios sus esclavos, los monjes no estaban obligados a pagarles nada.

Los humildes franciscanos, por causa de su “voto de pobreza”, no pudieron hacer uso de este recurso de adquisición de tierras y buscaron medios más “discretos” para suplir sus crecientes necesidades. Esto implicó entonces que [los monjes] ...doblaran y triplicaran el apoyo que recibían



de los indios -a pesar del triste hecho que la población india ya había reducido considerablemente en número- lo que se traducía en recibir su comida gratis, hacer uso del repartimiento (labor forzada) en forma desmedida para sus construcciones y labores generales; y, para rematar, los franciscanos les cobraban a los pobres indios sumas exorbitantes por los sacramentos...

La injusticia y explotación despiadada de las diversas órdenes de frailes contra los indios era de tal magnitud, que incluso un clérigo católico romano, el arzobispo Moya de Contreras, calificaba a los frailes como parásitos vanos que usaban la labor de los indios no solamente para labores generales y proveerse de comida, sino también para construir un excesivo número de edificios eclesiásticos en extremo ostentosos...

También el décimo virrey (1603-1607) de la Nueva España, el marqués de Montesclaros se refirió a ellos en el reporte que le preparó a su sucesor, diciendo: "el pretexto que se da para todo lo que proponen los frailes, concierne a los indios en estas provincias, es para defensa y mejoramiento de los indios, sin embargo la verdad es... que la opresión más pesada que sufren los indios, concierne a la labor de servicio, pagos, y contribuciones, es de parte de los mismos frailes..."

La mayoría de los clérigos católicos romanos en México creían firmemente que el éxito misionero dependía de la prosperidad española, la cual solamente podía ser obtenida controlando la fuerza laboral del indio. El franciscano Toribio de Motolinía, arribado a México en 1524, lamentaba la opresión sobre los indios a través del tributo, y la muerte de miles de ellos en las minas, pues se les trataba peor que a bestias de carga. Sin embargo, justificaba la avaricia de los españoles y la describía como la plaga principal que visitó a los nativos por causa de sus antiguos pecados de idolatría y sacrificios humanos...

Los indios, a través del sistema de las encomiendas, estaban obligados a pagarle al español al cual ellos habían sido entregados o asignados, tributo en dinero o especie y cualquier tipo de servicio o labor que se les demandase. Los españoles, en reciprocidad, debían protegerlos e introducirlos a la "fe". Sin embargo, la realidad es que las encomiendas fueron un crudo y bárbaro instrumento de explotación. Cuando el emperador Carlos V intentó abolir el sistema de las encomiendas en la Nueva España, el dominico Fray Juan de Zumárraga -primer obispo e Inquisidor Apostólico de la Nueva España- junto con la mayoría del clero, se opusieron al deseo del emperador. Zumárraga, que tenía esclavos negros e indios... le escribió al emperador que no obstante los abusos contra los indios era algo incorrecto, por otro lado los españoles tenían derecho a insistir que los nativos trabajasen para ellos. Pues la tierra necesitaba a los españoles, "así como la carne del cuerpo humano necesita los huesos para sostenerse". Los españoles podían darles a los indios ejemplos de "bondad cristiana", ser a ellos como padres a hijos y protegerlos del diablo...



El concepto que los monjes tenían de los indios, a los cuales ellos habían venido a "evangelizar" ...se advierte, por ejemplo, en las palabras que el franciscano Juan de Torquemada provincial o jefe de su orden en la Nueva España utilizó para describir a los obreros indios que eran explotados por los españoles: "estos indios están entre la gente más baja del mundo, siendo ladrones y alcohólicos, sucios en su vestir, sin bañarse y mugrosos; tan mugrosos que a menos que uno esté acostumbrado a ello, no puede soportar el verlos. Y si sus cuerpos están en este estado, ¿en qué condición estarán sus almas?"...

Los conquistadores españoles, junto con todos los clérigos católico-romanos que llegaron a México para llevar a cabo la "conquista espiritual" de sus habitantes, venían con la "bendición de Dios". Esto porque el Papa español Alejandro VI (1492-1503) cuyo nombre era Rodrigo Borgia, creyéndose el ...dueño del mundo, le había otorgado a España todas las Américas por medio de una Bula papal. El Papa trazó en un mapa del mundo de esos días una línea de norte a sur, dándole todo lo que estuviese en el este a Portugal y todo lo del oeste a España. De manera que así, "en plenitud de poder apostólico", África



fue entregada a Portugal y las Américas a España. Un año después, en 1494, el Tratado de Tordesillas movió las líneas papales de demarcación, lo que vino a resultar en que Brasil quedase bajo dominio portugués. La Bula especificaba también, por cierto, que todo aquel que desobedeciese lo estipulado sería excomulgado (**Avro Manhattan, The Vatican Billions, 88-94**).

El Papa Alejandro VI, por otro lado, tenía un currículum impresionante de santidad, honestidad, y todo tipo de virtud cristiana que uno pudiera imaginarse. Veamos a continuación algunos aspectos de su ejemplar vida: en 1456 Rodrigo, de 25 años de edad, era arzobispo de Valencia, la Sede principal de España. En ese entonces ya era famoso por haber tenido relaciones sexuales con una viuda y sus dos hermosas hijas, una de ellas fue su siempre amada Vannozza Cattanei. Cuando fue llamado a Roma para ser cardenal, la instaló con todo lujo en Venecia para no estar lejos de ella. De acuerdo con John Burchard, que actuó como Maestro de Ceremonias en el cónclave que eligió a Rodrigo Borgia como Papa, éste ganó los votos de los cardenales después de una campaña exhaustiva.

Anteriormente, en el pasado, los papas acostumbraban a comprar los votos de los cardenales que los elegían. En el caso de Rodrigo Borgia este tuvo como uno de sus oponentes al cardenal De la Rovere, el cual representaba 200.000 ducados de oro del rey de Francia, aparte de otros 100.000 de parte de la República de Génova. Sin embargo, debido a que Rodrigo era el más rico de los cardenales, fue capaz de ofrecer villas, poblados, y abadías, a cambio del voto de los cardenales. Aparte de que entregó cuatro muías cargadas de plata a su principal opositor, el cardenal Sforza, para que se retirara (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of the Papacy, 104**).

Este Papa llegó a tener diez hijos ilegítimos, cuatro de ellos, incluyendo a los notorios Cesare y Lucrezia, fueron de Vannozza. Cuando ella envejeció, el Papa entonces de 58 años de edad, tomó otra amante. Esta se llamaba Giulia Farnese, de quince años de edad y recientemente casada con Orsino Orsini. Después se le conoció a ella como la "Prostituta del Papa". Con sus conexiones papales no tuvo problemas para hacer cardenal a su hermano -el futuro Pablo III- quien se ganó así el título de "el cardenal de las enaguas". Con Giulia el Papa tuvo una hija llamada Laura, y, siguiendo el ejemplo del Papa Inocencio VIII, reconoció abiertamente a sus hijos en lo que llegó a conocerse en la historia del papado "la Era de Oro de los Bastardos" (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of the Papacy, 105**).

En esos tiempos había en Roma alrededor de catorce homicidios diarios. Cuando el culpable era atrapado, el Papa no dudaba en dejarlo libre, previa remuneración. Ya que con una sonrisa solía también decir: "el Señor no requiere la muerte del pecador, sino más bien que pague y viva". Otro buen hábito que tenía consistía en vender el puesto de cardenal por una buena suma de dinero, para después envenenar a la víctima y aumentar así la ganancia. Favorecía a la cantarella, una pócima compuesta principalmente por arsénico blanco. La Iglesia, decretó el Papa, puede heredar los bienes de los cardenales. El, por supuesto, como Vicario de Cristo, era la Iglesia (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of the Papacy, 106**).

Las anécdotas respecto a ejemplos de virtud de este ...Papa, son interminables. Sin embargo, baste lo dicho a manera de ejemplo, pues nos da una idea qué tipo de persona era el hombre que por medio de un simple plumazo, entregó las Américas a los españoles.

#### **Los monjes católico-romanos, 4-10**

Recuerdo que cuando recién empezaba a estudiar en la Biblia el tema de la apostasía y los falsos ministros, los versículos siguientes me impactaron, porque:

1. Se menciona que son "**falsos apóstoles**", es decir falsos enviados, no son enviados por Dios.
2. Se dice que son "**obreros fraudulentos**" pues intentan que aceptemos un fraude en lugar de la verdad.
3. Mencionan que "**se disfrazan**" lo cual indica que hay un propósito voluntario de engañar.
4. Sostiene que son "**ministros**" de Satanás y reitera que "**se disfrazan como ministros de justicia**".

Por todo lo dicho, este sistema del error no es otra cosa que un plan satánico manejado a través de un modelo que mezcla el paganismo y el cristianismo a través de un Pontífice Máximo. Veamos.

**Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.**

#### **2 Corintios 11: 13-15**

Después que Roma conquistó el mundo, el paganismo que se había propagado desde ella y se había desarrollado en varias formas, fue mezclado dentro del sistema religioso de Roma, incluyendo la idea del pontífice supremo o Pontifex Maximus. Así, el paganismo babilónico, que había



sido ejercido originalmente por Nimrod, fue incorporado a la religión romana bajo el liderazgo de Julio César. Fue en el año 63 AC, que Julio César fue reconocido oficialmente como el Pontifex Maximus de la religión de los misterios, establecida a la sazón en la Ciudad Eterna. Como es bien conocido, este título y oficio pasaron a cada uno de los emperadores romanos y tuvo vigencia por espacio de muchos años.

#### **Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 123**

Permítame hablar algo del autor de la cita líneas arriba. Ralph Edward Woodrow es un ministro evangélico y escritor nacido en 1939, que estudió un famoso libro de Alexander Hislop, a quien me referiré después. Woodrow tuvo la habilidad de ordenar lo que Hislop enseñaba, sobre el sincretismo religioso entre el paganismo y la iglesia romana, de manera que fuera más evidente el asunto. Aunque luego Woodrow eliminara este libro (reemplazándolo por otro titulado La Conexión Babilónica, más edulcorado), supuestamente por presiones, su contenido no puede ser contrarrestado a menos que uno voluntariamente desee aceptar el error y negar la verdad histórica, totalmente comprobable.

Uno de los aspectos interesantes de lo que enseña Woodrow es la vinculación entre el “Pontifex Maximus de la religión de los misterios” y el pontífice romano.

Otros emperadores (incluso Constantino) continuaron teniendo este oficio hasta el año 376 DC, cuando el emperador Graciano, por razones cristianas, rehusó ser el pontífice máximo, pues se dio cuenta de que tal título y oficio eran idólatras y blasfemos.

Sin embargo, para esta época, el obispo de Roma había escalado ya una posición de prestigio y poder políticos. ¿No consideraban muchos a Roma la ciudad más importante del mundo? Entonces, ¿por qué su obispo no podía ser el “obispo de los obispos” y cabeza de la Iglesia? De esta manera razonaron muchos de los líderes religiosos mundanos en este período. Y así, cuantos más compromisos se establecían entre el cristianismo y el paganismo, el obispo romano llegó a ocupar un lugar preminente. No sólo es considerado como una persona importante por la Iglesia apóstata, sino que al haber mezclado tanto paganismo en la Iglesia Romana, ¡era también aclamado por los mismos paganos! Así, en el año 378 DC, Dámaso, obispo de Roma, fue elegido Pontífice Máximo, ¡el alto sacerdote oficial de los misterios babilónicos!

Tan ingeniosa fue esta mezcla, esta unión de paganismo con cristiandad, ¡que un hombre fue reconocido por ambos grupos -paganos y cristianos- como la cabeza! Era reconocido por la “Iglesia” como el obispo de obispos, mientras que los paganos lo reconocían como el Pontifex Maximus, cuyo oficio ejecutaba realmente. Para esta época, a través de los años, las fuentes del paganismo y cristianismo se juntaron produciendo lo que actualmente es conocido como la Iglesia Católica Romana encabezada por el Supremo Pontífice o Pontifex Maximus: ¡el Papa!



Del mismo modo que los césares usaron el título de Pont-Max asimismo han hecho los papas. Este título es hallado con facilidad en todas las inscripciones habidas en el Vaticano: sobre la entrada de la catedral de San Pedro, sobre la estatua de “Pedro” en la cúpula, sobre la entrada de la “Puerta del Año Santo”, la cual se abre solo durante los años de jubileo, etc....

¿Pero cómo puede ser un hombre, al mismo tiempo, cabeza de la Iglesia y cabeza de los misterios paganos, como pontífice supremo? Tratando de encubrir esta contradicción, líderes religiosos buscaron la similitud dentro de las dos religiones. Sabían que si encontraban, aunque fueran pocos, algunos puntos de relación entre ambos lados, podrían convertirlos en uno, porque para esa época, la mayoría no se preocupaba por la verdad... su deseo estaba puesto en los números y en el poder político. La verdad era secundaria.

#### **Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 124, 125**

Usted y yo podemos preguntarnos, sin encontrar una respuesta lógica, como el paganismo de Roma, que tomaba todos los dioses de los países que conquistaba, que tenía vírgenes vestales sirviendo a los dioses más repugnantes, podía tener puntos comunes con el cristianismo. Pues este sincretismo ha logrado esto, corrompiendo el cristianismo,

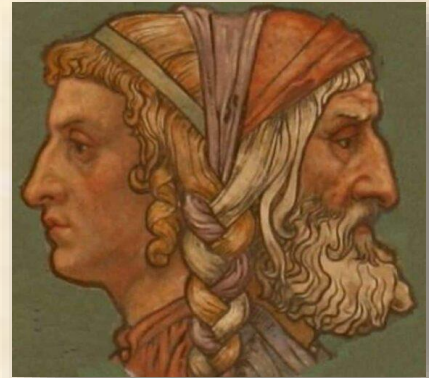


desfigurando sus principios de una manera que lo hace irreconocible cuando se compara con las Sagradas Escrituras. Sin embargo, esta mezcla pagano-cristiana es aceptada por la mayoría de la cristiandad y respetada por casi el resto de ella, que se niega a reconocer, entre otras cosas, el origen pagano del papa y su estructura de poder.

Incluso encontraron otra semejanza: el pontífice supremo del paganismo llevaba el título caldeo babilónico... peter o intérprete. ¡Interprete de los misterios! Aquí, pues, había una oportunidad para los líderes de esa época de "cristianizar" la oficina pagana del Pontifex Maximus, la oficina del obispo de Roma, el Papa de hoy en día. Al asociar la palabra peter de Pedro el apóstol con el gran intérprete de Roma (aunque no había conexión alguna entre ambos), podía dar al oficio pagano una apariencia superficial de cristiandad.

Pero esto presentaba ciertos problemas. Para hacer que el apóstol Pedro fuera el Pedro de Roma, cosa difícil, dado que los intérpretes de los misterios, los supremos pontífices, habían estado desde épocas anteriores conectados con Roma, ¡era necesario afirmar que el apóstol Pedro había ido a Roma! Y esta es la verdadera razón por la cual -a partir del Siglo IV y no antes- empezaron a ser propagadas muchas historias con intentos de probar que Pedro fue a Roma. Y al enseñar esto pudieron unir el paganismo y el cristianismo bajo el liderazgo del supremo pontífice, el padre de padres, o el Pedro de Roma, ¡el intérprete de los misterios de Roma! Y así, para los ciegos cristianos de la apostasía, el Papa llegó a ser el representante de Pedro el apóstol, mientras que para los paganos era el representante del intérprete de sus bien conocidos misterios.

Luego buscaron otras similitudes para asociar a Pedro el apóstol con la oficina del Pontifex Maximus. Una de ellas tuvo que ver con las llaves. Por espacio de casi mil años, el pueblo romano había creído en las "llaves" míticas, las llaves simbólicas del dios pagano Janos y de la diosa Cibeles. Desde antiguas épocas, las "llaves" habían sido símbolos de la religión de los misterios en varios sitios y formas. El brahmán, pontífice supremo de la India, por ejemplo, era reconocido como el poseedor de las "llaves" y portaba en su corona dos llaves cruzadas. El mitraísmo, una de las ramas principales de los misterios que llegaron a Roma, mostraba a su dios sol, Mitra, portando dos llaves como símbolo de la autoridad.



Cuando todo esto fue absorbido por Roma y los emperadores reclamaron ser los sucesores de los "dioses" y los pontífices supremos de los misterios, las llaves también llegaron a ser un símbolo más de su autoridad. De manera que cuando el obispo de Roma, el Papa, llegó a ser el supremo pontífice, por el año 378 DC, automáticamente pasó a poseer las llaves míticas. Esto le ganó al Papa reconocimiento por parte de los paganos. Pero como podría ser esto asociado con la cristiandad? Nuevamente líderes apóstatas de la Iglesia vieron una oportunidad de mezclar a Pedro dentro de la historia. ¿Acaso no le había dicho Jesús a Pedro: "y a ti te daré las llaves del reino de los cielos"? (**Mateo 16: 19**). Sin embargo, no fue sino hasta el año 431 DC que el Papa, públicamente, proclamó que el poseía las llaves de autoridad que le habían sido dadas a Pedro. Esto fue más de cincuenta años después de que el Papa llegara a ser el supremo pontífice, el poseedor de las llaves. Evidentemente, las llaves que el Papa usa como insignia de su autoridad espiritual, son las llaves míticas del paganismo y no el símbolo original de las llaves que Jesucristo le dio a Pedro...

Algunos han forzado la Escritura en lo que se refiere a Pedro recibiendo las "llaves del reino" hasta tal punto que ven a Pedro como el portero del cielo que decide quién entra y quien no entra. Esto es muy similar a las ideas del dios pagano Janos, puesto que este era quien guardaba las puertas en la mitología romana. Janos, con llave en mano, aparece en el grabado con dos caras, una de apariencia joven y la otra de viejo (aludiendo al mito de que Nimrod viejo encarnó en Tammuz joven).

Las llaves que dio nuestro Señor a Pedro no fueron llaves materiales para una puerta material. La llave fue dada a Pedro y a todos los demás discípulos que el Señor envió a predicar el mensaje del Evangelio. Y a través de esta predicación del evangelio que les fue dado, podrían los hombres ser salvos y tener entrada en el glorioso Reino de Dios.

Adelantándonos un poco, es interesante notar que no sólo eran las llaves un símbolo de Janos, sirio también un ave que se "consagraba" a él, el gallo. Así como las llaves de Janos fueron adoptadas como símbolo papal y más tarde asociadas con Pedro, también fue usado el gallo en un



nuevo intento de armonizar ideas paganas con eventos de la vida de Pedro. ¿Acaso no había cantado el gallo en la noche que Pedro riego al Señor? (**Juan 18: 27**), Había, pues, aquí otra similitud -aunque muy vaga- ¡pero incluso esta fue usada para hacer el oficio pagano del Pontifex Maximus, el alto sacerdote de Janos, aparentar semejanza con Pedro!

Este título de supremo pontífice o Pontifex Maximus, el cual lleva el Papa, obviamente no es cristiano pues fue llevado por los emperadores paganos de Roma antes de la era cristiana. ¿Cuál era el significado de este título? Como es bien sabido, “pontífice” viene de las palabras Pons, que significa “puente”, y Facio (hacer). La palabra pontífice quiere decir “constructor de puentes”. Los reyes sacerdotales o emperadores de los tiempos paganos eran considerados como los constructores y guardianes de los puentes de Roma para proteger la ciudad de invasiones. Como supremos sacerdotes de la religión romana en esos días paganos, el título en su significado original tenía un simbolismo religioso: cada uno de estos reyes-sacerdotes reclamaba ser el puente o conexión entre esta vida y la venidera.

¡Entonces evidentemente el título Pontífice no tenía nada que ver con el verdadero cristianismo! Era simplemente el título de los reyes-sacerdotes paganos. Aun así, los papas continúan llevando este título hasta el día de hoy. Este simple hecho nos demuestra cuanta influencia tuvo el paganismo en la “Iglesia” de Roma. La rama de los misterios babilónicos que llegó a Roma (por vía de Persia) era conocida como mitraísmo. Su influencia creció en Roma hasta que llegó a ser -en una época- casi la única fe del Imperio. En esta rama de los misterios, el líder del sacerdocio era llamado el Pater Patrum, es decir, el “Padre de los Padres”. Adoptando este título, la cabeza del catolicismo romano es el Papa, el padre de los padres. ¡El “Padre” o líder de los misterios (anterior a la era cristiana) tenía su posición en Roma y asimismo el “Padre” o líder de la Iglesia Católica, tiene su centro en Roma!

Además de esta evidencia, hay muchas más pruebas de que el Papa no es el sucesor del apóstol Pedro, sino el sucesor de la línea de sumos sacerdotes del paganismo que tuvo su origen en Babilonia. Los costosos y altamente decorados vestidos que usan los papas demuestran que el oficio de Papa es de origen pagano, pues estas vestiduras eran copias de las que lucían los emperadores romanos ¡y no de los apóstoles! Los historiadores no han permitido que este hecho continúe sin ser notado, pues verdaderamente su testimonio es que “las vestiduras del clero eran testimonio de la Roma pagana”.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 125-130**

Si la cabeza de la Iglesia romana tiene un origen como hemos demostrado, y lo mismo ocurre con el sistema monacal católico, es casi evidente que las posiciones intermedias también serán espurias como veremos. Un caso muy interesante es el de los cardenales cuyo origen es inexplicable desde el punto de vista bíblico, pero es evidente si uno estudia el paganismo. Lo mismo sobre los obispos y sacerdotes...

Después del Papa, los hombres de más alto rango en la Iglesia Católica Romana son un grupo de hombres llamados “cardenales”, Y aunque el Señor nos dio “**apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros**” para su Iglesia (**Efesios 4: 11**), nunca encontramos indicación alguna de que haya ordenado a un grupo de “cardenales”, Entonces, ¿cuál es su origen?

Al indagar sobre este particular no tardamos en descubrir que los cardenales eran un grupo de líderes sacerdotales de la antigua religión pagana de Roma mucho antes de la Era Cristiana. Más tarde, cuando el cristianismo y el paganismo fueron unidos en Roma -produciendo la Iglesia Católica Romana-, el oficio pagano de los cardenales continuó. ¡Los cardenales no son los sucesores de los apóstoles, sino los sucesores de los sacerdotes paganos de la Babilonia a través de Roma!

En el librito “**Esta es la Iglesia Católica**”, publicado por los Knights of Columbus (organización civil católica), leemos: “en tiempos pasados, los cardenales eran los jefes clericales de Roma. La palabra se deriva del latín cardo, o sea “visagra”, y así se referían a los miembros principales del clero”. De modo que la misma Iglesia Católica admite que los cardenales eran originalmente los líderes del clero pagano en la vieja Roma, los sacerdotes de la Visagra.

¿Pero quiénes fueron estos sacerdotes de la Visagra? Con un estudio más profundo hallamos la evidencia inconfundible de que estos sacerdotes de la Visagra eran los sacerdotes de Janos, el dios pagano de las puertas y las visagras. Como dios de las puertas y visagras, Janos era llamado el “dios de los principios”, por lo cual el nombre del primer mes del año en el idioma inglés del que este libro ha sido traducido, es January (enero), y por otra parte, en el mismo idioma se designa a los porteros con el nombre de janitor, palabra derivada de Janos.

Janos, el portero, era conocido como el que “abre y cierra”? Por esto era tan conocido en Asia Menor el culto al dios que “abre y cierra”, Podemos comprender así por qué Jesús, al hablar a la Iglesia de Filadelfia, dijo: “**estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David,**



el que abre y ninguno cierra y cierra y ninguno abre... He aquí, yo te he dado una puerta abierta” (**Apocalipsis 3: 7, 8**). ¡El dios pagano Janos era un dios falso! ¡Jesús es el verdadero que abre y cierra [y las supuestas llaves del papa no tienen ningún sentido]!

Cuando el paganismo y la cristiandad se mezclaron en Roma, el colegio de cardenales - sacerdotes de la Visagra, el clero de Janos-, que se había desarrollado en la Roma pagana, ¡pronto halló un lugar en la Roma papal! De ahí proviene el oficio de los cardenales -tan ausente de fundamento bíblico- y penetró en la Iglesia profesante y ha continuado hasta nuestros días. ¿Pero por qué permitieron los líderes eclesiásticos la entrada de esta orden pagana de cardenales y que ocupara un lugar en la Iglesia? La respuesta es obvia: al mezclar este paganismo con la cristiandad, ambos bandos podrían unirse y así, con este tipo de mezcla, la Iglesia Católica Romana fue tomando forma y prosperando.

Pero incluso mucho antes de que apareciera la Roma pagana o papal, en la remota antigüedad de Babilonia existía una orden similar de altos sacerdotes muy bien conocida, “el Colegio Cardenalicio”, dice Hislop, “con el Papa como líder, es copia exacta del falso colegio original del Concilio de Pontífices de Babilonia”.



Además de esta evidencia del origen pagano del oficio de cardenal, hay otro detalle inconfundible en el color de las vestimentas que usan. Como es bien conocido, las vestimentas usadas por los cardenales de la Iglesia Católica son de color rojo. Este hecho ha sido tan usual, que tanto a un pájaro como a una flor de color rojo, se les llama cardenales, Pero el significado original de este color es el de pecado, como lo menciona el profeta Isaías: “**si vuestros pecados fueran como la escarlata, serán emblanquecidos como la nieve; si fuesen rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana**” (**Isaías 1: 18**). Y hasta hoy día, el color rojo ha seguido siendo asociado con el pecado, con prostitución, etc. En la misma forma, la Biblia simboliza la religión de Babilonia bajo la figura de una mujer de mala fama, una prostituta, vestida de color rojo y escarlata.

Volviendo a **Ezequiel 23**, en la parábola de Aholiba y Aholiba, se hace referencia a un grupo de hombres de la vieja Babilonia vestidos de color cárdeno (cardenal): “...pues cuando vio hombres pintados en la pared, imágenes de caldeos pintadas de color bermellón (rojo brillante), ceñidos de talabartes por sus lomos y tiaras de colores en sus cabezas, teniendo todos ellos apariencia de capitanes a la manera de los **hombres de Babilonia, nacidos tierra de caldeos**” (**Ezequiel 23:**

**14, 15**). Aquí vemos que se hace especial mención de los príncipes de origen babilónico, los cuales distintivamente vestían de rojo.

Estas mismas vestimentas rojas eran usadas por los sacerdotes de la Visagra -los cardenales de la Roma pagana, los cuales eran conocidos también como los Flamantes. Este título fue tomado de la palabra flamar, que significa uno que sopla o prende el fuego sagrado. Eran los que mantenían la “llama” sagrada, la cual avivaban con el “abanico místico” de Bacchus. Y al igual que el fuego que preservaban, sus vestimentas eran de color rojo brillante. Y aun hasta hoy en día, los cardenales usan las vestimentas del mismo color. Los flamantes eran siervos del Pontifex Maximus en los días paganos y los cardenales son los siervos del Papa [recuerde que son los cardenales los que eligen al nuevo papa], el cual proclama ser, también, el Pontifex Maximus, Los flamantes se dividían en tres grupos diferentes, En la actualidad, los cardenales están divididos asimismo en tres grupos distintos: cardenales obispos, cardenales sacerdotes y cardenales diáconos.

Es evidente entonces que el origen de los cardenales católicos viene definitivamente del viejo paganismo, como lo confirma el título que llevan (sacerdotes de la Visagra), ¡y como lo indica también el hecho de que su oficio nunca fue instituido por Cristo y por el color de sus vestimentas!

En la escala jerárquica de la Iglesia Católica encontramos, tras el Papa y los cardenales, a los obispos. A diferencia de los oficios del Papa y de los cardenales, las Escrituras sí mencionan el oficio de los “obispos”. Pero la enseñanza bíblica concerniente a los obispos es muy diferente a la que tienen en la Iglesia Romana.

El romanismo ha influenciado tanto el pensamiento del pueblo en este aspecto, que es una creencia popular que el oficio de un obispo [el nombre proviene de griego epískopos (epi, sobre, skopos, visión, esto es, supervisor) también llamados presbíteros o ancianos, de los que había más



de uno por iglesia y gobernaban en conjunto] es diferente y mucho más alto que el de los ministros de la iglesia local. ¿No hemos pensado todos que el obispo [en base a la enseñanza errónea de la iglesia romana] tiene autoridad sobre un grupo de iglesias y ministros?

¿Pero qué dicen las Escrituras? ¡La Biblia indica claramente que todo ministro de una iglesia local es un obispo! No haya absolutamente ninguna diferencia entre los ancianos de la iglesia y los obispos, ¡ambos son los mismos! Consideremos la siguiente evidencia desde el punto de vista bíblico.

Pablo instruyó a Tito: “que pusieses ancianos sobre las villas, así como te mandé” (**Tito 1: 5**). Luego Pablo prosigue exponiendo las cualidades de estos ancianos y explica que un anciano es un “obispo” (versículo **7**). Claramente los ancianos de la iglesia local -en toda ciudad- eran obispos. ¡Esto es muy diferente a la idea común de que un obispo gobierna sobre un grupo de iglesias o ministros de menor importancia!

En conexión con esto, es interesante notar que la palabra “catedral” proviene de la palabra “cátedra”, que significa trono. Puesto que una catedral en la idea común es una gran iglesia en una gran ciudad, donde se encuentra el trono de un obispo... dicha idea es obviamente contraria a las enseñanzas de Pablo de que los obispos debían ser ordenados en “cada población y en cada iglesia”, y que los ancianos o ministros de la iglesia local y los obispos son lo mismo.

Esta verdad puede también notarse en **Hechos 20**. Leemos en este capítulo que Pablo, “...enviando desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia” (versículo **17**). Luego, hablando a estos ancianos, les dijo: “por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (versículo **28**). Aquí, de una manera que no ofrece ningún género de dudas, vemos que los ancianos y los obispos son lo mismo. Pablo exhortó después a los ancianos de Éfeso a apacentar (en griego pastorear) la Iglesia del Señor, la cual ganó por su sangre (versículo **28**). Estos ancianos de Éfeso fueron designados como ancianos, obispos, dirigentes y pastores -cada una de estas expresiones se refiere exactamente al mismo oficio-. Estos hombres eran los ministros de la iglesia local y conforme a las Escrituras, eran obispos. No era un ministro de una gran ciudad quien se sentaba en un trono y ejercía autoridad sobre un grupo de iglesias o ministros, sino que cada iglesia tenía sus ancianos y éstos eran sus obispos.



Martín Lutero comprendió que los ancianos y obispos de la Iglesia primitiva ocupaban el mismo lugar. “Pero en cuanto a los obispos que tenemos actualmente -comentó-, de éstos no dicen nada las Escrituras en cuanto a que ellos hayan sido instituidos para que gobernasen sobre muchos ministros”...

Cuando llegó la apostasía, entre otras desviaciones de la verdad, la forma de gobierno en la Iglesia fue también abandonada a medida que los hombres la sustituían por sus ideas. Algunos empezaron a proclamarse como “señores” sobre los herederos de Dios. Incluso antes de que nuestro Nuevo Testamento fuera completado, hallamos que en Asia Menor las doctrinas falsas de los nicolaítas ya estaban infiltrándose. De acuerdo con Scofield, la palabra nicolaíta viene del griego Nikao (gobernante) y Laos o Laite (pueblo). Y añade: “si la palabra es simbólica, se refiere a la forma más antigua de la noción de un orden sacerdotal o clerical que más tarde dividió al pueblo cristiano en sacerdotes y laicos” Fue así como la idea de hombres que se exaltaban sobre otros se infiltró y ha continuado en la Iglesia apóstata hasta nuestros días (véase **Mateo 23: 8**).

El concepto común es que el “clero” está un poco más alto que los demás fieles, y, como consecuencia, es probable que solamente una de cada mil personas sepa que el término “clero” pertenece a todo humilde creyente, no sólo a los líderes eclesiásticos. Notemos que **1 Pedro 5: 1-3** instruye a los ministros a no tener “señorío sobre las heredades del Señor”. ¡La palabra traducida aquí como “heredades”, en el griego original es kleron, que significa “clero”! El comentario de Matthew Henry explica que todos los hijos de Dios reciben el título de “herederos o clero de Dios”. La palabra no es privativa sólo para los ministros religiosos.

Pero hombres deseosos de posiciones dignatarias se apartaron del plan de gobierno bíblico para la Iglesia.

Finalmente se enseñó al pueblo que necesitaba de un sacerdote a quien debía confesar sus pecados; un sacerdote que perdonaría los pecados de todo aquel que se confesara; un sacerdote que le ofrecería la extremaunción; un sacerdote que debería celebrar misas en su favor, etc. Así el





pueblo fue enseñado a depender de un sacerdote humano, mientras que el verdadero Sacerdote Supremo, nuestro Señor Jesucristo [note la coincidencia total con la teología adventista, en este aspecto], era relegado a la vista del pueblo y oculto por oscuras nubes de tradiciones humanas,

Más tarde, elevándose sobre estos sacerdotes, algunos se proclamaron obispos gobernantes sobre otras iglesias y ministros. Y, por último, la idea del obispo de obispos fue un paso más hacia la apostasía. ¡Un nuevo oficio adoptado por la Iglesia apóstata! Pero como lo indicamos anteriormente, en ninguna parte de las Escrituras se encuentra que exista un hombre como cabeza de la Iglesia aparte del Dios hombre, Cristo Jesús. Tampoco enseñan las Escrituras que un hombre debía de ser cabeza de un grupo de ministros, como lo son los obispos católicos de hoy. Y para avanzar un poco más, diremos que no hay en ninguna parte del Nuevo Testamento el menor indicio de que un hombre debía tener autoridad sobre la iglesia local. Todo lo contrario, ¡cada iglesia del Nuevo Testamento era pastoreada por una pluralidad de ministros o ancianos! Nunca estuvo la autoridad de una iglesia en manos de un solo individuo. Cuando todo depende de una sola persona, ésta puede adquirir importancia, llegar a ocupar el centro y oscurecer así la relación común que tienen todos los hermanos con Cristo el Señor,

Cuando Pablo y Bernabé completaban su viaje por un número de poblaciones, se nos dice: “**habiéndoles constituido ancianos [en plural] a cada una de las iglesias**”... (**Hechos 14: 12-23**). Y en Mileto Pablo “**hizo llamar a los ancianos [plural] de la iglesia de Éfeso**” (**Hechos 20: 17**). La carta a los filipenses es dirigida a los obispos (ancianos, en plural asimismo) (ver **Filipenses 1: 1**). A la iglesia de Tesalónica le escribió: “**y os rogamus hermanos que reconozcáis a los [plural] que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan**” (**1 Tesalonicenses 5: 12**). Tito fue a poner “**ancianos**” (plural) (**Hechos 15: 4**). Y a los enfermos escribió Santiago que llamasen a los “**ancianos**” (plural) de la iglesia para que orasen por ellos y obtuvieran sanidad (**Santiago 5: 14, 15**). De modo que las Escrituras claramente enseñan esto. Es difícil comprender por qué la mayoría de los miembros de la Iglesia Cristiana profesante se han apartado de esta forma.

En cuanto a los líderes de la Iglesia apóstata, vemos que instituían posiciones para poder ser llamados “señores” sobre la Iglesia. También adoptaron títulos no bíblicos para designar estas posiciones. No hicieron como Eliú, quien dijo: “**ni usaré con nadie de lisonjeros títulos**” (**Job 32: 21**). Los líderes eclesiásticos apóstatas empezaron a elevarse a posiciones no bíblicas de autoridad en la Iglesia y tomaron para sí títulos que sólo pertenecen a Dios.

Nuestro Salvador enseñó: “**mas vosotros no queráis ser llamados rabí, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo y todos vosotros sois hermanos, Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es mayor de vosotros, sea siervo. Porque el que se ensalzare, será humillado y el que se humillare, será ensalzado**” (**Mateo 23: 8-12**).

Da pena pensar que la Iglesia que proclamó a Cristo como su fundador -después de pocos siglos- comenzara a usar los mismos títulos que Cristo dijo que no debían ser usados. Pero la Iglesia se apartó de tal manera de la auténtica fe, que hizo exactamente lo opuesto a lo que Cristo y sus apóstoles habían enseñado. Mientras llegaban los tiempos de la apostasía, el obispo de Roma comenzó a exaltarse (como lo hemos visto) y se apoderó del título de “Papa”, que no es más que una derivación de “padre”, ¡el mismo título que Cristo nos dijo que no aplicásemos a ningún líder religioso!

Y aunque Cristo nos pidió que “**no llaméis a nadie padre**”, actualmente los sacerdotes del catolicismo insisten en usar este título. Cristo prohibió el uso de tal título porque es un título divino que el sentido religioso debe ser aplicado solamente a Dios. Esta práctica de aplicarlo a un líder religioso se originó en el paganismo. Recordemos que una de las ramas principales de los “misterios” que llegaron a Roma en los días del mitraísmo y en la liturgia mitraica, aquellos que presidían sobre las sagradas ceremonias eran llamados “padres”.

El que este título de “padres” era usado en conexión con sacerdotes en tiempos pasados, es mencionado en la misma Biblia. En **Jueces 17** leemos que un hombre llamado Michás dijo a un joven levita: “**quédate en mi casa y me serás en lugar de padre y sacerdote**” (**Jueces 17: 10**). Michás era un hombre mayor de edad con un hijo propio, mientras que el levita era un joven. Claramente se entiende que el término “**padre**” no fue aplicado en función del respeto hacia un hombre mayor, ni tampoco en el sentido literal de padre carnal. El único significado en el uso del título “**padre**”, es que tal título fue usado como título religioso, una designación sacerdotal. Michás quería que el levita fuese un padre-sacerdote en su “**casa de dioses**”.

Luego, en el capítulo **18** del Libro de los **Jueces**, se pide al joven que sirva a una tribu como “**padre y sacerdote**”. “**¿Es mejor que seas tú sacerdote en casa de un hombre solo, que de una tribu y familia de Israel?**” Un estudio de estos dos capítulos nos demuestra un tipo de catolicismo en el



Antiguo Testamento. Porque aunque el sacerdote pretendía ser de Jehová (**Jueces 15: 56**), sin embargo, el culto era de ídolos y paganismo, ¡un intento de mezclar el paganismo con el culto al Dios verdadero! Y esta mezcla siempre ha traído calamidades y ha disgustado al Señor.

Por consiguiente, el sacerdote que insiste en usar un título precristiano y pagano que nuestro Señor Jesucristo expresamente ordenó no usar, no puede ser un sacerdote cristiano.

Otros líderes de la Iglesia Católica Romana llevan el título de Monseñor, el cual no sólo no tiene fundamento bíblico, sino un significado directamente opuesto a la Escritura, que dice que los ministros no son “señores” sobre las heredades de Dios. El uso de tal título es contrario a lo que enseñó Cristo cuando, refiriéndose justamente a los títulos religiosos, dijo: “**el que se ensalzare, será humillado**”.

Jesús dijo también a los discípulos que no se llamaran “maestros”. Este es otro título divino que sólo a Él le pertenece. Como dijo Jesús: “...**porque uno es vuestro Maestro, el Cristo**”. A primera vista no parece que este título haya sido usado en el catolicismo -la Iglesia apóstata-, pero un estudio más profundo nos revela que sí lo ha sido, pues el título de arzobispo tiene este significado. ¡La palabra arzo significa “maestro”!, de modo que el título de arzobispo tiene el significado de maestro-sacerdote.

Al llegar el despertar de los días de la Reforma, se rechazaron los títulos de papa, cardenal, monseñor y otros. Desafortunadamente se retuvieron otros títulos del catolicismo que son tan falsos como los anteriores. Hoy en día, tanto en la Iglesia Católica como en la Protestante, el título de Reverendo ha continuado usándose. Tenemos los de reverendo, reverendísimo y muy reverendo. ¡Pero estos títulos nunca fueron aplicados a los ministros de la Iglesia primitiva! (como ministro del Evangelio, yo jamás he hecho uso de tal título). Hay muy buenos pastores cristianos que usan este título; no lo negamos, pero en su mayoría lo hacen basados en la tradición, sin siquiera preguntarse el origen o significado de este.

Títulos como “maestro” o “padres fueron condenados por Cristo, porque estos títulos son exclusivos de Dios. Bajo el mismo concepto, el título “reverendo” todas sus variaciones, debe ser rechazado, pues en la Biblia ese título es aplicado solo a Dios, Como leemos en **Salmos 111: 9**, “**Santo [reverente] y terrible es su nombre**”.

¿No sería mejor que nos mantuviésemos dentro del contexto bíblico? ¿No deberíamos rechazar la supuesta “autoridad” de estos altos oficios por los cuales los hombres desean hacerse “señores sobre la heredad de Dios”? En vez de dar la gloria al hombre, ¿no debíamos darla a Dios?

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 170-181**

Muchos buenos católicos, personas que aman al Señor pero no conocen la verdad, piensan que se trata de tradiciones que por ser antiguas deben ser respetadas. La tradición no es respetable si se opone a la voluntad expresa de Dios. La Reforma recuperó la centralidad de la Biblia.

Respondiendo él, les dijo: **¿por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?**

**Mateo 15: 3**

**Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.**

**Mateo 15: 9**

**De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.**

**Mateo 5: 19**

El énfasis de la Reforma en la Biblia fue acompañado por un reavivamiento del interés en la interpretación apocalíptica. Entre las publicaciones que se produjeron en el Siglo XVI hubo un gran volumen de literatura polémica escrita en forma directa y para los oídos del Siglo XX, a menudo en un idioma común y vulgar. Muchos de los tratados y comentarios estaban ilustrados con caricaturas y sátiras impactantes. Las frustraciones políticas y sociales se inyectaron en la volátil atmósfera religiosa y causaron explosiones de violencia más allá del control de los reformadores religiosos. La dirección que el protestantismo tomó en una región geográfica fue a menudo diferente del curso que tomó en otra.

Aunque continuaron las opiniones de Agustín -si bien en una forma modificada en la interpretación de algunos escritores (por ejemplo: Juan Calvino), la interpretación histórica de la



apocalíptica bíblica y los enfoques literales a ella llegaron a ser dominantes durante la Reforma. La aplicación de las profecías de tiempo en **Daniel 2 y 7** a los cuatro reinos de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma, seguidos por la disolución de Roma, continuaron prestando fuerza a la opinión largamente sostenida del cumplimiento histórico de las profecías. De un modo parecido, la aplicación del principio de año-literal por un día-profético en la apocalíptica se aplicó ampliamente durante este período, particularmente a los 1.260 días proféticos, los tres tiempos y medio proféticos y los 42 meses proféticos. Muchos sostuvieron que las profecías de **Daniel** y el **Apocalipsis** eran un panorama de la era cristiana.

Aunque la exposición no fue uniforme, hubo un extenso acuerdo entre los reformadores sobre identificar con el Papado al anticristo predicho, en algunos casos con los turcos, y aun por otros con ambos. Se identificó al anticristo con el cuerno pequeño de **Daniel**, la “abominación desoladora” de **Mateo 24**, el “hombre de pecado” de Pablo, y la bestia, Babilonia y la ramera del **Apocalipsis**. Esas identificaciones con el papado contribuyeron, en gran medida durante ese período, a un extenso abandono de la iglesia de Roma. Aun cuando Martín Lutero y Zuinglio despreciaron el **Apocalipsis**, y Juan Calvino permaneció inseguro en cuanto a la identidad de muchos de los símbolos apocalípticos, ninguno de ellos vaciló en identificar al papado o a los turcos con el sistema apóstata y opresor que se menciona en **Daniel** y el **Apocalipsis**.

Se creía que el fin se acercaba. Aunque reformadores como Lutero y Zuinglio desconfiaban de las especulaciones milenarias, no pudieron ser prevenidos varios estallidos violentos, tales como los que sucedieron entre los reformadores radicales en Münster y los hombres de la Quinta Monarquía durante la revuelta puritana.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 907, 908**

Volviendo a lo anterior, todo este sistema perverso de autoridades, apartado por completo de la enseñanza bíblica, tiene por objeto pervertir la doctrina bíblica. Ya anticipaba Juan que el anticristo negaría la naturaleza de Cristo encarnado. La sutileza del papado en este asunto es digna de relieves, pues parece defender la humanidad de Jesús mientras que la distorsiona por medio de la inmaculada concepción.

Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros. Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

**1 Juan 2: 18-27**

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.

**1 Juan 4: 1-6**

Esto es lo mismo que Juan ofrece la evidencia más cortante de la importancia de la cuestión de la naturaleza de Cristo:

En esto conoceréis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo vino en carne no es de Dios; sino que este es el espíritu del anticristo, del cual ya oísteis que ha de venir, y he aquí que está ya en el mundo (**1 Juan 4: 2, 3**)

Queda así evidente que la naturaleza humana de Cristo es fundamental para identificar al anticristo. Como adventistas del séptimo día, alineados con Wycliffe, Lutero, y otros reformadores, nosotros no tenemos duda sobre la aplicación moderna del anticristo como siendo el papado. La



iglesia Católica defiende la doctrina de que Cristo tenía una naturaleza no caída, negando que Cristo vino a la tierra con la naturaleza de la carne pecaminosa. Esta visión de Juan sobriamente focaliza el asunto dentro del contexto del gran conflicto. Juan enfatiza aún más esta cuestión:

**Porque ya muchos engañadores entraron en el mundo, los cuales no confiesan que Jesucristo vino en carne. Este tal es el engañador y el anticristo (2 Juan 1: 7)**

El error clave doctrinario del papado (anticristo) es aquí citado es la creencia de que Jesús no vino en la carne. Esto manifiestamente no puede referirse a la creencia de que Jesús no era humano, pues el papado nunca negó este hecho. Pero, con esta doctrina de la Inmaculada Concepción, el papado ha negado la verdad de que Jesús vino con nuestra naturaleza caída. Aquí está el amago del espíritu del anticristo; y aquí, también, está el amago de la nueva teología. Ellos son peligrosos aliados. Pablo le da un fuerte apoyo a esta interpretación en su identificación del misterio de la piedad (1 Timoteo 3: 16) y el misterio de la iniquidad (2 Tesalonicenses 2: 7). Un entendimiento del misterio de la piedad es esencial para nuestro entendimiento del misterio de la iniquidad. Pablo declara que la naturaleza humana de Cristo es fundamental para el misterio de la piedad:

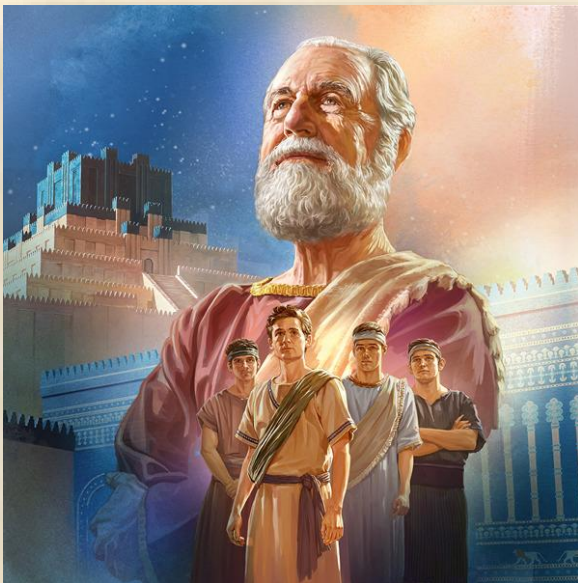
**Y, sin duda alguna, grande es el misterio de la piedad: Aquel que se manifestó en carne fue justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo y recibido arriba, en la gloria (1 Timoteo 3: 16...**

Si Cristo vino en la carne humana caída es la clave para entender el misterio de la piedad; entonces, ciertamente, la clave para entender el misterio de la iniquidad es la negación de que Cristo vino en carne. Es por lo que Juan se refiere a este error como el espíritu del anticristo.

**Colin D. Standish, Los Engaños de la Nueva Teología, 22, 23**

#### 6.5. Un poder perseguidor identificado

Escribimos líneas arriba que este sistema además de corromper la verdad debía en algún momento (cosa que ocurrió más temprano que tarde como lo prueba la historia) perseguir a los fieles, a aquellos que no aceptaran el sincretismo religioso auspiciado por la iglesia romana.



Ya **Daniel** había adelantado en la visión de las cuatro bestias, mientras aún Babilonia regía al mundo antiguo, que este poder perseguiría "a los santos del Altísimo" (por favor, vea el tratado sobre el cuerno pequeño) y le serían "entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo" es decir por larguísimos 1.260 años (vea también este tratado sobre este otro tema, si así lo desea). Este poder se enfrentaría contra aquellos que osaran enfrentar sus dogmas, y los perseguiría con éxito durante este largo periodo. Note la similitud que Ellen G. White presenta "entre la iglesia de Roma y la iglesia judaica del tiempo del primer advenimiento de Cristo".

**Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.**

**Daniel 7: 25**

Hay una semejanza sorprendente entre la iglesia de Roma y la iglesia judaica del tiempo del primer advenimiento de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban secretamente todos los principios de la ley de Dios, en lo exterior eran estrictamente rigurosos en la observancia de los preceptos de ella, recargándola con exacciones y tradiciones que hacían difícil y pesado el cumplir con ella. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, así también los romanistas dicen reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, al par que niegan con sus vidas a Aquel a quien ese símbolo representa.

Los papistas colocan la cruz sobre sus iglesias, sobre sus altares y sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve la insignia de la cruz. Por todas partes se la honra y exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están sepultadas bajo un montón de tradiciones absurdas, interpretaciones



falsas y exacciones rigurosas. Las palabras del Salvador respecto a los judíos hipócritas se aplican con mayor razón aún a los jefes de la iglesia católica romana: “**atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no quieren moverlas con un dedo suyo**”. **Mateo 23: 4 (VM)**. Almas concienzudas quedan presa constante del terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras muchos de los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y los placeres sensuales.

El culto de las imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artificios de Satanás para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su ruina, se esfuerza en distraer su atención del Único que puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia cualquier objeto que pueda substituir a Aquel que dijo: “**¡venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!**” **Mateo 11: 28 (VM)**.

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de obligación para con la ley divina y dan a los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace aceptar falsas ideas acerca de Dios, de suerte que le miran con temor y odio más bien que con amor. Atribuye al Creador la crueldad inherente a su propio carácter, la incorpora en sistemas religiosos y le da expresión en diversas formas de culto. Sucede así que las inteligencias de los hombres son cegadas y Satanás se vale de ellos como de sus agentes para hacer la guerra a Dios. Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y perpetráronse horribles crueldades bajo las diversas formas de la idolatría.

La iglesia católica romana, al unir las formas del paganismo con las del cristianismo, y al presentar el carácter de Dios bajo falsos colores, como lo presentaba el paganismo, recurrió a prácticas no menos crueles, horribles y repugnantes. En tiempo de la supremacía romana, había instrumentos de tortura para obligar a los hombres a aceptar sus doctrinas. Existía la hoguera para los que no querían hacer concesiones a sus exigencias. Hubo horribles matanzas de tal magnitud

que nunca será conocida hasta que sea manifestada en el día del juicio. Dignatarios de la iglesia, dirigidos por su maestro Satanás, se afanaban por idear nuevos refinamientos de tortura que hicieran padecer lo indecible sin poner término a la vida de la víctima. En muchos casos el proceso infernal se repetía hasta los límites extremos de la resistencia humana, de manera que la naturaleza quedaba rendida y la víctima suspiraba por la muerte como por dulce alivio.



Tal era la suerte de los adversarios de Roma. Para sus adherentes disponía de la disciplina del azote, del tormento del hambre y de la sed, y de las mortificaciones corporales más lastimeras que se puedan imaginar. Para asegurarse el favor del cielo,

los penitentes violaban las leyes de Dios al violar las leyes de la naturaleza. Se les enseñaba a disolver los lazos que Dios instituyó para bendecir y amenizar la estado del hombre en la tierra. Los cementerios encierran millones de víctimas que se pasaron la vida luchando en vano para dominar los afectos naturales, para refrenar como ofensivos a Dios todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia sus semejantes.

Si deseamos comprender la resuelta crueldad de Satanás, manifestada en el curso de los siglos, no entre los que jamás oyeron hablar de Dios, sino en el corazón mismo de la cristiandad y por toda su extensión, no tenemos más que echar una mirada en la historia del romanismo. Por medio de ese gigantesco sistema de engaño, el príncipe del mal consigue su objeto de deshonrar a Dios y de hacer al hombre miserable. Y si consideramos lo bien que logra enmascararse y hacer su obra por medio de los jefes de la iglesia, nos daremos mejor cuenta del motivo de su antipatía por la Biblia. Siempre que sea leído este libro, la misericordia y el amor de Dios saltarán a la vista, y se echará de ver que Dios no impone a los hombres ninguna de aquellas pesadas cargas. Todo lo que él pide es un corazón contrito y un espíritu humilde y obediente.

Cristo no dio en su vida ningún ejemplo que autorice a los hombres y mujeres a encerrarse en monasterios so pretexto de prepararse para el cielo. Jamás enseñó que debían mutilarse los sentimientos de amor y simpatía. El corazón del Salvador rebosaba de amor. Cuanto más se acerca



el hombre a la perfección moral, tanto más delicada es su sensibilidad, tanto más vivo su sentimiento del pecado y tanto más profunda su simpatía por los afligidos. El papa dice ser el vicario de Cristo; ¿pero puede compararse su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Vióse jamás a Cristo condenar hombres a la cárcel o al tormento porque se negaran a rendirle homenaje como Rey del cielo? ¿Acaso se le oyó condenar a muerte a los que no le aceptaban? Cuando fué menospreciado por los habitantes de un pueblo samaritano, el apóstol Juan se llenó de indignación y dijo: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, y los consuma, como hizo Elias?” Jesús miró a su discípulo con compasión y le reprendió por su aspereza, diciendo: “el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas”. **Lucas 9: 5 4, 56**. ¡Cuán diferente del de su pretendido vicario es el espíritu manifestado por Cristo!

La iglesia católica le pone actualmente al mundo una cara apacible, y presenta disculpas por sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero en realidad no ha cambiado. Todos los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos siguen profesándose aún. Nadie se engañe. El papado que los protestantes están ahora tan dispuestos a honrar es el mismo que gobernaba al mundo en tiempos de la Reforma, cuando se levantaron hombres de Dios con peligro de sus vidas para denunciar la iniquidad de él. El romanismo sostiene las mismas orgullosas pretensiones con que supo dominar sobre reyes y príncipes y arrogarse las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es hoy menos cruel ni despótico que cuando destruía la libertad humana y mataba a los santos del Altísimo.

El papado es precisamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los postreros días. **2 Tesalonicenses 2: 3, 4**. Forma parte de su política asumir el carácter que le permita realizar mejor sus fines; pero bajo la apariencia variable del camaleón oculta el mismo veneno de la serpiente. Declara: “no hay que guardar la palabra empeñada con herejes, ni con personas sospechosas de herejía”. [James Lenfant, **Histoire du Concile de Constance, Tomo 1, 493**]. ¿Será posible que este poder cuya historia se escribió durante mil años con la sangre de los santos, sea ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo?

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 624-628**

Una de las características que venimos destacando del anticristo es el hecho que desde el comienzo de su existencia “**echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó**”. Este sistema satánico de la mentira ha tratado de ocultar la verdad del mundo. Ocultar la verdad incluye, por supuesto, encubrir su propia existencia que ha sido presentada de muchas maneras en las Sagradas Escrituras, la principal de ellas en **2 Tesalonicenses 2** por el apóstol Pablo. En ella Pablo destaca los rasgos del anticristo, el momento histórico de su aparición dentro de la iglesia, su relación con la caída del Imperio Romano de Occidente y su blasfemo intento de hacerse pasar por Dios. Pablo entendía perfectamente que mientras los césares ocuparan Roma, este poder, que ya estaba obrando, no podría manifestarse a plenitud.

**Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó.**

**Daniel 8: 12**

El bosquejo profético de Pablo de la historia de la iglesia (**2 Tesalonicenses 2**) forma una conexión importante e iluminadora entre **Daniel** y **Apocalipsis**. Para hacer frente a la expectativa injustificada de la venida de Cristo en sus días, Pablo amonesta contra la apostasía religiosa del “**hombre de pecado**” dentro del templo neotestamentario de Dios en la Tierra, dentro de la iglesia como una institución, una apostasía que continuaría hasta el glorioso regreso de Cristo: “**nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**” (**2 Tesalonicenses 2: 3, 4**).

Dos rasgos caracterizan el bosquejo profético de Pablo de la historia ininterrumpida de la iglesia desde su tiempo hasta el regreso de Cristo:

1. el desarrollo cronológico, es decir, la sincronización histórica del surgimiento del “**hombre de pecado**” (o anticristo) dentro de la historia de la iglesia;
2. la naturaleza religiosa de sus demandas mesiánicas blasfemas.

Es evidente que la descripción del anticristo de Pablo mezcla tres revelaciones del Antiguo Testamento concernientes a los poderes anti-Dios:

1. el momento exacto histórico del surgimiento del anti-Mesías en **Daniel 7, 8, 11**;
2. el propio endiosamiento religioso por parte de los reyes de Tiro y Babilonia en **Ezequiel 28** e **Isaías 14**;



3. la destrucción final de los impíos por causa de la aparición gloriosa del Rey-Mesías en **Isaías 11**. Las alusiones literarias y temáticas a las profecías del Antiguo Testamento en **2 Tesalonicenses 2: 4** llegan a ser aparentes en el siguiente estudio:
- A. Sincronización histórica que hace Pablo del anticristo

La preocupación pastoral específica de Pablo en **2 Tesalonicenses 2** es corregir la postura falsa entre los cristianos de Tesalónica de que el día del Señor ya había comenzado (**2 Tesalonicenses 2: 3**). Les recuerda de su enseñanza oral explícita de que “primero” debía levantarse la rebelión profetizada [heapostasia] dentro del “templo de Dios”. Sólo después de este desarrollo, el día de Cristo irrumpiría y destruiría al “hombre de pecado” por su “venida” (versículos **3-8**). En opinión de Pablo, el conocimiento verdadero del orden secuencial de estos eventos principales era esencial para curar el fervor apocalíptico de los tesalonicenses. No obstante, introdujo el elemento de retraso de la llegada del anticristo, debido a la presencia de un poder refrenador: “y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste” (versículo **6**). Aparentemente la iglesia apostólica no tuvo problemas acerca de la identidad de este poder “que lo detiene”. Sabían cuál era. La mayoría de los primeros padres en la iglesia postapostólica enseñaron que el orden civil del Imperio Romano, con el emperador a su cabeza, era el poder que impedía y al cual se había referido Pablo en los versículos **6, 7**... A pesar de varias teorías nuevas, varios eruditos notables sostienen que “la interpretación clásica... es completamente satisfactoria”...

Las implicancias del mensaje de Pablo en **2 Tesalonicenses 2** son inequívocas. Cuando caiga el imperio de la ciudad de Roma, no será detenido el surgimiento del anticristo. Por consiguiente el anticristo debe revelarse sin demora en la era subsiguiente, llamada comúnmente la Edad Media. Esta era prolongada fue descrita por **Daniel** como el tiempo de los tres tiempos y medio de opresión de los verdaderos santos, o remanente fiel (**Daniel 7: 25; 12: 7**).

El período de tiempo de **Daniel (7: 25; 12: 7)** reaparece en el **Apocalipsis** en formas diferentes: tres tiempos y medio (**Apocalipsis 12: 14**), 42 meses (**Apocalipsis 11: 2; 13: 5**) y 1.260 días (**11: 3; 12: 6**). Sobre la base del cumplimiento continuo-histórico de las profecías, los “días” simbólicos representan años literales... Esto significa que después de la disolución del Imperio Romano, prevalecerían 1.260 años de apostasía. En conexión con los acontecimientos significativos en la historia de la iglesia conciernen al surgimiento y caída del poder papal, las fechas de este período han sido reconocidas por muchos expositores de la Biblia en Europa y América como yendo del 533/538 hasta 1793/1798...

Durante ese tiempo medieval Pablo sitúa la apostasía que se levantaría “en el templo de Dios”. El obispo anglicano Christopher Wordsworth ha extraído la siguiente conclusión lógica: “también, desde que aquí se describe al hombre de pecado por San Pablo como continuando en el mundo desde el tiempo de la remoción del poder que lo detiene hasta la segunda venida de Cristo (versículo **8**), por tanto el poder personificado por el ‘hombre de pecado’ debe ser uno que ha continuado en el mundo por muchos siglos y continúa hasta el tiempo presente. También, desde que se le ha asignado a ese poder esta larga continuidad en la profecía, una continuidad que excede por lejos la vida de cualquier individuo, por consiguiente el ‘hombre de pecado’ no puede ser una persona”.

- B. Naturaleza religiosa del anticristo de Pablo

Pablo describe la “apostasía” venidera como una revelación del “hombre de pecado”, quien negará tanto el culto cristiano verdadero como el culto pagano: “el cual se opone contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (**2 Tesalonicenses 2: 4**). Se exaltará así mismo hasta la auto deificación dentro del templo neotestamentario de Dios, “tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (versículo **4**). El uso que hace Pablo de la palabra “templo” (naós) en sus otros escritos muestra que quiso decir no el templo material en Jerusalén sino la iglesia como el templo espiritual de Dios (**1 Corintios 3: 16, 17; 2 Corintios 6: 19; Efesios 2: 21**).

Especialmente significativa es la declaración de Pablo de que el apóstata “se sentará” en el templo de Dios. Esta imagen provocadora nos recuerda la visión de **Daniel** en la que el Anciano de días “se sentó” para juzgar a los poderes que se hacen dioses en la Tierra. A la luz de este trasfondo daniélico del tribunal, el papel que Pablo le asigna al archienemigo llega a ser aún más pronunciado: “el Rebelde se establecerá como maestro o juez en la iglesia”... La horripilante apostasía predicha en **Daniel 7, 8, 11** se levantará dentro del pueblo del nuevo pacto o de la comunidad mesiánica, como el plan de un maestro dogmático falso, como el engaño de un falso Cristo y el culto religioso de adoración de sí mismo. Pablo se refiere a la



actividad oculta del mal: “ya está en acción el misterio de iniquidad” (**2 Tesalonicenses 2: 7**). En sus escritos el término “misterio” lleva el concepto básico de la verdad de la redención que una vez fue guardado en secreto por Dios, pero que ahora ha sido revelado a los santos en el evangelio de Cristo (ver **Romanos 16: 25, 26**; **1 Corintios 2: 7**; **Efesios 1: 9, 10**; **Colosenses 1: 26, 27**). Sin embargo, cuando Pablo habla del “misterio de iniquidad” aparentemente tiene en mente lo que es exactamente opuesto a la verdad revelada de Dios en Cristo: un misterio caracterizado por la iniquidad.

Entonces, de los escritos de Pablo, deducimos los siguientes puntos de instrucción con respecto al anticristo:

1. Este “misterio” no es sencillamente un asunto de la era apostólica sino que más bien estará en operación continua desde los días de Pablo hasta el fin del tiempo. En consecuencia, la incesante actividad satánica no nos permite localizar “el misterio de iniquidad” exclusivamente en un único período aislado del pasado o del futuro, como postulan las teorías del preterismo o futurismo. Lo que Pablo enseña es todo lo contrario: después de la caída de Roma este misterio de rebelión actuaría sin restricción (**2 Tesalonicenses. 2: 7**).
2. Sin embargo, este secreto satánico es conocido por los verdaderos elegidos de Cristo, porque no son ignorantes de “sus maquinaciones” (**2 Corintios 2: 11**). Iluminados por la sabiduría divina que viene del libro de **Daniel** (ver **Daniel 11: 33; 12: 10**), saben que el ataque de Satanás está dirigido al reino de Dios y su plan de redención, centrado en el Santuario con su sagrada ley y evangelio.
3. Por analogía con el “misterio de la piedad”, el plan de Dios de revelar su humildad en Jesús y su evangelio de salvación por medio de la unión con Cristo, el “misterio de iniquidad” indica el plan malicioso de Satanás para oponerse y frustrar el plan de Dios por medio de un plan contrario y un culto contrario diabólico que exalte al falso mesías-sacerdote.

En resumen, el apóstol pone sobre aviso a la iglesia para que esté en guardia contra el engaño de un falso maestro de cristianismo que pretenderá hablar en lugar de Cristo. Pablo advierte contra un futuro evangelio falsificado y contra una falsificación de la adoración. El apóstol señala a la fuente cósmica de este engaño maestro: es el plan y el logro de Satanás. Desde su perspectiva, Pablo desarrolla aún más el panorama apocalíptico de **Daniel**.

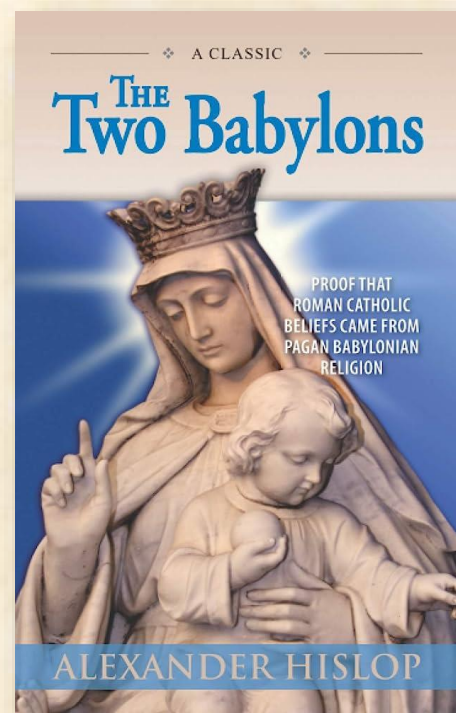
Es decir, la interpretación teológica de Pablo y la aplicación histórica del anticristo de **Daniel** forman un vínculo esencial interpretativo entre **Daniel** y el **Apocalipsis**. El desarrollo más amplio de **Daniel 2** en **2 Tesalonicenses 2** proporciona una confirmación apostólica del enfoque continuo-histórico de las profecías de **Daniel**. Pablo caracteriza la futura apostasía cristiana como adoración engañosa, autorizada por un Mesías rival que se levantará dentro de la iglesia cristiana después de la caída de la Roma pagana. Sólo el papado cumple exactamente esta predicción profética.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 974-977**

Hice referencia a Alexander Hislop líneas arriba. Alexander Hislop (nacido en Duns, Escocia, en 1807; fallecido en Arbroath el 13 de marzo de 1865) fue ministro de la Iglesia Libre de Escocia, famoso por su abierta crítica contra la Iglesia católica.

Su libro “las dos Babilonias” es un estudio interesante del sincretismo, que otros muchos autores reconocen, entre la religión babilónica y el catolicismo. Aunque algunos nieguen la estructuración de la crítica de Hislop a la iglesia romana, lo cierto es que la historia ha demostrado que lo que él escribió hace casi dos siglos estaba en lo cierto. Lo citaré en adelante, algunas veces, incluyendo unas pocas separaciones de párrafos para hacer más fácil la lectura (parece que a Alexander no le gustaba mucho usarlos).

Al aportar pruebas del carácter de la Iglesia papal, el primer punto para solicitar la atención del lector es el carácter de misterio que se atribuye tanto al sistema romano moderno como al sistema de la Babilonia antigua. Al gigantesco sistema de corrupción moral y de idolatría descrito en la Biblia bajo el emblema de una mujer con un “cáliz de oro en su mano” (**Apocalipsis 17: 4**), “y los que moran en la tierra se han embriagado con el vino de su







fornicación” (**Apocalipsis 17: 2; 18: 3**), se le llama en forma divina “misterio, Babilonia La Grande” (**Apocalipsis 17: 5**). Ese “misterio de iniquidad” de Pablo, descrito en **2 Tesalonicenses 2: 7**, tiene su duplicado en la Iglesia de Roma, de lo cual ningún hombre de mente pura, que haya examinado cuidadosamente el asunto, puede dudar fácilmente.

Esa fue la impresión causada por tal motivo en la mente de Sir Matthew Hale, buen juez de evidencia, quien solía decir que si la descripción apostólica se inscribiera con el toque público de “somatén” [un toque de alarma], le sería dado a cualquier guardia del reino ver, dondequiera que se encontrase, al Obispo de Roma, como cabeza de ese “misterio de iniquidad”. Ahora, como el sistema aquí descrito se caracteriza igualmente por el nombre de “misterio”, se podría presumir que ambos pasajes bíblicos se refieren al mismo sistema. Pero el lenguaje aplicado a la Babilonia del Nuevo Testamento hace que nos volvamos naturalmente hacia la Babilonia del mundo antiguo. Como la mujer del **Apocalipsis** tiene en su mano un cáliz con el cual intoxica a las naciones, así ocurrió con la antigua Babilonia. De esa Babilonia, mientras ella se encontraba en toda su gloria, el Señor, por medio del profeta **Jeremías**, habló así, anunciando su ruina: “vaso de oro fue Babilonia en la mano del Señor, que embriagaba toda la tierra; de su vino bebieron las gentes; por tanto enloquecerán las gentes” (**Jeremías 51: 7**). ¿Por qué esta similitud de lenguaje con respecto a los dos sistemas? Seguramente porque la deducción natural es que el uno sostiene al otro como símbolo y anti-símbolo. Ahora, como la Babilonia del **Apocalipsis** se caracteriza por el nombre de “misterio”, de igual modo la gran característica distintiva del sistema de la antigua Babilonia fueron los “misterios” caldeos, que constituyeron una parte especial de ese sistema. Y a estos misterios alude claramente el mismo lenguaje del profeta hebreo, aunque simbólicamente -por supuesto- cuando se refiere a Babilonia como un “vaso de oro”. Beber de los “brebajes misteriosos”, dice Salverté, era indispensable de parte de todos los que buscaban la iniciación en estos Misterios.

Estos “misteriosos brebajes” se componían de “vino, miel, agua y harina”. Por los ingredientes usados abiertamente, y por la naturaleza de otros no divulgados, pero usados evidentemente, no podía haber duda de que eran un tóxico natural; y hasta que los aspirantes hubieran caído bajo sus efectos, hasta cuando su entendimiento hubiera sido disminuido y sus pasiones excitadas por la pócima ingerida, no estarían debidamente preparados para lo que iban a oír o a ver. Si se pregunta cuál fue el objeto y el propósito de estos “Misterios” antiguos, se encontrará que hay una maravillosa analogía entre ellos y ese “misterio de iniquidad”, que se sintetiza en la Iglesia de Roma. Su objeto principal fue el de introducir privadamente, poco a poco, bajo el sello del secreto y la sanción de un juramento, aquello que no hubiera sido seguro presentarlo abiertamente de buenas a primeras. La época en que ellos fueron instituidos demuestra que las cosas debieron ocurrir de ese modo. Los misterios caldeos pueden ser rastreados hasta los días de Semíramis, que vivió sólo unos pocos siglos después del diluvio, y a quien se la conoce por haber dejado en ellos la imagen de su propia mente depravada y corrupta. Esta hermosa pero malvada reina de Babilonia no fue de por sí solamente un dechado de desenfrenada lujuria y libertinaje, sino que en los Misterios en los que tenía parte principal, era adorada como Rea, la gran “madre” de los dioses, con ritos tan abominables que la identificaban con Venus, la madre de toda impureza, llevando a la propia ciudad donde ella reinaba a una depravada eminencia entre las naciones, como la gran sede, a la vez, de la idolatría y de la prostitución consagrada. Así, esta reina caldea fue un digno y notable prototipo de la “mujer” del **Apocalipsis**, con el cáliz de oro en su mano, y el nombre sobre su frente: “misterio, Babilonia La Grande, madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra”...

El emblema apocalíptico de la ramera con el cáliz en la mano fue igualmente incluido entre los símbolos de la idolatría provenientes de la antigua Babilonia, tal como fueron representados en Grecia; porque así fue representada originalmente la Venus griega, y es curioso que en nuestros días y cuando apareció por primera vez, fuera la Iglesia de Roma la que tomara realmente este mismo símbolo como su emblema preferido. En 1825, con ocasión del jubileo, el Papa León XII, acuñó una medalla que llevaba por un lado su propia imagen, y en el otro, la Iglesia de Roma simbolizada como una “mujer” que sostenía en su mano izquierda una cruz, y en la derecha un cáliz, con esta leyenda alrededor: “Sedet super universum”, “el mundo entero es su sede”...

Ahora, la época en que vivió Semíramis fue una época en que la fe patriarcal estaba fresca todavía en la mente de los hombres, y cuando Sem vivía aún, para despertar la mente de los fieles con el fin de que se congregaran en torno a la bandera por la verdad y por la causa de Dios, hizo que fuera peligroso instituir públicamente un sistema como el que inauguró la reina babilónica. Sabemos por lo dicho en **Job**, que entre las tribus patriarcales que no tenían nada que ver con las instituciones mosaicas, sino que se apegaban a la fe pura de los patriarcas, la idolatría en cualesquiera de sus formas era considerada como un crimen digno de ser sancionado con señalado y pronto castigo sobre la cabeza de aquellos que la practicaran. “Si he mirado al sol, dijo Job, cuando resplandecía, o a la luna cuando iba hermosa, y mi corazón se engañó en secreto, y mi boca besó mi mano, esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano” (**Job 31: 26-28**). Ahora, si éste era el caso en los días de Job, con mayor razón debe haber sido el caso en los tiempos antiguos, cuando fueron instituidos los Misterios. Era, por tanto, un caso de necesidad, si la



idolatría iba a ser introducida y, en especial, una idolatría tan obscena como la que el sistema babilónico contenía en su seno, que esto fuera hecho clandestinamente y en secreto. Aun cuando fuera introducida por la mano del poder, podría haber producido una reacción, y la parte incorrupta de la humanidad podría haber hecho violentos intentos para reprimirla; y, de cualquier modo, si ella hubiera aparecido inmediatamente con toda su horripilancia, hubiera alarmado la conciencia de los hombres, y frustrado el propósito en perspectiva.

Ese propósito era someter a toda la humanidad a una sumisión ciega y absoluta a una jerarquía dependiente por completo de los soberanos de Babilonia. Para llevar a cabo este plan, todo conocimiento sagrado y profano llega a ser monopolizado por el sacerdocio, que se las entendía con aquellos que iban a ser iniciados en los "Misterios", exactamente en la forma en que lo creían más conveniente, de acuerdo con los intereses del gran sistema del despotismo espiritual, que ellos tenían que administrar tan poderosamente como pareciera requerirlo. Así, el pueblo, dondequiera que se propagó el sistema babilónico, estuvo atado de pies a cabeza a los sacerdotes. Sólo ellos eran los depositarios del conocimiento religioso; sólo ellos tenían la verdadera tradición por la cual podían ser interpretados los escritos y los símbolos de la religión pública; y sin la sumisión ciega e implícita a ellos, lo que era necesario para la salvación, no podían ser conocidos.

Ahora, compare esto con la historia antigua del papado y con su espíritu y modus operandi en todo, ¡y verá cuán exacta es la coincidencia! ¿Fue durante un período de luz patriarcal cuando empezó el corrupto sistema de los "Misterios" babilónicos? Fue en un período de mayor luz todavía, cuando empezó ese sistema impío y no bíblico que ha tenido tan exuberante desarrollo en la Iglesia de Roma. Esto empezó en la misma época de los apóstoles, cuando la iglesia primitiva estaba en floración, cuando los gloriosos frutos de Pentecostés estaban por todas partes a donde se mirara, y cuando los mártires estaban sellando con su sangre su testimonio por la verdad. Aun entonces, cuando el Evangelio resplandecía en forma tan fulgurante, fue cuando el Espíritu de Dios dio este claro y preciso testimonio por medio de Pablo: "**porque ya está obrando el misterio de iniquidad**" (**2 Tesalonicenses 2: 7**). Este sistema de iniquidad que empezaría después y que fue predicho en forma divina, iría a manifestarse después en una portentosa apostasía que, en su momento, sería "revelada" terriblemente, y continuaría hasta cuando fuera destruida "**con el Espíritu de su boca, y con la claridad de su venida**" (**2 Tesalonicenses 2: 8**). Pero en su primera penetración en la Iglesia, lo hizo en secreto y a escondidas, con "**todo engaño de iniquidad**". Procedió "misteriosamente" valiéndose de bellas pero falsas apariencias, apartando a los hombres de la sencillez de la verdad como ella es en Jesús. Y lo hizo tan secretamente por la misma razón de que la idolatría fue introducida secretamente en los antiguos Misterios de Babilonia. No era seguro, no era prudente hacerlo de otro modo. El celo de la verdadera Iglesia, aunque desprovista del poder civil, se habría levantado para poner fuera del recinto de la cristiandad al falso sistema y a sus cómplices, si él hubiera aparecido abiertamente y, a la vez, con toda su obscenidad; y esto habría detenido su avance. Por tanto, fue introducida en secreto, poco a poco, una corrupción tras otra, mientras avanzaba la apostasía, y la Iglesia apóstata llegaba a estar preparada para tolerarla, hasta que hubiera alcanzado las proporciones gigantescas que ahora vemos, cuando casi todos los rasgos del sistema papal son verdaderos antípodas del sistema de la Iglesia primitiva.

**Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 1139-144**

Unas líneas arriba señalamos que Pablo complementa el enfoque de **Daniel** y **Apocalipsis** con respecto a la aparición del anticristo, en particular en cuanto a la cronología de este hecho. En respuesta a quienes, en su tiempo, pensaban que "**venida de nuestro Señor Jesucristo**" estaba cerca, Pablo dice que esto no ocurriría "**porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición**". Debería primero manifestarse "**el hombre de pecado**" que "**se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**". Esta última referencia sobre el "**hombre de pecado**" nos ocupará varias páginas. Note además lo que dice Treiyer sobre la santidad de la última generación.

Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.

**2 Tesalonicenses 2: 1-4**

Al principio los apóstoles creían que Jesús iba a venir en sus días. Jesús les había dicho que no les correspondía a ellos saber, en su época, el momento exacto en que vendría el Señor (**Hechos 1: 7**). Pero a medida que iban por el mundo conocido llevando el evangelio, confiaban en que el Señor vendría en su época. Esto lo vemos en la **Primera Epístola a los Tesalonicenses** donde Pablo dice que los "**que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos**



a los que durmieron” (**1 Tesalonicenses 4: 15**). Y antes de escribir su segunda carta fue llevado por el Espíritu de Dios a estudiar las profecías de **Daniel** sobre el anticristo que iba a venir, y captó que iba a llevar más tiempo hasta que volviese el Señor. Por lo cual advirtió que la venida del Señor no estaba “cerca” entonces, sino que debía venir primero la apostasía en la iglesia, en medio de la cual se levantaría el anticristo (**2 Tesalonicenses 2: 2-4**).

Por eso los apóstoles trataban de preparar a las iglesias para la venida del Señor como algo inminente, y destacaban la necesidad de santificarse para que el Señor no los encontrase en vida sin la preparación debida. Dijo Pablo: “no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (**1 Tesalonicenses 4: 7**). Y al enterarse luego que primero debía venir la apostasía y “el hombre ilegal” (anomías [hombre sin ley, diría yo]), advirtió que ese anticristo iba a establecerse en medio de la iglesia por no guardar los mandamientos (**2 Tesalonicenses 2: 3, 4**). Los últimos hipócritas que pretendan conocer a Dios sin guardar sus mandamientos son engañados:

“porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (**2 Tesalonicenses 2: 10-12**). El Señor los destruirá entonces “con el resplandor de su venida” (versículo 8).

Esto implica que los que no sean engañados por el anticristo antes que el Señor lo destruya en su venida, guardarán la verdad, a saber, todos los mandamientos de Dios. Dijo David: “**todos tus mandamientos son verdad**” (**Salmos 119: 86, 151**). A diferencia de los que se pierdan por no amar la verdad, por no amar los mandamientos de Dios, la última generación se salvará por amar la verdad, por estar plenamente convertida. Porque no se puede guardar los mandamientos sin amarlos. Por eso dijo también David en su carácter de hombre convertido: “**¡cuánto amo yo tu ley!, todo el día es ella mi meditación**” (**Salmos 119: 97**). Y Jesús dijo también: “**si me amáis, guardad mis mandamientos**” (**Juan 14: 15**).

La última generación debe andar como Jesús anduvo. Y eso implica tener su mismo carácter antes de su venida. Pedro dice que los que esperan recibir al Señor deben ser semejantes a Cristo, quien fue “**como un Cordero sin falta** (griego: amomou) **y sin contaminación**” (**1 Pedro 1: 19**). Pedro mismo usa palabras semejantes para referirse a la última generación, porque afirma que esa generación debe ser hallada por Cristo en su venida, andando:

“en santa y piadosa manera de vivir... Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha (griego: áspiloi) e irreprochables (griego: amómetoi), en paz” (**2 Pedro 3: 14**). “El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo” (**1 Juan 2: 6**).

**Alberto R. Treiyer, Teología de la Vindicación Final de Dios, Teodicea bíblica y adventista, 34**

La Sierva del Señor también se interesa en señalar la aparición del anticristo en base a los escritos de Pablo, y destaca que ya “en aquella época veía él que se introducían en la iglesia errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado”. También señala el proceso lento de corrupción que iniciaría el papado pues “primero solapadamente y a hurtadillas, y después con más desembozo, conforme iba cobrando fuerza y dominio sobre los espíritus de los hombres, “el misterio de iniquidad” hizo progresar su obra engañosa y blasfema”. Ella no deja de destacar la “avenencia entre el paganismo y el cristianismo” que “dio por resultado el desarrollo del “hombre de pecado” predicho en la profecía como oponiéndose a Dios y ensalzándose a sí mismo sobre Dios”. El paganismo que parecía vencido resultó “ser el vencedor”, al contaminar el cristianismo. Sostiene que el catolicismo es un “gigantesco sistema de falsa religión es obra maestra del poder de Satanás, un monumento de sus esfuerzos para sentarse él en el trono y reinar sobre la tierra según su voluntad”. Considero que ella sabía el efecto de sus palabras tendría sobre muchos fieles católicos, pero también sabía que era necesario hacerlo. Si ella lo hizo hace 150 años, no debería hacerlo yo hoy cuando el tiempo se acorta...

El apóstol Pablo, en su **Segunda Carta a los Tesalonicenses**, predijo la gran apostasía que había de resultar en el establecimiento del poder papal. Declaró, respecto al día de Cristo: “ese día no puede venir, sin que venga primero la apostasía, y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición; el cual se opone a Dios, y se ensalza sobre todo lo que se llama Dios, o que es objeto de culto; de modo que se siente en el templo de Dios, ostentando que él es Dios”. **2 Tesalonicenses 2: 3, 4 (VM)**. Y además el apóstol advierte a sus hermanos que “el misterio de iniquidad está ya obrando”. Versículo 7. Ya en aquella época veía él que se introducían en la iglesia errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, primero solapadamente y a hurtadillas, y después con más desembozo, conforme iba cobrando fuerza y dominio sobre los espíritus de los hombres, “el misterio de iniquidad” hizo progresar su obra engañosa y blasfema. De un modo casi imperceptible las costumbres del



paganismo penetraron en la iglesia cristiana. El espíritu de avenencia y de transacción fué coartado por algún tiempo por las terribles persecuciones que sufriera la iglesia bajo el régimen del paganismo. Mas habiendo cesado la persecución y habiendo penetrado el cristianismo en las cortes y palacios, la iglesia dejó a un lado la humilde sencillez de Cristo y de sus apóstoles por la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos, y substituyó los requerimientos de Dios por las teorías y tradiciones de los hombres. La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo cuarto, causó gran regocijo; y el mundo, disfrazado con capa de rectitud, se introdujo en la iglesia. Desde entonces la obra de corrupción progresó rápidamente. El paganismo que parecía haber sido vencido, vino a ser el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron a la fe y al culto de los que profesaban ser discípulos de Cristo.

Esta avenencia entre el paganismo y el cristianismo dio por resultado el desarrollo del “**hombre de pecado**” predicho en la profecía como oponiéndose a Dios y ensalzándose a sí mismo sobre Dios. Ese gigantesco sistema de falsa religión es obra maestra del poder de Satanás, un monumento de sus esfuerzos para sentarse él en el trono y reinar sobre la tierra según su voluntad.



Satanás se había esforzado una vez por hacer transigir a Cristo. Vino a donde estaba el Hijo de Dios en el desierto para tentarle, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, ofreció entregárselo todo con tal que reconociera la supremacía del príncipe de las tinieblas. Cristo reprendió al presuntuoso tentador y le obligó a marcharse. Pero al presentar las mismas tentaciones a los hombres, Satanás obtiene más éxito. A fin de asegurarse honores y ganancias mundanas, la iglesia fué inducida a buscar el favor y el apoyo de los grandes de la tierra, y habiendo rechazado de esa manera a Cristo, tuvo que someterse al representante de Satanás, el obispo de Roma [esta es una de las citas que me hizo tambalear cuando leí El Conflicto de los Siglos por primera vez antes de ser bautizado... no podía creerlo... tal vez le esté pasando a usted mientras lee este tratado].

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el papa es cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, y que fué investido de suprema autoridad sobre los obispos y los pastores de todas las partes del mundo. Aún más, al papa se le han dado los títulos propios de la divinidad. Se le ha titulado “Señor Dios el Papa”... y se le ha declarado infalible. Exige que todos los hombres le rindan homenaje. La misma pretensión que sostuvo Satanás cuando tentó a Cristo en el desierto, la sostiene aún por medio de la iglesia de Roma, y muchos son los que están dispuestos a rendirle homenaje.

Empero los que temen y reverencian a Dios, resisten esa pretensión, que es un desafío al Cielo, como resistió Cristo las instancias del astuto enemigo: “**¡al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás!**” **Lucas 4: 8 (VM)**. Dios no ha hecho alusión alguna en su Palabra a que él haya elegido a un hombre para que sea la cabeza de la iglesia. La doctrina de la supremacía papal se opone abiertamente a las enseñanzas de las Santas Escrituras. Sólo por usurpación puede el papa ejercer autoridad sobre la iglesia de Cristo.

Los romanistas se han empeñado en acusar a los protestantes de herejía y de haberse separado caprichosamente de la verdadera iglesia. Pero estos cargos recaen más bien sobre ellos mismos. Ellos son los que arriaron la bandera de Cristo y se apartaron de “**la fe que ha sido una vez dada a los santos**”. **Judas 1: 3**.

Bien sabía Satanás que las Sagradas Escrituras capacitarían a los hombres para discernir los engaños de él y para oponerse a su poder. Por medio de la Palabra fué como el mismo Salvador del mundo resistió los ataques del tentador. A cada asalto suyo, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna diciendo: “**escrito está**”. A cada sugestión del adversario oponía él la sabiduría y el poder de la Palabra. Para mantener su poder sobre los hombres y establecer la autoridad del usurpador papal, Satanás necesita que ellos ignoren las Santas Escrituras. La Biblia ensalza a Dios y coloca a los hombres, seres finitos, en su verdadero sitio; por consiguiente hay que esconder y suprimir sus verdades sagradas. Esta fué la lógica que adoptó la iglesia romana. Por centenares de



años fué prohibida la circulación de la Biblia. No se permitía a la gente que la leyese ni que la tuviese en sus casas, y sacerdotes y prelados sin principios interpretaban las enseñanzas de ella para sostener sus pretensiones. Así fué como el papa vino a ser reconocido casi universalmente como vicegerente de Dios en la tierra, dotado de autoridad sobre la iglesia y el estado.

Una vez suprimido lo que descubría el error, Satanás hizo lo que quiso. La profecía había declarado que el papado pensaría "**mudar los tiempos y la ley**". **Daniel 7: 25**. No tardó en iniciar esta obra. Para dar a los convertidos del paganismo algo que equivaliera al culto de los ídolos y para animarlos a que aceptaran nominalmente el cristianismo, se introdujo gradualmente en el culto cristiano la adoración de imágenes y de reliquias. Este sistema de idolatría fué definitivamente sancionado por decreto de un concilio general... Para remate de su obra sacrílega, Roma se atrevió a borrar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohíbe la adoración de las imágenes y a dividir en dos el último mandamiento para conservar el número de éstos.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 53-56**

Cuando Pablo hace referencia a que "**el hijo de perdición**" "**se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**" estaba declarando un aspecto significativo de las múltiples blasfemias papales, esto es, la calidad que le otorga la iglesia romana al papa como cabeza de la iglesia o vicario de Cristo, además de un sin número de nombres atribuibles solamente a la deidad.

Los Papas fueron coherentes con su pretendido carácter de Vicecristos también en este punto. Ellos pretendieron ser los supremos magistrados del mundo. El Cardenal Bellarmino [1542-1621, sacerdote jesuita, arzobispo, doctor de la iglesia, considerado santo por la iglesia romana, también inquisidor llamado el "martillo de los herejes"] afirma que cada título que en la Escritura es dado a Cristo pertenece también al Papa. Ciñendo en una jurisdicción colosal las cosas temporales y espirituales, el Papa extendió su cetro sobre todos los sitios de tribunales humanos, y se sentó con sus pies sobre los cuellos de reyes, así como sobre los de los sacerdotes. Él reclamó como su prerrogativa juzgar a todos, pero no ser juzgado por ninguno; hacer leyes, pero no estar sujeto a ninguna ley, por lo tanto inconscientemente vindicando su apelativo profético: "**aquel inicuo**" [el Texto Recibido griego dice el "anomos", bien traducido como "inicuo" y literalmente significa "alegal", "fuera de la ley", "aparte de toda ley", en **2 Tesalonicenses 2: 8**]. Él se ha representado a sí mismo tomando en una mano las "llaves" de la autoridad espiritual, y en la otra la espada del poder temporal. Él ha enseñado que era justo que todos los príncipes besaran sus pies, y exigió de no pocos este acto de obediencia. Él ha inculcado a los monarcas que la sana ortodoxia requiere de ellos mantener sus reinos como feudos de la silla papal, y mantener vivo en ellos el piadoso marco mental que él ha impuesto sobre ellos y sus súbditos: los impuestos de las Expensas de Pedro. Si notaba en ellos aún un asomo de orgullo, este manso vicario de Cristo arrancaba el cetro de su mano, pateaba su corona con su pie pontifical, y transfería sus dominios a algún vecino más devoto y de actitud humilde. Todo esto él lo ha hecho "como puesto por Dios sobre los reinos y naciones para plantar y arrancar, para construir y derribar, hacer y deshacer reyes". "¿No es el rey de Inglaterra mi esclavo?" (Papa Bonifacio VIII, a Felipe, Rey de Francia) fueron las palabras de la "**gran boca**".



Y los Papas se han mostrado en ocasiones tan poderosos en los hechos como en las palabras. Gregorio VII destronó a Enrique IV de Alemania. Inocencio III a Otto, y a nuestro Rey Juan. Pablo III, a Enrique VIII. Y Pío V y Gregorio VIII, decretaron sentencia de deposición sobre la Reina Elizabeth. Pío V, como "quien solo ha sido constituido príncipe sobre todas las naciones y todos los reinos, para derribar, destruir, disipar, dispersar, plantar, y construir... declaró a la mencionada Elizabeth: una hereje... y la privó de su pretendido derecho al reino, así como de cada dominio, dignidad y privilegio que sea", pronunciando el mismo anatema sobre todo el que osara obedecerla. Si los anales del Papado actualmente no son demostrados por esos solemnes actos de justicia pontifical, es a causa de la falta de poder, y no por la falta del derecho [según el Papado]. La Iglesia



Romana ha hecho el solemne deber de todos sus miembros destruir todo Protestante cuando ellos sean capaces de hacerlo sin peligro. Bannes, un Dominicano, determinó "que los Católicos en Inglaterra y Sajonia están excusados si no se levantan contra sus príncipes Protestantes y sus súbditos, a causa de que ellos comúnmente no son lo suficientemente poderosos, e intentarlo en tales circunstancias los expondría a un gran peligro"... Bellarmino, una de sus más grandes autoridades es igualmente franco y explícito. Él dice: "si fuera posible arrancar a los herejes, sin duda, ellos han de ser destruidos raíz y rama; pero si ello no puede ser hecho, a causa de que son más poderosos que nosotros, y de que hay peligro de que si ellos nos enfrentan entonces nosotros seamos derrotados, entonces debemos estar quietos"... Los dos Papas anteriores [al autor]: Pío IX y León XIII en sus manifiestos públicos, reclaman el mismo formidable poder; pero prudentemente posponen su ejercicio hasta el arribo de un más feliz día para el Papado.

**James A. Wylie, El Papado es el Anticristo, 43, 44**

La cita siguiente es de un autor que desconozco, y aunque es un artículo breve, debo reconocer que ha documentado muy bien las absurdas pretensiones del papa pero utilizando sus propias citas, para que no se consideren acusaciones sin fundamento. Estas citas, por lo tanto, no pueden ser desmentidas o corregidas, ni puede pretenderse que forman parte de opiniones personales de personajes que intentaron congraciarse con los papas de su tiempo, pues incluye declaraciones personales de algunos conocidos papas, evidentemente hablando de sí mismos.

Numerosas citas podrían proveerse de escritos católicos romanos al efecto de que el papa asegura ocupar el lugar de Dios en la tierra. Veamos los siguientes ejemplos:

"El papa puede modificar la ley de Dios puesto que su poder no es de hombre sino de Dios y él actúa en el lugar de Dios sobre la tierra con la plenitud de poder para atar y desatar sus ovejas" (**Lucius Ferraris Prompta Bibliotheca, Tomo 2, artículo papa**).

El papa Nicolás I quien ejerció de 858-867 DC dijo en una ocasión: "es evidente que los papas no pueden estar limitados ni desatados por ningún poder terrenal ni aun por el apóstol (Pedro) si regresara a la tierra, ya que Constantino el Grande ha reconocido que los pontífices ocupan el lugar de Dios en la tierra, la divinidad no puede ser juzgada por ningún ser viviente. Entonces somos infalibles y cualesquiera que sean nuestros actos no somos responsables de ellos sino ante nosotros mismos". (**Louis Marie de Cormenin, History of the Popes, 243**, citado por **R. W. Thompson, The papacy, and the civil power, 248**).

El papa León XIII en una carta encíclica (on the chief duties of Christians as citizens) de fecha enero 10, 1890 afirmó lo siguiente: "pero el supremo maestro en la iglesia es el pontífice romano. Unión de mentes, por tanto, requiere juntos en perfecto acuerdo en una fe, completa sumisión y obediencia de voluntad a la iglesia y al pontífice romano como a Dios mismo" (**The Great Encyclical Letters of Leo XIII, 193**).

León XIII en una carta encíclica de junio 20 de 1844 dijo: "nosotros ocupamos en esta tierra el lugar de Dios Todopoderoso" (**The Great Encyclical Letter of Leo XIII, 304**).

"El papa ocupa el lugar de Cristo en la Iglesia Universal", Papa San Nicolás I "El grande", 858-867. Véase **Agustín Fliche y Víctor Martin, Historia de la Iglesia, Reforma Gregoriana y Reconquista, Volumen VIII...**

"Vos pues, señor mío, venerable Papa que ocupáis el lugar de Cristo, que sucedéis a San Pedro en la dignidad eclesiástica"... San Pedro Damián, Cardenal-Obispo de Ostia, 1007-1072. (**Opúsculo "De celibatu sacerdotum"** dedicado al Papa Nicolás I, 1058-1061, que trata acerca del concubinato clerical)... Citado en **Fliche, Agustín y Víctor Martin: Historia de la Iglesia. Reforma Gregoriana y Reconquista. Volumen VIII...**

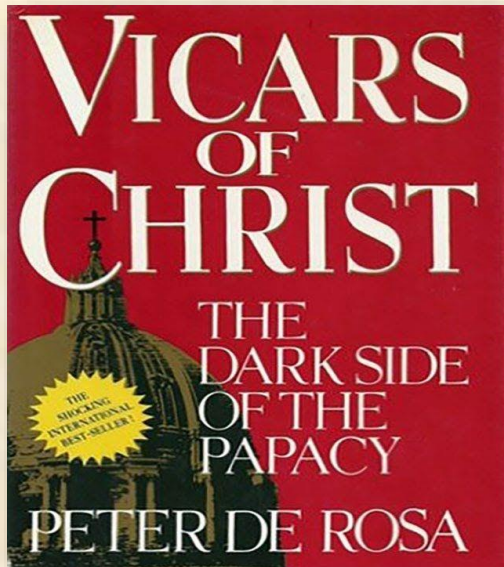
"Así pues, puesto que nosotros (los Papas), por muy pecadores e indignos que seamos, estamos instalados sobre su sede (la de Cristo, su sucesor Pedro, sus sucesores) y encargados de la administración apostólica, y porque: ocupamos su puesto y ejercemos su poder, todo aquello que no escribáis o nos hagáis decir de viva voz, es El (Cristo y su sucesor Pedro mismo Quien lo respalda..." Papa Gregorio VII, Hildebrando, 1073-1085. Bula del 8 de diciembre 1078, destinada al emperador Enrique IV, en las diferentes disputas que este Papa tuvo con el citado Emperador... Citado en **Agustín Fliche y Víctor Martin, Historia de la Iglesia. Reforma Gregoriana y Reconquista. Volumen VIII...**

"Aunque el papa fuera tan perniciosamente maligno que condujera a las almas en tropel al demonio, no se le podría, sin embargo, deponer". Monje camaldulense Graciano de Bolonia. (**Decretum Gratiani** o Código de Derecho Canónico. Este documento fue con mucho la obra más influyente escrita por un católico. Estaba salpimentada, con tres siglos de apócrifos. De los 324



pasajes de citas pontificias de los primeros tiempos, solamente 11 son genuinas. Escrito alrededor del 1140). Véase **Gratiani, Concordantia Discordantium Canonum [Código de Derecho canónico] 1, Distinctio 40, canon 6.**

"El Papa, es superior a las fuentes legales sin calificar. Por lo tanto, debe situarse en un plano de igualdad con el Hijo de Dios". Monje camaldulense Graciano de Bolonia. (**Decretum Gratiani** o Código de Derecho Canónico. Este documento fue con mucho la obra más influyente escrita por un católico. Estaba salpimentada con tres siglos de apócrifos. De los 324 pasajes de citas pontificias de los primeros tiempos, solamente 11 son genuinas). Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del papado, ...79.**



"Somos los sucesores de Pedro, pero no su Vicario; tampoco somos de ningún hombre o apóstol. Somos el vicario de Jesucristo ante el cual todo el mundo debe inclinarse". Papa Inocencio III, Giovanni Lotario di Segni, 1198-1216. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del Papado, ...88.**

"Una visita del Papa es como si Cristo pasara: nada queda igual". Cardenal Jaime Ortega. (Cardenal Arzobispo de la capital cubana, el 25 de diciembre de 1997 en la celebración de la misa del gallo). Véase (AFP) El Vaticano: "Juan Pablo II llama a la paz". Periódico Hoy (Santo Domingo, Rep. Dom.), 26-12-1997, también en (AFP) Montevideo: "Peregrinaje entre dictaduras latinas". Periódico Hoy (Santo Domingo, Rep. Dom.), 17-1-1998.

"El Papa es el Vicario de Cristo, incluso de Dios mismo. No sólo se le ha confiado el dominio de la iglesia sino el gobierno del mundo entero. Como Melquisedec, es rey y sacerdote al mismo tiempo... Así ellos también son su Vicario". Papa Inocencio III, Giovanni Lotario di Segni, 1198-1216. Véase **Philip Schaff, History of the Christian Church, The Middle Ages, 1049-1294, Volume V...** Citado en **Olsen, V. Norskov, Supremacía**

**Papal y libertad religiosa, ...29.**

"Todo clérigo debe obediencia al Papa, incluso si ordena el mal; porque nadie es susceptible de juzgar al Papa". Papa Inocencio III Giovanni Lotario di Segni, 1198-1216. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del papado, ...93.**

"Acepta esta tiara, y ten presente que eres padre de príncipes y reyes, gobernador del mundo, el Vicario de Nuestro Salvador Jesucristo sobre la tierra cuyo honor y gloria perseverarán a través de la eternidad". Cardenal Arcediano (Exaltación del Cardenal Arcediano, en la coronación del Papa Inocencio III. El Papa no lo reprendió por ello). Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del Papado, ...86.**

"El Pontífice es Señor y dirigente del universo, de las cosas y de sus gentes". Papa Gregorio IX, Ugolini, Conde di Segni, 1227-1241. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del Papado, ...93.**

"Pues bien esa Cabeza es Cristo mismo, cuyas veces desempeña en la Iglesia el Sumo Pontífice...". Dr. Santo Tomás de Aquino, 1224-1274. Véase **Tomás de Aquino, Suma de Teología, Parte IIIIA, Volumen III...**

"... soy la presencia corporal de Cristo (praesentia corporalis Christi)". Papa Inocencio IV, Sinibaldo Fieschi, 1243-1254. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo. La cara oculta del Papado, ...193.**

"El rey de los reyes nos ha constituido sobre la tierra como su representante universal... Nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios, verdadero hombre y verdadero Dios, verdadero rey y verdadero sacerdote, según la orden de Melquisedec... ha constituido en beneficio de la Santa Sede una monarquía no solamente pontificia, sino también real; ha confiado al bienaventurado Pedro y a sus sucesores las riendas del Imperio a la vez terreno celestial, como lo indica la pluralidad de las llaves; por una de ellas, y como vicario de Cristo, ha recibido el poder de ejercer su jurisdicción sobre la tierra para las cosas temporales, por la otra, en el cielo, para las cosas espirituales". Papa Inocencio IV, Sinibaldo Fieschi, 1243-1254. (Encíclica "Aeger cui levia", destinada a contestar los



ataques del Emperador Federico II, consecutivos a la sentencia del Concilio de Lyon en la bula del 17 de julio de 1245)... Citado en **Agustín Fliche y Víctor Martin, Historia de la Iglesia, La cristiandad romana, Volumen X...**

"Todo ser humano debe hacer lo que el Papa le diga". Papa Bonifacio VIII, Benedetto Gaetani, 1294-1303. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del Papado, ...193...**

"La Iglesia, pues, que es una y única, tiene un solo cuerpo, una sola cabeza, no dos, como un monstruo, es decir, Cristo y el vicario de Cristo, Pedro, y su sucesor,... Ahora bien, someterse al Romano Pontífice, lo declaramos, lo decimos, definimos y pronunciamos como de toda necesidad de salvación para toda humana criatura". Papa Bonifacio VIII, Benedetto Gaetani, 1294-1303. (Fragmento de la Bula "Unam Sanctam" del 18 noviembre de 1302). Véase **Heinrich Joseph Denzinger, Enchiridion symbolorum... 170,171.**

"El corazón del Pontífice, es el repositorio y el origen de toda ley. Por este motivo la ciega sumisión a su autoridad es esencial para la salvación". Papa Bonifacio VIII, Benedetto Gaetani, 1294,1303. Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del papado, ...94.**

"Como quiera que frecuentemente se pone en duda entre algunos escolásticos si el afirmar pertinazmente que Nuestro Redentor y Señor Jesucristo y sus Apóstoles no tuvieron nada en particular, ni siquiera en común, ha de considerarse como herético, ya que las sentencias sobre ello son diversas y contrarias: Nos, deseando poner fin a esta disputa, con consejo de nuestros hermanos, declaramos por este edicto perpetuo, que en adelante ha de ser tenida por errónea y herética semejante aserción pertinaz, como quiera que expresamente contradice a la Sagrada Escritura"... Papa Juan XXII, Jaques Duèse, o de Eusse, o de Ossa, 1316-1334. (Constitución "Cum inter nonnullos", de 13 de noviembre de 1323). Véase **Heinrich Joseph Denzinger, Enchiridion symbolorum... 177.**

"Bien sabéis que Cristo nos dejó a su Vicario para la salud de nuestras almas; pues no podemos hallar nuestra salvación en otra parte sino en el cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, de quien nosotros somos miembros. El que se muestra desobediente contra el Cristo de la tierra no tiene parte en la herencia de la sangre del Hijo de Dios; Así, pues veis mis amados hijos, que quien se rebela como un miembro podrido contra la Santa Iglesia y contra nuestro Padre, el Cristo en la tierra, incurre en la sentencia de muerte: pues, de la manera que nos portáremos con él, usando de reverencia o desobediencia, así nos portamos con Cristo que está en el cielo yo os digo, que, aun cuando los pastores fueran encarnados demonios, y aunque con ellos lo fuera el Papa, en lugar de ser un padre bueno y bondadoso, deberíamos nosotros, sin embargo, serle obedientes y sumisos, no por respeto de él, sino como Vicario de Cristo, en obediencia para con Dios". Santa Catalina de Siena, 1347-1380. (Carta a los gobernantes de Florencia)... Citado en **Ludovico Pastor, Historia de los Papas, En la época del Renacimiento hasta la elección de Pío II, Volumen I... 226,227.**

"Los Señores cardenales tienen tanto poder para obrar y tanta autoridad para hablar como tenían los Apóstoles mientras estuvieron en la tierra. Decir lo contrario es un error condenado. Por esto es por lo que la Iglesia romana es llamada Iglesia apostólica y el colegio de los cardenales llamado colegio apostólico... Son los goznes y las columnas del mundo, sobre los que Cristo ha fundado su Iglesia, sobre todo en cuanto a la elección de su vicario; por consiguiente son perpetuos, estables e infalibles". San Vicente Ferrer, 1350-1419 (Religioso dominico español. Canonizado por el Papa Calixto III) ...Citado en **Agustín Fliche y Víctor Martin, Historia de la Iglesia, De los orígenes a; nuestros días, Volumen XIII... 29-33.**

"Asimismo definimos que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice tienen el primado sobre todo el orbe y que el mismo Romano Pontífice es el sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, verdadero vicario de Cristo y cabeza de toda la Iglesia y padre y maestro de todos los cristianos...". Papa Eugenio IV, Gabriel Condulmer, o Condulmaro, o Condolmieri, 1431-1447. (Fragmento de la bula papal "Laetentur Coeli" del 6 de julio de 1439). Véase **Heinrich Joseph Denzinger, Enchiridion symbolorum...201.**

"Tú eres el Pastor, tú eres el Médico, tú eres el Gobernante, tú eres el Esposo, finalmente tú eres otro Dios en la tierra". Cristóbal Marcelo (Exaltación de Marcelo al Papa Julio II en ocasión del Quinto Concilio de Letrán, celebrado en el año 1512. El Papa no lo reprendió por ello)... Citado en **Dr. C. Mervyn Maxwell, El Porvenir del Mundo Revelado... Volumen I... 132.**

En el año 1558 el Papa Pablo IV publicó la bula "Cum ex Apostolatus Officio". Afirmaba ser Pontifex Maximus, representante de Dios sobre la tierra. Como tal. disponía de poder ilimitado para deponer a todo monarca, para entregar cualquier país a la invasión extranjera, privar a todo el mundo





de sus posesiones sin que mediase procedimiento legal. Cualquiera que brindase ayuda a alguien desposeído incluso por bondad humana elemental, sería excomulgado. Papa Pablo IV, Gian Pietro Caraffa, 1555-1559 (Bula " Cum ex Apostolatus Officio"). Citado en **Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del papado... 146,147.**

"Especificamos que la Santa Sede (el Vaticano), y el Pontífice Romano, tienen la supremacía sobre todo el mundo". Concilio de Trento, 1545-1549; 1560-1563. Véase **Philippe Labbé y Gabriel Cossartii, S.I., Conciliorum collectio maxima ad regiam exacta, Tomo III, col: 1167.**

"Si el Papa incurriese en el yerro de dar por buenos los pecados y prohibir las virtudes, la Iglesia tendría que seguir considerando los pecados como buenos y las virtudes como vicios, de lo contrario pecaría en conciencia". Dr. Cardenal San Roberto Bellarmine, 1542-1621. (Gran apologista del papado, en los siglos, XVI y XVII. Fue canonizado por el Papa Pío XI en el año 1929 y declarado Doctor de la Iglesia); Véase **Roberto Bellarmine Cardinal, Christianae Fidei, De Romano Pontifice, en Opera Omnia Nápoles, 1856. Citado en Peter de Rosa, Vicarios de Cristo, La cara oculta del papado.... 70.**

"Así que si fuera posible que los ángeles erraran en la fe o pudieran pensar contrario a la fe, pueden ser juzgados y excomulgados por el Papa. El Papa es como si fuera Dios en la tierra, solo soberano de los fieles de Cristo, supremo rey de reyes, teniendo la plenitud del poder, a quien le ha sido confiado por el Dios, Omnipotente la dirección no solo del reino terrenal sino también del reino celestial. El Papa puede modificar la ley divina, porque su poder no es el de un hombre, sino de Dios, y obra en lugar de Dios en la tierra, con plenos poderes para atar y desatar a sus ovejas. El Papa, es de una dignidad tan suprema y elevada que, hablando apropiadamente, él no ha sido establecido en ningún orden de dignidad, sino que ha sido puesto sobre la misma cumbre de todas las dignidades.... Él es de la misma forma el monarca divino emperador supremo y rey de los reyes". Véase **F. Lucii Ferraris, Prompta Bibliotheca Canonica. Juridica. Moralis, Theologica, Diccionario Eclesiástico Católico Romano, Volumen VI, "Papa"...**

El Papa es "el verbo encarnado que se prolonga". Monseñor Bertaud de Tulle... (Obispo ultramontano más prestigioso de Francia).

El Papa es "el Vice Dios de la humanidad". Véase en **E. Lafond, Rome, Lettres d' un pèlerin. Tomo 1... 487.**

**Llevaba el papa el 666 en la corona, 4-9**

Si usted no había leído antes estas declaraciones es posible que no salga aún de su asombro. Si las había leído antes seguirá estupefacto por la arrogancia y las blasfemias dichas por hombres que supuestamente sirven a Dios. No hay otra forma de entender el propósito de estas declaraciones que sin duda es y ha sido el elevar al papa a una condición de dominio indisputable, no solamente en lo que respecta a la doctrina, sino también en los asuntos de carácter temporal, como el supuesto dominio del papa sobre todos los gobernantes de la tierra. Para afirmar esto no se utilizan, evidentemente, las declaraciones bíblicas (que evidentemente no existen) sino declaraciones de los padres de la iglesia o de los miembros de la cúpula de la iglesia romana, a quienes no les importa descarriar a las ovejas. La altivez de los declarantes es impresionante...

Retornamos a la majestuosa falsificación, tan altivamente entronizada, a quien las naciones cegadas confunden como Dios, y ante quien se inclinan en adoración. **"Tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios". [2 Tesalonicenses 2: 5].**

El Papa ha pretendido ser Dios, primero, en palabras; segundo, en hechos. Escuchemos algunas de las palabras que han venido de la **"gran boca"** misma; y luego algunas declaraciones al mismo efecto que han venido de algunos amigos del Anticristo.

Sentado en el Templo de Dios, esto es, hablando ex cátedra como ViceCristo, el Papa ha reclamado, en la más inequívoca manera, ser Dios. Hasta este osado grado de ambición y blasfemia ha llevado el paralelismo o imitación. El verdadero Cristo es Dios, por lo tanto el ViceCristo debe pretender ser Dios también. En la ley canónica el papa es llamado Dios (**Decretum Gregorii XIII, Destinc 96, Can. 7**). Otra vez él es llamado "Señor y Dios" (**Decretales Gregorii IX, Tit. 7**). Y otra vez Inocencio dice en las decretales, hablando del Papa: "Dios porque él es vicario de Dios". La ley canónica y las decretales son llamadas por los escritores Romanistas los oráculos del Papa, ellas son la verdadera expresión de la mente pontifical. Al mismo efecto los casuistas, [ciertos teólogos], papales dicen: "como Cristo fue Dios, él también ha de ser mirado como Dios". El Sacrum Ceremoniale tiene la frase: "la Silla apostólica es la sede de Dios". "El Pontífice Romano" dice el Decreto de Gregorio: "no como mero hombre, sino como verdadero Dios, reina en la tierra". (**Daubuz, 581**). Para no multiplicar ejemplos en los cuales el Papa se llama a sí mismo Dios, o acepta el título de otros, concluimos refiriéndonos a una reciente muestra. Sir Culling E. Smith, en un viaje en Italia,



encontró un libro publicado en 1794, con el título: "Historia de la Antigua República de Amalfi, dedicado al Vicediós Benedicto XIII. Con permiso de los superiores" (**Decretum Gregorii I. 7, 3**). Así es como el Papa da testimonio de sí mismo. Uno más grande que él dice: "si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero".

Él ha buscado apoyar sus pretensiones a este gran título por grandes hechos. Lo que sea que Dios hace el Papa también profesa hacerlo. ¿Requiere Dios que ante Él cada rodilla se doble? Así también el Papa; él requiere ser adorado con postración y beso. ¿Dios se revela como el único santo? Así, también, el Papa. Él reclama ser llamado "su santidad". ¿Es Dios el "solo sabio"? Así también es el Papa: él pretende ser "inerrante". ¿Dios plantó su trono en la cima del monte Sinaí, y desde allí promulgó aquellos diez mandamientos que son las leyes del mundo? Así también el Papa: él ha plantado una sede en las siete colinas en carácter de supremo legislador y juez del mundo, y pretende una igual autoridad e infalibilidad para todo lo que le plazca promulgar ex cátedra como lo reclama Jehová para los preceptos del decálogo. ¿Es la prerrogativa de Dios perdonar pecados? El Papa asume la misma gran prerrogativa. Él perdona pecados de los vivos y de los muertos. ¿Es la prerrogativa de Dios asignar a los hombres su destino eterno? Eso también hace el Papa. Él pretende tener las llaves que abren y cierran el purgatorio, y mientras reserva a sus seguidores un seguro pasaporte a los reinos del paraíso, él entrega a todos los de fuera de su iglesia al dolor eterno. En fin, ¿Dios se sienta entre los Querubines y recibe el homenaje de su pueblo en su santuario? El Papa, sentado en el elevado altar de la Basílica de San Pedro, mientras incienso es quemado delante de él, y las rodillas se doblan delante de él, es invocado como el Señor nuestro Dios. Los Romanistas están acostumbrados a llamar al altar el trono de Dios, en consideración a que ellos colocan allí la hostia. El uso que el Papa halla para esto en esas ocasiones es el no muy digno de un escabel de sus pies. "Tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios". [2 **Tesalonicenses 2: 5**].

**James A. Wylie, El Papado es el Anticristo, 46, 47**

Pablo además afirma, algo que ya hemos adelantado, que su "advenimiento [del anticristo] es por obra de Satanás" lo que significa que el soporte del "gran poder y señales y prodigios mentirosos" no es otro que el enemigo de nuestras almas. Sin embargo, la iglesia romana desde sus inicios y hasta ahora ha sabido obtener el poder de los reyes de la tierra y valerse de ellos para imponer sus doctrinas, en particular lo relacionado al día de reposo, y perseguir a los que se oponen a ellas.

inico cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

**2 Tesalonicenses 2: 9-12**

El espíritu de concesión al paganismo fomentó aún más el desprecio de la autoridad del Cielo. Obrando por medio de directores inconversos de la iglesia, Satanás atentó también contra el cuarto mandamiento y trató de echar a un lado el antiguo sábado, el día que Dios había bendecido y santificado (**Génesis 2: 2, 3**), para colocar en su lugar el día festivo observado por los paganos como "el venerable día del sol".

Este intento no se hizo al principio abiertamente. En los primeros siglos el verdadero día de reposo, el sábado, había sido guardado por todos los cristianos, los cuales siendo celosos de la honra de Dios y creyendo que su ley es inmutable, respetaban escrupulosamente la santidad de sus preceptos. Pero Satanás procedió con gran sutileza por medio de sus agentes para llegar al fin que se propusiera. Para llamar la atención de las gentes hacia el domingo, fué declarado día de fiesta en honor de la resurrección de Cristo. Se celebraban servicios religiosos en ese día; no obstante se lo consideraba como día de recreo, y seguía guardándose piadosamente el sábado.

Con el fin de preparar el terreno para la realización de sus fines, Satanás indujo a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a que recargasen el sábado con las más rigurosas exacciones, de modo que su observancia fuese una pesada carga. Aprovechándose luego de la falsa luz bajo la cual lo había hecho considerar, hízolo despreciar como institución judaica. Mientras que los cristianos seguían observando generalmente el domingo como día de fiesta alegre, el diablo los indujo a hacer del sábado un día de ayuno, de tristeza y de abatimiento para hacer patente su odio al judaísmo.

A principios del Siglo IV el emperador Constantino expidió un decreto que hacía del domingo un día de fiesta pública en todo el Imperio Romano... El día del sol fué reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos; pues era política del emperador conciliar los intereses del paganismo y del cristianismo que se hallaban en pugna. Los obispos de la iglesia, inspirados por su ambición y su sed de dominio, le hicieron obrar así, pues comprendieron que si el mismo día era



observado por cristianos y paganos, éstos llegarían a aceptar nominalmente el cristianismo y ello redundaría en beneficio del poder y de la gloria de la iglesia. Pero a pesar de que muchos cristianos piadosos fueron poco a poco inducidos a reconocer cierto carácter sagrado al domingo, no dejaron de considerar el verdadero sábado como el día santo del Señor ni de observarlo en cumplimiento del cuarto mandamiento.

Pero no paró aquí la obra del jefe engañador. Había resuelto reunir al mundo cristiano bajo su bandera y ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice, que aseveraba ser el representante de Cristo. Realizó su propósito valiéndose de paganos semiconvertidos, de prelados ambiciosos y de eclesiásticos amigos del mundo. Convocábase de vez en cuando grandes concilios, en que se reunían los dignatarios de la iglesia de todas partes del mundo. Casi en cada concilio el día de reposo que Dios había instituido era deprimido un poco más en tanto que el domingo era exaltado en igual proporción. Así fué cómo la fiesta pagana llegó a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado de la Biblia era declarado reliquia del judaísmo y se pronunciaba una maldición sobre sus observadores.

El gran apóstata había logrado ensalzarse a sí mismo "sobre todo lo que se llama Dios, o que es objeto de culto". **2 Tesalonicenses 2: 4**. Se había atrevido a alterar el único precepto de la ley divina que señala de un modo infalible a toda la humanidad al Dios viviente y verdadero. En el cuarto mandamiento Dios es dado a conocer como el Creador de los cielos y de la tierra y distinto por lo tanto de todos los dioses falsos. Como monumento conmemorativo de la obra de la creación fué santificado el día séptimo como día de descanso para el hombre. Estaba destinado a recordar siempre a los hombres que el Dios viviente es fuente de toda existencia y objeto de reverencia y adoración. Satanás se esfuerza por disuadir a los hombres de que se sometan a Dios y obedezcan a su ley; y por lo tanto dirige sus golpes especialmente contra el mandamiento que presenta a Dios como al Creador.

Los protestantes alegan ahora que la resurrección de Cristo en el domingo convirtió a dicho día en el día del Señor. Pero las Santas Escrituras en nada confirman este modo de ver. Ni Cristo ni sus apóstoles confirieron semejante honor a ese día. La observancia del domingo como institución cristiana tuvo su origen en aquel "misterio de iniquidad" (versículo 7) que ya había iniciado su obra en los días de San Pablo. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor a este hijo del papado? ¿Qué razón válida puede darse en favor de un cambio que las Santas Escrituras no sancionan?

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 56-58**

Una piedra angular, como estamos viendo, de la estructura de dominio de la iglesia romana, con "todo engaño de iniquidad", es la posición del papa como cabeza de la iglesia, como supuesto vicario de Dios en la tierra. Esta posición para la cual no se puede argumentar ninguna prueba bíblica es aceptada no solamente por los católicos, sino que es considerada con respeto por los protestantes, y con una aceptación tácita por los líderes de otras grandes religiones, así como de los gobernantes de este mundo.

El advenimiento del "hombre de Pecado" habría de ser con "todo engaño de iniquidad", con acabada, perfeccionada, y, hasta que el "hombre de pecado" no hubo aparecido, inigualada sagacidad.

Notemos la frase. Es una muy notable. No es usada en ningún otro lugar; no es empleada para describir a ningún otro sistema; describe a la gran apostasía, y sólo a ella. No es simplemente "engaño", no es simplemente "iniquidad", es el "engaño de iniquidad"; más aún, es "todo engaño de iniquidad".

La sagacidad y el engaño no eran cosas desconocidas antes de que el Papado entrara al mundo. Sacerdotes y hombres de estado, en cada época, actuaron grandemente con engaño. Pero el engaño peculiar en sí mismo, es el engaño de iniquidad. No solamente es una sagacidad más sutil y definida que cualquiera de las que el hombre usó en anteriores épocas; sino que es una sagacidad de un nuevo orden. Es un sistema de iniquidad [o injusticia] puesto en marcha como para asemejar aquel sistema de justicia que Dios ha revelado para la salvación del mundo, y en consecuencia para ser aceptado como tal por todos quienes, no enseñados por el Santo Espíritu, son engañados y destruidos por tal [sistema de iniquidad]. El paganismo era un sistema de engaño. Era la adoración de un dios falso, bajo la pretensión de ser la adoración del verdadero Dios. Pero el Papismo es un engaño de una escala más allá del paganismo. Éste era una falsificación de la religión del Evangelio. El Papismo tiene un dios propio: que es él, a quien la ley canónica llama el "Señor nuestro Dios".

Él tiene un salvador propio: la Iglesia, a saber. Él tiene un sacrificio propio: la Misa. Él tiene un mediador propio: el Sacerdocio. Él tiene un santificador propio: los Sacramentos. Él tiene una justificación propia: aquella de la justicia infusa. Él tiene un perdón propio: el perdón del Confesionario; y tiene en los cielos una infalible y todo-prevalente abogada desconocida para el



Evangelio: la "Madre de Dios". Él entonces presenta al mundo un aparato espiritual y salvador para la salvación de los hombres, y que sin embargo ni santifica ni salva a nadie. Él luce igual que una iglesia; y sin embargo no es una iglesia. Es un gran engaño: **"todo engaño de iniquidad"**.

Hay otro punto aquí que amerita nuestra atención. Se relaciona a la arquitectura u orden de la casa espiritual, la Iglesia. El Papismo desde su fundamento hasta su piedra final ha imitado ese orden. Aquel **"Cristo, el Hijo de Dios"** es la piedra angular de la iglesia evangélica. El Evangelio entero brota de esa raíz. Ésta es la **"roca"** sobre la cual Cristo, hablando a Pedro, dijo que edificaría su Iglesia.

Que el "Papado es el Vicario de Cristo" es la piedra angular de la Iglesia papal. De esa raíz brota el Papismo entero. Sobre esta **"roca"** dijo Bonifacio III en el siglo séptimo, y Gregorio VII, con aún más grande énfasis en el undécimo, edificaré mi iglesia.

Y notemos además que ambas iglesias no descansan sobre una doctrina, sino sobre una persona. La Iglesia de Dios descansa sobre una persona, la cual es Cristo. Ninguno es salvado por simplemente creer en un sistema de verdad. La verdad es la luz que muestra al pecador su camino al Salvador. Él es unido a Cristo por su fe la cual se aferra del Salvador, y por el Espíritu quien viene a habitar en su corazón. Entonces él es un miembro del Cuerpo Espiritual. La Biblia, los ministros, y ordenanzas son los canales a través de los cuales la vida de la Cabeza fluye a los miembros del cuerpo. Entonces ellos son edificados en una casa espiritual, un santo templo **"edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo"**.

Todo ello es de lo más mañosamente falsificado en la Iglesia del Papa. Es solamente por el modo en que los miembros de esa iglesia se apoyan en Pedro, o lo que es la misma cosa, sobre el Papa, que ellos pueden ser salvados. Los Romanistas nos dicen que es esencial para la salvación de cada ser humano que esté sujeto a la autoridad del Papa. Pedro -es decir, el Papa- es el único reservorio de gracia; de él fluye ella a través del gran conducto de la sucesión apostólica a todos los miembros de la "Iglesia", y así ellos son edificados en una casa espiritual -construida sobre el fundamento de tradiciones, sacramentos, sacerdotes, obispos, cardenales, siendo el Papa mismo la principal piedra del ángulo.

Más aún, la entera política y acciones de la Iglesia Romana han estado marcadas por un engaño inigualado por ninguna otra sociedad o confederación conocida en la historia. Sus Papas han sido la más astuta raza de gobernantes que el mundo jamás vio. ¡Qué profundidad de astucia y habilidad en la Curia Romana! ¿Dónde está el cuerpo de ministros o el monarca que puede luchar con ella? Sus entendimientos más que humanos que Roma encubre bajo el disfraz de la ingenuidad y la simplicidad. Ella luce tan sin culpa y tan **"semejante a un cordero"**, que los hombres de estado nos dicen que no tendrían dificultad en sujetarse junto a diplomáticos como esos. Es solamente cuando son aventajados y engañados por ellos cuando abren sus ojos y comienzan a preguntarse dónde reside la fortaleza que los ha confundido. Roma compra y vende hombres de estado en su mercado; ella los usa como el arriero a sus bestias de carga; y cuando ellos están viejos y quebrados, y ya no pueden ejecutar más sus directivas, ella los arroja de los altos lugares a los cuales los exaltó, y deja sus mutiladas reputaciones, igual que desagradables esqueletos, en el camino de la historia, para que la posteridad pueda ver como Roma recompensa a quienes la sirven. Fue escrito de ella desde tiempo antiguo: **"porque a muchos ha hecho caer heridos; y aun los más fuertes han sido muertos por ella" [Proverbios 7: 26]**.

Este vasto engaño es una de las principales fuentes de la fortaleza de la así llamada Iglesia de Roma. Ella tiene el arte de reclutar todos los reclamos de la virtud, y todas las sanciones de la ley, en favor de aquello por lo cual la virtud es ultrajada y la ley violada. Cuando su propósito es el más cruel, su habla es aún la más blanda. Cuando su motivo es el más villano, su profesión es aún la más plausible. Ella siempre da el nombre más santo a los más reprobables hechos. Cuando ella quema un hereje llama a esto un auto-da-fe -un acto de fe. Cuando ella arrasa una provincia con fuego y espada, llama a esto una cruzada -es decir, una expedición evangelística. Su cámara de tortura es llamada el "Santo Oficio". Y cuando desean liberar a uno de sus archicriminales ella lo llama "reconciliación". Y cuando ella depone monarcas, despojándolos de corona y reino, y compeliéndolos, como lo hizo con Enrique IV de Alemania, a estar de pie con los pies descalzos ante sus puertas en medio de los rigores del invierno, es con la intención de un bondadoso padre administrando saludable castigo a un hijo errante. En resumen, ella no solamente se transforma a sí misma en un ángel de luz, sino que al vicio lo transforma en virtud, embelleciendo los más negros crímenes con la blanca ropa de la inocencia y adornando la más horrible iniquidad con los resplandecientes aires de la santidad.

¿Qué son los sacramentos por los cuales ella profesa llenar a los hombres con gracia? ¿Qué son las misas por las cuales profesa impartir a Cristo y su salvación a ellos? ¿Qué son los crucifijos, rosarios, y amuletos, por los cuales ella fortifica a los hombres contra los asaltos de Satán y los



espíritus malignos? ¿Qué son las indulgencias por las cuales ella acorta los sufrimientos de las almas en el purgatorio? ¿Qué los perdones con los cuales ella despide a los hombres al otro mundo? ¿Qué los votos de pobreza bajo los cuales ella acaricia un orgullo del más arrogante, y una avaricia de la más insaciable? ¿Qué son los votos de celibato bajo los cuales ella cubre una desenfrenada lascivia? ¿Qué son las dispensas por las cuales ella libera a los hombres de las obligaciones de la ley moral, y [por las cuales] profesa anular juramentos, promesas, y convenios? Sobre todo, ¿qué son su lógica y su sistema de ética por el cual, como sucede en las manos de Liguori, ella hace al vicio y a la virtud, a la falsedad y a la verdad, intercambiar entre sí sus lugares, y mostrar como uno, si lo dirige una buena intención, puede cometer los más monstruosos crímenes y aun así no contraer una partícula de culpa? ¿Qué son esas cosas, preguntamos, sino el "engaño de iniquidad"? Porque ciertamente los máximos límites del engaño han sido alcanzados, y los Engañadores mismos no pueden ir más lejos. Él [el diablo] ha producido su obra maestra.

**James A. Wylie, El Papado es el Anticristo, 36, 37**

Para lograr acumular este poder la iglesia romana se ha valido del "poder clerical del sacerdocio romano" que "culminó con la institución del confesionario", institución que también proviene de Babilonia. El poder que da poseer los secretos de los potentados penitentes, transferidos a confesores sin escrúpulos de conciencia, ha permitido a la iglesia torcer el brazo de reyes y príncipes, mediante el chantaje, para obtener de ellos lo que necesita para controlar el mundo. La confesión auricular, jamás sostenida por las Sagradas Escrituras, es un medio para el control, la presión y el dominio.

Astuta y gradualmente, Roma estableció los fundamentos de su sistema de superchería, sobre el cual iba a erigir después tan inmensa superestructura. Desde sus comienzos, el "misterio" estuvo impreso sobre su sistema.

Pero esta característica de "misterio" se le ha adherido a lo largo de todo su recorrido. Cuando alguna vez ha tenido éxito en disminuir la luz del Evangelio, oscureciendo la plenitud y la liberalidad de la gracia de Dios, apartando las almas de los hombres de los tratos directos e inmediatos con el Único Gran Profeta y Sumo Sacerdote de nuestra profesión de fe, al atribuirle al clero un poder misterioso que le ha dado "dominio sobre la fe" del pueblo -un dominio rechazado abiertamente por los hombres apostólicos (**2 Corintios 1: 24**), pero que, en unión con el confesionario ha llegado a ser, por lo menos, tan absoluto y completo como el poseído alguna vez por el sacerdote babilónico ante los iniciados en los antiguos Misterios.

El poder clerical del sacerdocio romano culminó con la institución del confesionario, el cual fue tomado de Babilonia. La confesión de los adeptos de Roma es completamente diferente a la confesión prescrita en la Palabra de Dios. El precepto de las Escrituras con relación a la confesión es éste: "confesaos vuestras faltas unos a otros" (**Santiago 5: 16**), lo que implica que el sacerdote se confesaría ante el pueblo, al igual que el pueblo se confesaría ante el sacerdote [también entre el ofensor y el ofendido como corresponde], si cualesquiera de los dos pecase contra el otro. Esto jamás podría haber servido para ningún propósito de despotismo espiritual; y por lo tanto, Roma, al abandonar la Palabra de Dios, ha tenido que recurrir al sistema babilónico. En aquel sistema, según fórmula prescrita, se requería la confesión secreta al sacerdote de todos los que fueran admitidos a los "Misterios"; y hasta tanto que tal confesión se hubiese hecho, no podía tener lugar ninguna iniciación completa. Así, Salvérté [Eusebe Salvérté, un escritor contemporáneo de Hislop especializado en ciencias ocultas y en religiones paganas] se refiere a esta confesión como observada en Grecia, con ritos que pueden ser claramente rastreados como de origen babilónico.

"Todos los griegos, desde Delfos a las Termópilas, estaban iniciados en los Misterios del templo de Delfos. El silencio con relación a todo lo que les fuera ordenado para guardar el secreto, estaba asegurado tanto por el temor a los castigos que amenazaban ante una revelación perjura, como por la confesión general impuesta a los aspirantes después de la iniciación, una confesión que hacía que ellos tuvieran más temor de la indiscreción del sacerdote, que darle a él la razón para temer la indiscreción de ellos". Potter, en sus "Antigüedades Griegas" también se refiere a esta confesión aunque, por lo general, ella se haya pasado por alto. En su relato de los Misterios eleusinos, después de describir las ceremonias y las instrucciones preliminares antes de la admisión de los candidatos a la iniciación ante la presencia inmediata de las divinidades, prosigue así: "entonces el sacerdote que los iniciaba, llamado 'lerofantes' [el Hierofante], hacía ciertas preguntas tales como si ellos estaban ayunando, etc., a lo cual ellos respondían de una manera determinada". El etcétera que aparece aquí puede que no sorprenda a un lector casual, pero es un etcétera significativo que quiere decir mucho. Significa: ¿están ustedes libres de toda violación de la castidad? Y no solamente en el sentido de impureza moral, sino en ese sentido artificial de la castidad que el paganismo siempre apreciaba; ¿están ustedes libres de la culpa de asesinato? Porque ningún culpable de matar, así fuera accidentalmente, podía ser admitido hasta cuando fuera purificado de la sangre, para lo que había ciertos sacerdotes llamados kōes, que "oían confesiones" en tales casos y purificaban al culpable. La severidad de las preguntas en el confesionario pagano se amplía ciertamente en ciertos poemas licenciosos de Propertio, Tibulo y Juvenal. Wilkinson, en



su capítulo sobre “Fiestas Privadas y Penitencias” dice que éstas “eran cumplidas estrictamente” a propósito de “ciertas reglamentaciones en épocas determinadas”, y tiene varias citas de escritores clásicos que prueban claramente de dónde sacó el papado la clase de preguntas que han impreso ese carácter de obscenidad en su confesionario, como el exhibido en las bien conocidas páginas de Peter Dens.

El pretexto según el cual se requería la confesión auricular era que las solemnidades a las cuales iban a ser admitidos los iniciados eran tan sublimes, tan celestiales, tan santas, que ningún hombre con la culpa yacente en su conciencia, y con el pecado no limpiado, podía ser admitido lícitamente a ellas. Por tanto, la protección de los que iban a ser iniciados se basaba en que era indispensable que el sacerdote oficiante probara cabalmente sus conciencias, no fuera que entrando sin la purificación conveniente de la culpa contraída anteriormente, la ira de los dioses fuera provocada contra los intrusos irreverentes. Este era el pretexto, pero conociendo la naturaleza esencialmente pecaminosa tanto de los dioses como de su culto, no puede dejar de verse que esto no era más que eso, un pretexto; que el gran propósito al exigir a los candidatos a la iniciación que confesaran sus faltas y sus pecados, era solamente para ponerlos por completo en poder de aquellos en quienes habían depositado los sentimientos íntimos de sus almas y sus más importantes secretos [lo que otorgaba poder al sacerdote sobre el confesante]. Exactamente del mismo modo Roma ha instituido el confesionario. En lugar de exigir por igual a los sacerdotes y al pueblo, como lo hacen las Escrituras, el “**confesaos vuestras faltas unos a otros**”, ella ordena a todos, bajo pena de perdición, confesar al sacerdote si han transgredido, o no; en tanto que el sacerdote no está obligado en absoluto a confesarse ante el pueblo. En la Iglesia de Roma sin tal confesión no puede haber admisión para los sacramentos, excediendo así al paganismo, donde había admisión sin confesión para los beneficios de los Misterios. Ahora, esta confesión la hace cada individuo en secreto y solitariamente al sacerdote que está sentado, investido con el poder para examinar la conciencia en el nombre de Dios y revestido con Su autoridad, para juzgar la vida, para absolver o condenar, según su voluntad y deseo únicos y arbitrarios. Este es el gran soporte sobre el cual se hace girar todo el “**misterio de iniquidad**” encarnado en el papado; y dondequiera que se le establece, sirve admirablemente para el designio de atar a los hombres en abyecta sujeción al sacerdocio.

De conformidad con el principio según el cual se propagó el confesionario, la Iglesia, es decir, el clero, proclamó ser el único depositario de la verdadera fe cristiana. Como los sacerdotes caldeos, que creían ser los únicos depositarios de la clave -una clave transmitida a ellos desde la más remota antigüedad- para la comprensión de la mitología de Babilonia, así los sacerdotes de Roma se erigen como los únicos intérpretes de las Escrituras, pues sólo ellos poseen la verdadera tradición, transmitida en el transcurso de las edades, sin la cual es imposible llegar a su verdadero significado. Por tanto, exigen fe absoluta en sus dogmas, y todos los hombres están obligados a creer lo que cree la Iglesia, permitiéndole así a la Iglesia moldear su fe como a ella le plazca. Como poseedora también de la autoridad suprema sobre la fe, podía divulgar poco o mucho de ella, como juzgara más conveniente. “excluir” de la enseñanza las grandes verdades de la religión fue un principio tan esencial en el sistema de Babilonia, como lo es en el romanismo o tractarianismo [un sistema de principios de la Alta Iglesia establecidos en una serie de tratados en Oxford 1833-1841] actuales. Fue esta pretensión sacerdotal de dominio sobre la fe de los hombres la que detenía “**la verdad con injusticia**” en el mundo antiguo, de modo que las “**tinieblas cubrieron la tierra y gran oscuridad al pueblo**”. Fue esta misma pretensión en manos de los sacerdotes romanos la que se aposentó en las Edades del Obscurantismo, cuando durante muchos siglos sombríos, el Evangelio fue desconocido, y la Biblia fue un libro prohibido para millones que llevaban el nombre de Cristo. Entonces, en todos los aspectos, vemos cómo Roma ha llevado justamente en su frente el nombre de “**misterio, Babilonia la Grande**”, No hay, ni puede haber ninguna seguridad para las almas en “**Babilonia**”, “**salid de ella, pueblo mío**”, es el urgente y expreso mandato de Dios. Los que desobedezcan este mandato, lo hacen corriendo su propio riesgo.

**Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 145-149**

Pablo entendía que ya estaba “**en acción el misterio de la iniquidad**” solamente faltaba que “**sea quitado de en medio**” “**quien al presente lo detiene**”. Sabía el apóstol que se trataba del imperio romano, y que luego que este cayera el crecimiento del “**misterio de iniquidad**” no tendría limitaciones de poder. Debía quedar como señor de la sede romana para que se cumpliera lo que Pablo decía. Esto ocurriría en la primera mitad del Siglo VI, en el 538 DC para ser exactos.

**Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio.**

**2 Tesalonicenses 2: 7**

En el siglo sexto el papado concluyó por afirmarse. El asiento de su poder quedó definitivamente fijado en la ciudad imperial, cuyo obispo fué proclamado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dejado el lugar al papado. El dragón dio a la bestia “**su poder y su trono, y grande autoridad**”. [Apocalipsis 13: 2 (VM)... Entonces empezaron a correr los 1.260 años de la opresión



papal predicha en las profecías de **Daniel** y en el **Apocalipsis**. **Daniel 7: 25; Apocalipsis 13: 5-7**. Los cristianos se vieron obligados a optar entre sacrificar su integridad y aceptar el culto y las ceremonias papales, o pasar la vida encerrados en los calabozos o morir en el tormento, en la hoguera o bajo el hacha del verdugo. Entonces se cumplieron las palabras de Jesús: **“seréis entregados aun de vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”**. **Lucas 21: 16, 17**. La persecución se desencadenó sobre los fieles con furia jamás conocida hasta entonces, y el mundo vino a ser un vasto campo de batalla. Por centenares de años la iglesia de Cristo no halló más refugio que en la reclusión y en la obscuridad. Así lo dice el profeta: **“y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar aparejado de Dios, para que allí la mantengan mil doscientos y sesenta días”**. **Apocalipsis 12: 6**.



El advenimiento de la iglesia romana al poder marcó el principio de la Edad Media. A medida que crecía su poder, las tinieblas se hacían más densas. La fe pasó de Cristo, el verdadero fundamento, al papa de Roma. En vez de confiar en el Hijo de Dios para obtener el perdón de sus pecados y la salvación eterna, el pueblo recurría al papa y a los sacerdotes y prelados a quienes él [el papa] invistiera de autoridad. Se le enseñó que el papa era su mediador terrenal y que nadie podía acercarse a Dios sino por medio de él, y andando el tiempo se le enseñó también que para los fieles el papa ocupaba el lugar de Dios y que, por lo tanto, debían obedecerle implícitamente. Con sólo desviarse de sus disposiciones se hacían acreedores a los más severos castigos que debían imponerse a los cuerpos y almas de los transgresores. Así fueron los espíritus de los hombres desviados de Dios y dirigidos hacia hombres falibles y crueles; sí, aún más, hacia el mismo príncipe de las tinieblas que ejercía su poder por intermedio de ellos. El pecado se disfrazaba como manto de santidad. Cuando las Santas Escrituras se suprimen y el hombre llega a considerarse como ente supremo, ¿qué otra cosa puede esperarse sino fraude, engaño y degradante iniquidad? Al ensalzarse las leyes y las tradiciones

humanas, se puso de manifiesto la corrupción que resulta siempre del menosprecio de la ley de Dios.

Días azarosos fueron aquéllos para la iglesia de Cristo. Pocos, en verdad, eran los sostenedores de la fe. Aun cuando la verdad no quedó sin testigos, a veces parecía que el error y la superstición concluirían por prevalecer completamente y que la verdadera religión iba a ser desarraigada de la tierra. El Evangelio se perdía de vista mientras que las formas de religión se multiplicaban, y la gente se veía abrumada bajo el peso de exacciones rigurosas.

No sólo se le enseñaba a ver en el papa a su mediador, sino aun a confiar en sus propias obras para la expiación del pecado. Largas peregrinaciones, obras de penitencia, la adoración de reliquias, la construcción de templos, relicarios y altares, la donación de grandes sumas a la iglesia, -todas estas cosas y muchas otras parecidas les eran impuestas a los fieles para aplacar la ira de Dios o para asegurarse su favor; ¡como si Dios, a semejanza de los hombres, se enojara por pequeñeces, o pudiera ser apaciguado por regalos y penitencias!

Por más que los vicios prevalecieran, aun entre los jefes de la iglesia romana, la influencia de ésta parecía ir siempre en aumento. A fines del Siglo VIII los partidarios del papa empezaron a sostener que en los primeros tiempos de la iglesia tenían los obispos de Roma el mismo poder espiritual que a la fecha se arrogaban. Para dar a su aserto visos de autoridad, había que valerse de algunos medios, que pronto fueron sugeridos por el padre de la mentira. Los monjes fraguaron viejos manuscritos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído hablar hasta entonces y que establecían la supremacía universal del papa desde los primeros tiempos. Y la iglesia que había rechazado la verdad, aceptó con avidez estas imposturas...

Los pocos fieles que edificaban sobre el cimiento verdadero (**1 Corintios 3: 10, 11**) estaban perplejos y trabados, pues los escombros de las falsas doctrinas entorpecían el trabajo. Como los constructores de los muros de Jerusalén en tiempo de Nehemías, algunos estaban por exclamar:



“las fuerzas de los acarreadores se han enflaquecido, y el escombros es mucho, y no podemos edificar el muro”. **Nehemías 4: 10**. Debilitados por el constante esfuerzo que hacían contra la persecución, el engaño, la iniquidad y todos los demás obstáculos que Satanás inventara para detener su avance, algunos de los que habían sido fieles edificadores llegaron a desanimarse; y por amor a la paz y a la seguridad de sus propiedades y de sus vidas se apartaron del fundamento verdadero. Otros, sin dejarse desalentar por la oposición de sus enemigos, declararon sin temor: “no temáis delante de ellos: acordaos del Señor grande y terrible” (versículo **14**), y cada uno de los que trabajaban tenía la espada ceñida. **Efesios 6: 17**.

En todo tiempo el mismo espíritu de odio y de oposición a la verdad inspiró a los enemigos de Dios, y los siervos de él necesitaron la misma vigilancia y fidelidad. Las palabras de Cristo a sus primeros discípulos se aplicarán a cuantos le sigan, hasta el fin de los tiempos: “y lo que os digo a vosotros, a todos lo digo: ¡Velad!” **Marcos 13: 37 (VM)**.

Las tinieblas parecían hacerse más densas. La adoración de las imágenes se hizo más general. Se les encendían velas y se les ofrecían oraciones. Llegaron a prevalecer las costumbres más absurdas y supersticiosas. Los espíritus estaban tan completamente dominados por la superstición, que la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras que los sacerdotes y los obispos eran amantes de los placeres, sensuales y corrompidos, sólo podía esperarse del pueblo que acudía a ellos en busca de dirección, que siguiera sumido en la ignorancia y en los vicios.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 58-61**

Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste.

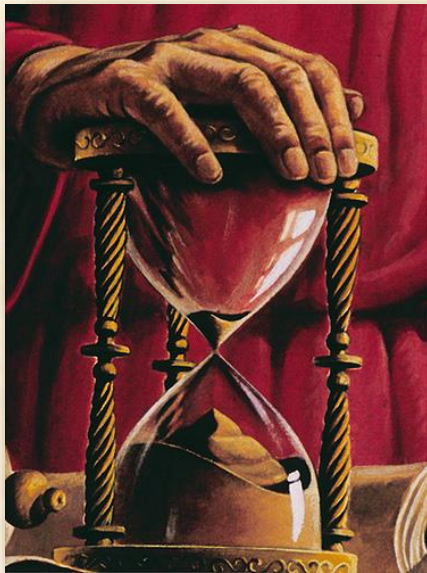
**2 Tesalonicenses 2: 6**

Ahora nos aproximamos al punto donde el paralelismo culmina. ¡Claro y distinto, igual que un pico Alpino, se levanta el clímax en cada caso! Uno está de pie vestido en la pura gloria espiritual del cielo, el otro se adorna en los falsos esplendores de la tierra. ¡Cuan cerca, aparentemente, están esas dos culminaciones, y sin embargo cuan inmensurable la distancia entre ellas!

No ascendemos todo de una vez esas elevadas cimas. Debemos permitir al apóstol guiarnos por las varias etapas sucesivas que conducen a ellas; de este modo solamente podemos obtener una visión plena del paralelismo. Y estar en condición de ver cuan real y grande éste es.

El apóstol comienza en las más bajas etapas del vasto ascenso. "Y ahora vosotros sabéis lo que impide, para que a su tiempo se manifieste. Porque ya está obrando el misterio de iniquidad:

solamente espera hasta que sea quitado de en medio el que ahora impide; y entonces será manifestado aquel inicuo".... [**2 Tesalonicenses 2: 6-8**] El tiempo para la revelación o **Apocalipsis** del Anticristo -porque el Anticristo habría de tener su **Apocalipsis** igual que Cristo tuvo el suyo- no había aún venido. El "misterio de iniquidad" estaba ya obrando -obrando en la región de los principios e influencias, y obrando en la región de los espíritus seductores; pero entretanto, existía un gran "el que ahora impide", u obstrucción a su revelación abierta. Pablo sugiere muy claramente que los cristianos tesalonicenses sabían cuál era esa obstrucción, y por lo tanto no la nombró. Él los había visitado algún tiempo antes, y habló libremente con ellos sobre la inminente apostasía, y había mencionado al "que ahora impide" que primero debía ser removido antes de que la apostasía pudiera ser libre para desarrollarse. Esa obstrucción era el imperio Romano. Cuando estaba presente, hablando libremente con ellos sobre el tema, Pablo podía decirlo en términos expresos; pero sería peligroso nombrar al imperio Romano en una epístola a ser leída abiertamente, y que iría por todas las iglesias. Eso podría atraer sobre los cristianos el desagrado de las autoridades Romanas. El apóstol conocía el obstáculo en el camino del Anticristo, habiendo aprendido esto, indudablemente, por el estudio de **Daniel**, y la revelación del espíritu. Más aún, ello era conocido por los antiguos padres, todos los cuales dirigieron sus ojos hacia Roma como el lugar condenado donde "aquel



inicuo" habría de mostrarse primero; pero ellos hablaron de él en voz baja, y en circunloquios, [de manera no directa].

Mientras el Imperio Romano permaneciese era imposible que el Anticristo apareciera. El César era el Pontífice Máximo; y mientras mantuviera la posesión, no podía haber dos Altos Sacerdotes ocupando la misma capital, compartiendo el mismo trono, y sacrificando en los mismos

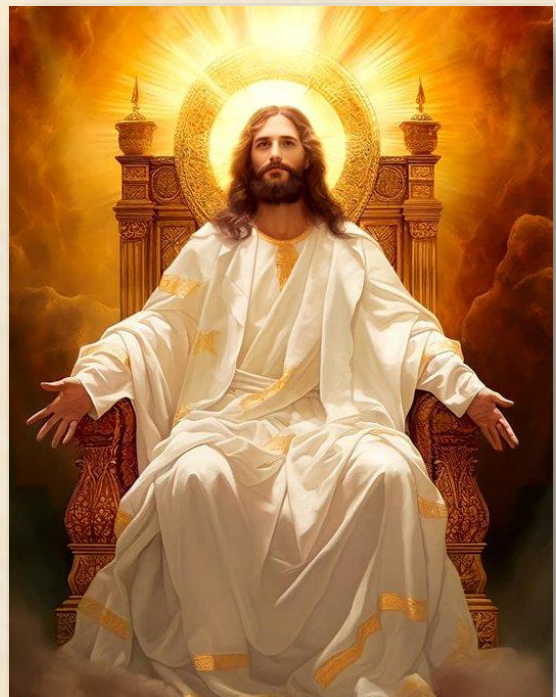




altares. El primero y más pequeño Pontífice Máximo debería ser removido antes de que el segundo y más grande pudiera pararse. Eso habría de suceder en no largo tiempo. Dios removería al "que ahora lo impide", trayendo a las naciones Góticas dentro de Italia, derribando el imperio, y haciendo vacante el trono de César. Entonces el Anticristo treparía hasta la silla vacía. "Dios corrió a los Césares de Roma", dice De Maistre, "para que pudiera darla a los Papas".

Notemos en lo que sigue que había sido decretado acerca de ambos, tanto de Cristo como del Anticristo, que ellos deberían ocupar tronos -no un trono menor al de un trono real deberían tener ambos. Cristo habría de sentarse en el trono de David, y el Anticristo habría de sentarse en el trono de César. En prosecución de ello, por lo tanto, una serie de providencias precedieron el advenimiento de cada uno, el último fin de lo cual fue hacer vacante el trono que ellos respectivamente ocuparían. Tres revoluciones en la línea real de Judá habrían de hacer camino para Cristo, y cuatro consecutivas revoluciones en la línea del poder del mundo habrían de abrir el camino para el advenimiento del Anticristo. Jacob, en su lecho de muerte, había dado a su posteridad una señal de la instantánea aparición del Mesías. Esa señal era un declive final de la línea real: "no será quitado el cetro de Judá, y el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Shiloh; y a él se congregarán los pueblos". (**Génesis 49: 10**). Cuando el tiempo se acercó, **Ezequiel** sonó la alarma más definitivamente, dando la advertencia de que el trono de Judá caería una vez, y una segunda, y una tercera vez, y entonces se levantaría un Rey cuyo "señorío, es señorío eterno, que no será transitorio". Así dice el Señor Dios: "depón la tiara, quita la corona: ésta no será más ésta: al bajo alzaré, y al alto abatiré. Del revés, del revés, del revés la tornaré; y no será ésta más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y se la entregaré". (**Ezequiel 21: 26, 27**). El trono de Judá fue trastornado una primera vez por la separación de las Diez Tribus aparte de la casa de David. Fue trastornado una segunda vez por la deportación de la nación a Babilonia. Fue trastornado una tercera y última vez por el sojuzgamiento de Judea por los Romanos, quienes despojaron a los descendientes de David del oscuro dominio que habían ejercido hasta este tiempo. Entonces vino Cristo, de quien el ángel que anunció su nacimiento habló así: "este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios el trono de David su padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fin". (**Lucas 1: 32, 33**)

En la falsa iglesia y reino del Anticristo el paralelismo en este punto es impresionante en verdad. El "hombre de pecado" una vez plenamente desarrollado, habría de ocupar el trono de este mundo. Este magnífico puesto había sido ofrecido por el Tentador al verdadero Cristo: "otra vez le pasa el diablo a un monte muy alto, y le muestra todos los reinos del mundo, y su gloria, y dísele: todo esto te daré, si postrado me adorares" [**Mateo 4: 8, 9**]. La oferta fue prontamente declinada. El Tentador después se tornó al falso Cristo: "yo convertiré tu silla en un trono", dijo él, al obispo de Roma, "y tu báculo pastoral en un cetro real, si quieres ser mi vasallo". La oferta no encontró un segundo rechazo. El pacto fue sellado, y fielmente cumplido por ambas partes. La estipulada adoración fue rendida, y los salarios fueron totalmente pagados. En testimonio citamos a Inocencio III en el siglo trece. ¿No le oímos jactarse de que él había sido puesto sobre reinos para construir y arrancar a su placer? ¿Y cuán frecuentemente encontramos el mismo poderoso reclamo en la boca de sus sucesores en las siguientes centurias? Más aún, hasta en nuestros propios días los ecos de la misma orgullosa jactancia se oyen desde la silla papal.



Llevó mil años preparar el camino para ambos, y sentar a cada uno en su respectivo trono. El trono de David fue vaciado una y otra vez, para que pudiera ser llenado por el Rey del imperio eterno. El trono del poder del mundo fue en igual manera vaciado una y otra vez, para que pudiera ser llenado por el rey de quien ha sido escrito: "ha de ir a la perdición". El trono del poder mundial fue trastornado una primera vez en la caída de Babilonia, fue trastornado una segunda vez en el derrumbe del Poder Medo-Persa. Fue trastornado una tercera vez en la extinción del reino Griego;



y fue trastornado una cuarta y última vez, cuando el Imperio Romano cayó delante de los Godos. No había más un César en Roma. "Hasta que sea quitado de en medio", dice el apóstol Pablo, "el que ahora impide". Él había sido ahora quitado de en medio y la hora era venida para que "aquel inicuo" fuera revelado.

Remarquemos aquí que ambos misterios tienen la misma culminación: una entronización igual. El "misterio de la piedad", comenzando en la cuna, termina sobre un trono -el trono del cielo. El "misterio de iniquidad", comenzando en el silente y oculto trabajo de antiguos tiempos termina sobre un trono -el trono de la tierra.

Aparece claro ante nosotros, aunque expositores lo han pasado por alto, que los dos pasajes (**1 Timoteo 3: 16** y **2 Tesalonicenses 2: 3-12**) -uno descriptivo del "misterio de la piedad" y el otro descriptivo del "misterio de iniquidad" -fueron propuestos por el apóstol, para ser, y son paralelos cláusula por cláusula. Cada cláusula en uno arroja su luz sobre la correspondiente cláusula en el otro, y así la profundidad y la altura de cada misterio son desarrolladas. Un simple vistazo hacia esos dos pasajes bastará para mostrar que es por las mismas gradaciones ascendentes que escalamos hasta el clímax de ambos misterios. Miremos a cada uno de ellos.

"Y sin contradicción, grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne; ha sido justificado con el Espíritu; ha sido visto de los ángeles; ha sido predicado a los Gentiles; ha sido creído en el mundo; ha sido recibido en gloria". (**1 Timoteo 3: 16**). Así es como el apóstol, en un solo versículo, con magistral amplitud, afirma los sucesivos pasos -la totalidad de aquella magnificente gradación, por la cual el misterio de la piedad alcanzó su poderoso clímax.

"Dios ha sido manifestado en carne". "Y [María] parió a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre" [**Lucas 2: 7**]. Allí estuvo el comienzo del misterio. Este es el primer paso en el poderoso ascenso.

"Ha sido justificado con el Espíritu". Como cuando el Espíritu descendió sobre Él en una forma visible en su bautismo; y otra vez cuando comenzó su ministerio público, con todos sus milagros y prodigios acompañantes, "el espíritu del Señor Jehová es sobre mí" fueron las palabras con las cuales, en la sinagoga de Nazaret, Él comenzó su primer sermón, "porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos".

"Ha sido visto de los ángeles". Como cuando ellos cantaron su himno de nacimiento en Belén, y cuando ellos lo ministraron en el desierto, después de su tentación, y otra vez en su agonía en el jardín, cuando "le apareció un ángel del cielo confortándole", y en la mañana de su resurrección, cuando dos de ellos aguardaban en su sepulcro para decir a las mujeres que Él había resucitado.

"Ha sido predicado a los Gentiles". "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura", fue el último encargo a sus apóstoles cuando estaba a punto de ascender desde el Monte de los Olivos. No bien fue dado el espíritu en Pentecostés sus apóstoles y evangelistas viajaron a través de toda la tierra de Israel, y yendo más allá de los límites del Judaísmo, predicaron el Evangelio en las ciudades de Grecia y Roma, y yendo todavía más hacia el oeste, llevaron las nuevas de la cruz a las costas de Bretaña.

"Ha sido creído en el mundo". Así se eleva la gradación, y así el misterio de la piedad avanza hacia su culminación. Los dioses del paganismo cayeron delante de la predicación del "Crucificado". Poderosas naciones, tanto del este como del oeste, llegaron a ser obedientes a la fe; el evangelio validó su reclamo de ser del cielo por los benditos frutos que trajo dondequiera; y Jesús fue creído como el verdadero Mesías y Salvador del mundo.

"Ha sido recibido en gloria". Este es el paso final; aquí el misterio culmina. Podemos ahora mirar a lo largo del trayecto entero de su desarrollo, desde la cuna en el establo hasta las puertas eternas que son vistas elevarse para que el Rey de Gloria pueda entrar, y sentarse sobre el trono de universal y eterno dominio, mientras los arcángeles y serafines "y a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están", se les oye decir: "al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás". (**Apocalipsis 5: 13**).

El "misterio de iniquidad" pasó a través de una gradación muy similar, para resultar en un clímax que es una obvia e impresionante contraparte de aquel que hemos ya descrito. "Porque ya está obrando el misterio de iniquidad" [**2 Tesalonicenses 2: 7**]. Aquí lo vemos en su cuna. Fue "justificado" de Satán por las señales mentirosas y prodigios que él habilitó a sus propagadores a obrar. Fue publicado a los Gentiles por la predicación de frailes y monjes itinerantes, quienes apelaron a todo engaño de iniquidad para persuadir a los hombres que el Papa era el vicario de Dios, y que las tradiciones de su Iglesia eran el verdadero Evangelio. Fue creído en el mundo por



aquellos cuyos nombres no están escritos en el Libro de la Vida. Y finalmente, fue recibido arriba en los cielos del dominio eclesiástico y la gloria imperial. Su líder era ahora visto sentado en el templo de Dios; mostrándose que él es Dios, mientras los reyes y naciones de la tierra son vistos inclinarse delante de él, y atribuyéndole dominio y poder y gloria. Ellos adoraron a la bestia diciendo: "**¿quién es semejante a la bestia? ... le fue dada potencia sobre toda tribu y pueblo y lengua y gente. Y todos los que moran en la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, el cual fue muerto desde el principio del mundo**". (**Apocalipsis 13: 4-8**).

El Papa en el trono de los tronos de la tierra es la falsificación de Cristo en el trono de los tronos en el cielo.

**James A. Wylie, El Papado es el Anticristo, 39-42**

Es interesante que muchos hombres religiosos (Padres de la Iglesia romana) entendieron la caída del imperio romano de la misma manera, como el que detenía al anticristo, antes que ocurriera...

Los siguientes padres eclesiásticos identificaron al que detiene como el emperador y el imperio Romano:

- Ireneo (190 DC)

El anticristo surgiría cuando cayera la cuarta monarquía de **Daniel 7** [Roma].

- Tertuliano (160-225 DC)

"El mismo fin de todas las cosas, que amenaza derramar terribles azotes, es retrasado tan solo por la continuada existencia del imperio romano"...

"¿Qué obstáculo existe, sino el Estado Romano, cuyo desmembramiento entre las manos de diez reyes conducirá al reinado del anticristo sobre sus ruinas?"...

- Hipólito de Roma:

¿Quién será, pues, aquel que detiene hasta el presente, sino la cuarta bestia [de **Daniel**, se entiende], a la cual sucederá el engañador, cuando haya sido derribada y desposeída?"

- San Jerónimo (347-420 DC)

"El que detiene es quitado de en medio y no nos damos cuenta de que el ascenso del anticristo está cerca"...

"Aquel que detiene, el Imperio Romano; porque si este imperio no es destruido y quitado del mundo, según la profecía de **Daniel**, el anticristo no vendrá. Que si se hubiera explicado con más claridad, hubiera excitado imprudentemente la persecución contra los cristianos, y el enojo de los idólatras contra la iglesia... El apóstol no desea decir claramente que el Imperio Romano será destruido. Él sabe que los emperadores lo creen eterno... Si se hubiese atrevido a decir abiertamente que la destrucción del Imperio Romano precedería la venida del anticristo, hubiera parecido dar un justo motivo para perseguir a la iglesia naciente... Sólo falta que desaparezca el Imperio Romano, que tiene ahora en su poder a todas las naciones; entonces vendrá el anticristo".

- San Ambrosio (340-397 DC)

"El anticristo aparecerá después de la caída o desmoronamiento del imperio romano".

- Lactancio (principios del siglo cuarto)

"El tema en sí mismo demuestra que la caída y ruina del mundo ocurrirá en breve, excepto que no ocurrirá mientras permanezca la ciudad de Roma. Pero cuando caiga la capital del mundo y comience a ser desolado, lo cual los Sibilinos [aunque apela a los oráculos tenía razón] afirman que ocurrirá, ¿quién puede dudar que ha llegado el fin a los asuntos del hombre y de todo el mundo? Es aquella ciudad la que sostiene aún todas las cosas"...

- San Juan Crisóstomo (murió en el año 349-407 DC)

"Como [Pablo] designa a la potencia romana, ha debido hablar en términos indirectos y velados, porque no querría suscitar gratuitamente odios, y exponerse a inútiles peligros. Si



hubiese predicho, efectivamente, que de ahí a poco se desmoronaría esa potencia, habría sido inmediatamente exterminado como enemigo público, y todos los fieles con él, como soldados que marcharan bajo sus órdenes... Cuando haya desaparecido el Imperio Romano de la tierra, aparecerá aquel [el anticristo].

“El anticristo se levantará. Y naturalmente. Pues mientras exista el temor de este imperio nadie se atreverá a exaltarse, pero cuando el imperio sea disuelto el anticristo atacará la anarquía y se apropiará del gobierno tanto del hombre como de Dios”...

- San Agustín (354-431)

“¿Qué quiere decir el apóstol Pablo cuando afirma: ‘porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio, y entonces se manifestará aquel inicuo’? Francamente no sé lo que significa. Pero no es absurdo creer que las palabras del apóstol, ‘sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio’ se refiere al imperio romano de la siguiente manera: ‘sólo que el que ahora reina seguirá reinando hasta que sea quitado de en medio’. ‘Y entonces se manifestará aquel inicuo’. Nadie duda que estas palabras se refieren al Anticristo”...

**Stephen P. Bohr, Cristo y el Anticristo, 17-19**

La caída progresiva de un debilitado Imperio Romano de Occidente frente a la agresividad de las invasiones daría la oportunidad que esperaba el “misterio de iniquidad”, Es interesante la cita que presenta Stephen P. Bohr, pues las propias fuentes católicas confirman que la caída del imperio permitió al papado asumir el dominio temporal “por mil doscientos años”.

El cardenal católico Henry Edward Manning [nombrado Arzobispo de Westminster en 1865] explicó lo que ocurrió cuando las tribus bárbaras invadieron el imperio:



“Los pontífices se hallaron solos como la única fuente del orden, la paz, la ley y la seguridad. Y desde la hora de esta liberación providencial, cuando, por intervención divina se le cayeron las cadenas de las manos [porque ya no había emperador que lo retuviera] al sucesor de Pedro, como una vez habían caído de las suyas, ningún soberano ha reinado en Roma [cuando se le cayeron las cadenas comenzó a reinar] sino el Vicario de Jesucristo”. **Henry Edward Manning, The Temporal Power of the Vicar of Jesus Christ, Preface 28, 29...**

“El papado esperó hasta el momento propicio en que Dios rompiera sus ataduras y lo librara de la sujeción a los poderes civiles [el Imperio Romano], colocándolo así sobre el trono como dueño de su propia soberanía

temporal”. **Henry Edward Manning, The Temporal Power of the Vicar of Jesus Christ, 11-13.**

“Digo, pues, que fué Dios mismo el que libró a su vicario terrenal de la sujeción al poder temporal [del cautiverio] y fue por medio de Él como los obispos de Roma reinaron como príncipes temporales por mil doscientos años **Henry Edward Manning, The Temporal Power of the Vicar of Jesus Christ, 16.**

“La conversión del imperio al cristianismo y su traslado y destierro al lejano oriente [a Constantinopla] libró al vicario de Jesucristo de la sujeción al poder temporal [se quitó de en medio al que detenía]; y luego, por la acción de esa misma providencia se le concedieron las prerrogativas de un verdadero y apropiado soberano para gobernar sobre aquel estado y territorio y también sobre el pueblo [Roma y los romanos] que le fué encomendado. Y desde aquella hora que podría decirse fueron mil quinientos años, o más precisamente mil doscientos, el sumo-pontífice ha sido un verdadero y genuino soberano que ejerce las prerrogativas de la nobleza que le concedió Dios sobre el pueblo, a quien es padre en todas las cosas, tanto espirituales como temporales”...

Lo que está diciendo Manning en todas estas citas es que cuando el emperador Constantino mudó la sede del imperio a Constantinopla y los bárbaros fragmentaron el imperio, el obispo de Roma ocupó la vacancia y llegó a ser árbitro no sólo de asuntos religiosos sino también de asuntos



civiles. Es extraordinario que Manning se refiera a esto como ‘caerse las cadenas’, ‘la liberación de los pontífices’, y ‘romper sus ataduras’, expresiones que son similares a las de **2 Tesalonicenses 2** [que indica que el anticristo estaba siendo detenido, por el imperio se entiende].

Se notará que el cardenal Manning escribió que la caída del imperio fue la liberación de los pontífices. Si los pontífices fueron librados por la caída del imperio entonces los pontífices deben haber estado atados o detenidos antes. ¡Igualmente, si las cadenas se le cayeron de las manos al sucesor de Pedro cuando cayó el imperio, entonces debe haber estado encadenado antes que se le cayeran!

Una cita más del libro de Manning:

“El abandono de Roma significó la liberación de los pontífices... La providencia de Dios permitió una serie de irrupciones, de Godos, Lombardos y Hérulos que desolaron a Italia y borraron todo remanente de lo que había sido el imperio. Los pontífices se hallaron solos como la única fuente del orden, la paz, la ley y la seguridad. Y desde la hora de esta liberación providencial, cuando, por intervención divina se le cayeron las cadenas de las manos [porque ya no había emperador que lo retuviera] al sucesor de Pedro, como una vez habían caído de las suyas, ningún soberano ha reinado en Roma [cuando se le cayeron las cadenas comenzó a reinar] sino el Vicario de Jesucristo”. **Henry Edward Manning, The Temporal Power of the Vicar of Jesus Christ, Preface 28, 29...**

Otros historiadores confirman las citas de Manning:

“Bajo el dominio del Imperio Romano... los papas no tenían poderes temporales. Pero cuando el Imperio Romano se desintegró y fué remplazado por un número de reinos rudos y bárbaros... la Iglesia Católica Romana... no solo se independizó de los estados en asuntos religiosos sino que llegó a dominar en asuntos seculares también”.

“Durante toda la Edad Media había en Roma tan sólo una autoridad espiritual y temporal [el papado] que ejercía poderes que a fin de cuentas sobrepasaban los que había tenido el emperador Romano”. **R. W. Southern, Western Society and the Church in the Middle Ages, Tomo 2, 24-25.**

“En la Edad Media la iglesia no era un estado sino más bien el estado; o mejor dicho, la autoridad civil era meramente el departamento de policía de la iglesia”. **John N. Figgis, From Gerson to Grotius, 4.**



En el año 1302 el Papa Bonifacio VIII escribió una bula (carta personal) muy importante titulada Unam Sanctam a donde desarrolló la idea de las dos espadas que había sido propuesta originalmente por San Bernardo:

“Los textos de los evangelios nos informan que esta iglesia [Católica Romana] tiene en su poder dos espadas, es decir, la espada espiritual y la temporal. Ambas, pues, le pertenecen a la iglesia, es decir la espada espiritual y la material. La espiritual debe ser usada para la iglesia pero la material por la iglesia; la primera está en la mano del sacerdote y la segunda está en las manos de los reyes y soldados pero siempre bajo la voluntad y el visto bueno del sacerdote”.

El notable comentarista Albert Barnes comprendió muy bien lo que detenía al hombre de pecado: “los cristianos primitivos creían que lo que impedía la manifestación del hombre de pecado era el imperio romano, y por eso ‘oraban por la paz y el bienestar’ del imperio, sabiendo que tan pronto el imperio fuera disuelto y quebrado en pedazos, el hombre de pecado se levantaría sobre sus ruinas”...

Elena White escribió algunas cosas interesantes en cuanto a cómo fué removido el poder secular para darle cabida al papado: “el vasto imperio romano se desintegró en pedazos y de sus ruinas surgió esa potencia, la iglesia católica romana. Esa iglesia se jacta de su infalibilidad y de su religión hereditaria”. (**Ellen G. White, Manuscript Releases, Tomo 1, 50.**)

**Stephen P. Bohr, Cristo y el Anticristo, 19-22**

Vigilio I, que asumió el poder papal en el 538 DC, sostenido por los ejércitos del general Belisario, enviado por el Emperador Justiniano del Imperio Romano de Oriente a solicitud de su esposa la Emperatriz Teodora (una exactriz y cortesana, que antes había sido su amante), consolidó el poder del pontífice



romano. Ya habían sido quitados los pueblos bárbaros arrianos, por medio de los ejércitos de Justiniano, que habían dominado la península itálica, y ahora el poder temporal del papa romano quedaba establecido. Esto permitiría que con el devenir del tiempo el poder papal pudiera incrementarse, siempre con el apoyo de las armas de otros reinos, sino las propias.

Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida;

## 2 Tesalonicenses 2: 8

Las pretensiones papales dieron otro paso más cuando en el Siglo XI el papa Gregorio VII proclamó la perfección de la iglesia romana. Entre las proposiciones que él expuso había una que declaraba que la iglesia no había errado nunca ni podía errar, según las Santas Escrituras. Pero las pruebas de la Escritura faltaban para apoyar el aserto. El altivo pontífice reclamaba además para sí el derecho de deponer emperadores, y declaraba que ninguna sentencia pronunciada por él podía ser revocada por hombre alguno, pero que él tenía la prerrogativa de revocar las decisiones de todos los demás...

El modo en que trató al emperador alemán Enrique IV nos pinta a lo vivo el carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad papal. Por haber intentado desobedecer la autoridad papal, dicho monarca fué excomulgado y destronado. Aterrorizado ante la deserción de sus propios príncipes que por orden papal fueron instigados a rebelarse contra él, Enrique no tuvo más remedio que hacer las paces con Roma. Acompañado de su esposa y de un fiel sirviente, cruzó los Alpes en pleno invierno para humillarse ante el papa. Habiendo llegado al castillo donde Gregorio se había retirado, fué conducido, despojado de sus guardas, a un patio exterior, y allí, en el crudo frío del invierno, con la cabeza descubierta, los pies descalzos y miserablemente vestido, esperó el permiso del papa para llegar a su presencia. Sólo después que hubo pasado así tres días, ayunando y haciendo confesión, condescendió el pontífice en perdonarle. Y aun entonces le fue concedida esa gracia con la condición de que el emperador esperaría la venia del papa antes de reasumir las insignias reales o de ejercer su poder. Y Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactaba de que era su deber abatir la soberbia de los reyes.



¡Cuán notable contraste hay entre el despótico orgullo de tan altivo pontífice y la mansedumbre y humildad de Cristo, quien se presenta a sí mismo como llamando a la puerta del corazón para ser admitido en él y traer perdón y paz, y enseñó a sus discípulos: **"el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo!" Mateo 20: 27.**

Los siglos que se sucedieron presenciaron un constante aumento del error en las doctrinas sostenidas por Roma. Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido atención y ejercido influencia dentro de la iglesia. Muchos de los que profesaban ser convertidos se aferraban aún a los dogmas de su filosofía pagana, y no sólo seguían estudiándolos ellos mismos sino que inducían a otros a que los estudiaran también a fin de extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron graves errores en la fe cristiana. Uno de los principales fué la creencia en la inmortalidad natural del hombre y en su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina fué la base sobre la cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración de la virgen María. De la misma doctrina se derivó también la herejía del tormento eterno para los que mueren impenitentes, que muy pronto figuró en el credo papal.

De este modo se preparó el camino para la introducción de otra invención del paganismo, a la que Roma llamó purgatorio, y de la que se valió para aterrorizar a las muchedumbres crédulas y supersticiosas. Con esta herejía Roma afirma la existencia de un lugar de tormento, en el que las almas de los que no han merecido eterna condenación han de ser castigadas por sus pecados, y de donde, una vez limpiadas de impureza, son admitidas en el cielo...

Una impostura más necesitaba Roma para aprovecharse de los temores y de los vicios de sus adherentes. Fué ésta la doctrina de las indulgencias. A todos los que se alistasen en las guerras que emprendía el pontífice para extender su dominio temporal, castigar a sus enemigos o exterminar a los que se atreviesen a negar su supremacía espiritual, se concedía plena remisión de los pecados pasados, presentes y futuros, y la condonación de todas las penas y castigos merecidos. Se enseñó



también al pueblo que por medio de pagos hechos a la iglesia podía librarse uno del pecado y librar también a las almas de sus amigos difuntos entregadas a las llamas del purgatorio. Por estos medios llenaba Roma sus arcas y sustentaba la magnificencia, el lujo y los vicios de los que pretendían ser representantes de Aquel que no tuvo donde recostar la cabeza...

La institución bíblica de la Cena del Señor fué sustituida por el sacrificio idolátrico de la misa. Los sacerdotes papales aseveraban que con sus palabras podían convertir el pan y el vino en “el cuerpo y sangre verdaderos de Cristo”. (**Cardenal Wiseman, The Real Presence, Conferencia 8, Sección 3, párrafo 26**). Con blasfema presunción se arrogaban el poder de crear a Dios, Creador de todo. Se les obligaba a los cristianos, so pena de muerte, a confesar su fe en esta horrible herejía que afrentaba al cielo. Muchísimos que se negaron a ello fueron entregados a las llamas...

En el Siglo XIII se estableció la más terrible de las maquinaciones del papado: la Inquisición. El príncipe de las tinieblas obró de acuerdo con los jefes de la jerarquía papal. En sus concilios secretos, Satanás y sus ángeles gobernaron los espíritus de los hombres perversos, mientras que invisible acampaba entre ellos un ángel de Dios que llevaba apunte de sus malvados decretos y escribía la historia de hechos por demás horribles para ser presentados a la vista de los hombres. “**Babilonia la grande**” fué “**embriagada de la sangre de los santos**”. Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios venganza contra aquel poder apóstata.

El papado había llegado a ejercer su despotismo sobre el mundo. Reyes y emperadores acataban los decretos del pontífice romano. El destino de los hombres, en este tiempo y para la eternidad, parecía depender de su albedrío. Por centenares de años las doctrinas de Roma habían sido extensa e implícitamente recibidas, sus ritos cumplidos con reverencia y observadas sus fiestas por la generalidad. Su clero era colmado de honores y sostenido con liberalidad. Nunca desde entonces ha alcanzado Roma tan grande dignidad, magnificencia, ni poder.

Mas “el apogeo del papado fué la medianoche del mundo”. (**James A. Wylie, The History of Protestantism, Libro 1, capítulo 4**). Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas no sólo de las gentes sino de los mismos sacerdotes. A semejanza de los antiguos fariseos, los caudillos papales aborrecían la luz que habría revelado sus pecados. Rechazada la ley de Dios, modelo de justicia, ejercieron poderío sin límites y practicaron desenfrenadamente los vicios. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el libertinaje. Los hombres no retrocedieron ante ningún crimen que pudiese darles riquezas o posición. Los palacios de los papas y de los prelados eran teatro de los más viles excesos. Algunos de los pontífices reinantes se hicieron reos de crímenes tan horribles que los gobernantes civiles tuvieron que procurar deponer a dichos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos Europa no progresó en las ciencias, ni en las artes, ni en la civilización. La cristiandad quedó moral e intelectualmente paralizada.

La condición en que el mundo se encontraba bajo el poder romano resultaba ser el cumplimiento espantoso e impresionante de las palabras del profeta Oseas: “mi pueblo está destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado con desprecio el conocimiento de Dios, yo también te rechazaré; ... puesto que te has olvidado de la ley de tu Dios, me olvidaré yo también de tus hijos”. “No hay verdad, y no hay misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. ¡No hay más que perjurio, y mala fe, y homicidio, y hurto y adulterio! ¡rompen por todo; y un charco de sangre toca a otro!” **Oseas 4: 6, 1, 2 (VM)**. Tales fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 61-65**

## 6.6. La gran ramera y la bestia bermeja

A los nombres de “anticristo” y “misterio de iniquidad” atribuidos por las Sagradas Escrituras al papado debemos añadir el de la “gran ramera” de **Apocalipsis 17** que expondremos en este acápite. El nombre no solamente implica caracterizar al comportamiento sinuoso del papado en la historia, sino establecer también su forma de accionar así como determinar porqué se le llama “madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”; lo que implica que tiene otras hijas, rameras como ellas. Entiendo que para algunos los términos utilizados pueden parecer duros, pero los usa Dios... no quienes comentamos o estudiamos el tema. Veremos inicialmente el significado teológico de ramera o prostituta.

Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas;

**Apocalipsis 17: 1**

La descripción simbólica de Babilonia en **Apocalipsis 17** como la gran “prostituta” es lenguaje del pacto extraído de los profetas del Antiguo Testamento. Los profetas de Israel habían descrito repetidamente al pueblo del pacto apóstata como la “esposa” de Jehová que en su tiempo



había llegado a ser la gran “prostituta” sobre la Tierra (**Isaías 1: 21; Jeremías 3: 1-3, 8, 9; Ezequiel 16: 15-34; Oseas 2: 2, 4**). Por consiguiente, Israel no escaparía de su juicio, la ira del Dios del pacto. El relato histórico de la reina Jezabel y de su reinado religioso cruel sobre el reino del norte de Israel constituye, en particular, el modelo o tipo elegido de apostasía que se desarrollaría dentro de la iglesia cristiana y se describe en el **Apocalipsis**. Esta es la misma apostasía que predijo Pablo en **2 Tesalonicenses**. Específicamente, se acusa a la iglesia de Tiatira de tolerar “a esa mujer Jezabel” y sus enseñanzas engañosas y falsa adoración (**Apocalipsis 2: 20-23**). **Apocalipsis 17** pinta a la nueva Babilonia como una reina prostituta asesina (versículos **3-6**) en una antítesis exacta con la mujer pura de Dios cuyos hijos son perseguidos y muertos (capítulo **12**). De esa manera en el **Apocalipsis** Cristo correlaciona a Babilonia con una iglesia infiel y caída, antes que con el Imperio Romano.

Mientras que la mujer en **Apocalipsis 12** es rescatada, la mujer de **Apocalipsis 17** es destruida por sus anteriores amantes (versículo **16**). El drama profético en **Apocalipsis 12** y **17** sugiere una repetición básica de la historia de Jezabel para el pueblo de Dios del nuevo pacto... Así como la prostituta estaba “sentada sobre una bestia escarlata” (**Apocalipsis 17: 3**) en su guerra contra los seguidores de Cristo versículo **6**), en su sentido más amplio parece que Babilonia incluye la Iglesia y el Estado a escala mundial. Se dice que con la gran ramera Babilonia “han fornicado los reyes de la tierra” (versículos **1, 2**). Tanto la Babilonia apocalíptica como la cristiandad apóstata culminan en una alianza de poderes eclesiásticos y político-civiles “para consolidar el dominio religioso sobre la política” (**Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7, 864**). El resultado será la muerte de muchos santos (**Apocalipsis 17: 6**).

En el último mensaje de amonestación al mundo, el primer ángel pide la restauración de la adoración apostólica pura (**Apocalipsis 14: 6, 7**). Este llamamiento crea un nuevo Israel espiritual de Dios en el tiempo del fin. El segundo ángel se refiere a los que rechazan y se oponen al reavivamiento del evangelio eterno y a través de la promulgación de un evangelio y un culto religioso falsificado, tal como la Babilonia caída (versículo **8**). Por eso esta sentencia divina sobre Babilonia sigue a la proclamación del ángel que crea al verdadero Israel del tiempo del fin.

El veredicto del ángel: “ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad” (versículo **8**), pronuncia una sentencia del tribunal divino y, por tanto, se relaciona principalmente con la caída moral de Babilonia. Esta sentencia puede compararse a la escritura del ángel en la pared del palacio de la antigua Babilonia, escritura que sólo pudo entender Daniel. Su explicación a Belsasar fue: “pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto... tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas” (**Daniel 5: 27, 28**).

La caída histórica de Babilonia tuvo lugar inmediatamente después que se anunció su caída moral (**Daniel 5: 30, 31**). El **Apocalipsis** distingue asimismo la sentencia del tiempo del fin de la caída de Babilonia (**Apocalipsis 14: 8; 18: 2-8**), y la destrucción real de Babilonia bajo la séptima plaga cuando se haya terminado el tiempo de gracia (**16: 17-21; 18: 20; 19: 2**). El segundo ángel llama al pueblo de Dios a salir de la Babilonia caída de manera que puedan eludir el participar en su culpabilidad y juicio (**18: 1-5**).

Raoul Dederen, *Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día*, 985, 986

El símbolo de las “aguas que has visto donde la ramera se sienta” indica su dominio sobre “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. Solamente hay que echar mano a la historia para conocer como el papado ha dominado sobre los imperios y reinos sobre la tierra. Conforme sigamos avanzando en este tratado iremos presentando pruebas irrefutables, de eventos históricos no solamente en la Edad Media, sino aún hoy. Todo esto a pesar de la inmoralidad en la que han vivido los papas por casi 1.500 años, corrupción que llega hasta nuestros tiempos, como comprobaremos también. Parece inexplicable el sometimiento de los gobernantes pero la Santa Biblia sostiene que los ha “embriagado con el vino de su fornicación”.

Me dijo también: las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.

**Apocalipsis 17: 15**

con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.

**Apocalipsis 17: 2**

Además de la conclusión evidente a que hemos llegado, el carácter y la moral de muchos de los papas, nos revela claramente que no son los sucesores de Cristo o de Pedro, ¡sino sucesores de un sacerdocio pagarlo! Muchos de los papas eran tan depravados en sus acciones, que los que no profesaban ninguna religión, se avergonzaban de ellos. Pecados tales como el adulterio, sodomía, violación, asesinato y borrachera, han sido cometidos por muchos papas a través de la





historia. Estamos conscientes de que el atribuir esta clase de pecados a quienes proclaman ser el “Santo Padre”, “Vicario de Cristo” y “obispo de obispos”, ha de ser alarmante para algunos. Pero el que ha estudiado la historia de los papas, comprende claramente que muchos lo han sido todo menos hombres santos.



El papa Sergio II, que. reino del 904 al 911, obtuvo la oficina papal por medio del asesinato. Los anales de la Iglesia de Roma hablan sobre su vida en pecado con Marozia, una conocida prostituta de esa época, quien le engendro varios hijos ilegítimos. Este papa fue descrito por Baronio y otros escritores eclesiásticos como un “monstruo” y por Gregorio como un “criminal aterrador”. Dice un historiador: “por espacio de siete años este hombre ocupó la silla de San Pedro, mientras que su concubina, imitando a Semíramis madre, reinaba en la corte con tanta pompa y lujuria, que traía a la mente los peores días del viejo Imperio”.

Refiriéndose a otra, dice: “esta mujer -Teodora de nombre-, junto con Marozia, la prostituta del Papa, llenaron la silla papal con sus hijos bastardos y convirtieron su palacio en un laberinto de ladrones. Y así, comenzando con el reino del papa Sergio, vino el periodo (904-963), conocido como “el reinado papal de los fornicarios”.

Teodora hizo papa a Juan X (914-928). Este había sido enviado a Ravena como arzobispo, pero para satisfacer sus deseos carnales, lo hizo volver a Roma y lo hizo nombrar papa. Su reinado tuvo un fin súbito, cuando Marozia lo asesinó.

Marozia quería deshacerse de Juan X para, de esta manera, poder llevar a Leon IV (928-929), al oficio papal. Su reinado fue muy breve pues este también fue asesinado por Marozia cuando esta se enteró de que este había entregado su cuerpo a una mujer más descarada que ella.

Poco después llevo a su propio hijo ilegítimo (de Sergio III) al trono papal. ¡El muchacho era todavía un adolescente! Tomó el nombre de Juan XI. Pero durante un altercado con los enemigos de su madre fue azotado y puesto en prisión en donde lo envenenaron y murió.

En el año 955 el nieto de la prostituta -después de varios encuentros sangrientos pudo tomar posesión del trono pontificio bajo el nombre de Juan XII. Llegó a ser tan corrompido que los cardenales se vieron obligados a hacer cargos contra él. Este rehusó a presentarse para contestar a las acusaciones y en vez de esto, los amenazó con excomulgarlos a todos! Aun así le hallaron culpable de varios crímenes y pecados, incluyendo los siguientes: hizo prender fuego a varios edificios, bebió un brindis dedicado al demonio, jugó a los dados e invocó la ayuda de los demonios, obtuvo dinero por medios injustos y fue enormemente inmoral. Tan viles fueron sus acciones, que incluso el notable obispo católico romano de Cremorne, Luitprand, dijo de él: “ninguna mujer honesta se atrevía a salir en público, porque el papa Juan no tenía respeto a mujeres solteras, casadas o viudas, puesto que le faltaba al respeto aun a las tumbas de los santos apóstoles, Pedro y Pablo”.



Levantó la ira del pueblo al convertir el Palacio Laterano en “una casa de prostitución pública” y fue descrito por el Liber Pontificalis con las siguientes palabras: “pasó toda su vida en adulterio”. Finalmente, su vida terminó mientras cometía adulterio: el furioso esposo de la mujer lo mató.

El papa Bonifacio VII (984-985) mantuvo su posición a través de cuantiosas distribuciones de dinero robado. El obispo de Orleans se refirió a él (y también a Juan XII y León VIII), como “monstruos de culpabilidad, llenos de sangre y suciedad”, y como “Anticristos sentados en el templo de Dios”.



Además, Bonifacio fue un asesino. Hizo que el papa Juan XIV fuera encarcelado y envenenado. Cuando el papa Juan murió, el pueblo romano arrastró su cuerpo desnudo por las calles. La sangrienta masa humana que había sido un papa fue dejada a los perros. A la mañana siguiente, sin embargo, algunos sacerdotes lo enterraron secretamente.

Bonifacio asesinó al papa Benedicto VI estrangulándolo. El papa Silvestre II lo llamó “un horrendo monstruo que sobrepasó a todo mortal en su maldad. Pero, evidentemente, el papa Silvestre no era mucho mejor, pues la Enciclopedia Católica dice que “...el pueblo le consideraba como un mago pactando con el diablo”.

Enseguida, vino el papa Juan XV (985-996) quien dividió las finanzas de la Iglesia entre sus familiares lo que le trajo la reputación de ser “codicioso, de torpes ganancias y corrompido en todas sus acciones”.

Benedicto VIII (1012-1024) “compró el oficio de papa por medio de chantaje”. El siguiente papa, Juan XIX (1024-1033), también compró el papado y pasó por toda la escala de títulos eclesiásticos reconocidos, en un solo día. Después de este, Benedicto IX (1033-1045) fue elegido papa, siendo apenas un niño de 12 años, por medio de arreglos monetarios con las poderosas familias que manejaban a Roma. Este papa-niño creció en la maldad y “cometió homicidios y adulterios en pleno día; hizo robar a peregrinos en las catacumbas de los mártires”. Fue un horrendo criminal a quien el pueblo desterró de Roma.

Finalmente, la compra y venta del cargo papal se hizo tan común y la corrupción tan pronunciada que los gobernantes seculares tuvieron que intervenir en el nombramiento de los papas. Enrique III, emperador de Alemania, eligió a Clemente II (1046-1047), que era un clérigo alejado de la corte papal porque “ningún sacerdote romano pudo ser hallado limpio de corrupción de simonía y de fornicación”, declaró un historiador.

Muchos de los papas fueron asesinos, pero sin duda alguna Inocencio III (1194-1216) sobrepasa a todos sus predecesores en homicidios. Durante su reinado, Inocencio (el cual era todo menos “inocente”), hizo asesinar a más de un millón de supuestos “herejes”. El promovió la más infame y diabólica acción en la historia de la humanidad, la Inquisición. Por espacio de más de 500 años, los papas usaron la Inquisición para poder mantener el poder. Solamente Dios sabe cuántas personas fueron asesinadas al no estar de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana.

El papa Bonifacio VIII (1294-1303) -otro de la negra lista medieval practicó la brujería. Llamó mentiroso e hipócrita a Cristo, profesó ser ateo, negó la vida futura y fue un homicida y un perverso sexual. Oficialmente dijo lo siguiente: “el darse. placer a uno mismo, con mujeres o con niños, es tanto pecado como frotarse las manos\*. Y aunque parezca imposible él fue quien escribió la bula Unam Sanctum, en la cual declaró oficialmente que la Iglesia Católica es la única y “verdadera” Iglesia. ¡fuera de la cual nadie puede salvarse! Fue este papa tan inmoral quien declaró oficialmente: “nosotros afirmamos y declaramos definitivamente que es necesario para la salvación, que todo ser humano sea sujeto al pontífice de Roma”.

Fue durante el reinado de este papa, cuando **Dante [Alighieri, autor de “La Divina Comedia”]** visitó Roma. Describió el Vaticano como el “alcantarillado de la corrupción”, y puso a Bonifacio (junto con los papas Nicolás III y Clemente V) en “las profundidades del infierno”.



Durante el periodo de 1305 a 1377, el palacio papal estuvo situado en Avignon (Francia). Durante esta época, Petrarca [poeta, filósofo y filólogo de Arezzo, Italia] declaró que dicho establecimiento papal era un lugar de “violación, adulterio y toda clase de fornicación”. Y debido a que los papas eran tan inmorales, no debemos sorprendernos de que los sacerdotes no fueran mejor que ellos. Como consecuencia, en muchas parroquias los feligreses insistían en que los sacerdotes tuvieran concubinas “como protección para sus propias familias”.

En el Concilio de Constanza, tres papas y algunas veces cuatro, se insultaban todas las mañanas, acusándose los unos a los otros de anticristos, demonios, adúlteros, sodomitas, enemigos de Dios y del hombre Uno de estos “papas”, Juan XXII (1410-1415), compareció ante el Concilio



para dar cuenta de su conducta. “Fue acusado por 37 testigos (obispos y sacerdotes, en su mayoría) de fornicación, adulterio, incesto, sodomía, hurto y homicidio”. Y se probó con una legión de testigos que había seducido y violado a 300 monjas. Su propia secretaria, Niem, dijo que en Bolonia mantenía un harén donde no menos de doscientas muchachas habían sido víctimas de su lujuria. Por todo ello el Concilio lo halló culpable de 54 crímenes de la peor categoría; le depuso del papado, y, para no verse condenado a lo que se merecía, el indigno papa optó por huir”.

El registro oficial del Vaticano ofrece de este hombre esta información sobre su inmoral reinado: “su señoría, papa Juan cometió perversidad con la esposa de su hermano, incesto con santas monjas, tuvo relaciones sexuales con vírgenes, adulterio con casadas y toda clase de crímenes sexuales... entregado completamente a dormir y a otros deseos carnales, totalmente adverso a la vida y enseñanzas de Cristo... Fue llamado públicamente el Diablo encarnado”. Para aumentar su fortuna, el papa Juan puso impuestos a todo, incluyendo la prostitución, el juego y la usura. Se le ha llamado con frecuencia “el más depravado criminal que se haya sentado en el trono papal” [notará que en todos los casos el autor se refiere a papas reconocidos en la lista oficial del vaticano, y no a antipapas, que también los hay... y no son mucho peores].



Del papa Pío II (1458-1464) se dice que fue el padre de muchos hijos ilegítimos. “Hablabla en público sobre los métodos que usaba para seducir a las mujeres, aconsejaba a los jóvenes y hasta ofrecía instruirlos en métodos de autoindulgencia”. Pío fue seguido de Pablo II (1464-1471), quien mantenía una casa llena de concubinas. Su tiara papal estaba tan cuajada de joyas, que sobrepasaba el valor de un palacio.

Vino después el papa Sixto IV (1471-1484); este tuvo dos hijos ilegítimos de su manceba Teresa a los cuales hizo cardenales. Financió sus guerras vendiendo posiciones eclesiásticas al más alto postor, y “usó el papado para enriquecerse él y sus familiares. Hizo cardenales a ocho de sus sobrinos, aunque algunos de ellos era aún niños. En cuanto al lujo y extravagancias, rivalizó con los césares. Él y sus familiares sobrepasaron a las antiguas familias romanas, tanto en riquezas como en pompa.

El papa Inocencio VIII (1484-1492) tuvo dieciséis hijos de varias mujeres. No negó que fueran sus hijos engendrados en el Vaticano. Como muchos otros papas multiplicó los oficios clericales y los vendió por vastas sumas de dinero. Incluso permitió corridas de toros en la Plaza de San Pedro.

Vino más tarde Rodrigo Borgia, quien tomó el nombre de Alejandro VI (1492-1503) y ganó su elección al papado mediante chantajes con los cardenales, práctica común en aquellos días. Antes de ser papa,

cuando aún era cardenal y arzobispo vivió en pecado con una mujer llamada Vannozza dei Cattanei y después con la hija de esta, Rosa, con la cual tuvo cinco hijos. En el día de su coronación nombró a su hijo -joven de temperamento y hábitos viles- como arzobispo de Valencia.

Vivió en incesto público con sus dos hermanas y con su propia hija y era el padre y amante de su hija Lucrecia, de quien se dice tuvo un hijo.

El 31 de octubre de 1501 realizó una orgia sexual en el Vaticano, que no ha tenido parangón alguno en los anales históricos de la humanidad.

En cuanto al papa Pablo III (1534-1549), incluso la revista de signo católico Life dijo que siendo cardenal había tenido 4 hijos y en el día de su coronación celebró el bautismo de sus dos bisnetos; que eligió a dos de sus sobrinos adolescentes como cardenales, realizó festivales con cantantes, bailarinas, bufones y buscó ayuda de astrólogos.

El papa León X (1513-1521) fue elegido para 27 oficios diferentes clericales antes de tener 13 años de edad. Fue enseñado a considerar los cargos eclesiásticos sólo como un medio de ganancia [Es bien notorio que en la Edad Media los cargos eclesiásticos, incluyendo obispados, eran



adjudicados con frecuencia como prebendas o dotes, sin ser ejercidos personalmente. El ejercicio de estos era alquilado por una renta fija a sustitutos, sin que el titular hiciera apenas acto de presencia en las diócesis e iglesias que le habían sido adjudicadas]. Con su producto compró el cargo y declaro que el quemar a herejes era una orden divina.

Fue durante esos días que Martín Lutero, siendo aún sacerdote de la Iglesia Romana, viajó a Roma. Al ver por primera vez la Ciudad de las Siete Colinas, cayó al suelo diciendo: “santa Roma, te saludo”. No había pasado mucho tiempo en dicha ciudad, cuando pudo darse cuenta de que Roma era todo menos una ciudad santa. Pudo ver que la iniquidad existía en todas las clases del clero. Los sacerdotes contaban chistes indecentes y usaban palabras profanas, incluso en la misa. Lutero describió a los papas de la época como peores en su conducta que los emperadores paganos y explica que los banquetes de la corte papal eran servidos por doce mujeres desnudas. “Nadie puede imaginarse los pecados tan infames y los actos que son cometidos en Roma -dijo- tienen que ser vistos y escuchados para ser creídos”. Tanto es así, que se acostumbra a decir: “si hay un infierno, Roma está construida sobre él”.

Un día, durante la visita de Lutero a Roma, vio una estatua en una de las vías públicas que conducen a San Pedro, que le llamó la atención, pues era de una papisa, y junto con el cetro y la mitra papal, tenía un niño en sus brazos. Era la estatua de la papisa Juana. “Estoy sorprendido -dijo Lutero- de como los papas permiten que la estatua permanezca allí”. Cuarenta años más tarde, después de la muerte de Lutero, dicha estatua fue quitada por orden del papa Sixto V.

¿Quién fue este papa femenino al que la estatua representaba? Se dice que nació en la tierra del Rin, en Ingleheim. Fue aclamada en Mainz por su sabiduría y más tarde se disfrazó de hombre para entrar en el célebre monasterio de Fulda (entre Frankfurt y Bebra). Se dice que también estudió en Inglaterra y Atenas y después recibió la posición de profesora de la Schola Graecorum de Roma, antiguo colegio de diáconos. Allí ganó tanta influencia como hombre, que fue elegida papa. Sin embargo, después de un pontificado de dos años, un mes y cuatro días, fue descubierta su condición de mujer: mientras formaba parte de una procesión, dio a luz a un niño y murió. Fue en este sitio donde se erigió la estatua del papa femenino.

En tiempos recientes, la historia de la papisa Juana ha sido discutida. Por razones obvias, Roma ha tratado de ocultarlo; sin embargo, antes de la época de la Reforma, la cual expuso tanto pecado en la Iglesia Romana, la historia era parte de las crónicas y conocida por obispos e incluso por los mismos papas. El papa Anastasio, por ejemplo, la menciona en su escrito **Historia de los Pontífices Romanos**. De hecho, todos los libros de historia de antes de la Reforma mencionan a la papisa Juana o en texto o en el margen. Se discute que hasta el Siglo XV los papas tenían que pasar por un examen físico para que el caso de la papisa -el papa femenino- no se volviera a repetir. Obviamente, la idea de un papa femenino rompe la doctrina católica de la “sucesión apostólica” y, por lo tanto, es natural que la Iglesia Romana trate de ocultar esta historia.

...habiendo mencionado la gran inmoralidad que ha existido en la vida de algunos papas, no queremos dar la impresión de que todos los papas han sido tan malvados como estos. Sin duda que los que hemos anotado aquí fueron los peores; pero ha sido necesario referirnos a ellos para demostrar que la afirmación católica de que el papado es una “sucesión apostólica” es totalmente falsa. Tal declaración significa que todos estos papas, incluyendo a los más ignorantes y perversos, han de ser tomados en cuenta en la línea de sucesión desde el apóstol Pedro y hay que considerarles infalibles.

Al hacer las investigaciones hasta Pedro, se tiene que pasar por la historia del papa femenino. De modo que la sucesión papal a la cual toda otra demanda del catolicismo está unida, queda expuesta como fraude y debe caer ante la poderosa espada del Espíritu: ¡la Palabra de Dios!

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 142-153**

Recuerde, por favor, que cuando la Biblia habla de la adoración a dioses falsos la califica como prostitución. Las referencias son numerosas en la triste historia del pueblo de Dios y se mencionan desde el tiempo de los jueces como durante la monarquía, un total de unos siete siglos, tanto en el reino unificado como cuando este se separó como Israel y Judá. Podemos ver un par de citas que comprueban esto y que explican, además de la historia la prostitución de la iglesia romana

**Pero aconteció que cuando murió Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse yendo tras los baales, y escogieron por dios a Baal-berit.**

**Jueces 8: 33**

**Me dijo Jehová en días del rey Josías: ¿has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Ella se va sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí fornicava. Y dije: después de hacer todo esto, se volverá a mí; pero no se volvió, y lo vio su hermana la rebelde Judá. Ella vio que por**



haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá su hermana, sino que también fue ella y fornicó. Y sucedió que por juzgar ella cosa liviana su fornicación, la tierra fue contaminada, y adulteró con la piedra y con el leño.

**Jeremías 3: 6-9**

A pesar de la evidente corrupción del papado, la iglesia romana insiste en que el papa como supuesto vicario de Dios es infalible, es decir que no puede errar cuando se pronuncie en referencia a la doctrina, la verdad, la teología, o el bien y el mal como desee decirlo. Ya hemos mencionado que el romano pontífice supone que ocupa el lugar de Dios en la tierra con poderes solamente atribuibles a la Deidad. A partir de finales del Siglo XIX, bajo el reinado del papa Pío IX la iglesia dio un paso más al sostener, que desde siempre, desde Pedro, el papa es infalible, es decir, que no puede errar cuando se pronuncia oficialmente sobre la doctrina, una más de las blasfemias atribuibles a este siniestro poder.

Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.

**Apocalipsis 17: 3**

Junto a las muchas contradicciones con las cuales el sistema romano estaba plagado, los papas, como el antiguo dios Janos, empezaron a declararse infalibles. Pero en vista del siguiente esquema histórico, la idea de la infalibilidad papal es completamente absurda. Aun así, la mayoría de los papas han declarado ser infalibles, al menos en su doctrina, aunque no en integridad y moral. Pero esta clase de razonamiento presenta varios problemas. El pueblo, naturalmente, preguntaba: ¿Cómo puede ser los papas infalibles al dictar la doctrina y tan inmorales en la práctica? A pesar de lo contradictoria de esta situación, la infalibilidad papal fue declarada dogma en 1870.



El autor de esta doctrina de la infalibilidad fue Pío IX (1846-1878). Pero él, ciertamente, no era un ejemplo que acreditara su pretensión, al menos no en su práctica -pues éste tenía varias mozas (tres de ellas monjas) de las cuales tuvo hijos [note que ya hablamos de la segunda mitad del Siglo XIX y no de la Edad Media]. Tampoco su antecesor, el papa Gregorio XVI (1831-1846), fue mejor pues es conocido como uno de los más grandes borrachos de Italia y también tenía numerosas mujeres; una de ellas la esposa de su barbero.

Conociendo la historia de los papas, varios obispos católicos se opusieron a declarar la doctrina de la infalibilidad papal como dogma en el Concilio de 1870. En sus discursos, un gran número de ellos mencionó la aparente contradicción entre semejante doctrina y la conocida inmoralidad de algunos papas. Uno de estos discursos fue pronunciado por el obispo José Strossmayer. En su argumento contra el edicto de la "infalibilidad" como dogma, mencionó cómo algunos papas se habían puesto en contra de otros papas, cómo se contradijeron unos a otros e hizo una mención especial de cómo el papa Esteban llevó al papa Formoso a juicio.

La famosa historia de un papa llevado a juicio ante otro papa es algo horrendo ¡puesto que el papa Formoso había muerto hacía ocho meses! Sin embargo, su cadáver fue desenterrado de su tumba y llevado a juicio por el papa Esteban [el año 897]. El cadáver, putrefacto [aunque pareciera

difícil de creer], fue desenterrado y situado sobre un trono. Allí, ante un grupo de obispos y cardenales lo ataviaron con ricas vestimentas del papado, se puso una corona sobre su calavera y el cetro del Santo Oficio colocado en los cadavéricos dedos de su mano. Mientras se celebró el juicio, el hedor del muerto llenaba la sala. El papa Esteban, adelantándose hacia el cadáver, lo interrogó. Claro está, no obtuvo respuesta a los cargos y el papa difunto fue sentenciado como culpable de todas las acusaciones. Entonces le fueron





quitadas las vestimentas papales, le arrebataron la corona y le mutilaron tres dedos que había usado para dar la bendición papal. Después arrastraron el cadáver putrefacto, atado a una carroza, por las calles de la ciudad. El cuerpo fue más tarde lanzado al río Tíber.

Acciones contradictorias como ésta, por luchas entre papas, ciertamente no apoyan la infalibilidad; sin embargo, no se detiene ahí la historia, pues después de la muerte del papa Esteban, el siguiente papa romano rehabilitó la memoria de Formoso y lo mismo hizo más tarde el papa Juan X, lo que desacredita y ridiculiza aún más el dogma de la infalibilidad papal.

El hecho es que ni en doctrina, ni en práctica, han sido los papas infalibles. Notemos unas cuantas de los cientos de contradicciones que desmienten esta doctrina.

Después de su muerte, el papa Honorio I fue acusado como hereje por el Sexto Concilio, en el año 680. El papa León confirmó su condenación. Si los papas fueran infalibles, ¿cómo puede uno condenar al otro?

El papa Virgilio, después de condenar varios libros, retiró su condena; luego los volvió a condenar y una vez más volvió a retirar la condena, para más tarde volverlos a condenar. ¿Hay infalibilidad en esta actitud?

El duelo fue autorizado por el papa Eugenio III (1145-1153). Pero más tarde, el papa Julio II (1509) y Pío IV (1506) lo prohibieron.

En el Siglo XI, había tres papas rivales al mismo tiempo. Todos éstos fueron depuestos por el concilio convocado por el emperador Enrique III. Más tarde, durante el mismo siglo, Clemente III se opuso a Víctor III e incluso a Urbano II ¿Cómo podían ser los papas infalibles cuando se oponían el uno al otro?

Vino luego el gran caos, en 1378, que duró 50 años, cuando los italianos eligieron a Clemente VII. Estos papas se maldijeron año tras año hasta que un concilio depuso a ambos y escogieron a otro.

El papa Sixto V hizo preparar una versión de la Biblia, la cual declaró como auténtica y muy fiel; pero dos años más tarde, Clemente VIII declaró que estaba llena de errores y ordenó hacer otra. Gregorio I [llamado el Grande] rechazó el título de "obispo universal" por considerarlo pagano, "profano, supersticioso, orgulloso, e inventado por el primer apóstata".

Aun así, a través de los siglos, otros papas han reclamado este título. ¿Cómo podemos decir que los papas son "infalibles" al definir la doctrina, si se contradicen directamente entre sí? El papa Adriano II (867-872) declaró el matrimonio civil como válido, pero el papa Pío VII (1800-1823) lo condenó como no válido.

El papa Eugenio IV (1431-1447) condenó a Juana de Arco a ser quemada por bruja. Más tarde, en 1919, Benedicto XV, la declaró santa. ¿Puede esto ser infalibilidad papal?

¿Cómo pueden ser los papas infalibles cuando un gran número de ellos han negado tal doctrina? Virgilio, Inocencio III, Clemente IV, Gregorio XI, Adriano VI, y Paulo IV, todos rechazaron la doctrina de la infalibilidad papal.

¿Podría ser un papa infalible y no saberlo? ¡Qué inconsistencia!

Considerando la gran inmoralidad, bandidaje y contradicción que ha existido en las vidas de muchos de los papas, podemos ver claramente cuán blasfemas son sus declaraciones acerca de sí mismos. Los papas han tomado títulos tales como "Santísimo Señor", "Jefe de la Iglesia Mundial", "Pontífice Soberano de Obispos",





“Sacerdote Supremo”, “La boca de Jesucristo”, “Vicario de Cristo” y otros más. El papa León XIII, el 20 de junio de 1894, declaró: “ocupamos en la tierra el lugar de Dios Todopoderoso”. Durante el Concilio Vaticano de 1870, el 9 de enero, fue proclamado: “el Papa es Cristo en oficio, Cristo en jurisdicción y poder... nos postramos ante tu voz, oh, Pío, como la voz de Cristo, el Dios de la verdad. Al afianzarnos en ti, nos afianzamos en Cristo”.

Pero el esquema histórico que hemos visto claramente denota que el Papa no es “Cristo en oficio” o en ninguna otra forma. Debemos comparar a ambos -a Cristo y al Papa- y tenemos clara evidencia de que no hay similitud alguna; al contrario, ¡son opuestos!

El Papa porta una costosa corona, cubierta de joyas. La corona de tres plantas se dice que tiene un valor de 1.300.000 dólares. ¡Qué contraste con nuestro Señor Jesucristo quien durante su vida terrenal no tuvo corona, excepto una de espinas!

El Papa es constantemente atendido por sirvientes. ¡Qué contraste con el Nazareno quien no vino a que le sirvieran sino a servir!

El Papa tiene un palacio de lujo y riquezas extremas, que hacen un marcado contraste con el Señor Jesús, quien no tuvo sitio dónde poner su cabeza.

Los papas vestidos en trajes elaborados y costosos, diseñados al estilo de los emperadores romanos de los días paganos, representan un orgullo y vanidad que contrasta con nuestro Salvador, quien vistió el traje de un campesino.

La inmoralidad de muchos de los papas se levanta en contraste con Cristo, que es perfecto en santidad y pureza.

En vista de estas cosas podemos entender que la pretensión de que el Papa es el vicario de Cristo no tiene fundamento alguno, y, por el contrario, es interesante notar que el título vicario del Hijo de Dios, Vicarius Filii Dei, parece condenar al Papa colocándole en una posición de absoluta contradicción. En el capítulo **14** del misterioso pero no incomprensible libro del **Apocalipsis**, el Santo Espíritu de Dios dio al apóstol Juan una revelación acerca de cierto personaje al que llama Bestia horrible el cual representa sin duda a más de una persona del pasado y del futuro, según lo han entendido diversos expositores de tan difícil libro. Pero lo curioso es que el papado cae de lleno y del modo más claro en la línea de identificación del macabro y misterioso personaje. La clave es: “aquí se requiere sabiduría. El que tiene entendimiento, calcule el número de la bestia, pues es número de hombre, y su número es 666” (**Apocalipsis 13: 18**).

Ahora bien, todos sabemos que algunas letras del alfabeto romano tienen significado numérico. Aun hoy día las usamos para titulares de capítulos o documentos, a saber: I, significa 1; V, 5; X, 10; L, 50; C, 100; D, 500. La suma total de este alfabeto numérico es exactamente 666.

Pero para que no pensemos que esto era tan sólo una clave del pasado atribuyendo el misterio tan solamente al Imperio romano, perseguidor de los cristianos, tenemos que el título favorito del Papa, Vicarius Filii Dei, nos da el mismo resultado. Teniendo en cuenta que en este título la letra I aparece seis veces, la V, dos, la L una sola vez, la C ídem y la D ídem, la suma total es 666. Las letras que quedan sin significado numérico de dicho título son F-A-R-S-E [una especie de obra cómica en la que tanto los personajes como los hechos que se muestran son improbables y ridículos], cuyo triste pero atinado significado es de obvia comprensión.

Hay otras claves de este curioso misterio: el nombre secreto de Nimrod, que era revelado solamente a los iniciados era deletreado en caldeo con cuatro letras: Stur. En este lenguaje, S es igual a 60; T es igual a 400; U es igual a 6, y R es igual a 200; de nuevo 666.

El César Nerón, el primero de los grandes perseguidores de los cristianos y emperador de Roma, en su época de más poder tiene un nombre que escrito en hebreo es: Neron Caesar, que también igual a 666.

Las letras griegas de Lateinos (Latín), el lenguaje de Roma en todos sus actos oficiales suma 666. En el griego, L es 30; A es 1; T es 300; E es 5; I es 10; N es 50; O es 70; y S es 200. Estas cifras suman un total de 666. Hay otras palabras también significativas para lo que venimos demostrando. Romulus, del que proviene el presente nombre de Roma, es, en hebreo, Romiitz, y también suma 666.

En el Nuevo Testamento, las letras de la palabra griega euporia, la cual proviene de la palabra fortuna, totaliza 666. Es curioso saber que de los dos mil nombres griegos en el Nuevo Testamento, solamente hay otra palabra que tenga este valor numérico y es la palabra: paradosis, que significa



“tradición” (Véase **Hechos 19: 25** y **Mateo 15: 2**). Fortuna y Tradición -extrañamente- fueron los dos elementos que corrompieron a la Iglesia Romana. Las riquezas corrompían la honestidad y con la tradición se corrompió la doctrina.

No insistimos dogmáticamente en este argumento en cuanto al número 666 , pero creemos que estas cosas denotan un significado interesante en conexión con las palabras tradición, riqueza (fortuna), latín, Roma, números romanos y papas.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 154-161**

No hemos terminado con la gran ramera, pues seguiremos tratando el tema sobre ella e identificaremos en el siguiente acápite a la bestia bermeja, aunque ya parece más que evidente. Pero no debemos olvidar lo que se menciona sobre los “**siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer**” que siempre se han asociado a Roma como la ciudad de las siete colinas. Vea el material complementario. El resto de los versículos siguientes lo veremos en el tratado sobre el tiempo de angustia, donde también analizaremos los últimos movimientos del final de este mundo.

Esto, para la mente que tenga sabiduría: las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición. Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia.

**Apocalipsis 17: 9-13**

## 6.7. Los poderes coaligados

**Apocalipsis 13** describe la aparición de dos bestias impactantes. Una de ellas la trataremos en este acápite y la otra en el siguiente. Primero aparece “una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo”, realmente impresionante. Surge del mar lo que significa que surge en medio de los pueblos y naciones. La descripción se asemeja al dragón de **Apocalipsis 12** que ya hemos estudiado en otro tratado (vea por favor los versículos que siguen a la cita de Marvin Moore) y que representa a Satanás. Igual que el dragón, la bestia “**siete cabezas y diez cuernos**”, por lo que la relación entre ambas es más que evidente. Además se menciona que esta bestia tiene “un nombre blasfemo” lo que lo vincula otra vez al papado y las blasfemas pretensiones que hemos estado presentando.

Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.

**Apocalipsis 13: 1**

**Apocalipsis 13** describe dos bestias. La primera sale del mar y la segunda surge de la tierra. Cuando uno lee la descripción de la primera bestia en los versículos **1** al **10**, no caben dudas de que es un poder religioso-político con influencia mundial y que utiliza su poder para perseguir al pueblo de Dios (si no está familiarizado con estos versículos, es un buen momento para leerlos). La pregunta es: ¿quién o qué es ese poder en nuestros días?

Los adventistas del séptimo día lo hemos identificado históricamente con la Iglesia Católica Romana, y seguimos sosteniendo esa postura. Le explicaré la interpretación bíblica por medio de la cual llegamos a esa posición, y luego la examinaremos a la luz de las tendencias actuales.

¿Dónde encontramos esa idea en la Biblia? Un análisis cuidadoso de **Apocalipsis 13** muestra que la primera bestia allí descrita tiene varias características:

- Es un poder religioso y recibe adoración (versículos **4, 8**).
- Es un poder político con autoridad mundial (versículo **7**).
- Impone un respeto mundial (versículo **3**).
- Blasfema contra Dios (versículo **5**, igual que el cuerno pequeño de **Daniel 7: 25**).
- Persigue al pueblo de Dios (versículo **7**, igual que el cuerno pequeño de **Daniel 7: 25**).
- Su poder perdura durante 42 meses o 1.260 días (versículo **5**, igual que el cuerno pequeño de **Daniel 7: 25**).

Note las siguientes similitudes entre la descripción de esta bestia y la Iglesia Católica Romana.

- El Vaticano es tanto una autoridad religiosa como un estado político.
- Atrae el respeto de todo el mundo.





- Tiene autoridad religiosa mundial, y actualmente tiene una influencia política mundial.
- Las tres últimas especificaciones mencionadas son copias al carbónico de tres especificaciones del cuerno pequeño de **Daniel 7...**

...expliqué por qué los reformadores protestantes identificaban el cuerno pequeño de **Daniel** como el cristianismo medieval o la Iglesia Católica Romana. Los adventistas del séptimo día todavía aceptamos esa interpretación. El hecho de que tres de las siete marcas identificatorias del cuerno pequeño de Daniel también son características de la primera bestia de **Apocalipsis 13**, incluyendo el período de 1.260 días, otorga un importante apoyo a la identificación de ambos como el mismo poder.

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 74, 75**

También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.

**Apocalipsis 12: 3, 4**

Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

**Apocalipsis 12: 9**

Otra característica identificatoria de la mujer sobre la bestia bermeja es que “estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro” colores siempre presentes en la iglesia romana, además de su debilidad por el oro y el adorno.

También se hace referencia al “cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación” lo que habla de las doctrinas espurias con las que el papado ha contaminado el cristianismo, pero tal vez la parte más importante y dramática es que Juan la ve “ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”. También me impresiona el hecho que Juan diga que cuando la vio quedó “asombrado con gran asombro”.

Él sabe que está viendo a una organización enemiga de Dios, que engaña al mundo, que derrama con placer la sangre de los santos, y sin embargo queda asombrado porque contempla la obra maestra de engaño y seducción con la que Satanás ha llevado al mundo tras de sí. Es un sistema tan complejo y exitoso que Juan no puede menos que asombrarse “con gran asombro”. Veamos algo sobre la época de la terrible Inquisición.



Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la grande, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.

**Apocalipsis 17: 4-6**

Tan notable era la corrupción de la Iglesia apóstata en la Edad Media, que podemos fácilmente comprender por qué en muchos sectores de la tierra los hombres se levantaron en protesta. Muchos fueron los que rechazaron las doctrinas falsas de la Iglesia apóstata y del Papa, fijándose nada más que en el Señor Jesucristo y en su Palabra para su salvación. A éstos se les calificó de "herejes" y fueron perseguidos ferozmente por la Iglesia Católica Romana.

Uno de los documentos en los que se ordenó tal persecución, fue el inhumano Ad Extirpanda, que fue editado por el papa Inocencio IV. Este documento declaraba que los herejes tenían que ser aplastados como serpientes venenosas. Sacerdotes, reyes y miembros civiles del



sistema romano, fueron llamados a unirse a esta cruzada guerrera. Declaraba el documento que cualquier propiedad que confiscasen les sería dada como propiedad con título limpio y además les prometían remisión de todos sus pecados como premio por matar a un hereje.

Este documento papal también aprobó formalmente el uso de la tortura contra los llamados "herejes". Algunos hombres se pasaban largos días ideando los métodos más crueles para producir dolor. Uno de los más populares fue el uso del estante. Esta era una larga mesa en la cual el acusado era amarrado de las manos y pies y lo estiraban por cuerdas y tablonés hasta dislocarle las coyunturas y causarle gran dolor.

Para arrancarles las uñas usaban grandes pinzas o las ponían al fuego para después aplicarlas en las partes más sensitivas del cuerpo. Se usaban aparatos semejantes a tambores, donde ponían cuchillas y puntillas afiladas sobre las cuales los "herejes" eran colocados y rodados de atrás para adelante; tenían un destornillador de dedos, que era un instrumento hecho para desarticular los mismos y también las conocidas "botas españolas", que usaban para aplastar piernas y pies.



Tenían también la horrible "virgen de hierro", que consistía en una figura hueca del tamaño y forma de una mujer, erizada interiormente de cuchillos dispuestos de tal forma, que el acusado era lacerado mortalmente cuando lo encerraban dentro de ella. Lo que hace estos actos más blasfemos es que cada uno de sus medios de tortura eran rociados con "agua bendita" y en ellos se inscribían las palabras latinas Soli Deo Gloria, que significa "Gloria a Dios solamente".

Para hacerles denunciar a otras personas, desnudaban a las víctimas, ya fuesen hombres o mujeres, y las ataban fuertemente de los brazos y pies. Después las jalaban con una cuerda deteniéndolas en el aire; más tarde las soltaban para volverlas a jalar aún con más fuerza hasta dislocarles las coyunturas de brazos y piernas. La cuerda con que los amarraban les penetraba la piel hasta los huesos. Mientras contemplaban la ejecución de las torturas, los sacerdotes procuraban que el hereje recapacitara y se doblegara a renunciar a su herejía o a denunciar a hermanos de la misma fe...

Francisco Gamba, un lombardo de ideas protestantes, fue aprehendido y condenado a muerte en el año 1554 en Milán. En el lugar de la ejecución, un monje le presentó una cruz y Gamba le dijo: "mi mente está tan clara pensando en los verdaderos méritos y bondades de Cristo, que no necesito un pedazo de madera sin méritos". Por decir esto, le atravesaron la lengua y después le quemaron.

A otros que rechazaban las enseñanzas de la Iglesia Romana les vaciaban acero candente en su oídos y bocas. A otros les sacaban los ojos y algunos fueron cruelmente azotados con látigos. A otros más les amarraban estacas y los forzaban a lanzarse al fondo de precipicios para que chocaran contra los peñascos y murieran lentamente de dolor. A otros los ahorcaban con músculos amputados de sus propios cuerpos o eran ahogados con orina o excremento.

De noche, las víctimas de la Inquisición eran encadenadas contra las paredes o al suelo en donde eran presa de ratas y serpientes introducidas adrede en estos cuartos de sangrienta tortura.

Y no solamente eran individuos y pequeños grupos los torturados y asesinados, sino que éste era también el destino de ciudades enteras que rechazaban los dogmas del romanismo. En 1209, por ejemplo, la ciudad de Beziérs fue tomada por los cruzados, a quienes el Papa había prometido que si se alistaban en la guerra contra los herejes, entrarían directamente al cielo cuando murieran sin necesidad de pasar por el purgatorio. Varios historiadores relatan que 60.000 personas en esta ciudad perecieron por la espada de esos hombres, mientras que la sangre corría por las calles.

En 1211, en Lavaur, el gobernador fue colgado de la horca y los ciudadanos del pueblo quemados vivos. Los cruzados asistían a misa solemne por la mañana y luego procedían a tomar otros pueblos del área donde la gente había rehusado aceptar el dogma católico. Se estima que en



este sitio perdieron la vida 100.000 albigenses en un solo día. Sus cuerpos fueron amontonados y quemados. El "clero" dio gracias a Dios por la grandiosa victoria para la "Iglesia" y se compuso un himno para cantar en honor de esa victoria.

Es notoria también la masacre de Merindol. Entre otras cosas horribles que ocurrieron en esta área, que había llegado a ser poblada por los valdenses (protestantes), 500 mujeres fueron quemadas en un establo y cuando algunas de estas infelices saltaban por las ventanas eran recibidas con lanzas. En otros casos, las mujeres eran pública y despiadadamente violadas. Los niños eran asesinados ante sus padres, que asistían impotentes al horrendo crimen. Algunos niños fueron lanzados desde peñascos y otros eran despojados de sus ropas y arrastrados por las calles.

En la masacre de Orange, en 1562, se usaron métodos similares. A la armada italiana enviada por el papa Pío IV se le ordenó matar a hombres, mujeres y niños. Esa orden fue ejecutada con suma crueldad y se expuso al pueblo a la vergüenza y tortura como nunca se había visto antes.

En el día de San Bartolomé del año 1572 hubo una sangrienta masacre en París donde murieron diez mil hugonotes protestantes. El rey francés fue a misa a dar gracias solemnes por haber



sido asesinados tantos herejes. La corte papal recibió la noticia con gran regocijo y el papa, Gregorio XIII, ¡fue a la iglesia de San Luis a dar gracias por la victoria! El Papa ordenó que se acuñara una moneda conmemorando el acontecimiento. La moneda mostraba a un ángel con una espada en una mano y una cruz en la otra y un grupo de hugonotes huyendo horrorizados de la presencia del ángel. Debajo figuraba la siguiente inscripción: "Ugonottorum strages 1572", que significa "a la matanza de los Hugonotes de 1572" [la imagen muestra a Catalina de Médici, gran impulsora de la masacre, y que había convencido al rey Carlos IX de hacerlo, contemplando los resultados de su maldad].

Incluso después de casi trescientos años de la Reforma, leemos que en España, cuando fue invadida por las tropas napoleónicas, fue descubierta en Toledo una prisión de la Inquisición. El historiador

de las guerras de Napoleón dice que era como abrir una tumba; los cautivos salían con unas barbas que le llegaban a la altura del pecho, sus uñas parecían garras de aves y sus cuerpos no eran más que esqueletos. Algunos de ellos hacía años que no respiraban el aire fresco. Otros estaban inválidos y deformes, pues habían permanecido en calabozos tan pequeños que no podían ni ponerse en pie. Al día siguiente, el general La Salle y varios de sus oficiales inspeccionaron el edificio cuidadosamente. Los instrumentos de tortura que hallaron les llenaron de horror...

Cualquiera de los papas hubiera podido suspender la Inquisición con sólo poner su nombre y sello en un pedazo de papel. ¿Pero lo hicieron? ¡No! Algunos de los papas que son llamados "grandes" en la actualidad, vivieron durante esos sangrientos días. Ninguno de ellos hizo siquiera un intento serio por abrir las puertas de las prisiones, suspender el sangriento uso de los cuchillos o detener los fuegos asesinos que oscurecieron durante siglos los cielos de Europa.

Y ahora les pregunto a ustedes: ¿podría un sistema que instituyó tan horrible tribunal, represivo durante la Edad Media, ser la verdadera Iglesia? ¿Puede ser esta Iglesia que empleó métodos tan crueles, ser la Iglesia fundada por Aquel que dijo que debemos voltear la mejilla, perdonar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen o nos desprecian. Aquel que, desde el madero donde había sido clavado, en el momento de su muerte, dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"? ¿Podrían estos monjes y sádicos sacerdotes ser miembros de la Iglesia pura y, sin mancha, la Novia de Cristo? ¿O podría su líder, el Papa de Roma, ser el representante de este Cristo en la tierra? ¡No! ¡Un millón de veces, no! [Los creyentes católicos de nuestros días, empeñados en defender a su Iglesia de tales hechos históricos, alegan que la culpa no era de su Iglesia sino de los métodos bárbaros de aquellos tiempos, y citan el martirio de Servet en Ginebra y otras persecuciones en Inglaterra e Irlanda contra los católicos. Es cierto; pero los cristianos suizos de hace ya más de un siglo construyeron en Ginebra un monumento expiatorio a la memoria de Miguel de Servet en el que hay grabada esta inscripción: "hijos respetuosos de Calvino pero condenando un error que fue el de su siglo" y lo demostraron por su actitud con la



minoría católica de su departamento cantonal. En cuanto a las persecuciones inglesas fueron más bien por motivos políticos que religiosos. Además, ningún protestante insiste hoy en llamar infalible ni a Calvino ni a las iglesias reformada o anglicana, como ocurre con los católicos con respecto a su Iglesia y el conjunto de sus papas; pero el actual papa Juan Pablo [el libro citado fue escrito en su pontificado] ha excomulgado al gran católico Hans Kung por haber negado la infalibilidad papal].

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 162-169**

Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.

**Apocalipsis 13: 7**

A la bestia de “siete cabezas y diez cuernos” se le “permitted hacer guerra contra los santos, y vencerlos” durante un periodo de 1.260 años. Esta bestia es también “la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” y se menciona también los “siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer” lo que como siempre deja en evidencia al papado. Pero también es que es una “bestia que era y no es, y será”, lo que se relaciona con los tiempos donde el papado tuvo poder, pareció perderlo y que recuperará para el tiempo final.

Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

**Apocalipsis 17: 18**

Y el ángel me dijo: ¿por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que has visto era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será. Esto, para la mente que tenga sabiduría: las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer,

**Apocalipsis 17: 7-9**

Note los versos siguientes. Allí se manifiesta que la bestia que sube del mar, además de la descripción de sus “siete cabezas y diez cuernos” se dice que “era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león”. Quisiera que recuerde a las bestias de **Daniel 7** y sus características:

- León                            1 cabeza
- Oso                                1 cabeza
- Leopardo                        4 cabezas
- Bestia terrible                1 cabeza        10 cuernos
- Total                              7 cabezas       10 cuernos

Por lo tanto, esta bestia es la suma de las 4 bestias de **Daniel** y que antes han perseguido al pueblo de Dios y han sido utilizadas por Satanás. Por eso se dice de esta bestia “que era”. Note también que Juan ve el parecido de la bestia con un leopardo, un oso y un león, en orden inverso de como los ve **Daniel**. Es lógico, pues Daniel los ve hacia el futuro (de ese momento en adelante, históricamente hablando) y Juan los ve en el pasado (de ese momento hacia atrás).

Pero esa bestia en tiempos de Juan “no era” pues aún no había sido quitado de en medio el que lo impedía, el Imperio Romano de Occidente. Pero esa bestia poderosa volvería a ser, pues Juan dice “será” pues surgiría con poder luego de la caída del imperio. Una de las cosas que también se afirma es que esta bestia recibiría una “herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada”

Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia,

**Apocalipsis 13: 1-3**

Hasta ahora hemos visto que el papado estaba atado o en cautiverio mientras el imperio romano estaba en pie. Pero cuando el imperio cayó, el trono de Cesar quedó vacante y el papado ascendió al poder por 1260 años.

Pero este no es fin de la historia. Las profecías anuncian que el hombre de pecado tiene dos etapas de dominio -una pasada y una futura. El papado quedó libre de las restricciones del poder civil en el año 538 DC, pero en 1798 DC fue echado nuevamente en cautiverio cuando Francia le



quitó la espada del poder civil [cuando el Papa Pío VI es depuesto y encarcelado por el General Berthier de los ejércitos napoleónicos, y el papa luego moría en cautiverio]. Pero la profecía de **Apocalipsis 13: 9, 10** nos dice que el papado recuperará una vez más la espada del poder civil y será suelta de su cautiverio (**Apocalipsis 13: 3**).



El apóstol Pablo no distingue entre estas dos etapas del papado sino más bien presenta a grandes rasgos la carrera total del hombre de pecado desde sus días hasta la segunda venida. Es decir, el apóstol Pablo no explicó que el que detenía iba a ser quitado de en medio dos veces -la primera vez en el año 538 DC y la segunda cuando los Estados Unidos [ya ampliaremos sobre esto en el siguiente acápite] le devuelva la espada y la libertad del cautiverio a la bestia.

**Apocalipsis 13: 11-18** y el capítulo **17** pintan a vivos colores el cumplimiento final de la profecía, cuando los Estados Unidos le devuelva la espada y la libertad al papado. En **Apocalipsis 17** vemos a una mujer ramera (**17: 1, 2**) cuyo nombre es Babilonia (**17: 5**), que se sienta sobre muchas aguas (**17: 1, 2**), es decir, sobre multitudes, naciones, lenguas y pueblos (**17: 1, 15**). Ella sostiene una relación adúltera con los gobernantes civiles de la tierra (**17: 2**). Esta vestida de púrpura, escarlata, oro y piedras preciosas (**17: 4**). Los gobernantes de la tierra felizmente beben el vino fermentado que ella les da (**17: 2**) y se llenan de ira contra los que no quieren beber con ellos. La ramera tiene hijas (**17: 5**) que nacieron de ella pues se la llama 'la madre de las rameras'. La ramera también tiene

relaciones estrechas con los comerciantes de la tierra (**18: 3**) y derrama la sangre de los santos y los mártires de Jesús (**17: 6**). Es notable que la bestia sobre la cual cabalga la ramera asciende del abismo que es un lugar de encarcelamiento. Es decir, la bestia de **Apocalipsis 17** por un tiempo no persiguió porque no permitió que la ramera se le montara encima. Pero cuando los reyes de la tierra le brindan nuevamente su apoyo la bestia ésta se levanta del abismo con plena libertad para perseguir como lo hacía en el pasado.

Elena White concuerda con este panorama del libro de **Apocalipsis**: "pero los Estados Unidos no serán los únicos que rindan homenaje al papado. La influencia de Roma en los países que en otro tiempo reconocían su dominio, dista mucho de haber sido destruida. Y la profecía predice la restauración de su poder". **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 565.**

"Cuando nuestra nación [los Estados Unidos] renuncie de tal manera los principios de su gobierno que promulgue una ley dominical, en este acto el protestantismo dará la mano al papismo; y no será más que darle vida [porque recibió una herida mortal] a la tiranía que durante largo tiempo ha estado aguardando ávidamente su oportunidad de resurgir [se sana la herida] en activo despotismo". **Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 666.**

"Cuando la tierra que el Señor levantó para darle refugio a Su pueblo para que pudieran adorarle conforme a los dictados de sus propias conciencias, la tierra sobre la cual Dios ha colocado por largos años el escudo de la Omnipotencia, la tierra que Dios ha favorecido haciéndola depositaria de la religión pura de Cristo -cuando dicha tierra, por medio de sus legisladores [el acto nacional], repudie los principios del Protestantismo, y apoye la apostasía Romana que procuró alterar la ley de Dios- entonces se revelará la obra final del hombre de pecado. Los protestantes le brindarán toda su influencia y apoyo al papado. Por un acto nacional [acto del congreso] impondrán la observancia del falso sábado y le darán vida y vigor [se sana la herida] a la fe corrupta de Roma, y así revivirán su tiranía y su opresión de la conciencia. Entonces será tiempo para que Dios obre con gran poder para vindicar su verdad". **Ellen G. White, Signs of the Times, Junio 12, 1893.**

**Stephen P. Bohr, Cristo y el Anticristo, 23, 24**

En el momento que Pío VI era destronado y luego moría en cautiverio los historiadores de la época pensaban que el papado había muerto, y en muchos lugares de Europa se celebraba que este poder había caído y se pensaba que no se levantaría jamás. Pero los estudiosos de la Santa Biblia, en particular de **Apocalipsis 13** sabían que la "herida mortal" sería "sanada" y que se maravillaría "toda la tierra en pos de la bestia". Había que esperar unos 130 años...

Como dije ...la Iglesia Católica Romana dominó la política europea durante cientos de años, especialmente durante la primera mitad del presente milenio. En la época de la reforma protestante, este poder político había comenzado a disminuir, lo que explica por qué tuvo éxito la reforma en el



Siglo XVI, mientras que esfuerzos similares en siglos anteriores habían fracasado. El poder político de la iglesia continuó su declinación durante varios siglos hasta 1798, cuando el general francés Berthier, bajo las órdenes de Napoleón Bonaparte, tomó prisionero al Papa.

Los adventistas han sostenido a lo largo de su historia que la herida mortal recibida por la primera bestia de **Apocalipsis 13** (véase el versículo **3**) hace referencia a la pérdida de poder político del papado en 1798. Esta interpretación no es de origen adventista. Fue sostenida por muchos protestantes a fines de los años 1700 y comienzos de 1800. Simplemente la adoptamos y la introdujimos en nuestra estructura profética.

Note, sin embargo, que **Apocalipsis** dice que la herida mortal sanó. Si la herida mortal fue la pérdida de poder político de la Iglesia Católica en 1798, entonces el sanamiento de esa herida mortal tendría que ser la restauración del poder político de la Iglesia Católica Romana poco antes del fin del tiempo. Y eso es exactamente lo que por 150 años los adventistas han dicho que sucederá poco antes de la segunda venida de Cristo.

La idea de que la Iglesia Católica se convertiría en un poder político de influencia mundial era difícil de aceptar en la década de 1850, cuando nuestros pioneros comenzaron a apoyarla. En esa época los norteamericanos eran fuertemente anticatólicos y continuaron siéndolo durante, por lo menos, otros cincuenta años. En el momento en que comenzamos a hacer esta predicción, la herida mortal todavía sangraba. Nadie en sus cabales hubiera pensado que el catolicismo romano obtendría el control político de los Estados Unidos o de Europa, ni mucho menos de todo el mundo.



Mussolini firmó en 1929 un acuerdo con la iglesia que devolvió a ésta su autonomía sobre el Vaticano y le dio el estatus de “estado”. Desde ese momento la iglesia ha sido una pequeña, pero cada vez más poderosa, fuerza política en el mundo. Los Estados Unidos reconocieron formalmente a la Iglesia Católica como un gobierno legítimo en 1984, y la ex Unión Soviética hizo esencialmente lo mismo a fines de 1989, cuando el presidente Gorbachov visitó al Papa en la Biblioteca del Vaticano. Boris Yeltsin hizo movimientos rápidos para establecer nexos con el Vaticano luego de derrocar a Mikhail Gorbachov en los últimos días de 1991.

Estos hechos son evidencias claras de que el catolicismo romano es una fuerza política que está aumentando su poder en el mundo, aunque difícilmente indiquen que la iglesia gobernará el mundo como sugiere **Apocalipsis 13** (“se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación”). Sin embargo, continuemos. El comunismo se derrumbó en Europa oriental durante la última mitad de 1989 y comienzos de 1990. Todos observamos atónitos cómo un país tras otro se separaba de la órbita comunista, y quedamos estupefactos cuando el muro de Berlín fue abierto en noviembre de 1989.

Usted puede no haber sido consciente de la poderosa influencia que la Iglesia Católica Romana ejerció sobre estos acontecimientos, pero los periodistas del mundo lo sabían. Note la siguiente declaración que apareció en la revista Time del 4 de diciembre de 1989:

“Juan Pablo ayudó a inflamar el fervor por la libertad en su Polonia natal, fervor que se ha esparcido como el fuego en el rastrojo a lo largo de Europa oriental... Aunque la política de no intervención de Gorbachov fue la causa inmediata de la reacción en cadena de liberación que ha barrido a Europa oriental en los últimos meses, Juan Pablo merece gran parte del crédito a largo plazo”.

Los políticos del mundo también están conscientes del papel de la iglesia en el colapso del comunismo en Europa oriental. El número del 24 de febrero de 1992 de la revista Time llevaba las siguientes palabras en la tapa, flanqueadas por fotos de Ronald Reagan y Juan Pablo II: “Santa Alianza: cómo Reagan y el Papa conspiraron para ayudar al movimiento Solidaridad de Polonia y para apresurar la muerte del comunismo”. El artículo interior relata en forma sumamente fascinante cómo el Papa y el presidente lo lograron.

Pero ¿significa esto que el Papa será un gobernante mundial algún día, del tipo de la primera bestia de **Apocalipsis 13**?

Hace poco leí un libro titulado “**The Keys of This Blood**” [Las llaves de esta sangre], escrito por **Malachi Martin**, un exsacerdote jesuita [siempre me ha parecido, siendo Martin un “exsacerdote jesuita”, que este libro ha sido un esfuerzo desembozado de elevar la imagen del extinto Juan Pablo



II para favorecer la influencia de la iglesia romana, justo cuando la caída del muro abría la puerta a la catolización del este de Europa]. El libro fue publicado por el sello Simón y Schuster, una importante editorial secular de Nueva York. Me gustaría repetir una cita de la primera página del libro y un breve párrafo de la tercera página que compartí con ustedes...:

“Voluntaria o involuntariamente, listos o no, todos estamos involucrados en una triple competencia global a todo o nada, sin reservas... La competencia es para ver quién establecerá el primer sistema mundial de gobierno que haya existido alguna vez sobre todas las naciones...”

“No es decir demasiado, en efecto, que el propósito del pontificado de Juan Pablo II, la motivación que mueve su principal política papal y que determina las luchas día a día y año a año, es ser el vencedor en esa competencia que ya está desarrollándose”.

¿Suenan increíbles que Juan Pablo II aspire a gobernar el mundo? El resto del libro de Martin, sus setecientas páginas, ha sido escrito para apoyar este punto. Cuando uno finalmente termina de leer el libro, queda convencido de que ello es cierto. Ya sea que lo logre o no, la meta de Juan Pablo para su iglesia es obtener poder religioso y político a nivel mundial. Martin tiene estrechos lazos con el Vaticano, y todo parece indicar que lo que dice es verdad [aunque es evidente que no logró “gobernar el mundo” pocos podrán discutir que la imagen, prestigio y poder de la iglesia romana ha superado lo que habían logrado sus cercanos predecesores].

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 77-79**

Aunque el tratado de Letrán, firmado entre Mussolini, primer ministro del gobierno del rey Víctor Manuel III, y Pietro Gasparri, a la sazón Secretario de Estado de la Santa Sede, le devolvió al papado el control sobre el Vaticano, y le compensó con 85 millones de dólares de esa época (equivaldría hoy a más de 1.500 millones de dólares), por la “pérdida” de los llamados Estados Pontificios en 1870; a pesar de esto el papa no recuperó, ni de cerca, el poder que tenía antes sobre las naciones de la tierra, en especial las europeas. Podemos afirmar que esto, sin embargo, le otorgó al Vaticano la condición de ser un estado y el derecho a tener embajadores y empezar a tener influencia en los foros internacionales, dándose un caso único, ser al mismo tiempo un estado y la sede de una religión.

¿Por qué no se ha sanado aún la herida mortal? ¿Qué impide que el papado sea librado de su cautiverio? El erudito Jesuita, **Malachi Martin** quien escribió el best seller “**Las Llaves de Esta Sangre**” explicó la razón en 1986:

“Por mil quinientos años y más, Roma [papal] había mantenido un dominio con mano fuerte sobre cada comunidad local del mundo. En gran medida y admitiendo algunas excepciones ese era el punto de vista Romano hasta que doscientos años de inactividad [cautividad] le fueran impuestos al papado por los grandes poderes seculares del mundo [Europa y Estados Unidos]”...

Hay tres puntos importantes en esta declaración de Martin:

- El papado mantuvo un dominio con mano fuerte sobre cada comunidad local del mundo por mil quinientos años.
- Durante los últimos doscientos años el papado no ha podido ejercer ese control porque ha estado inactivo.
- El papado ha estado inactivo porque los grandes poderes seculares del mundo se lo han impuesto.

No cabe duda de que Martin era inconsciente que está describiendo la herida moral y el cautiverio del papado que se describe en **Apocalipsis 13: 10**. ¿Qué ocurrió doscientos años antes de 1986? La respuesta es ineludible: la Revolución Francesa, cuando el gobierno francés se despojó del poder papal y surgieron los países democráticos del hemisferio occidental que no han permitido que el papado se les monte encima como en el pasado.

La Revolución Francesa logró mucho más que librar a Francia de la mano de hierro del papado. En los años subsiguientes a 1798 todos los grandes poderes europeos proclamaron su liberación del dominio papal. Nación tras nación en Europa formaron gobiernos democráticos que garantizaban plena libertad civil y religiosa. Por eso el cardenal Henry Manning en 1862 lamentó que las naciones de Europa habían abandonado al papado:

“Ved a esta iglesia católica, esta iglesia de Dios, frágil y débil, rechazada aún por las naciones que se dicen católicas. Allí vemos a la Francia católica, a la Alemania católica y la Italia católica rechazando la idea del poder temporal del vicario de Jesucristo. Y como la iglesia



parece ser débil y el Vicario del Hijo de Dios repite sobre la tierra la pasión de su maestro, nos escandalizamos y escondemos de él, el rostro”. (Henry Edward Manning, *The Temporal Power of the Vicar of Jesus Christ*, 140, 141...

Pero los poderes seculares del mundo permitirán una vez más que el papado se les monte encima y beberán su vino. La ramera fornicará con los reyes de la tierra (**Apocalipsis 17: 1, 2**) y los usará para perseguir como lo hacía durante los 1.260 años. Esta unión entre la iglesia y el estado será liderada por los Estados Unidos quien le sanará la herida mortal a la bestia/ramera y lo soltará de su cautiverio. En palabras muy parecidas a las de Malachi Martin, Elena White predijo hace más de ciento veinte años:

“Deróguense [quítense] las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los gobiernos civiles [seculares] y déjesele a Roma que recupere su antiguo poder y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones”. **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 620.**

Debemos recalcar dos puntos importantes en esta cita:

- Cuando Elena White escribió, el papado estaba restringido por las medidas de los gobiernos civiles del mundo. En el caso de los Estados Unidos, la medida restrictiva es la primera enmienda a la Constitución del país que le prohíbe a congreso redactar leyes que establezcan religión o que prohíban la libre práctica de la misma. Mientras los Estados Unidos respete su constitución no puede haber una ley dominical instigada por el papado.
- Cuando los gobiernos civiles les quiten las medidas restrictivas a los poderes civiles, el papado resucitará de su herida mortal y quedará una vez más libre para actuar como lo hizo en el pasado.

Dios lo predijo por medio de Elena White:

“Cuando los Estados Unidos, el país de la libertad religiosa, se una con el papado para forzar la conciencia y obligar a los hombres a honrar el falso día de reposo [el domingo], los habitantes de todo país del globo serán inducidos a seguir su ejemplo”. **Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 27.**

**Stephen P. Bohr, Cristo y el Anticristo, 24-26**

Ellen G. White también señala el fin del periodo de los 1.260 días, tres tiempo y medio o 42 meses (equivalentes proféticos a 1.260 años) y especifica también que la intervención de Berthier puso fin a este nefasto lapso de persecución del pueblo de Dios. Para ella, sin embargo, la curación de la herida estaba en el futuro, pero dijo que sería la bestia de “dos cuernos” la que lo haría. Lo veremos en el otro acápite.

En contraposición con los que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús, el tercer ángel señala otra clase de seres humanos contra cuyos errores va dirigido solemne y terrible aviso: “¡si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente, o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios!” **Apocalipsis 14: 9, 10 (VM)**. Para comprender este mensaje hay que interpretar correctamente sus símbolos. ¿Qué representan la bestia, la imagen, la marca?

La ilación profética en la que se encuentran estos símbolos empieza en el capítulo **12** del **Apocalipsis**, con el dragón que trató de destruir a Cristo cuando nació. En dicho capítulo vemos que el dragón es Satanás (**Apocalipsis 12: 9**); fué él quien indujo a Herodes a procurar la muerte del Salvador. Pero el agente principal de Satanás al guerrear contra Cristo y su pueblo durante los primeros siglos de la era cristiana, fué el Imperio Romano, en el cual prevalecía la religión pagana. Así que si bien el dragón representa primero a Satanás, en sentido derivado es un símbolo de la Roma pagana.

En el capítulo **13** [(versículos **1-10, VM**)] se describe otra bestia, “parecida a un leopardo”, a la cual el dragón dio “su poder y su trono, y grande autoridad”. Este símbolo, como lo han creído la mayoría de los protestantes, representa al papado, el cual heredó el poder y la autoridad del antiguo Imperio Romano. Se dice de la bestia parecida a un leopardo: “le fué dada una boca que hablaba cosas grandes, y blasfemias... Y abrió su boca para decir blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y a los que habitan en el cielo. Y le fué permitido hacer guerra contra los santos, y vencerlos: y le fué dada autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación”. Esta profecía, que es casi la misma que la descripción del cuerno pequeño en (**Daniel 7**), se refiere sin duda al papado.

“Le fué dada autoridad para hacer sus obras cuarenta y dos meses”. Y dice el profeta: “vi una de sus cabezas como si hubiese sido herida de muerte”. Y además: “si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá; si alguno mata con espada, es preciso que él sea muerto a espada”. Los cuarenta y





dos meses son lo mismo que “un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo”, tres años y medio, o 1.260 días de **Daniel 7**, el tiempo durante el cual el poder papal debía oprimir al pueblo de Dios. Este período, como fué indicado en capítulos anteriores, empezó con la supremacía del papado, en el año 538 de Jesucristo, y terminó en 1798. Entonces, el papa fué hecho prisionero por el ejército francés, el poder papal recibió su golpe mortal y quedó cumplida la predicción: “si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá”.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 491, 492**

A algunas personas, en realidad a la gran mayoría, se le hace difícil creer que podría haber una persecución religiosa en este siglo de la libertad. Si leen algunos acápites del material complementario es seguro que cambiarían de opinión. Mucho menos gente cree que la iglesia católica, a pesar de su ominoso pasado, podría otra vez perseguir a los que no comulguen con sus principios y doctrina (si supieran que esto ya ha pasado en el Siglo XX en plena Europa). Pero las Sagradas Escrituras sostienen que eso es exactamente lo que ocurrirá, y podemos ver en sus declaraciones de hace muy poco tiempo cómo piensan actuar contra los que practiquen el error, por supuesto, desde su punto de vista...

Es fácil suponer que sólo las personas malas persiguen a otras. Sin embargo, la persecución religiosa muy rara vez surge de la gente mala que trata de convertir en malos a otros. Surge de personas [supuestamente] buenas que tratan de convertir en buenas a otras personas. Creo que es justo decir que, por ejemplo, las personas que lideraban la Inquisición en la Edad Media se veían a sí mismas como muy altruistas. Estaban tratando de proteger la fe de sus padres. Querían mantener pura la iglesia. Querían proteger de la corrupción a la sociedad. Sin embargo, este mismo deseo condujo a una severa persecución, porque querían forzar a las personas a ser buenas.

La pregunta es si esa misma actitud caracteriza al catolicismo moderno. La respuesta es “no”, si queremos decir que cada sacerdote y cada católico quiere perseguir a aquellos que no están de acuerdo con ellos. Sin embargo, considere por favor una declaración hecha por el escritor católico Louis Veuillot que fue publicada por la National Catholic Welfare Conference (Conferencia Católica de Bienestar Nacional):

“Cuando llegue el momento y los hombres se den cuenta de que el edificio social debe ser reconstruido de acuerdo con las normas eternas, ya sea mañana o en siglos futuros... los católicos... restablecerán ciertas leyes de la vida. Restaurarán a Jesús en su lugar en lo alto, y él ya no será insultado... No será negado el respeto al Creador ni se negará reposo a la criatura simplemente por dar el gusto a ciertos maníacos, cuyo estado delirante hace que bloqueen estúpida e insolentemente la voluntad de toda la gente”.

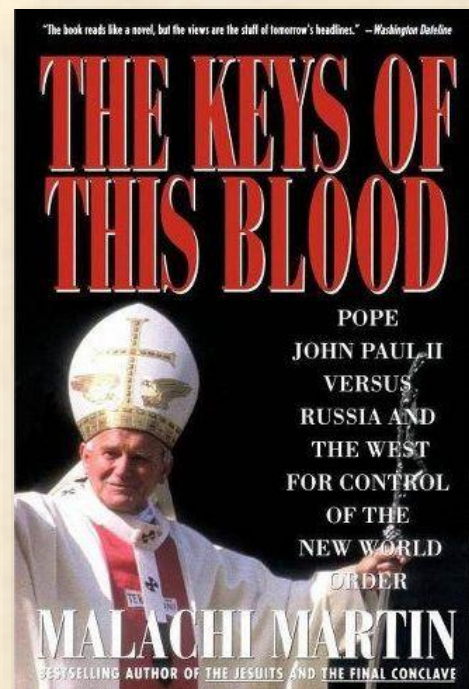
Estas palabras ominosas fueron escritas en 1928, mucho antes de los vientos más liberales del Vaticano II. Pero por favor, acompáñeme en un conjunto de declaraciones del libro de **Malachi Martin, The Keys of This Blood**, publicado en 1990:

“Es axiomático que para Juan Pablo II nadie tiene derecho, democrático o de otro tipo, al mal moral; y ninguna religión basada en la revelación divina tiene el derecho moral a enseñar un mal moral o a obrar de acuerdo con él”.

La pregunta que me surge al leer esas palabras es ésta: si nadie tiene derecho a creer o enseñar un mal moral, ¿quién va a decidir por nosotros qué es moralmente bueno o malo? Martin tiene la respuesta a esa pregunta:

“La Iglesia Católica Romana siempre ha pretendido, y lo hace bajo Juan Pablo en la actualidad, ser el árbitro final de lo que es moralmente bueno o malo en las acciones humanas”.

Juan Pablo no aspira a ser el árbitro de lo que es bueno o malo para los católicos. Tiene todo el derecho a desarrollar ese papel si los miembros de su iglesia lo quieren así. Pero Juan Pablo y su iglesia pretenden mucho más. Ellos sostienen que el papa es el árbitro final, la última instancia de

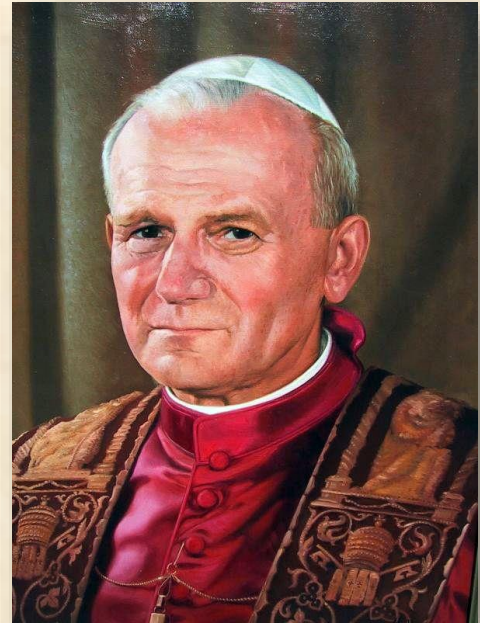




apelación, si le gusta, acerca de lo “que es moralmente bueno o malo en las acciones humanas”. ¡El Papa pretende autoridad moral sobre toda la raza humana! Esto nos incluye a usted y a mí, lo cual podría ser correcto si uno es católico, pero no si uno no lo es.

Entonces, ¿qué propone hacer Juan Pablo y su iglesia con las personas que eligen enseñar y obrar de acuerdo con lo que él considera como un mal moral? La respuesta de Martin y la de su iglesia a esa pregunta son dignas de seria reflexión:

“El requisito final para la dominación religiosa del mundo es la autoridad. La institución (Iglesia Católica Romana), en sus estructuras y emprendimientos organizativos, debe tener una autoridad singular: una autoridad que sea... autónoma en comparación con toda otra autoridad en el plano supranacional; una autoridad que incluya la capacidad de aplicar sanciones efectivas para mantener la unidad y los objetivos de la institución mientras realiza su tarea de servir al mayor bien de la comunidad como un todo y de cada una de sus partes”.



Martin sostiene que para que una entidad religiosa tenga autoridad global, debe ser autónoma, es decir, debe ser capaz de ejercer su voluntad sin interferencia de las otras naciones, y debe ser capaz de imponer sanciones. Las sanciones son, por ejemplo, lo que las Naciones Unidas impusieron a Irak cuando invadió Kuwait. No se le permitía a Irak vender o comprar en el mercado internacional hasta que cumpliera con las exigencias de las Naciones Unidas. Las sanciones son una forma muy dura de hacer cumplir una ley.

Pensemos por un momento en lo que ha dicho Malachi Martin, un exsacerdote jesuita. La meta primordial de Juan Pablo II para su iglesia es el control del gobierno mundial que está llegando. Una vez que logre esa meta, el principal objetivo de Juan Pablo será imponer el orden moral en el mundo, con las sanciones que sean necesarias para lograrlo. Ese orden moral será, por supuesto, gobernado en armonía con las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana. Todo esto será para “servir al mayor bien de la comunidad como un todo y a cada una de sus partes”.

He aquí a un grupo de gente buena tratando de hacer buena a otra gente. El nombre de ese intento bien intencionado es persecución. De acuerdo con un autorizado escritor católico, ésta es la meta final de Juan Pablo II [bueno... ahora podríamos (recuerde que el libro de Moore se escribe mientras el papa estaba vivo) decir que era su meta, que evidentemente no logró, pero que estoy seguro de que sus sucesores no han abandonado].

Volvemos entonces a la pregunta: ¿es la Iglesia Católica Romana capaz de perseguir a aquellos con quienes está en desacuerdo? No creo que ningún católico esté diciendo hoy: “vamos a perseguir a los que no están de acuerdo con nosotros”. Pero recuerde que la Iglesia Católica tiene una larga historia, en el pasado lejano [también en el presente, como veremos], es cierto, de tratar de hacer buena a la “gente mala” (aquellos que no estaban de acuerdo con el dogma católico). Desafortunadamente, a pesar de sus votos recientes en favor de la libertad religiosa, la enseñanza oficial de la Iglesia Católica todavía mantiene muchas de las actitudes que hicieron posible la Inquisición.

¿Cumplirá la Iglesia Católica Romana todas las especificaciones de la primera bestia de **Apocalipsis 13** en el tiempo del fin, incluyendo la de la persecución? Los hechos me convencen de que ese peligro es muy real.

Y no estoy solo en esa conclusión. En su libro **Power Shift** [La desviación del poder], el futurista **Alvin Toffler** expresa la misma preocupación. En el capítulo “The Global Gladiators” [Los gladiadores globales], señala que la amenaza del Ayatollah Khomeini contra la vida del escritor Salman Rushdie era un mensaje a los dirigentes políticos del mundo de que impondría su versión del fundamentalismo religioso en sus sociedades lo quisieran o no. “Lo que Khomeini realmente nos estaba diciendo”, dijo Toffler, “era que los estados “soberanos” no son de ninguna manera



soberanos, sino súbditos de una soberanía shiita más alta, que sólo él podía definir; que una religión o iglesia tenía derechos que sobrepasaban a aquellos de los meros estados nacionales”. Entonces Toffler siguió diciendo: “no es casual el hecho de que, para gran parte del mundo, Khomeini pareciera un cruel retroceso a la era preindustrial. Lo era. Su afirmación de los derechos de la religión sobre las naciones-estado es paralela a la doctrina medieval que expresaron los papas durante siglos de sangrientos conflictos entre la Iglesia y el Estado”.

“La razón por lo cual esto es importante es que podemos estar volviendo a este tipo de sistema mundial que existió antes de la era industrial... Este es un salto inmenso que nos lleva hacia adelante y hacia atrás simultáneamente, y empuja a la religión una vez más al centro del escenario global. Y no sólo en el caso del extremismo islámico. Un caso totalmente diferente en cuestión es el creciente poder global de la Iglesia Católica”.

Toffler no va tan lejos como para decir que la Iglesia Católica Romana dominará al mundo políticamente y que reinstalará la Inquisición. Pero reconoce la posibilidad.

¿Ocurrirá realmente? El tiempo lo dirá. Mientras tanto, todas las personas que amamos la libertad debemos apoyar a aquellos católicos que defienden la verdadera libertad religiosa.

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 80-84**

## 6.8. La bestia que sube de la tierra

Un tema clave en la futura emergencia del “hombre de pecado” es la participación de la “bestia que subía de la tierra” que ve Juan en visión. Contrariamente a todas las bestias que vimos en **Daniel 7** y **Apocalipsis 13** que surgen del mar (que ya vimos que representa a los “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” y por lo tanto surgen en medio de territorio muy poblado) esta bestia “subía de la tierra”; es decir surge en un lugar donde no hay mucha población. Y esta es la primera clave para reconocer a esta nación, recuerde que las bestias representan a una nación, reino, imperio, o algo parecido. Inclusive la forma en la que “subía de la tierra” es una señal identificadora interesante. Por otro lado, este poder surgiría en una época cercana a cuando la bestia del mar recibe la herida mortal, 1798, lo que ayuda a cerrar el círculo e identificar a los Estados Unidos de América como el poder que devolvería al papado el control sobre el mundo que aún tiene por perdido.

Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.

**Apocalipsis 13: 11**

Y aquí preséntase otro símbolo. El profeta dice: “vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”. **Apocalipsis 13: 11**. Tanto el aspecto de esta bestia como el modo en que sube indican que la nación que representa difiere de las representadas en los símbolos anteriores. Los grandes reinos que han gobernado al mundo le fueron presentados al profeta Daniel en forma de fieras [animales inmundos], que surgían mientras “los cuatro vientos del cielo combatían en la gran mar”. **Daniel 7: 2**. En **Apocalipsis 17**, un ángel explicó que las aguas representan “pueblos y naciones y lenguas”. **Apocalipsis 17: 15**. Los vientos simbolizan luchas. Los cuatro vientos del cielo que combatían en la gran mar representan los terribles dramas de conquista y revolución por los cuales los reinos alcanzaron el poder.

Pero la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero [animal limpio] “subía de la tierra”. En lugar de derribar a otras potencias para establecerse, la nación así representada debe subir en territorio hasta entonces desocupado, y crecer gradual y pacíficamente. No podía, pues, subir entre las naciones populosas y belicosas del viejo mundo, ese mar turbulento de “pueblos y muchedumbres y naciones y lenguas”. Hay que buscarla en el continente occidental.

¿Cuál era en 1798 la nación del nuevo mundo cuyo poder estuviera entonces desarrollándose, de modo que se anunciara como nación fuerte y grande, capaz de llamar la atención del mundo? La aplicación del símbolo no admite duda alguna. Una nación, y sólo una, responde a los datos y rasgos característicos de esta profecía; no hay duda de que se trata aquí de los Estados Unidos de Norteamérica. Una y otra vez el pensamiento y los términos del autor sagrado han sido empleados inconscientemente por los oradores e historiadores al describir el nacimiento y crecimiento de esta nación. El profeta vio que la bestia “subía de la tierra”; y, según los traductores, la palabra dada aquí por “subía” significa literalmente “crecía o brotaba como una planta”. Y, como ya lo vimos, la nación debe nacer en territorio hasta entonces desocupado. Un escritor notable, al describir el desarrollo de los Estados Unidos, habla del “misterio de su desarrollo de la nada” y dice: “como silenciosa semilla crecimos hasta llegar a ser un imperio”. [George A. Townsend, **The New Compared with the Old, 462**]. Un periódico europeo habló en 1850 de los Estados Unidos como de un imperio maravilloso, que surgía y que “en el silencio de la tierra crecía constantemente en poder y gloria”. [Dublin Nation]. Eduardo Everett, en un discurso acerca de los peregrinos, fundadores de



esta nación, dijo: “¿buscaron un lugar retirado que por su obscuridad resultara inofensivo y seguro en su aislamiento, donde la pequeña iglesia de Leyden pudiese tener libertad de conciencia? ¡He aquí las inmensas regiones sobre las cuales, en pacífica conquista [aunque los indios norteamericanos pueden opinar distinto, es cierto, que la expansión americana no es comparable con la dificultad de las guerras de conquista europeas, como tampoco puede compararse la densidad poblacional de ambos territorios], ... han plantado los estandartes de la cruz!”. **Discurso pronunciado en Plymouth, Massachusetts, el 22 de diciembre de 1824.**

“Y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”. Los cuernos semejantes a los de un cordero [algunos comentaristas han creído ver al bisonte, un animal muy representativo de los Estados Unidos de América, con dos cuernos y con una lana sobre el lomo que podría haber confundido al apóstol que no había visto nunca un animal como este] representan juventud, inocencia y mansedumbre, rasgos del carácter de los Estados Unidos cuando el profeta vio que esa nación “subía” en 1798. Entre los primeros expatriados cristianos que huyeron a América en busca de asilo contra la opresión real y la intolerancia sacerdotal, hubo muchos que resolvieron establecer un gobierno sobre el amplio fundamento de la libertad civil y religiosa [una nación sin rey y sin papa]. Sus convicciones hallaron cabida en la declaración de la independencia que hace resaltar la gran verdad de que “**todos los hombres son creados iguales**”, y poseen derechos inalienables a la “**vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad**”. Y la Constitución garantiza al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo [el principio republicano], y establece que los representantes elegidos por el voto popular promulguen las leyes y las hagan cumplir. Además, fué otorgada la libertad religiosa, y a cada cual se le permitió adorar a Dios según los dictados de su conciencia. El republicanismo y el protestantismo vinieron a ser los principios fundamentales de la nación. Estos principios son el secreto de su poder y de su prosperidad. Los oprimidos y pisoteados de toda la cristiandad se han dirigido a este país con afán y esperanza. Millones han fondeado en sus playas, y los Estados Unidos han llegado a ocupar un puesto entre las naciones más poderosas de la tierra.



Pero la bestia que tenía cuernos como un cordero “**hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en su presencia. Y hace que la tierra y los que en ella habitan, adoren a la bestia primera, cuya herida mortal fué sanada ...diciendo a los que habitan sobre la tierra, que hagan una imagen de la bestia que recibió el golpe de espada, y sin embargo vivió**”. **Apocalipsis 13: 11-14 (VM).**

Los cuernos como de cordero y la voz de dragón del símbolo indican una extraña contradicción entre lo que profesa ser y lo que practica la nación así representada. El “hablar” de la nación son los actos de sus autoridades legislativas y judiciales. Por esos actos la nación desmentirá los principios liberales y pacíficos que expresó como fundamento de su política. La predicción de que hablará “**como dragón**” y ejercerá “**toda la autoridad de la primera bestia**”, anuncia claramente el desarrollo del espíritu de intolerancia y persecución de que tantas pruebas dieran las naciones representadas por el dragón y la bestia semejante al leopardo. Y la declaración de que la bestia con dos cuernos “**hace que la tierra y los que en ella habitan, adoren a la bestia primera**”, indica que la autoridad de esta nación será empleada para imponer alguna observancia en homenaje al papado.

Semejante actitud sería abiertamente contraria a los principios de este gobierno, al genio de sus instituciones libres, a los claros y solemnes reconocimientos contenidos en la declaración de la independencia, y contrarios finalmente a la constitución. Los fundadores de la nación procuraron con acierto que la iglesia no pudiera hacer uso del poder civil, con los consabidos e inevitables resultados: la intolerancia y la persecución. La constitución garantiza que “**el congreso no legislará con respecto al establecimiento de una religión ni prohibirá el libre ejercicio de ella**”, y que “**ninguna manifestación religiosa será jamás requerida como condición de aptitud para ninguna función o cargo público en los Estados Unidos**”. Sólo en flagrante violación de estas garantías de la libertad de la



nación, es cómo se puede imponer por la autoridad civil la observancia de cualquier deber religioso. Pero la inconsecuencia de tal procedimiento no es mayor que lo representado por el símbolo. Es la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero -que profesa ser pura [en contraste con los animales inmundos mencionados], mansa, inofensiva- y que habla como un dragón.

“Diciendo a los que habitan sobre la tierra, que hagan una imagen de la bestia”. Aquí tenemos presentada a las claras una forma de gobierno en el cual el poder legislativo descansa en el pueblo, y ello prueba que los Estados Unidos de Norteamérica constituyen la nación señalada por la profecía.  
**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 492-496**

Otro rasgo permite aún hacer más evidente y clara la identificación de esta bestia con el gigante norteamericano. Cuando en **Apocalipsis 12** se predice la persecución de la iglesia remanente se dice que “la mujer [esto es, la iglesia] huyó al desierto” es decir a un lugar despoblado. Y luego se menciona que “la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”, es decir, este lugar despoblado permitió que el contingente de cristianos que huían de la persecución en Europa encontrara un lugar seguro.

Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

**Apocalipsis 12: 6**

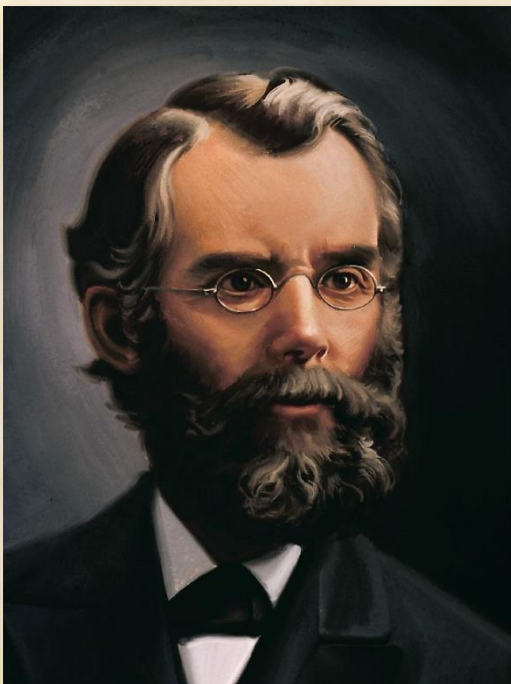
Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.

**Apocalipsis 12: 15, 16**

Es importante notar que los Estados Unidos de América, en la época que **Ellen G. White** escribió **El Conflicto de los Siglos** distaba muchísimo de ser la superpotencia que es hoy. Esto hace que la valiente descripción que hace la Sierva del Señor del futuro de este país pueda ser claramente visto como una profecía cumplida.

Según lo que leí, hace algunos años (por lo que puede haber alguna imprecisión) en el tiempo que Ellen G. White escribía esto los Estados Unidos de América ocupaban la posición 40 en el ranking de los ejércitos mundiales. Parecía entonces una locura suponer que este país de inmigrantes, que aún estaba en guerra con los indios, pudiera ejercer el poder que hoy tiene como una superpotencia con la que nadie puede competir en los campos económicos, industriales y militares.

La posición de superpoder sin rival de los EE.UU., "en la cúspide del sistema internacional", se adapta perfectamente al escenario adventista de los últimos días. Al identificar al cordero de **Apocalipsis 13: 11** como los EE.UU., nuestros pioneros predijeron que en algún momento esta nación llegaría a ser un poder dominante tanto política como militarmente. De lo contrario, ¿cómo se podría imponer "la marca de la bestia" sobre el mundo? Lo que es especialmente sorprendente es que su interpretación fue hecha cuando difícilmente EE.UU. podría haber sido reconocido como un poder en el mundo, mucho menos como un poder dominante.



En 1851, John N. Andrews escribió el primer artículo adventista identificando a la América protestante con ese poder de la bestia.

En la edición de 1884 de **El Conflicto de los Siglos**, Elena de White también hizo referencia a los EE.UU. como aquella bestia. "La imagen de la bestia", escribió ella, "representa otro cuerpo religioso revestido con similar poder. La formación de esta imagen es la obra de esa bestia cuyo surgimiento pacífico y la coexistencia de profesiones de fe tolerantes la convierten tan sorprendentemente en un símbolo de los EE.UU."

Si esta interpretación, en la cual los EE.UU. impondrían la marca de la bestia en el mundo, parecía imposible hace sólo 3 años, ¿cómo podría haber parecido a mediados del 1800, cuando los poderes todavía eran los del Viejo Mundo: Prusia, Austria, Hungría e Inglaterra? En 1851, los EE.UU. tenían un ejército para tiempos de paz de 20.000 hombres, sólo la décima parte de los que combatieron en Waterloo. En 1814 (menos de 40 años antes de que Andrews



escribiera su artículo), los británicos quemaron Washington, DC. En 1876, el general Custer, del 7° Regimiento de Caballería de los EE.UU., fue vencido por los hombres valientes de Toro Sentado. Por lo tanto, 25 años después de la predicción de Andrews, sólo 8 años antes que lo dijera Elena de White, los EE.UU. todavía estaban luchando con los indios. ¿Y esa era la nación que estaba destinada a obligar al mundo a hacer una imagen de la bestia?

Recién en la Primera Guerra Mundial, EE.UU. llegó a ser una fuerza internacional como para ser tenida en cuenta. Sin embargo, aun en 1933, cuando Hitler llegó a ser Führer, EE.UU. sólo tenía el decimosexto ejército del mundo, según el número de sus integrantes; más pequeño que el de España, Turquía o aun el de Polonia. Después de la Segunda Guerra Mundial gozó de una supremacía sin rival, pero no por mucho tiempo, pues la Unión Soviética lo desafió en todos lados, incluso en la lucha por la supremacía del espacio. En la década de 1950, los norteamericanos se aterrorizaron porque Rusia hacía dar vueltas en órbita a satélites encima de sus cabezas mientras, como Tom Wolfe escribía en *The Right Stuff*, "los cohetes americanos siempre explotaban".

Una vez que la Unión Soviética se convirtió en una super potencia a la par de los EE.UU., era difícil ver cómo Norteamérica podría llegar a cumplir su papel profético. Si a causa del poderío militar de los soviéticos, los EE.UU. no podían echar a los comunistas de Polonia, ¿cómo podrían imponer una marca particular en un asunto de religión sobre el mundo? De hecho, ahora, todas las cosas han cambiado. Los comunistas están en retirada en Moscú, sin mencionar a Polonia. A pesar de la victoria de los reformadores, es un poder política, militar y económicamente liquidado, que lo hace dependiente de Occidente, y especialmente de los EE.UU. Como resultado, este país está en una posición más poderosa para ejercer influencia geopolítica en cualquier lugar.

"Los EE.UU.", escribió el corresponsal Jim Hoagland en el *Washington Post*, "ahora podría determinar todos los acontecimientos más importantes del planeta".

"El significado del Nuevo Orden Mundial", escribió Krauthammer, "es la afirmación de los intereses y valores de los EE.UU. en el mundo".

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 162-164**

Resulta impresionante pensar en el poder de anticipación en temas geopolíticos de nuestros pioneros si hubieran dependido de su capacidad para ver el desarrollo de las naciones. Pero la realidad es que se basaron en las Escrituras y en la revelación del Dios a través del Espíritu de Profecía. Marvin Moore también relaciona **Apocalipsis 12** y **13** para identificar a los Estados Unidos como la bestia que surge en la tierra, estableciendo que esta nación es también la que salvó a la iglesia de la persecución.

**Daniel**, el profeta del Antiguo Testamento, nos habló de una visión en la que Dios le mostró cuatro grandes bestias que surgían del mar. Como hicimos notar... estas cuatro bestias representan cuatro reinos. La mayoría de los cristianos concuerda con que estos cuatro reinos fueron Babilonia, [Medo-]Persia, Grecia y Roma. Esta es la cuestión: una bestia en la profecía bíblica representa un reino o una nación.

**Apocalipsis 13** habla de dos bestias. A la primera ya la identificamos como la Iglesia Católica Romana. Aunque la mayoría de las personas piensan en el catolicismo principalmente como una religión, es apropiado pensar en él también como una nación o un poder político. Aunque pequeño, el Vaticano es una nación reconocida como tal y que cuenta con embajadores en más de 150 naciones. Y la influencia política de Roma en el mundo actual se extiende mucho más allá de lo que la mayoría de la gente se imagina.

Entonces, ¿a qué nación representa la segunda bestia de **Apocalipsis 13**? Debe cumplir con varias condiciones. Un poder del tiempo del fin. Lo más obvio es que debe existir en el tiempo del fin. La marca de la bestia, que hace cumplir la segunda bestia de **Apocalipsis 13**, es un fenómeno del tiempo del fin. Por lo tanto, el poder que hace cumplir sus designios debe ser un poder político del tiempo del fin. Poder político mundial. La nación representada por la segunda bestia también debe tener poder político mundial, porque "engaña a los moradores de la tierra" (versículo **14**). Una nación cristiana. Observe también que cuando esta segunda bestia surge, tiene "dos cuernos semejantes a los de un cordero" (versículo **11**). En **Apocalipsis**, el cordero siempre es símbolo de Jesucristo. Sin embargo, aquí no representa a Jesús mismo, sino a una entidad que es semejante a un cordero. La nación representada por esta bestia debe tener las características de Jesús. Debe ser una nación cristiana.

En el continente norteamericano. Hagamos un pequeño desvío hacia **Apocalipsis 12**, donde encontraremos una clave sumamente significativa para identificar a la segunda bestia de **Apocalipsis 13**. El capítulo **12** comienza con Jesús y Satanás (el dragón) en conflicto desde el momento del nacimiento de Jesús hasta que ascendió al cielo luego de su resurrección. Cuando Satanás vio que ya no podía perseguir más a Cristo, comenzó a perseguir a su pueblo. Los primeros



trecientos años de la religión cristiana fueron un tiempo de intensa persecución por parte del Imperio Romano. Sin embargo, **Apocalipsis** parece estar más interesado en la persecución posterior de los cristianos por parte de la iglesia cristiana misma, porque dice que la mujer (la iglesia) sería perseguida durante 1.260 días o años. Esta es una referencia clara a la persecución que hizo la iglesia medieval contra los disidentes y que fue predicha por **Daniel** (véase **Daniel 7: 25...**). Este período de 1.260 años comenzó en el año 538 DC y continuó hasta 1798. Este es el lapso aproximado durante el cual la Iglesia Católica Romana fue una importante influencia política en Europa.

Observe ahora **Apocalipsis 12: 15, 16**:

“Y la serpiente [el dragón o Satanás] arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”.



Los adventistas creemos que el río que el dragón arrojó de su boca para arrastrar a la mujer representa a la Inquisición y a persecuciones similares que soportaron los disidentes durante la Edad Media. Y creemos que la tierra que ayudó a la mujer al abrir su boca y tragar el río que el dragón había arrojado representa el descubrimiento del Nuevo Mundo, que proveyó a los disidentes de Europa un lugar al cual escapar y en el cual tendrían libertad religiosa. Los Estados Unidos y Canadá son las únicas naciones del Nuevo Mundo que han ofrecido históricamente un refugio de

tolerancia religiosa para todas las personas. Al sur del Río Grande, las Américas han sido dominadas desde el comienzo de la colonización por la Iglesia Católica Romana, el mismo instrumento que fuera el poder persecuidor del cual los protestantes estaban tratando de escapar. Es así como Norteamérica, con excepción de México, es la tierra indicada por la profecía.

Volvamos ahora a **Apocalipsis 13** y leamos lo que dice acerca del origen de la segunda bestia: “después vi otra bestia que subía de la tierra”.

Comparemos las dos referencias de **Apocalipsis 12 y 13** a “la tierra”:

“Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río” (**Apocalipsis 12: 16**). “Después vi otra bestia que subía de la tierra” (**Apocalipsis 13: 11**).

Notemos que la tierra que ayudó a la mujer de **Apocalipsis 12** es la misma tierra de la cual surgió la segunda bestia del capítulo **13**, Norteamérica.

Hasta aquí hemos examinado cinco características de la segunda bestia de **Apocalipsis 13**. Reunémoslas:

1. Por cuanto es una bestia, debe representar a una nación.
2. Por cuanto hará valer la marca de la bestia, debe ser una nación del tiempo del fin.
3. Por cuanto engañará a los habitantes de la tierra, debe tener un poder político mundial.
4. Por cuanto tiene dos cuernos semejantes a los de un cordero (símbolo de Jesús), debe ser una nación cristiana.
5. Podemos esperar que surja del Nuevo Mundo, especialmente de Norteamérica, que brindó a los cristianos europeos libertad de la persecución.

Esta interpretación de la segunda bestia de **Apocalipsis 13** ha llevado a los adventistas durante 150 años a identificarla como los Estados Unidos de Norteamérica. Aun si dejamos fuera la quinta característica, los Estados Unidos es la única nación cristiana de la tierra que tiene ahora, en el tiempo del fin, un poder político mundial.

Observe, sin embargo, que aunque esta bestia tiene dos cuernos como de cordero, hablará como un dragón. Es decir que en algún momento de su historia dejará de ser una bestia semejante a un cordero y se convertirá en una bestia semejante al dragón. **Apocalipsis** muestra claramente



que en su fase de semejanza al dragón perseguirá al pueblo de Dios. Esa es la razón por la cual los adventistas han dicho a lo largo de su historia que los Estados Unidos se convertirán finalmente en un poder perseguidor.

Observe también que esta bestia cooperará muy estrechamente con la primera bestia; tan íntimamente que establecerá una imagen de la primera bestia (véase el versículo **14**). Si la segunda bestia es en verdad Estados Unidos, como sostienen los adventistas del séptimo día, y si la primera bestia representa el poder político de la Iglesia Católica Romana, entonces podemos esperar que Estados Unidos coopere con la Iglesia Católica Romana para hacer cumplir sus dogmas religiosos.

Eso es exactamente lo que los adventistas han dicho que sucederá algún día. Elena de White fue muy clara en relación con este punto:

“La religión del papado será aceptada por los gobernantes [de los Estados Unidos], y se invalidará la ley de Dios” **Elena G. de White, Manuscritos liberados, Tomo 7, 192**. “Estados Unidos, el país de la libertad religiosa, [se] unirá con el papado para forzar la conciencia” **Elena G. de White, Joyas de los testimonios, Tomo 2, 373**. ¿Le parece extraño que el gobierno de los Estados Unidos coopere realmente con la Iglesia Católica Romana para hacer cumplir sus doctrinas singulares?

Ya está ocurriendo.

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 85-89**

## 6.9. La imagen y la marca de la bestia

Está muy claro en la secuencia profética de **Apocalipsis 13** que esta poderosa bestia que surge de la tierra apoyará al papado en su propósito de doblegar las conciencias y para aceptar los principios del catolicismo en una nación fundada bajo los principios del protestantismo. Para esto evidentemente deberá abjurar de los principios de libertad religiosa que siempre ha sostenido, y usar el poder de la tecnología y la economía, además del poder militar, para sostener la causa del papado. Pensamos que uno de los puntos de coincidencia entre estos poderes será la exaltación del domingo, la marca de la bestia, como un día de descanso de la tierra, de la que tantos parecen preocuparse.

Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.

**Apocalipsis 13: 12, 13**

¿Pero qué es la “imagen de la bestia”? ¿Y cómo se la formará? La imagen es hecha por la bestia de dos cuernos y es una imagen de la primera bestia. Así que para saber a qué se asemeja la imagen y cómo será formada, debemos estudiar los rasgos característicos de la misma bestia: el papado.

Cuando la iglesia primitiva se corrompió al apartarse de la sencillez del Evangelio y al aceptar costumbres y ritos paganos, perdió el Espíritu y el poder de Dios; y para dominar las conciencias buscó el apoyo del poder civil. El resultado fué el papado, es decir, una iglesia que dominaba el poder del estado y se servía de él para promover sus propios fines y especialmente para extirpar la “herejía”. Para que los Estados Unidos formen una imagen de la bestia, el poder religioso debe dominar de tal manera al gobierno civil que la autoridad del estado sea empleada también por la iglesia para cumplir sus fines.

Siempre que la iglesia alcanzó el poder civil, lo empleó para castigar a los que no admitían todas sus doctrinas. Las iglesias protestantes que siguieron las huellas de Roma al aliarse con los poderes mundanos manifestaron el mismo deseo de restringir la libertad de conciencia. Ejemplo de esto lo tenemos en la larga persecución de los disidentes por la iglesia de Inglaterra. Durante los Siglos XVI y XVII miles de ministros no conformistas fueron obligados a abandonar sus iglesias, y a muchos pastores y feligreses se les impusieron multas, encarcelamientos, torturas y el martirio.

Fué la apostasía lo que indujo a la iglesia primitiva a buscar la ayuda del gobierno civil, y esto preparó el camino para el desarrollo del papado, simbolizado por la bestia. San Pablo lo predijo al anunciar que vendría “la apostasía”, y sería “revelado el hombre de pecado”. **2 Tesalonicenses 2: 3 (VM)**. De modo que la apostasía en la iglesia preparará el camino para la imagen de la bestia.

La Biblia declara que antes de la venida del Señor habrá un estado de decadencia religiosa análoga a la de los primeros siglos. “En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores,





incontinentes, fieros, aborrecedores de los que son buenos, traidores, protervos, hinchados de orgullo, amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella”. **2 Timoteo 3: 1-5 (VM)**. “Empero el Espíritu dice expresamente, que en tiempos venideros algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores, y a enseñanzas de demonios”. **1 Timoteo 4: 1 (VM)**. Satanás obrará “con todo poder, y con señales, y con maravillas mentirosas, y con todo el artificio de la injusticia”. Y todos los que “no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos”, serán dejados para que acepten “operación de error, a fin de que crean a la mentira”. **2 Tesalonicenses 2: 9-11 (VM)**. Cuando se haya llegado a este estado de impiedad, se verán los mismos resultados que en los primeros siglos.

Muchos consideran la gran diversidad de creencias en las iglesias protestantes como prueba terminante de que nunca se procurará asegurar una uniformidad forzada. Pero desde hace años se viene notando entre las iglesias protestantes un poderoso y creciente sentimiento en favor de una unión basada en puntos comunes de doctrina. Para asegurar tal unión, debe necesariamente evitarse toda discusión de asuntos en los cuales no todos están de acuerdo, por importantes que sean desde el punto de vista bíblico.

Carlos Beecher [1815-1900, ministro, compositor de himnos y prolífico autor americano, hermano de Harriet Beecher Stowe, abolicionista y autora del famoso libro “La Cabaña del Tío Tom”], en un sermón predicado en 1846, declaró que el pastorado de “las denominaciones evangélicas protestantes no está formado sólo bajo la terrible presión del mero temor humano, sino que vive, y se mueve y respira en una atmósfera radicalmente corrompida y que apela a cada instante al elemento más bajo de su naturaleza para tapan la verdad y doblar la rodilla ante el poder de la apostasía. ¿No pasó así con la iglesia romana? ¿No estamos reviviendo su vida? ¿Y qué es lo que vemos por delante? ¡Otro concilio general! ¡Una convención mundial! ¡Alianza evangélica y credo universal!”. Sermón, “The Bible a Sufficient Creed”, pronunciado en Fort Wayne, Indiana, el 22 de febrero de 1846. Cuando se haya logrado esto, en el esfuerzo para asegurar completa uniformidad, sólo faltará un paso para apelar a la fuerza.

Cuando las iglesias principales de los Estados Unidos, uniéndose en puntos comunes de doctrina, influyan sobre el estado para que imponga los decretos y las instituciones de ellas, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana, y la inflicción de penas civiles contra los disidentes vendrá de por sí sola.

La bestia de dos cuernos “hace [ordena] que todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos, tengan una marca sobre su mano derecha, o sobre su frente; y que nadie pueda comprar o vender, sino aquel que tenga la marca, es decir, el nombre de la bestia o el número de su nombre”. **Apocalipsis 13: 16, 17 (VM)**. La amonestación del tercer ángel es: “¡si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente, o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios!” “La bestia” mencionada en este mensaje, cuya adoración es impuesta por la bestia de dos cuernos, es la primera bestia, o sea la bestia semejante a un leopardo, de **Apocalipsis 13**, el papado. La “imagen de la bestia” representa la forma de protestantismo apóstata que se desarrollará cuando las iglesias protestantes busquen la ayuda del poder civil para la imposición de sus dogmas. Queda aún por definir lo que es “la marca de la bestia”.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 496-498**

Aunque parece un contrasentido histórico que la tierra de libertad, que acunó a la naciente iglesia que escapaba de la persecución europea, se convierta en el soporte principal del “hombre de pecado”, las evidencias bíblicas son más que convincentes. Ellen G. White dice “que esta profecía se cumplirá cuando los Estados Unidos hagan obligatoria la observancia del domingo, que Roma declara ser el signo característico de su supremacía”. La presión hoy que se ejerce sobre el tema climático y la encíclica (Laudato Si’ del papa Francisco de mayo del 2015) que demanda por un día de descanso a la tierra abren una posibilidad cercana de que esto ocurra, cuando hace algunos años parecía un imposible. Por otro lado, los Estados Unidos tiene como aliados a los países más importantes, ricos e influyentes del mundo; países que lo han seguido en sus conflictos bélicos y las presiones económicas. No me cabe duda de que si los Estados Unidos toman esta decisión, el mundo, sin dudarlo, lo seguirá. Para el tema del domingo, el protestantismo que ha apostatado será el soporte de la iglesia romana.

La profecía del capítulo 13 del **Apocalipsis** declara que el poder representado por la bestia de cuernos semejantes a los de un cordero haría “que la tierra y los que en ella habitan” adorasen al papado -que está simbolizado en ese capítulo por una bestia “parecida a un leopardo”. La bestia de dos cuernos dirá también “a los que habitan sobre la tierra, que hagan una imagen de la bestia”; y además mandará que “todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos”, tengan la marca de la bestia. **Apocalipsis 13: 11-16 (VM)**. Se ha demostrado que los Estados Unidos de Norteamérica son el poder representado por la bestia de dos cuernos semejantes a los de un cordero, y que esta profecía se cumplirá cuando los Estados Unidos hagan obligatoria la



observancia del domingo, que Roma declara ser el signo característico de su supremacía. Pero los Estados Unidos no serán los únicos que rindan homenaje al papado. La influencia de Roma en los países que en otro tiempo reconocían su dominio, dista mucho de haber sido destruida. Y la profecía predice la restauración de su poder. “Y vi una de sus cabezas como si hubiese sido herida de muerte; y su herida mortal fué sanada; y toda la tierra maravillóse, yendo en pos de la bestia”. Versículo **3 (VM)**. La herida mortal que le fué ocasionada se refiere a la caída del papado en 1798. Después de eso, dice el profeta, “su herida mortal fué sanada; y toda la tierra maravillóse, yendo en pos de la bestia”. San Pablo dice claramente que el hombre de pecado subsistirá hasta el segundo advenimiento. **2 Tesalonicenses 2: 8**. Proseguirá su obra de engaño hasta el mismo fin del tiempo, y el revelador declara refiriéndose también al papado: “todos los que moran en la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida”. **Apocalipsis 13: 8**. Tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo se le tributará homenaje al papado por medio del honor que se conferirá a la institución del domingo, la cual descansa únicamente sobre la autoridad de la iglesia romana.

Desde mediados del Siglo XIX, los que estudian la profecía en los Estados Unidos han presentado este testimonio ante el mundo. En los acontecimientos que están desarrollándose en la actualidad, especialmente en dicho país, se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de dichas predicciones. Los maestros protestantes presentan los mismos asertos de autoridad divina en favor de la observancia del domingo y adolecen de la misma falta de evidencias bíblicas que los dirigentes papales cuando fabricaban milagros para suplir la falta de un mandamiento de Dios. Se repetirá el aserto de que los juicios de Dios caerán sobre los hombres en castigo por no haber observado el domingo como día de reposo. Ya se oyen voces en este sentido. Y un movimiento en favor de la observancia obligatoria del domingo está ganando cada vez más terreno.

La sagacidad y astucia de la iglesia romana asombran. Puede leer el porvenir. Se da tiempo viendo que las iglesias protestantes le están rindiendo homenaje con la aceptación del falso día de reposo y que se preparan a imponerlo con los mismos medios que ella empleó en tiempos pasados. Los que rechazan la luz de la verdad buscarán aún la ayuda de este poder que se titula infalible, a fin de exaltar una institución que debe su origen a Roma. No es difícil prever cuán apresuradamente ella acudirá en ayuda de los protestantes en este movimiento. ¿Quién mejor que los jefes papistas para saber cómo enténderselas con los que desobedecen a la iglesia?

La iglesia católica romana, con todas sus ramificaciones en el mundo entero, forma una vasta organización dirigida por la sede papal, y destinada a servir los intereses de ésta. Instruye a sus millones de adeptos en todos los países del globo, para que se consideren obligados a obedecer al papa. Sea cual fuere la nacionalidad o el gobierno de éstos, deben considerar la autoridad de la iglesia como por encima de todas las demás. Aunque juren fidelidad al estado, siempre quedará en el fondo el voto de obediencia a Roma que los absuelve de toda promesa contraria a los intereses de ella.

La historia prueba lo astuta y persistente que es en sus esfuerzos por inmiscuirse en los asuntos de las naciones, y para favorecer sus propios fines, aun a costa de la ruina de príncipes y pueblos, una vez que logró entrar. En el año 1204, el papa Inocencio III arrancó de Pedro II, rey de Aragón, este juramento extraordinario: “yo, Pedro, rey de los aragoneses, declaro y prometo ser siempre fiel y obediente a mi señor, el papa Inocencio, a sus sucesores católicos y a la iglesia romana, y conservar mi reino en su obediencia, defendiendo la religión católica y persiguiendo la perversidad herética”. [John G. Dowling, *The History of Romanism*, Libro 5, capítulo 6, sección 55]. Esto está en armonía con las pretensiones del pontífice romano con referencia al poder, de que “él tiene derecho de deponer emperadores” y de que “puede desligar a los súbditos de la lealtad debida a gobernantes perversos”. [John Laurence Von Mosheim, *Institutes of Ecclesiastical History*, Libro 3, Siglo XI, Parte 2, capítulo 2, nota 17]...

Y téngase presente que Roma se jacta de no variar jamás. Los principios de Gregorio VII y de Inocencio III son aún los principios de la iglesia católica romana; y si sólo tuviese el poder, los pondría en vigor con tanta fuerza hoy como en siglos pasados. Poco saben los protestantes lo que están haciendo al proponerse aceptar la ayuda de Roma en la tarea de exaltar el domingo. Mientras ellos tratan de realizar su propósito, Roma tiene su mira puesta en el restablecimiento de su poder, y tiende a recuperar su supremacía perdida. Establézcase en los Estados Unidos el principio de que la iglesia puede emplear o dirigir el poder del estado; que las leyes civiles pueden hacer obligatorias las observancias religiosas; en una palabra, que la autoridad de la iglesia con la del estado debe dominar las conciencias, y el triunfo de Roma quedará asegurado en la gran República de la América del Norte.

La Palabra de Dios ha dado advertencias respecto a tan inminente peligro; descuide estos avisos y el mundo protestante sabrá cuáles son los verdaderos propósitos de Roma, pero ya será tarde para salir de la trampa. Roma está aumentando sigilosamente su poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las cámaras legislativas, en las iglesias y en los corazones de los



hombres. Ya está levantando sus soberbios e imponentes edificios en cuyos secretos recintos reanudará sus antiguas persecuciones. Está acumulando ocultamente sus fuerzas y sin despertar sospechas para alcanzar sus propios fines y para dar el golpe en su debido tiempo. Todo lo que Roma desea es asegurarse alguna ventaja, y ésta ya le ha sido concedida. Pronto veremos y palparemos los propósitos del romanismo. Cualquiera que crea u obedezca a la Palabra de Dios incurrirá en oprobio y persecución.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 635-638**

En la cita siguiente el autor analiza las posibles objeciones a que los Estados Unidos se convierta en un perseguidor en el tiempo del fin y como la “imagen de la bestia” representa al protestantismo que ha apostatado de los principios y se unirá al papado en la persecución final. La identificación se da en base a cómo el protestantismo ha girado para asemejarse al romanismo.

Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase. Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

**Apocalipsis 13: 14-18**

**Apocalipsis 13** habla de dos bestias, y ambas perseguirán al pueblo de Dios en el tiempo del fin. Habla también de una tercera entidad, la imagen de la primera bestia, que también perseguirá al pueblo de Dios. He aquí lo que dice **Apocalipsis** acerca de la imagen: “después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón... mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase” (**Apocalipsis 13: 11, 14, 15**).

Los adventistas han entendido tradicionalmente la imagen de la bestia como el protestantismo norteamericano en los días finales de la historia de la tierra. Hemos llegado a esta conclusión por dos razones.

¿A qué se parece? En primer lugar, podemos identificar una imagen por medio de aquello a lo que se asemeja. En **Apocalipsis 13** la imagen es la semejanza de la primera bestia: “mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió” (**Apocalipsis 13: 14**...). Resaltan dos características de la primera bestia:

1. Es un poder religioso-político.
2. Es un poder perseguidor.

Para ser una verdadera imagen, la imagen de la primera bestia tendría que ser distinta de la primera bestia; sin embargo, debe ser igual que ella en por lo menos estas dos características.

¿Quién la instituye? También podemos identificar la imagen de la bestia sabiendo quién la erige. La Biblia dice que la instituye la segunda bestia de **Apocalipsis 13**. Si esta bestia representa a los Estados Unidos, como han dicho los adventistas, entonces la imagen será levantada por los Estados Unidos. Y si la imagen es un poder religioso, entonces parecen lógicas otras dos conclusiones:

3. La religión de la imagen será similar a la de la primera bestia, puesto que se parece a la primera bestia; y sin embargo, para poder ser una imagen y no el modelo real, debe ser diferente de la religión de la primera bestia.
4. La religión de la imagen tendría que ser lógicamente igual que la religión dominante del poder que la instituye.

Dados estos cuatro criterios, y dada nuestra comprensión de la segunda bestia de Apocalipsis como los Estados Unidos, los adventistas no tienen problemas en identificar la imagen. El protestantismo es la religión dominante de este país (criterio número 4), y es parecido al catolicismo romano porque también es cristiano; pero difiere por cuanto es protestante (criterio número 3).

Hasta aquí vamos bien. Sin embargo, cuando repasamos los primeros dos criterios, estos no se ajustan al protestantismo histórico norteamericano. En primer lugar, para ser una imagen de la primera bestia de **Apocalipsis 13**, el protestantismo norteamericano tendría que ser político, pero históricamente ha sido apolítico [vea por favor el acápite “Las hijas de la ramera” en el material



complementario para ver cómo las cosas han cambiado]. Y en segundo lugar, el protestantismo norteamericano nunca ha sido un poder perseguidor; sin embargo, la persecución es uno de los requisitos más importantes de cualquier entidad que sea imagen de la primera bestia. Estas diferencias entre el protestantismo norteamericano y la bestia perseguidora de **Apocalipsis 13: 1-10** llevaron a uno de nuestros oponentes de hace cien años atrás a objetar que...

“...nada puede ser más absurdo que su interpretación [la de los adventistas] de los acontecimientos actuales, y especialmente su creencia de que nuestro gobierno federal y los gobiernos estatales están por convertirse en fuentes de persecución religiosa y despotismo”.

“Un cambio tal sería un milagro mayor que si Dios hiciera crecer en un instante un roble gigantesco”.

Esa es una objeción razonable, dada la tolerancia histórica del protestantismo hacia otras religiones en este país. No obstante, a pesar de la aparente incongruencia, los adventistas nunca han abandonado su idea de que la imagen de la primera bestia de **Apocalipsis 13** es el protestantismo norteamericano. Sin embargo, no decimos que la imagen de la bestia es sólo el protestantismo norteamericano. Creemos que es una unión del protestantismo con un gobierno secular para hacer cumplir las leyes religiosas. Las siguientes declaraciones de Elena de White son típicas de lo que ha sido nuestro pensamiento desde la década de 1850:

“Cuando las iglesias protestantes se unan con el poder secular para... poner en vigor los decretos y sostener las instituciones de la iglesia, entonces la protestante Norteamérica habrá formado una imagen del papado y habrá una apostasía nacional que sólo concluirá en la ruina nacional” **Ellen G. White, Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7, 987.**

“Cuando las iglesias principales de los Estados Unidos, uniéndose en puntos comunes de doctrina, influyan sobre el estado para que imponga los decretos y las instituciones de ellas, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana, y la aplicación de penas civiles contra los disidentes vendrá por sí sola” **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 498.**

La pregunta es: ¿por qué han insistido los adventistas durante 150 años en que la imagen de la bestia es el protestantismo norteamericano, cuando esta conclusión parecía tan contraria a los hechos de la historia del protestantismo norteamericano? Tenga en mente que nunca dijimos que el protestantismo norteamericano histórico era la imagen de la bestia. **Apocalipsis 13** es una profecía relativa al fin del tiempo, antes de la segunda venida de Cristo. El protestantismo norteamericano se volverá político y perseguidor.

Sorprendentemente, aquello que hemos predicho durante estos 150 años, que parecía tan absurdo durante casi todo este tiempo, ahora está ocurriendo.

Digo esto con confianza, sin temor a contradecirme, debido a tres acontecimientos nuevos que han ocurrido en la vida religiosa de este país durante los últimos diez o quince años. En primer lugar, un importante segmento del protestantismo norteamericano está empeñado en una guerra implacable en relación con el principio fundamental de la separación de la Iglesia y el Estado. En segundo término, este mismo segmento del protestantismo norteamericano ha quedado profundamente entrampado en el proceso político. Y en tercer lugar, este elemento dentro del protestantismo norteamericano está demostrando muchas de las actitudes y de los puntos de agenda que son comunes a aquellas religiones fundamentalistas que persiguen a los disidentes.

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 91-94**

La pugna entre el sello de Dios, que es el Sábado y “**la marca de la bestia**” que es el domingo será clave para el tiempo final, y como ya estudiamos en el tratado sobre el sellamiento, diferenciará a los salvados de los perdidos en el tiempo final. La posición del protestantismo estadounidense será clave.

Después de amonestar contra la adoración de la bestia y de su imagen, la profecía dice: “**aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús**”. En vista de que los que guardan los mandamientos de Dios están puestos así en contraste con los que adoran la bestia y su imagen y reciben su marca, se deduce que la observancia de la ley de Dios, por una parte, y su violación, por la otra, establecen la distinción entre los que adoran a Dios y los que adoran a la bestia.

El rasgo más característico de la bestia, y por consiguiente de su imagen, es la violación de los mandamientos de Dios. **Daniel** dice del cuerno pequeño, o sea del papado: “**pensará en mudar los tiempos y la ley**”. **Daniel 7: 25.** Y San Pablo llama al mismo poder el “**hombre de pecado**”, que había de ensalzarse sobre Dios. Una profecía es complemento de la otra. Sólo adulterando la ley de



Dios podía el papado elevarse sobre Dios; y quienquiera que guardase a sabiendas la ley así adulterada daría honor supremo al poder que introdujo el cambio. Tal acto de obediencia a las leyes papales sería señal de sumisión al papa en lugar de sumisión a Dios.

El papado intentó alterar la ley de Dios. El segundo mandamiento, que prohíbe el culto de las imágenes, ha sido borrado de la ley, y el cuarto mandamiento ha sido adulterado de manera que autorice la observancia del primer día en lugar del séptimo como día de reposo. Pero los papistas aducen para justificar la supresión del segundo mandamiento, que éste es inútil puesto que está incluido en el primero, y que ellos dan la ley tal cual Dios tenía propuesto que fuese entendida. Este no puede ser el cambio predicho por el profeta. Se trata de un cambio intencional y deliberado: **“pensará en mudar los tiempos y la ley”**. El cambio introducido en el cuarto mandamiento cumple exactamente la profecía. La única autoridad que se invoca para dicho cambio es la de la iglesia. Aquí el poder papal se ensalza abiertamente sobre Dios.

Mientras los que adoran a Dios se distinguirán especialmente por su respeto al cuarto mandamiento -ya que éste es el signo de su poder creador y el testimonio de su derecho al respeto y homenaje de los hombres, los adoradores de la bestia se distinguirán por sus esfuerzos para derribar el monumento recordativo del Creador y ensalzar lo instituido por Roma. Las primeras pretensiones arrogantes del papado fueron hechas en favor del domingo... y la primera vez que recurrió al poder del estado fué para imponer la observancia del domingo como **“día del Señor”**. Pero la Biblia señala el séptimo día, y no el primero, como día del Señor. Cristo dijo: **“el Hijo del hombre es Señor aun del sábado”**. El cuarto mandamiento declara que: **“el día séptimo es día de descanso [margen, sábado], consagrado a Jehová”**. Y por boca del profeta Isaías el Señor lo llama: **“mi día santo”**. **Marcos 2: 28; Éxodo 20: 10; Isaías 58: 13 (VM)**.

El aserto, tantas veces repetido, de que Cristo cambió el día de reposo, está refutado por sus propias palabras. En su sermón sobre el monte, dijo: **“no penséis que vine a invalidar la Ley, o los Profetas: no vine a invalidar, sino a cumplir. Porque en verdad os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que el todo sea cumplido. Por tanto cualquiera que quebrantare uno de estos más mínimos mandamientos, y enseñare a los hombres así, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos: mas cualquiera que los hiciere y enseñare será llamado grande en el reino de los cielos”**. **Mateo 5: 17-19 (VM)**.

Es un hecho generalmente admitido por los protestantes, que las Sagradas Escrituras no autorizan en ninguna parte el cambio del día de reposo. Esto se confirma en publicaciones de la Sociedad Americana de Tratados y la Unión Americana de Escuelas Dominicales. Una de estas obras reconoce **“que el Nuevo Testamento no dice absolutamente nada en cuanto a un mandamiento explícito en favor del día de reposo, o a reglas definidas relativas a su observancia”**. **[George Elliott, The Abiding Sabbath, 184]**

Otra dice: **“hasta la época de la muerte de Cristo, ningún cambio se había hecho en cuanto al día”; y, “por lo que se desprende del relato bíblico, los apóstoles no dieron ...mandamiento explícito alguno que ordenara el abandono del séptimo día, sábado, como día de reposo, ni que se lo observara en el primer día de la semana”**. **[Albert E. Waffle, The Lord’s Day, 186-188]**.

Los católicos romanos reconocen que el cambio del día de descanso fué hecho por su iglesia, y declaran que al observar el domingo los protestantes reconocen la autoridad de ella. En el Catecismo Católico de la Religión Cristiana, al contestar una pregunta relativa al día que se debe guardar en obediencia al cuarto mandamiento, se hace esta declaración: **“bajo la ley antigua, el sábado era el día santificado; pero la iglesia, instruida por Jesucristo y dirigida por el Espíritu de Dios, substituyó el sábado por el domingo; de manera que ahora santificamos el primer día y no el séptimo. Domingo significa día del Señor, y es lo que ha venido a ser”**.

Como signo de la autoridad de la iglesia católica, los escritores católicos citan **“el acto mismo de cambiar el sábado al domingo, cambio en que los protestantes consienten ...porque al guardar estrictamente el domingo, ellos reconocen el poder de la iglesia para ordenar fiestas y para imponerlas so pena de incurrir en pecado”**. **[Henry Tuberville, An Abridgement of the Christian Doctrine, 58]**. ¿Qué es, pues, el cambio del día de descanso, sino el signo o marca de la autoridad de la iglesia romana, **“la marca de la bestia”**? [Si desea más citas como estas vea mi tratado sobre el sábado donde se incluye el reconocimiento de este hecho por las iglesias protestantes].

La iglesia romana no ha renunciado a sus pretensiones a la supremacía; y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de descanso creado por ella, mientras rechazan el día de descanso de la Biblia, acatan en la práctica las tales pretensiones. Pueden apelar a la autoridad de la tradición y de los padres para apoyar el cambio; pero al hacerlo pasan por alto el principio mismo que los separa de Roma, es a saber, que **“la Biblia, y la Biblia sola es la religión de los protestantes”**. Los papistas pueden ver que los protestantes se están engañando a sí mismos, al cerrar



voluntariamente los ojos ante los hechos del caso. A medida que gana terreno el movimiento en pro de la observancia obligatoria del domingo, ellos se alegran en la seguridad de que ha de concluir por poner a todo el mundo protestante bajo el estandarte de Roma.

Los romanistas declaran que “la observancia del domingo por los protestantes es un homenaje que rinden, mal de su grado, a la autoridad de la iglesia [católica]”. [Mons. de Segur, **Plain Talk About the Protestantism of Today, 213**]. La imposición de la observancia del domingo por parte de las iglesias protestantes es una imposición de que se adore al papado, o sea la bestia. Los que, comprendiendo las exigencias del cuarto mandamiento, prefieren observar el falso día de reposo en lugar del verdadero, rinden así homenaje a aquel poder, el único que ordenó su observancia. Pero por el mismo hecho de imponer un deber religioso con ayuda del poder secular, las mismas iglesias estarían elevando una imagen a la bestia; de aquí que la imposición de la observancia del domingo en los Estados Unidos equivaldría a imponer la adoración de la bestia y de su imagen.

Pero los cristianos de las generaciones pasadas observaron el domingo creyendo guardar así el día de descanso bíblico; y ahora hay verdaderos cristianos en todas las iglesias, sin exceptuar la católica romana, que creen honradamente que el domingo es el día de reposo divinamente instituido. Dios acepta su sinceridad de propósito y su integridad. Pero cuando la observancia del domingo sea impuesta por la ley, y que el mundo sea ilustrado respecto a la obligación del verdadero día de descanso, entonces el que transgrediere el mandamiento de Dios para obedecer un precepto que no tiene mayor autoridad que la de Roma, honrará con ello al papado por encima de Dios: rendirá homenaje a Roma y al poder que impone la institución establecida por Roma: adorará la bestia y su imagen. Cuando los hombres rechacen entonces la institución que Dios declaró ser el signo de su autoridad, y honren en su lugar lo que Roma escogió como signo de su supremacía, ellos aceptarán de hecho el signo de la sumisión a Roma, “la marca de la bestia”. Y sólo cuando la cuestión haya sido expuesta así a las claras ante los hombres, y ellos hayan sido llamados a escoger entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres, será cuando los que perseveren en la transgresión recibirán “la marca de la bestia”.

La más terrible amenaza que haya sido jamás dirigida a los mortales se encuentra contenida en el mensaje del tercer ángel. Debe ser un pecado horrendo el que atrae la ira de Dios sin mezcla de misericordia. Los hombres no deben ser dejados en la ignorancia tocante a esta importante cuestión; la amonestación contra este pecado debe ser dada al mundo antes que los juicios de Dios caigan sobre él, para que todos sepan por qué deben consumarse, y para que tengan oportunidad para librarse de ellos. La profecía declara que el primer ángel hará su proclamación “a cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo”. El aviso del tercer ángel, que forma parte de ese triple mensaje, no tendrá menos alcance. La profecía dice de él que será proclamado en alta voz por un ángel que vuela por medio del cielo; y llamará la atención del mundo [si desea, por favor revise el tratado sobre el sellamiento donde se incluye el tema sobre el fuerte pregón].

Al final de la lucha, toda la cristiandad quedará dividida en dos grandes categorías: la de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y la de los que adoran la bestia y su imagen y reciben su marca. Si bien la iglesia y el estado se unirán para obligar a “todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos”, a que tengan “la marca de la bestia” (**Apocalipsis 13: 16, VM**), el pueblo de Dios no la tendrá. El profeta de Patmos vio que “los que habían salido victoriosos de la prueba de la bestia, y de su imagen, y del número de su nombre, estaban sobre aquel mar de vidrio, teniendo arpas de Dios”, y cantaban el cántico de Moisés y del Cordero. **Apocalipsis 15: 2, 3 (VM)**.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 499-503**

El tercer ángel amonesta contra las terribles consecuencias de adorar a la bestia y a su imagen, y de recibir la marca de la bestia en la frente o la mano derecha (**Apocalipsis 14: 9, 10**). Este conflicto trae a la memoria **Apocalipsis 13: 15-17**, donde se describe la imposición mundial de la marca de la bestia sobre todos los pueblos. La crisis final es claramente de importancia universal, porque en última instancia tiene que ver con el tema del culto verdadero o idolátrico (versículo **15: 14: 9, 11; 16: 2; 19: 20**). Por tanto, la marca de la bestia se da en el contexto del culto religioso. Una segunda bestia con dos cuernos semejantes a los de un cordero, que también se llama el “falso profeta”, es capaz de obligar a todos a adorar la bestia del mar por medio del engaño de señales milagrosas (**13: 13, 14; 19: 20**).

Eventualmente, la obediencia al culto de la bestia del mar se impondrá por medio de la promulgación política de la sentencia de muerte para todos los que no quieran adorar a la imagen de la bestia (**Apocalipsis 13: 15**). Finalmente se implementará un boicot económico sobre los que no han recibido la marca de la bestia (versículos **16, 17**). Como consecuencia, la aceptación de la marca de la bestia significa una confesión pública de fe en lealtad a la autoridad de las fuerzas anti-Dios, ya sea por consentimiento (“en la frente”) o por un mero acto de conformidad (“en la mano”).



derecha”). Por otra parte, la advertencia del mensaje del tercer ángel anuncia que los que posean la marca de la bestia incurrirán en la ira de Dios sin mezcla de misericordia, la cual será derramada en las siete últimas plagas. La señal de Dios de aprobación y protección se llama “el sello del Dios vivo”, que sus ángeles colocan en las frentes de todos los que rechazan la marca de la bestia (**Apocalipsis 7: 2, 3**).

Así como la marca de la bestia refleja el “nombre” o carácter del anticristo (**Apocalipsis 13: 17**), así el sellamiento de los siervos de Dios en **Apocalipsis 7** refleja la confirmación de su carácter moral semejante al de Dios. Esto puede deducirse del hecho de que al sello de Dios también se lo llama el nombre del Cordero y el nombre del Padre (**14: 1**; c f . **22: 4**). La marca o el sello indica una relación de pertenencia ya sea a Cristo el Cordero o al anticristo, la bestia. Juan describe esta antítesis de manera deliberada. Dios ha hecho del rechazo de la marca de la bestia una calificación esencial de los vencedores (**15: 2**; **20: 4**). La marca es totalmente antitética con el sello colocado sobre lo seguidores del Cordero. Representa la mentalidad del anticristo, la disposición a la exaltación propia y a la rebelión. Debido a que el sello de Dios del tiempo del fin representa el reconocimiento divino de la obediencia de fe a los mandamientos de Dios (**12: 17**; **14: 12**), la marca de la bestia representa una señal de culto de desobediencia a uno o más de los mandamientos de Dios

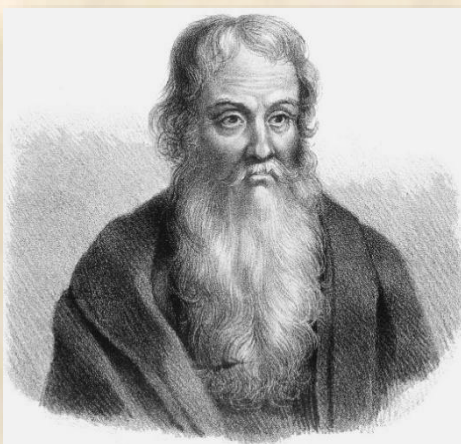
**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 987, 988**

Para imponer el domingo en lugar del sábado el papado utilizó en el pasado las fuerzas de la ley, pero también la mentira de supuestos milagros para convencer a los que dudaban, pero también encontró el soporte de religiosos, como Eusebio de Cesarea (obispo e historiador, autor de “Historia eclesiástica”), capaces de mentir para sostener la falsedad de que el domingo debía ser el día de guardar, también los concilios y ordenanzas de la iglesia desprovistos de un “así dice Jehová”. Ocurrirá igual mañana...

Y lo que da más significado a esta tendencia es la circunstancia de que el objeto principal que se tiene en vista es imponer la observancia del domingo, institución que vio la luz en Roma y que el papado proclama como signo de su autoridad. Es el espíritu del papado, es decir, el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la mayor veneración por las tradiciones humanas que por los mandamientos de Dios, el que está penetrando en las iglesias protestantes e induciéndolas a hacer la misma obra de exaltación del domingo que el papado hizo antes que ellas.

Si el lector quiere saber cuáles son los medios que se emplearán en la contienda por venir, no tiene más que leer la descripción de los que Roma empleó con el mismo fin en siglos pasados. Si desea saber cómo los papistas unidos a los protestantes procederán con los que rechacen sus dogmas, considere el espíritu que Roma manifestó contra el sábado y sus defensores.

Edictos reales, concilios generales y ordenanzas de la iglesia sostenidos por el poder civil fueron los peldaños por medio de los cuales el día de fiesta pagano alcanzó su puesto de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fué la ley promulgada por Constantino. [(Año 321 de Jesucristo...)] Dicho edicto requería que los habitantes de las ciudades descansaran en “el venerable día del sol”, pero permitía a los del campo que prosiguiesen sus faenas agrícolas. A pesar de ser en realidad ley pagana, fué impuesta por el emperador después que hubo aceptado nominalmente el cristianismo.



Como el mandato real no parecía substituir de un modo suficiente la autoridad divina, Eusebio, obispo que buscó el favor de los príncipes y amigo íntimo y adulador especial de Constantino, aseveró que Cristo había transferido el día de reposo del sábado al domingo. No se pudo aducir una sola prueba de las Santas Escrituras en favor de la nueva doctrina. Eusebio mismo reconoce involuntariamente la falsedad de ella y señala a los verdaderos autores del cambio. “Nosotros hemos transferido al domingo, día del Señor -dices- todas las cosas que debían hacerse en el sábado”. **Robert Cox, Sabbath Laws and Sabbath Duties, 538**. Pero por infundado que fuese el argumento en favor del domingo, sirvió para envalentonar a los hombres y animarlos a pisotear el sábado del Señor. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaron el día festivo popular.

Con el afianzamiento del papado fué enalteciéndose más y más la institución del domingo. Por algún tiempo el pueblo siguió ocupándose en los trabajos agrícolas fuera de las horas de culto, y el séptimo día, o sábado, siguió siendo considerado como el día de reposo. Pero lenta y seguramente fué efectuándose el cambio. Se prohibió a los magistrados que fallaran



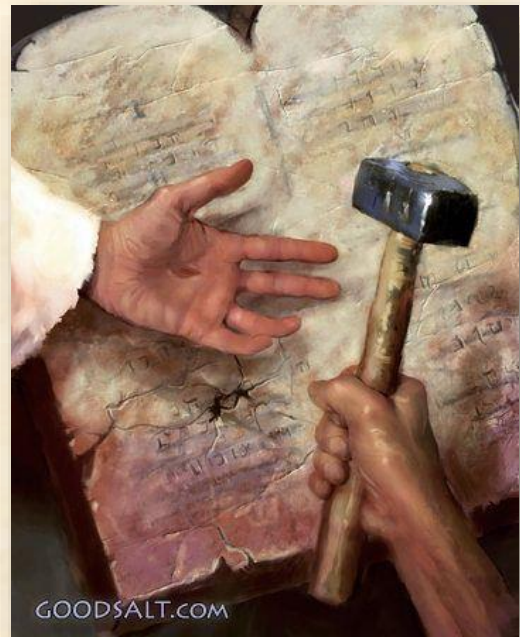
en lo civil los domingos. Poco después se dispuso que todos sin distinción de clase social se abstuviesen del trabajo ordinario, so pena de multa para los señores y de azotes para los siervos. Más tarde se decretó que los ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes y que finalmente, si se obstinaban en desobedecer, se les hiciese esclavos. Los de las clases inferiores debían sufrir destierro perpetuo.

Se recurrió también a los milagros. Entre otros casos maravillosos, se refería que un campesino que iba a labrar su campo en día domingo limpió su arado con un hierro que le penetró en la mano, y por dos años enteros no lo pudo sacar, “sufriendo con ello mucho dolor y vergüenza”. **Francis West, Historical and Practical Discourse on the Lord’s Day, 174.**

Más tarde, el papa ordenó que los sacerdotes del campo amonestasen a los que violasen el domingo y los indujeran a venir a la iglesia para rezar, no fuese que atrajesen alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos. Un concilio eclesiástico adujo el argumento tan frecuentemente empleado desde entonces, y hasta por los protestantes, de que en vista de que algunas personas habían sido muertas por el rayo mientras trabajaban en día domingo, ése debía ser el día de reposo. “Es evidente -decían los prelados- cuán grande era el desagrado de Dios al verlos despreciar ese día”. Luego se dirigió un llamamiento para que los sacerdotes y ministros, reyes y príncipes y todos los fieles “hicieran cuanto les fuera posible para que ese día fuese repuesto en su honor y para que fuese más devotamente observado en lo por venir, para honra de la cristiandad”. **Thomas Morer, Discourse in Six Dialogues on the Name, Notion, and Observation of the Lord’s Day, 271.**

Como los decretos de los concilios resultaran insuficientes, se instó a las autoridades civiles a promulgar un edicto que inspirase terror al pueblo y le obligase a abstenerse de trabajar el domingo. En un sínodo reunido en Roma, todos los decretos anteriores fueron confirmados con mayor fuerza y solemnidad, incorporados en la ley eclesiástica y puestos en vigencia por las autoridades civiles en casi toda la cristiandad (Véase **Peter Heylyn, The History of the Sabbath, Parte 2, capítulo 5, sección 7.**)

A pesar de esto la falta de autoridad bíblica en favor de la observancia del domingo no originaba pocas dificultades. El pueblo ponía en tela de juicio el derecho de sus maestros para echar a un lado la declaración positiva de Jehová: “**el séptimo día Sábado es del Señor tu Dios**” a fin de honrar el día del sol. Se necesitaban otros expedientes para suplir la falta de testimonios bíblicos. Un celoso defensor del domingo que visitó a fines del Siglo XII las iglesias de Inglaterra encontró resistencia por parte de testigos fieles de la verdad; sus esfuerzos resultaron tan inútiles que abandonó el país por algún tiempo en busca de medios que le permitiesen apoyar sus enseñanzas. Cuando regresó, la falta había sido suplida y entonces tuvo mayor éxito. Había traído consigo un rollo que presentaba como del mismo Dios, y que contenía el mandamiento que se necesitaba para la observancia del domingo, con terribles amenazas para aterrar a los desobedientes. Se afirmaba que ese precioso documento, fraude tan vil como la institución misma que pretendía afianzar, había caído del cielo y había sido encontrado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero en realidad, de donde procedía era del palacio pontifical de Roma. La jerarquía papal consideró siempre como legítimos los fraudes y las adulteraciones que favoreciesen el poder y la prosperidad de la iglesia.



El rollo prohibía trabajar desde la hora novena (3 de la tarde) del sábado hasta la salida del sol el lunes; y su autoridad se declaraba confirmada por muchos milagros. Se decía que personas que habían trabajado más allá de la hora señalada habían sufrido ataques de parálisis. Un molinero que intentó moler su trigo vio salir en vez de harina un chorro de sangre y la rueda del molino se paró a pesar del buen caudal de agua. Una mujer que había puesto masa en el horno la encontró cruda al sacarla, no obstante haber estado el horno muy caliente. Otra que había preparado su masa para cocer el pan a la hora novena, pero resolvió ponerla a un lado hasta el lunes, la encontró convertida en panes y cocida por el poder divino. Un hombre que coció pan después de la novena



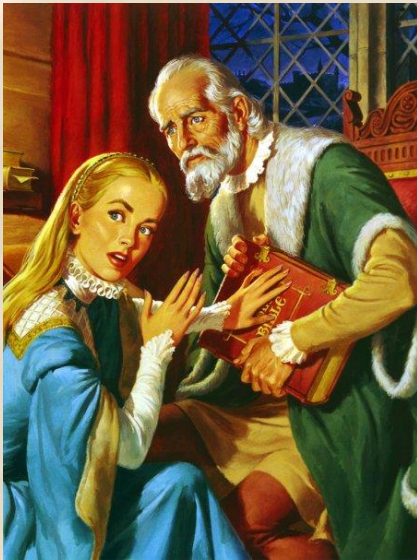


hora del sábado encontró, al partirlo por la mañana siguiente, que salía sangre de él. Mediante tales invenciones absurdas y supersticiosas fué cómo los abogados del domingo trataron de hacerlo sagrado. (Véase **Roger of Hoveden, Annals, Tomo 2, 528-530**).

Tanto en Escocia como en Inglaterra se logró hacer respetar mejor el domingo mezclándolo en parte con el sábado antiguo. Pero variaba el tiempo que se debía guardar como sagrado. Un edicto del rey de Escocia declaraba que “se debía considerar como santo el sábado a partir del mediodía” y que desde ese momento hasta el lunes nadie debía ocuparse en trabajos mundanos. **Roger of Hoveden, Annals, Tomo 2, 290, 291**.

Pero a pesar de todos los esfuerzos hechos para establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaban públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución que lo había suplantado. En el Siglo XVI un concilio papal ordenó explícitamente: “recuerden todos los cristianos que el séptimo día fué consagrado por Dios y aceptado y observado no sólo por los judíos, sino también por todos los que querían adorar a Dios; no obstante nosotros los cristianos hemos cambiado el sábado de ellos en el día del Señor, domingo”. **Roger of Hoveden, Annals, Tomo 2, 281, 282**. Los que estaban pisoteando la ley divina no ignoraban el carácter de la obra que estaban realizando. Se estaban colocando deliberadamente por encima de Dios.

Un ejemplo sorprendente de la política de Roma contra los que no concuerdan con ella se encuentra en la larga y sangrienta persecución de los valdenses, algunos de los cuales observaban el sábado. Otros sufrieron de modo parecido por su fidelidad al cuarto mandamiento. La historia de las iglesias de Etiopía, o Abisinia, es especialmente significativa. En medio de las tinieblas de la Edad Media, se perdió de vista a los cristianos del África central, quienes, olvidados del mundo, gozaron de plena libertad en el ejercicio de su fe. Pero al fin Roma descubrió su existencia y el emperador de Abisinia fué pronto inducido a reconocer al papa como vicario de Cristo. Esto fué principio de otras concesiones. Se proclamó un edicto que prohibía la observancia del sábado, bajo las penas más severas. (Véase **Michael Geddes, The Church History of Ethiopia, 311, 312**) Pero la tiranía papal se convirtió luego en yugo tan amargo que los abisinios resolvieron sacudirlo. Después de una lucha terrible, los romanistas fueron expulsados de Abisinia y la antigua fe fue restablecida. Las iglesias se regocijaron en su libertad y no olvidaron jamás la lección que habían aprendido respecto al engaño, al fanatismo y al poder despótico de Roma. En medio de su reino aislado se sintieron felices de permanecer desconocidos para el resto de la cristiandad.



Las iglesias de África observaban el sábado como lo había observado la iglesia papal antes de su completa apostasía. Al mismo tiempo que guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstenían de trabajar el domingo conforme a la costumbre de la iglesia. Al lograr el poder supremo, Roma había pisoteado el día de reposo de Dios para enaltecer el suyo propio; pero las iglesias de África, desconocidas por cerca de mil años, no participaron de esta apostasía. Cuando cayeron bajo el cetro de Roma, fueron forzadas a dejar a un lado el verdadero día de reposo y a exaltar el falso; pero apenas recobraron su independencia volvieron a obedecer el cuarto mandamiento...

Estos recuerdos de lo pasado ponen claramente de manifiesto la enemistad de Roma contra el verdadero día de reposo y sus defensores, y los medios que emplea para honrar la institución creada por ella. La Palabra de Dios nos enseña que estas escenas han de repetirse cuando los católicos romanos y los protestantes se unan para exaltar el domingo.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 630-635**

Aunque trataremos un poco más adelante, en el material complementario, el cambio del protestantismo actual con respecto a la separación entre la iglesia y el estado, daremos un avance aquí para entender el soporte que el protestantismo actual está dispuesto a dar a usar la fuerza del estado para imponer alguna legislación religiosa deseada.

Oposición a la separación de la iglesia y el Estado. Los bautistas han estado históricamente entre los más fieles partidarios de la separación de la iglesia y el Estado en Estados Unidos. Llegaron a ese país en el Siglo XVII, huyendo de la opresión religiosa del anglicanismo en Inglaterra. Roger Williams, el padre de la libertad religiosa en los Estados Unidos, era bautista. En épocas recientes, como el año 1960, los bautistas del sur mostraron su apoyo al principio de la separación entre la



Iglesia y el Estado al encabezar el pedido para que el candidato presidencial católico romano, John F. Kennedy, firmara un voto de apoyo a la separación entre la Iglesia y el Estado. Pero todo eso ha cambiado en los últimos quince o veinte años. Actualmente la mayor parte del protestantismo norteamericano conservador (incluyendo a los bautistas del sur) ha dado la espalda a la separación Iglesia-Estado. Por favor lea la siguiente cita:

“Contrariamente a la creencia contemporánea, la separación de la Iglesia y el Estado, tal como ha sido definida por recientes decisiones de la Suprema Corte de los Estados Unidos, no está de acuerdo con las creencias y los deseos de los forjadores y ratificadores de la Constitución y de la Primera Enmienda...”

“No sólo está ausente la palabra separación (en la primera enmienda), sino que no hay referencia ni alusión a ella. Esa enmienda no ordenó la separación en 1787; tampoco la autoriza ahora”.

Esa declaración proviene del desaparecido periódico *Fundamentalist Journal*, cuyo editor, Jerry Falwell, fue el fundador y el director de *Moral Majority* [Mayoría Moral], movimiento político también desaparecido, y pastor de la Iglesia Bautista de la calle Thomas, en Lynchburg, Virginia.

Una vez se le preguntó a W. A. Criswell, pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas, la más grande de la Convención Bautista del Sur, qué pensaba acerca de la separación de la Iglesia y el Estado. Criswell dijo: “creo que esta idea de la separación de la Iglesia y el Estado es invención de la imaginación de algún infiel”.

Una de las mayores evidencias de la erosión del apoyo de los bautistas del sur a la separación de la Iglesia y el Estado requiere un poco de información acerca de los antecedentes. Hace varios años, las distintas denominaciones bautistas de Norteamérica aunaron sus esfuerzos para formar lo que se conoce como el Comité Bautista Unido para Asuntos Públicos. El propósito principal de este Comité Bautista Unido era apoyar la separación de la Iglesia y el Estado en las cortes de los Estados Unidos. Por cuanto forman la más grande denominación bautista en Norteamérica, los bautistas del sur naturalmente eran el más firme sostén del Comité Bautista Unido (BJC). Durante muchos años contribuyeron anualmente con 400.000 dólares para el presupuesto del Comité.

Sin embargo, en 1990 los delegados a la convención anual de la iglesia votaron reducir su apoyo al BJC de 400.000 a 50.000 dólares anuales, y un año después suspendieron todo apoyo financiero. Su apoyo va ahora a una organización que aboga por la unión de la religión y la política. ¿Por qué retiraron su apoyo al Comité Bautista Unido? Porque, según dijeron los propios dirigentes de la convención, “el BJC, un órgano proseparatista, era demasiado liberal y estaba alejado de la ideología imperante entre los bautistas del sur”.



Los bautistas del sur no son los únicos cristianos en Norteamérica que están atacando la muralla que separa la Iglesia y el Estado. Este es un importante punto de agenda de todo el ala derecha de la comunidad protestante, especialmente de Pat Robertson [en la pintura con uno de sus caballos favoritos, falleció este año, a los 93 años, sin ver cumplidos sus sueños], fundador de una organización política poderosa llamada Coalición Cristiana. David Nelson, director de la Coalición Cristiana de Robertson en Colorado, recientemente declaró que “no debería existir en absoluto “separación de Iglesia y Estado” en Norteamérica”.

Intrincados en el proceso político. Una segunda característica del protestantismo fundamentalista norteamericano actual es que están profundamente comprometidos en el proceso político. Robertson declara con confianza que “antes del fin de esta década [la de 1990], la Coalición Cristiana será la organización política más poderosa de todos los Estados Unidos de Norteamérica”.

Una estrategia clave de la coalición es apuntar a áreas políticamente vulnerables para realizar acciones políticas populares. Una de las más exitosas hasta el momento tuvo lugar en el condado de San Diego, en California.

El método de la Coalición en San Diego fue influir sobre personas con ideas fundamentalistas para que se postularan como candidatos a cargos políticos en los niveles más bajos, directorios de escuelas públicas, comisiones de zonificación, distritos de bomberos e irrigación, etc., donde la



apatía de los votantes tiende a ser más elevada. Estos candidatos sostenían puntos de vista muy conservadores, y entraron en la carrera con la intención de influir sobre el gobierno para que favoreciera su agenda conservadora.

El resultado ha sido impresionante. En 1990, las fuerzas sectarias de ultraderecha colocaron dieciséis nuevos síndicos en los cuarenta y ocho distritos escolares del sistema educativo de todos los niveles del condado. De los cuarenta y ocho candidatos que se postularon para cargos públicos en todas las ramas del gobierno, más de la mitad ganó. Ralph Reed, director ejecutivo de la Coalición, a quien Christianity Today ha denominado activista político se jactó de que el esfuerzo del condado de San Diego era “un modelo de lo que los cristianos evangélicos y católicos romanos pro-familia están intentando hacer en toda la nación”.

Los cristianos fundamentalistas están infiltrando el partido republicano a lo largo de California en tal medida que pronto pueden llegar a controlar el comité central del partido en ese estado. Cuando lo hagan, California se convertirá en un modelo que será repetido en otros estados.

Y en efecto, está siendo repetido en otros estados. Por ejemplo, Iowa envió cuarenta y ocho delegados a la Convención Nacional Republicana en Houston, en agosto de 1992, cuarenta y tres de los cuales eran miembros de la Coalición Cristiana de Robertson.

Pat Robertson trabajó mucho para hacer de la derecha religiosa una importante influencia en la elección de 1992. En una carta del 17 de octubre de 1991 a los constituyentes de la Coalición, dijo: “desde la fundación de la Coalición Cristiana en 1989, he sentido que 1992 sería uno de los ciclos electivos más críticos de nuestras vidas”. Prosiguió señalando lo que él creía que estaba en juego:

- El control de la Casa Blanca, con la posibilidad de más nombramientos en la Suprema Corte.
- El control del Senado de los Estados Unidos.
- Retener el principio en favor de la vida en la plataforma del partido republicano.
- Llenar docenas de nuevos escaños en el Congreso con simpatizantes de la causa del ala derecha.

Llamando a 1992 “el año para obtener la victoria”, Robertson invitó a sus constituyentes a “unírseme en la conferencia informativa acerca de estrategias titulada “El camino a la victoria””. Anunció que había invitado a importantes estrategas políticos a la conferencia “para discutir la construcción de coaliciones, identificación de votantes, cómo llevar a la gente a las urnas, la selección de delegados del partido, y estrategias para la convención del partido”. La meta, dijo Robertson, era “identificar y producir aproximadamente 20 millones de votantes cristianos y a favor de la familia en 1992 en todos los niveles”, y “asegurarse de que se produzca el mayor número de votantes cristianos de la historia”.

En un ardoroso discurso que fue parte de la conferencia “Rumbo a la victoria”, Robertson prometió a la multitud que rugía y aplaudía de pie: “volveremos en 1993. Volveremos en 1994. Volveremos en 1995. Volveremos en 1996. Volveremos en 1997. Volveremos en 1998. Volveremos en 1999. ¡Volveremos hasta que obtengamos todo!

¿Suenan esto a religión o a política?

No es de sorprender que Christianity Today haya llamado a la Coalición y a sus aliados “una nueva generación de activistas cristianos bien organizados y políticamente sofisticados que están surgiendo a través del país” y que están “aplicando con sentido común nuevas técnicas para la política estatal y local”.

No importa que Bush haya perdido en 1992. La derecha religiosa tiene como meta, en palabras de Robertson, “ganarlo todo”. Ya sea que alcancen dicha meta o no, una cosa es cierta ahora: la derecha religiosa norteamericana está profundamente inmiscuida en el proceso político.

Actitudes y puntos de agenda fundamentalistas. La tercera diferencia significativa entre los protestantes de ayer y los de hoy está en las actitudes y en los puntos de agenda. Los activistas políticos protestantes actuales son fundamentalistas hasta la médula.

La palabra fundamentalista requiere una definición antes de que continuemos.

La palabra apareció por primera vez en la primera parte del siglo veinte, cuando los protestantes conservadores estaban reaccionando contra el acomodamiento protestante liberal a la alta crítica bíblica y a la teoría de la evolución. Afirmaron ciertas verdades fundamentales y se



comprometieron a no abandonarlas nunca. De aquí el nombre fundamentalista. En esa época era el rótulo con el que se identificaban los protestantes conservadores [muchos colocan a la iglesia adventista dentro de esta categoría, por su conservadurismo, probablemente].

Sin embargo, más recientemente la palabra fundamentalista ha sido recogida por el público norteamericano en general, y está siendo utilizada para denominar a cualquier grupo religioso del ala derecha que es percibido como radical. Es común escuchar a los periodistas hablar del “régimen islámico fundamentalista de Irán”.

Mientras escribo este libro [dice Marvin Moore en 1993], se está llevando a cabo un estudio llamado Proyecto Fundamentalista. El estudio es dirigido por el renombrado erudito Martin E. Marty, profesor de la Universidad de Chicago. Su propósito es estudiar los movimientos fundamentalistas alrededor del mundo, incluyendo los cristianos, judíos, musulmanes e hindúes. El estudio ha identificado ciertas características comunes a todos los movimientos fundamentalistas, entre las cuales encontramos las siguientes:

- Es una reacción contra una ideología o tendencia (tal como el humanismo o el secularismo) que amenaza las creencias culturales y religiosas tradicionales de la sociedad.
- Se caracterizan por un esfuerzo decidido por cambiar la sociedad, por imponer la teología del fundamentalismo a la sociedad como un todo.
- Tienden a verse a sí mismos como “salvadores” de la tierra en la que viven. Su propósito es salvar a la tierra de su corrupción actual y volver a las “buenas y viejas tradiciones” del pasado.
- Tienden a creer que ellos están en lo cierto y que todo el que disiente de ellos está equivocado. A menudo creen que la suya es la única religión verdadera.
- Predican la libertad como el ideal, pero recurren a la fuerza y aun a la violencia cuando creen que el deterioro moral justifica la acción drástica para salvar a la tierra y a la sociedad de la ruina moral. Para los fundamentalistas, la libertad significa vivir de acuerdo con las enseñanzas de la verdadera religión, que por definición es su propia religión.

Si reflexiona por un momento en lo que conoce acerca de la sociedad islámica fundamentalista en Irán y en otras partes del mundo musulmán, probablemente reconocerá muchas, si no todas, estas características. Note, por ejemplo, la siguiente declaración: “todo debiera ser de la manera que Alá ordenó. No se tolerarán desviaciones”. Esa declaración fue hecha por el líder del partido islámico renacentista de Tayikistán.

Los norteamericanos reaccionan con bastante vehemencia contra tal pensamiento sin darse cuenta de que también está presente en nuestra propia cultura cristiana. Declaraciones como la siguiente son comunes entre los fundamentalistas cristianos de derecha: “no tienes derecho a hacer lo malo [seguro reconoce aquí las afirmaciones de Juan Pablo II de las que hablamos antes]”, y “aquellos que se oponen a nuestros puntos de vista son los nuevos fascistas”. Esas declaraciones fueron pronunciadas en la II Conferencia Camino a la Victoria de la Coalición Cristiana en 1992, en Virginia Beach, Virginia, por Keith Fournier, director ejecutivo del Centro Norteamericano para la Justicia Legal de Pat Robertson.

En forma especial tendemos a no reconocer las actitudes fundamentalistas represivas por lo que verdaderamente son cuando compartimos la preocupación fundamentalista por el deterioro moral de nuestra sociedad. Por ejemplo, muchos norteamericanos cristianos estarían muy de acuerdo con la siguiente declaración: “este es nuestro país, y no nos lo pueden quitar”... Esas palabras fueron escritas por Pat Robertson en una carta reciente pidiendo fondos para su Coalición Cristiana. Pero pregunto: ¿quién entregó Norteamérica a Pat Robertson y a la Coalición Cristiana? ¿Qué derecho de posesión sobre esta tierra tienen él y sus seguidores que nosotros no tengamos?

Podemos reconocer la intolerancia persecutoria a que conducen estos patrones de pensamiento en los países musulmanes; sin embargo, seríamos ciegos si no viéramos que ellos llevarán a la misma persecución en nuestra propia sociedad si les permitimos que controlen nuestro gobierno.

Más allá de la vista del público común hay individuos y organizaciones aún más radicales que Pat Robertson y la Coalición Cristiana. Randall Terry, de Operación Rescate, sostiene que “nuestra lucha contra el aborto es sólo el comienzo. Estamos avanzando para reconstruir completamente la sociedad sobre bases cristianas movilizándolo a la gente respecto de este asunto a nivel local”.

Los cristianos reconstruccionistas, bajo el liderazgo de R. J. Rushdoony, están decididos a convertir a Norteamérica en una teocracia basada en la ley del Antiguo Testamento. Si pudieran hacer las cosas a su manera, las siguientes actividades serían castigadas inmediatamente con la

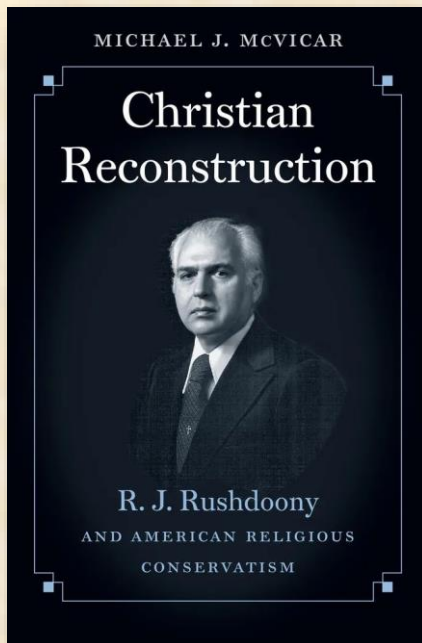


muerte: el adulterio, el incesto, la homosexualidad, la blasfemia, el quebrantamiento del día de reposo (domingo [sin lugar a duda]) y la propagación de doctrinas falsas. La meta última de los cristianos reconstruccionistas es convertir al Estado en el brazo ejecutivo de la Iglesia. ¡De nuevo la Inquisición!

Otra organización cristiana de derecha es la Coalición por el Reavivamiento (COR). Fundada en 1982 por Jay Grimstead. COR quiere convertir el cristianismo en la religión obligatoria impuesta por el gobierno de los Estados Unidos, sobre la base de la ley del Antiguo Testamento, para toda la sociedad. De acuerdo con la revista Church and State, los planes de COR requieren...

“...un esfuerzo de las bases para lograr que su estilo de cristianismo los haga electos para las juntas de supervisores de condado y para los cargos de comisarios, a fin de que, una vez en el poder, se establezcan milicias distritales”.

Pat Robertson tiene ciertas diferencias teológicas con los cristianos reconstruccionistas. Pero el fundador del reconstruccionismo, R. J. Rushdoony, es un invitado frecuente en el programa “El Club de los 700”, de Robertson. Varios de los profesores de su Universidad Regent simpatizan con el reconstruccionismo y con la filosofía del COR. Y los métodos políticos de Robertson son llamativamente similares en muchas formas a los de estas organizaciones más radicales.



Luego de la victoria de Bill Clinton en la elección de 1992, algunos observadores políticos predijeron la muerte de la derecha religiosa como fuerza viable en la política norteamericana. Pero de acuerdo con **Matthew Moen**, profesor de la Universidad de Maine: “es extraordinariamente falto de perspicacia proclamarlos políticamente muertos sobre la base de los resultados de la elección del 3 de noviembre”. Moen, autor del libro **The Transformation of the Christian Right** [La transformación de la derecha cristiana], ve a los cristianos derechistas como “mejor organizados” actualmente, “mejor liderados”, y con “una visión más clara de lo que están tratando de hacer y de la dirección en la que van”.

No debemos olvidar la promesa de Robertson en su Segunda Conferencia Camino a la Victoria de 1992: “Volveremos en 1993... Volveremos en 1996... Volveremos en 1999. ¡Volveremos hasta que ganemos todo!”

Es así como volvemos a la enseñanza adventista del séptimo día desde la década de 1850, según la cual, en el fin de los tiempos, el protestantismo norteamericano se convertirá en un poder religioso-político perseguidor. Eso sonaba tan lejano hace cien años que un crítico de los adventistas proclamó que era más probable “que Dios hiciera crecer un roble gigante en un instante”. Pero considere la advertencia hecha por Barry Lynn, abogado, clérigo episcopal y director ejecutivo de Americans United for Separation of Church and State:

“Es muy fácil para los americanos pensar que los problemas del Ayatollah Khomeini... no se verán alguna vez aquí en los Estados Unidos. Piensan que este país, de alguna manera, en algún punto del camino, no dejará que las cosas se vayan de las manos. Pienso que esta es una idea peligrosa y falsa. Todo lo que debe hacer es leer los libros y los escritos de personas como Randall Terry, jefe de Operación Rescate. Él es un hombre que desea transformar radicalmente Norteamérica sobre la base de la comprensión bíblica que él y muchas personas comparten. No estará satisfecho con declarar ilegal el aborto, sino que admitirá una agenda mucho más abarcante que eso”.

Por cuanto la religión nunca ha tenido en sus manos las riendas de la política en este país, los norteamericanos tienden a subestimar el poder político latente en las organizaciones religiosas. Pero si Norteamérica alguna vez permite que los fundamentalistas tomen en sus manos ese poder, éstos tomarán inmediatamente las medidas legales para preservarlo, y será prácticamente imposible restaurar en esta nación la libertad que disfrutamos hoy.

Basados en nuestra comprensión de **Apocalipsis 13**, los adventistas del séptimo día hemos predicho durante 150 años que los protestantes de Norteamérica se convertirán en un poder perseguidor justo antes del fin del tiempo. Usted puede disentir con nuestra interpretación de **Apocalipsis**. Las realidades políticas del comienzo de la década de 1990 demuestran que nuestra



interpretación, que parecía tan absurda cien años atrás, está ominosamente más cerca de su cumplimiento que lo que desearíamos.

**Marvin Moore, El Anticristo y el Nuevo Orden Mundial, 94-103**

## 7. Material complementario

Lo que hemos presentado hasta ahora deja muy claros algunos conceptos:

1. El papado es el anticristo.
2. Ha sido un poder perseguidor de la verdad y ha introducido el paganismo para corromper el cristianismo.
3. Ha utilizado el poder de los reinos y estados para imponer sus dogmas, y pretende tener el derecho a la sujeción de las naciones al romano pontífice, considerado como infalible.
4. Los Estados Unidos de América se unirán al papado en la persecución final.
5. Esta unión será apoyada por el protestantismo estadounidense y su tendencia creciente a la participación en política y su renuncia a la separación entre la iglesia y el estado.
6. El sábado será la piedra de toque de la lucha final entre la verdad y el error.
7. La verdad triunfará cuando Cristo venga por segunda vez.

Me interesa entonces ampliar algunos conceptos con información complementaria a lo ya mencionado, en particular sobre el sincretismo con el paganismo, las persecuciones antiguas y modernas del papado y el deterioro acelerado del protestantismo (tanto en su interpretación profética como su tendencia a disminuir la importancia de la doctrina) y las posibilidades de una alianza con el catolicismo.

### 7.1. Dioses convertidos en santos

El sincretismo del cristianismo y el paganismo que ha producido lo que se conoce como catolicismo lo hemos visto en la estructura que gobierna la iglesia, papa, cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes, así como en las falsas doctrinas recogidas del paganismo como la inmortalidad del alma, el paraíso, el infierno, el purgatorio, el sacrificio idolátrico de la misa, la confesión auricular, el marianismo y otros. Un aspecto que quisiéramos ampliar es lo relativo a los santos y su supuesta intercesión por los vivos, así como su extraño origen... Como veremos muchos de los llamados santos de la iglesia romana no solamente nunca existieron sino que antes fueron dioses paganos... sí, como lo lee.

Además de las oraciones y devociones ofrecidas a María, los católicos romanos también dan honores y oración a varios "santos". Estos santos, según la Iglesia Católica, son mártires o gentes notables de la Iglesia que han muerto y los Papas los han designado como "santos" ...hemos de ver, sin lugar a duda, que la idea de orar a los santos no es más que una continuación de viejas devociones que los paganos daban a los dioses y diosas de su religión, desde tiempos atrás. Pero antes de abordar estas evidencias, fijémonos en las Sagradas Escrituras y veremos lo que ellas enseñan acerca de los santos.

De acuerdo con la Biblia, todo verdadero cristiano es un santo. No hay ninguna indicación de que una persona pueda ser hecha santa después de su muerte. No es el Papa quien hace a los santos. Es asunto de Dios. En las Escrituras, los santos siempre son gentes vivientes, nunca muertos. Por ejemplo, cuando Pablo escribió a los efesios, se les dirigió de esta forma: "a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso" (**Efesios 1: 1**), Su carta a los Filipenses, dice: "a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos" (**Filipenses 1: 1**). Los antiguos cristianos en la iglesia de Roma fueron llamados santos (**Romanos 1: 7 y 16: 15**), como también lo fueron los cristianos que vivían en Corinto (**1 Corintios 1: 24 y 2 Corintios 1: 1**).

De modo que, si queremos que un "santo" ore por nosotros, debemos encontrar a un cristiano y pedirle que se una en oración con nosotros. Pero si tratamos de comunicarnos con personas que han muerto, ¿qué más puede ser sino una forma de espiritismo? La Biblia, repetidas veces, condena todo propósito de comunicarnos con los muertos, pues es un acto satánico (ver **Isaías 8: 19, 20**). Sin embargo, muchos recitan el "Credo de los Apóstoles" que dice: "creo en la comunión de los santos", y piensan que esto se refiere no sólo a los vivos sino también a los muertos. "Una ayuda mutua, satisfacción, oración y otras buenas obras, una comunicación mutua" (**Nueva Enciclopedia Católica, Volumen IV, 41**).

Pero las Escrituras están contra la idea de que los vivos pueden ser favorecidos o beneficiados por oraciones a los muertos, o a través de ellos. Tal enseñanza es completamente ajena a la Biblia. Entonces, ¿cómo entraron estas cosas a la Iglesia Romana?

De nuevo debemos mirar a la "madre" de las religiones falsas -Babilonia. Allí, desde épocas pasadas, encontramos que las gentes oraban a muchos dioses y les daban honra. De manera que el sistema babilónico se desarrolló hasta que tuvo casi cinco mil dioses y diosas. En la misma forma



en que los católicos creen en los “santos”, los babilonios creían que sus dioses y diosas habían sido una vez héroes vivientes en la tierra, y después de muertos habían pasado a un plano más elevado.

“Cada día y cada mes estaban protegidos por una divinidad particular”. Algunos de estos dioses y diosas estaban asociados con las temporadas, otros con ciertos eventos de la vida y aun otros con varias ocupaciones de trabajo.

Desde Babilonia -tal como toda otra forma de idolatría de la gran “madre”- se diseminó el culto a estos “dioses” por las naciones. Los budistas de la China, por citar uno de muchos ejemplos, tienen su “culto a varias divinidades, como el de la diosa de los marineros, el dios de la guerra, los dioses de varias vecindades y ocupaciones”.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 46-48**

Cuando el cristianismo quiso contemporizar con el paganismo, en particular en el Siglo IV, durante el reinado de Constantino, la idea de dar a los paganos algo de lo que tenían por costumbre con respecto a sus dioses fue inventar el tema de los santos, que tienen su día particular, que tienen con ver con su ocupación o trabajo, o con la zona en la que viven.

Cuando Roma conquistó el mundo este sistema de dioses y diosas fue infiltrado en la misma forma dentro de la religión pagana de Roma. Brighit, por ejemplo, era diosa de la poesía y los herreros; Juno Regina, era la diosa de la feminidad, el matrimonio y la maternidad; Minerva era la diosa de las escuelas de sabiduría, de los músicos y de los artesanos; Venus era la diosa del amor sexual, el nacimiento; Vesta era la diosa de los panaderos y fuegos sagrados; Hércules era el dios del vino y el gozo; Mercurio era el patrón divino de los mercaderes, oradores y ladrones; Opus era la diosa de la fortuna; Bellona era la diosa de las batallas; los dioses paganos Castor y Pólux, eran los protectores de Roma y de los viajeros del mar; Apolo era el dios de la medicina y la salud; Cronos era el dios del tiempo y guardián de los juramentos y Jano era el dios de las puertas y entradas.

Y así, las ideas babilónicas de los dioses y las diosas, asociados con diferentes días y eventos de la vida, se establecieron en la Roma pagana. Más tarde, cuando vino la apostasía, esta misma práctica entró en la “iglesia” de Roma. Como los nuevos creyentes del paganismo se resistían a abandonar la vieja costumbre de orar a diversos “dioses”, de no ser que encontraran algo similar en la cristiandad, estos dioses y diosas simplemente recibían un nombre nuevo y se les llama “santos”. Exactamente igual como en el culto pagano estos cristianos fieles fallecidos eran asociados con varias ocupaciones, cada cual con su día especial, naturalmente, sin poder consultarles si aceptaban o no el encargo papal. De este modo la antigua creencia pagana continuó y sigue siendo una parte muy importante de la Iglesia católica.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 48, 49**

Es tan evidente este asunto que muchísimos de los santos (según el Martirologio Romano son 7.000 al año 2005 (número limitado a los que fueron martirizados), pero otras fuentes católicas también hablan de más de 20.000, y creo que se quedan cortos... muy cortos) ni siquiera pueden ser comprobados históricamente y son leyendas, como el caso de Diego, el supuesto indio que entregó la imagen de la Virgen de Guadalupe. Muchos de estos santos fueron creados y otros provienen de los dioses paganos. Esto con el afán de dar a los paganos algo que se relacionara con su anterior forma de adoración.

Sin duda alguna, el sistema católico de los santos patrones no es más que una continuación de las antiguas creencias paganas en dioses dedicados a días, ocupaciones y a varias necesidades de la vida. Como el culto a los santos es en realidad una continuación de estos dioses falsos, el romanismo es hallado culpable del pecado de adorar a “otros dioses” fuera del Dios verdadero, una práctica que es condenada repetidas veces en las Escrituras.

Este método de sustituir “santos” en cambio de “dioses” paganos, se hizo tan popular, que para el Siglo X 25.000 santos habían sido canonizados por la Iglesia Católica Romana. Al mezclar las dos religiones, tanto los paganos como los que profesaban ser cristianos, aumentaron el número de imágenes de la Iglesia Romana.

Pero para hacer menos obvia tan aparente mezcla, siempre que era posible, los líderes del romanismo sustituían un nombre de resonancia cristiana que fuera similar al nombre del viejo dios pagano que reemplazaba. Por ejemplo, la diosa Victoria de los Alpes-Bajos ¡fue nombrada santa Victoria! La diosa pagana Osiris fue nombrada santa Onofria; Cheron, como san Cesarino; Artemis, como san Artémides; Dionisio, como san Dionisio; Apolo, como san Apolinar, y Marte como san Martín.

La diosa pagana Brighit (considerada como la hija del dios-Sol, la cual era representada con un hijo en sus brazos) fue simplemente nombrada “santa Brígida”. En los días del paganismo, su templo principal en Kildare era servido por vírgenes, quienes cuidaban de los fuegos sagrados.



Cuando ocurrió la apostasía de la Iglesia con la incorporación del paganismo, el templo se convirtió en un “convento”. Sus vírgenes se hicieron “monjas”. Y continuaron atendiendo el fuego ritual dedicado a la diosa, sólo que ahora era nombrado el “fuego de santa Brígida”.

El antiguo templo mejor conservado que se halla en Roma es el Panteón, el que en antiguos tiempos era dedicado (de acuerdo con la inscripción en el portal) a “Jove y todos los dioses”. Sin embargo, este fue consagrado de nuevo por el papa Bonifacio IV “a la madre de Dios y todos los santos”. Otro templo pagano en Roma, el cual estaba consagrado con anterioridad a la Bona Dea (la buena diosa), fue “cristianizado” y dedicado a la virgen María. En un sitio anteriormente consagrado al dios Apolo, ahora existe el templo de san Apolinar, y donde antes había estado el templo de Marte, actualmente se encuentra la iglesia de san Martín.

En un intento más de unir el paganismo a la cristiandad, líderes de la Iglesia apóstata enseñaron que Jesús nació en una cueva! Claro está que no hay autoridad escrita para indicar tal cosa. Al contrario, la cueva que es mostrada en Belén como el lugar de nacimiento de Jesús, es hoy una capilla en la cual el dios babilónico Tammuz era adorado. Esto fue mencionado por Jerónimo [celebre por la Vulgata Latina], notable escritor cristiano del Siglo IV.

Y así, a través del Imperio romano, el paganismo murió solamente para renacer en la Iglesia Católica Romana. Templos y capillas fueron cambiados de nombre y su culto continuo -pasando ahora de dioses a santos cristianos. Al mezclar todo este paganismo con el cristianismo, no solamente continuó la devoción a los viejos ídolos paganos, sino también la costumbre de construir y venerar imágenes. En algunos casos la misma estatua que había sido adorada como un dios pagano, fue nombrada un santo cristiano ¡y la devoción continuó! Una estatua de Júpiter, por ejemplo, fue un poco cambiada y se le llamó Pedro [y está en la Basílica de San Pedro, nada menos, adornada como usted la ve en la fotografía adjunta].

**Ralph Woodrow, Babilonia,  
Misterio Religioso, 51-54**



## 7.2. La idolatría “cristiana”

El uso de los ídolos del paganismo fue traído a la iglesia cristiana, primero como una representación física de los santos, para que luego terminaran siendo objeto de culto. Los antiguos ídolos paganos fueron “cristianizados” recibiendo el nombre de apóstoles o santos. Otro tema con enfoque similar es el de las reliquias, otra muestra de la corrupción de la iglesia romana.

que dicen a un leño: mi padre eres tú; y a una piedra: tú me has engendrado. Porque me volvieron la cerviz, y no el rostro; y en el tiempo de su calamidad dicen: levántate, y líbranos. ¿Y dónde están tus dioses que hiciste para ti? Levántense ellos, a ver si te podrán librar en el tiempo de tu aflicción; porque según el número de tus ciudades, oh, Judá, fueron tus dioses.

**Jeremías 2: 27, 28**

Otros ídolos y estatuas fueron “cristianizados” y la idolatría satánico-pagana siguió ahora disfrazada. A través de los siglos, más y más estatuas han sido adoptadas y veneradas hasta que actualmente hay iglesias en Europa que contienen dos, tres y cuatro mil estatuas. Ya sea en las impresionantes catedrales o en pequeñas capillas o ermitas construidas en las afueras de grandes ciudades antiguas, en los tableros de automóviles o fríamente sonrientes en imágenes colgadas de una cadenita sobre los pechos de prostitutas.

En todos estos sitios se pueden encontrar en abundancia los ídolos del catolicismo. Y el uso de tales ídolos e imágenes identifica claramente a la Iglesia Católica Romana como una continuación del paganismo, no de la Iglesia pura, sin contaminación, de la cual hablan las Sagradas Escrituras.

El uso de los ídolos -no importa el nombre que se les dé- es babilónico; porque como lo menciona Herodoto, Babilonia fue la cuna de la cual todo sistema de idolatría se desparramó entre las naciones, a pesar de que Dios repetidamente ha advertido a su pueblo no seguir la práctica de usar ídolos en sus cultos.

La Biblia dice: “no te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (**Éxodo 20: 4**). “No haréis para vosotros





ídolos, ni escultura, ni os levantareis estatua, ni pondréis en vuestra tierra piedra pintada para inclinaros a ella” (**Levítico 26: 1**). “Ni los idolatras heredarán el reino de Dios” (**1 Corintios 6: 9, 10**). “Hijitos, guardaos de los ídolos” (**1 Juan 5: 21**).

Claramente, las Escrituras están contra el uso de los ídolos e imágenes en el culto de la iglesia. La iglesia del principio, la verdadera Iglesia, nunca los usó. Pero cuando vino la “apostasía” y se mezclaron el paganismo y la cristiandad, se hizo un uso completo y libre de los viejos ídolos paganos los cuales heredó la “Iglesia”. Los líderes apóstatas de la Iglesia sintieron que como alguna de estas estatuas eran tan valiosas -algunas de ellas estaban cubiertas de oro y plata- deberían ser rededicadas y continuar usándolas. ¿Pero que dice Dios acerca de este razonamiento? “**Las esculturas de sus dioses quemaras en el fuego, no codiciarás plata ni oro de sobre ellas para tomarlo para ti, porque no tropieces en ello, pues es abominable a Jehová tu Dios**” (**Deuteronomio 7: 25**).

Los israelitas, no sólo debían destruir los ídolos de las naciones gentiles que conquistaban, sino que, además, debían “**destruir todas sus pinturas**” (**Números 33: 52**). Estas eran las pinturas de las divinidades paganas. De modo que no solamente es condenado por las Escrituras el uso de los ídolos, sino que como las pinturas son veneradas con frecuencia en forma supersticiosa, estas tampoco tienen virtud alguna como culto verdadero. Es extraño que algunas religiones condenen el uso de las estatuas y, sin embargo, ¡hagan uso pleno de pinturas de las mismas! ¿Pero cuál es la diferencia? La estatua es tridimensional mientras que la pintura es una superficie plana. Pero ninguna fue usada por los apóstoles o la Iglesia del Nuevo Testamento. No fue sino hasta el Siglo V que las pinturas de María, Cristo y los “santos” o los íconos o imágenes de relieve comenzaron a hacerse y a usarse como objeto de adoración.

Y así como los paganos ponían un redondel o aureola sobre las cabezas de sus dioses, de igual manera la Iglesia apostata continuó esta práctica, y así puede verse como san Agustín es representado en los libros católicos con un disco sobre su cabeza. Todos los “santos” del catolicismo se representan igual... En realidad, esta práctica es babilónica. Los artistas y escultores de la vieja Babilonia ponían el disco o aureola alrededor de cualquier personaje que querían representar como a un dios o diosa. Esta costumbre continuó dentro de las religiones paganas hasta los días del Imperio romano... De su uso pagano en Roma, el mismo símbolo paso a la Roma papal y ha continuado hasta hoy en día, como es evidente por los miles de pinturas y cuadros de “María y de los santos”.

Cuando llegó la apostasía se hicieron pinturas que suponían ser semejanzas de Cristo, con “rayos dorados” alrededor de su cabeza. Esta era exactamente la misma forma con la que el dios Sol de los paganos había sido representado por varios siglos. Otro intento de unir el paganismo con el cristianismo. Hoy día, tanto las iglesias católicas como las protestantes (en su mayoría) hacen uso de cuadros de Cristo. Pero las Escrituras no nos dan una descripción de las facciones físicas de Jesús. No fue hecha ninguna pintura de Él durante su vida, en la tierra. La Iglesia de los primeros cuatro siglos no tenía pinturas de Él. Es evidente que las llamadas pinturas de Cristo, al igual que las de María y los santos, sólo son un producto de la imaginación de los artistas. Haciendo únicamente un corto estudio del arte religioso, podemos encontrar que en diferentes siglos y nacionalidades se hallan muchos y diferentes cuadros de Cristo distintos unos de otros. Obviamente, no todos pueden tener la apariencia de Cristo.

Supongamos que alguien que nunca lo ha visto a usted, que no conoce sus facciones y no tiene forma alguna de conocer su apariencia, ¡decide pintar un cuadro suyo! Es natural que el resultado será algo que no se parecerá en nada a usted. Suponiendo que su nombre sea puesto debajo del cuadro; que se le dijera al pueblo que es usted, ¿apreciaría usted esto? ¡Claro que no! ¡Tampoco podemos pensar que Cristo ha dado su aprobación a los conceptos que han tenido los hombres de lo que ellos “piensan” que era su apariencia!

Yo sé que el escribir estas cosas no es popular. ¡Pero creo que todos podemos estar de acuerdo en que no hay hombre -ni aún el mejor artista del mundo- que pueda captar al Señor en su plena y verdadera gloria! Cualquier pintura, aun en su máxima grandeza, no es más que un pobre sustituto, sólo una imagen o ídolo en forma modificada, y esta nunca podría mostrar la verdadera magnificencia de nuestro Señor. Los que verdaderamente adoran a Dios deben hacerlo “**en espíritu y en verdad**” (**Juan 4: 24**) y la veneración de pinturas, imágenes o ídolos, no nos ayuda -como se pretende- a un culto más fervoroso y verdadero, sino que, por el contrario, lo impide.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 54-58**

La grandiosa superstición que ha acompañado al uso de reliquias revela el engaño o inconsistencia con las cuales el romanismo ha estado plagado durante siglos. Algunas de estas reliquias -como hemos de ver- son obviamente falsas. Parece difícil comprender que en esta época de gran conocimiento, todavía hay gente que cree en ellas. Dentro de las reliquias más comunes de la Iglesia Católica, están los supuestos pedazos de la “verdadera cruz”. Pero evidentemente todas



estas piezas no pueden ser parte de la cruz original, pues hay tantas derramadas por toda Europa, que podrían formar un bosque. ¡La única explicación que se puede dar a tan obvia falsedad es que las piezas se multiplicaron sobrenaturalmente, como lo hicieron los peces y los panes que fueron bendecidos por Cristo! ¡Pero nadie lo pretende!



Otras reliquias que han recibido aprobación papal a través de los siglos son las siguientes: los clavos de la cruz, la esponja que fue puesta en la boca de Cristo, el manto escarlata que se puso sobre sus hombros por los soldados burlones, la corona de espinas, la copa de la última cena, muestras del cabello de la virgen María (algunos trigueños, otros rubios, otros rojos e incluso otros negros), faldas de María, su anillo matrimonial, sus zapatos, ropas del bebé Jesús, las herramientas de carpintería de José, una de las treinta piezas de plata, la bolsa vacía de Judas, el lavamanos de Pilato, y ¡huesos del asno en que el Señor hizo su entrada en Jerusalén [parece una broma de mal gusto, pero no lo es]!

El “Tabernáculo de María Magdalena”, del que se dice que contiene la toalla que usó Jesús para secar los pies de los discípulos, la manta que cubrió su rostro en la tumba, el velo de María, algunas de sus prendas, ¡y una botella de la leche de María, la madre de Jesús! Se supone que la leche de María está también coloreando como adorno las paredes del sitio denominado Vía Láctea de Belén [he estado allí y eso es lo que los guías dicen a los crédulos visitantes], ¡y piezas de roca se venden como reliquias y amuletos!

Aunque no se sabe nada de la madre de María, ni siquiera su nombre -como lo admiten los eruditos católicos-, hace cientos de años se le dio el nombre de santa Ana ¡Al poco tiempo, muchas iglesias de toda Europa afirmaban tener su cuerpo como reliquia sagrada! Uno de los cuerpos se suponía que estaba en Apte (Francia) y otro en Leon (España). Además, se decía que su cabeza estaba en Treir, ¡y también en Turín!

Por el año 750 DC llegaban a Roma constantemente innumerables vagones cargados de gran número de esqueletos y cráneos. Estos eran separados, marcados y vendidos por los papas. Esta venta de cadáveres. y huesos se convirtió en un gran negocio. Todo novio viajero que pasaba por Roma estaba ansioso por obtener reliquias. Por las noches se saqueaban las sepulturas y a tal extremo se llegó, ¡que hombres armados hubieron de proteger las tumbas de las iglesias! “Roma - dice Gregorio- parecía un cementerio desmoronado en el cual las hienas aullaban y se peleaban, mientras manos avariciosas desenterraban los cuerpos”. Hay en la iglesia de Santa Práxedes una placa de mármol, la cual tiene una leyenda que dice que en el año 817 DC, el papa Pascual hizo sacar los cuerpos de 2.300 mártires [ya le decía que las cifras del número de “santos” se queda corta] de los cementerios de dicha iglesia!

La iglesia de Colombo (Francia) reclamaba poseer lo que se conocía como el “Santo Prepucio” (el prepucio es la pequeña porción de piel que se desprende de los bebés, cuando son circuncidados). La forma en que esta iglesia francesa llegó a obtener el supuesto prepucio de Jesús, siglos más tarde, es, naturalmente, un misterio. Sus poderes eran sumamente proclamados. Se creía que tenía el poder de transformar mujeres estériles en fértiles y proteger a las mujeres durante la concepción. Incluso Enrique V de Inglaterra creía en sus poderes, de tal manera que cuando la reina Catalina iba a dar a luz a un heredero al trono británico, hizo arreglos para conseguir el prepucio. Su esposa no tuvo complicación alguna y como consecuencia, en aprecio por la ayuda de la reliquia, el rey ordenó construir un santuario en Colombo para la protección del prepucio. La historia se divulgó y al poco tiempo otras iglesias de distintas áreas comenzaron a reclamar la posesión del “Santo Prepucio”, tales como la iglesia de San Juan, en Roma, y la de Puy, en Velay.

Sin duda alguna que la mayoría de estas “reliquias sagradas” han sido demostradas como fraudes. Algunos de los huesos, que en una época se afirmaba que eran de los santos y mártires, por ejemplo, han sido descubiertos como huesos de ¡animales! En España, una catedral pretendía poseer parte de un ala del ángel Gabriel cuando visitó a María. Al ser examinada, ¡se supo que no era más que una gran pluma de avestruz!

A pesar de tantas inconsistencias, ¿por qué atribuye el católico tanta importancia a las reliquias? Una de las razones es porque se cree que al colocar una reliquia en una iglesia, capilla o catedral, se “consagra el terreno y el edificio”. El séptimo Concilio Ecuménico de Nicea, en el año 787 DC, prohibió a un obispo el dedicar un edificio si no tenía presente una reliquia. El castigo por hacer lo contrario, ¡era su excomunión de la Iglesia! Tan extremada se hizo esta creencia en la Edad



Media, que algunas catedrales tenían miles de reliquias. La iglesia del castillo de Wittemberg, en cuya puerta Lutero clavó las famosas “95 tesis”, por ejemplo, poseía 19.000 reliquias santas.

**Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 94-97**

### 7.3. Roma y sus siete colinas

La identificación de Roma como la ciudad de las siete colinas no es sólo un argumento religioso para señalar al papado como la mujer sentada sobre la bestia bermeja. La realidad es que históricamente Roma ha sido reconocida como la ciudad de las siete colinas. El Vaticano ocupa una octava colina diferente.

**Esto, para la mente que tenga sabiduría: las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer,**

**Apocalipsis 17: 9**

Las siete colinas de Roma son una serie de promontorios que históricamente han formado el corazón de la ciudad de Roma. Situadas al este del río Tíber, este conjunto geográfico ha protagonizado numerosísimos pasajes literarios y son una referencia muchas veces repetida en la cultura popular.

Las siete colinas de la Roma antigua eran:

1. El Aventino (Collis Aventinus), 47 metros de altura.
2. El Capitolino (Capitolinus, que tenía dos crestas: el Arx y el Capitolium), 50 metros de altura.
3. El Celio (Caelius, cuya extensión oriental se llamaba Caeliolus), 50 metros de altura.
4. El Esquilino (Esquilinus, que tenía tres cimas: el Cispius, el Fagutalis y el Oppius), 64 metros de altura.
5. El monte Palatino (Collis Palatinus, cuyas tres cimas eran: el Cermalus o Germalus, el Palatium y el Velia), 51 metros de altura.
6. El Quirinal (Quirinalis, que tenía tres picos: el Latiaris, el Mucialis o Sanqualis, y el Salutaris), 61 metros de altura.
7. El Viminal (Viminalis), 60 metros de altura.

Estas siete colinas figuran de forma prominente en la mitología romana, su religión y su política; tradicionalmente, se cree que la ciudad original fue fundada por Rómulo y Remo sobre el monte Palatino (Collis Palatinus). Las primitivas siete colinas eran: Cermalus, Palatium, Velia, picos del monte Palatino, Cispius, Fagutalis, Oppius, picos del monte Esquilino, y Sucusa.

Inicial y tradicionalmente, las siete colinas fueron ocupadas por pequeños asentamientos que se agruparon y formaron una ciudad conocida como “Roma”. Los ciudadanos de las siete colinas comenzaron a participar en una serie de juegos religiosos que comenzaron a unir a los grupos. La ciudad de Roma nació por tanto una vez que los asentamientos comenzaron a actuar como grupo, drenando los valles pantanosos que los separaban y convirtiéndolos en mercados y foros.

**Wikipedia, Siete colinas de Roma**

Como bien sabemos el Vaticano se encuentra en Roma, construido sobre una colina llamada Vaticana donde se practicaban ritos paganos. Aunque cualquier iglesia podría construirse sobre un lugar donde antes se realizó la adoración pagana, es extraño sí que la iglesia romana haya mantenido el nombre pagano para referirse a la sede de la iglesia y al estado.

La Ciudad del Vaticano, oficialmente Estado de la Ciudad del Vaticano (en latín: Status Civitatis Vaticanæ; ...en italiano: Stato della Città del Vaticano), ...o simplemente el Vaticano, es un Estado soberano sin salida al mar, cuyo territorio es un enclave dentro de la ciudad de Roma, en Italia. Es uno de los seis microestados europeos, y también es el Estado soberano más pequeño del mundo en extensión y población. Su forma de gobierno, de acuerdo con la clasificación internacional, es la de una teocracia organizada como una monarquía absoluta.

La Ciudad del Vaticano tiene una extensión de 0,49 km<sup>2</sup> (49 hectáreas) y una población de aproximadamente 800 habitantes, por lo que resulta un híbrido de ciudad elevada al rango de Estado independiente, siendo además el más pequeño del mundo. Es tan pequeño que sólo la basílica de





San Pedro es un 7% de su superficie; la basílica y la Plaza de San Pedro ocupan un 20% del territorio, lo que lo convierte en el territorio independiente más urbanizado del mundo. La Ciudad del Vaticano comenzó su existencia como Estado independiente en 1929 tras la firma de los Pactos de Letrán celebrados entre la Santa Sede y el entonces Reino de Italia, que en 1870 había conquistado los Estados Pontificios.

La Ciudad del Vaticano alberga la Santa Sede, máxima institución de la Iglesia católica. Aunque los dos nombres, "Ciudad del Vaticano" y "Santa Sede", se utilizan a menudo como si fueran equivalentes, el primero se refiere a la ciudad y a su territorio, mientras que el segundo se refiere a la institución que dirige la Iglesia y que tiene personalidad jurídica propia como sujeto de derecho internacional. En rigor, es la Santa Sede y no el Estado del Vaticano la que mantiene relaciones diplomáticas con los demás países del mundo. Por otro lado, el Vaticano es quien da el soporte temporal y soberano (sustrato territorial) para la actividad de la Santa Sede.

La máxima autoridad del Vaticano y jefe de Estado del mismo es el papa de la Iglesia católica, por lo que puede considerarse la única teocracia y la última monarquía absoluta de Europa. El sumo pontífice delega las funciones de gobierno en el secretario de Estado.

El conjunto arquitectónico e histórico-artístico que conforma la Ciudad del Vaticano fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1984, siendo el único caso en que se extiende a un Estado (país) completo.

#### Wikipedia, Ciudad del Vaticano

Asimismo, al escoger las colinas del Vaticano como sitio de la "Iglesia madre" del catolicismo, fue el resultado de una mezcla del paganismo. En tiempos anteriores, esta colina —como lo indica la misma palabra [de origen etrusco, pobladores de la zona de la actual Roma antes que los romanos, en honor a la dios Vatika] era un "sitio de adoraciones divinas" (Vaticinia). Se dice que este nombre proviene del nombre de la deidad Vatricanus, quien tenía su sitio preeminente en esta colina!

Más tarde la colina fue usada para los festivales anuales en honor a Attis o Tammuz, hijo de la Gran Madre. En este festival se cortaba un pino y se le ataba a su tallo una efigie del dios. Esta efigie era más tarde enterrada en una sepultura. Estos ritos son aún ejecutados en todo país católico, ritos que son una mezcla del antiguo paganismo con la cristiandad, Como algunos de los ritos antiguos en honor a Tammuz, eran eventos similares a los que le sucedieron a Cristo (tales como su muerte, entierro, etc.). Paganismo y cristianismo fueron unidos "casi sin interrupción", ya que estas ceremonias eran celebradas en un santuario de la colina vaticana, que fue más tarde poseída por los católicos romanos y la Iglesia madre de San Pedro, que está situada actualmente en el mismo sitio.

#### Ralph Woodrow, Babilonia, Misterio Religioso, 65, 66

Hislop hace referencia a los historiadores que desde la antigüedad llamaban a Roma como la ciudad de las siete colinas e igual que nosotros la considera la sede de la iglesia romana, a la que identifica como Babilonia la Grande. Quisiera que note que aunque el Vaticano no se encuentra dentro de las siete colinas, como algunos pretenderían, sin embargo, sigue perteneciendo geográficamente a la ciudad de Roma.

Nunca ha existido ninguna dificultad en la mente de ningún lector culto para identificar a la mujer que **"se sienta sobre los siete montes"**, y que tiene escrito en su frente: **"misterio, Babilonia la Grande"** por la apostasía de Roma. Ninguna otra ciudad del mundo ha sido celebrada como lo ha sido Roma por su situación sobre las siete colinas. Los poetas y los oradores paganos que no tenían conocimiento de la profecía dilucidatoria, también la han caracterizado como "la ciudad de las siete colinas". Así, se refiere a ella Virgilio [70-19 AC, poeta y escritor griego]: "Roma ha llegado a ser la (ciudad) más bella del mundo, y la única rodeada por sus siete colinas como una muralla". Propertio [poeta latino, nacido en Umbría y contemporáneo de Virgilio] se refiere a ella de igual modo como "la altiva ciudad de las siete colinas, que gobierna al mundo entero", añadiendo solamente otro rasgo que completa la descripción del **Apocalipsis**. Su "gobierno" del "mundo entero" es justamente la copia de la afirmación divina de **"que tiene reino sobre los reyes de la tierra" (Apocalipsis 17: 18)**. Llamar a Roma la ciudad "de las siete colinas" era tan descriptivo para sus ciudadanos como llamarla por su propio nombre. Por esto, Horacio se refiere a ella cuando habla solamente de sus siete colinas, al decir: "los dioses que han puesto sus afectos en las siete colinas". De igual manera, Marcial habla de "los siete montes descollantes". Desde tiempos antiguos era de uso corriente el mismo lenguaje, porque cuando Símaco, prefecto de la ciudad y último Pontifex Maximus pagano, presenta a un amigo suyo como sustituto imperial, lo llama "varón de los siete montes", es decir, "un hombre de los siete montes", dando a entender con esto, "civem romanum" o "ciudadano romano", como lo interpretan los comentaristas. Si bien esta característica de Roma ha sido siempre bien marcada y definida, igualmente ha resultado fácil demostrar que la Iglesia que tiene su asiento y sus cuarteles en las siete colinas de Roma, podría ser llamada más apropiadamente "Babilonia", por cuanto es la sede principal de la idolatría en tiempos del Nuevo Testamento, así como la antigua



Babilonia fue la sede principal de la idolatría en tiempos del Antiguo Testamento. Sin embargo, los recientes descubrimientos hechos en Asiria, considerados con respecto a la historia y a la mitología del mundo antiguo, bien conocidas, pero mal interpretadas, demuestran que en el nombre de Babilonia, la Grande, hay mucha más significación que esto. Siempre se ha sabido que el paganismo fue bautizado por el papado; pero Dios está poniendo de manifiesto ahora que el paganismo que Roma ha bautizado es, en todos sus elementos esenciales, el mismo paganismo que prevaleció en la antigua Babilonia, cuando el Señor quebrantó ante Ciro las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro.

Alexander Hislop, *Las dos Babilonias*, 24, 25

#### 7.4. La reforma protestante, el preterismo, el futurismo y el anticristo

Para los reformadores del Siglo XVI, también los anteriores, no había duda alguna en que el papado era el anticristo. No había en ellos ninguna duda con respecto a esto, pues veían de primera mano tanto la corrupción romana, como el alejamiento del catolicismo de la verdadera doctrina cristiana. Hoy existe una tendencia en las iglesias descendientes del protestantismo a cuestionar esta identificación, así como a minimizar la condición espiritual de la iglesia romana, incluso en las épocas más oscuras.

Desde el Siglo XVI, cuando los protestantes miraban a la Iglesia Católica Romana veían siempre la misma cosa el anticristo, la ramera de **Apocalipsis 17**, Babilonia la Grande, la bestia de **Apocalipsis 13**, y el cuerno pequeño perseguidor de **Daniel 7, 8**. Al contemplar a Roma a través de la lente de las Escrituras, todos los protestantes en forma unánime veían al sistema papal como la manifestación explícita de la advertencia de Pablo en **Tesalonicenses** "pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición" (**2 Tesalonicenses. 2: 1-3**). El protestantismo fue fundado parcialmente sobre la premisa de que el papado romano era el anticristo, una visión firmemente arraigada en los textos bíblicos y sostenida por los protestantes durante cientos de años.

"Las profecías relativas al Anticristo -escribió el historiador [adventista] de la iglesia LeRoy Edwin Froom- pronto se convirtieron en centro de controversia, a medida que los reformadores [protestantes] señalaron el dedo incriminador de la profecía diciendo: ¡tú eres el Hombre de Pecado! Roma fue declarada la Babilonia del Apocalipsis, y los pontífices papales, en su sucesión, el predicho Hombre de Pecado. La separación de la Iglesia de Roma y su cabeza pontifical llegaron, por lo tanto, a ser considerados sagrados, una tarea obligatoria. Los creyentes fueron compelidos a obedecer el mandato 'salid de ella, pueblo mío', Para ellos, la separación no era separación de Cristo y su iglesia sino del Anticristo. Ese era el principio básico sobre el que los reformadores prosiguieron su obra desde el comienzo".



Incluso una mirada rápida a los escritos de Martín Lutero, como el que se titula **Against the Roman Papacy As An Institution of the Devil** [En contra del papado romano como institución del diablo], prueba cuán elemental era esa creencia. Para Lutero (de acuerdo con los historiadores Iserloh, Glazik y Jedin) "la iglesia papal es el poder demoníaco descrito en las Escrituras como el anticristo, que llega hasta el final de los días y deberá ser enfrentado no con armas, sino con la palabra y el Espíritu". La mayoría del resto de los primeros reformadores, aunque concordaban en poco, si estaban de acuerdo en este punto concerniente a la identidad de Roma.

Durante siglos después de Lutero, protestantes de todas las banderías, sin importar sus diferencias doctrinales, veían en Roma al poder presentado -y abiertamente condenado en las Escrituras como el anticristo. Casi todos los movimientos protestantes emergentes (que comúnmente se formaban al desmembrarse de otros), cuando se referían a Roma, sus enseñanzas, sus declaraciones oficiales, y sus prácticas y declaraciones, llegaban a la misma conclusión. Anglicanos, luteranos, metodistas, bautistas, puritanos, presbiterianos, anabaptistas, congregacionalistas, y los que quieran agregar, todos veían en Roma al anticristo. El anticatolicismo era tan básico y fundamental que con frecuencia formaba parte de los credos protestantes. Por ejemplo, la Segunda Confesión de Fe Escocesa (1580 DC) reza en parte "y por lo tanto

aborrecemos y detestamos toda religión y doctrina contraria; pero principalmente toda clase de papismo en general y en particular es, tal como existe en la actualidad, condenado y enfrentado con



la Palabra de Dios y Escocia. Pero en especial, detestamos y rechazamos las autoridades usurpadas por el Anticristo Romano sobre las Escrituras de Dios"... Esta creencia con respecto del "Anticristo Romano" era tan fundamental para el protestantismo como lo era la justificación solamente por fe, y se mantuvo de esa manera hasta bien entrado el Siglo XX.

Pero los tiempos han cambiado en forma dramática. Roma ya no es el anticristo, ni una iglesia apóstata que ha pervertido o perdido las verdades esenciales de la salvación sólo por la fe. Por el contrario, cuando ciertos protestantes miran a los católicos romanos, ven a quienes tienen "una comprensión común de la salvación", que son "hermanos y hermanas en Cristo". Ven una "fe común" sostenida por aquellos con quienes los protestantes pueden "dar testimonio conjunto del don de la salvación". Ven que ellos son "conjuntamente discípulos del Señor Jesucristo", aquellos con quienes tienen "unidad en el evangelio". Algunos incluso ven ahora al Papa, cuya mera existencia era una afrenta al cristianismo bíblico, como "el primado universal... que deberá ser aceptado por todas las iglesias". Incluso en el adventismo, la interpretación histórica y bíblica de la Roma papal ha sido cuestionada, lo que prueba cuán contagiosa ha llegado a ser esta nueva percepción.

**Clifford Goldstein, El gran compromiso, 6-8**

Hasta ese momento el estudio de la profecía estaba basado en el método historicista, que es el que continúa utilizando la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Sin embargo, en el movimiento de Contra Reforma del Siglo XVI, impulsado evidentemente por la iglesia romana, se promovió un cambio en la forma de interpretar la profecía, "uno de los mayores esfuerzos del Concilio de Trento".

Se intentó que en lugar de identificar al papado como el anticristo, se mirara al pasado (preterismo) buscando que identificar "a un tanto oscuro rey seléucida, Antíoco Epífanés, como siendo el anticristo". Evidentemente faltaban los argumentos bíblicos y proféticos para tamaño despropósito, pero sirvió para distraer a algunos estudiosos en especial quienes quisieran exculpar al papado. Mientras que este modelo miraba al pasado, otro lo hacía trasladando al futuro los acontecimientos profetizados (futurismo) con el mismo propósito, hacer a algunos suponer que el anticristo es un personaje del futuro y retirar, una vez más, el foco del obispo de Roma.

A pesar de la insistencia de que ellos sean los auténticos herederos de la Reforma teológica, aquellos que adhieren a la nueva teología se han desviado dramáticamente de los Reformadores en sus interpretaciones de la profecía. Sin embargo, ellos no se han desviado de la teología Católica; y, considerando que los principios de la salvación presentados por ellos son profundamente entallados en el error Agustiniense, en interpretación profética, ellos han seguido la interpretación Católica Jesuita, primeramente presentada en la época de la Contra Reforma.

En la época de la Reforma, todos los principales Reformadores, incluyendo Wycliff, Huss, Jerónimo, Lutero, Zwinglio, Calvino, Knox, y Melancton, identificaron el papado como siendo el anticristo, el hombre de pecado, y el hijo de la perdición. Esto alarmó tanto al papado que uno de los mayores esfuerzos del Concilio de Trento (1542-1563) fue direccionado a la interpretación profética, en un esfuerzo vano para desviar la atención de los hombres lejos de la identificación del papado como el anticristo. Por fin, esta obra fue confiada a un nuevo orden de inteligencias, los Jesuitas.

Eventualmente, dos jóvenes académicos jesuitas emprendieron soluciones al dilema papal. Apegándose a la interpretación errónea de **Daniel 8: 12**, sugerida por Macabeos en el Siglo II AC, Louis de Alcázar [Sevilla 1554-Roma 1613, sacerdote y teólogo jesuita] identificó a un tanto oscuro rey seléucida, Antíoco [IV] Epífanés, como siendo el anticristo. Es verdad que Antíoco Epífanés conquistó Judá por un breve período de tiempo. Él había profanado el Templo al ofrecer un puerco como sacrificio en el lugar Santísimo, y subsecuentemente a su expulsión de Judá, el Templo había sido rededicado. En este tiempo, algunos de los patriotas Macabeos asumieron que Antíoco era el poder profano de la profecía de **Daniel**. Pero este hombre no puede haber sido el correcto personaje del anticristo porque Cristo identificó la abominación de la desolación como estando en el futuro de Sus días.

Cuando, pues, veáis que la abominación de la desolación, de la que habló el profeta Daniel, está en el lugar santo (quien lee, que entienda) (**Mateo 24: 15**).

Fuera de eso, **Daniel** identifica el poder del cuerno pequeño volviéndose excesivamente grande (**Daniel 8: 9**). Grecia, bajo Alejandro el Grande, es descrita apenas como muy grande (**Daniel 8: 8**). Difícilmente podría Antíoco Epífanés, que es raramente recordado en la historia, ser descrito como mayor que Alejandro el Grande, cuyo nombre casi todo niño en la escuela reconoce. Sin embargo, muchos aceptan esta propuesta no escriturística, lanzada por Alcázar.

Por otro lado, otro joven jesuita, Francisco Ribera [también Francisco de Ribera, Villacastín 1537-Salamanca 1591, sacerdote y teólogo jesuita], propuso una interpretación que se volvió conocida como una visión futurista de la interpretación profética. Esta visión alegaba que un individuo



satánico aparecería poco antes del fin del mundo. Él se sentaría en el templo reconstruido en Jerusalem, blasfemando y profanando el templo. Sin embargo tal interpretación no puede resistir la luz de las declaraciones bíblicas. Juan identifica muchos anticristos en sus días:

**Hijos, es ya la última hora; y, como oísteis que viene el anticristo, también ahora muchos se han hecho anticristos; por donde conocemos que es ya la última hora. (1 Juan 2: 18)**

Lutero, juntamente con la mayoría de los Reformadores, identificó el anticristo no como una persona, sino como el sistema papal que se desarrolló de las apostasías de la primitiva iglesia Cristiana. Este concepto de interpretación profética fue construido sobre la visión histórica del entendimiento profético. Este concepto correctamente identificó el anticristo como desarrollándose aun en los días de Juan y continuando a través de la Edad Media alcanzando su clímax de engaño en el fin de los tiempos. No es un hombre, sino una sucesión de hombres en el personaje del papa, como cabeza del sistema papal.

La visión futurista fue reavivada por los esfuerzos de los líderes del Anglo-Catolicismo en Inglaterra en la primera parte del Siglo XIX. Hubo un esfuerzo determinado por algunos en facilitar la reunificación de la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia de Roma. Muchos sinceros Anglicanos se levantaron contra tales esfuerzos, mostrando que la Iglesia de Roma era el anticristo. Uno de los líderes del movimiento del Anglo-Catolicismo en la Universidad de Oxford, el Profesor Morford, sacó el polvo de la tesis de Ribera y declaró que el anticristo estaba aún para venir, atrayendo así la atención lejos del papado.

**Colin D. Standish, Los Engaños de la Nueva Teología, 50, 51**

Es interesante notar que el enfoque futurista es el que predomina hoy en el análisis profético del protestantismo que ha aceptado que el anticristo es un siniestro personaje del final de los tiempos. Es útil mencionar que este es el enfoque de movimientos neopaganos como la Nueva Era que hablan del mismo personaje. Es como si todas las fuentes del error se hubieran unido para desviar la atención del papado. A esto contribuyeron especialmente Darby y Scofield creando la base para el alejamiento del protestantismo del modelo historicista.

Muchos estudiantes de teología aceptaron esta errónea teología sin un análisis crítico. Preeminente entre ellos fue John Darby [18 de noviembre de 1800-29 de abril de 1882, predicador y profesor bíblico angloirlandés] que fue más tarde el fundador de la Plymouth Brethren Church (Iglesia de los Hermanos de Plymouth). Él en contrapartida trajo los conceptos del futurismo para América, donde fueron aceptados muy rápidamente por algunos protestantes conservadores. Cuando el bien conocido abogado de Texas, Cyrus Scofield [19 de agosto de 1843-24 de julio de 1921, ministro religioso y escritor cristiano estadounidense], aceptó el Cristianismo, él absorbió las visiones futurísticas.

Cuando él publicó su Biblia Scofield [muy conocida por el dispensacionalismo], sus extensivos comentarios plenamente incorporaron estas interpretaciones futurísticas. Estas biblias fueron vendidas a los millones, especialmente en el sudeste de los Estados Unidos, pero, en verdad, por toda América y en algunas otras partes del mundo. Hoy, la influencia de la Biblia Scofield supera vastamente en exceso de influencia, más que cualquier seminario jamás establecido en América.

Por aceptar los conceptos jesuitas de la interpretación futurística, aquellos que adhieren la nueva teología fallan en enfatizar la identificación del anticristo como siendo el papado. De alguna forma, presuntuosamente, ellos argumentan que tal identificación es una polémica que milita contra la unidad Cristiana y el amor de Cristo. Es infelizmente verdad que ha habido veces cuando Adventistas del Séptimo Día han usado tales polémicas en sus esfuerzos de identificar la Iglesia Católica Romana y el papado como el anticristo. Nosotros creemos que esta es una cuestión muy sensible que necesita ser presentada con el entendimiento de que muchos del pueblo de Dios aún están en la fe Católica Romana [esto es verdad, pero nuestro celo por salvar a los buenos católicos no debe impedirnos predicar el mensaje final para este mundo, que implica dar a conocer al anticristo y sus planes futuros... un futuro cada vez más cercano].

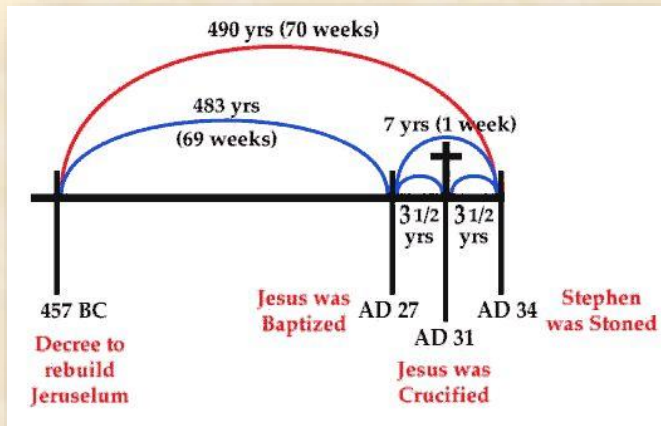
**Y oí otra voz del cielo, que decía: salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados y para que no incurráis en sus plagas. (Apocalipsis 18: 4...)**

Este amor sensible por las ovejas de Dios, aun en la fe Católica Romana, no puede, sin embargo, remover nuestra responsabilidad de condenar el sistema del papado liderado por Satanás, y de mostrar el peligro eterno de adherir a sus enseñanzas y ceremonias.

Aquellos que se apegan a este concepto futurístico de la Biblia también tienden a negar el principio día-año de la interpretación profética. En la mejor de las hipótesis, ellos emplean la histórica interpretación día-año de la profecía mientras al mismo tiempo aceptan una interpretación literal de



la profecía. Ellos interpretan los 1.260 días como un período representando tres años y medio literales en el fin de los tiempos, en los cuales el anticristo reinará y establecerá su desolación en Jerusalem. Los futuristas comúnmente emplean lo que es llamado de teoría del intervalo en su interpretación de las 70 semanas proféticas de **Daniel 9**. Es común aceptar la aplicación del principio día-año a este período de tiempo. Así, las 70 semanas (490 días) es correctamente interpretada como 490 años. Es comúnmente aceptado que las primeras 69 semanas (483 días proféticos o años literales) llegan al tiempo del ministerio terrestre de Cristo. Sin embargo, los futuristas, ignorando toda la lógica, colocan la última semana (siete días proféticos o 7 años literales) allá el final de los tiempos, suponiendo un intervalo de aproximadamente 2.000 años entre el cumplimiento de las 69 semanas y el cumplimiento de la semana 70 de la profecía. Los Adventistas del Séptimo Día, siguiendo los principios consistentes de las interpretaciones proféticas, han siempre proclamado que la semana 70 está conectada con las 69 semanas. Este es el período de las tres semanas y media



del ministerio de Cristo después de Su bautismo. Su crucifixión fue seguida por tres años y medio de adicional gracia a la nación Judía antes que el evangelio haya sido llevado a los Gentiles, después del apedreamiento de Esteban, el diácono. Esta interpretación refuerza el mensaje del santuario celestial que está fijado en **Daniel 8: 14** y en el libro de **Hebreos**. Es importante reconocer también que aquellos que proclaman la nueva teología con frecuencia han alegado creer en la visión histórica de la interpretación bíblica, mientras también ven validez en las visiones preteristas y/o futuristas.

Pero una visión así compuesta no debiera ser aceptada. La verdad y el error nunca pueden habitar juntos. La iglesia Cristiana primitiva, por muchos años, santificaba el Domingo y también el Sábado, pero inevitablemente fue el error que prevaleció. Así, también, al juntar estas visiones erróneas de interpretación profética, el error prevalecerá y la verdad eventualmente se perderá. Esto ya fue visto entre muchos [casos]. Ciertamente la visión histórica será minimizada y eventualmente rechazada por aquellos que tienen una visión plural de la interpretación profética. El Dr. Ford [se refiere a Desmond Ford, un hasta entonces apreciado y reconocido teólogo adventista, profesor de generaciones de teólogos adventistas, prolífico escritor, que en los 70s renegó de la teología del santuario y la interpretación ortodoxa de la iglesia, y se alejó de la iglesia, a pesar de los esfuerzos de esta para tratar de reconciliar sus puntos de vista en la conocida reunión de Glacier View, un alejamiento que, sin duda, según recuerdo, causó pesar en las filas de la iglesia] es un ejemplo clásico de esto.

En Su amor, Dios nos ha dado grandes advertencias contra la apostasía y el sistema apóstata. Él ahora llama aquellos que están esclavizados por infiltraciones paganas. Los Cristianos deben buscar la pureza de Su fe para que ellos puedan plenamente reflejar Su carácter y presentar Su gloriosa invitación al mundo. Invariablemente no hay razón bíblica y ni lógica para rechazar el claro testimonio de los principios de la interpretación profética como fue confiado y enseñado por la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

**Colin D. Standish, Los Engaños de la Nueva Teología, 51, 52**

Otros autores, como Dederen, incluyen a Roberto Bellarmino como una de las mentes jesuitas designadas por Roma para pervertir el modelo de interpretación profética y que lamentablemente tanta aceptación ha tenido entre los otros descendientes espirituales de la Reforma. También pone en orden la forma en que estos sacerdotes jesuitas actuaron contra el modelo historicista.

Durante la segunda mitad del Siglo XVI y la primera del Siglo XVII se desarrollaron las contra interpretaciones católicas que intentaron hacer frente a la exposición protestante de la apocalíptica bíblica. Tres jesuitas eruditos [el tercero es el cardenal Roberto Bellarmino, del que hablamos antes como apologista del papado y de la condición del papa como vicario] encabezaron el ataque de Roma sobre el enfoque histórico, teniendo el Apocalipsis como el foco principal.

La primera de las exposiciones alternativas fue desarrollada por Francisco de Ribera (1537-1591). Ribera relacionó los primeros pocos capítulos del **Apocalipsis** con Roma en el propio tiempo de Juan, y aplicó los capítulos restantes a un futuro reino de tres años y medio de un anticristo infiel al fin de la dispensación cristiana [es increíble como el protestantismo ha podido admitir esto en su





teoría de la semana 70, trasladada unos dos mil años al futuro, y abandonado la identificación del papado con el anticristo que tiene todo el sustento que hemos mostrado en los acápite[s] precedentes]. Comentaristas posteriores sugirieron que Ribera fue el fundador del moderno sistema futurista de interpretación, que más tarde fue desarrollado por escritores tales como Samuel R. Maitland (1792-1866) y John N. Darby (1800-1882).

Roberto Bellarmino (1542-1621), teólogo y polemista brillante, aumentó la obra de Ribera, atacando en forma particular el principio profético de un-día-por-un-año. Bellarmino trató de explotar las diferencias de interpretación entre sus adversarios los protestantes.

El segundo desafío fue preparado por Luis de Alcázar (1554-1613). Alcázar propuso que el **Apocalipsis** se refería a la guerra victoriosa de la iglesia en los primeros siglos contra los judíos y el paganismo romano. Como el método de Alcázar aplicaba todo el **Apocalipsis** al pasado, su sistema de interpretación ha sido denominado preterismo.

Aunque Alcázar fue probablemente el primero en aplicar un enfoque preterista a todo el **Apocalipsis**, Porfirio, el enemigo del cristianismo del Siglo III ya había sometido **Daniel** a un enfoque preterista limitándolo al período de Antíoco IV Epífanes. Por consiguiente, en un sentido Porfirio y Alcázar llegaron a ser precursores del actual modo de interpretación histórico-crítico que limita al pasado el propósito y significado de los apocalipsis bíblicos.

Las propuestas de Ribera y Alcázar quitaron respaldo a la aplicación protestante del anticristo al papado. El primero consignaba el anticristo a un futuro distante; el segundo, al pasado remoto. Aunque estos enfoques eran mutuamente exclusivos, desviaron la atención del período histórico de dominación papal.

#### **Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 908**

Es impresionante como el protestantismo ha abandonado totalmente el enfoque historicista para beber de las fuentes católicas del preterismo (aceptando la tesis de Antíoco IV Epífanes como anticristo) y luego del futurismo para aceptar la interpretación fundamentalista que centra los acontecimientos finales en la restauración del Estado de Israel de la postguerra. Muy pocos de los predicadores protestantes (diría que ninguno de los más connotados) repite como Lutero, Calvino o Zwínglio que el papado es la bestia que la Biblia señala.

Cada año las universidades bíblicas gradúan a cientos de creyentes armados con los fundamentos del futurismo: la creencia de que el Armagedón se centrará en los judíos y en Israel. Oral Roberts, Kenneth Copeland, Jim Bakker, Jimmy Swaggart y miles de otros predicadores esperan que el Armagedón ocurra en Palestina. Las revistas cristianas evangélicas publican diariamente artículos que se centran en el papel profético que desempeñarán los judíos e Israel en los últimos días. "Debemos notar el hecho", escribe un futurista, "de que todo el universo, todas las estrellas, el sol y la luna han sido subordinadas por Dios al llamamiento de Israel. ¡Esto muestra lo importante que es Israel a la vista de Dios!"

Estas creencias no están confinadas a la escuela dominical. Jerry Falwell ha traído las convicciones futuristas a debates acerca de la defensa, la política exterior y el control del armamento. Pat Robertson, aspirante a presidente [se refiere a la época en la que fue publicado el libro, 1998] y entusiasta futurista, predijo en 1982 que una guerra en el Líbano llevaría a la destrucción de Rusia como potencia mundial [evidentemente su profecía sin sustento escriturístico estaba condenada al fracaso]. Las declaraciones del presidente Reagan en cuanto al Armagedón y al Medio Oriente señalan que él también ha sido influenciado por la teología futurista.

¿Cuál es el origen del futurismo? ¿Es bíblico? Y con la fuerza política creciente del cristianismo evangélico en los Estados Unidos, ¿qué efectos podría tener esto sobre el país?

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 116, 117**

Note cómo en la cita siguiente se muestran las posiciones proféticas de los grandes predicadores norteamericanos, aquellos que tienen gran acceso a la televisión, y cuyos libros son ávidamente leídos por el público religioso estadounidense y mundial.

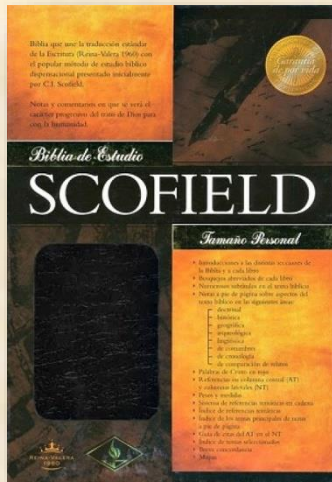
El futurismo se originó con la Reforma. Martín Lutero, queriendo al comienzo reformar el papado, eventualmente lo condenó como el anticristo. "Debes estar armado con la Escritura", escribió, "para que no sólo puedas llamar al papa anticristo, sino también para saber cómo probarlo tan claramente que puedas morir con esta convicción y estar en contra del diablo en la muerte".

El rótulo pegó, y pronto los protestantes de todos los colores y formas estaban señalando a Roma como "el asiento del anticristo real y verdadero". Queriendo revertir la mala publicidad, Francisco Ribera, un jesuita español, publicó un comentario en 1590 que argumentaba que el



anticristo hacía referencia no a Roma sino a un individuo que se levantaría justo antes de la segunda venida de Jesús. El anticristo, decía Ribera, reinaría en Palestina y reconstruiría el templo junto con los judíos (restaurados en la tierra).

La campaña de relaciones públicas funcionó tan bien que para el Siglo XIX muchos púlpitos protestantes estaban predicando distintas versiones del futurismo, especialmente en las Islas Británicas, donde el futurismo se incorporó a una teología más compleja llamada dispensacionalismo. En el Siglo XX, la Scofield Reference Bible [La Biblia de referencia Scofield], el comentario bíblico de mayor circulación en toda la historia promocionó el futurismo a millones por medio de su elaborado sistema de notas de pie de página. Algunos futuristas aficionados reverencian estas notas casi tanto como las mismas Escrituras.



En años recientes, el sumo sacerdote indisputado de la profecía futurista ha sido **Hal Lindsey**, cuyo libro **The Late Great Planet Earth** [El último gran planeta Tierra] ha tenido más de cuarenta reimpresiones, ha sido traducido a más de treinta y un idiomas y ha vendido la cantidad astronómica de 18 millones de copias.

"Antes de que los judíos fueran una nación", escribe Lindsey, "nada era pertinente. Ahora que eso ocurrió, comenzó una cuenta regresiva de todo tipo de señales proféticas que van cayendo en su lugar".

"La señal más clara del regreso de Cristo", de acuerdo con **Leon J. Wood** en **The Bible and Future Events** [La Biblia y los acontecimientos futuros], "es el Estado moderno de Israel".

Esta obsesión futurista con el moderno Israel surge de las promesas que Dios hizo hace miles de años al antiguo Israel. "Porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra" (**Deuteronomio 14: 2**). Dios prometió a los hebreos prosperidad material. "Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar" (**Deuteronomio 28: 3-5**). Incluso les prometió victorias militares: "Jehová derrotará a tus enemigos que se levanten contra ti" (versículo 7).

Dios prometió estas bendiciones al antiguo Israel y muchas más, porque quería que los judíos evangelizaran al mundo. Los gentiles, al ver la gran prosperidad de Israel, dirían: "iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros" (**Zacarías 8: 23**). Los gentiles vendrían a Jerusalén y se convertirían al Dios de los judíos. El templo sería llamado "casa de oración para todos los pueblos" (**Isaías 56: 7**), y "todas las naciones llamarán a Jerusalén: trono de Jehová" (**Jeremías 3: 17**).

Sin embargo, los futuristas pasan por alto el hecho de que Dios dio estas promesas a Israel bajo la condición de la obediencia. "Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos... Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra" (**Deuteronomio 28: 1**).

Junto con estas promesas venía una advertencia: "pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos, entonces "maldito serás tú en la ciudad y maldito en el campo, maldito el fruto de tu vientre". En lugar de victoria, "Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos; y serás vejado por todos los reinos de la tierra [cosas que lamentablemente han ocurrido, y a todos nos constan]" (versículos 15, 16, 18, 25).

La naturaleza condicional de la bendición es presentada muy bien en **Jeremías 18: 9, 10**: "en otro momento puedo hablar de construir y plantar a una nación o a un reino. Pero si esa nación hace lo malo ante mis ojos y no me obedece, me arrepentiré del bien que había pensado hacerles" (**NVI**).

Como muestra la Biblia, Israel como nación rehusó escuchar la voz del Señor. Los gentiles vinieron a Jerusalén, pero para quemar la ciudad, no para adorar allí. Tuvieron lugar todas las calamidades que el Señor había advertido que ocurrirían, hasta que Israel en verdad fue "vejado por todos los reinos de la tierra" (**Deuteronomio 28: 25**).

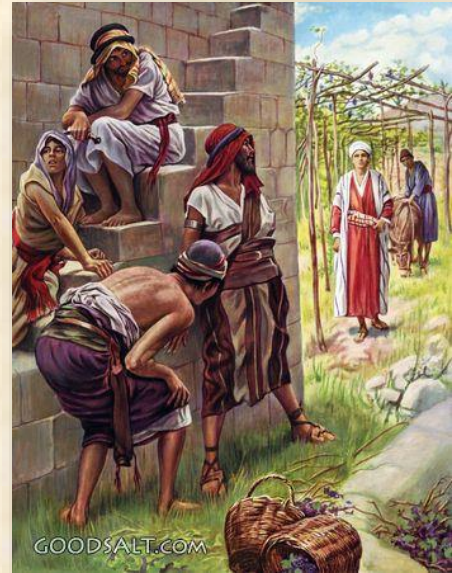
En la parábola del agricultor que plantó una viña, Jesús ilustró el fracaso de Israel. Cuando el dueño envió a sus siervos a recibir la fruta de la viña, los inquilinos los mataron uno por uno. Finalmente envió a su hijo, y lo mataron también. El dueño destruyó a los inquilinos y les dio la viña



a otros. Jesús, usando la viña como símbolo de la tierra de Israel y a los inquilinos para simbolizar la infidelidad de la nación, les dijo a los líderes: **"el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él" (Mateo 21: 43).**

A pesar de la naturaleza condicional de la promesa, a pesar del fracaso de Israel al no cumplir con las condiciones y a pesar de la declaración de Cristo de que el reino sería quitado de Israel por su fracaso, los futuristas insisten en que la promesa del Antiguo Testamento hecha a los judíos ha permanecido válida durante casi 2.000 años. Y aplican estas promesas al Estado de Israel moderno, aunque es un país secular que no ha hecho ningún pacto con Dios para vivir de acuerdo con las condiciones delineadas en la Biblia.

"Durante los últimos treinta y siete años", escribió el futurista Wim Malgo en 1985 acerca del estado judío en Palestina, "hemos sido testigos del cumplimiento progresivo de la promesa que Dios hizo a la nación de Israel". J. Dwight Pentecost escribió que las promesas "hechas por Dios a Israel con respecto a su relación con la tierra deben ser consideradas como un pacto incondicional".



Directamente ligado a esta insistencia errada en cuanto a que las promesas de Dios a Israel son incondicionales hay un error relacionado: el fracaso del futurismo en reconocer la enseñanza del Nuevo Testamento de que la iglesia ha tomado el lugar del antiguo Israel de este lado de la cruz. En la parábola de la viña, Jesús dijo que el reino de Dios sería quitado a Israel y dado a una nación que trajera frutos. El evangelio no ha ido a una sola nación; se ha esparcido en todo el mundo. Los creyentes de todo el mundo componen el **"pueblo que produzca los frutos del reino" (NVI).**

Escribiendo a los cristianos esparcidos en las iglesias de todo el Medio Oriente, Pedro se dirigió a ellos con los títulos de Israel: **"más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa" (1 Pedro 2: 9).** Pablo, escribiendo a los creyentes gentiles de Éfeso, les recuerda que una vez estuvieron **"ajenos a los pactos de la promesa"**, pero que ahora son **"conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios" (Efesios 2: 12, 19).**

Las promesas del evangelio no excluyen al judío; se convierte en parte del Israel espiritual (la iglesia) por medio de la fe en Jesús, al igual que todos los demás. **"Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abrahán sois, y herederos según la promesa" (Gálatas 3: 29).** En **Romanos 11,** Pablo usa el símbolo del árbol de olivo para representar a Israel. Los judíos eran la iglesia original, **"las ramas naturales"**, mientras que los gentiles son las ramas del olivo **"silvestre"**. Por causa de la incredulidad y la desobediencia, las ramas naturales, los judíos, fueron **"desgajadas"**, mientras que las ramas silvestres, los gentiles, fueron **"injertadas"**. Sin embargo, Pablo advierte a los gentiles que si desobedecen, ellos también pueden ser cortados. Pablo explicó que si la rama gentil que **"por naturaleza es olivo silvestre"** podía ser injertada, **"¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?"**, si (note la condición que Pablo expresa) **"no permanecieren en incredulidad"** (versículos **23, 24**).

Centenares de promesas del Antiguo Testamento que el Señor hizo al antiguo Israel permanecen sin cumplirse porque Israel permaneció infiel a las condiciones. El futurismo, rechazando la idea de la condicionalidad, aplica estas promesas al Israel moderno. El resultado es una variedad de escenarios improbables para el fin del mundo. Al aplicar al Israel moderno las promesas de victorias militares hechas al antiguo Israel, los futuristas creen que Rusia será derrotada en una guerra contra los judíos.

El libro del **Apocalipsis** está lleno de simbolismos del Antiguo Testamento y de su ambientación en la antigua Palestina. Así como Pablo y Pedro aplicaron los títulos del Israel literal al Israel espiritual, el **Apocalipsis** también aplica espiritualmente los antiguos símbolos palestinos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, el **Apocalipsis** habla del pueblo de Dios saliendo de **"Babilonia"**. Sin embargo, Babilonia, un sistema religioso y político claramente falso, enemigo del pueblo de Dios en el tiempo del antiguo Israel, no ha sido una nación por más de dos mil años y, de acuerdo con Isaías, nunca sería restaurada. Por lo tanto, Juan en el **Apocalipsis**, no puede estar haciendo referencia a la nación literal de Babilonia. En su lugar, está usando símbolos del Antiguo Testamento literal para enseñar verdades espirituales del Nuevo Testamento: que el pueblo de Dios



debe abandonar las enseñanzas de la religión falsa, es decir, la Babilonia espiritual. El futurismo, al rehusar ver las interpretaciones espirituales de estas imágenes, las aplica literalmente, lo que explica su obsesión con el Medio Oriente.

Rechazar el futurismo no significa, necesariamente, rechazar a Israel. Millones de personas que no ven significación profética en el Estado judío apoyan, sin embargo, el derecho de Israel a tener una patria segura. Y su apoyo viene sin todas las trampas teológicas del futurismo, que incluye, para algunos, otro holocausto. "Millones de judíos devotos", dice Jerry Falwell, "serán asesinados nuevamente". Con defensores como éstos, ¿quién necesita de la OLP? Sería mejor que los judíos se preocuparan por sí mismos.

Pero los judíos no son los únicos que se preocupan. Hay otros preocupados también por la manera en que esta teología popular pueda afectar la política del gobierno. Las declaraciones del presidente Reagan acerca del Armagedón, antes de las elecciones de 1984, hizo que la gente se preguntara "si la creencia aparente del presidente en un escenario bíblico particular para el fin del mundo significa que considera la guerra nuclear como un instrumento divino" (Time, 5 de noviembre de 1984). Otros también se preguntan si la descripción que hizo del presidente de Rusia como un "imperio impío" vino de la teología futurista, que describe a Rusia de la misma manera [es interesante notar que hoy Rusia defiende el derecho a la vida contra el aborto, rechaza la ideología de género, el movimiento LGTB+ y los tratamientos transgéneros para niños, lo que a mí me parece menos "impío" que lo que hacen países cristianos en Europa o los mismos Estados Unidos]. Algunos creen que es más que una coincidencia que muchos oponentes firmes al congelamiento nuclear o a la reducción de armamento sean evangélicos futuristas, cuyos escenarios para los últimos días siempre incluyen una guerra nuclear. Hal Lindsey, cuyos libros acerca de profecías bíblicas especulan con una guerra nuclear entre Norteamérica y Rusia antes de la segunda venida, dio una charla una vez a los estrategas del Pentágono acerca de ese mismo tema: la guerra nuclear entre los Estados Unidos y Rusia.

Rechazar a Lindsey y al escenario futurista para la segunda venida, sin embargo, no significa rechazar la segunda venida. Jesús fue claro, volverá, y antes de ese regreso habrá "gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo" (**Mateo 24: 21**). Este tiempo de angustia podría incluir de un modo plausible una guerra en el Medio Oriente. Pero si es así, no será porque el Israel moderno tenga alguna significación profética en la actualidad.

Jesús también dio otra profecía específica en relación con la segunda venida. Advirtió que antes de su regreso abundarían las falsas enseñanzas, enseñanzas que, advirtió, "engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos" (versículo **24**).

El futurismo no explica esta advertencia profética, ¡la cumple!

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 117-123**

El protestantismo debería revisar sus actuales posiciones teológicas si desean ser correctos herederos de Lutero, Hus, Calvino, Wycliff, Zwinglio o Melancton. La cita siguiente la ampliaremos luego para tratar sobre las aproximaciones católico-protestantes.

A la luz del llamado de Colson a los evangélicos a reclamar la herencia que les dejó la Reforma, algunas citas de los principales reformadores les deberían ayudar a entender mejor cuál es esa herencia.

"Sí, ¿qué amistad tiene Cristo con el anticristo? Por lo tanto, no es legítimo llevar el yugo con los papistas. 'Salgan de entre ellos, y sepárense de ellos, dijo el Señor' " (Nicholas Ridley, reformador y mártir inglés [1550-1555]).

"No porque hagan alguna injusticia al papado, porque sé que en él obra la fuerza y el poder del diablo, es decir, del anticristo" (Ulrico Zwinglio, reformador suizo [1484-1531]).

"El gran anticristo de Europa es el rey de caras, el príncipe de hipocresía, el hombre de pecado, el padre de errores y el maestro de mentiras, el Papa romano" (John Bale, reformador inglés [1495-1563]).

"**Daniel** y Pablo predijeron que el anticristo se sentaría en el templo de Dios. Afirmamos que la cabeza de ese reino maldito y abominable, en la Iglesia Occidental, es el Papa" (Juan Calvino, reformador suizo [1509-1564]).

Dos extractos de uno de los escritos de Lutero, sin embargo, podrían ayudar a desprestigiar el mito creciente de que Lutero permaneció como un hijo fiel, aunque un poco descontento, de la Iglesia Católica Romana: "el Papa no es y no puede ser la cabeza de la iglesia cristiana y no puede



ser el vicario ni de Dios ni de Cristo. En lugar de ello, es la cabeza de la iglesia detestable de los peores truhanes de la tierra, vicario del diablo, enemigo de Dios, adversario de Cristo, destructor de las iglesias de Cristo; ladrón de las arcas de la iglesia y ladrón eclesiástico de las llaves de todo lo bueno tanto de la iglesia como de los señores temporales; asesino de reyes e incitador del derramamiento de sangre; guardián de burdel sobre todos los guardianes de burdeles y canallas, aun de lo que no puede ser nombrado; un anticristo, hombre de pecado".

En la misma obra, este fiel y leal católico [pura ironía] detalló: "oh, Dios fiel, soy demasiado, demasiado insignificante como para escarnecer al Papa. Durante más de seiscientos años él se ha mofado sin lugar a duda del mundo y se ha reído de su corrupción en cuerpo y alma, de sus cosas y de su honor. No se detiene y no puede detenerse; como lo llama San Pedro en **2 Pedro 2: 14**, 'no se sacian de pecar'. Ningún hombre puede creer qué abominación es el papado. Un cristiano no necesita ser de poca inteligencia, tampoco, para reconocerlo. Dios mismo debe escarnecerlo en el fuego del infierno, y Pablo dice en **2 Tesalonicenses 2: 8** cómo nuestro Señor Jesucristo 'matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida'".

Lutero tituló esta obra, **Against the Roman Papacy as an Institution of the Devil** [Contra el papado romano como institución del diablo] [ojalá los teólogos y predicadores del protestantismo se acordaran de estas citas].

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 181, 182**

### 7.5. Las hijas de la ramera

El título de este acápite puede parecer desconcertante para algunos, duro para otros e injusto para la mayoría, pero es el nombre que Dios le da a las hijas de "Babilonia la Grande" que dice que es "madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra". Por eso, puede ser doloroso aceptarlo pero si una iglesia sigue a la iglesia originaria de la gran apostasía, y la sigue en sus doctrinas heréticas, pues es entonces también apóstata como ella y recibe el título de hija de esta. El papado ha dejado de ser, para los protestantes, el anticristo y se ha convertido en una iglesia cristiana, como otras, como ellas.

Los protestantes consideran hoy al romanismo con más favor que años atrás [esto fue escrito en la segunda mitad del Siglo XIX, imagínese hoy]. En los países donde no predomina y donde los partidarios del papa siguen una política de conciliación para ganar influjo, se nota una indiferencia creciente respecto a las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; entre los protestantes está ganando terreno la opinión de que, al fin y al cabo, en los puntos vitales las divergencias no son tan grandes como se suponía, y que unas pequeñas concesiones de su parte los pondrían en mejor inteligencia con Roma. Tiempo hubo en que los protestantes estimaban altamente la libertad de conciencia adquirida a costa de tantos sacrificios. Enseñaban a sus hijos a tener en aborrecimiento al papado y sostenían que tratar de congeniar con Roma equivaldría a traicionar la causa de Dios. Pero ¡cuán diferentes son los sentimientos expresados hoy!

Los defensores del papado declaran que la iglesia ha sido calumniada, y el mundo protestante se inclina a creerlo. Muchos sostienen que es injusto juzgar a la iglesia de nuestros días por las abominaciones y los absurdos que la caracterizaron cuando dominaba en los siglos de ignorancia [vea en los acápites finales lo que han sido capaces de hacer en los últimos siglos] y de tinieblas. Tratan de excusar sus horribles crueldades como si fueran resultado de la barbarie de la época, y arguyen que las influencias de la civilización moderna han modificado los sentimientos de ella.

¿Habrán olvidado estas personas las pretensiones de infalibilidad sostenidas durante ochocientos años por tan altanero poder? Lejos de abandonar este aserto lo ha afirmado en el Siglo XIX de un modo más positivo que nunca antes. Como Roma asegura que la iglesia "nunca erró; ni errará jamás, según las Escrituras" [(John Laurence Von Mosheim, **Institutes of Ecclesiastical History, Libro 3, Siglo XI, Parte 2, capítulo 2, nota 17**)], ¿cómo podrá renunciar a los principios que amoldaron su conducta en las edades pasadas?

La iglesia papal no abandonará nunca su pretensión a la infalibilidad. Todo lo que ha hecho al perseguir a los que rechazaban sus dogmas lo da por santo y bueno; ¿y quién asegura que no volvería a las andadas siempre que se le presentase la oportunidad? Deróguense las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los gobiernos civiles y déjesele a Roma que recupere su antiguo poder y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones.

Un conocido autor [Josiah Strong, ...in "Our Country", 46-48] dice, acerca de la actitud de la jerarquía papal hacia la libertad de conciencia y acerca de los peligros especiales que corren los Estados Unidos si tiene éxito la política de dicha jerarquía:

"Son muchos los que atribuyen al fanatismo o a la puerilidad todo temor expresado acerca del catolicismo romano en los Estados Unidos. Los tales no ven en el carácter y actitud del



romanismo nada que sea hostil a nuestras libres instituciones, y no ven tampoco nada inquietante en el incremento de aquél. Comparemos, pues, primero, algunos de los principios fundamentales de nuestro gobierno con los de la iglesia católica”.

“La Constitución de los Estados Unidos garantiza la libertad de conciencia. Nada hay más precioso ni de importancia tan fundamental. El papa Pío IX, en su encíclica del 15 de agosto de 1854, dice: ‘las doctrinas o extravagancias absurdas y erróneas en favor de la libertad de conciencia, son unos de los errores más pestilentes: una de las pestes que más se debe temer en un estado’. El mismo papa, en su encíclica del 8 de diciembre de 1864, anatematizó ‘a los que sostienen la libertad de conciencia y de cultos’ como también ‘a cuantos aseveran que la iglesia no puede emplear la fuerza’”.

“El tono pacífico que Roma emplea en los Estados Unidos no implica un cambio de sentimientos. Es tolerante cuando es impotente. El obispo O’Connor dice: ‘la libertad religiosa se soporta tan sólo hasta que se pueda practicar lo opuesto sin peligro para el mundo católico’... El arzobispo de Saint Louis dijo un día: ‘la herejía y la incredulidad son crímenes; y en los países cristianos como Italia y España, por ejemplo, donde todo el pueblo es católico y donde la religión católica es parte esencial de la ley del país, se las castiga como a los demás crímenes’.”...

“Todo cardenal, arzobispo y obispo de la iglesia católica, presta un juramento de obediencia al papa, en el cual se encuentran las siguientes palabras: “me opondré a los herejes, cismáticos y rebeldes contra nuestro señor (el papa), o sus sucesores y los perseguiré con todo mi poder””. [Josiah Strong, **Our Country**, capítulo 5, párrafos 2-4].

Es verdad que hay verdaderos cristianos en la iglesia católica romana. En ella, millares de personas sirven a Dios según las mejores luces que tienen. Les es prohibido leer su Palabra [mire hasta que época estaba prohibida la circulación de las Escrituras], debido a lo cual no pueden discernir la verdad. Nunca han visto el contraste que existe entre el culto o servicio vivo rendido con el corazón y una serie de meras formas y ceremonias. Dios mira con tierna misericordia a esas almas educadas en una fe engañosa e insuficiente. Hará penetrar rayos de luz a través de las tinieblas que las rodean. Les revelará la verdad tal cual es en Jesús y muchos se unirán aún a su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no está actualmente más en armonía con el Evangelio de Cristo que en cualquier otro período de su historia. Las iglesias protestantes se hallan sumidas en grandes tinieblas, pues de lo contrario discernirían las señales de los tiempos. La iglesia romana abarca mucho en sus planes y modos de operación. Emplea toda clase de estratagemas para extender su influencia y aumentar su poder [un adelanto de lo que está ocurriendo 150 años después], mientras se prepara para una lucha violenta y resuelta a fin de recuperar el gobierno del mundo, restablecer las persecuciones y deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno en todas direcciones... Véase el número creciente de sus iglesias y capillas en los países protestantes. Nótese en Norteamérica la popularidad de sus colegios y seminarios, tan patrocinados por los protestantes. Piénsese en la extensión del ritualismo en Inglaterra y en las frecuentes deserciones a las filas católicas. Estos hechos deberán inspirar ansiedad a todos los que aprecian los puros principios del Evangelio.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 619-622**

En 1995 se firmó un documento increíble (si tomamos en cuenta las posiciones históricas de las partes). Este documento se llama “**Evangelicals & Catholics Together: The Christian Mission in the Third Millennium**”. [Evangélicos y católicos juntos: la misión cristiana en el tercer milenio] y ha sido firmado “por influyentes evangélicos y católicos norteamericanos”. Lo increíble de este documento es que sostiene que las partes (catolicismo y protestantismo) se identifican una a la otra como parte del “**Cuerpo de Cristo**” es decir de la iglesia, afirman su “**unidad en Cristo**” e invitan a que sus respectivos fieles “**puedan luchar juntos "contra todos los que se oponen a Cristo y a su causa"**”. Solamente transcribir esto (ya lo había leído hace tiempo) me deja anonadado. Cómo pueden líderes del protestantismo estadounidense olvidar las profundas divergencias teológicas y el testimonio de la historia para asegurar que la iglesia romana pueda ser considerada como parte de “**Cuerpo de Cristo**”.

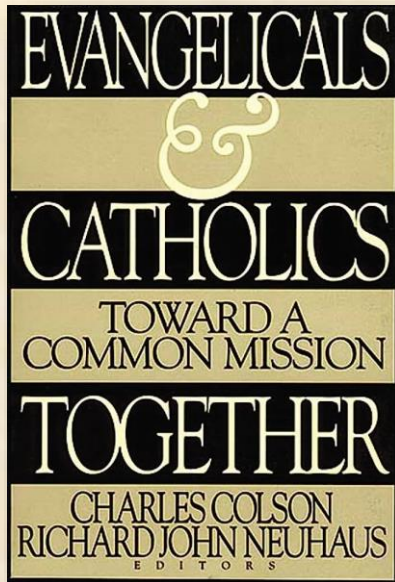
Claro... nos está faltando una incógnita en la ecuación para poder resolverla. El propósito de esta unidad, aunque parezca solamente parte del movimiento ecuménico (que rechazamos pues no se puede comprometer la verdad para lograr la unidad) es alcanzar el poder político. Y frente a este objetivo la verdad (para ellos) pasa a un segundo plano. Me gusta mucho la forma en que Goldstein, uno de mis autores favoritos, trata el tema.

Hace unos pocos años asistí por primera vez a un casamiento católico romano. La novia, vestida de blanco, colocó un ramo de rosas al pie de una estatua de María y luego se arrodilló delante de ésta. Más tarde, el sacerdote le regaló a la pareja una lámina enmarcada de Jesús que, dijo,



traería felicidad a los hogares en los que se la colgara en la pared. Aunque no dudaba de la piedad ni de la sinceridad ni de la novia ni del sacerdote durante la que fue una ceremonia emotiva y hermosa en muchos aspectos, cuando salí, estas convicciones rondaron mi mente: gracias a Dios por Martín Lutero [yo espero también agradecerle personalmente en los cielos, si llego allí]. Gracias a Dios por la Reforma Protestante. Gracias a Dios por los que murieron de manera que podamos tener un cristianismo bíblico en lugar de, bien, sea como sea que se llame, arrodillarse delante de una estatua y creer que un cuadro en la pared puede traer felicidad a un hogar.

Pensé en ese casamiento después de leer otra vez el documento **Evangelicals & Catholics Together: The Christian Mission in the Third Millennium**. [Evangélicos y católicos juntos: la misión cristiana en el tercer milenio] (ECT), firmado el año pasado [se refiere a 1995, vea la tapa del libro que escribieron sobre el tema los dos principales firmantes] por influyentes evangélicos y católicos norteamericanos, en el cual intentaron afirmar la unidad "en Cristo" de las dos comuniones de manera que los fieles puedan luchar juntos "contra todos los que se oponen a Cristo y a su causa".



Luego del alboroto inicial producido por el documento, algunos de los firmantes se echaron atrás (dos bautistas del sur fueron presionados para que borrarán sus nombres) y se hicieron declaraciones aclaratorias. La apologética más completa fue **Evangelicals & Catholics Together: Toward a Common Mission** [Evangélicos y católicos juntos: hacia una misión común] (Word Publishers, 1995), editada por **Charles Colson** [1931-2012, fue Consejero Especial del presidente Nixon, y estuvo en la cárcel como consecuencia del escándalo Watergate, por obstrucción a la justicia, convirtiéndose en evangélico en 1973] y **Richard John Neuhaus** [1936-2009, pastor luterano, convertido al catolicismo en 1990, activo promotor del ecumenismo], dos de los firmantes del ECT. Compuesta por seis ensayos, tres por firmantes católicos romanos y tres por protestantes, las 227 páginas explicaban las razones, los motivos y las intenciones detrás de cada una de las declaraciones más notables en siglos de relación entre protestantes y católicos.

Aunque se podría decir mucho acerca de cada ensayo, voy a comentar la pieza central de Chuck Colson: "The Common Cultural Task: The Culture Far From a Protestant Perspective" [La tarea cultural común: La cultura alejada de una perspectiva protestante]. Chuck Colson es un escritor evangélico de best-sellers, ganador del Premio Templeton al progreso en la religión y fundador y presidente de Prison Fellowship Ministries [Ministerios de camaradería en la cárcel]. He leído a Colson durante años, y a pesar de que estoy en desacuerdo con algunas de sus posturas, siempre he admirado su valor, inteligencia y compromiso cristiano.

Sin embargo, Colson comenzó citando a Francis Schaffer, ya fallecido: "la verdad exige enfrentamiento; un enfrentamiento amante, pero de todas maneras, enfrentamiento". La verdad, por cierto, exige enfrentamiento, esa es la razón por la cual estoy enfrentando el ensayo de Colson.

La verdad lo exige.

En su trabajo, Colson desarrolla elocuentemente un tema del cual ha hablado antes: el daño que ha hecho el relativismo en la sociedad moderna. Se lamenta por la pérdida de los primeros principios, la pérdida de absolutos, aun la pérdida del concepto de verdad mismo. "Porque la primera consecuencia del postmodernismo", escribió, "es la pérdida de la creencia en la existencia de la verdad misma. Y sin una creencia en la verdad, toda cultura desciende a la decadencia y al desorden [es muy difícil estar en desacuerdo con esta declaración]".

Con eso Colson ayuda a establecer la premisa de todo su trabajo: nosotros en Occidente estamos en una declinación moral porque ya no creemos en absolutos. Aunque no en forma tan bien definida como él lo hace (después de todo, Tomás de Torquemada [un "célebre" inquisidor] creía en absolutos; también John C. Salvi [un antiabortista que mató a tiros a dos personas e hirió a otras cinco en una clínica abortista, condenado a cadena perpetua, se ahorcó en la cárcel]), el argumento es decisivo y correcto. La pérdida de absolutos sólo puede llevar a la anarquía moral. De hecho, ya lo ha hecho.

Colson arroja el guante. Estamos en una guerra cultural de la cual depende el destino de nuestra civilización. Ya al comienzo divide a las ovejas y los cabritos [los buenos y los malos en la parábola de Jesús que se ha dado en llamar el juicio de las naciones] en esta batalla: "los



norteamericanos ya no pueden concordar en suposiciones morales e intelectuales fundamentales, o aun en una metodología común o un lenguaje común para discutir estos asuntos en juego. En un lado de estos y otros temas significativos están los que apelan a criterios objetivos, tales como la enseñanza bíblica, los principios de la ley natural o las costumbres tradicionales. Del otro lado están los que, habiendo rechazado todas las apelaciones más allá del interés propio, confían sólo en un criterio subjetivo: ¿cómo te sientes respecto a esto? Todos tienen que poder elegir".

Su argumento tiene fallas. ¿Desde cuándo, por ejemplo, las "leyes naturales" y "las costumbres tradicionales" son "criterios objetivos" para decidir la verdad? En su obra **Política, Aristóteles** argumentó desde la ley natural en favor de la esclavitud, y los antiguos fenicios tenían como "costumbre tradicional" sacrificar seres humanos. No obstante, Colson describe correctamente el enfrentamiento ideológico, cultural y social entre los que creen que existe la verdad y los que no lo creen. Son los absolutistas versus los relativistas, y Colson coloca a los protestantes conservadores y a los católicos romanos conservadores de un lado (los absolutistas) y a los cristianos liberales, a los posmodernistas, a los deconstruccionistas, a los posestructuralistas radicales y a los humanistas del otro lado (los relativistas). Éstas son las líneas de batalla.

Desafortunadamente, la vida nunca es tan sencilla, ni tampoco los argumentos de Colson en defensa de **Evangelicals & Catholics Together** (ECT) basados en esta premisa. De hecho, a pesar de afirmaciones reiteradas, tanto en ECT como en su ensayo acerca de cómo católicos y evangélicos no estaban "dispuestos a comprometer sus profesiones de fe", el mero hecho de haber firmado el documento y su enérgica defensa de él son compromisos en sí mismos.

Citando a Michael Novak, Colson escribió: "la verdad importa". Sin embargo, de lo que ha escrito, y a partir de la posición que ha tomado, lo que Colson realmente quiso decir es "sólo alguna verdad".

La falla fatal en su argumento es que al concentrarse sólo en la pugna entre los que creen en la verdad y los que no, su posición resta importancia a la pugna entre las verdades mismas.

Muchas "verdades" básicas y cruciales sostenidas por los católicos romanos y los evangélicos chocan en lo fundamental. Colson admite que las diferencias son "muchas y significativas", aunque no deben ser tantas ni tan significativas (a su modo de ver), porque más tarde expresa las diferencias meramente como "lo distintivo de sus respectivas tradiciones", como si todo lo que dividiera las dos "tradiciones" no fuera otra cosa que tradición (en otra fuente lo llama "peleas insignificantes"), o en las palabras de ECT, "conflictos inútiles y sin amor".

Lo lamento, pero la creencia protestante básica no es sólo tradición. Es verdad basada en la Palabra de Dios, y los temas en juego que separan al cristianismo bíblico del catolicismo romano no son "insignificantes" ni "inútiles" sino que son verdades fundamentales, verdades por las que Colson luchó fervientemente en una parte de su ensayo ("El mensaje de la iglesia", escribió, "es que existe la verdad, sea que a la gente le guste o no, una verdad intelectual, moral y espiritual"), y luego la convierte en nada por "lo distintivo de sus respectivas tradiciones" en otra parte.

Un ejemplo de que su declaración "la verdad importa" debería ser realmente "sólo alguna verdad importa", se encuentra en la amonestación que hace Colson a los evangélicos a enfrentar la cultura con la Palabra de Dios y el poder del evangelio: "para hacerlo, debemos volver a centrarnos en las doctrinas claves del cristianismo histórico. Esto significa reapropiarnos de nuestra herencia de La Reforma así como también de nuestra herencia como cristianos, que se remonta más atrás todavía, por medio de la iglesia primitiva hasta los apóstoles"...

¡En el mismo ensayo que llama a los evangélicos a reclamar "su herencia de La Reforma" Colson llama tanto a católicos como a protestantes a "unirse juntos en defensa de la verdad de nuestra fe compartida". Quizás me estoy perdiendo algo aquí, pero reclamar la herencia de la Reforma, considerando que la Reforma se basó en un rechazo directo de la enseñanza, la doctrina y la autoridad católica romana, haría necesaria una separación de Roma, no unirse con ella.

A los apologistas de este acercamiento católico-evangélico les gusta enfatizar que Lutero, por lo menos al comienzo, nunca quiso separarse de Roma. Pero la Reforma fue más que Lutero, así como el cristianismo es más que Pablo. La separación de Roma se convirtió eventualmente en el punto central de todo el movimiento, especialmente cuando los protestantes se convencieron a sí mismos, por el estudio ávido de la Biblia, de que la iglesia romana era el anticristo.

"Las profecías acerca del anticristo", escribió el historiador LeRoy Edwin Froom, "pronto se convirtieron en el centro de la controversia, al señalar los reformadores con el dedo acusador de la profecía, diciendo: tú eres el hombre de pecado. Roma fue declarada la Babilonia de Apocalipsis, y los pontífices papales en sucesión, el hombre de pecado predicho. La separación de la iglesia de





Roma y de su cabeza pontifical llegó a ser considerado como un deber sagrado, obligado. Se instó a los cristianos a obedecer la orden: '**salid de ella, pueblo mío**'. Para ellos, esta separación no era una separación de Cristo y de su iglesia, sino del anticristo. Este era el principio básico sobre el cual los reformadores prosiguieron su obra desde el comienzo".

A la luz del llamado de Colson a los evangélicos a reclamar la herencia que les dejó la Reforma, algunas citas de los principales reformadores les deberían ayudar a entender mejor cuál es esa herencia.

"Sí, ¿qué amistad tiene Cristo con el anticristo? Por lo tanto, no es legítimo llevar el yugo con los papistas. 'Salgan de entre ellos, y sepárense de ellos, dijo el Señor'" (Nicholas Ridley, reformador y mártir inglés [1550-1555]).

"No porque hagan alguna injusticia al papado, porque sé que en él obra la fuerza y el poder del diablo, es decir, del anticristo" (Ulrico Zwinglio, reformador suizo [1484-1531]).

"El gran anticristo de Europa es el rey de caras, el príncipe de hipocresía, el hombre de pecado, el padre de errores y el maestro de mentiras, el Papa romano" (John Bale, reformador inglés [1495-1563]).

"Daniel y Pablo predijeron que el anticristo se sentaría en el templo de Dios. Afirmamos que la cabeza de ese reino maldito y abominable, en la Iglesia Occidental, es el Papa" (Juan Calvino, reformador suizo [1509-1564]).

Dos extractos de uno de los escritos de Lutero, sin embargo, podrían ayudar a desprestigiar el mito creciente de que Lutero permaneció como un hijo fiel, aunque un poco descontento, de la Iglesia Católica Romana: "el Papa no es y no puede ser la cabeza de la iglesia cristiana y no puede ser el vicario ni de Dios ni de Cristo. En lugar de ello, es la cabeza de la iglesia detestable de los peores truhanes de la tierra, vicario del diablo, enemigo de Dios, adversario de Cristo, destructor de las iglesias de Cristo; ladrón de las arcas de la iglesia y ladrón eclesiástico de las llaves de todo lo bueno tanto de la iglesia como de los señores temporales; asesino de reyes e incitador del derramamiento de sangre; guardián de burdel sobre todos los guardianes de burdeles y canallas, aun de lo que no puede ser nombrado; un anticristo, hombre de pecado".

En la misma obra, este fiel y leal católico detalló: "oh, Dios fiel, soy demasiado, demasiado insignificante como para escarnecer al Papa. Durante más de seiscientos años él se ha mofado sin lugar a duda del mundo y se ha reído de su corrupción en cuerpo y alma, de sus cosas y de su honor. No se detiene y no puede detenerse; como lo llama San Pedro en **2 Pedro 2: 14**, '**no se sacian de pecar**'. Ningún hombre puede creer qué abominación es el papado. Un cristiano no necesita ser de poca inteligencia, tampoco, para reconocerlo. Dios mismo debe escarnecerlo en el fuego del infierno, y Pablo dice en **2 Tesalonicenses 2 : 8** cómo nuestro Señor Jesucristo '**matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida**".

Lutero tituló esta obra, **Against the Roman Papacy as an Institution of the Devil** [Contra el papado romano como institución del diablo].

Por esta razón, cuando Colson escribió: "en breve, Lutero se oponía sólo a lo que él consideraba corrupto en la iglesia medieval", estaba participando de un revisionismo histórico políticamente correcto, tan popular actualmente entre los evangélicos y los católicos ansiosos de unirse (note, escribió que Lutero se rebeló contra "lo que él consideraba corrupto"; Colson es políticamente tan correcto que ni siquiera puede adelantarse y nombrar directamente lo que era). Cualquiera que haya sido la corrupción que incitó a Lutero a la rebelión, rápidamente se volvió una convicción teológica, basada en la Biblia, de que el sistema romano no era sólo la novia de Dios (término bíblico que se usa para la Iglesia) en necesidad de purificación, sino que era, en efecto, "la ramera de Babilonia", el poder del anticristo mismo.

Es así como el llamado de Colson a reclamar la herencia legada por la Reforma, en un documento en el cual llama a la unidad con un sistema que la Reforma denunció unánimemente como el anticristo, prueba que su verdadera posición no es: "importa la verdad", sino: "sólo importa un poco de la verdad".

Otro punto donde se convierte a la verdad en víctima, tanto en el ensayo de Colson como en ECT, es por medio del argumento de que los católicos romanos y los evangélicos comparten suficientes verdades comunes como para ser "uno en Cristo".

Colson escribió: "lo que enfatizamos es que evangélicos y católicos afirman muchas de las mismas verdades. La deidad de Cristo, su muerte en la cruz por nuestros pecados, su resurrección



de la muerte, su segunda venida y la infalibilidad de las Escrituras. Estas verdades, afirmadas en ECT, proporcionan una base sólida para todos los cristianos. Los que pueden afirmar estas verdades tienen algo en común de significado monumental".

Por supuesto, los que sostienen estas verdades tienen, por cierto, más en común unos con otros que con, digamos, los mormones de Utah, los animistas de Borneo y los Santerías en el sur de Florida. Pero ¿qué es lo que hace que repentinamente, después de casi quinientos años, estas grandes verdades se conviertan en la base de la unidad? Los católicos y los protestantes han sostenido estas mismas verdades fundamentales durante todos estos siglos amargos desde la Reforma. Su creencia común en "la deidad de Cristo, su muerte en la cruz por nuestros pecados, su resurrección de la muerte, su segunda venida y la infalibilidad de las Escrituras", ¿no se consideraba suficiente como para detenerlos en sus asesinatos mutuos por causa de sus diferencias religiosas (y políticas) durante la Guerra de los Treinta Años? Los concilios romanos que condenaron a muerte



a millares de protestantes podrían, sin ninguna vacilación, haber afirmado estas mismas posturas. Mientras tanto, la adherencia de Roma a estas verdades no detuvo a los reformadores de denominarla unánimemente como el anticristo. ¡Y sin embargo ahora, repentinamente, estas creencias son solicitadas como la base para la "unidad en Cristo"!

Lo que vuelve aún más absurda esta pretensión es que un desacuerdo fundamental con respecto a una de estas verdades, la "muerte de Cristo en la cruz por nuestros pecados", es lo que comenzó la Reforma. A pesar de la gimnasia semántica entre católicos y otros protestantes con respecto a la justificación por la fe, ese problema fundamental no se ha resuelto. De hecho, las indulgencias (sólo mi ejemplo de cuán alejadas están las dos "tradiciones"), que contradicen flagrantemente el evangelio (y fueron

el asunto que incitó al comienzo la rebelión de Lutero), todavía se practican en la Iglesia Católica Romana. He aquí una cita tomada de un periódico católico romano en relación con un decreto del Vaticano en cuanto a esto: "el decreto emitido por la Oficina Apostólica Penitenciaria en respuesta a las preguntas recibidas de los obispos diocesanos dice que las indulgencias que ellos otorgan por las ondas aéreas son tan válidas como las que concede el Papa por la misma vía".

"Para ser eligible para las indulgencias, un católico también debe ir a confesarse, arrepentirse, recibir la comunión y orar por las intenciones del Papa".

"Las indulgencias plenarias, que eliminan todo castigo merecido por un pecado, son concedidas por el Papa por medio de las bendiciones apostólicas y pueden ser concedidas en nombre de él por los obispos locales, tres veces al año"...

Eso es mejor (quizá) que tener a Tetzl pregonando indulgencias fuera de Wittenberg para ayudar a pagar la construcción de San Pedro en Roma, pero no es "justificación por fe", en ningún sentido, bíblico o paulino. Y todo protestante orientado hacia el evangelio lo sabe. La pregunta es: ¿Miraría Chuck Colson al padre Richard Johnson Neuhaus a la cara y se lo diría? ¿Que todo depende de si "importa la verdad" o "sólo algo de la verdad"?

Otro supuesto punto de unión entre católicos y evangélicos es su creencia compartida en la "infalibilidad de las Escrituras". Colson realmente no puede creer esas palabras a menos que Neuhaus lo haya convencido de que Tobías, Judit, los Macabeos, el Eclesiástico y Baruc son infalibles, escritos sagrados al igual que Éxodo y Romanos. Los católicos romanos agregaron estos libros al canon, libros que los evangélicos consideran apócrifos, para que les ayuden a probar doctrinas como el purgatorio y la confesión auricular, que los evangélicos no reconocen como bíblicas. Y sin embargo, Colson afirma que los católicos y los evangélicos están unidos en su creencia en cuanto a la "infalibilidad de la Escritura", cuando ni siquiera están de acuerdo en qué constituye la Escritura y acerca de la inclusión de libros en la versión católica que los protestantes rechazan como no inspirados.

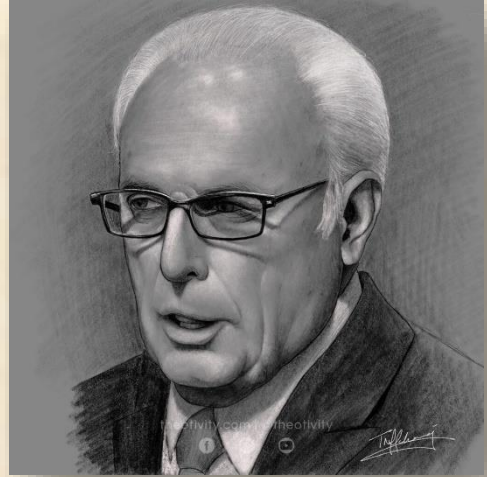
Quizás el compromiso de más largo alcance, el de mayores implicaciones prácticas y tangibles, sea la idea de que católicos y evangélicos deberían, escribió Colson, "trabajar juntos en la tarea común de evangelizar al mundo incrédulo". Esa es una declaración increíble, especialmente teniendo en cuenta que los evangélicos han considerado por años a los católicos romanos como un



campo maduro para la evangelización. Lo que Colson está diciendo, básicamente (y lo que dice abiertamente ECT), es que los evangélicos no necesitan predicar el evangelio a los católicos romanos; de hecho, en lugar de "robar ovejas" (como lo expresa ECT), deberían cooperar en la predicación del "evangelio" a los no creyentes.

La pregunta es: ¿no creyentes en qué? Si a Colson le satisface evangelizar al mundo con un cristianismo del más bajo común denominador, entonces su posición es válida. Si, por el otro lado, quiere difundir el evangelio de acuerdo con Lutero y con Pablo (en oposición a los cánones del Concilio de Trento), entonces, no importa cuán políticamente incorrecto suene yo, el "mundo no creyente" debe incluir también a los católicos romanos.

Recientemente, el autor y pastor John MacArthur [pastor no-denominacional, una de las voces sensatas en el protestantismo en Estados Unidos en relación con este asunto] comentó delante de una audiencia en vivo el tema del robo de ovejas suscitado por ECT, que promovía la idea de que por cuanto los católicos y los evangélicos son todos cristianos, no necesitan evangelizarse unos a otros. MacArthur denominó a esto "una declaración alarmante", y dijo que la iglesia que él pastoreaba estaba llena de excatólicos romanos que a menudo presentaban testimonios como este: "yo estaba en la Iglesia Católica. Asistí a la Iglesia Católica, crecí en ese sistema y nunca conocí a Cristo. Nunca conocí a Dios... La iglesia era el sustituto de Cristo, la iglesia tiene toda la autoridad. Absorbí mi vida en la iglesia, en el sistema, pero no tenía absolutamente ninguna idea en cuanto al conocimiento de Cristo o a la realidad del perdón de los pecados, ni del poder del Espíritu Santo en mi vida". MacArthur resaltó que muchos de estos excatólicos, luego de leer ECT, vinieron a él con lágrimas en los ojos diciendo: "si alguien no me hubiera dado el evangelio, nunca habría llegado a conocer al Señor Jesucristo".



Me pregunto cuál sería la respuesta de Colson a estas personas.

Colson está metido en esta cuestión complicada porque está tratando, no importa cuán sinceramente, de defender una premisa falsa, y eso es el documento ECT mismo. Si uno parte de una falsa premisa y errores inherentes, uno generalmente agrega más falacias al tratar de defender las primeras.

ECT, a pesar de su lenguaje religioso (y a pesar de sus fervientes negaciones), es esencialmente una declaración política. O si eso parece demasiado fuerte como afirmación, ECT surgió, por lo menos, de una necesidad política. El documento enfatiza que los católicos y los evangélicos tienen una fe compartida, y que usando esa fe compartida como base debieran unirse para perseguir el logro de "un ordenamiento correcto de la sociedad civil". En otras palabras, porque compartimos una fe común ("todos los que aceptan a Cristo como Señor y Salvador son hermanos y hermanas en Cristo"), porque ya estamos unidos en lo religioso ("hay una sola Iglesia de Cristo"), ¿por qué no usar esta comunidad para unirnos políticamente?

Esta es una postura falsa. Se ha revertido el orden. Ya tienen unidad política. ECT admite que su oposición compartida con respecto al aborto fue el catalizador para este nuevo descubrimiento de verse como hermanos y hermanas. El problema no es la política (eso es lo que los une), sino su fe radicalmente diferente. La religión ha dividido, y todavía divide, a católicos y evangélicos. Y ECT intenta sacar del camino estas diferencias religiosas, ya sea restándoles importancia o resaltando todos los puntos que las dos "tradiciones" tienen en común para que puedan seguir dedicándose al programa político compartido. Desafortunadamente, sus diferencias religiosas golpean el corazón y el alma no sólo de la Escritura misma, sino de su mayor verdad: el evangelio. Los evangélicos y los católicos romanos están predicando evangelios diferentes, y a pesar de puntos superficiales compartidos, en su centro son religiones radicalmente diferentes. La situación complicada en la que está metido Colson viene de no reconocer este hecho.

Se ha dicho que la política es el arte del compromiso. Eso puede funcionar bien para los que están sacando a martillazos asuntos políticos en habitaciones llenas de humo, pero es un desastre para la religión. Sin embargo, eso es exactamente lo que han hecho los evangélicos con ECT; trata



de política (y pasa mucho más tiempo tratando asuntos políticos y morales que teológicos), y es una prueba en blanco y negro de cómo la política corrompe a la religión. ¿Es coincidencia que uno de los evangélicos políticamente más activos de los Estados Unidos, Pat Robertson, haya puesto su firma en ECT? Por supuesto que no. Es conformidad con el curso de acción.

Estos evangélicos, por su deseo de unidad política, han puesto sus nombres en una declaración que los llama a refrenarse de predicar la justificación por fe, según fue enseñada por Lutero y por Pablo, a los católicos, y luego en la misma respiración niegan que haya alguna concesión. ¡Estas personas deben pensar que somos muy crédulos!

Resulta irónico también que el ensayo de Colson, lamentando la pérdida de la verdad y de los absolutos, resuma esa misma pérdida de la verdad y los absolutos. La posición de Colson ejemplifica exactamente lo mismo que él trata de cercar. El relativismo posmoderno se ha infiltrado más de lo que pensamos: ha alcanzado a las iglesias evangélicas. El ensayo de Colson lo prueba.

"Debemos demostrar", escribió Colson, "que hay una verdad antes de poder proclamar la verdad".

Bien. Pero antes de proclamar la verdad, Colson necesita diferenciarla de la falsedad.

¿Cómo puede hacerlo? Tengo una sugerencia, por lo menos para comenzar.

Que asista a un casamiento católico.

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 176-188**

Cuando leo esto, las palabras de **Ellen G. White** en **El Conflicto de los Siglos** se vuelven cada vez más precisas y premonitorias (el término sería proféticas) sobre la realidad que estamos viviendo hoy, y la que viviremos cuando el tiempo del fin se acerque más. Aunque la Nueva derecha fracasó de afirmarse en la segunda mitad de los 90s, lo cierto es que el pensamiento de compromiso protestante en favor de una unión política con el catolicismo no ha cesado. En este sentido, el protestantismo ha subvalorado a la iglesia romana y su poder y la influencia de su esplendor sobre los no conversos.

Los protestantes se han entremetido con el papado y lo han patrocinado; han hecho transigencias y concesiones que sorprenden a los mismos papistas y les resultan incomprensibles. Los hombres cierran los ojos ante el verdadero carácter del romanismo, ante los peligros que hay que temer de su supremacía. Hay necesidad de despertar al pueblo para hacerle rechazar los avances de este enemigo peligrosísimo de la libertad civil y religiosa.

Muchos protestantes suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es una serie de ceremonias áridas y sin significado. Pero están equivocados. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El culto de la iglesia romana es un ceremonial que impresiona profundamente. Lo brillante de sus ostentaciones y la solemnidad de sus ritos fascinan los sentidos del pueblo y acallan la voz de la razón y de la conciencia. Todo encanta a la vista. Sus soberbias iglesias, sus procesiones imponentes, sus altares de oro, sus relicarios de joyas, sus pinturas escogidas y sus exquisitas esculturas, todo apela al amor de la belleza. Al oído también se le cautiva. Su música no tiene igual. Los graves acordes del órgano poderoso, unidos a la melodía de numerosas voces que resuenan y repercuten por entre las elevadas naves y columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de producir en los espíritus impresiones de respeto y reverencia.

Este esplendor, esta pompa y estas ceremonias exteriores, que no sirven más que para dejar burlados los anhelos de las almas enfermas de pecado, son clara evidencia de la corrupción interior. La religión de Cristo no necesita de tales atractivos para hacerse recomendable. Bajo los rayos de luz que emite la cruz, el verdadero cristianismo se muestra tan puro y tan hermoso, que ninguna decoración exterior puede realzar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, o sea un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor delante de Dios.

La brillantez del estilo no es necesariamente indicio de pensamientos puros y elevados. Encuétranse a menudo conceptos del arte y refinamientos del gusto en espíritus carnales y sensuales. Satanás suele valerse a menudo de ellos para hacer olvidar a los hombres las necesidades del alma, para hacerles perder de vista la vida futura e inmortal, para alejarlos de su Salvador infinito e inducirlos a vivir para este mundo solamente.

Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado. La pompa y el ceremonial del culto católico ejercen un poder seductor, fascinador, que engaña a muchas personas, las cuales llegan a considerar a la iglesia romana como la verdadera puerta del cielo. Sólo pueden resistir su influencia los que pisan con pie firme en el fundamento de la verdad y



cuyos corazones han sido regenerados por el Espíritu de Dios. Millares de personas que no conocen por experiencia a Cristo, serán llevadas a aceptar las formas de una piedad sin poder. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean.

El hecho de que la iglesia asevere tener el derecho de perdonar pecados induce a los romanistas a sentirse libres para pecar; y el mandamiento de la confesión sin la cual ella no otorga su perdón, tiende además a dar bríos al mal. El que se arrodilla ante un hombre caído y le expone en la confesión los pensamientos y deseos secretos de su corazón, rebaja su dignidad y degrada todos los nobles instintos de su alma. Al descubrir los pecados de su alma a un sacerdote -mortal desviado y pecador, y demasiado a menudo corrompido por el vino y la impureza el hombre rebaja el nivel de su carácter y consecuentemente se corrompe. La idea que tenía de Dios resulta envilecida a semejanza de la humanidad caída, pues el sacerdote hace el papel de representante de Dios. Esta confesión degradante de hombre a hombre es la fuente secreta de la cual ha brotado gran parte del mal que está corrompiendo al mundo y lo está preparando para la destrucción final. Sin embargo, para todo aquel a quien le agrada satisfacer sus malas tendencias, es más fácil confesarse con un pobre mortal que abrir su alma a Dios. Es más grato a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne usando cilicios, ortigas y cadenas desgarradoras que renunciar a los deseos carnales. Harto pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a cargar antes de doblegarse al yugo de Cristo.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 622-624**

La aproximación de posiciones entre el protestantismo y el catolicismo es evidente en el documento ECT, pero aún sin él las evidencias de esto son muy grandes. Por otro lado, un estudio de las Sagradas Escrituras, una vuelta a las fuentes permitiría al mundo evangélico darse cuenta del carácter del papado y del camino a la perdición que está siguiendo al unirse con él. Así como el papado triunfo en una época de "tinieblas espirituales" lo hará también en este siglo de las "grandes luces intelectuales".

No sin razón se ha asegurado que en los países protestantes el catolicismo no difiere ya tanto del protestantismo como antes. Se ha verificado un cambio; pero no es el papado el que ha cambiado. El catolicismo se parece mucho en verdad al protestantismo de hoy día debido a lo mucho que éste ha degenerado desde los días de los reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, una falsa caridad las ha cegado. Se figuran que es justo pensar bien de todo mal; y el resultado inevitable será que al fin pensarán mal de todo bien. En lugar de salir en defensa de la fe que fué dada antiguamente a los santos, no parecen sino disculparse ante Roma por haberla juzgado con tan poca caridad y pedirle perdón por la estrechez de miras que manifestaron.

Muchos, aun entre los que no favorecen al romanismo, se dan poca cuenta del peligro con que les amenaza el poder y la influencia de Roma. Insisten en que las tinieblas intelectuales y morales que prevalecían en la Edad Media favorecían la propagación de sus dogmas y supersticiones junto con la opresión, y que el mayor caudal de inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general de conocimientos y la libertad siempre mayor en materia de religión, impiden el reavivamiento de la intolerancia y de la tiranía. Se ridiculiza la misma idea de que pudiera volver un estado de cosas semejante en nuestros tiempos de luces. Es verdad que sobre esta generación brilla mucha luz intelectual, moral y religiosa. De las páginas abiertas de la santa Palabra de Dios, ha brotado luz del cielo sobre la tierra. Pero no hay que olvidar que cuanto mayor sea la luz concedida, tanto más densas también son las tinieblas de aquellos que la pervierten o la rechazan.

Un estudio de la Biblia hecho con oración mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y se lo haría aborrecer y rehuir; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente a Dios para ser conducidos a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, desconocen tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar a Dios, pero que parezca recordarlo. El papado responde perfectamente a las necesidades de todas esas personas. Es adecuado a dos clases de seres humanos que abarcan casi a todo el mundo: los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Tal es el secreto de su poder.

Ha quedado probado cuánto favorecieron el éxito del papado los períodos de tinieblas intelectuales. También quedará demostrado que una época de grandes luces intelectuales es igualmente favorable a su triunfo. En otro tiempo, cuando los hombres no poseían la Palabra de Dios ni conocían la verdad, sus ojos estaban vendados y miles cayeron en la red que no veían tendida ante sus pies. En esta generación, son muchos aquellos cuyos ojos están ofuscados por el brillo de las especulaciones humanas, o sea por la "falsamente llamada ciencia"; no alcanzan a ver la red y caen en ella tan fácilmente como si tuviesen los ojos vendados. Dios dispuso que las facultades intelectuales del hombre fuesen consideradas como don de su Creador y que fuesen empleadas en



provecho de la verdad y de la justicia; pero cuando se fomenta el orgullo y la ambición y los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, entonces la inteligencia puede causar mayor perjuicio que la ignorancia. Por esto, la falsa ciencia de nuestros días, que mina la fe en la Biblia, preparará tan seguramente el camino para el triunfo del papado con su formalismo agradable, como el obscurantismo lo preparó para su engrandecimiento en la Edad Media.

En los movimientos que se realizan actualmente en los Estados Unidos de Norteamérica para asegurar el apoyo del estado a las instituciones y prácticas de la iglesia, los protestantes están siguiendo las huellas de los papistas... Más aún, están abriendo la puerta para que el papado recobre en la América protestante la supremacía que perdió en el Viejo Mundo.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 628-630**

Otro de los artículos destacados de Clifford Goldstein sobre la proximidad católico-protestante y el tema de la separación entre la iglesia y el estado es el que transcribo a continuación. Me parece no solamente muy lúcida su evaluación sino también muy concreta, al citar las palabras de los impulsores de estos movimientos.



Si hay alguien que debería mirar con favor los valores judeocristianos, ese soy yo, ¡un judío cristiano! Sin embargo, cuando la Nueva Derecha habla de poner en vigor una "ética judea-cristiana", me preocupo. ¿Qué en cuanto a los millones de norteamericanos que no son ni judíos ni cristianos? ¿Qué en cuanto a los judíos y a los cristianos (sin mencionar a los judíos cristianos) cuyo concepto de lo que comprende la ética judea-cristiana difiere de la de los que buscan hacerla cumplir por toda la nación?

Me preocupo porque las centenas de denominaciones cristianas de Norteamérica [algunos sostienen que hay unas 4.000 en el mundo] disienten acerca de todo lo imaginable. Los cristianos no concuerdan en la forma en la que vino Jesús, acerca de cuándo vino, por qué vino, qué hizo mientras estuvo aquí, adónde fue cuando partió, qué está haciendo ahora y que hará después. Los cristianos discuten con respecto a si Jesús es Dios o es hombre y acerca de la naturaleza de su ser como Dios-hombre. Discrepan con respecto a textos de **Daniel, Apocalipsis, Santiago, Juan, Deuteronomio, Malaquías** y todos los demás libros de la Biblia.

Y no es sólo protestantes versus católicos. Los bautistas discuten con los metodistas, los episcopales con los mormones, los testigos de Jehová con los luteranos y los pentecostales con los adventistas. Además, los católicos discuten con los católicos, los bautistas con los bautistas, los carismáticos con los carismáticos, que a su vez argumentan con los judíos, quienes discuten entre ellos. Así que en este ambiente, ¿la definición de judeocristiano de quién se convertirá en ley? ¿Y qué ocurrirá con los que discrepan?

En enero de 1986 asistí a una Conferencia Cristiana Acerca de Asuntos Mundiales en Washington, DC, patrocinada por Faith-America [Fe-América]. Centenas de pastores, educadores cristianos, líderes eclesiásticos y vendedores de libros religiosos estaban allí. Episcopales, presbiterianos, bautistas, católicos convertidos, metodistas carismáticos, un amplio espectro del cristianismo americano. Los oradores incluían al aspirante a la presidencia Jack Kemp, al secretario de educación William Bennett, al secretario del ejército John Marsh y a otros.

La conferencia otorgó a los participantes una visión global, desde una perspectiva conservadora, de la situación económica, política y militar mundial. Se ocupó de la iniciativa estratégica de defensa (Guerra de las Galaxias), de los sandinistas, del déficit, de la reforma impositiva, de la Unión Soviética, del terrorismo, de Ronald Reagan, del petróleo, de la política de inmigración, del SIDA, de la educación, del aborto y de otros temas. Compartí la preocupación acerca de la inmoralidad, la pornografía, el aborto [podemos hoy compartir estas tres], la agresión comunista y la economía, y aprecié las preocupaciones de estos patriotas cristianos conservadores con respecto a los peligros que enfrenta los Estados Unidos.

Sin embargo, también me preocupé por las reuniones mismas. En las charlas a las cuales asistí se difundía un tono, una corriente subterránea de militancia, política agresiva y agresividad. Prevalecía una falta de sensibilidad, por no decir hostilidad, hacia el concepto de separación entre Iglesia y Estado, así como animosidad contra el pluralismo de la democracia americana. Me preocupé por los amenes que escuché en la audiencia cuando el ex congresal John Conlan, anfitrión



de las reuniones, dijo que la Constitución de los Estados Unidos ni siquiera menciona "la separación entre la Iglesia y el Estado". (En ese momento un hombre sentado a mi lado me susurró: "las palabras 'separación entre Iglesia y Estado' aparecen en la Constitución rusa".)

¿Qué significa judeocristiana? Un orador, William Dannemeyer (Republicano por California), habló acerca del conflicto entre los cristianos y el humanismo secular. Usó la palabra que había sido la bandera de las reuniones judeocristianas. Me preguntaba exactamente qué quería decir él y otros con ese término, por lo que me acerqué hasta el micrófono e hice la pregunta:

- Congresista -pregunté-, comparto sus preocupaciones por Norteamérica. Pero cuando usted habla de judeocristiano, ¿no quiere decir realmente cristiano? Y cuando usted dice cristiano, ¿no quiere decir realmente protestante? Y cuando dice protestante, ¿no quiere decir realmente fundamentalista?
- Le diré lo que quiero decir con él -contestó-: los Diez Mandamientos.
- Mencionó "los primeros tres", que dijo que tenían que ver con la relación entre el hombre y Dios, y "los últimos siete", que tratan acerca de la relación del hombre con los demás. Yo conozco los Diez Mandamientos. Los primeros cuatro: "no tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen... No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano... Acuérdate del día de reposo", y tratan acerca de la relación del hombre con Dios. Al congresista le faltaba uno.

¿Qué mandamiento?

Entonces caí: ¡Dannemeyer estaba presentando la versión católica! Los catecismos en las escuelas secundarias católicas (y algunos catecismos luteranos) quitan el segundo mandamiento, que prohíbe la adoración de ídolos, y dividen en dos el décimo mandamiento. Cuando expliqué la discrepancia, Dannemeyer no pareció darse cuenta de la diferencia. Dijo que sabía sólo lo que se le había enseñado desde niño.

¡Exactamente lo que yo decía! Estas personas bien intencionadas quieren que Norteamérica siga los Diez Mandamientos. Pero ¿la versión de quién? Quieren que Dios vuelva a la escuela. Pero ¿el Dios de quién? ¿Y qué en cuanto a los americanos que tienen otros dioses delante de Jehová o aquellos cuyos dioses son de madera y piedra? Algunas personas observan el sábado como día de reposo; otras el domingo. Algunas no guardan ninguno. Algunos creen que los Diez Mandamientos fueron abolidos en la cruz. ¡Los cristianos ni siquiera concuerdan en algo tan fundamental como los Diez Mandamientos, y sin embargo quieren convertirlos en la ley de la Tierra! Si la Nueva Derecha trae la moralidad judeocristiana de vuelta a Norteamérica, ¿la interpretación de quiénes se querrá hacer cumplir?

Religión violenta.

A través de los últimos 2.000 años, millones han sufrido abuso, cárcel, tortura y aun la muerte porque sus convicciones religiosas diferían de la versión de cristianismo sancionada oficialmente. Por cuanto la Primera Enmienda le prohíbe al Congreso promulgar cualquier ley "con respecto al establecimiento de la religión", esta nación se ha ahorrado gran parte de la violencia y los disturbios que han agitado a casi todo el resto del mundo. Muchos afirman que con las salvaguardias que tenemos en este país, nunca podría haber persecución religiosa. Pero ahora, la Nueva Derecha, acusando a la Cláusula de Establecimiento de ser hostil a la religión, busca eliminar la mejor seguridad que tenemos contra la posibilidad de que la persecución religiosa se derrame sobre nuestras "olas de grano ámbar".

¿Cómo se sentirán los padres protestantes de Susy cuando vuelva a casa de la escuela pasando las cuentas de un rosario? ¿O cómo se sentirán los católicos cuando el pequeño Juan hable de José Smith y el ángel Moroni? ¿O cómo se sentirán los católicos y los mormones cuando los libros de texto protestantes de las escuelas públicas declaren que las cuentas del rosario y José Smith son del diablo? Establezcan una religión civil en Norteamérica, de cualquier tipo, bajo cualquier nombre, y los que discrepen de sus sustentadores serán condenados al ostracismo, alienados y perseguidos.

Después de interrogar al Sr. Dannemeyer, sentí un poquito lo que les espera a los que no se conformen a la Norteamérica judeocristiana de la Nueva Derecha. Ahora la audiencia se dio cuenta de que yo no era uno de ellos. Era una nota discordante en su himno de batalla por una nueva república. Era como si yo fuera un abusador de niños confeso o el mismo pérfido Norman Lear.

Más tarde hablé con una amiga cristiana a quien no había visto en años. Estaba emocionada con los planes de la Nueva Derecha para Norteamérica. Le expliqué mis preocupaciones en cuanto



a la libertad religiosa. Le advertí acerca del peligro que habría si la definición de moralidad judeocristiana de un grupo se convertía en ley, y de las dificultades que podrían causarles a los cristianos que no están de acuerdo.

No hay problema, Cliff dijo, -esperando mitigar mis temores-. Primero, nosotros los cristianos, tomamos el control del gobierno, y después podemos pelearnos entre nosotros.

Me preocupa.

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 271-276**

La lógica de la buena amiga de Clifford se estrella con que siempre quienes dispusieron del poder persiguieron a las minorías que no opinaban como ellos. En una encuesta sobre qué día se debe de guardar usted y yo seguro acertaremos (igual que casi todas las personas medianamente enteradas) que no será el sábado. En el pensamiento de la Nueva Derecha y entre los que impulsan el ecumenismo (que son más) el pensamiento siempre será imponer su pensamiento sobre el de los que no concuerde.

En un ómnibus de media distancia, azul y amarillo, que se dirigía a un aeropuerto de Tejas, me senté enfrente de una pareja joven. Ambos sostenían Biblias, y se veían tan bautistas del sur como yo judío. Inicé una conversación con ellos, y cuando la mujer me dijo que su esposo era abogado, mencioné que era editor de una revista que se ocupaba de la separación entre la Iglesia y el Estado.

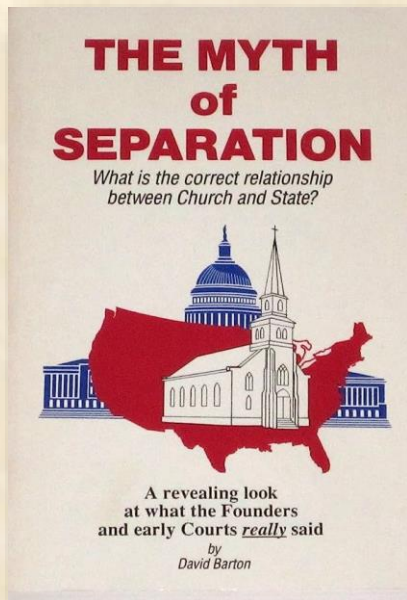
- ¿Separación entre Iglesia y Estado? -dijo él frunciendo el entrecejo-. ¿No debería tener yo la libertad religiosa para imponer mis creencias sobre otros?
- Ese ciertamente es un ángulo nuevo -respondí-, pero ¿y qué en cuanto a las libertades religiosas de los que no quieren que les impongan sus creencias?

Frunció el ceño nuevamente, y el intercambio terminó.

Un cambio simbólico

Esa conversación simbolizaba un cambio importante en el cristianismo americano conservador, lo cual tiene implicaciones proféticas: la nueva desconfianza de los protestantes conservadores, si no hostilidad descarada, hacia la separación entre la Iglesia y el Estado.

Dirigiéndose a 4.000 asistentes en Carolina del Sur, Pat Robertson ridiculizó la separación Iglesia-Estado: "es una mentira de la izquierda y no la vamos a soportar más".



Un libro popular entre la Nueva Derecha Cristiana, llamado **The Myth of Separation**, de **David Barton**, pregunta en la contratapa: "¿sabía usted que la separación entre la Iglesia y el Estado es un mito?"

El abogado Jay Sekulow, del Centro Americano para la Ley y la Justicia de Pat Robertson, escribió: "nuestro propósito debe ser esparcir el evangelio en el nuevo campo misionero que el Señor abrió, las escuelas públicas de enseñanza media. Sí, la así llamada 'muralla de separación entre la Iglesia y el Estado' ha comenzado a derrumbarse".

Y David Muralt, director de Ciudadanos para la Excelencia en Educación de Tejas, dice que la separación entre la Iglesia y el Estado es "una idea pagana. Es totalmente extraña a las bases de nuestro país. Nosotros éramos una sociedad cristiana".

Quizá el cambio más significativo ha ocurrido entre la denominación protestante más grande de los Estados Unidos, los Bautistas del Sur. En años recientes sus líderes se han desviado de la posición bautista histórica como adherentes firmes a la separación Iglesia-Estado y han adoptado en su lugar la posición de la Nueva Derecha. De acuerdo con el bautista Bill Moyers, los líderes de la Convención Bautista del Sur "se han comprometido en una estrategia partidaria de la unión entre la Iglesia y el Estado, que también convierte en una burla los principios bautistas históricos de libertad religiosa".

Esta giro completo es todavía más notable, considerando la historia bautista temprana. Los bautistas enfrentaron una persecución terrible tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, lo que



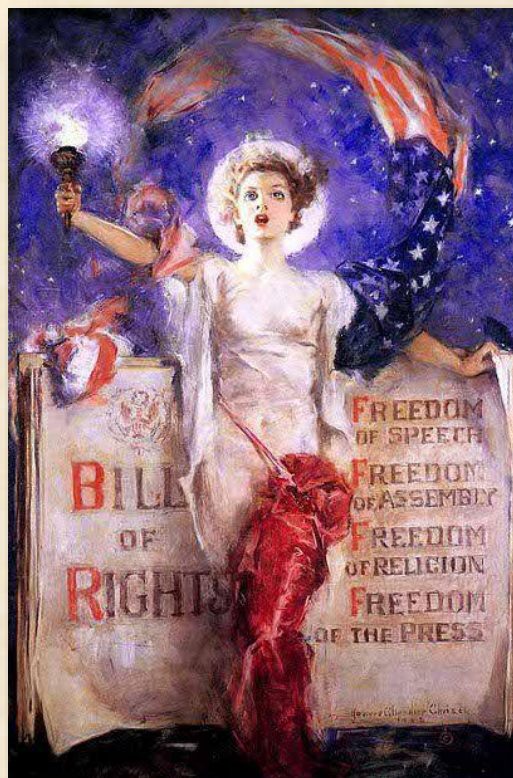


explica su defensa anteriormente ferviente de la separación entre la Iglesia y el Estado. Los bautistas de Virginia fueron los que presionaron a James Madison para que incluyera en la Constitución de los Estados Unidos la Declaración de Derechos protegiendo la libertad religiosa.

¿Por qué el ataque?

Los ciudadanos norteamericanos [inclusive los del mundo entero], entonces, pueden agradecerles a los cristianos, específicamente a los bautistas, por la inclusión de los principios de separación entre Iglesia y Estado de la Primera Enmienda en la Constitución de los Estados Unidos. ¿Por qué entonces muchos cristianos, incluyendo a muchos bautistas, están liderando ahora un ataque contra ella?

Los bautistas de Virginia de la época de Madison querían la separación entre la Iglesia y el Estado por una razón: como minoría estaban sufriendo persecución sin esa separación. Fueron encarcelados, multados, azotados y golpeados por negarse a adherir a los deseos de la iglesia establecida en Virginia, la Iglesia Anglicana. En tanto la Iglesia establecida y el Estado permanecieran unidos, la iglesia anglicana usaría el brazo fuerte del estado para imponer, en diversos grados, sus dogmas y decretos. Los bautistas se negaron a aceptar esto, encontrándose así en conflicto con la ley.



En contraste con los bautistas de Virginia, la iglesia anglicana apoyaba claramente la connivencia entre iglesia y estado, argumentando que el cristianismo era crucial para inculcar los valores y la moral necesarios para mantener la sociedad civilizada. Por lo tanto, razonaban, el Estado estaba obligado a mantener a la iglesia establecida. Los anglicanos declararon que las "penurias que tales regulaciones puedan imponer sobre los individuos, o aun cuerpos de personas, no debieran ser consideradas".

Esta misma actitud aparece entre muchos cristianos hoy, especialmente los que forman la mayoría, tales como los cristianos de la Nueva Derecha y los bautistas del sur. Como los anglicanos de la iglesia establecida de Virginia, estos grupos están ahora atrincherados, firmes y seguros, en la sociedad norteamericana. No son, por ejemplo, como los observadores del sábado, cuyo número es relativamente pequeño y no tienen la influencia electoral para influir sobre la legislación como lo está haciendo cada vez más la Nueva Derecha.

Barreras actuales de protección

La Nueva Derecha no desea la separación entre Iglesia y Estado más de lo que la deseaban los anglicanos de Virginia. ¿Por qué? Porque no importa cuánto poder electoral y político gane la Nueva Derecha, la separación entre la Iglesia y el Estado forma una barrera contra la imposición por ley del dogma religioso a la nación. Por lo tanto, quieren dismantelar la barrera porque aun con todo el poder político y mayoritario posible, no pueden romper el principio constitucional de separación encarnado en la Declaración de Derechos.

"El propósito mismo de la Declaración de Derechos", escribió el ex juez de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, Robert Jackson, "era retirar ciertos temas de las vicisitudes de la controversia política, colocándolos más allá del alcance de la mayoría y de los funcionarios y establecerlos como principios legales para ser aplicados por las cortes. El derecho que uno tiene a la vida, a la libertad, a la propiedad, a la libertad de expresión, a la libertad de prensa, a la libertad de culto y asamblea y otros derechos fundamentales no pueden estar sujetos a voto; no dependen del resultado de alguna elección'?

De acuerdo con la profecía, sin embargo, esos derechos, por lo menos los relacionados con la libertad de culto, no permanecerán "más allá del alcance de la mayoría y de los funcionarios". En **El Conflicto de los Siglos**, Elena de White afirma claramente que "hasta en los Estados Unidos de



la libre América se verá a los representantes del pueblo y a los legisladores tratar de asegurarse el favor público doblegándose ante las exigencias populares por una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia que tantos sacrificios ha costado no será ya respetada"...

¿Una "exigencia popular" para imponer el domingo? Esta es la tiranía de la mayoría en su peor forma. **Apocalipsis 13**, hablando de la misma persecución inminente, dice que "se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase" (versículo 15).

Sin embargo, en tanto la separación entre Iglesia y Estado permanezca como un principio fundamental de la ley norteamericana, la persecución religiosa bosquejada en **Apocalipsis** y en los escritos de Elena de White no se puede materializar.

Por esta razón, la hostilidad de la Nueva Derecha a la separación Iglesia-Estado podría tener implicaciones proféticas. Algunos norteamericanos siempre se han opuesto a la separación entre la Iglesia y el Estado, pero generalmente han constituido un grupo marginal, no un movimiento, que de acuerdo con un informe del 14 de agosto de 1994 del Washington Post, se ha convertido en "la organización más poderosa" dentro del Partido Republicano.

Por cierto, aun con el muro de separación, la Nueva Derecha ha sido capaz de obtener victorias políticas impresionantes, especialmente según lo observado en las elecciones de 1994. Si la Nueva Derecha ha tenido tanta influencia hasta ahora, ¿qué podría hacer una vez que se derrumbe la muralla que divide a la Iglesia del Estado?

No sabemos exactamente qué será lo que cause el cumplimiento de la profecía. Sólo sabemos que los principios de separación, que le han dado libertades a los ciudadanos de los Estados Unidos que la mayoría de las personas a lo largo de la historia sólo han soñado, serán reemplazados. Lo que vendrá será un sistema de "libertad religiosa" que, como imaginaba el abogado en el autobús del aeropuerto, permite a los que están en el poder imponer sus ideas religiosas sobre los demás.

Era lo suficientemente joven, también, como para que viese cumplida su visión.

**Clifford Goldstein, Como Fuego entre mis huesos, 222-227**

## 7.6. Las persecuciones del papado

Un análisis acerca del papado y sus características reales estaría incompleto sin presentar lo que ha sido la actitud de este injusto poder contra aquellos que disienten de su doctrina perversa. Esta forma de accionar del romanismo no ha ocurrido únicamente en el pasado, la Edad Media y la Edad Moderna, sino que ha continuado hasta tan cerca de nosotros como para formar parte de la historia del Siglo XX. No puede entonces afirmarse que las acciones persecutorias de este nefasto poder dependieron de la relativa violencia o falta de desarrollo de las épocas más oscuras, sino que lamentablemente es una forma de actuación que forma parte de su propio credo.

En este y los siguientes acápites veremos como la curia romana se ha aliado con o tolerado a los peores regímenes con tal de perseguir a quienes considera sus enemigos: todos aquellos que se oponen a su doctrina. Debo advertir, sin embargo, que la lectura de algunas de estas citas puede ser muy dura por la violencia que incorporan, pero no hay otra forma para desenmascarar al "hombre de pecado" y lo que ha sido capaz de hacer para aniquilar a sus opositores.

Haremos este recuento de la Edad Media en adelante, sin repetir lo que ya mencionamos en este y otros tratados sobre la persecución de la iglesia romana a disidentes como Lutero, Melanchton o Calvino que pudieron escapar casi indemnes. Otros tuvieron que verse con los medios de los que siempre dispuso la iglesia romana para tratar a los que se oponen,

### 7.6.1. Los amigos de Dios, mal llamados cátaros

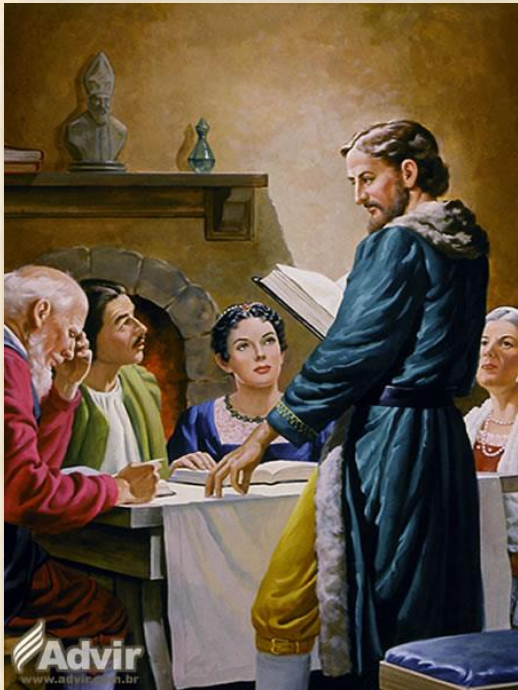
Los llamados cátaros o albigenses del sur de Francia fueron exterminados en el Siglo XIII luego que el papado puso en acción toda su maquinaria político-militar para perseguir a sencillos cristianos que se llamaban a sí mismos "los amigos de Dios".

El problema que ahora se tiene es cómo referirse a ellos sin confundir al lector, ya que esos fueron los términos que se usaron por siglos tanto para referirse a esos cristianos auténticos del medioevo como a sus creencias. Me gusta el término con que ellos mismos se denominaban de "amigos de Dios", con el agregado de "mal llamados cátaros o perfectos". Un problema semejante se levanta con la nomenclatura de "herejes". O'Shea prefiere seguir usando el término "herejes" para referirse a los "amigos de Dios" no en el sentido de depravación, sino de desacuerdo o



disconformidad con el pensamiento prevaleciente del catolicismo medieval... Ya que, según los descubrimientos de los pocos manuscritos auténticos que se descubrieron de ellos en el Siglo XX, las creencias de los cátaros no fueron depravadas como pretendieron hacernos creer los inquisidores, “como una quinta columna de un reavivamiento maniqueo”, sino que fueron auténticos “cristianos medievales”..., adelantados en muchos aspectos a su época...

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 3**



En realidad, queda más o menos claro que los cátaros no eran precisamente una iglesia estructurada como las que conocemos hoy. Los historiadores más bien los identifican como cristianos que se negaban a aceptar los dogmas papales y que mantenían su independencia de la sede papal pues dependían de su comprensión de la Palabra de Dios.

Finalmente, el debate se da ahora en saber “si el catarismo constituyó una iglesia, esto es, una jerarquía independiente con reglas, dogmas y organización coherentes”... Se sabe que los oponentes a la jerarquía de Roma en el sur de Francia especialmente tuvieron sus concilios para tratar de aunar sus creencias que buscaban basar en la Biblia (**Will Duran, The Age of Faith, 773**), pero no parece haber nada contundente para probar que formaban parte de una organización religiosa. Para sorpresa de los historiadores, algunos nombres de los que se encontraron en la masacre de Béziers, según la lista que preparó el obispo que dirigió la cruzada contra ellos, eran Valdenses, lo que prueba una vez más que todos esos grupos cristianos disidentes de Roma estaban de alguna manera relacionados...

Algo semejante se discute hoy en relación con el origen de los Valdenses y su verdadera identidad, a quienes Roma se preocupó por vincular con Pedro

Valdo para ocultar su antigüedad mucho mayor (**Le Roy Edwin Froom, The Prophetic Faith of Our Fathers, Tomo I, 830**). El nombre Pierre Vaudoix tiene que ver con Pedro de los Valles, quien junto con los demás valdenses que lo precedieron, habían sido identificados con los valles del Piamonte donde se encontraban. Estaban también los “Hombres pobres de Lyon” que combatían la lujuria y pomposidad de los prelados católicos, y numerosos otros grupos independientes que aparecen en los manuales de la Inquisición, que sumaron en su momento más de un millón de adherentes. Esos grupos se expandieron por toda Europa y tenían en común la Biblia como única regla de autoridad en materia de fe y conducta, y el rechazo rotundo a la pretensión de la jerarquía romana como siendo la única con derecho a interpretar la Palabra de Dios. La Iglesia papal tembló ante lo que consideró un real peligro para su preeminencia, y no trepidó en emprender la más espantosa y cruel maquinaria de destrucción contra ellos para conservarse como la única autoridad absoluta e indiscutible de la religión.

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 4, 5**

El testimonio que la historia tiene de estos sencillos cristianos, por lo general agricultores, artesanos o comerciantes, es que mostraban un enorme contraste con la pompa y corrupción de la iglesia romana, de la que no aceptaban sus doctrinas o la inmoralidad de sus prelados.

“Las mujeres cátaras, contrariamente a los hombres, raramente viajaban para predicar. En su lugar establecían grupos de hogares para las hijas, viudas inclusive de la pequeña nobleza y de las clases artesanas. Las niñas iban a ser criadas y educadas en esos hogares para salir al mundo, casarse y criar niños que iban a llegar a ser también, inevitablemente, creyentes en la fe de sus madres”... Siendo que el liderazgo espiritual mal denominado por sus enemigos de “perfecto”, también estuvo al alcance de las mujeres, muchas adoptaron esa vida de rigor tan pronto como llegaron a una edad mediana. Al mismo tiempo, y siendo que no tenían iglesias, los hogares que tales mujeres de Dios administraban se transformaban en el centro del culto que dirigían esas madres, y a donde solían venir los predicadores de las ciudades.

Es obvio que el tremendo éxito y crecimiento de los “amigos de Dios” se debió a ese culto del hogar, que se ampliaba hasta incluir otros hogares que encontraban en tales encuentros, verdadera fortaleza y solaz espiritual. En esa zona sur de Francia, en numerosos establecimientos fortificados, pasaron a constituir la tercera parte y hasta la mitad de la población, cuando no la mayoría según el



lugar... Cuando el obispo Fulk de Tolosa (Toulouse), uno de los más enconados enemigos de los “amigos de Dios”, reprochó a un caballero católico por no castigar a los herejes, éste le replicó: “no podemos. Hemos sido criados en su medio. Tenemos parientes entre ellos y los vemos vivir vidas de perfección”. Era demasiado pedir para cualquiera que aprehendiese a su madre, algo que explica, a su vez, el por qué hubo tanta resistencia en esa zona, aún por parte de los católicos, en aceptar las bulas papales que los condenaban a la hoguera...

Así, las mujeres llegaron a poseer un lugar honorable en la sociedad del Languedoc, algo que contrastaba tan grandemente con el papel que le daba la Iglesia Católica a la mujer. Los hogares que ellas administraban mantenían las puertas abiertas a todo el mundo, dándoles la bienvenida para escuchar la Palabra de Dios. Esos hogares no se transformaban en monasterios, sino en centros de labor tanto manual como espiritual. Esa vida doméstica, activa y práctica, evitaba a su vez que se diesen entre los “amigos de Dios”, los típicos cuentos milagrosos presuntamente inspiradores del medioevo, las visiones populares fantasmagóricas, las masacres y devastación de los opositores, así como todas las otras cosas negativas que acompañaban a las manifestaciones populares fomentadas por el catolicismo romano de la época...

También a diferencia del norte de Francia, donde toda la herencia pasaba al hijo mayor, entre los “amigos de Dios” del Languedoc se dio un sistema de partición de la herencia equitativo entre los hijos, y en donde las mujeres podían gozar de cierta independencia que no hubieran podido tener en las demás comunidades europeas. “Mujeres nobles fundaban, mantenían y conducían hogares cátaros”. Aún el conde Raymond Roger, cuando su esposa le pidió dedicarse exclusivamente, junto con otras tres mujeres nobles, a una vida plena de liderazgo espiritual recibiendo el rito de ordenación, el conde no se lo prohibió.

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 6, 7**

Dentro de los principios de vida que diferenciaba radicalmente a los albigenses de los seguidores del papa era el relativo a la pureza sexual. Mientras que el clero, y consecuentemente el pueblo que lo seguía, era proclive a la lujuria y a una vida desordenada en otros aspectos, incluyendo el uso del alcohol y la glotonería, asuntos que eran denunciados en la predicación de los cátaros en los pueblos.



Debe dejarse en claro que los “amigos de Dios” requerían pureza sexual. Condenaban la inmoralidad como el adulterio y la fornicación en una época relajada en donde la corrupción del sacerdocio católico, aún papal, estaba generalizado. El clero romano vendía para esa época indulgencias, los obispos vendían los óleos santos y las reliquias, y hasta se jugaban las penitencias a los dados. Otros abrían tabernas utilizando el alzacuello como muestra del establecimiento, las monjas organizaban fiestas y erraban de noche por las calles; las órdenes religiosas, tanto masculinas como femeninas, tomaban amantes, etc. [Edward Burman, **Los secretos de la Inquisición. Historia y legado del Santo Oficio, desde Inocencio III a Juan Pablo II...**, 18].

“Esta era la hora más oscura del papado, cuando los pontífices se sucedían unos a otros con pasmosa frecuencia, y cuando papas y obispos habían llegado a ser señores feudales en cada intriga que se armaba”, reinando la corrupción “en los oficios más altos de la Iglesia” [Justo L. González, **The Story of Christianity...**, Tomo I, 279]. Muchos sacerdotes podían estar de acuerdo con Bernardo de Clairvaux, quien encontraba grandes dificultades para llegar a la santidad, al punto de reconocer que “estar siempre con una mujer y no tener relaciones sexuales con ella es más difícil que levantar un muerto...” De allí que, como ya vimos, muchos terminasen considerando a la mujer como fuente de corrupción.

En medio de un contexto tal, jamás podrá dejar de sorprender la manera de detectar la presunta herejía cátara que se dio en un incidente que tuvo lugar cerca de Rheims, cuando un clérigo llamado Gervasio de Tilbury que cabalgaba con el arzobispo y algunos señores prelados, encontró una joven bonita que trabajaba sola en una viña. Ralph de Coggeshall, el cronista, tocado por la “lasciva curiosidad de un hombre joven”, cuenta el episodio que le contó el clérigo una vez que llegó a ser canonista. El clérigo se dirigió a la joven y la saludó, preguntándole cortésmente de dónde



venía, quiénes eran sus padres, y qué estaba haciendo ella sola allí. Luego de contemplar su belleza por un rato, le habló galantemente de los placeres de hacerse el amor. Ella se dio vuelta y le dijo que iba a permanecer siempre como una virgen. Ante la insistencia del clérigo, la joven insistió en que su cuerpo no debía corromperse. Gervasio trató de hacerla cambiar de parecer, con el intento de no recibir una negativa como respuesta. Los intentos de Gervasio atrajeron la atención del arzobispo que cabalgaba alrededor y que se escandalizó, no por la conducta inmoral del clérigo, sino por la fe de la joven. Ordenó arrestarla y la llevó a Rheims para interrogarla. La joven rehusó retractarse y, por consiguiente, fue quemada en la hoguera...

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 7**

No solamente es penoso escuchar esta historia por las consecuencias funestas para la bella y virtuosa joven, sino para comprobar (una vez más, como si hiciera falta) la corrupción del clero, que no vaya a pensar, como veremos más adelante, que haya cambiado hoy. Los intentos iniciales de someter a los cátaros bajo el dominio de Roma en base al diálogo estaba destinado a fracasar, porque estos buenos cristianos no podían comprometer sus principios. Se levantaría entonces la espada contra ellos...

En contraste con la opulencia y pomposidad del clero romano de la época, la vida de los predicadores ordenados mal llamados “perfectos herejes” por Roma, era sacrificada y austera. Por 1150 DC se los podía ver caminando en pares por los ríos y senderos del Languedoc, con una correa delgada de cuero alrededor de la cintura de sus ropas negras. Establecían negocios en las ciudades y aldeas, a menudo como tejedores. No eran monjes mendicantes. Se los conocía por su trabajo arduo y honesto. No pedían nada, ni limosnas ni mantenimiento. Lo único que buscaban era oyentes.

Hasta donde sepamos, el único rito que practicaban era el consolamentum, por el cual el creyente común pasaba a ser ordenado [como hoy para el pastorado] para otorgar el “consuelo” a otros antes de dejar esta vida, algo equivalente a la extrema unción. Los que así eran ordenados, podían además bautizar y ordenar a otros al ministerio.

En una generación estos humildes y sacrificados predicadores lograron convertir a miles. Aunque estuvieron grandemente representados por toda Europa, lograron afincarse con mayor fuerza en el Languedoc... Raynier, un exministro ordenado de los “amigos de Dios” declaró que había unos 2.550 predicadores (mal llamados Perfectos) hacia el final de la primera mitad del Siglo XIII solamente en Lombardía y Toscana. En el sur de Francia -para entonces ya se habían dado las grandes masacres de los cruzados contra numerosas poblaciones del Languedoc- quedaban unos 200 predicadores [Bernard Hamilton, *The Medieval Inquisition...*, 78]. “Los creyentes”, sin embargo, sobrepasaban en forma abrumadora a los pocos santos a los que la iglesia iba a tildar más tarde de “perfectos herejes”... “Mientras que pocos iban a tener suficiente resistencia física como para vivir como predicadores ordenados, los denominados despectivamente como “credentes” se contaban por miles”...

La vida honesta, que desdeñaba todo afán de lucro y de explotación de los fieles, contrastaba grandemente con el clero corrompido de la época que vivía en el lujo y el despilfarro. En su no fingida pobreza, los “amigos de Dios” presumían representar al Hijo de Dios quien no tuvo cuevas como los zorros, ni nidos como las aves, y anduvo caminando por los senderos de Palestina predicando el reino de Dios sin tener dónde reclinar su sien. El poder de su predicación fue tan poderoso que el papa Inocencio III se angustió y temió por el destino de la Iglesia Romana, y la extensión que podría tomar la rebelión contra su pretendida supremacía sobre pueblos y reinos.

El fracaso del papa y de los monjes que fueron con la intención de convertirlos se vio patente en 1204, luego del debate que se llevó a cabo entre los “amigos de Dios” y los católicos en Carcasona. Ese debate se dio por la negativa de los príncipes del sur de Francia en condenarlos. Aun así, los gobernantes y señores de Carcasona fueron forzados a jurar fidelidad a la Iglesia, so pena de excomunicación inmediata. El debate contó con un jurado compuesto por 13 “cátaros” y 13 católicos. Al concluir, los prelados papales conminaron a los “amigos de Dios” a obedecer a Roma en forma incuestionable, destacando la bondad de la sumisión y la necesidad de una autoridad absoluta. Esa forma autoritaria de concluir el debate no iba a caer bien, por supuesto, en el Languedoc, sobre un pueblo que se había acostumbrado a vivir en libertad. Por tal razón, los tres monjes cistercienses que lideraron el debate de parte del catolicismo romano concluyeron en Montpellier, en la primavera de 1206, que su gestión había fracasado...

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 9, 10**

Los “amigos de Dios” habían estado siendo quemados en grandes cantidades en Alemania y en otros lugares. Las amenazas papales para el sur de Francia, sin embargo, eran letra muerta y los católicos se veían obligados a enfrentar discusiones y debates públicos. Finalmente Pedro de Castelnau, monje cisterciense y legado papal para el Languedoc, perdió la paciencia y, en lugar de llamar a mercenarios como antes para ataques privados, ordenó a la nobleza inferior, en la primavera



de 1207 DC, perseguir a los herejes. El conde Raymond de Tolosa, el hombre más fuerte del Languedoc rehusó y Pedro de Castelnau lo excomulgó en forma inmediata en una convocación pública. Sus palabras contra el conde fueron: “el que te quite las posesiones será considerado virtuoso, y el que te hiera de muerte ganará una bendición”... El conde prometió entonces cumplir con esa obligación sin tener, sin embargo, la más mínima intención de castigar a su propio pueblo. En agosto de ese año era perdonado.

Pasó el verano y llegó el otoño sin que se diese ningún cambio, razón por la cual fue excomulgado otra vez. La Iglesia invitó esta vez a toda Europa a apoderarse de todo lo que le pertenecía al conde con la bendición del papa. Se lo acusaba de robar propiedades de la Iglesia, ofender a los obispos, ultrajar a los abades, usar mercenarios, dar cargos públicos a los judíos y apoyar a los despreciables cátaros. Raymond trató de negociar de nuevo pero, según la correspondencia de Inocencio III, tales negociaciones no condujeron a ningún lado. Según el papa, Raymond habría terminado amenazando al legado papal físicamente (una impaciencia semejante a la del rey Enrique II de Inglaterra para con el arzobispo Becket que se oponía al juicio secular del clero requerido por el rey).

Pedro de Castelnau se dirigió entonces a Roma con su gente para llevar el informe de lo sucedido, pero un desconocido lo alcanzó y lo asesinó en el camino. La Iglesia acusó a Raymond de asesinato, pero éste siempre negó haber cometido algo que ver con el crimen. El 10 de mayo de 1208 Inocencio III volvió a llamar a una cruzada del norte de Europa contra los príncipes de Languedoc. Para tal prédica comisionó al “iracundo” Arnoldo Amaury, jefe de la orden monacal cisterciense y plenipotenciario papal en Languedoc, y a Fulk de Marsella, obispo de Tolosa, ambos fanáticos perseguidores de los “amigos de Dios”.

Amaury y Fulk fueron por toda Europa pidiendo apoyo para tal cruzada, pero ningún rey ni emperador quería iniciar una guerra contra gente con la cual no tenían confrontación alguna. Además, si los príncipes del sur se unían, los del norte corrían el riesgo de debilitarse y perder terreno en sus permanentes querellas entre ellos. Ya hacía casi diez años que el papa había estado solicitando tal cruzada... Ahora había llegado el momento para la iglesia de insistir interminablemente hasta lograr sus objetivos. Por todo ese año la insistencia de estos dos prelados papales se hizo sentir, hasta que el rey Felipe Augusto de Francia cedió.

Decenas de miles acompañaron a los más poderosos hombres del rey en su marcha macabra hacia el sur, mientras Raymond aceptaba la humillación de ser azotado con la espalda desnuda y en público, ante veinte obispos, y juraba sobre las reliquias sagradas su permanente obediencia al papa y a sus legados... Raymond debía renunciar también a todo derecho sobre cualquier aspecto religioso en sus dominios, entregar siete de sus castillos, permitir ser juzgado por los legados papales sobre cualquier queja contra él, disculparse ante todos los obispos y abades que había ofendido, retirar de su cargo a todo judío, y tratar como herejes a todos los que fuesen designados como tales por la Iglesia Católica... Antes de dejarlo libre, lo hicieron comparecer todavía con la espalda desnuda y azotada “frente a la tumba del bendito mártir [Pedro de Castelnau] a quien él”, según el cronista católico, “había asesinado”. Pero todo lo que buscaba Raymond era asegurarse de que los cruzados que venían del norte no tocasen sus dominios. En lo demás, especialmente en lo que tocaba a su aversión a la persecución, permanecía inalterable...

La cruzada traía consigo la peor clase de gente. Desde bandoleros forajidos hasta saqueadores de a pie, amén de la masa ingobernable de aventureros que no tenía nada que perder y que solía nombrar un “rey” de entre ellos para determinar quién iba a robar los bienes que encontrasen en los cadáveres de los enemigos y quién pagaría a las prostitutas. Así, “la cruzada iba a desplegar una doble moral”. Al mismo tiempo, se prometía a los cruzados “una remisión completa de sus pecados, una moratoria de sus deudas, y una transferencia de los fondos de la Iglesia a sus bolsillos [es nauseabunda la corrupción del clero y el papa que ofrecía estas compensaciones por violar, matar, robar como si fuera una obra santa]”...

Para hacerse una idea de lo que le esperaba al pobre Languedoc, una cruzada semejante había sido requerida por Inocencio III para reconquistar Jerusalén. Al pasar por Constantinopla en 1204, esa gente se dedicó a la orgía y a la rapiña por tres días y noches. El vandalismo que caracterizó a tales cruzados destruyó más obras de arte y tesoros culturales que en cualquiera otra ocasión en todo el milenio. “Dondequiera se juntase una masa de gente con la intención de ejecutar actos de violencia y a la que se le asegurase la salvación, los neutrales sabían que tenían que salirse del camino”. Los judíos eran degollados mientras se dirigían a castigar a los infieles. “El que tenía a Dios de su lado era descaradamente diabólico”...

Raymond pidió al prelado papal, Amaury, unirse a la “santa causa”. Este consultó al papa dudando de los verdaderos propósitos del conde. Les pareció que el único interés de Raymond era cuidar que no tocasen su territorio, ya que él no era el único Señor del Languedoc. Inocencio III



respondió a su prelado de la siguiente manera: “sé sabio y esconde tus intenciones; déjalo solo primero, para atacar a los que son abiertamente rebeldes. No será fácil aplastar a los adherentes del anticristo [que para el papa eran todos los que se oponían abiertamente a sus ambiciones temporales arrogantes y blasfemas] si les permitimos unirse en una defensa común. Por otro lado, nada será más fácil que aplastarlos si el conde no los ayuda. Tal vez la contemplación del desastre realmente lo reforme. Pero si persiste en sus planes malvados, cuando quede aislado y apoyado únicamente por sus propias fuerzas, podremos derrotarlo sin demasiada dificultad [la sabiduría de la serpiente, verdaderamente]”...

- **Primeras masacres**

Raymond Roger Trencavel, el conde de Albi, Carcasona, Béziers y las tierras de alrededor, para entonces de 24 años de edad, había propuesto en 1209 al conde Raymond de Tolosa, formar una liga para defenderse de los ejércitos del norte. Pero Raymond era más diplomático y buscó eludir el compromiso. Cuando la cruzada franco-católica llegó al sur, y Raymond Roger Trencavel se enteró de su magnitud, intentó hacer lo mismo que Raymond de Tolosa prometiendo perseguir a los herejes. Pero el prelado papal, Amaury, no aceptó porque no quiso perder esa oportunidad que les había sido tan difícil de conseguir, de unir el norte de Francia en una cruzada contra el Languedoc.

El obispo de Béziers, que formaba parte de la cruzada, vino de Montpellier con una lista de 222 nombres de “Perfectos Cátaros” de la ciudad, esto es, predicadores ordenados. La ciudad de Béziers debía entregarlos inmediatamente, o de lo contrario los cruzados llegarían al día siguiente. La respuesta de la ciudad fue: “preferimos morir ahogados en un mar salado antes que cambiar nuestro gobierno”. Mientras Raymond Roger cabalgó por otras ciudades escoltado por judíos para tratar de formar un ejército con el que hacer frente a los cruzados... doce jóvenes de la ciudad de Béziers se envalentonaron y abrieron uno de los portones de la ciudad amurallada para atacar por sorpresa a algunos cruzados. El tiro les salió mal y por allí lograron meterse cada vez más y más cruzados hasta hacer caer la ciudad amurallada que parecía casi inexpugnable, en una masacre espantosa.

El prelado papal, Arnold Amaury, dijo la famosa frase entonces: “mátenlos a todos. Dios conoce a los suyos”. De hecho, no hay registro alguno que presente al prelado papal ni a los sacerdotes tratando de detener la masacre. Todos sus habitantes, “amigos de Dios” y católicos, fueron muertos, aún los miles que buscaron refugio en la iglesia. La máxima representación papal, Amaury, le escribió con orgullo al papa: “cerca de 20.000 de los habitantes de la ciudad fueron muertos a espada, sin consideración de la edad ni del sexo. Las obras de la venganza divina han sido maravillosas”...

La siguiente ciudad en caer fue Carcasona, donde se atrincheró Raymond Roger Trencavel y donde buscaron refugio unas 40.000 personas. Lo que llama la atención es que el rey católico Pedro II del reino unificado de Aragón y el condado de Barcelona, hubiese venido para interceder a favor de su vasallo Raymond Roger y evitar la masacre. Pedro II era todo un héroe en la lucha contra los moros, y respetado por el mismo papa por esa misma razón. Nadie ponía en tela de juicio su ortodoxia católica. Pero su mediación no pudo lograr más que la promesa de dejarlo ir libre entregando la ciudad a discreción de los cruzados. Raymond Roger no aceptó, declarando que prefería ser despellejado vivo antes que entregar a su gente. La intercesión de Pedro II el católico reveló, sin embargo, lo que confirmó más tarde al unirse con los príncipes del Languedoc contra una segunda cruzada de envergadura. Que no estaba de acuerdo con la beligerancia y crueldad del papado romano...

Contra todo lo que aún insisten los apologistas de la Inquisición, ese carácter forajido y salvaje que provenía de Roma no era el producto de la época, sino del corazón del anticristo romano, el papado mismo. Antes que cayese la ciudad se prometió al vizconde Raymond Roger un salvoconducto para negociar la rendición con los “nobles” de Francia que habían dirigido la cruzada. Pero apenas salió el vizconde de la ciudad amurallada lo apresaron y nunca más quedó libre. Tres meses después se lo encontró muerto en su celda. El prelado papal, agradecido, otorgó todas las propiedades y castillos de los Trencavel a Simón [IV] de Montfort [1165-1218, un completo canalla como lo señala la historia], el héroe de los cruzados.

- **Maldad y crueldad posteriores**

Los cruzados volvieron entonces al norte. Simón de Montfort intentó tomar Cabaret, otra ciudad amurallada, con los hombres que quedaron a su disposición. Pero no pudo vencer la resistencia. Desde allí se fue fortificando la rebelión, y las fuerzas francesas perdieron cuarenta de los cientos de castillos que habían sometido durante la cruzada y masacre de Béziers. Pero entonces llegaron en fila india unos 100 hombres enviados por Simón de



Montfort a Cabaret. Todos estaban ciegos, sus ojos les habían sido quitados, sus narices y labios superiores cortados, parecían cráneos ambulantes guiados por el único a quien le habían dejado un ojo para poder guiarlos.



Era ya el año 1210. Simón de Montfort, el hombre y héroe de Roma, había comenzado su trabajo de exterminio... El papa llamaba a los cruzados año tras año, y siempre descendía gente del norte buscando el perdón de los pecados y la salvación tan generosamente ofrecidos por el papa con tal que apoyasen la obra de destrucción que Simón de Montfort llevaba a cabo en el sur. Los campesinos y gente sencilla e incapaz de hacer daño debían huir de las pequeñas ciudades porque los cruzados destruían las viñas, quemaban las cosechas y robaban todo lo que encontraban en el camino. Simón de Montfort instituyó, además, un impuesto destinado al papa, con lo que se fue ganando más y más enemigos.

Cuando la ciudad de Minerva no podía soportar más la carencia de agua, Amaury, el prelado papal aceptó los términos de la capitulación que consistían en no destruir sus habitantes, pero a condición de que todos jurasen fidelidad a la Iglesia Católica y abandonasen toda otra fe. Cuando los peregrinos que habían venido del norte para pelear contra Minerva se quejaron porque

habían sido comisionados para acabar con los herejes, el prelado papal y Simón de Montfort los calmaron diciendo que no se preocupasen, que muy pocos se harían católicos. Ninguno de los 140 predicadores de los "amigos de Dios" aceptó jurar aceptar la religión católica. Uno de ellos respondió al sacerdote: "ni la muerte ni la vida puede arrancarnos de la fe por la que estamos unidos". Era el 22 de Julio, nuevamente la Fiesta de Santa María Magdalena, que festejó la quema de los 140 predicadores "cátaros", la primera de las muchas grandes hogueras colectivas que se iban a prender para exterminar a los "amigos de Dios".

- **Nuevamente excomulgado**

Arnold Amaury, el prelado papal, con la sangre en el ojo todavía, volvió a la carga al poco tiempo contra el diplomático conde Raymond de Tolosa. Volvió a excomulgarlo por no deshacerse de los judíos que ocupaban altos cargos en su gobierno, ni expulsar a los "amigos de Dios". Más aún, puso en entredicho a la ciudad de Tolosa, con lo que los católicos no podrían tener servicios religiosos para bautizar y enterrar a los muertos. Raymond decidió entonces apelar al papa. Inocencio III sabía que el conde estaba emparentado por sangre con Inglaterra, Francia, Aragón y otros pequeños principados, por lo que decidió levantar el entredicho a su ciudad tan pronto como la embajada salió de Tolosa hacia Roma. En cuanto a Raymond, decidió sin embargo, que antes que se levantase la excomunión, debía comparecer ante un tribunal eclesiástico para responder a las graves acusaciones ya mencionadas.

Los "amigos de Dios" eran comerciantes como los judíos, ya que a los católicos les eran prohibidos en general, esos oficios en la sociedad medieval. Así como consideraba a la mujer como fuente de corrupción, la Iglesia Católica consideraba también al dinero como pecado, por lo que tales oficios eran despreciados y odiados durante el medioevo. Mientras la Iglesia de Roma diezmaba dramáticamente las poblaciones con impuestos que iban a parar al clero y en especial, al papado romano, rasgaba las vestiduras toda vez que estos comerciantes cobraban interés o cambiaban dinero. En Tolosa, esos oficios no eran vistos como malos, por lo que las amenazas de su obispo contra la usura y los intereses no impresionaron a nadie allí.

Como una manera de camuflar su destrucción de los herejes y judíos, el obispo Fulk, además de tronar contra los aprovechadores, los sintierra, los usureros, formó una milicia llamada la Hermandad Blanca. Esa milicia salía vestida de negro durante la noche, llevando una gran cruz blanca en su medio, para atacar las casas de los judíos y despreciables cátaros





prominentes. Estos, por su lado, organizaron otra milicia llamada la Hermandad Negra que se puso a velar por que la milicia blanca no dañase a nadie. La población, acostumbrada a vivir en paz, fue aterrorizada, algo que complacía al obispo.

El obispo Fulk, por otro lado, consideraba a Raymond de Tolosa como un pescado oloriento [que despiden mal olor], y exigía que éste saliese a caminar fuera de las murallas para que los sacerdotes pudiesen recuperar su santidad no contaminada por la cercanía de un excomulgado. A su vez, amenazaba constantemente a los aliados de Raymond de poner la ciudad otra vez en entredicho. Siendo que Raymond estaba todavía excomulgado, no se le permitió hablar en el juicio. Sus nuevas promesas a la Iglesia Católica no tendrían validez a menos que las hiciese bajo juramento, pero tampoco podía jurar mientras permaneciese excomulgado. En otras palabras, todo el juicio eclesiástico iba a ser una farsa en donde el clero iba a asegurarse que Raymond no pudiese ser exonerado.

El rey católico Pedro II de Aragón trató de evitar también otra gran cruzada del norte, y vino a abogar por su aliado Raymond de Tolosa. Ambos debieron esperar en el frío invierno ventoso afuera de una iglesia hasta que los dignatarios de la Iglesia de Roma pusiesen las condiciones. Entre otras cosas, los preladados de la Iglesia Romana dictaminaron que Raymond no podría usar más mercenarios (quedaría indefenso), debía pagar el mantenimiento del clero, dejar de emplear a judíos, y entregar todos los herejes de sus dominios a los cruzados en el plazo de un año. Por si fuera poco, debía también demoler todos los castillos y fortalezas del Languedoc, los nobles debían retirarse del país y vivir “como villanos”, dejando todos sus bienes y posesiones en manos de los cruzados. Raymond mismo debía irse a Palestina y permanecer allí hasta que la Iglesia de Roma le permitiese volver.

En otras palabras, la Iglesia Católica exigía que toda la nobleza se fuese y dejase el camino libre a otros para llenar su vacío. Luego de escuchar en silencio, Raymond gesticuló con una sonrisa a Pedro: “ven aquí, mi Señor el rey. Escucha este documento y las órdenes extrañas que los legados dicen debo cumplir”. El rey respondió: “Altísimo Dios del cielo, esto debe cambiarse”. La excomunión fue reafirmada contra el conde, y la ciudad volvió a ponerse en entredicho.

- La caída de Lavour

Solemos hoy referirnos a la “guerra santa” que emprendían los musulmanes arengados por su profeta Mahoma. Pero el concepto de la “guerra santa” estaba impregnado en el papado romano también. Esa guerra santa se acercó finalmente a Tolosa, bajo el comando de Simón de Montfort frente a la ciudad de Lavour. Vinieron sacerdotes y obispos de París y otras ciudades, como expertos en el uso de la maquinaria que se empleaba en el asedio a las ciudades amuralladas. Domingo de Guzmán [considerado santo por la iglesia romana] se dio cita allí también, dada su amistad con Simón de Montfort. El asedio duró más de lo esperado, porque el Conde Raymond Roger de Foix logró destruir en forma total el refuerzo que Simón había pedido de Alemania, cayendo sobre los cruzados por sorpresa cuando éstos se acercaban a Lavour.

El 3 de mayo de 1211 el Padre William logró abrir una brecha en las murallas de Lavour. Los ochenta caballeros de Lavour fueron colgados, sin respetar para nada las reglas de la guerra. La viuda Geralda, una “amiga de Dios”, era considerada como la mujer más noble y respetada del Languedoc por su hospitalidad y generosidad hacia los pobres. Después de colgar a su hermano, Simón de Montfort la arrojó a un pozo o aljibe, y desde arriba la apedreó hasta acabar con ella. “Aún para las normas de la época, el acto fue chocante”. 400 predicadores mal llamados “Perfectos” fueron quemados juntos en “la hoguera más grande que conoció la humanidad en la Edad Media”, mientras la “Hermandad Blanca” del obispo Fulk cantaba un Te Deum...[la falta de humanidad de estos “cristianos” no se encuentra ni en los paganos]

**Alberto R. Treiyer, Los Amigos de Dios mal llamados Cátaros, 14-18**

Puede resultar interesante la narración de estos hechos desde la perspectiva de un historiador que simpatiza con la persecución católica (al leerlo usted se percatará de esto) pero que no puede dejar de reconocer lo que ocurrió en esta vergonzosa cruzada (bueno... casi todas o todas las cruzadas merecen este adjetivo). El recuento que hace del ataque a estas poblaciones y los genocidios perpetrados en ellas no pueden ser ocultados de la historia, por más simpatía que se tenga por los sanguinarios homicidas.

Aunque también es una cruzada, no se la puede contemplar junto a las expediciones que se organizaron contra los musulmanes. Sin embargo la aparición, auge, persecución y caída de los cátaros o albigenses es un capítulo de esta historia que conviene conocer para comprender mejor qué es lo que sucedió exactamente en la Europa convulsa de aquellos terribles años. Fue



encabezada por Simón IV de Monfort, señor de Montfort-l' Amaury, conde de Tolosa y quinto de Leicester, vizconde de Béziers y del vizcondado de Carcasona, brazo ejecutor de la voluntad del Papa [una forma por demás benevolente de presentar a este carnicero].

La conexión de estos herejes con algunos trovadores, trouvères y miembros de la orden del Temple nos obliga a viajar a un lugar alejado de los ya visitados, como es el Languedoc francés. Pero ¿quiénes fueron los cátaros [por la descripción que hace el autor sobre la teología albigense es evidente que utiliza lo que la iglesia romana usó como pretexto, pretexto que sigue usándose hoy, para justificar su trato bárbaro con estos sencillos cristianos]?

Los antecedentes del catarismo pueden rastrearse en el maniqueísmo, la doctrina dual de Mani, que distinguía entre el mundo físico y el material. Este pensamiento religioso-doctrinal, que influirá en la Iberia del Priscilianismo, por ejemplo, apareció con fuerza en Bulgaria, a principios del segundo milenio. Los “Bogomilos”, un grupo cuyo nombre significa “los amados por Dios”, difundieron una serie de ideas que reinterpretaban la doctrina oficial de la Iglesia. Negaban los sacramentos, cualquier culto icónico y la devoción a la virginidad de María [vamos... como yo]. En consecuencia con ello, negaban el bautismo y los soportes físicos de la Eucaristía (pan y vino). Su filosofía estaba influida por aportaciones del gnosticismo. Consideraban al cuerpo como la cárcel del alma y creían en la reencarnación como purificación de estados evolutivos anteriores. Todo este conjunto de ideas fue llegando hasta los Pirineos, en concreto al país occitano. Al catarismo se le denominó de diversos modos, en Italia gazzari, en Alemania ketzer y en Grecia patarinos. Pero una de las denominaciones más conocidas es la de albigenses, por la ciudad francesa de Albi.

Uno de los propósitos principales de la herejía albigense fue el empeño en volver a las esencias evangélicas que se desprendían de las enseñanzas de Jesús de Nazaret, según las cuales los hombres piadosos han de desprenderse de sus riquezas: “una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres y luego sígueme”. “Mirad los lirios del campo cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan, pero os digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos”.

Esta reivindicación y sobre todo su aplicación pusieron muy nervioso al Papa Inocencio III, viendo peligrar los bienes en manos de los príncipes de la Iglesia, acusada con frecuencia de corrupción y de excesiva ambición material. Por entonces, el poder militar del Vaticano había desaparecido [no hay forma de sostener esta distorsión de la historia] y sólo quedaba el espiritual. Y toda amenaza en este terreno significaba una pérdida de influencia importante.

Al principio un protector del movimiento cátaro (palabra que significa “puro”) fue el conde de Toulouse, Raimundo VI, a cuyas tierras llegaron los apóstoles de estas ideas, que se llamaban a sí mismos los “Bonnes Homes” u “Hombres Buenos”. El rey de Francia, atendiendo al llamamiento del Papa, convenció a bastantes nobles de la necesidad de luchar contra un inquietante movimiento que podía desestabilizar el orbe cristiano.

Arnau Amalric, abad de Citeaux, y el monje Pierre de Castelnau inician una campaña para la erradicación de la herejía como representantes del Santo Padre. Tratan para ello de convencer a algunos obispos para que les apoyen (Vivièrs o Bezièrs). Logran que se unan a su causa. No sucede así con el arzobispo de Narbona Berenguer II, que se niega a colaborar con ellos.

En el año 1204, Castelnau ha reunido la suficiente cantidad de nobles como para comenzar lo que empieza a sentirse como una nueva Cruzada, pero esta vez en suelo francés y en el seno de la cristiandad. La reacción del conde de Toulouse fue organizar un ejército compuesto por varios millares de cátaros del sur y algunos nobles como Pedro II de Aragón.

El día 14 de enero del año 1208, Castelnau fue asesinado en Beaucaire. El Papa, ante la muerte de su embajador, convocaría el 10 de marzo de 1208 a todos cuantos quisieran unirse al conde Simón de Monfort para luchar contra los cátaros.

Una de las primeras masacres tuvo lugar el 22 de julio del año 1208. Unos veinte mil hombres, mujeres, niños y ancianos, más o menos, murieron acuchillados en las calles de Béziers o abrasados en la iglesia de la Magdalena. El sanguinario Arnau Amalric ordenó que no se hiciera distinción entre ninguno de sus habitantes. Cuando alguien le preguntó: “¿cómo sabremos quienes son herejes y quienes no?”. Respondió: “matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos”. Raimundo Roger Trencavel intentó hacerse fuerte con los supervivientes, pero Monfort conseguiría entrar en la ciudad en el mes de agosto siguiente.

Carcasona, la gran ciudad cátara regida por la familia Trencavel, se opuso con dureza al conde, pero fue asaltada el 15 de agosto de 1209. A partir de entonces el recinto amurallado se convirtió en una terrible máquina de eliminar herejes con el fuego. Su tribunal de la Inquisición fue



realmente inflexible, lo que le llevó a ser cruel y despiadado. Pedro II de Aragón trató de negociar con Monfort, a pesar de la oposición del gobernador de Carcasona, que moriría el 10 de noviembre. A partir de entonces, la ciudad quedó en manos de los Capetos [que han reinado 1.000 años sobre múltiples países europeos, y siguen teniendo el trono de España]. Raimundo, su hijo, volvió a intentar reconquistar las posesiones de su padre en el año 1224, pero fue derrotado por Luis VIII. Volverá a intentarlo en el año 1240, recuperando Saissac y Montolieu, pero no pudo volver a recuperar Carcasona.

Entretanto, las recientes masacres y la toma de la capital del Languedoc sitúan a los nobles occitanos en contra de los “cruzados”. Raimundo VI se negó a entregar a los cátaros refugiados en Toulouse a Amalric, por lo que fue excomulgado. Pero las presiones continuaban sobre Inocencio III para pacificar la región [pacificar dice cuando él fue el principal instigador del genocidio]. Éste trató de convocar un concilio, pero tras los contactos previos de Saint Gilles en julio de 1210 y Montpellier en febrero de 1211, Amalric impide cualquier solución al querer imponer la rendición del conde de Tolosa y de sus caballeros y decretar su partida hacia Jerusalén.

Raimundo VI regresó a Toulouse y se deshizo del obispo Folquet. Simón de Monfort asedió la ciudad durante el mes de junio, pero no consiguió debilitar su resistencia. Los nobles occitanos encontrarían apoyo en el rey aragonés Pedro el Católico, uno de los vencedores de la batalla de las Navas de Tolosa, que había tenido lugar en el verano de 1212. Pero este monarca, que no era favorable a los cátaros, sin embargo intervino para proteger a sus vasallos de la brutalidad del conde de Monfort, que seguía empeñado en terminar con Raimundo de Toulouse. Además, el Papa le siguió apoyando decididamente. El enfrentamiento era inevitable. Fue el día 12 de septiembre del año 1213 cuando Pedro el Católico murió en la batalla de Muret.

Toulouse cayó en manos de Simón de Monfort. Y junto a él Pedro de Benevento, nuevo delegado de la Santa Sede y Luis, hijo de Felipe II Augusto, que compartieron el gobierno de la ciudad. En el mes de noviembre del año 1215 se convocó el cuarto Concilio de Letrán, que le confirmó como nuevo conde de la ciudad. Raimundo VI se exilió en Aragón, pero volvería en 1218 tras una revuelta protagonizada por Raimundo VII de Tolosa [en ese año muere Simón de Monfort en el asedio a Tolosa, cuando le cae una pedrada].

El capítulo final comenzó el 2 de marzo de 1244, con la capitulación del bastión casi inexpugnable de Montsegur, una aguja rocosa que permanece casi siempre velada por las brumas de los valles que alimentan el río Aude, el verdadero vertebrador de la región. Pedro Roger, de Mirapeis, acordó quince días de tregua con el jefe de los asaltantes Hugues de Arcis. Once días después algunos cátaros pidieron que se les administrara el consolamentum, una especie de sacramento peculiar.



“El consolamentum era una ceremonia en la que el alma se purificaba de todo pecado y alcanzaba los méritos necesarios para alcanzar al siguiente ciclo reencarnatorio en las mejores condiciones posibles. El cuerpo, sin embargo, no podía resucitar porque toda materia, y la carne lo es, tiene una naturaleza intrínsecamente mala [otra tremenda distorsión de la teología de los cátaros, pues esta ceremonia era el equivalente de la ordenación pastoral de nuestro tiempo, por lo que los que

pidieron la administración del consolamentum sabían que serían los primeros en morir]”.

El miércoles 16 de marzo, 220 fueron quemados vivos. Allí, en el “camp dels cremats”, queda una estela donde se recuerda su sacrificio, tan excesivo como inútil. Porque el catarismo no desaparecería hasta muchos años más tarde. Algunos supervivientes encontrarían refugio en Cataluña...

La persecución de los cátaros que fueron quedando seguiría hasta el Siglo XIV. Uno de los principales inquisidores que realizó la labor de detección, conversión o exterminio de quienes persistían en la “herejía” fue Jacques Fournier, obispo de Pamiers, a quien llamaban el “cardenal blanco”, porque su vestimenta habitual era el hábito cisterciense. Fue elegido Papa el 4 de diciembre



del año 1334. Una curiosa anécdota es que, cuando supo el resultado, espetó a los cardenales al grito de “han elegido a un asno”. Aunque tuvo intención de fijar su sede en una Roma revuelta políticamente, prefirió quedarse en Avignon, y construir el palacio papal.

Fue el abogado de la “visión beatífica” de la que, según la doctrina de la Iglesia, gozan quienes mueren en Gracia de Dios hasta el Juicio Final. Así lo estableció en el año 1336, en la bula *Benedictus Deus*.

Intentó terminar con el Cisma entre la Iglesia Oriental y la Occidental, pero no lo consiguió. Falleció el 25 de abril de 1342...

**Juan Ignacio Cuesta, Breve Historia de las Cruzadas, 96-100**

No hay nada mejor que la visión de un apologista para confirmar la increíble maldad de aquel a quien pretende defender.

### 7.6.2. Otras persecuciones y genocidios

Aunque la historia de la cruzada contra los albigenses demuestra la impiedad del papado, es bueno también entender el lugar que ocupaban las “órdenes de monjes caballeros o guerreros” dentro de la política de exterminio que llevaba a cabo la iglesia romana, en ese tiempo, y como veremos luego también en este tiempo. Aunque estas órdenes parecen haber desaparecido (en realidad han mutado para parecer menos belicosos) veremos en otros acápite como los monjes han participado en tareas de exterminios que parecen hacer a Simón IV de Monfort como digno de los altares... disculpe la chanza.

El autor de la cita siguiente me es desconocido (ya lo cité antes), pero debo reconocer su erudición en el tema y la calidad de sus referencias. Relata también algo de la cruzada contra los cátaros, como para reafirmar lo antes dicho.

Otro aspecto oscuro y negativo respecto a los monjes o frailes católico-romanos, consiste en que éstos -sorpréndase el lector- fueron utilizados por el Vaticano como guerreros. Alrededor del Siglo XII el Vaticano, debido a su insaciable apetito de riquezas y poder, creó varias órdenes militar-religiosas de frailes guerreros para sus fines expansionistas.

Un abad francés, “San” Bernardo de Clairvaux [aquél que decía que no podía resistirse al encanto de las mujeres], tomó el nuevo concepto Templario de soldados con votos religiosos y sintetizó entonces caballero con monje, produciendo una extraña vocación donde se sustituyó a Odín (dios nórdico de la guerra) por Cristo, y al Valhalla (paraíso nórdico adónde van los guerreros muertos en batalla) por el cielo. Pues a los caballeros monjes se les decía -igualmente como creían los guerreros vikingos y también creen los musulmanes- que si morían en Guerra Santa se iban al cielo (**Desmond Seward, The Monks of War, 4**). Una vez más el satánico ingenio del catolicismo romano se valió del culto a un dios pagano -así como anteriormente había convertido a dioses paganos en santos y a templos paganos en iglesias- para transformar el ideal espiritual de aquellos que supuestamente servían a Cristo en el monasterio pero que ahora lo servirían en el campo de batalla, esto con una incongruente mezcla de humildad y ferocidad.

Uno se pregunta, por otro lado, cómo reconciliar las vidas violentas y destructivas que caracterizaron a tales monjes guerreros con el mensaje del Señor Jesús en el Nuevo Testamento, donde nos dice: “no resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (**Mateo 5: 39**); y también cuando le dice a Pedro: “vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (**Mateo 26: 52**).

Las tres principales órdenes de monjes caballeros o guerreros fueron: los Templarios, los Caballeros de San Juan, y los Caballeros Teutónicos. Hubo también muchas otras órdenes, aunque menos conocidas, incluyendo una exclusivamente inglesa, los Hospitallers de Santo Tomás. En España estuvieron la orden de Alcántara, Calatrava, y Santiago, que fueron la punta de lanza que destruyó la civilización musulmana en Córdoba y Granada. Y, aunque supuestamente los monjes guerreros fueron creados, según la Iglesia Católica, como una “protección” contra los infieles, la realidad más bien es que fueron unos crueles agresores. La orden Teutónica, por ejemplo, masacró y casi aniquiló totalmente a la raza prusiana, con la previa aprobación del Papa, por supuesto. Un sacerdote cronista de ese entonces orgullosamente registró: “los acabaron por completo, de tal manera que los únicos que sobrevivieron fueron aquellos que sometieron su cuello al yugo de la fe, esto con la ayuda del Señor Jesucristo que es bendito para siempre”...

Las Cruzadas, que fueron inventadas por los papas romanos para supuestamente recuperar a Jerusalén de los musulmanes, fueron en realidad una horrenda pesadilla de masacres, violaciones, rapiña, y caos total. Y es que la verdadera intención de los papas -aparte de sus fines expansionistas



y de poder- consistía en poner su trono en Jerusalén... La Primera Cruzada, organizada por el Papa Urbano II en 1096, fue liderada principalmente por un monje francés desaliñado y asesino llamado Pedro el Ermitaño. Este tipo mostró incluso una carta que había sido escrita por Dios y entregada a él personalmente por Jesucristo, a manera de credencial para su liderazgo.

En su camino a Jerusalén, Pedro el Ermitaño pasó por países católicos como Hungría, Yugoslavia, y Bulgaria, a los cuales saqueó para proveerse de comida. Esto provocó batallas porque hubo instancias donde la gente se resistió a ser despojada, como en Zemun, Yugoslavia, donde el ejército del monje mató a 4.000 católicos inocentes y de paso incendió a Belgrado que estaba cerca. Otras hordas asesinas, lideradas por monjes guerreros como Volkmark y Gottschalk, masacraron a miles de judíos -incluyendo mujeres y niños- en Praga y en Regensburg, Bavaria...

En marzo de 1208 el Papa Inocencio III, uno de los peores... asesinos que ha producido el diablo, formuló una Bula de anatema contra los cristianos que habitaban en Languedoc, al sureste de Francia. Promoviendo así una nueva Cruzada, pero ahora no contra infieles musulmanes en Jerusalén, sino contra verdaderos cristianos que no quisieron convertirse al catolicismo romano. El Papa sabía muy bien que estos cristianos llamados Cátaros o Albigenses, resistían convertirse al romanismo debido a la corrupción existente en el mismo clero católico que estaba en Languedoc, de manera que el mismo Papa escribió: "a través de esta región, los preladados se han vuelto causa de risa para los laicos, pero la raíz del problema radica en el arzobispo de Narbonne. Este hombre no conoce otro dios que el dinero y en vez de corazón tiene una cartera. Durante los diez años que ha estado allí nunca ha visitado la diócesis... y los monjes tienen esposas y amantes, y viven de la usura" (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 152**).

En cambio, los líderes cristianos de los Albigenses, llamados perfecti, tenían una inmensa autoridad moral producto de una verdadera vida de santidad. Rechazaban los dogmas y sacramentos de la "Santa" Madre Iglesia, llamándola Roma, la Ramera de Babilonia, y al Papa el Anticristo. Rechazaban a los monjes y sacerdotes católicos porque éstos, pretendiendo vivir una vida de celibato, se acostaban incluso con prostitutas y hacían negocio con la usura y el tráfico de reliquias e imágenes religiosas, las cuales también los Albigenses detestaban (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 153**).

El Papa Inocencio III, que se creía él mismo "la fundación de toda la Cristiandad", y que al referirse a los Albigenses decía: "¿acaso no saben que sin mí no hay Iglesia, no hay Roca, no hay fe, no hay salvación?" (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 153**); decidió como Mahoma combinar la religión con la guerra, y prometió que "todo aquel que matase a algún Albigense tendría su lugar en el cielo [sí... aunque a usted también le cueste creerlo]" (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 153**).

Al grito papal de "¡muerte a los heréticos!" empezó pues la Cruzada contra los Albigenses. Y, debido a que el rey de Francia rehusó liderar la Cruzada, el Papa... nombró al monje Arnald Amalric, General de la orden del Císter en Citeaux, como comandante en jefe del ejército asesino. El ejército estaba formado por monjes guerreros, campesinos, y mercenarios; a los que el Papa... prometió, entre otras cosas, una indulgencia especial y posiblemente también tierras valiosas en Languedoc (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 158**).

De Montpellier, el ejército marchó a Béziers, que constituía una fortaleza albigense. El día 22 de julio, la fiesta de María Magdalena, fue escogido como el día providencial para empezar el sitio. Arnald el monje se dirigió a los católicos de la ciudad para que entregaran a los aproximadamente 200 herejes que se encontraban allí en la ciudad. Sin embargo, toda la ciudad decidió resistir a los extranjeros. Y, debido a un error en la vigilancia -pues el sitio podía haber durado varios meses- los invasores penetraron en la ciudad y empezaron a saquear y a matar todo lo que se encontraban a su paso. La orden salió del monje Arnald, que gritó: "mátenlos a todos; el Señor cuidará a los suyos".

La gente, confusa, se refugió en las iglesias de San Judas y María Magdalena. Nada más en la iglesia de María Magdalena, con las puertas cerradas, se habían refugiado más de 7.000 mujeres, aparte de niños y ancianos. Y, al mismo tiempo que los sacerdotes oficiaban misa dentro de la iglesia, las hachas de los invasores empezaron a romper las puertas de madera. Una vez adentro, los invasores cantando Veni Sánete Spiritus, no perdonaron a nadie, ni siquiera a los bebés. Los últimos en ser cortados por los hachazos fueron dos sacerdotes que se encontraban en el altar, uno murió con un crucifijo en la mano y el otro sosteniendo el cáliz. Este terrible suceso lo calificó el historiador **H. C. Lea**, en su libro **The Inquisition in the Middle Ages**..., como "una masacre sin paralelo en la historia de Europa".

Después que todo terminó, se les comunicó a los mercenarios por aquellos que tenían el mando que todo el botín debería entregarse al Papa para financiar la Cruzada. Enardecidos los mercenarios por esta decisión, tomaron entonces venganza e incendiaron toda la ciudad, de tal



manera que de Béziers sólo quedó un montón de cenizas con cadáveres por todas partes. En el fresco de esa misma tarde, el monje Arnald se sentó para escribirle una carta a su superior el Papa, diciendo: “el día de hoy, su Alteza, 20.000 ciudadanos fueron pasados a espada, con independencia de la edad o sexo”. Esto era algo inusitado, pues después de un sitio se respetaba la vida de mujeres y niños, especialmente a los clérigos católicos que tenían inmunidad. La sed por la sangre se había apoderado así de los Cruzados del Papa, y, en lo sucesivo, ya nunca los dejaría (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 160**).

El Papa Inocencio III fue profundamente conmovido por la carta del monje Arnald y le dio gracias a Dios por Su gran misericordia. Nunca cuestionó la legitimidad de que un monje masacrara “herejes” junto con los católicos que los protegieron. De Béziers, los Cruzados marcharon a Carcasonne. Les tomó solamente un par de semanas tomar el fuerte, porque el comandante de Carcasonne cayó en una trampa cuando intentaba pactar la paz. El monje Arnald simplemente lo hizo preso. Al escribirle al Papa respecto a su segunda victoria, se disculpó ampliamente por el hecho que no había tomado vidas. Ya que otra ciudad en llamas, le explicó, hubiera impedido la apropiación de fondos para la fuerza expedicionaria. A los habitantes les permitió que se fueran “desnudos, excepto por los pecados que tenían”; y con un salvoconducto de un día. Si eran recapturados, entonces los matarían (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 160**).

Posteriormente Arnald escogió a un caballero normando para que lo ayudara en su misión, Simón de Montfort, el cual había peleado “galantemente” en la Cuarta Cruzada en 1199. La consigna que recibió de Arnald fue que, bajo principios católicos, era libre para exterminar a toda la gente que pudiese, y le recomendó que no tomase prisioneros [es terrible tener que narrar estas cosas y comprobar lo alejado que ha estado siempre el catolicismo del verdadero cristianismo]. En Bram en 1210, habiendo Montfort tomado el castillo, no mató a los prisioneros. Pues dijo que los muertos no eran buenos mensajeros. Ordenó entonces a los soldados que les cortaran la nariz y les sacaran los ojos a los prisioneros. Solamente a un hombre se le dejó un ojo para que pudiese guiar a los demás. Cada uno puso una mano sobre el hombro del que iba enfrente; y así, como un gran gusano ensangrentado, se fueron en fila india hasta la ciudad de Cabaret para infundir el “temor de Dios” sobre el campamento que se encontraba allí (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 160**).

En junio del mismo año, Montfort puso sitio a Minerve. Cuando se rindió, Montfort ordenó que sacaran de la ciudad y pusieran en un prado a 140 perfecti. No se leyó ningún cargo, no hubo tribunal o sentencia. Simplemente se juntó leña y se encendió. Los soldados se prepararon entonces para forzar a los “heréticos” hacia las flamas. Pero como el mismo monje cronista de la orden del Císter Vaux de Cernay remarcó: “no hubo necesidad que nuestros hombres los echaran en las llamas; ya que todos eran tan obstinados en su maldad que ellos mismos se arrojaron por su propia voluntad”. Los “heréticos” se fueron calmadamente, orando, hacia su muerte. El aire se llenó de olor a carne quemada, pero de las víctimas no salió ni un solo grito.

Esta, la primera gran quemazón de “herejes”, fue llevada a cabo bajo la mirada de la Iglesia y con su bendición (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 161**). Después de esto los Cruzados marcharon a Lavaur, donde el conde Roger fue ahorcado, y 80 de sus caballeros fueron quemados. La hermana del conde, que era una mujer conocida por su caridad, fue echada viva a un pozo de agua y sepultada y con piedras. Luego siguieron 400 perfecti que fueron quemados fuera de la ciudad en una vasta pira funeraria. El monje cronista Vaux de Cernay, para beneficio del Papa, registró lo siguiente: ...“les prendieron fuego con inmenso gozo” (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 161**). Evidentemente estaban todos contentos, pues sabían que tenían la bendición de su Santidad, el Papa.

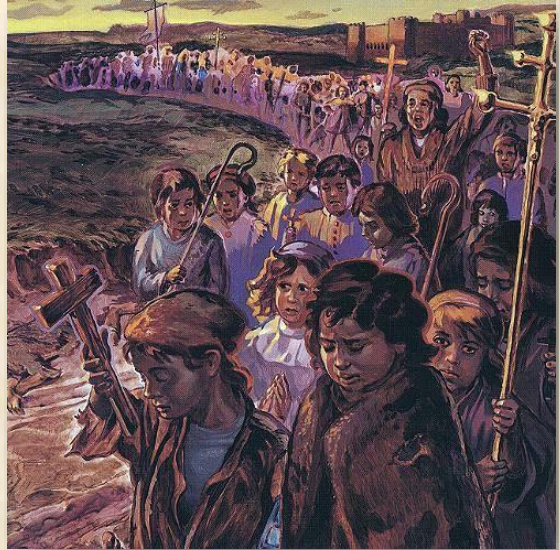
Al Papa se le mantenía informado de todo lo que sucedía en esta “Guerra Santa”. El mismo Papa le escribió una carta al Montfort la cual iniciaba diciendo: “alabanza y gracias sean dadas a Dios por aquello que El misericordiosamente ha obrado por medio de usted y otros, cuyo celo por la fe ortodoxa ha encendido esta obra contra Sus más pestilentes enemigos” (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 161**). El Papa estaba tan orgulloso de los méritos de su soldado asesino, que en el Cuarto Concilio Laterano -(año 1215)- se refirió a él como “este galante caballero cristiano”.

Bajo el papado de este ...asesino, Inocencio III, cualquier desobediencia al sistema papal era imperdonable. De manera que a él le parecía más perverso que los Albigenses lo llamasen el Anticristo, que él quemarlos a ellos, incluyendo mujeres y niños por millares. Esto nos muestra, por otro lado, el hecho innegable que cada vez que la Iglesia Católica ha tenido el poder en sus manos, se comporta como una bestia destructora sedienta de sangre que devora no sólo a verdaderos cristianos, sino que una vez suelta y debido a su cruel naturaleza asesina, devora incluso a los mismos católicos romanos. Pues vemos, por ejemplo, que apenas transcurridos once años después



de la muerte de Inocencio III, el papado, en vez de arrepentirse de sus horrendos crímenes, implementó la maquinaria de tortura y exterminio más terrible que jamás haya conocido el ser humano... "La Santa Inquisición". Esto por medio de Gregorio IX que ascendió al trono papal en el año 1227, conde de Segni, y miembro de la familia Conti de Inocencio III, del cual era sobrino.

Otro crimen sin nombre que le podemos atribuir al ...asesino de Inocencio III, consiste en haber planeado la Cruzada de los Niños. Después del fracaso sufrido en las dos primeras Cruzadas, ...se le ocurrió que: "donde hombres pecadores fallaron, niños inocentes podrían triunfar" (**Baldwin H. Ward, Bible and Christianity, 66**). En 1212 un niño pastor de nombre Esteban de Vendôme, guió a más de 30.000 niños franceses al puerto de Marseilles. Cuando se les preguntaba adonde se dirigían, ellos contestaban: "Jerusalén". Una vez en el puerto, se les invitó a que abordasen ciertos barcos que estaban esperándolos, los cuales llevaron a los niños a la costa de Sardinia para ser vendidos como esclavos a los Sarracenos (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 154**). El plan del Papa utilizando a los niños había tenido éxito, al menos en su primera etapa, pues así había sido planeado por él desde un principio. ...pensó que los niños, una vez habiendo crecido y convirtiéndose en adultos -la segunda parte del plan- estarían llenos de odio y rencor contra sus crueles amos musulmanes y se volverían contra ellos cuando se llevase a cabo otra Cruzada.



En otras palabras, decidió "infiltrar" a los musulmanes utilizando a los niños como una especie de "caballo de Troya". Algo que evidentemente también fracasó, pues de los niños no se volvió a saber nada.

Casi al mismo tiempo que sucedía esto con los niños franceses, en Alemania surgió un niño de nombre Nicolás que enlistó alrededor de 20.000 niños con el mismo propósito. El plan era ir a Jerusalén cruzando primeramente los Alpes para llegar a Italia. Como era de esperarse, la mayoría murió en el intento, los pocos que regresaron contaron la historia que posteriormente se convirtió en la leyenda del niño flautista de Hamelin (**Peter De Rosa, Vicars of Christ, The Dark Side of The Papacy, 154**).

#### Los monjes católico-romanos, 12-18

La persecución contra aquellos que no aceptaban reconocer al papa como vicario del Hijo de Dios no impidió que muchos cristianos se mantuvieran fieles a los principios bíblicos. Tanto en cuanto a la preeminencia de la Palabra de Dios como con respecto al día Sábado estos sencillos cristianos resistieron a los ejércitos papales y sufrieron la pérdida de sus propiedades, cuando no sus vidas. Su recompensa llegará, junto con el castigo de quienes no tuvieron temor de perseguir al sencillo pueblo de Dios de todos los tiempos.

Aunque sumida la tierra en tinieblas durante el largo período de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo apagarse por completo. En todas las edades hubo testigos de Dios, hombres que conservaron su fe en Cristo como único mediador entre Dios y los hombres, que reconocían la Biblia como única regla de su vida y santificaban el verdadero día de reposo. Nunca sabrá la posteridad cuánto debe el mundo a esos hombres. Se les marcaba como a herejes, los móviles que los inspiraban eran impugnados, su carácter difamado y sus escritos prohibidos, adulterados o mutilados. Sin embargo permanecieron firmes, y de siglo en siglo conservaron pura su fe, como herencia sagrada para las generaciones futuras.

La historia del pueblo de Dios durante los siglos de obscuridad que siguieron a la supremacía de Roma está escrita en el cielo, aunque ocupa escaso lugar en las crónicas de la humanidad. Pocas son las huellas que de su existencia pueden encontrarse fuera de las que se encuentran en las acusaciones de sus perseguidores. La política de Roma consistió en hacer desaparecer toda huella de oposición a sus doctrinas y decretos. Trató de destruir todo lo que era herético, bien se tratase de personas o de escritos. Las simples expresiones de duda u objeciones acerca de la autoridad de los dogmas papales bastaban para quitarle la vida al rico o al pobre, al poderoso o al humilde. Igualmente se esforzó Roma en destruir todo lo que denunciase su crueldad contra los disidentes.



Los concilios papales decretaron que los libros o escritos que hablasen sobre el particular fuesen quemados. Antes de la invención de la imprenta eran pocos los libros, y su forma no se prestaba para conservarlos, de modo que los romanistas encontraron pocos obstáculos para llevar a cabo sus propósitos.

Ninguna iglesia que estuviese dentro de los límites de la jurisdicción romana gozó mucho tiempo en paz de su libertad de conciencia. No bien se hubo hecho dueño del poder el papado, extendió los brazos para aplastar a todo el que rehusara reconocer su gobierno; y una tras otra las iglesias se sometieron a su dominio.

En Gran Bretaña el cristianismo primitivo había echado raíces desde muy temprano. El Evangelio recibido por los habitantes de este país en los primeros siglos no se había corrompido con la apostasía de Roma. La persecución de los emperadores paganos, que se extendió aún hasta aquellas remotas playas, fué el único don que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos de los cristianos que huían de la persecución en Inglaterra hallaron refugio en Escocia; de allí la verdad fué llevada a Irlanda, y en todos esos países fué recibida con gozo.

Luego que los sajones invadieron a Gran Bretaña, el paganismo llegó a predominar. Los conquistadores desdeñaron ser instruidos por sus esclavos, y los cristianos tuvieron que refugiarse en los páramos. No obstante la luz, escondida por algún tiempo, siguió ardiendo. Un siglo más tarde brilló en Escocia con tal intensidad que se extendió a muy lejanas tierras. De Irlanda salieron el piadoso Colombano y sus colaboradores, los que, reuniendo en su derredor a los creyentes esparcidos en la solitaria isla de Iona, establecieron allí el centro de sus trabajos misioneros. Entre estos evangelistas había uno que observaba el sábado bíblico, y así se introdujo esta verdad entre la gente. Se fundó en Iona una escuela de la que fueron enviados misioneros no sólo a Escocia e Inglaterra, sino a Alemania, Suiza y aun a Italia.

Roma empero había puesto los ojos en Gran Bretaña y resuelto someterla a su supremacía. En el Siglo VI, sus misioneros emprendieron la conversión de los sajones paganos. Recibieron favorable acogida por parte de los altivos bárbaros a quienes indujeron por miles a profesar la fe romana. A medida que progresaba la obra, los jefes papales y sus secuaces tuvieron encuentros con los cristianos primitivos. Se vio entonces un contraste muy notable. Eran estos cristianos primitivos sencillos y humildes, cuyo carácter y cuyas doctrinas y costumbres se ajustaban a las Escrituras, mientras que los discípulos de Roma ponían de manifiesto la superstición, la arrogancia y la pompa del papado. El emisario de Roma exigió de estas iglesias cristianas que reconociesen la supremacía del soberano pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña respondieron humildemente que ellos deseaban amar a todo el mundo, pero que el papa no tenía derecho de supremacía en la iglesia y que ellos no podían rendirle más que la sumisión que era debida a cualquier discípulo de Cristo. Varias tentativas se hicieron para conseguir que se sometiesen a Roma, pero estos humildes cristianos, espantados del orgullo que ostentaban los emisarios papales, respondieron con firmeza que ellos no reconocían a otro jefe que a Cristo. Entonces se reveló el verdadero espíritu del papado. El enviado católico romano les dijo: "si no recibís a los hermanos que os traen paz, recibiréis a los enemigos que os traerán guerra; si no os unís con nosotros para mostrar a los sajones el camino de vida, recibiréis de ellos el golpe de muerte". **J. H. Merle D'Aubigne, Histoire de la Réformation du seizième siècle, (París, 1835-53), Libro 17, capítulo 2.** No fueron vanas estas amenazas. La guerra, la intriga y el engaño se emplearon contra estos testigos que sostenían una fe bíblica, hasta que las iglesias de la primitiva Inglaterra fueron destruidas u obligadas a someterse a la autoridad del papa.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 66-68**

Los valdenses son otro grupo de cristianos que se negó a someterse al papa y la doctrina romana. Al igual que todos los opositores fueron perseguidos y asesinados, por negarse a aceptar al papa como cabeza de la iglesia o resistirse a violar "el carácter perpetuo de la ley de Dios". La persecución fue también violenta y los asesinos no perdonaron ni ancianos, mujeres y niños.

En los países que estaban fuera de la jurisdicción de Roma existieron por muchos siglos grupos de cristianos que permanecieron casi enteramente libres de la corrupción papal. Rodeados por el paganismo, con el transcurso de los años fueron afectados por sus errores; no obstante siguieron considerando la Biblia como la única regla de fe y adhiriéndose a muchas de sus verdades. Creían estos cristianos en el carácter perpetuo de la ley de Dios y observaban el sábado del cuarto mandamiento. Hubo en el África central y entre los armenios de Asia iglesias que mantuvieron esta fe y esta observancia.

Mas entre los que resistieron las intrusiones del poder papal, los valdenses fueron los que más sobresalieron. En el mismo país en donde el papado asentara sus reales fué donde encontraron mayor oposición su falsedad y corrupción. Las iglesias del Piamonte mantuvieron su independencia por algunos siglos, pero al fin llegó el tiempo en que Roma insistió en que se sometieran. Tras larga





serie de luchas inútiles, los jefes de estas iglesias reconocieron aunque de mala gana la supremacía de aquel poder al que todo el mundo parecía rendir homenaje. Hubo sin embargo algunos que rehusaron sujetarse a la autoridad de papas o prelados. Determinaron mantenerse leales a Dios y conservar la pureza y sencillez de su fe. Se efectuó una separación. Los que permanecieron firmes en la antigua fe se retiraron; algunos, abandonando sus tierras de los Alpes, alzaron el pendón de la verdad en países extraños; otros se refugiaron en los valles solitarios y en los baluartes peñascosos de las montañas, y allí conservaron su libertad para adorar a Dios.

La fe que por muchos siglos sostuvieron y enseñaron los cristianos valdenses contrastaba notablemente con las doctrinas falsas de Roma. De acuerdo con el sistema verdaderamente cristiano, fundaban su creencia religiosa en la Palabra de Dios escrita. Pero esos humildes campesinos en sus oscuros retiros, alejados del mundo y sujetos a penosísimo trabajo diario entre sus rebaños y viñedos, no habían llegado de por sí al conocimiento de la verdad que se oponía a los dogmas y herejías de la iglesia apóstata. Su fe no era una fe nueva. Su creencia en materia de religión la habían heredado de sus padres. Luchaban en pro de la fe de la iglesia apostólica, **“la fe que ha sido una vez dada a los santos”**. **Judas 1: 3**. **“La iglesia del desierto”**, y no la soberbia jerarquía que ocupaba el trono de la gran capital, era la verdadera iglesia de Cristo, la depositaria de los tesoros de verdad que Dios confiara a su pueblo para que los diera al mundo.

Entre las causas principales que motivaron la separación entre la verdadera iglesia y Roma, se contaba el odio de ésta hacia el sábado bíblico. Como se había predicho en la profecía, el poder papal echó por tierra la verdad. La ley de Dios fué pisoteada mientras que las tradiciones y las costumbres de los hombres eran ensalzadas. Se obligó a las iglesias que estaban bajo el gobierno del papado a honrar el domingo como día santo. Entre los errores y la superstición que prevalecían, muchos de los verdaderos hijos de Dios se encontraban tan confundidos, que a la vez que observaban el sábado se abstendían de trabajar el domingo. Mas esto no satisfacía a los jefes papales. No sólo exigían que se santificara el domingo sino que se profanara el sábado; y acusaban en los términos más violentos a los que se atrevían a honrarlo. Sólo huyendo del poder de Roma era posible obedecer en paz a la ley de Dios.

Los valdenses se contaron entre los primeros de todos los pueblos de Europa que poseyeron una traducción de las Santas Escrituras... Centenares de años antes de la Reforma tenían ya la Biblia manuscrita en su propio idioma. Tenían pues la verdad sin adulteración y esto los hizo objeto especial del odio y de la persecución. Declaraban que la iglesia de Roma era la Babilonia apóstata del **Apocalipsis**, y con peligro de sus vidas se oponían a su influencia y principios corruptores. Aunque bajo la presión de una larga persecución, algunos sacrificaron su fe e hicieron poco a poco concesiones en sus principios distintivos, otros se aferraron a la verdad. Durante siglos de obscuridad y apostasía, hubo valdenses que negaron la supremacía de Roma, que rechazaron como idolátrico el culto a las imágenes y que guardaron el verdadero día de reposo. Conservaron su fe en medio de las más violenta y tempestuosa oposición. Aunque degollados por la espada de Saboya [se refiere a la cruzada contra los valdenses liderada por Carlos I de Saboya en 1484; también hubo otra persecución de Felipe II de Saboya e Inocencio VIII, ordenadas en 1487 con la bula *Id nostri cordis vota*, aunque una de las peores matanzas ocurrió en Calabria en 1561, mientras era papa Pío IV y se desarrollaba el Concilio de Trento] y quemados en la hoguera romanista, defendieron con firmeza la Palabra de Dios y su honor.



Tras los elevados baluartes de sus montañas, refugio de los perseguidos y oprimidos en todas las edades, hallaron los valdenses seguro escondite. Allí se mantuvo encendida la luz de la verdad en medio de la obscuridad de la Edad Media. Allí los testigos de la verdad conservaron por mil años la antigua fe.

#### **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 68-71**

La misma existencia de estos creyentes que guardaban la fe de la primitiva iglesia era un testimonio constante contra la apostasía de Roma, y por lo tanto despertaba el odio y la persecución más implacables. Era además una ofensa que Roma no podía tolerar el que se negasen a entregar las Sagradas Escrituras. Determinó raerlos de la superficie de la tierra. Entonces empezaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios en sus hogares de las montañas. Lanzáronse inquisidores sobre sus huellas, y la escena del inocente Abel cayendo ante el asesino Caín repitióse con frecuencia.

Una y otra vez fueron assolados sus feraces campos, destruidas sus habitaciones y sus capillas, de modo que de lo que había sido campos florecientes y hogares de cristianos sencillos y hacendosos no quedaba más que un desierto. Como la fiera que se enfurece más y más al probar



la sangre, así se enardecía la saña de los siervos del papa con los sufrimientos de sus víctimas. A muchos de estos testigos de la fe pura se les perseguía por las montañas y se les cazaba por los valles donde estaban escondidos, entre bosques espesos y cumbres roqueñas.

Ningún cargo se le podía hacer al carácter moral de esta gente proscrita. Sus mismos enemigos la tenían por gente pacífica, sosegada y piadosa. Su gran crimen consistía en que no querían adorar a Dios conforme a la voluntad del papa. Y por este crimen se les infligía todos los ultrajes, humillaciones y torturas que los hombres o los demonios podían inventar.

Una vez que Roma resolvió exterminar la secta odiada, el papa expidió una bula en que condenaba a sus miembros como herejes y los entregaba a la matanza... No se les acusaba de holgazanes, ni de deshonestos, ni de desordenados, pero se declaró que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía "a las ovejas del verdadero rebaño". Por lo tanto el papa ordenó que si "la maligna y abominable secta de malvados", rehusaba abjurar, "fuese aplastada como serpiente venenosa". (James A. Wylie, *The History of Protestantism, Libro 16, capítulo 1*). ¿Esperaba este altivo potentado tener que hacer frente otra vez a estas palabras? ¿Sabría que se hallaban archivadas en los libros del cielo para confundirle en el día del juicio? "En cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de éstos mis hermanos, -dijo Jesús- a mí lo hicisteis". **Mateo 25: 40 (VM)**.

En aquella bula se convocaba a todos los miembros de la iglesia a participar en una cruzada contra los herejes. Como incentivo para persuadirlos a que tomaran parte en tan despiadada empresa, "absolvía de toda pena o penalidad eclesiástica, tanto general como particular, a todos los que se unieran a la cruzada, quedando de hecho libres de cualquier juramento que hubieran prestado; declaraba legítimos sus títulos sobre cualquiera propiedad que hubieran adquirido ilegalmente, y prometía la remisión de todos sus pecados a aquellos que mataran a cualquier hereje. Anulaba todo contrato hecho en favor de los valdenses; ordenaba a los criados de éstos que los abandonasen; prohibía a todos que les prestasen ayuda de cualquiera clase y los autorizaba para tomar posesión de sus propiedades". (James A. Wylie, *The History of Protestantism, Libro 16, capítulo 1*). Este documento muestra a las claras qué espíritu satánico obraba detrás del escenario; es el rugido del dragón, y no la voz de Cristo, lo que en él se dejaba oír.

Los jefes papales no quisieron conformar su carácter con el gran modelo dado en la ley de Dios, sino que levantaron modelo a su gusto y determinaron obligar a todos a ajustarse a éste porque así lo había dispuesto Roma. Se perpetraron las más horribles tragedias. Los sacerdotes y papas corrompidos y blasfemos hacían la obra que Satanás les señalara. No había cabida para la misericordia en sus corazones. El mismo espíritu que crucificara a Cristo y que matara a los apóstoles, el mismo que impulsara al sanguinario Nerón contra los fieles de su tiempo, estaba empeñado en exterminar a aquellos que eran amados de Dios.

Las persecuciones que por muchos siglos cayeron sobre esta gente temerosa de Dios fueron soportadas por ella con una paciencia y constancia que honraban a su Redentor. No obstante las cruzadas lanzadas contra ellos y la inhumana matanza a que fueron entregados, siguieron enviando a sus misioneros a diseminar la preciosa verdad. Se los buscaba para darles muerte; y con todo, su sangre regó la semilla sembrada, que no dejó de dar fruto. De esta manera fueron los valdenses testigos de Dios siglos antes del nacimiento de Lutero. Esparcidos por muchas tierras, arrojaron la semilla de la Reforma que brotó en tiempo de Wiclef, se desarrolló y echó raíces en días de Lutero, para seguir creciendo hasta el fin de los tiempos mediante el esfuerzo de todos cuantos estén listos para sufrirlo todo "a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús". **Apocalipsis 1: 9 (VM)**.  
**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 82-84**

La maldad del anticristo no se vio solamente en los genocidios perpetrados, como los que hemos mencionados, sino en la forma de tratar a los reformadores que intentaron corregir la condición espiritual de la iglesia romana de aquellos tiempos. La mentira, el fraude y el engaño mostrado en la ejecución de Jan Hus (1370-1415, teólogo y filósofo checo, rector de la Universidad Carolina de Praga, reformador y predicador considerado uno de los precursores de la Reforma Protestante) y su fiel compañero de predicación y martirio, Jerónimo, apoyada por la fuerza de las armas pinta al romanismo de cuerpo entero.

Entre tanto, otro viajero se acercaba a Constanza [Alemania]. Hus se daba cuenta del riesgo que corría. Se había despedido de sus amigos como si ya no pensara volverlos a ver, y había emprendido el viaje presintiendo que remataría en la hoguera. A pesar de haber obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia, y otro que, estando ya en camino, recibió del emperador Segismundo, arregló bien todos sus asuntos en previsión de su muerte probable.

En una carta dirigida a sus amigos de Praga, les decía: "hermanos míos ...me voy llevando un salvoconducto del rey para hacer frente a mis numerosos y mortales enemigos... Me encomiendo de todo corazón al Dios todopoderoso, mi Salvador; confío en que él escuchará vuestras ardientes



súplicas; que pondrá su prudencia y su sabiduría en mi boca para que yo pueda resistir a los adversarios, y que me asistirá el Espíritu Santo para confirmarme en la verdad, a fin de que pueda arrostrar con valor las tentaciones, la cárcel y si fuese necesario, una muerte cruel. Jesucristo sufrió por sus muy amados, y, por tanto ¿habremos de extrañar que nos haya dejado su ejemplo a fin de que suframos con paciencia todas las cosas para nuestra propia salvación? Él es Dios y nosotros somos sus criaturas; él es el Señor y nosotros sus siervos; él es el Dueño del mundo y nosotros somos viles mortales, ¡y sin embargo sufrió! ¿Por qué, entonces, no habríamos de padecer nosotros también, y más cuando sabemos que la tribulación purifica? Por lo tanto, amados míos, si mi muerte ha de contribuir a su gloria, rogad que ella venga pronto y que él me dé fuerzas para soportar con serenidad todas las calamidades que me esperan. Empero, si es mejor que yo regrese para vivir otra vez entre vosotros, pidamos a Dios que yo vuelva sin mancha, es decir, que no suprima una tilde de la verdad del Evangelio, para poder dejar a mis hermanos un buen ejemplo que imitar. Es muy probable que nunca más volváis a ver mi cara en Praga; pero si fuese la voluntad del Dios todopoderoso traerme de nuevo a vosotros, avanzaremos con un corazón más firme en el conocimiento y en el amor de su ley". **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 2, 162, 163.**

En otra carta que escribió a un sacerdote que se había convertido al Evangelio, Hus habló con profunda humildad de sus propios errores, acusándose "de haber sido afecto a llevar hermosos trajes y de haber perdido mucho tiempo en cosas frívolas". Añadía después estas conmovedoras amonestaciones: "que tu espíritu se preocupe de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y no de las comodidades y bienes temporales. Cuida de no adornar tu casa más que tu alma; y sobre todo cuida del edificio espiritual. Sé humilde y piadoso con los pobres; no gastes tu hacienda en banquetes; si no te perfeccionas y no te abstienes de superfluidades temo que seas severamente castigado, como yo lo soy... Conoces mi doctrina porque de ella te he instruido desde que eras niño; es inútil, pues, que te escriba más. Pero te ruego encarecidamente, por la misericordia de nuestro Señor, que no me imites en ninguna de las vanidades en que me has visto caer". En la cubierta de la carta, añadió: "te ruego mucho, amigo mío, que no rompas este sello sino cuando tengas la seguridad de que yo haya muerto". **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 2, 163, 164.**



En el curso de su viaje vio Hus por todas partes señales de la propagación de sus doctrinas y de la buena acogida de que gozaba su causa. Las gentes se agolpaban para ir a su encuentro, y en algunos pueblos le acompañaban los magistrados por las calles.

Al llegar a Constanza, Hus fué dejado en completa libertad. Además del salvoconducto del emperador, se le dio una garantía personal que le aseguraba la protección del papa. Pero esas solemnes y repetidas promesas de seguridad fueron violadas, y pronto el reformador fué arrestado por orden del pontífice y de los cardenales, y encerrado en un inundo calabozo. Más tarde fué transferido a un castillo feudal, al otro lado del Rin, donde se le tuvo preso. Pero el papa sacó poco provecho de su perfidia, pues fué luego encerrado en la misma cárcel. **(Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 2, 269).** Se le probó ante el concilio que, además de homicidios, simonía y adulterio, era culpable de los delitos más viles, "pecados que no se pueden mencionar". Así declaró el mismo concilio y finalmente se le despojó de la tiara y se le arrojó en un calabozo. Los antipapas fueron destituidos también y un nuevo pontífice fué elegido.

Aunque el mismo papa se había hecho culpable de crímenes mayores que aquellos de que Hus había acusado a los sacerdotes, y por los cuales exigía que se hiciese una reforma, con todo, el mismo concilio que degradara al pontífice, procedió a concluir con el reformador. El encarcelamiento de Hus despertó grande indignación en Bohemia. Algunos nobles poderosos se dirigieron al concilio protestando contra tamaño ultraje. El emperador, que de mala gana había consentido en que se violase su salvoconducto, se opuso a que se procediera contra él. Pero los enemigos del reformador eran malévolos y resueltos. Apelaron a las preocupaciones del emperador, a sus temores y a su celo por la iglesia. Le presentaron



argumentos muy poderosos para convencerle de que “no había que guardar la palabra empeñada con herejes, ni con personas sospechosas de herejía, aun cuando estuvieran provistas de salvoconductos del emperador y de reyes”. **Jacques Lenfant, Histoire du Concile de Constance, Tomo 1, 493...** De ese modo se salieron con la suya.

Debilitado por la enfermedad y por el encierro, pues el aire húmedo y sucio del calabozo le ocasionó una fiebre que estuvo a punto de llevarle al sepulcro, Hus fué al fin llevado ante el concilio. Cargado de cadenas se presentó ante el emperador que empeñara su honor y buena fe en protegerle. Durante todo el largo proceso sostuvo Hus la verdad con firmeza, y en presencia de los dignatarios de la iglesia y del estado allí reunidos elevó una enérgica y solemne protesta contra la corrupción del clero. Cuando se le exigió que escogiese entre retractarse o sufrir la muerte, eligió la suerte de los mártires.

El Señor le sostuvo con su gracia. Durante las semanas de padecimientos que sufrió antes de su muerte, la paz del cielo inundó su alma. “Escribo esta carta -decía a un amigo- en la cárcel, y con la mano encadenada, esperando que se cumpla mañana mi sentencia de muerte... En el día aquél en que por la gracia del Señor nos encontremos otra vez gozando de la paz deliciosa de ultratumba, sabrás cuán misericordioso ha sido Dios conmigo y de qué modo tan admirable me ha sostenido en medio de mis pruebas y tentaciones”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 74.**

En la obscuridad de su calabozo previó el triunfo de la fe verdadera. Volviendo en sueños a su capilla de Praga donde había predicado el Evangelio, vio al papa y a sus obispos borrando los cuadros de Cristo que él había pintado en sus paredes. “Este sueño le aflige; pero el día siguiente ve muchos pintores ocupados en restablecer las imágenes en mayor número y colores más brillantes. Concluido este trabajo, los pintores, rodeados de un gentío inmenso, exclaman: ‘¡que vengan ahora papas y obispos! ya no las borrarán jamás!’”. Al referir el reformador a su sueño añadió: “tengo por cierto, que la imagen de Cristo no será borrada jamás. Ellos han querido destruirla; pero será nuevamente pintada en los corazones, por unos predicadores que valdrán más que yo”. **J. H. Merle D’Aubigne, History of the Reformation of the 16th Century, Libro 1, capítulo 7.**

Por última vez fué llevado Hus ante el concilio. Era ésta una asamblea numerosa y deslumbradora: el emperador, los príncipes del imperio, delegados reales, cardenales, obispos y sacerdotes, y una inmensa multitud de personas que habían acudido a presenciar los acontecimientos del día. De todas partes de la cristiandad se habían reunido los testigos de este gran sacrificio, el primero en la larga lucha entablada para asegurar la libertad de conciencia.

Instado Hus para que manifestara su decisión final, declaró que se negaba a abjurar, y fijando su penetrante mirada en el monarca que tan vergonzosamente violara la palabra empeñada, dijo: “resolví, de mi propia y espontánea libertad, comparecer ante este concilio, bajo la fe y la protección pública del emperador aquí presente”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 94.** El bochorno se le subió a la cara al monarca Segismundo al fijarse en él las miradas de todos los circunstantes.

Habiendo sido pronunciada la sentencia, se dio principio a la ceremonia de la degradación. Los obispos vistieron a su prisionero el hábito sacerdotal, y al recibir éste la vestidura dijo: “a nuestro Señor Jesucristo se le vistió con una túnica blanca con el fin de insultarle, cuando Herodes le envió a Pilato”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 95, 96.** Habiéndosele exhortado otra vez a que se retractara, replicó mirando al pueblo: “y entonces, ¿con qué cara me presentaría en el cielo? ¿cómo miraría a las multitudes de hombres a quienes he predicado el Evangelio puro? No; estimo su salvación más que este pobre cuerpo destinado ya a morir [tenía entonces solamente 45 años]”. Las vestiduras le fueron quitadas una por una, pronunciando cada obispo una maldición cuando le tocaba tomar parte en la ceremonia. Por último, “colocaron sobre su cabeza una gorra o mitra de papel en forma de pirámide, en la que estaban pintadas horribles figuras de demonios, y en cuyo frente se destacaba esta inscripción: ‘el archihereje’. ‘Con gozo -dijo Hus- llevaré por ti esta corona de oprobio, oh, Jesús, que llevaste por mí una de espinas’”.

Acto continuo, “los prelosos dijeron: ‘ahora dedicamos tu alma al diablo’. ‘Y yo -dijo Hus levantando sus ojos al cielo- en tus manos encomiendo mi espíritu, oh, Señor Jesús, porque tú me redimiste’”. **James A. Wylie, The History of Protestantism, Libro 3, capítulo 7.**

Fué luego entregado a las autoridades seculares y conducido al lugar de la ejecución. Iba seguido por inmensa procesión formada por centenares de hombres armados, sacerdotes y obispos que lucían sus ricas vestiduras, y por el pueblo de Constanza. Cuando lo sujetaron a la estaca y todo estuvo dispuesto para encender la hoguera, se instó una vez más al mártir a que se salvara retractándose de sus errores. “¿A cuáles errores -dijo Hus- debo renunciar? De ninguno me



encuentro culpable. Tomo a Dios por testigo de que todo lo que he escrito y predicado ha sido con el fin de rescatar a las almas del pecado y de la perdición; y, por consiguiente, con el mayor gozo confirmaré con mi sangre aquella verdad que he anunciado por escrito y de viva voz”. **James A. Wylie, The History of Protestantism, Libro 3, capítulo 7.** Cuando las llamas comenzaron a arder en torno suyo, principió a cantar: “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”, y continuó hasta que su voz enmudeció para siempre.



Sus mismos enemigos se conmovieron frente a tan heroica conducta. Un celoso partidario del papa, al referir el martirio de Hus y de Jerónimo que murió poco después, dijo: “ambos se portaron como valientes al aproximarse su última hora. Se prepararon para ir a la hoguera como se hubieran preparado para ir a una boda; no dejaron oír un grito de dolor. Cuando subieron las llamas, entonaron himnos y apenas podía la vehemencia del fuego acallar sus cantos”. **James A. Wylie, The History of Protestantism, Libro 3, capítulo 7.**

Cuando el cuerpo de Hus fué consumido por completo, recogieron sus cenizas, las mezclaron con la tierra donde yacían y las arrojaron al Rin, que las llevó hasta el océano. Sus perseguidores se figuraban en vano que habían arrancado de raíz las verdades que predicara. No soñaron que las cenizas que echaban al mar eran como semilla esparcida en todos los países del mundo, y que en tierras aún desconocidas darían mucho fruto en testimonio por la verdad. La voz que había hablado en la sala del concilio de Constanza había despertado ecos que resonarían al través de las edades futuras. Hus ya no existía, pero las verdades por las cuales había muerto no podían perecer. Su ejemplo de fe y perseverancia iba a animar a las muchedumbres a mantenerse firmes por la verdad frente al tormento y a la muerte. Su ejecución puso de manifiesto ante el mundo entero la pérfida crueldad de Roma. Los enemigos de la verdad, aunque sin saberlo, no hacían más que fomentar la causa que en vano procuraban aniquilar.

Una estaca más iba a levantarse en Constanza. La sangre de otro mártir iba a testificar por la misma verdad. Jerónimo [de Praga] al decir adiós a Hus, cuando éste partiera para el concilio, le exhortó a ser valiente y firme, declarándole que si caía en algún peligro él mismo volaría en su auxilio. Al saber que el reformador se hallaba encarcelado, el fiel discípulo se dispuso inmediatamente a cumplir su promesa. Salió para Constanza con un solo compañero y sin proveerse de salvoconducto. Al llegar a la ciudad, se convenció de que sólo se había expuesto al peligro, sin que le fuera posible hacer nada para liberar a Hus. Huyó entonces pero fué arrestado en el camino y devuelto a la ciudad cargado de cadenas, bajo la custodia de una compañía de soldados. En su primera comparecencia ante el concilio, sus esfuerzos para contestar los cargos que le arrojaban se malograban entre los gritos: “¡a la hoguera con él! ¡a las llamas!” **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 2, 256.** Fué arrojado en un calabozo, lo encadenaron en una postura muy penosa y lo tuvieron a pan y agua. Después de algunos meses, las crueldades de su prisión causaron a Jerónimo una enfermedad que puso en peligro su vida, y sus enemigos, temiendo que se les escapase, le trataron con menos severidad aunque dejándole en la cárcel por un año.

La muerte de Hus no tuvo el resultado que esperaban los papistas. La violación del salvoconducto que le había sido dado al reformador levantó una tempestad de indignación, y como medio más seguro, el concilio resolvió que en vez de quemar a Jerónimo se le obligaría, si posible fuese, a retractarse. Fué llevado ante el concilio y se le instó para que escogiera entre la retractación o la muerte en la hoguera. Haberle dado muerte al principio de su encarcelamiento hubiera sido un acto de misericordia en comparación con los terribles sufrimientos a que le sometieron; pero después de esto, debilitado por su enfermedad y por los rigores de su prisión, detenido en aquellas mazmorras



y sufriendo torturas y angustias, separado de sus amigos y herido en el alma por la muerte de Hus, el ánimo de Jerónimo decayó y consintió en someterse al concilio. Se comprometió a adherirse a la fe católica y aceptó el auto de la asamblea que condenaba las doctrinas de Wiclef y de Hus, exceptuando, sin embargo, las “santas verdades” que ellos enseñaron. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 156.**

Por medio de semejante expediente Jerónimo trató de acallar la voz de su conciencia y librarse de la condena; pero, vuelto al calabozo, a solas consigo mismo percibió la magnitud de su acto. Comparó el valor y la fidelidad de Hus con su propia retractación. Pensó en el divino Maestro a quien él se había propuesto servir y que por causa suya sufrió la muerte en la cruz. Antes de su retractación había hallado consuelo en medio de sus sufrimientos, seguro del favor de Dios; pero ahora, el remordimiento y la duda torturaban su alma. Harto sabía que tendría que hacer otras retractaciones para vivir en paz con Roma. El sendero que empezaba a recorrer le llevaría infaliblemente a una completa apostasía. Resolvió no volver a negar al Señor para librarse de un breve plazo de padecimientos.

Pronto fué llevado otra vez ante el concilio, pues sus declaraciones no habían dejado satisfechos a los jueces. La sed de sangre despertada por la muerte de Hus, reclamaba nuevas víctimas. Sólo la completa abjuración podía salvar de la muerte al reformador. Pero éste había resuelto confesar su fe y seguir hasta la hoguera a su hermano mártir.

Desvirtuó su anterior retractación, y a punto de morir, exigió que se le diera oportunidad para defenderse. Temiendo los prelados el efecto de sus palabras, insistieron en que él se limitara a afirmar o negar lo bien fundado de los cargos que se le hacían. Jerónimo protestó contra tamaña crueldad e injusticia. “Me habéis tenido encerrado -dijo,- durante trescientos cuarenta días, en una prisión horrible, en medio de inmundicias, en un sitio malsano y pestilente, y falto de todo en absoluto. Me traéis hoy ante vuestra presencia y tras de haber prestado oídos a mis acérrimos enemigos, os negáis a oírme... Si en verdad sois sabios, y si sois la luz del mundo, cuidaos de pecar contra la justicia. En cuanto a mí, no soy más que un débil mortal; mi vida es de poca importancia, y cuando os exhorto a no dar una sentencia injusta, hablo más por vosotros que por mí”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 162, 163.**

Al fin le concedieron a Jerónimo lo que pedía. Se arrodilló en presencia de sus jueces y pidió que el Espíritu divino guiara sus pensamientos y le diese palabras para que nada de lo que iba a decir fuese contrario a la verdad e indigno de su Maestro. En aquel día se cumplió en su favor la promesa del Señor a los primeros discípulos: “seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa... cuando os entregaren, no os afanéis sobre cómo o qué habéis de decir; porque en aquella misma hora os será dado lo que habéis de decir; porque no sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”. **Mateo 10: 18-20 (VM).**

Las palabras de Jerónimo produjeron sorpresa y admiración aun a sus enemigos. Por espacio de todo un año había estado encerrado en un calabozo, sin poder leer ni ver la luz siquiera, sufriendo físicamente a la vez que dominado por terrible ansiedad mental; y no obstante, supo presentar sus argumentos con tanta claridad y con tanta fuerza como si hubiera podido estudiar constantemente. Llamó la atención de sus oyentes a la larga lista de santos varones que habían sido condenados por jueces injustos. En casi todas las generaciones hubo hombres que por más que procuraban levantar el nivel moral del pueblo de su época, eran despreciados y rechazados, pero que en tiempos ulteriores fueron reconocidos dignos de recibir honor. Cristo mismo fué condenado como malhechor, por un tribunal inicuo.

Al retractarse Jerónimo había declarado justa la sentencia condenatoria que el concilio lanzara contra Hus; pero esta vez declaró que se arrepentía de ello y dio un valiente testimonio a la inocencia y santidad del mártir. Expresóse en estos términos: “conocí a Juan Hus desde su niñez. Era el hombre más excelente, justo y santo; pero no por eso dejó de ser condenado... Y ahora yo también estoy listo para morir. No retrocederé ante los tormentos que hayan preparado para mí mis enemigos, los testigos falsos, los cuales tendrán que ser llamados un día a cuentas por sus imposturas, ante el gran Dios a quien nadie puede engañar”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 167.**

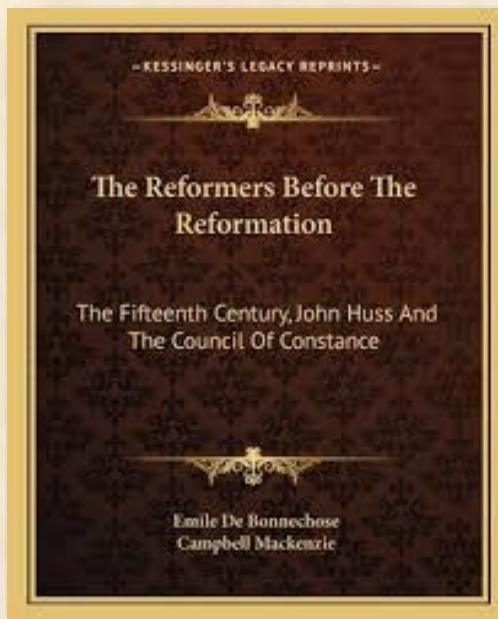
Al censurarse a sí mismo por haber negado la verdad, dijo Jerónimo: “de todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tanto sobre mí ni me causa tan acerbos remordimientos, como el que cometí en este funesto lugar, cuando aprobé la inicua sentencia pronunciada contra Wiclef y contra el santo mártir, Juan Hus, maestro y amigo mío. Sí, lo confieso de todo corazón, y declaro con verdadero horror que desgraciadamente me turbé cuando, por temor a la muerte, condené las doctrinas de ellos. Por tanto, ruego ...al Dios todopoderoso se digne perdonarme mis pecados y éste en particular, que es el más monstruoso de todos”. Señalando a los jueces, dijo con entereza: “vosotros condenasteis a Wiclef y a Juan Hus no porque hubieran



invalidado las doctrinas de la iglesia, sino sencillamente por haber denunciado los escándalos provenientes del clero -su pompa, su orgullo y todos los vicios de los prelados y sacerdotes. Las cosas que aquéllos afirmaron y que son irrefutables, yo también las creo y las proclamo”.

Sus palabras fueron interrumpidas. Los prelados, temblando de ira, exclamaron: “¿qué necesidad hay de mayores pruebas? ¡Contemplamos con nuestros propios ojos el más obstinado de los herejes!”

Sin conmovirse ante la tempestad, repuso Jerónimo: “¡qué! ¿imagináis que tengo miedo de morir? Por un año me habéis tenido encadenado, encerrado en un calabozo horrible, más espantoso que la misma muerte. Me habéis tratado con más crueldad que a un turco, judío o pagano, y mis carnes se han resecado hasta dejar los huesos descubiertos; pero no me quejo, porque las lamentaciones sientan mal en un hombre de corazón y de carácter; pero no puedo menos que expresar mi asombro ante tamaña barbarie con que habéis tratado a un cristiano”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 168, 169.**



Volvió con esto a estallar la tempestad de ira y Jerónimo fué devuelto en el acto a su calabozo. A pesar de todo, hubo en la asamblea algunos que quedaron impresionados por sus palabras y que desearon salvarle la vida. Algunos dignatarios de la iglesia le visitaron y le instaron a que se sometiera al concilio. Se le hicieron las más brillantes promesas si renunciaba a su oposición contra Roma. Pero, a semejanza de su Maestro, cuando le ofrecieron la gloria del mundo, Jerónimo se mantuvo firme.

“Probádmelo con las Santas Escrituras que estoy en error -dijo él- y abjuraré de él”.

“¡Las Santas Escrituras! -exclamó uno de sus tentadores-, ¿todo debe ser juzgado por ellas? ¿Quién puede comprenderlas si la iglesia no las interpreta?”

“¿Son las tradiciones de los hombres más dignas de fe que el Evangelio de nuestro Salvador? -replicó Jerónimo-. Pablo no exhortó a aquellos a quienes escribía a que escuchasen las tradiciones de los hombres, sino que les dijo: **escudriñad las Escrituras**”.

“Hereje, -fue la respuesta- me arrepiento de haber estado alegando contigo tanto tiempo. Veo que es el diablo el que te impulsa”. **James A. Wylie, The History of Protestantism, Libro 3, capítulo 10.**

En breve se falló sentencia de muerte contra él. Le condujeron en seguida al mismo lugar donde Hus había dado su vida. Fué al suplicio cantando, iluminado el rostro de gozo y paz. Fijó en Cristo su mirada y la muerte ya no le infundía miedo alguno. Cuando el verdugo, a punto de prender la hoguera, se puso detrás de él, el mártir exclamó: “ven por delante, sin vacilar. Prende la hoguera en mi presencia. Si yo hubiera tenido miedo, no estaría aquí”.

Las últimas palabras que pronunció cuando las llamas le envolvían fueron una oración. Dijo: “Señor, Padre todopoderoso, ten piedad de mí y perdóname mis pecados, porque tú sabes que siempre he amado tu verdad”. **Emile de Bonnechose, The Reformers before the Reformation, The Fifteenth Century, Libro 3, 185, 186.** Su voz dejó de oírse, pero sus labios siguieron murmurando la oración. Cuando el fuego hubo terminado su obra, las cenizas del mártir fueron recogidas juntamente con la tierra donde estaban esparcidas y, como las de Hus, fueron arrojadas al Rin.

Así murieron los fieles siervos que derramaron la luz de Dios. Pero la luz de las verdades que proclamaron -la luz de su heroico ejemplo- no pudo extinguirse. Antes podían los hombres intentar hacer retroceder al sol en su carrera que apagar el alba de aquel día que vertía ya sus fulgores sobre el mundo.

La ejecución de Hus había encendido llamas de indignación y horror en Bohemia. La nación entera se conmovió al reconocer que había caído víctima de la malicia de los sacerdotes y de la traición del emperador. Se le declaró fiel maestro de la verdad, y el concilio que decretó su muerte fué culpado del delito de asesinato. Como consecuencia de esto las doctrinas del reformador



llamaron más que nunca la atención. Los edictos del papa condenaban los escritos de Wiclef a las llamas, pero las obras que habían escapado a dicha sentencia fueron sacadas de donde habían sido escondidas para estudiarlas comparándolas con la Biblia o las porciones de ella que el pueblo podía conseguir, y muchos fueron inducidos así a aceptar la fe reformada.

**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 112-124**

Estoy seguro de que usted se ha conmovido como yo, casi me saltan las lágrimas al releer estos fragmentos, con el testimonio de estos grandes hombres. También usted se habrá llenado de indignación al comprobar la permanente maldad de la iglesia apóstata.

### 7.6.3. El antisemitismo y la iglesia católica

Si algo puede compararse al celo de la iglesia romana que le lleva a perseguir a los llamados “herejes”, es su inexplicable odio hacia los judíos, odio que veremos transformado en persecuciones y matanzas en este y los siguientes acápites. Se han presentado supuestas razones para este odio histórico, pero queda claro que son pretextos para perseguir a un pueblo, que alguna vez fue el pueblo de Dios.

El antisemitismo también ha superado a otros prejuicios europeos a la hora de engendrar una violencia eliminadora que se manifiesta a través de la segregación forzosa, las expulsiones y los asesinatos en masa. Por toda Europa, los gentiles han expulsado a los judíos, a veces durante cientos de años: de Crimea en 1016, de París en 1182, de Inglaterra en 1290, de Francia en 1306, de Suiza en 1348, de Hungría en 1349, de Provenza en 1394, de Austria en 1422, de Lituania en 1495, de Portugal en 1497, y de gran parte de la región que se convertiría en Alemania entre los Siglos XIV y XVI. El suceso de más infausta memoria es la expulsión de los judíos de España en 1492 [cuando vivíamos en España tuvimos la oportunidad de visitar, en muchas ciudades, las llamadas juderías, que no eran otra cosa que los guetos donde se les permitía vivir a los judíos].

Cuando estas y otras zonas de Europa permitían la entrada de judíos en sus confines, era frecuente que, bajo la autoridad de las bulas papales, los aislaran en guetos, con el fin de limitar sus movimientos y actividades, así como el trato con los gentiles. Breslau fundó un gueto en 1266. Durante los seiscientos años siguientes se construyeron guetos en ciudades situadas, entre otros lugares, en lo que hoy es Austria, la República Checa, Francia, Alemania, Grecia, Italia, Polonia, Portugal y España; estos enclaves incluían centros y capitales importantes como Frankfurt (1460), Madrid (1480), Praga (1473), Cracovia (1494), Venecia (1516) Roma (1555) y Viena (1570). Desde 1835 hasta la revolución bolchevique, Rusia confinó a los judíos en su parte occidental, conocida con el nombre de Límites de Asentamiento.

El asesinato en masa de judíos comenzó en el 414 DC, cuando el pueblo de la recién cristianizada Alejandría romana aniquiló a la comunidad hebrea de la ciudad. En 1096, durante la



Primera Cruzada [conducida por el salvaje monje Pedro el Ermitaño, en la imagen], las masacres de judíos a gran escala se desataron con una furia especialmente notable. Comunidad tras comunidad, los cruzados fueron matando judíos en el norte de Francia y en Alemania hasta llegar a una cifra de diez mil muertos. Este tipo de asesinatos volvió a producirse en cruzadas posteriores y periódicamente por toda Europa durante los siguientes siglos. Los ejemplos más considerables pueden parecerse precursores del Holocausto: entre 1348 y 1350, durante la peste bubónica, los alemanes masacraron a los judíos de unas trescientas cincuenta comunidades -casi todos los municipios-, dejando Alemania prácticamente judenrein, “libre de judíos”. En 1391, los españoles asesinaron a judíos de todo el país y, durante los últimos tiempos de la Inquisición española, muchos encontraron la muerte, a menudo en la hoguera. Durante las masacres de Chmielnicki, que tuvieron lugar entre 1648 y 1656, se asistió a carnicerías, perpetradas por ucranianos (entonces llamados cosacos), que acabaron con la vida de más de cien mil judíos en ciudades y pueblos de toda Polonia. Los pogromos ocurridos en Rusia entre 1871 y 1906, aunque, en comparación con esos

tempranos asesinatos masivos, se cobraron la vida de una cantidad de personas mucho menor, conmocionaron al mundo occidental.

En consecuencia, desde el punto de vista histórico, el Holocausto que perpetraron los alemanes antisemitas, con la ayuda de lituanos, ucranianos, polacos, franceses y otros que participaban del mismo prejuicio, debe considerarse el ataque aniquilador más grande y exhaustivo





dentro de una larga serie. Sin embargo, no fue el definitivo. Era frecuente que, inmediatamente después del final del Holocausto, los supervivientes judíos se toparan con la hostilidad de sus vecinos de la Europa Oriental católica que a veces los habían masacrado. El pogromo mejor conocido de los ocurridos en esos momentos tuvo lugar en Kielce, donde, en julio de 1946, una multitud enfervorizada de polacos asesinó a cuarenta judíos, dejando a otros heridos. ¿Cuál fue el catalizador de este colofón del Holocausto?: en la Edad Media se acusaba a los judíos de cometer asesinatos rituales de cristianos. Se calcula que en los dos años posteriores al término de la guerra, los polacos acabaron con la vida de unos 1.500 judíos.

Durante bastante más de un milenio, el antisemitismo alentó la vida social, política y cultural de los pueblos de los países occidentales, en cuyo mapa mental y emocional del mundo los judíos ocupaban un lugar privilegiado y maligno. La política, el desarrollo económico y la historia cultural y social de Europa no pueden comprenderse sin conceder un puesto prominente al antisemitismo, a sus causas y a sus consecuencias.

Por lo tanto, ¿por qué no se suele otorgar al antisemitismo más que un lugar marginal en la historia occidental? Se aborda de forma oblicua, minimizándolo o acordonándolo, al debatir asuntos en los que tiene una importancia capital; así ha ocurrido, por ejemplo, en el Siglo XX, cuando se consideró que, sobre todo, era propiedad de una pequeña secta patológica llamada nazismo. Puede que el lugar marginal que ocupa el antisemitismo en las obras canónicas de la historia de Occidente se deba a que, en esta parte del mundo, el principal responsable de ese odio eterno y esencial hacia los judíos es el cristianismo. Y, en concreto, la Iglesia católica.

**Daniel Jonah Goldhagen, La Iglesia católica y el Holocausto, Una deuda pendiente, 46-48**

Cuando uno estudia la historia, en particular la europea, no puede pasar por alto el odio por el pueblo judío que se ha manifestado, como hemos visto en matanzas terribles e indiscriminadas. No me parece que haya nada comparable al odio a los judíos en el caso de otros pueblos, tal vez haya habido pueblos enemigos uno de otro que hayan pretendido exterminarse mutuamente; pero el odio concentrado de muchos pueblos en contra de uno de ellos tiene una razón, una razón que no es la xenofobia, una razón religiosa, alentada por el papado.

Durante siglos, la Iglesia católica, esa institución paneuropea con pretensiones hegemónicas mundiales, esa institución espiritual, moral y formativa de importancia capital para la civilización europea, albergó en su seno el antisemitismo, haciendo que constituyera parte integral de su doctrina, su teología y su liturgia. Lo hizo amparándose en la justificación divina de la Biblia cristiana, para la que los judíos eran los asesinos de Cristo y siervos del demonio.

La Iglesia propagaba el antisemitismo allí donde predicaban sus clérigos, asegurándose de que no fuera un odio efímero, limitado territorialmente o marginal, sino que, dentro de la cristiandad, iba a constituir un poderoso y duradero imperativo religioso. En la Europa medieval, el antisemitismo era prácticamente universal.

Después de la Reforma del Siglo XVI, el antisemitismo continuó su curso de forma prácticamente paralela en las Iglesias católica y protestante. Era algo que incluso estos acérrimos enemigos podían compartir. Martín Lutero postulaba que los judíos “son para nosotros una pesada carga, la calamidad de nuestro ser; son una plaga en el corazón de nuestra tierra”. Ésta no era más que una pequeña parte de su “masacre homilética” de 1543: **“Sobre los judíos y sus mentiras”**, un tratado violentamente antisemita que, haciéndose eco de la campaña eliminadora de la Iglesia católica contra los judíos de España hacia sólo cincuenta años, solicitaba su degradación y represión absolutas, e incluso su eliminación; entre otras cosas, mediante la destrucción de sus libros y el incendio de sus casas y sinagogas, con el fin de que “podamos vernos libres de los judíos, esa insufrible y diabólica carga”. A pesar del despiadado antisemitismo de Lutero, no es de extrañar que la Iglesia católica les acusara a él y a sus seguidores de herejes y judíos, y que los católicos llegaran a creer que los hebreos habían sido instigadores de la Reforma, que acabó con el monopolio de la cristiandad que prácticamente ostentaba la Iglesia en Europa. La demonología católica sobre los judíos hizo que, para muchos católicos de todos los estratos sociales, echarles la culpa de cualquier calamidad natural o humana se convirtiera en un acto casi reflejo. Felipe II, fuerza impulsora de la Inquisición española y firme aliado del Vaticano, declaró en 1556 que “todas las herejías que han tenido lugar en Alemania y Francia han sido urdidas por descendientes de judíos, como hemos visto y seguimos viendo a diario en España”.

El antisemitismo condujo al Holocausto y ha sido un componente esencial de la Iglesia católica. La relación existente entre el antisemitismo de la Iglesia y el Holocausto debe ser el centro de cualquier investigación general sobre uno u otro asunto. **James Carroll**, al comienzo de **Constantine's Sword**, su extraordinario estudio sobre esta relación observa que “una investigación sobre los orígenes del Holocausto en el torturado pasado de la civilización occidental tendrá que ser necesariamente un estudio de la historia del catolicismo”. Para muchas personas, tal empresa,



independientemente de lo necesaria que sea, supone una amenaza no deseada. A consecuencia de ello, está muy extendida y arraigada la práctica de apartar la atención de los asuntos cruciales. Esta táctica evasiva y de negación comenzó ya en 1939, cuando el papa Pío XII censuró *Humani Generis Unitas*, la encíclica antirracista aún no promulgada de su antecesor Pío XI, que acababa de fallecer.



Pío XII había nacido en 1876 en Roma como Eugenio Pacelli. Estudió filosofía en esa ciudad y fue ordenado sacerdote en 1899. Pronto comenzó su carrera política en el ámbito eclesiástico, al entrar en 1901 en la Secretaría de Estado del Vaticano. Pacelli, que evidentemente estaba dotado para el camino que había elegido dentro de la Iglesia, logró varios ascensos antes de convertirse en arzobispo en mayo de 1917 y ser nombrado nuncio papal en Baviera. Entre 1920 y 1930, ocupó este cargo de emisario vaticano en Alemania. Después de ser nombrado cardenal en 1929, en febrero de 1930 accedió al segundo puesto más poderoso de la Iglesia, la Secretaría de Estado del Vaticano, con la responsabilidad de representar al Papa en las labores de supervisión de la burocracia eclesiástica y en la dirección de las relaciones diplomáticas con otros Estados. A comienzos de marzo de 1939, Pacelli completó su ascensión, convirtiéndose en Papa con el nombre de Pío XII (me refiero a él como Pacelli en los años anteriores a su pontificado y como Pío XII durante los años que duró dicho Ministerio).

Al ocupar este puesto supremo, Pío XII tuvo que tomar una trascendental decisión sobre lo que había que hacer con el borrador de encíclica elaborado por Pío XI. La decisión era de vital importancia porque *Humani Generis Unitas* haría que la Iglesia, finalmente y en público, defendiera a los acosados judíos, condenando explícitamente el antisemitismo nazi y solicitando que cesara la persecución a la que les sometían los alemanes: "parece claro que la lucha por la pureza racial termina siendo únicamente una lucha contra los judíos. Salvo por su

crueldad sistemática, esta lucha no es diferente en cuanto a sus auténticos motivos y métodos de las persecuciones realizadas por doquier contra los judíos desde la antigüedad". El hecho de que un Papa estableciera directamente esta conexión, en cuanto a los motivos y los métodos, entre pasadas persecuciones contra los judíos -de forma implícita, pero con claridad, las de la Iglesia y el ataque que en aquel momento realizaban los alemanes contra ese mismo grupo, debería dar que pensar a cualquiera que desee desvincular a la Iglesia de cualquier responsabilidad por las persecuciones y matanzas de las décadas de 1930 y 1940. El hecho de que un segundo pontífice comenzara su papado enterrando en el "silencio de los archivos" este notable documento en defensa de los judíos, que ahora se conoce con el nombre de Encíclica Oculta, y que, durante más de cincuenta años después de la guerra, el Vaticano intentara encubrir el acto de prohibición de dicho documento, así como su propia existencia, dice mucho sobre este pontífice y sobre las simulaciones que rodearon su relación y la de la Iglesia con el Holocausto.

**Daniel Jonah Goldhagen, La Iglesia católica y el Holocausto, Una deuda pendiente, 48-51**

### 7.7. El Vaticano y el fascismo

Para entender de manera más profunda los acontecimientos que derivaron en el Holocausto es necesario estudiar la simpatía de la iglesia romana por el fascismo que fue extremadamente evidente bajo Pío XII, pero que ocurrió también antes y después. La simpatía de la iglesia romana por los regímenes dictatoriales también es inocultable.

El sistema de gobierno católico-romano es monárquico por naturaleza, y sigue siéndolo así hasta el día de hoy. No son los creyentes católicos los que eligen al papa, quien por otro lado, se considera infalible en materia de fe y costumbres. Subsiste en el romanismo un sistema medieval monárquico de gobierno cuyo representante máximo es establecido en forma vitalicia, como los reyes en las monarquías europeas anteriores. Lo más sorprendente, es que tal sistema de gobierno haya podido perdurar en medio de regímenes modernos elegidos democráticamente por el pueblo, y cuyos gobernantes ejercen su oficio en forma temporaria, según lo decida la autoridad que emana no de una cúpula, sino del mismo pueblo.

El peligro para esta visión piramidal del poder se agrandó para el Vaticano cuando comenzaron a levantarse en Europa y América partidos políticos católicos que abrazaban el sistema democrático de gobierno y, por consiguiente, no se sujetaban fácil e incondicionalmente a las



directivas de la cúpula romana. Esto sucedió a comienzos del Siglo XX, especialmente en Francia y en Alemania, y aún en la misma Italia y otros países de orientación religiosa católica. ¿Qué hacer entonces, para evitar que con tal corriente, se terminase democratizando aún el mismo sistema jerárquico de la Iglesia Católica Romana? (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 35-40**). Si se desprendía el papado de esos partidos políticos católicos liberales, ¿a qué sistemas de gobierno podría recurrir para hacer oír su voz, y se acatasen sus dogmas político-económico-religiosos?

Vanos habían sido los intentos del papado por lograr concordatos con los países democráticos de Europa, en donde al menos sus escuelas fuesen reconocidas y pagados los obispos de la Iglesia. Algún logro obtuvo en la región católica de Baviera en 1924. Pero tal concordato favorable a la Iglesia Católica le creó mayores problemas para lograr otros concordatos con Prusia, por ejemplo, y con el Reich alemán. Mientras que en Baviera logró que el clero fuese pagado por ese estado regional de Alemania, y la enseñanza de la religión fuese impuesta y controlada por el obispo local, en Prusia tuvo que dejar la cuestión de las escuelas fuera del acuerdo (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 100-104**).

Una nueva opción intermedia aparece, entonces, con el nazismo alemán y el fascismo italiano entre la segunda y tercera décadas del Siglo XX. Ambos se autoproclaman favorables a la Iglesia Católica y contrarios al comunismo. Ambos necesitan un reconocimiento "moral" para superar las críticas de las demás corrientes democráticas occidentales y del comunismo. ¿Cómo podría desaprovechar, pues, el papado romano, semejante oportunidad para resarcirse del golpe de gracia que había recibido de la Revolución Francesa, y del que no se podía recuperar todavía? Es más, su presunta posición intermedia entre el capitalismo y el comunismo apuntaban en esa dirección.

El Vaticano vio en Hitler y Mussolini una oportunidad para afianzarse en el poder y recuperar el centro de Europa para la Iglesia Católica. Más aún, los vio como divinamente señalados para poder deshacerse del comunismo y relanzar la evangelización católico-romana del resto de Europa, inclusive del mundo ortodoxo en el este. Con ellos (los dictadores), iba a poder firmar y, por la vía rápida, concordatos de mutuo reconocimiento. Al ver luego, los demás países católicos de Europa y Latinoamérica, cuán rápido el papado daba reconocimiento a tales gobiernos, iban a saludar con el mismo beneplácito a gobiernos dictatoriales que apareciesen súbitamente en su medio y con motivos semejantes.

En efecto, todos los grandes dictadores y genocidas del Siglo XX en occidente, fueron católicos y contaron con el respaldo abierto y explícito del papado romano. Este hecho no puede ser negado ni debe pasarse por alto. La Iglesia vio en ese nuevo sistema una oportunidad para recuperar el dominio perdido en el centro de Europa, e imponerse, a partir de allí, en el resto del mundo como la única autoridad moral, política y espiritual reconocida. Siendo que la Iglesia Romana es una institución autoritaria por definición, no debía extrañar a nadie que favoreciese gobiernos hechos a su imagen y semejanza.

Consideremos por unos momentos los nombres de los dictadores del Siglo XX. Indiscutiblemente, todos fueron católicos. Entre los más sobresalientes podemos mencionar los siguientes: Benito Mussolini (Italia), 1922-1943; Engelbert Dollfuss and Kurt von Schuschnigg (Austria), 1932-1934; Adolf Hitler (Alemania), 1933-1945; Antonio Salazar (Portugal), 1932-1968; Francisco Franco (España), 1936-1975; Ante Pavelic (Croacia), 1941-1945; Juan Perón (Argentina), 1946-1955; Videla (con la Junta Militar que gobernó a Argentina durante la "guerra sucia" en los 70s), Pinochet en Chile, etc. De entre ellos, los más criminales fueron Hitler, Mussolini, Franco y Pavelic (también, aunque en no tan grande número, Videla y Pinochet). Corresponderá, a continuación, demostrar la relación de estos regímenes dictatoriales y sus genocidios, con el Vaticano y la Iglesia Católica en general.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 12**

### **7.7.1. Mussolini**

Hemos hablado de la herida de muerte que recibió la bestia que surge del mar (el papado) y su sanamiento milagroso que asombraría a toda la tierra tal como se relata en **Apocalipsis 13**. Recordemos que el papado había recibido un golpe muy duro cuando el papa Pio VI fue tomado preso por el General Berthier en 1798. Aunque el papado pareció recuperarse en algo, en 1870 la unificación italiana le privó del dominio sobre los estados pontificios que había gobernado por casi trece siglos, lo que debilitó su posición internacional mucho más.

El golpe de muerte que recibió el papado en 1798 en manos de las autoridades seculares francesas que apresaron al papa y declararon que nunca más se levantaría un reino tal, marcó todo el espíritu del Siglo XIX. El papado fue repetidamente humillado con Napoleón, quien tomó como prisioneros a Pío VII y a Pío VIII. Pío IX debió escapar el 16 de Noviembre de 1849, vestido con una



sotana de sacerdote común y un par de grandes gafas o anteojos, cuando fue saqueado su palacio de verano Quirinal que estaba sobre la ciudad de Roma. Huyó a la fortaleza de Gaeta en el reino de Nápoles, para no volver al Vaticano sino un año más tarde gracias a la ayuda de las bayonetas francesas. Algo semejante ocurría con el predominio papal que, en mayor o menor intensidad, continuaba quitándosele a la Iglesia Católica en los demás países de Europa.

Inclusive en la misma Italia, le fueron quitando al papa su dominio territorial en su confrontación con las fuerzas que luchaban por la unidad y modernización de la nación. Esto desembocó en su pérdida definitiva de la ciudad de Roma y el centro de la península, bajo un gobierno independiente conducido por Vittorio Emanuele que confiscó el patrimonio papal [a través de un documento falsificado, como la Donación de Constantino, había pretendido el papado apoderarse de toda Europa a partir del Siglo IX]. Pero la falsedad de ese documento fue demostrada ya en el Siglo XV. Poco a poco fue perdiendo su dominio de los países protestantes que comenzaron a levantarse a partir del Siglo XVI. Finalmente, su autoridad política sobre toda Italia le fue quitada al formarse un nuevo Estado italiano que le quitó aún la ciudad de Roma en 1870. Lo único que le quedó fueron los pocos edificios que forman parte de lo que hoy se conoce como Ciudad del Vaticano, de apenas 108.7 acres. Pero el papa Pío Nono se negó a dialogar con la nueva autoridad civil establecida, así como había prohibido a los católicos tomar parte en las políticas democráticas (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 13**). De manera que ni siquiera logró un reconocimiento público, del nuevo estado laico, de sus edificios en el Vaticano mismo. Pío Nono rehusó llegar a un acuerdo con el nuevo estado italiano, y se encerró en su palacio apostólico. Ya había prohibido con la amenaza de la excomunión en 1868, la intervención de los católicos en las políticas democráticas. Es en ese contexto que logra la proclamación de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano I que tuvo lugar en 1870.

La Iglesia corría el riesgo de ser desalojada completamente de Roma, y debía permitírsele al papa emitir decretos para los católicos desde cualquier lugar de la tierra al que fuese eventualmente arrojado. Esos decretos o encíclicas papales debían tener la misma autoridad conciliar de los siglos precedentes que ostentó siempre en forma infalible el Magisterio de la Iglesia. Todo este régimen jerárquico centrado en el papa se completó con la publicación del Código de Ley Canónica que se puso en vigencia para toda la Iglesia Católica desde 1917. Pero tales leyes eclesiásticas se verían muy recortadas o limitadas mientras no hubiese gobiernos seculares que estuviesen dispuestos a reconocerlas y respaldarlas.

En la última parte del Siglo XIX, las típicas procesiones católicas, así como sus servicios externos, fueron proscritos de Italia como consecuencia en parte, de la proclamación de la infalibilidad papal. A consecuencia de la misma infalibilidad proclamada, los católicos comenzaron a ser perseguidos también en Alemania en lo que se conoció como Kulturkampf ("cultura de lucha"). Sus comunidades religiosas fueron siendo dispersadas en Italia y en toda Europa, inclusive en la tradicional católica Austria, y confiscadas las propiedades de la iglesia. Se requirió que los sacerdotes se enrolasen en el ejército. Leyes sobre divorcio fueron aprobadas, se secularizaron las escuelas, y se disolvieron numerosos días santos.

Un monumento a Emanuele comenzó a levantarse en 1885 "para glorificar la unificación del país bajo su primer rey". También se levantó otra estatua de Garibaldi montado sobre su caballo en el lugar más alto de la colina de Janiculum. Esa imagen podía verse no sólo desde la nueva capital, sino también desde el Vaticano. Sólo un contingente de la milicia italiana logró que el cadáver de Pío Nono se salvase de un último insulto cuando una turba anticlerical intentó arrojarlo al río Tíber, mientras el cortejo fúnebre se dirigía hacia la tumba de San Lorenzo.

Apenas comenzado el Siglo XX, el gobierno francés de Waldeck-Rousseau prohibió enseñar a las órdenes religiosas (1901). Los jesuitas cerraron sus escuelas y se dedicaron a otras actividades. Comunidades enteras de religiosos emigraron a Inglaterra, Bélgica, Holanda y los EE.UU. Emile Combes, sucesor de Waldeck-Rousseau, ostentaba en septiembre de 1904, haber cerrado 13.904 escuelas católicas. Actitudes semejantes tenían otros gobiernos europeos. El golpe de muerte sobre la autoridad política del papado profetizada en **Apocalipsis 13: 3** estaba durando ya más de un siglo, y ningún gobierno ni país salía en defensa de la Iglesia Católica.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 13, 14**

Es interesante notar la condición precaria en la que estos acontecimientos habían colocado al papa y a la iglesia romana. Sin embargo, la profecía decía que la herida sería curada y no había indicios de cómo podría esto ocurrir. La política y el fascismo le darían a la iglesia romana, 131 años después, la gran oportunidad que necesitaba.

Apenas comenzada la tercera década del Siglo XX, una nueva esperanza nació para el papado. En su primer discurso ante la Cámara de Diputados, el 21 de junio de 1921, un año antes de llegar a ser Il Duce [el que conduce], Benito Mussolini declaró que "la tradición latina e imperial



de Roma está representada por el catolicismo”, y “que la única idea universal que todavía existe en Roma es la que brilla del Vaticano”... En esa oportunidad abogó por un concordato con el Vaticano en donde el papado renunciase legalmente a sus reclamos temporales [por largo tiempo ya perdidos sobre la ciudad de Roma] y recibiese, en cambio, ayuda material de parte del gobierno civil. En las palabras mismas de Mussolini, “el desarrollo del Catolicismo en el mundo... nos interesa y enorgullece a nosotros que somos italianos”.

Pocos meses después, Mussolini volvió a ponderar la Iglesia Católica. “Es increíble”, fueron sus palabras, “que nuestros gobiernos liberales no hayan sido capaces de ver que la universalidad del papado, heredero de la universalidad del Imperio Romano, representa la más grande gloria de la historia y tradición italianas”. Siete años más tarde, el arreglo de Mussolini con la Santa Sede se hizo realidad en el Concordato Laterano de 1929, mediante el cual el estado italiano se reconciliaba con la Iglesia Católica.

¿En qué consistió el tratado Laterano de Mussolini con el Vaticano? Por un lado, el estado italiano reconocía el estatus extraterritorial del Vaticano y al catolicismo como la única “fe dominante” o reconocida en Italia. Por el otro, la Iglesia Católica se comprometía a colaborar con el régimen fascista.

Así, y por primera vez en Roma desde que el Código de Ley Canónica se había editado, el estado Italiano reconocía el derecho de la Santa Sede de imponer ese Código en Italia. De acuerdo con la Ley Canónica, el Estado terminaba reconociendo la validez de los casamientos efectuados en la iglesia. El papado, además, era galardonado con la soberanía del pequeño estado llamado hasta hoy Ciudad del Vaticano. También obtenía soberanía sobre varios edificios e iglesias de Roma, y el palacio de verano de Castel Gandolfo sobre el Lago Albano. En compensación por los territorios que había perdido, el Estado le pagó al Vaticano el equivalente para la época de 85 millones de dólares [ya dijimos que esta compensación equivaldría hoy a unos 1.500 millones de dólares, una cifra nada desdeñable].

Una vez reestablecida la autoridad política del papado de esa manera, el Vaticano la usó para apoyar al gobierno de Mussolini. En las elecciones de Marzo que tuvieron lugar después de haberse firmado el Tratado Laterano, el Vaticano animó a los sacerdotes católicos por toda Italia a apoyar a los fascistas. El papa mismo habló repetidamente de Mussolini como “un hombre enviado por la Providencia”. Y esto, a pesar de comprometer al clero y a las organizaciones religiosas, según el artículo 43 del Código de Ley Canónica, a no enrolarse en ningún partido político. La Acción Católica sería reconocida siempre que desarrollase “su actividad fuera de todo partido político y en directa dependencia de la jerarquía de la Iglesia para la diseminación e implementación de los principios católicos”.

Después que Mussolini ganó las elecciones, se entrevistó con el papa Pío XI, y reportó las palabras del pontífice que no fueron desmentidas por el Vaticano. Según Mussolini, el papa le había dicho que estaba feliz de que “se había reestablecido la compatibilidad entre el partido fascista y la Acción Católica... No veo”, continuó el papa, “en lo entero de la doctrina fascista -con su afirmación de los principios de orden, autoridad y disciplina- nada contrario a las concepciones católicas”. En efecto, como se ha hecho notar vez tras vez, el dogma fascista que concebía “todo dentro del Estado, nada fuera del Estado”, más la centralización del gobierno en una sola persona, y la afirmación de que la Iglesia era la única religión del Estado, cuadraba perfectamente con la visión y sueños papales.

#### **Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 14, 15**

La identificación mutua entre el fascismo y al iglesia católica, como sostiene Treiyer, es bastante lógica, pues tienen los mismos principios de autoritarismo, concentración del poder en una sola persona y reconocimiento del lugar de la religión católica en la relación iglesia-estado en desmedro de otras confesiones, tema del que ya hemos hablado, inevitablemente conduce a la represión de quienes piensan diferente.

Aparte de su apoyo a los demás regímenes fascistas de Alemania, España y Croacia en especial, y de su carácter dictatorial en Italia, se destaca Mussolini por las masacres espantosas que efectuó en su campaña contra Etiopía en los años 30 (1935-1936). El papado apoyó a Mussolini en esa campaña imperialista, a pesar de las barbaridades y brutalidades tan flagrantes que ejecutó contra tantos civiles no armados. Públicamente aplaudió el papa el deseo imperialista expansivo de esta “nación pacífica” (Italia).

Altos prelados italianos reclutaban sargentos para esa guerra expansionista. El clima final cruento de la guerra que se vio marcado con asesinatos masivos de miles de primitivos desarmados, fue celebrado por orden del papa mediante servicios de agradecimiento y sonido de campanas en las iglesias de Italia. En esto no hizo el papa del Siglo XX otra cosa que repetir las escenas



medievales de regocijo papal por la masacre de San Bartolomé, el 24 de Agosto de 1572. En aquella ocasión, los católicos cometieron uno de sus peores genocidios en la historia medieval, al dar muerte en una noche a decenas de miles de protestantes franceses (Hugonotes), cifra que en los días sucesivos superó los 100.000.



¿Por qué apoyó el papado [de Pío XI] la campaña fascista de Mussolini contra Etiopía? Hasta el Siglo VIII, la tradición cristiana se había visto libre en Etiopía de muchas de las desviaciones del cristianismo que se habían introducido en occidente, y que se habían extendido a todo el antiguo mundo romano durante ese primer milenio cristiano. La Iglesia de Roma no pudo dar otro legado a la Europa Medieval que ese producto híbrido pagano-cristiano que se había gestado en ella durante los primeros siglos de apostasía imperial. Cuando los papas se hicieron fuertes en la segunda mitad del primer milenio, y descubrieron que en Etiopía no se respetaba el domingo, quisieron prohibir que se guardara el sábado. Hubo guerras con ese fin, y a través de diferentes estratagemas, el papado terminó finalmente logrando imponer la cultura cristiana medieval en esa relativamente lejana tierra africana.

Sin embargo, los focos antipapales nunca se apagaron del todo en Etiopía. En efecto, la Iglesia Coptica de ese país siempre resistió el imperialismo eclesiástico Católico-Romano. En el Siglo XV se vieron forzados de nuevo por los portugueses a someterse a Roma, como condición para ser librados de los musulmanes. Pero eso condujo a una

desmoralización muy grande de Abisinia que los llevó a emanciparse de nuevo en el Siglo XVII, con la expulsión de los jesuitas de Etiopía. Ahora, en pleno Siglo XX, Mussolini lograba otra vez, mediante opresiones de estilo medieval y genocidios brutales, traer a una iglesia y pueblo presuntamente rebeldes, bajo la tutela de la Iglesia de Roma.

¿Cómo no iba a ser el hecho festejado por orden papal, en todo Roma y en toda Italia, sin importar que se viviese ya en plena época moderna? Bastaba simplemente con recibir un reconocimiento político e iniciarse la restauración así, de su herida mortal, como para que en el acto resurgiese el espíritu perseguidor y asesino que siempre tuvo para con los que se negaban a reconocer la autoridad política y espiritual del papado. Fue corta la alegría de Mussolini y de la Iglesia Católica en Etiopía, ya que Il Duce no pudo mantener los éxitos iniciales logrados en la guerra expansionista católica-fascista que emprendió allí. Al mismo tiempo, levantó la indignación del mundo entero -con excepción del papa y de algunos países católicos como Polonia e Irlanda- por haber escogido la nación más débil para apoderarse de ella y de sus riquezas. El afán de lucro y poder que embargaba tanto a católicos como militares no tenía límites. Tarjetas postales circulaban por toda Italia mostrando un mapa de Abisinia con los tesoros de maíz, oro, aceite, etc., en diferentes regiones. Otras tarjetas portaban un tanque de guerra con una estatua de la Virgen para los etíopes.

¿Cómo podía justificar la Iglesia Católica esa guerra de agresión? Evidentemente llegaba tarde Mussolini al reparto colonialista del que habían participado otros países europeos en siglos anteriores. Los principios de libertad e igualdad que se respiraban por doquiera, más la independencia de tantos países de la madre patria, hacían que una empresa de conquista de esa naturaleza no cayese en la mejor época. Por tal razón, el involucramiento de la Iglesia Católica y su misión servían para paliar la condena generalizada del mundo.

El Vaticano trató de justificar luego a la jerarquía italiana y al clero diciendo que actuaron como italianos, no como representantes de la Iglesia. Esa es una excusa semejante a la que ofreció también, al concluir el Siglo XX, para disculparse por la horrenda obra de la Inquisición durante la Edad Media. Habrían sido los hijos de la Iglesia, no la Iglesia misma la que cometió tales crímenes, porque la Iglesia no puede errar y, por otro lado, se trató de un exceso de celo que tuvieron tales hijos en su amor por la verdad, por lo cual tampoco pueden ser condenados. Pero por más que en los tiempos modernos se han vuelto más prudentes y sutiles en sus expresiones públicas, tanto



entonces como ahora en relación con Mussolini y otros dictadores, la intervención y aprobación de los papas y preladados del Vaticano mismo fueron demasiado explícitos como para poder escaparse de la acusación. Pío XI se refirió a Mussolini como “un hombre libre de los prejuicios de la escuela ‘Liberal’, un hombre en cuyos ojos las leyes y órdenes de esa escuela, o más bien desórdenes, son monstruosos y deformes” (**Megalomanía, 166, n. 15**).

L'Osservatore Romano (22 de agosto, 1935), el órgano informativo del Vaticano, en un Congreso Eucarístico en Teramo, envió un telegrama a Mussolini en nombre de 19 arzobispos y 57 obispos diciendo: “la Italia Católica agradece a Jesucristo por la grandeza renovada de la patria hecha más fuerte por la política de Mussolini”. Cualquier ventaja que obtuviese el gobierno italiano en esa guerra de agresión, iba a servir también de provecho para la Iglesia. Salvemini recolectó pronunciamientos de 7 cardenales, 23 arzobispos, 44 obispos y 6 arzobispos apostados en el extranjero que apoyaron la invasión, como una simple muestra adicional del involucramiento de la Iglesia en la campaña.

El obispo de Nocera, en una carta diocesana escrita el 15 de Octubre de 1935, explicó que Etiopía era un país incivilizado debido a que no estaba sujeto al Papa y la guerra debía serles de gran bendición. Y concluía diciendo: “alabamos a Dios de que usase a Italia como su instrumento divino para la evangelización del mundo entero”. El arzobispo de Toronto tuvo la misa en un submarino y se dirigió a los oficiales diciéndoles que estaban peleando una batalla defensiva, no de conquista. El propósito, aseguró, era aliviar a Italia de su sobrepoblación con la materia prima de Etiopía, y “expandir la fe católica” por lo que podía considerársela como “una guerra santa, una cruzada” (un eco de las cruzadas papales de la Edad Media a Oriente). “La bandera italiana está en este momento llevando el triunfo de la Cruz a Etiopía para liberar el camino de la emancipación de los esclavos, abrirlo al mismo tiempo a nuestra empresa misionera”.

No sólo las campanas sonaron en todas las iglesias cuando los italianos entraron en Addis Abeba y Mussolini anunció la victoria en Mayo de 1936, sino que se decoraron e iluminaron todas las iglesias (con excepción de la de San Pedro en donde sonaron las campanas pero no se la iluminó en forma especial). El papa bendijo “la felicidad triunfante de un pueblo grande y bueno por una paz que fomentará e iniciará la verdadera paz europea y mundial” (**News Times and Ethiopia News, 31 de Octubre, 1936**). Los obispos se apresuraron a felicitar al Duce por su “defensa de la civilización cristiana”. “Oh, Duce”, decía el obispo de Terracina, “hoy Italia es fascista y los corazones de todos los italianos laten juntos con el tuyo. La nación está lista para cualquier sacrificio con el propósito de asegurar el triunfo de la paz y de las civilizaciones romanas y cristianas... Dios te bendiga, Oh, Duce” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 175**).

Nadie dijo nada sobre las masacres brutales que efectuó Graziani cuando el hijo del carnicero de la masacre de Addis Abeba publicó un libro glorificando la guerra y contando cuán divertido era arrojar bombas sobre los nativos. Por otro lado, Italia hizo poco por Abisinia. No se preocuparon por educar a los nativos, y las empresas fueron reservadas para los italianos. No se les permitió a los abisinios llegar a ser artesanos. Debían traer madera y agua.

Mussolini quería dos cosas, la gloria de fundar un imperio italiano y un país al cual explotar para los italianos. En este contexto, L'Osservatore en 1937 anunció la bendición papal a esa empresa imperialista al galardonar con la Rosa de Oro (el honor supremo que tiene el papado para las mujeres), a la Reina de Italia como Emperatriz de Abisinia. El papa aclaró también que, según él lo entendía, el trasfondo de la conquista de Etiopía no era la sobrepoblación de Italia.

Lo que los italianos no dieron para los abisinios, lo dio el gobierno a los sacerdotes, monjes y monjas, que fueron a Etiopía. Allí les construyó Mussolini regias mansiones y casas (**International Review of Missions, January 1937, 103**). Los misioneros protestantes descubrieron también que debían irse. La mutua tolerancia que había entre musulmanes y cristianos se rompió, llevándolos a pelearse entre ellos.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 15, 16**

Es inaceptable lo ocurrido en esta guerra y menos aceptable que la iglesia romana haya dado vivas por la masacre y explotación de los etíopes. Lo que es además evidente es que la iglesia católica veía en el fascismo el vehículo para hacer lo que antes hacía, imponer sus doctrinas y sostener a sus ministros mediante la riqueza de las naciones. Lo que resultara correcto o incorrecto, como siempre, pasaría a un segundo plano. Lo más importante sería que la iglesia lograra sus objetivos, de tener la capacidad de influir sobre el mundo, que aún no se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

¿De qué manera estaba Mussolini evangelizando a Etiopía y, eventualmente, al mundo entero? Con gas venenoso, bombas y cruentas masacres. En 1945, un memorándum de Etiopía a la Conferencia de Primeros Ministros sostuvo que murieron 760.300 nativos repartidos de la



siguiente manera: 275.000 muertos en batalla, 300.000 refugiados de hambre, 75.000 patriotas muertos durante la ocupación, 35.000 en los campos de concentración, 30.000 en la masacre de Addis Abeba (19-21 de Febrero, 1937), 24.000 ejecuciones, y 17.800 civiles muertos por la fuerza aérea. Del lado italiano, 5.211 bajas y 10.000 auxiliares nativos.

Estas cifras que provinieron del lado etíope fueron posteriormente minimizadas del lado italiano. Con respecto a la masacre de Addis Abeba, por ejemplo, los italianos adujeron que fueron sólo 3.000. Probablemente nunca podrá ponerse de acuerdo sobre la cifra exacta, pero todos concuerdan en que en esa guerra murieron cientos de miles de nativos. Aún del lado italiano reconocen que llevaron a cabo 5.469 ejecuciones hacia fines de 1937 en venganza por un intento de quitarle la vida a Graziani. Bonita manera de evangelizar con la cruz y la espada, el método misionero por excelencia que tuvo la Iglesia Romana en toda su historia.

Corresponde resaltar aquí que todo esto sucedió en pleno Siglo XX. Los apologistas de la Inquisición y el Vaticano mismo han siempre argumentado que las barbaries de la Inquisición se dieron en la época medieval, culpando a la época por tales homicidios y a algunos hijos de la Iglesia que se excedieron en su celo por su fe. Los homicidios en masa de Abisinia, así como los que veremos seguidamente en otros países de Europa, Asia y Sudamérica, nos muestran que esa época vuelve a levantarse en el acto cuando la Iglesia recupera su poder político, y las condiciones la favorecen en ese tipo de expansión y afirmación misionera. El concordato entre el Vaticano y Mussolini en 1929 fue el primer acto efectivo de restablecimiento del poder político del papado. Podía ahora pisar de nuevo sobre tierra firme, una tierra que era de nuevo suya. Es cierto que había perdido grandes territorios en su período de muerte, y que ahora le devolvían un pequeño Estado. Pero además de la gran suma de dinero que se le dio en compensación por los territorios que perdía, tuvo otra ventaja que iba a saber explotar por el resto del Siglo XX y probablemente hasta el mismo fin del mundo.

Lo más importante para el papado era volver a ser ahora un monarca espiritual y secular al mismo tiempo. Todas las naciones y todas las religiones del mundo, en sus foros respectivos, iban a tener que escuchar su voz y, de buen o mal grado, respetarla. En efecto, el Vaticano pasaba a ser la única ciudad-estado del mundo, con posibilidad de ser reconocida diplomáticamente por toda la tierra, en todo órgano internacional, inclusive en las Naciones Unidas. El hecho de ser apenas una ciudad dentro de otra ciudad, le permitía también seguir identificándose con Roma y toda su fama histórica. De hecho, el papado no se había mudado, no se había ido de la legendaria ciudad.

Por supuesto, la pequeña ciudad que ahora recuperaba legalmente no iba a limitarlo en su proyección política y religiosa internacional. Por el contrario, la soberanía que adquiría sobre un espacio de sólo 108.7 acres, lo hacía insignificante pero sólo en apariencias. Gracias a su extenso poder religioso internacional, podía emprender sus enormes ambiciones políticas pasando más fácilmente desapercibido. Como lo reconoció el sacerdote jesuita Malachi Martin, los demás poderes que compitiesen por el dominio mundial no lo verían como competidor, lo que le permitiría salir a la postre, ganador de la contienda.

Lo que hizo el papado al aprobar de diferentes maneras la campaña de Mussolini a Etiopía, y su agenda religiosa exclusivista, ¿no lo haría también en todo el mundo, una vez que lograra formar concordatos de la misma naturaleza político-religiosos con otros países y religiones? **"Y la mujer que viste es aquella gran ciudad que impera sobre los reyes [o gobernantes] de la tierra" (Apocalipsis 17: 18). "Y dice en su corazón: 'estoy sentada como reina. No soy viuda, ni veré llanto'" (Apocalipsis 18: 7).**

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 16, 17**

### 7.7.2. Hitler

Una vez que se entiende la relación de la iglesia católica con el fascismo, su simpatía por los regímenes autoritarios, centrados en un caudillo con poderes ilimitados (como los antiguos monarcas, como el papa digamos), a lo que hay que añadir su proclamado antisemitismo, es muy fácil entender la relación cordial (por decirlo gentilmente) y de apoyo total al nazismo. Esta relación, dado que hoy todos conocemos lo que hizo el nazismo no solamente con la guerra mundial, sino en particular con el genocidio judío y la eliminación de otras minorías étnicas, como los gitanos, por ejemplo, con el complaciente silencio del papa Pio XII (también el innegable apoyo de su predecesor en el ascenso del Führer) y el apoyo de la curia romana y todo el sacerdocio germano, no puede ser ocultada como han pretendido los apologistas del este sanguinario poder.

Es probable que el museo del holocausto en Washington vindique en parte con el silencio el antisemitismo católico por el hecho de que Alemania es normalmente considerada protestante, y la Iglesia Protestante alemana terminó doblegándose ante Hitler. Pero los Protestantes no firmaron un concordato con Hitler antes que lo hiciera el Vaticano, viéndose compelidos a seguir su ejemplo.





Para entender el contexto, basta con mencionar al abad benedictino Alban Schachleitner, quien argumentó que apoyaba a los nazis por razones tácticas contra los luteranos. El padre Wilhelm Maria Senn creía también que Hitler había sido enviado al mundo por la providencia divina, citando así indirectamente las palabras del papa en referencia a Mussolini [las simpatías como puede verse son inocultables] (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 110**).

Aunque por momentos Hitler pareció ni creer en Dios, fue siempre católico y se formó en un hogar católico tradicional. Asistía regularmente a misa, fue monaguillo, y soñaba con ser sacerdote. Cuando iba a la escuela en un monasterio benedictino en Lambach, Austria, descubrió la cruz esvástica hindú que adoptó más tarde como símbolo de su movimiento Socialista Nacional. La Iglesia Católica nunca lo excomulgó. Por el contrario, Pío XI fue el primer jefe de estado que reconoció el gobierno de Hitler en 1933, y alabó a Hitler en público, aún antes de reconocer oficialmente su régimen. Siempre en 1933, Pío XI expresó a Fritz von Papen, vicedecano de Hitler, "cuán complacido estaba de que el gobierno de Alemania tuviese ahora en su cabeza a un hombre inflexiblemente opuesto al comunismo" (**Megalomanía, 164**).

El partido Nacional Socialista de Hitler provino de Munich, no de Berlín; de la Baviera católica en el sur de Alemania, no del protestantismo del norte. Luego del concordato con Mussolini, el Vaticano invirtió gran parte de los 85 millones... que recibió de Mussolini en compensación por los territorios que cedía al estado italiano, en la industria alemana. Una parte menor la invirtió, sin embargo, en el partido de Hitler, mediante el arzobispo Eugenio Pacelli, nuncio del Vaticano en Berlín y futuro papa Pío XII. Esto lo hizo luego que Hitler le aseguró que su partido tendría por misión frenar el avance del comunismo ateo (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 294, 295**). Gracias a directivas que provinieron claramente del Vaticano, los católicos se unieron en masa y entusiastamente al régimen de Hitler.

Más de la mitad de las tropas de Hitler fueron católicas (a pesar de ser el país mayoritariamente protestante). Austria, un país católico, tenía un porcentaje mayor de miembros del partido nazi. Cuando se dio el complot militar para matar a Hitler, la Iglesia Católica ofreció un Te Deum para agradecer a Dios por el escape del Führer. Nada de todo esto debiera extrañarnos ya que, como católicos, estaban acostumbrados a someterse a gobiernos eclesiásticos autoritarios que los regían en su vida espiritual y material.

La población católica de Alemania superaba en número a la de cualquier otro país de la tierra, a pesar de representar luego de la primera guerra mundial, un tercio de la población (23 millones). Con Hitler más tarde, esa población iba a crecer hasta llegar a la mitad de la población de toda Alemania, mediante la inclusión de las regiones católicas del Saar, del Sudentendland y Austria [regiones anexadas durante la guerra] (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 80-81, 106**).

Para entender la complicidad del Vaticano en el genocidio de Hitler, es importante tener en cuenta también la situación de Alemania con el Vaticano antes de Hitler, cuando la autoridad política del papado era desafiada por doquier. Esto siguió así hasta el posterior crecimiento católico y la toma de poder del Führer en 1933. A nadie debía extrañar entonces, que el Vaticano firmase un tratado con el nazismo de Hitler para afirmarse con privilegios especiales en toda Alemania, sin importarle que estuviese pactando con un racista criminal.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 18**

Evidentemente el sentido político del papado (si dejamos de lado lo ético y religioso) es relevante, realmente entiende la geopolítica de manera que encuentra cómo progresar a pesar de los tiempos y sus situaciones. Lo había hecho en Italia con Il Duce y ahora lo iba a lograr con otro fascismo, el nazismo hitleriano.

Desde la Reforma Protestante del Siglo XVI, el papado había estado perdiendo autoridad en los países del Norte de Europa que abrazaban el protestantismo. Los protestantes no destruyeron, sin embargo, la autoridad política del papado. Creían en las profecías del **Apocalipsis** que advertían que Roma (bajo el símbolo de Babilonia), iba a ser destruida por Dios mismo (**Apocalipsis 17-18**). Otros albergaron siempre la esperanza de que el poder del evangelio haría que finalmente el catolicismo se convirtiese. Por otro lado, los protestantes mismos se transformaron en estados protestantes, impidiendo a veces una plena liberación de la conciencia individual. Esta no se obtendría en forma tan abarcante antes que se promulgase la Constitución de los EE.UU.

En la Revolución Francesa al concluir el Siglo XVIII, el papado recibió un golpe de muerte a sus ambiciones políticas. El poder secular que se levantó entonces era abiertamente destructivo en materia religiosa. No sólo fueron reducidas al silencio las actividades políticas del papado, sino que aún en los gobiernos protestantes de Europa se inició una tendencia más secularizadora. A partir de entonces Roma fue perdiendo, como ya vimos, su autoridad política aún en los países que habían



permanecido católicos, pero que se transformaban en estados seculares. Esto hizo que el papado anduviese a tientas durante todo el Siglo XIX, intentando pactar infructuosamente con cualquier estado que se le apareciese y que estuviese dispuesto a reconocer políticamente otra vez, su autoridad en materia religiosa, política, social y económica.

Cuando en 1870 el Vaticano proclamó el dogma de la infalibilidad papal, se produjo una reacción negativa en toda Europa, y en especial en Alemania. Como resultado, Bismark [Otto von



Bismark, 1815-1898, canceller alemán de origen prusiano] inició en 1872 lo que se conoció como Kulturkampf, que consistió en una política de persecución contra los católicos. Los jesuitas fueron desterrados y se prohibió a las órdenes religiosas enseñar. La instrucción quedó bajo control estatal. Las propiedades de la iglesia pasaron a ser controladas por comités laicos. Se inició el casamiento laico en Prusia. Los sacerdotes que rechazaban la nueva legislación fueron multados, encarcelados y exiliados, y se les quitaban los subsidios que hasta entonces habían estado recibiendo del estado. Se cerraron muchas iglesias y seminarios católicos. Unos 1.800 sacerdotes fueron encarcelados o expulsados.

A diferencia de lo que iba a hacer el Vaticano más tarde en la época de Hitler, el papa Pío IX no intentó controlar a los católicos que reaccionaron al Kulturkampf respondiendo con la violencia a la violencia [es interesante esta diferencia de actitud, cuando los católicos son perseguidos se pronuncia a favor de la violencia], y rehusándose a colaborar con el régimen de Bismark. Al contrario, el 5 de febrero de 1875, Pío IX emitió su encíclica Quod nunquam declarando nulas las leyes del Kulturkampf para los católicos (John Cornwell, *Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 194-195*). Eso hizo que, finalmente, Bismark tuviese que atenuar su ataque a los católicos una década más tarde.

Un cuadro semejante al Kulturkampf contra el catolicismo ya vimos que se dio en Italia y Francia. En Bélgica la enseñanza les fue quitada a los católicos. En Suiza se desterraron también las órdenes religiosas. En la católica Austria el estado se apoderó de las escuelas y secularizó el matrimonio. Los esfuerzos por lograr concordatos políticos que beneficiasen a las escuelas y al sacerdocio católico eran infructuosos. El estigma de la muerte política pesaba todavía gravemente sobre los papas y obispos de la Iglesia Católica. En 1882 cesó la hostilidad de Bismarck contra la Iglesia de Roma, pero sin que eso pudiese servir para coronar los esfuerzos papales por lograr un concordato con las autoridades políticas vigentes. En sus incansables y estériles esfuerzos por lograr reconocimiento estatal, el Vaticano logró establecer un Concordato con Serbia en 1914. Eso significaba el reconocimiento oficial de la Iglesia Católica por parte del gobierno Serbio, y la subvención estatal de los obispados católicos. ¿Cómo pudo lograr semejante concordato la Iglesia Católica, siendo los católicos de Serbia una pequeña minoría frente a una mayoría ortodoxa? Anulando, mediante ese concordato, el protectorado que Austria ejercía desde la época medieval sobre los católicos de Serbia. De esa manera satisfacía a los serbios, pero contrariaba a los austríacos [a pesar de esto no mucho tiempo después el mismo Vaticano bendeciría la limpieza étnica contra los serbios].

A pesar de la tendencia secularizante que afectaba también a Austria, el imperio Austrohúngaro gobernado por los Habsburg continuaba siendo, al comenzar el Siglo XX, un baluarte católico que le quedaba al Vaticano en el centro de Europa. Era un baluarte contra el protestantismo de Prusia en el Norte, y la Iglesia Ortodoxa de Rusia. Pero tal era el ansia de reconocimiento político que tenía la Iglesia, que estuvo dispuesta a humillar a Austria con tal de obtener ese reconocimiento en el concordato Serbio-Vaticano.

La tensión internacional se incrementó más aún cuando, cuatro días después de firmar el Vaticano el concordato con Serbia se asesinó en Sarajevo a Francisco Fernando de Austria. Así se encendió la chispa que iba a estallar en la Primera Guerra Mundial con el desmembramiento y destrucción del imperio austrohúngaro.

Esto nos muestra hasta qué punto el ansia de reconocimiento político podía llevar al papado a pasar por encima de las ambiciones de los gobiernos y pueblos, y sin miramientos a sus consecuencias en tantas vidas que podían ser destruidas en la contienda. En cuanto a sus



ambiciones de reconocimiento político, sin embargo, debía seguir el papado soñando, ya que los resultados les fueron adversos, y sus esperanzas de recuperación política parecían alejarse cada vez más.

#### **Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 18, 19**

Los intentos de penetrar Alemania avanzaron con el concordato firmado con la Baviera católica en 1924 y con Prusia en 1929, cuando se firmaba también con Mussolini el Concordato Laterano. Sin embargo, los avances fueron menores. Había que esperar “un Führer católico”...

Antes de la primera guerra mundial, los católicos sumaban un tercio de la población de Alemania (23 millones). Ese país había donado más fondos a la Santa Sede que todas las otras naciones del mundo juntas. Cuanto más demorase Alemania en recuperarse, luego de la primera guerra mundial, más iban a afectarse las entradas del fisco Vaticano. Pero esa guerra dejó un saldo de dos millones de bajas alemanas, y el malestar era muy grande porque no se había ganado nada. A esto siguió un caos social y económico gigantesco, que hizo temer que Alemania terminase volcándose al comunismo. Luego del Kulturkampf de 1872, el catolicismo se había organizado de tal manera que, para fines de la segunda década del Siglo XX, surgía como una voz fuerte y reconocida en todos los ámbitos sociales, con diarios, sindicatos, escuelas, colegios y casas editoras que se multiplicaban. En los años 20, tenía la Iglesia Católica 400 diarios y 420 periódicos (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 107**). El Partido Centrista Católico pasó al segundo lugar detrás de los Demócratas Socialistas, y logró durante la guerra que se anulasen las leyes anti jesuitas de 1872. Esto permitió que los jesuitas entrasen de nuevo en Alemania y trabajasen incansablemente para fundar sus propias comunidades, escuelas y colegios.

Después de la primera guerra mundial, el Partido Centrista Católico decidió jugar un papel preponderante en la formación de una Alemania post-monárquica, democrática y pluralista. Ese partido católico procuraba formar pactos con el partido mayoritario Social Demócrata, a pesar de los intentos del Vaticano por evitarlo. Los criterios democráticos que ostentaban los católicos de Alemania permitían la inclusión de protestantes y aún judíos en sus planes políticos. Pero eso iba contra la visión exclusivista y piramidal del poder que acababa de proyectar el Vaticano con la Ley Canónica de 1917.

Al ver que no prosperaban sus intentos por lograr un concordato con el gobierno democrático alemán (conocido como Weimar), el Vaticano decidió hacer un concordato por separado con la región católica de Baviera. Para ello logró la aprobación del Reich en 1920, jugando políticamente con la decisión de apoyar o no apoyar a Alemania en los litigios limítrofes postguerra que involucraban a poblaciones mayoritariamente católicas. El Concordato de Baviera fue concretado, finalmente, en Marzo de 1924, beneficiando grandemente a la Iglesia Católica con el pago estatal del clero y con la subvención de las escuelas católicas. La enseñanza de la religión se impuso en las escuelas, con plena autoridad del obispo para determinar quién podía enseñar y quién no. Todo cuadraba con el Código de Ley Canónica que el Vaticano quería implementar en toda la tierra.

Ese concordato de Baviera, sin embargo, le creó mayores problemas al papado en sus intentos de lograr un acuerdo con la protestante Prusia y el Reich alemán. Con Prusia logró un concordato el 14 de Junio de 1929 que no le sirvió de mucho porque el Vaticano debió dejar de lado todos sus requerimientos relativos al reconocimiento y apoyo estatal de las escuelas católicas. Debía esperar a que subiese al poder un Führer católico como lo fue Hitler, para poder lograr un concordato con el Reich alemán que entrase dentro de los principios de la Ley Canónica, y que implicase un reconocimiento de la autoridad política del Vaticano en toda Alemania.

#### **Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 19, 20**

Para ese entonces el Vaticano se había dado cuenta que su proceder a través de la política tradicional, formar un partido para alcanzar el poder democráticamente, no daba los resultados esperados. El Partido Centrista Católico trataba de pactar con partidos democráticos y esto va contra la idea central de poder y control que caracteriza al papado. La democracia no le viene bien, prefiere los regímenes autocráticos. Se empujó al partido católico a “cortejar al partido Nacional Socialista de Hitler” de acuerdo con la idea de Pacelli, quien después sería Pío XII, “en calidad de cardenal Secretario del Estado Vaticano” pensando que el nazismo y su modelo fascista se acomodaba mucho más al modelo de gobierno ideal del Vaticano. La historia no le permitiría luego a Pacelli negar no solamente su participación en el concordato, en el ascenso de Hitler, ni su apoyo al nazismo y sus planes expansionistas, ni el genocidio judío.

Para comienzos del Siglo XX, el Vaticano se estaba dando cuenta que mediante los partidos católicos no ganaba demasiado sino que, por el contrario, tendía a perder el control piramidal tradicional aún de la misma iglesia. Por un lado, como lo había argumentado Mussolini, las estadísticas demostraban que los partidos católicos no ganaban ningún converso. Por el otro, esos partidos tendían a aceptar el “modernismo” o “liberalismo” democrático que estaba en boga en los



países protestantes y seculares, y buscaban formar pactos con otros credos y otros partidos políticos. Por consiguiente, el papado vio conveniente hacer arreglos políticos con gobiernos civiles que reconociesen la autoridad espiritual de la Iglesia, y desprenderse de los partidos católicos democratizados a los cuales le costaba poder controlar.

El caos social y económico en que había caído Alemania después de la primera guerra mundial, por otro lado, más la frustración de haber perdido tantas vidas inútilmente (dos millones), parecían reclamar un gobierno centralizado y fuerte que pusiese orden y restaurase el orgullo herido de la población. Esto concordaba con la convicción papal acerca de la necesidad de gobiernos en donde la autoridad se ejerciese desde la cima y estuviese encarnada en una persona que a su vez, reconociese la autoridad suprema de la Santa Sede.

Después de todo, era evidente que ningún concordato iba a poder lograr el Vaticano con el Reich en Berlín, por la característica democrática del gobierno alemán (Weimar). Un gobierno pluralista tal tampoco iba a querer ajustarse al Código de Ley Canónica que quería imponer el Vaticano. Al mismo tiempo, el gobierno débil que había quedado en Alemania dejaba aparecer el espectro comunista como una alternativa plausible que asustaba a muchos. En España y en México, además de Rusia, se estaban levantando gobiernos de izquierda que afectaban grandemente a los intereses de la Iglesia Católica. ¿Por qué no hacer en Alemania también, como siempre habían hecho los papas desde que recibieron el reconocimiento de Clodoveo en Francia en el 508, y del emperador Justiniano en el 533? Ambos monarcas habían emprendido batallas para defender la fe católica, que culminaron con la liberación de Roma y el comienzo del ejercicio del poder político del papado en el 538.

Las cosas comenzaban a ir mejor también en Italia para la Iglesia Católica. Al concluir la segunda década [más bien la tercera] del Siglo XX, el papado había logrado por fin un acuerdo con Mussolini que reconocía la soberanía del papa sobre el Vaticano, y decretaba que la única religión de Italia era la Iglesia Católica. No era de sorprender que quien más se alegrase en Alemania con ese Concordato Laterano fuese Adolf Hitler. Pocos días después de ese acuerdo escribió, el 22 de febrero de 1929: “el hecho de que la Curia está ahora haciendo la paz con el fascismo muestra que el Vaticano confía mucho más en las nuevas realidades políticas que en las de la democracia liberal anterior con quien no pudo ponerse de acuerdo”. Hitler no se quedó allí tampoco. Acusó al Partido Centrista Católico de estar en flagrante contradicción con el espíritu del tratado que firmó ese día la Santa Sede en Italia, por predicar ese partido católico alemán “que la democracia forma parte de los mejores intereses de los católicos alemanes”. “El hecho de que la Iglesia Católica llegó a un acuerdo con la Italia fascista”, insistió Hitler, “prueba fuera de toda duda que el mundo de las ideas fascistas está más estrechamente ligado al cristianismo que al del liberalismo judío o al marxismo ateo, a los cuales el así llamado Partido Centrista Católico se ve más estrechamente ligado en detrimento del cristianismo de hoy y de nuestro pueblo germano” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 115**).

No de gusto Pacelli, ahora obrando en calidad de cardenal Secretario del Estado Vaticano (el futuro Pío XII de la guerra), comenzó a insistir a los líderes del Partido Centrista Católico alemán en evitar al partido Social Demócrata y cortejar al partido Nacional Socialista de Hitler. Era conveniente, según Pacelli y el actual papa Pío XI, aprovechar tácticamente las ventajas de un pacto con Hitler que favoreciesen grandemente los intereses de la Iglesia Católica en su confrontación contra el comunismo.

Un año después que Heinrich Brüning, uno de los diputados más populares del Partido Centrista Católico, fuese nombrado canciller de Alemania, Pacelli comenzó a insistir de nuevo en un concordato entre Alemania y el Vaticano para que se impusiese la enseñanza de la religión bajo la autoridad del obispo local, y se subvencionasen las escuelas católicas. Cuando el canciller le hizo ver que debía hacerse un concordato en conjunto con los protestantes, mayoritarios en Alemania, Pacelli se opuso diciendo que un canciller católico jamás debía firmar un concordato protestante. La conclusión de Brüning, publicada más tarde, con respecto a Pacelli el futuro papa, fue la siguiente:

“Todo éxito [según Pacelli] puede obtenerse únicamente mediante la diplomacia papal. El sistema de concordatos lo condujo a él y al Vaticano a despreciar la democracia y el sistema parlamentario... Gobiernos rígidos, centralización rígida, y tratados rígidos debían supuestamente introducir una era de orden estable, una era de paz y quietud [a confesión de parte, relevo de pruebas]” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 124**).

Para diciembre de 1931, el papa insistía al enviado de la Santa Sede en Baviera, sobre la necesidad de la Iglesia en Alemania de cooperar con el partido Nacional Socialista de Hitler “tal vez sólo temporariamente y por propósitos específicos” para “prevenir un mal aún más grande” **John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 125**). El 30 de mayo de 1932 Brüning era



reemplazado por otro diputado del Partido Centrista Católico, Franz von Papen, quien disolvió el Reichstag y llamó a nuevas elecciones parlamentarias. Cansados por el aumento desorbitante de la desocupación y la inflación galopante, el pueblo alemán le dio la victoria al partido de Hitler. Alemania se volvía ingobernable, ya que los dos partidos que rechazaban la constitución y la democracia (el Nacional Socialista y el Comunista), sumados ocupaban ahora la mayoría de los puestos del gobierno. El Partido Centrista Católico aceptó entonces, bajo las constantes presiones de Roma, apoyar al partido Nacional Socialista de Hitler.

Ludwig Kaas -el actual líder del partido católico y más fiel amigo de Pacelli, quien jugó un doble juego leal a Roma pero traidor para el partido centrista católico de Alemania escribió para entonces un ensayo sobre la bondad de hacer concordatos con regímenes fascistas, que reflejasen los puntos de vista del Secretario de Estado Vaticano (Pacelli). El tratado laterano con Mussolini, arguyó, era un acuerdo ideal entre un estado totalitario moderno y una iglesia moderna. “La Iglesia autoritaria”, razonó, “debía entender al estado ‘autoritario’ mejor que otros. Por otro lado - argumentaba sin ambages Kaas- la concentración jerárquica del poder en Mussolini cuadraba perfectamente con la concentración jerárquica del poder en la Iglesia Católica, según se establecía en el Código de Ley Canónica de 1917”.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 20, 21**

Es impresionante como los documentos históricos demuestran la aversión de la iglesia romana por la democracia, a la que toleran mientras no puedan aplicar su modelo autoritario. Esto debe darnos una alerta técnica sobre lo que se espera cuando la iglesia romana utilice el poder de la bestia que surge de la tierra: la consecuencia será la persecución de quienes no se adhieran a su modelo y sus normas.

Gracias a Von Papen y la crisis creada con la disolución del Reichstag, y su renuncia como canciller para proponiendo a Hitler, el camino de este a gobernar Alemania quedaba expedito. Von Papen luego apoyaría abiertamente a Hitler durante todo su gobierno como fiel peón de la curia romana y del papa. Como veremos luego, con la firma del concordato el apoyo católico sería total y muy complaciente, aun con la “solución judía”.

En la búsqueda de una solución para la anarquía que se vivía en Alemania, Franz von Papen convenció finalmente al presidente Hindenburg de aceptar su renuncia, y darle la cancillería a Hitler, aduciendo que si él (von Papen), permanecía como vicecanciller, podrían tener a Hitler bajo control. En realidad, von Papen presumía llegar a ocupar el cargo de Hindenburg como presidente, dado ciertos escándalos económicos en los que había caído Hindenburg. Hitler juró como canciller el 30 de Enero de 1933, pero nada lo detuvo en sus requerimientos de plenos poderes para restaurar el orden.

Para el 5 de marzo, luego de haber acusado al comunismo de haber incendiado el Reichstag el 27 de febrero, Hitler estaba llamando a nuevas elecciones parlamentarias con el propósito de controlar los medios de difusión, oprimir los partidos democráticos de oposición, y comenzar la persecución de los judíos e “izquierdistas”. Gracias a la histeria anticomunista que se desató como resultado de ese incendio, su partido creció más todavía y obtuvo mayores asientos en el Reichstag.

- a. **Conveniencias mutuas.** Una de las oposiciones más significativas que Hitler tenía para entonces era el Partido Centrista Católico que denunciaba las verdaderas intenciones dictatoriales de Hitler, y advertía sobre el desastre peor en el que iba a caer Alemania si subía al poder y conducía a la nación a otra guerra mundial. El papa Pío XI, sin embargo, sorprendió al felicitar al vicecanciller de Hitler por tener en Alemania ahora a un hombre que sería inflexible contra el comunismo, y fue el primer hombre de estado en reconocer su gobierno. También Eugenio Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano, vino para comerciar con Hitler un tratado con el Vaticano. Lo que no iba a poder lograr nunca con el gobierno democrático de Weimar, ahora esperaba el papa poder hacerlo más fácilmente con un dictador.

La solución ideal para Hitler era lograr un concordato con el Vaticano semejante al Laterano que había firmado la Santa Sede con Mussolini, en donde a condición del reconocimiento estatal, el Vaticano aceptase desentenderse de todo partido católico. Eso no había significado para el Vaticano desprenderse de toda acción social o política, sino de todo partido político que lo comprometiese. La intención del Vaticano era mantenerse por encima de toda facción política, de acuerdo con la filosofía verticalista y dualista que tuvo el papado durante todo el medioevo, pero dándose la libertad de intervenir políticamente toda vez que se le pidiese o lo viese oportuno.

Hitler quería asegurarse ahora, sin embargo, que la Iglesia Católica se retirase de toda acción social y política, a cambio de otorgarle “libertad” para practicar la religión y la educación (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 133**). El Partido Centrista Católico



debía, por otro lado, acceder al Acto de Poder para facultarlo como dictador, sin lo cual no aceptaría concordato alguno. El Vaticano captó también que sólo mediante un dictador podría lograr un concordato con Alemania que le permitiese ejercer un control absoluto sobre todas las instituciones religiosas y católicas, y esperaba así, como en Italia, lograr eventualmente el predominio de la religión católica sobre toda Alemania.

En esencia, se trataba de volver a poner la religión de Alemania bajo el control del catolicismo romano, según lo establecido en el Código Canónico de 1917. Cortejando a Hitler, Pacelli mismo llamó la atención del Führer a los elogios del papa por su cruzada antibolchevique, que debía ser entendido, según el enviado papal, como un respaldo de la Santa Sede a su campaña anticomunista. Al captar las intenciones papales que se escondían tras el reconocimiento del gobierno de Hitler, las iglesias protestantes de Alemania se vieron compelidas también a reconocer su régimen el 26 de Mayo de 1833, y a buscar negociar con él un acuerdo semejante, basado en el modelo católico (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 138**).

Dicho y hecho, Hitler convenció a su partido de que la única manera de anular al partido centrista católico era logrando alejar al Vaticano de ese partido. En su discurso al Reichstag declaró también que era una gran provisión “cultivar y fortalecer relaciones amigables con la Santa Sede”. Pacelli, por su parte, contaba ahora como presidente del Partido Centrista Católico a un fiel amigo, Ludwig Kaas, quien se prestaba a un doble juego. Mientras pretendía apoyar a su partido católico, lo instaba a votar en favor del Acto de Poder de Hitler. Su argumento era que el voto positivo católico iba a ejercer un control moral para el Führer y mantener sus promesas de apoyar la Iglesia Católica.

- b. **Implicaciones del Concordato.** El Acto de Poder se dio en Marzo de 1933 con 441 votos a favor, y 94 en contra. Hitler podía ahora decretar leyes sin el consentimiento del Reichstag y firmar tratados con gobiernos extranjeros, el primero de los cuales fue con el Vaticano. Hitler para entonces invocaba a Dios y aseguraba a la población que el cristianismo constituiría la base de su reconstrucción de la nación (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 137**).

L'Osservatore Romano reconocía la legalidad constitucional del gobierno de Hitler. Kaas, luego de hablar con Pacelli, elogió el discurso de Hitler en el Reichstag como reflejando el desarrollo lógico de la “idea de unión” de Iglesia y Estado (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 139**). En este respecto, consideraba que el vínculo prometido de Hitler con el Vaticano era “el más grande éxito que había sido logrado en cualquier país en los últimos diez años” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 135**). El partido centrista católico debía colaborar en el proceso, según decía, como “sembradores del futuro”.



El 8 de julio de 1933 el Vaticano y el Reich firmaban el concordato [en la foto Pacelli al centro, a su derecha Von Papen y atrás a su extrema izquierda Giovanni Montini, el futuro Paulo VI... nada es casualidad]. Hitler declaró: “el hecho de que el Vaticano está concluyendo un tratado con la nueva Alemania significa que la Iglesia Católica reconoce el estado Nacional Socialista. Este tratado muestra al mundo entero clara e inequívocamente que la afirmación de que el Socialismo Nacional es hostil a la religión es una mentira”. El 14 de julio declaró a sus ministros que “una oportunidad se ha dado a Alemania en el Concordato del Reich con el Vaticano, y una esfera de confianza se ha creado que será especialmente significativa en la lucha urgente contra el judaísmo internacional” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 130**).

Pacelli respondió el 26 y el 27 de julio en dos artículos de L'Osservatore Romano, asegurando que el Código de Ley Canónica es el fundamento del concordato, mediante el cual se permite a la Iglesia Católica tener plenos poderes con la Iglesia en Alemania. La histórica victoria con ese tratado aseguraba Pacelli, no era la aprobación moral de la Santa Sede del estado Nazi sino, por el contrario, el reconocimiento y aceptación totales de las leyes de la Iglesia por el Estado (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 131**). Así quería el



Vaticano mantener la posición católica medieval, que consiste en estar por encima de los estados civiles, como el alma sobre el cuerpo. Ese concordato había sido logrado en el máximo secreto entre dos autócratas, pasando por encima del obispado católico de Alemania y de las diferentes facciones políticas que habían gobernado a la nación alemana.

Para cuando el tratado fue ratificado el 10 de septiembre, Pacelli quiso abogar no por los judíos, sino por los católicos de ascendencia judía que estaban siendo incluidos en la persecución Nazi de los judíos. En su lugar, los nazis le dijeron que no interfiriese en asuntos de estado. A pesar de este revés, siguió adelante con la celebración de la ratificación del concordato, y con toda pompa. Un servicio de agradecimiento a Dios se dio en la catedral berlinesa de Hedwig, en donde presidió el nuncio papal. Las banderas nazis se mezclaban con los estandartes católicos tradicionales.



¿Quién podía negar que el régimen Nazi contaba ahora con la bendición de la Santa Sede? El arzobispo Gröber felicitó al Tercer Reich por la nueva era de reconciliación del estado alemán con la iglesia católica (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 159, 160**). Hitler mantuvo, además, durante su régimen, los términos del Concordato de Baviera firmado en 1929, en relación con los impuestos que se destinaban a la Iglesia. La mitad iba para la Iglesia Católica en Alemania, y la otra mitad para el Vaticano (**Megalomanía, 165, n. 12**).

Más allá de todas las declaraciones de una parte y otra, la firma del concordato entre el Vaticano y el Reich implicó dos cosas innegables. En primer lugar, la aprobación moral del Vaticano a las políticas de Hitler. Esto trajo el desbande en masa del Partido Centrista Católico, cuyos miembros se pasaban de a miles al partido Nacional Socialista que había sido aprobado por la cúpula de la iglesia romana. En segundo lugar, implicaba una nueva actitud que debían asumir la jerarquía alemana, el clero y los fieles, así como la Santa Sede. Debían guardar silencio ante cualquier cosa que hiciese el gobierno nazi en materia política y social.

El gran problema de ese concordato, según se arguye, es que intencionalmente no dejó claramente establecida una diferenciación entre la actividad civil y la religiosa. Mientras el Vaticano pretendía conformar en Alemania un clero-fascismo equivalente al de Italia, en donde la Ley Canónica del papado formase la base del acuerdo, Hitler quería usar a la Iglesia para su conveniencia, y se negaba a aceptar la primacía del clero. Esa actitud de Hitler amargaba de a momentos al Vaticano. Pero le iba a servir después de la guerra para destacar las indisposiciones católicas esporádicas contra las políticas del Führer, con el propósito de ocultar su complicidad con el gobierno nazi.

Al mismo tiempo, Hitler terminó descubriendo que el Vaticano tenía normas dobles. Mientras recibía la aprobación pública del Vaticano que prometía no intervenir en la política nazi, pudo interceptar mensajes papales que probaban que por debajo, el así llamado Vicario de Cristo estaba involucrado en acciones de espionaje durante la guerra y, en un caso, en la parte final de su mandato, hasta de complot contra su gobierno y su vida. Eso lo irritaba y, en ocasiones, tomó represalias contra el clero católico que no quería sujetarse a los principios establecidos en el concordato, según su interpretación desde la perspectiva política.

Hoy el Vaticano usa también esa persecución temporaria y no generalizada que Hitler emprendió contra un buen número de sacerdotes y monjas, especialmente en Polonia, para jugar también el papel de la víctima y cubrirse de la acusación de complicidad con el régimen de Alemania. Pero los desacuerdos del papado con Hitler no fueron diferentes a los desacuerdos que el papado tuvo con los reyes durante toda la Edad Media. Tenían que ver con el problema de determinar quién era la cabeza del matrimonio Iglesia-Estado que confirmaban al ser coronados, o al firmar el concordato con el Vaticano en el caso de Hitler. A pesar de tantas peleas como las que se dan en todo matrimonio desdichado, ni los reyes medievales ni Hitler en la época moderna, rompieron su acuerdo con el papado.

Admitamos, de todas maneras, que el fascismo nazi fue puro, esto es, de Estado, a diferencia de los concordatos que luego iba a establecer el Vaticano con otros gobiernos y que se enmarcarían en el esquema más definitivamente clero-fascista que buscaba el papado. Si a



pesar de esa diferenciación el papado no pudo librarse de la acusación de complicidad con el gobierno criminal de Hitler por terminar ajustándose a las políticas del estado nazi, menos aún podría cubrirse por apoyar a esos otros gobiernos genocidas que se amoldarían fielmente al esquema de la encíclica *Quadragesimo Anno*, proclamada por el papa Pío XI en 1931, y a la Ley Canónica de 1917.

Concluamos aquí que, en la práctica, el concordato católico-nazi prohibía a los fieles de la Iglesia de Roma intervenir, por ejemplo, en defensa de los judíos (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 153**), y daba luz verde a toda manifestación antijudía. Los católicos que participasen activamente en el sometimiento a trabajos forzados y aniquilación de los judíos no serían condenados por la Iglesia madre.

- c. **Argumentos católicos pronazis.** A partir de la firma del concordato entre Hitler y el Vaticano, muchos obispos y cardenales comenzaron a promover abiertamente el nazismo y a apoyar, como veremos más tarde, el exterminio de los judíos, de los comunistas y de los ortodoxos. Berning, un obispo católico, publicó un libro afirmando el enlace entre el catolicismo romano y el patriotismo germano que envió a Hitler como “una muestra de mi devoción”. Monseñor Hartz alabó a Hitler por haber salvado a Alemania del “veneno del liberalismo [democracias occidentales] y de la peste del comunismo [bolchevismo soviético]”. En los mismos términos del papa para con Mussolini, Franz Taeschner, un publicista católico consideró que el Führer era un genio, y que había sido “enviado por la providencia para cumplir con las ideas sociales católicas” (**Megalomanía, 165**).

Deben haberse reído los nazis cuando el 14 de mayo de 1934, Pacelli escribió una nota a Buttman -quien había firmado el concordato de parte del Reich con el Vaticano- reprochando al Führer por no usar sus poderes dictatoriales para ordenar que los estados regionales recalcitrantes se ajustasen a las provisiones del contrato. Según su pro-memoria, Pacelli declaraba que “no debían permitirse las causas que daban lugar a las quejas de la Iglesia [los curas acusaban a algunos estados alemanes de no cumplir con el concordato], particularmente en un gobierno conducido en forma autoritaria” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 164, 165**). Se considera esta nota como una clara aserción del Secretario de Estado Vaticano en contra del sistema parlamentario de gobierno, y a favor del sistema dictatorial.

Recordemos que en el pensamiento católico-romano, los intereses individuales deben sacrificarse por el bien común, algo que encontró un eco notable en el pensamiento nazi. “Sólo cuando el individuo se ve a sí mismo como una parte de un organismo y pone el bien común más allá del bien individual”, argumentaba la Carta Pastoral de Fulda en 1933, “podrá su vida destacarse por la humilde obediencia y gozoso servicio que demanda la fe cristiana” (**Megalomanía, 167**). Si uno se queda quieto viendo uno de los videos que repite constantemente la demagogia de Hitler en el museo Vaticano, se va a cansar escuchando siempre lo mismo. “Hitler es el partido”, dice el Führer, a lo que la masa le responde: “hai, Hitler”. “El partido es Hitler”, vuelve a decir el Führer, con la misma respuesta de las multitudes. El bien común y el partido se encarnan en una persona, y la individualidad de cada cual se pierde en un cuerpo común.

El obispo Alois Hudal, quien estuvo conectado con Pacelli (negociador del concordato), arengaba a la gente por toda Alemania y en el exterior en sus discursos pronazis. En mayo de 1933 habló en Roma ante los cuerpos diplomáticos de Alemania e invitados de varias organizaciones nazis. Su audiencia lo aclamó cuando dijo que, “en esta hora de destino, todos los católicos alemanes que viven en el exterior dan la bienvenida al nuevo Reich alemán, cuyas filosofías están de acuerdo tanto con los valores cristianos como con los valores nacionales”.

Hudal se transformó en 1934 en un aliado político de von Papen (el vicescanciller católico de Hitler), y publicó en 1936 un tratado filosófico titulado **Fundamentos del Socialismo Nacional**. Alababa en su obra las ideas, programas y actividades de los nazis, aunque criticaba ciertos elementos no cristianos que veía en el partido. A pesar de los peores rasgos que ya se veían en el gobierno nazi, Hudal consideraba que no había razones filosóficas válidas para que los nazis “buenos” y los católicos no cooperasen estrechamente en la construcción de una Europa Cristiana. Su libro recibió el Imprimatur del primado de la Iglesia en Austria, Cardenal Teodoro Innitzer, quien también era fuertemente nazi.

Hudal recibió, asimismo, una placa de oro de membresía del partido nazi. Su clara tendencia pronazi no afectó su carrera en el Vaticano. Fue consultor desde 1930 en el Santo Oficio (el mismo organismo que había sido fundado en 1542 para “combatir las revoluciones calvinistas y luteranas”). Ese cargo le permitía trabajar en el más riguroso secreto en la tarea de censurar

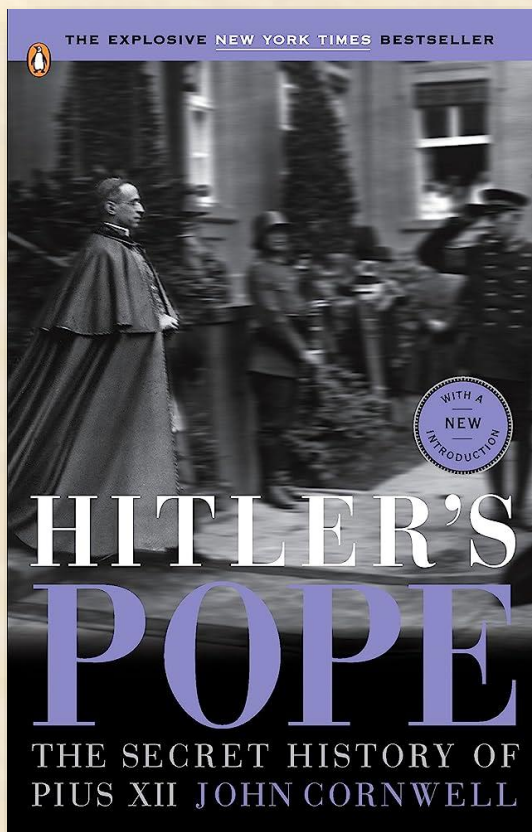




libros y materiales de educación, así como en proteger e inspeccionar aspectos relacionados con las doctrinas católicas. En junio de 1933, en lugar de llamarlo al orden por sus convicciones nazis, el Vaticano lo promovió del cargo de sacerdote a obispo titular de Ela, un honor raro para un rector de un colegio. Pacelli mismo presidió en la ceremonia (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 30-32**).

Esta actitud de abierto y velado apoyo combinados del Vaticano al nazismo, que continuaría en sus épocas de mayores crímenes, entraba dentro de lo que el papa León XIII había explicado en su encíclica de 1885, **Immortale Dei, 17**: “cuando los gobernantes de un Estado y el Pontífice Romano llegan a un acuerdo con respecto a un aspecto en especial..., la Iglesia da prueba de su amor maternal al mostrar la más grande bondad e indulgencia posibles”... Al papado no le importaba lo que ocurriese con ningún otro grupo religioso o étnico. Su único interés estaba en asegurar el desarrollo de la Iglesia Católica. De allí su apoyo tan generalizado a todo régimen fascista, sin miramientos a las violaciones tan flagrantes de los derechos humanos en que incurriesen.

- d. **Persecución de católicos y romance pontifical-nazista.** Hubo ocasiones en que el Vaticano protestó por las presuntas violaciones al concordato de parte de los nazis. Hitler respondió que se trataba de una guerra contra los sacerdotes inmorales acusados de pederastia y otros abusos sexuales, así como contra los que se volvían más políticos que clérigos, pero no contra la Iglesia en general (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 179, 180**). De parte de la iglesia, se volvió entonces a alentar a los católicos a cooperar con el gobierno nazi. En 1937, el cardenal Faulhaber de Munich se entrevistó por tres horas con Hitler, y como resultado declaró que Hitler “vive en fe para con Dios”, y “reconoce el cristianismo como el fundamento de la cultura occidental”. A su vez, escribió una carta episcopal alentando la cooperación entre la Iglesia y el Estado para combatir el comunismo (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 181**).



También el papa Pío XI publicó para entonces su encíclica **Mit brennender Sorge** (Con Profunda Ansiedad), en una velada protesta por los sufrimientos de la iglesia en Alemania, y la deificación de una raza, de un pueblo, y de un estado. Pero no condenó el nazismo por nombre, y sirvió sólo para afirmar a Hitler en su persecución de todo clérigo que interviniese en política. Aun así, esta encíclica y ciertas evidencias posteriores han permitido que muchos interpreten que, a diferencia del siguiente papa (Pío XII), y actual secretario de Estado del Vaticano, el papa Pío XI terminó viendo la necesidad de distanciarse de una manera más clara del nazismo. Volvamos a insistir, sin embargo, que lo que el Vaticano buscaba era un fascismo clerical que se sometiese al Código Canónico de la Iglesia, no un fascismo de estado que buscase imponerse a la Iglesia.

Las alabanzas a Hitler, de los sacerdotes católicos es interminable. El Führer recibió una calurosa recepción por el cardenal Innitzer, primado de Austria, cuando se anexó ese país a su gobierno. El cardenal Bertram consideró a Hitler como “hombre de paz”, y ordenó que todos los católicos de Alemania manifestasen un

espíritu de agradecimiento y felicitación mediante un festival de campanas el domingo. Al terminar ese año (1938), Hitler refutó nuevamente el cargo de perseguir a los cristianos en Alemania, aduciendo que las iglesias habían recibido más dinero de los nazis, más ventajas impositivas y más libertad que bajo ninguna otra administración anterior. Y puso como contraste a los miles de sacerdotes y monjas que habían sido muertos en Rusia y España. “Agradecemos a Dios, el Altísimo -agregó- por haber bendecido nuestra generación y bendecirnos a nosotros, permitiéndonos cumplir con una parte en este tiempo y en esta hora”.

Repetimos que las fricciones se daban por el problema que subsistió durante todo el período de Hitler, en no haberse definido en el concordato los límites políticos de uno y otro [como siempre ocurre con la iglesia católica y los regímenes autoritarios, las discrepancias nunca



son éticas o morales sino solamente políticas]. La Iglesia creía que Hitler debía acatar la Ley Canónica incluida en el concordato, pero Hitler insistía en que la Iglesia no debía inmiscuirse en los asuntos de Estado. Ambos cumplían, a su manera, con los requisitos establecidos.

- e. **Las relaciones con el nuevo papa.** La tímida y tardía tentativa de Pío XI en pronunciarse contra el régimen nazista murió con él poco después de convalecer en su lecho de muerte.

En marzo de 1939, Pacelli era nombrado papa con el nombre de Pío XII. Cuatro días después de su elección propuso dirigirse a Hitler como “Al Ilustre Herr Adolf Hitler”, lo que produjo una discusión entre los cardenales acerca de si debía dirigirse a él como “Al Ilustre” o “Al Más Ilustre”. Declaró en su mensaje a Hitler que durante los años que gastó en Alemania, había hecho todo en su poder para establecer “relaciones armoniosas entre la Iglesia y el Estado”. Y terminaba deseando la prosperidad del pueblo germano “con la ayuda de Dios”. El Führer respondió con “las más cálidas felicitaciones” de su parte y de su gobierno (John Cornwell, *Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII*, 208).



El nuncio de Berlín, en respuesta al pedido del nuevo papa, dio una recepción de gala a Hitler el mes siguiente, al cumplir medio siglo de vida. Desde entonces esos saludos a Hitler se volvieron una tradición cada 20 de abril, por el resto de su mandato. El cardenal Bertram de Berlín envió también “sus más calurosas felicitaciones al Führer en nombre de los obispos” de Alemania. “Oraciones fervientes de los católicos de Alemania se están enviando al cielo sobre sus altares”, agregó. Todo esto, argumentaba Pacelli, debía hacerse para tratar de mantener en pie el concordato de la Iglesia Católica con Hitler.

- f. **El Vaticano durante la guerra misma.** En 1938 Hitler amenazaba al gobierno checo porque “los judíos en Checoslovaquia estaban todavía envenenando la nación”. El 15 de marzo del año siguiente ordenó la invasión de Praga y el desmembramiento del país. En una abierta advertencia a Hitler, el primer ministro inglés garantizó entonces la independencia de Polonia y prometió ayuda en caso de ser invadida.

En ese contexto, el papa reveló cuán partidario podía ser al intentar seguir una política pacificadora que favorecía a Hitler, y al mismo tiempo enviar un telegrama a Franco [considerado por Roma junto con Mussolini y Hitler como hijos predilectos de la Iglesia], felicitándolo por “la victoria católica” en España. Mientras guardaba silencio con respecto a las violaciones humanas de Hitler, había estado instando a Franco a pelear para derrocar el régimen socialista de España. La “victoria católica” en España había costado medio millón de vidas e iba a costar una gran cantidad más todavía. Públicamente, sin embargo, Pacelli exhortaba a Franco mediante la radio vaticana, a ejercer una política pacificadora “de acuerdo con los principios enseñados por la Iglesia y que el generalísimo había proclamado con tanta nobleza”.

Hitler invadió Polonia el 1 de Septiembre de 1939, con el propósito de abrirse un corredor para invadir Rusia. Pío XII había insistido a la católica Polonia en no intervenir, ni contrariar a Hitler. También había procurado que Francia no se opusiese a una inminente invasión alemana sobre Francia, para salvaguardar la paz. En realidad, lo que el Vaticano quería era recuperar a Francia del socialismo secular que la gobernaba, reemplazándolo por un gobierno fascista dirigido por Pétain, equivalente al de Hitler y al de Mussolini. Al mismo tiempo, el papa soñaba con evangelizar a Rusia mediante la invasión nazi. Pero al invadir Hitler Polonia, Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Alemania, y Rusia comenzó a invadir Polonia desde el lado oriental. Esa guerra le costó a Polonia más de seis millones de vidas.

Para entonces, aunque sin perder las esperanzas en su triunfo, Pío XII comenzó a dudar del éxito del Tercer Reich en su campaña contra el comunismo. El Führer se había negado a pactar con Inglaterra y los demás poderes occidentales para invadir Rusia y, por el contrario,



daba evidencias de intentar pactar con Rusia, mientras preparaba hipócritamente su campaña militar para invadirla. Por consiguiente todos, inclusive el papa de a momentos, sentían que debían deshacerse de él.

- g. **El complot para matar a Hitler.** Dos meses después de Hitler invadir Polonia, el papa se veía involucrado en un complot secreto para matar a Hitler, conocido como Orquesta Negra. Su papel principal y clave era interceder ante Inglaterra para impedir que los Aliados invadiesen Alemania en el caso de que Hitler fuese derrocado. Quería a toda costa evitar, como se vio de nuevo después de la guerra, que la sección central de Europa fuese dominada por gobiernos no católicos. Esa era otra de las razones, al mismo tiempo, por las que el Vaticano seguía siendo el único Estado que no condenaba públicamente a Hitler.

El complot para derrocar y matar a Hitler fue demorándose por varias razones. Los Aliados no creían demasiado en el éxito de la Orquesta Negra (que en Alemania quería lograr, a través del Vaticano, un tratado de paz con los Aliados para cuando derrocasen a Hitler). Por esta razón, los Aliados decidieron finalmente sacrificar el plan. Hitler para entonces ya había invadido los Balcanes y establecido allí gobiernos nazis. En la primavera de 1942, después del freno sufrido por Alemania en Stalingrado, el Vaticano pasó a ser de nuevo intermediario de la Orquesta Negra, en otro complot que buscaba, de parte de Hungría y Rumania, establecer también un tratado de paz secreto con los Aliados, antes de romper sus lazos con Hitler [como lo demuestra la historia, la traición nunca ha sido considerada por la iglesia romana como inmoral, ni nada que se le parezca].

En un arreglo entre Moscú y los poderes occidentales (EE.UU. había ingresado en la guerra en Diciembre de 1941, luego que los japoneses bombardearan Pearl Harbor), se decidió hacer filtrar ese plan secreto de paz del Vaticano con esos países Balcanes. El propósito era enfurecer a Hitler quien cayó en la trampa, y decidió quitar una de sus tres mejores divisiones de Francia para enviarla allí. Poco después, las tropas Aliadas entraban en Normandía y libraban la batalla más cruenta de la segunda guerra mundial. Pretendiendo jugar el papel principal en la política internacional, el papa Pío XII terminó siendo usado como peón de los principales poderes de la época (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 281**).

En la última parte del Tercer Reich, los nazis comenzaron a perseguir en Polonia no solamente a los judíos, sino también a sacerdotes y monjas católicas que efectuaban actos de caridad para con los oprimidos del nazismo, o pretendían enrolarse como misioneros en el ejército alemán al invadir Rusia. Hasta entonces, tanto el papa como Hitler habían estado reclamando que se cumpliera lo estipulado en el concordato, en donde el papel político-social de la Iglesia de Roma no había quedado bien establecido, y se prestaba a diferentes interpretaciones. Hitler tenía pruebas bien claras del doble juego papal que lo apoyaba públicamente, pero que interfería en su política mediante diferentes formas de espionaje, ignorando su promesa de no intervenir en política firmado en el concordato.

Durante ese tiempo de opresión nazi tampoco recibieron los sacerdotes perseguidos en Polonia intercesión alguna del papa [tampoco de Juan Pablo II que residía allí con un cargo en la curia y que nunca levantó la voz mientras estas persecuciones ocurrían]. Mientras que todas las otras naciones condenaban abiertamente a Hitler y estaban en guerra con él, se admiraban de que el único gobernante de un estado geográficamente pequeño, pero de tan enormes repercusiones políticas, no levantara su voz para condenarlo. Se esperaba que hablase, además, porque el nazismo y el fascismo predominaban en países de mayoría católica y que habían firmado un concordato con el Vaticano. Pero Pío XII, en su típico juego ambivalente, todavía veía posibilidades en el éxito de la empresa expansionista de Hitler, y estaba tratando de convencerlo para enviar sacerdotes misioneros con sus tropas para evangelizar Rusia. Quería Pío XII lograr la unión tan anhelada para los papas de la Iglesia de Oriente (Ortodoxa) con la de Occidente (Católica).

El hecho de apoyar el Vaticano un complot para derrocar un gobierno, matando a su líder, es invocado hoy como una prueba de la hipocresía papal que revela una doble moral. Mientras por un lado pretende excluirse de la política (como lo da a entender en los concordatos con Mussolini y Hitler), por el otro lado obra por debajo para derrocar gobiernos cuando estos ya no le sirven más, o duda que vayan a tener éxito. **Mark Aarons** y **John Loftus**, los autores judíos de **Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks**, comentan este hecho de la siguiente manera:

“Si el Vaticano desea ejercer autoridad moral, debe mantenerse inequívoca y verdaderamente como neutral. Sólo de esa manera puede permanecer por encima de los asuntos temporales. El mundo necesita diplomáticos cuya agenda sea realmente



paz sobre la tierra y buena voluntad para toda la humanidad”, no sólo para los católicos. “Hay demasiados complotadores” en la humanidad. “Si el Vaticano respalda asistencia diplomática encubierta para derrocar a dictadores, ¿dónde se pone la línea? Si combatir a Hitler rompe las reglas, qué decir acerca de otros gobiernos en el resto del mundo, que caigan bajo el descrédito del Vaticano? (Mark Aarons, **Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks**, 280, 281).

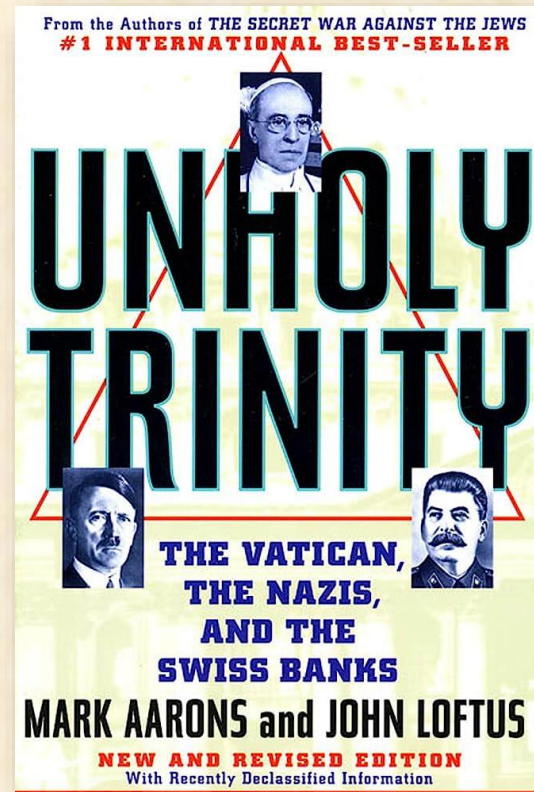
- h. **Complicaciones nazi-vaticanas durante la guerra.** Sería faltar a la verdad si se dijese que la persecución nazi contra los sacerdotes católicos, especialmente en Polonia y Ucrania, se debió a su apoyo humanitario de los judíos. Aunque algunos sacerdotes y monjas fueron perseguidos por esa razón, la mayoría fue perseguida por otras razones [políticas]. Por un lado, Hitler veía el doble juego papal que obraba públicamente en su favor al mismo tiempo que se involucraba diplomáticamente con los Aliados. Por el otro, el pedido del Vaticano a través de su excanciller alemán, von Papen, de aprovechar su invasión a Rusia para convertir el mundo ortodoxo a la fe católica comenzó a irritarlo más.

Para ese entonces Hitler [1941] estaba enterado de las masacres que los católicos croatas estaban perpetrando contra los ortodoxos en Croacia, y no quiso que su campaña militar a Rusia se complicase mediante una confrontación religiosa similar en el Este. Reinhard Heydrich, a cargo de la oficina de seguridad principal del Reich, le había advertido al Führer el 2 de julio de 1941 sobre la planificación del Vaticano que había podido detectar para infiltrar las tropas nazis con el objeto de invadir Rusia con la fe católica. Heydrich se oponía igualmente a la idea de permitirle a la Iglesia beneficiarse de las conquistas logradas por la sangre alemana.

Hitler captó así, más que nunca, la problemática religiosa que se escondía detrás de su invasión al mundo comunista y ortodoxo, y creyó que la política del papado podía terminar afectando el éxito de su empresa. A mediados de julio de 1941, en respuesta a esos pedidos de involucramiento católico en su campaña de conquista (algo que el Vaticano ya había hecho con Mussolini en su invasión a Etiopía), declaró que si permitiese al catolicismo introducirse en Rusia “iba a tener que permitirles lo mismo a todas las denominaciones cristianas para que se aporreasen las unas a las otras con sus crucifijos”. Posteriormente se enfureció más al enterarse que el Vaticano seguía adelante con sus planes, proyectando enviar sacerdotes misioneros disfrazados desde Polonia, Ucrania y Croacia. Por esta razón, su furia principal se dio contra los católicos polacos y ucranianos, a quienes comenzó a matar en gran escala y a destruirle sus iglesias.

“El cristianismo es el golpe más duro que alguna vez golpeó a la humanidad”, concluía Hitler para julio de 1941. “El bolchevismo es un hijo bastardo del cristianismo. Ambos son la descendencia monstruosa de los judíos”. En Diciembre de ese mismo año prometió que, una vez concluida la guerra iba a terminar con el problema de la Iglesia, como única alternativa para lograr que la nación alemana estuviese completamente segura (John Cornwell, **Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII**, 261).

Pero las cosas se le comenzaron a complicar a Hitler en Ucrania cuando Stalin procuró congraciarse con los ortodoxos para lograr la resistencia de la población contra la ocupación Nazi. Para desbaratar los planes de Stalin, el Führer intentó representar al nazismo como “protector de la religión”. Para ello, quiso unir a los ortodoxos y a los católicos bajo el





arzobispo Szepticky, quien aunque fiel a Roma, formaba parte del rito oriental característico del mundo ortodoxo y permitido por Roma únicamente a los católicos de esa región. En total, Szepticky lideraba a unos cinco millones de Uniates que conformaban esa característica intermedia entre los católicos y los ortodoxos. Pero Hitler no iba a poder lograr esa unión sin contar con el apoyo del papa. ¿Cómo podía lograrlo sin dejar de ser él mismo el amo de la situación? En otras palabras, ¿cómo podía recibir el apoyo papal sin terminar siendo permeado por la Santa Sede?

Hitler decidió extorsionar al papa y, para ello, comenzó a perseguir dramáticamente a los católicos en Ucrania. Era la manera más dramática y autoritaria que podía escoger para apurar a Pío XII a apoyarlo en su campaña militar en Ucrania, o sufrir la destrucción de la Iglesia Católica en ese lugar. ¿Qué alternativas tenía Pío XII, ante semejante amenaza? No había dudas de que se trataba de un arreglo sucio e inmoral. Ya habían muerto 200.000 judíos en Ucrania, y “cientos de miles de cristianos”, y un pacto tal era puramente político y villano. Pero, ¿acaso la Providencia no estaba dirigiendo las cosas para que en sus días, se pudiesen cumplir los sueños papales de casi un milenio, con la unión de las dos iglesias más tradicionales de Europa? Con el debilitamiento militar, moral y político de los dos grandes colosos del momento, el comunismo y el nazismo, ¿no podría aparecer al final él mismo, Pío XII, como el verdadero líder moral y ganador de la contienda?

Para octubre de 1942, Pío XII enviaba a Ucrania al cardenal Lavitrano, arzobispo de Palermo, encabezando una misión a pedido de los nazis para estudiar la posible unificación de la Iglesia Católica Romana con la Iglesia Ortodoxa. Al mismo tiempo, daba luz verde al mantenimiento de una oficina apostólica para Ucrania en Berlín. Esa perspectiva explosiva alarmó a los EE.UU. y Gran Bretaña. Los rusos también se alarmaron y fueron logrando dividir, a través de sus espías, a los ortodoxos y a los mismos Uniates para evitar ese arreglo.

A pesar de los obstáculos, los Uniates lograron formar un ejército nacionalista con capellanes, que organizaron una cruzada contra los “impíos bolcheviques” para conquistarlos al mismo tiempo al catolicismo. El Vaticano, por su parte, quedó más comprometido a no hablar contra el régimen nazista ni mencionar siquiera el nombre “judío” por el resto de la guerra. En su lugar, tres meses después que el cardenal Lavitrano completó su misión, el Vaticano comenzó a hablar de una confederación anticomunista de estados católicos de Europa que se extendería desde el báltico hasta el Mar Negro [lo que incluía Ucrania] (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 173-188**). Pero la Providencia, la verdadera Providencia divina, no le iba a permitir lograr sus sueños.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 21-27**

La figura de Pío XII, históricamente hablando, no puede ser defendida cuando se analiza lo ocurrido en Alemania, Croacia y en otros lugares. Las propias comunicaciones entre las partes, el estado fascista y la iglesia romana no permiten otra interpretación.

En particular, su actuación durante el genocidio judío (junto con su inocultable antisemitismo), y otros similares en Europa no pueden ser consideradas como morales para quien supuestamente dirige una organización que se precia, sin serlo, de ser cristiana.

Pío XII ha sido condenado y también elogiado. Las preguntas fundamentales parecen sencillas. ¿Qué sabía el Papa de la matanza de judíos que estaban realizando los alemanes? ¿Qué podría haber hecho al respecto? ¿Qué hizo, qué no hizo y por qué? ¿Hasta qué punto ha sido sincera la Iglesia en relación con este asunto?

Quienes critican a este pontífice han señalado que era el Papa de Hitler, que permitió que los alemanes deportaran a judíos a Auschwitz ante sus propias ventanas y que el encubrimiento de su pecado papal en la posguerra no es más que una estructura de engaño. Se han dado varias explicaciones a sus motivos, como son su propio antisemitismo, su búsqueda del poder papal, la necesidad de preservar a la Iglesia en una época peligrosa, su timidez personal, una alianza de facto con los nazis en contra de la modernidad, una marcada preferencia por el nazismo antes que por el comunismo o el miedo a perder el apoyo de los católicos alemanes. Los defensores de Pío XII le presentan como un enemigo de Hitler y un amigo de los judíos que se esforzó por salvar a cuantas personas le fue posible. Para ellos, cualesquiera que fueran los fallos del pontífice, eran los de un hombre piadoso, con defectos humanos, que tuvo que actuar en circunstancias trágicas. Según estos partidarios, el juicio que en la posguerra emitió la Iglesia sobre el Papa y sobre su propia historia ha sido, al margen de sus imperfecciones, relativamente franco.

El carácter contradictorio de estos retratos surge de los diferentes valores, perspectivas y agendas que los autores incorporan a sus investigaciones, y también del hecho de que algunos datos pueden interpretarse de múltiples maneras. Susan Zuccotti, por ejemplo, ha desenmascarado



recientemente un mito exculpatorio capital -en su opinión, conscientemente fabricado o alentado por el Papa y por otras personas, y también mantenido por judíos confundidos o deseosos de aplacar a la poderosa Iglesia- según el cual el sumo pontífice ordenó a los funcionarios de la Iglesia italiana que ocultaran a los judíos en templos y monasterios. No hay duda de que los sacerdotes y todos aquellos que tomaron medidas para salvar las vidas de muchos judíos actuaron con heroísmo, pero no existen pruebas de que fuera el Papa quien les guiara. A partir de una exhaustiva y concienzuda investigación realizada en multitud de localidades, esta autora pone en evidencia sistemáticamente [esto es, demuestra la falsedad] las afirmaciones que otorgaban a Pío XII un papel activo en la protección de los judíos. Sus conclusiones han sido devastadoras para la reputación del pontífice.

Por el contrario, hay otros autores que conceden un mayor peso a la callada intervención de los representantes del Papa, a pesar de que los afortunados judíos que se beneficiaron de ella no lo fueran en absoluto, ya que, en realidad, eran católicos que habían abjurado del judaísmo, o aun cuando las intervenciones fueran tibias y sólo llegaran después de que los alemanes y sus ayudantes locales hubieran asesinado durante meses o años a los judíos de un determinado país. Los defensores del Papa aceptan las declaraciones hechas por judíos y católicos, en el sentido de que el pontífice romano estaba detrás de los intentos de rescate realizados en Italia, aunque no sean más que rumores sin fundamento que entran en contradicción con otras evidencias creíbles. Esos defensores también interpretan con entusiasmo las declaraciones de Pío XII que criticaban de forma general la violencia o el racismo -sin importarles lo oblicuas, tibias o tardías que fueran-, considerando que son poderosos e inequívocos alegatos en defensa de los judíos, a pesar de lo llamativo que resulta que no se les mencionara en ellas.

En su opinión, la prueba definitiva es el mensaje navideño de Pío XII en 1942. Al final de una alocución de cuarenta y cinco minutos dedicada a otros asuntos, el pontífice pidió la constitución de una sociedad justa: “se lo debemos a los innumerables muertos [...], a los grupos de madres, viudas y huérfanos que sufren [...], a los innumerables exiliados [...], a los cientos de miles que, sin ser personalmente culpables, están condenados a morir o al progresivo deterioro de su situación, a veces por la simple razón de tener una determinada nacionalidad o ascendencia [...], a los muchos miles de no combatientes a los que ha hecho daño la guerra aérea”. Aunque esta declaración pueda parecer loable, sorprende por la vaguedad de sus lugares comunes.

En la Navidad de 1942, los alemanes y sus ayudantes ya llevaban casi año y medio asesinando masivamente a los judíos. Habían progresado mucho en la aniquilación de los tres millones de judíos de la católica Polonia. Los Einsatzgruppen, el Ejército alemán y otras unidades, junto a los ayudantes locales, habían ametrallado o asfixiado mediante gas a buena parte del millón de judíos de la Unión Soviética que acabarían por asesinar. Con la ayuda de ciudadanos de cada país, también habían acabado con la vida de gran parte de los judíos de la católica Lituania, así como con los de Letonia y Estonia, y habían comenzado a destruir a los de Rumania. El Ejército alemán había masacrado a la mayoría de los judíos de Serbia. Hacía meses que países católicos como Eslovaquia y Croacia venían “solucionando” su “cuestión judía”; los eslovacos, mediante la deportación de los judíos hacia su muerte; y los croatas, asesinandolos ellos mismos. Los alemanes habían comenzado a aniquilar a los judíos de su propia gran Alemania, que ahora incluía la Austria de posguerra y el territorio anexionado que hoy constituye la República Checa. Con la ayuda de asistentes locales, estaban aniquilando a los judíos de Europa Occidental, de Bélgica, Francia, Luxemburgo y Holanda. Las fábricas de la muerte, con sus cámaras de gas y sus crematorios, ya llevaban tiempo consumiendo día a día a sus víctimas. A pesar de todo este tiempo que los alemanes y sus ayudantes habían utilizado para asesinar en todo el continente a todos estos hombres, mujeres y niños judíos, el Papa no dijo nada en público. No expresó protesta alguna, aunque conocía la magnitud de la destrucción, puesto que recibía un flujo de detallados informes sobre el continuo asesinato masivo. Observó guardando un silencio distante.

Ahora que por fin decía algo, no mencionaba a los judíos en el grupo de víctimas, ni señalaba a los alemanes o a los nazis como perpetradores ni condenaba el racismo o el antisemitismo. Pío XII no hizo ningún intento por proporcionar a los pueblos europeos información útil sobre la incidencia del asesinato en masa y tampoco les conminó a resistirse a otras matanzas. ¿Por qué Pío XII dijo algo, incluso algo tan insuficiente como lo que declaró, después de un periodo de silencio premeditado tan largo y tan letal? Sólo alzó su voz después de que los estadounidenses y los británicos les sometieran a considerables presiones para que condenara sin ambages el asesinato en masa de los judíos, algo a lo que, sin embargo, se negó rotundamente. Dos semanas antes de su mensaje navideño, el legado británico en el Vaticano, Francis D'Arcy Osborne, estaba completamente crispado por el silencio del Papa. El 14 de diciembre se atrevió incluso a adoptar una medida extraordinaria desde el punto de vista diplomático: censuró sin rodeos a Pío XII durante una conversación con el secretario de Estado vaticano. Osborne dejó constancia de que, prácticamente, instaba al Vaticano a “considerar de inmediato sus deberes respecto al inaudito crimen contra la humanidad que supone la campaña de exterminio de los judíos por parte de Hitler”. Sin embargo, durante los años en los que los alemanes masacraron a los judíos, Pío XII optó una y



otra vez por no mencionarlos públicamente. No obstante, sus defensores insisten en que, a pesar de sus repetidas y deliberadas omisiones, todo el tiempo se estaba refiriendo a ellos, prescindiendo del hecho de que durante más de un año después del inicio del asesinato en masa por parte de los alemanes, Pío XII mantuvo un silencio sepulcral.

Los datos fundamentales sobre la conducta papal están claros, aunque la interpretación de algunos de ellos pueda ser objeto de desacuerdo. Pacelli, como secretario de Estado vaticano, se apresuró a negociar un tratado de cooperación, el concordato, con la Alemania de Hitler.

Dicho concordato, que se completó, firmó y dio a conocer al mundo en julio de 1933 y se ratificó en septiembre del mismo año, fue el primer tratado internacional de la Alemania nazi. En él se incluía la eliminación por parte de la Iglesia de una agrupación política democrática, el Partido del Centro Católico (precursor del Partido Cristianodemócrata de la posguerra, que ha gobernado Alemania en varias ocasiones), con lo que se legitimaba realmente la toma del poder por parte de Hitler y su destrucción de la democracia, que Pacelli y Pío XI acogieron favorablemente. El cardenal alemán Michael Faulhaber expresó el apoyo de Pío XI a las medidas de Hitler en un informe presentado a los obispos bávaros. Faulhaber había estado en Roma, donde el 13 de marzo observó que el Santo Padre [dijo], con especial énfasis, que “hasta hace poco la voz del Papa de Roma era la única que se alzaba para señalar los graves peligros a los que se enfrenta la cultura cristiana y que se han introducido en casi todas las naciones. En consecuencia, elogiemos públicamente a Hitler”. En marzo, Pacelli manifestó a Hitler, según las palabras del nuncio alemán ante la Santa Sede, “el reconocimiento indirecto [del Vaticano] a la acción del Canciller del Reich y del Gobierno contra el comunismo”. El concordato ayudó a legitimar el régimen nazi ante el mundo y a consolidar su poder en el interior.

Ni como secretario de Estado, ni más tarde como Papa, ordenó Pacelli a las jerarquías eclesiásticas que dejaran de predicar el antisemitismo de la Iglesia, que siguieron difundiendo en sus homilías, así como en periódicos y otras publicaciones de la propia institución, en los que, en muchos casos, él hubiera podido influir fácilmente, puesto que se hallaban bajo su supervisión o control último. Esto hacía que él fuera responsable de su contenido.

Pacelli no era un admirador de Hitler; en 1940, ya como el papa Pío XII, conspiró para derrocarlo en un complot que reunió a algunos generales alemanes y a los británicos, y que se quedó en nada. Sin embargo, establecía una completa diferencia entre Hitler, el hombre, y su patria, Alemania. De ésta siguió siendo devoto y quería que mantuviera su poder. Se identificó con Alemania durante su guerra de exterminio contra la Unión Soviética, porque consideraba que el enemigo mortal de la Iglesia era el bolchevismo. Deseaba la victoria alemana frente a los soviets, aunque entonces éstos fueran aliados de Gran Bretaña y de Estados Unidos en la lucha por destruir el nazismo. El hecho de que esto supusiera, como mínimo, que los alemanes aniquilaran prácticamente a los judíos de Europa, no parecía sofocar el ardor de Pío XII a favor de la conquista alemana en el Este. Todavía en 1941, Pío XII confesaba sentir un “amor especial” por los alemanes y concedía audiencias regulares a los soldados germanos, lo cual sabía que se interpretaría como un acto de solidaridad con ellos. En 1944, cansado de oír hablar de los judíos, se enfadó con el embajador polaco por sacar el tema a colación. Éste, al igual que los demás diplomáticos aliados, seguía volviendo al asunto porque el Papa se negaba a denunciar públicamente los asesinatos masivos o a debatir sobre ellos con el embajador alemán en el Vaticano, Ernst von Weizsäcker, a pesar de que se entrevistaba regularmente con él.

Además, si se tienen en cuenta las tomas de posición de Pío XII en la posguerra, resulta evidente que, a pesar de los crímenes de los alemanes, su amor por Alemania siempre se mantuvo e incluso se acrecentó.

En lo tocante al propio Holocausto, Pío XII era informado con regularidad de los pormenores de la aniquilación en masa de judíos que se estaba produciendo, y de la que tuvo noticias casi desde el principio. Durante la guerra nunca realizó declaración pública alguna para condenar la persecución y exterminio de los judíos a manos de los alemanes. Ni siquiera informó a los pueblos europeos de que tal asesinato en masa estaba efectivamente produciéndose, lo cual habría proporcionado a cada persona información suficiente para elegir su postura (de hecho, cuando la gente preguntaba por el destino de los judíos, el Vaticano, ocultando los hechos, hacía que pensar que la situación era menos desesperada de lo que era en realidad). En privado, Pío XII nunca ordenó al conjunto de los cardenales, obispos, sacerdotes, monjas y católicos laicos de Europa que hicieran lo que pudieran para salvar a judíos. Cuando los alemanes deportaron a judíos de Italia o de otros lugares, incluida Roma, su propia ciudad, ni protestó ni pidió a nadie que los ocultara.

El cuerpo diplomático de Pío XII sí intervino a veces entre bambalinas para ayudar a judíos de diferentes naciones. No obstante, cuando lo hizo, fue en un estadio tardío del asesinato masivo y sin gran persistencia o vigor (una de las excepciones fue la oportuna y enérgica intervención del



nuncio papal en Rumania, el arzobispo Andrea Cassulo). El propio Pío XII protestó una vez ante Miklós Horthy, dictador de Hungría, por la deportación de los judíos húngaros en 1944. Pero sólo lo hizo después de que los alemanes y sus ayudantes húngaros ya hubieran deportado a casi cuatrocientos treinta y siete mil judíos (que, en su mayoría, murieron en las cámaras de gas de Auschwitz), cuando era evidente que Alemania había perdido la guerra y sólo después de que los Aliados le presionaran considerablemente para que interviniera. Después de la guerra, el mismo pontífice y otras jerarquías eclesiásticas señalaron que él había hecho cosas para ayudar a los judíos que, en realidad, no había hecho. No se puede sostener de forma razonable que Pío XII hiciera todo lo que pudo para ayudar a los judíos. No obstante, hay muchos que se aferran a esta ficción y que continúan difundiéndola. Es preciso desmantelarla paso a paso.

**Daniel Jonah Goldhagen, La Iglesia católica y el Holocausto, Una deuda pendiente, 51-58**

Sin importar la gravedad y dimensión de las evidencias los apologistas católicos son capaces de defender la participación católica en apoyo al nazismo, como son capaces de defender lo que ocurrió durante siglos con la terrible Inquisición. Siempre en su deseo de defender a los pontífices romanos, la iglesia oculta pruebas o inventa acontecimientos que nunca ocurrieron o tergiversa los documentos. De por medio siempre está la defensa de la supuesta infalibilidad y la santidad de los papas que no hay forma de creerlas, y para esto se utiliza la mentira y se confía en el peso relativo de la iglesia romana, inclusive sobre los grandes medios de comunicación.

El director del museo de la Inquisición de Lima y autor de un libro apologético sobre la Inquisición, me dijo en la capital peruana al concluir el milenio dos mil, que desde hace cincuenta años -después de la Segunda Guerra Mundial- se está quitando de la historia de la Inquisición todo aspecto religioso, en búsqueda de objetividad. Esa es la tendencia también de la mayoría de los estudios hechos sobre la Segunda Guerra Mundial. El único interés para muchos es considerar los factores económicos, sociales y políticos que estuvieron involucrados en ambos eventos, el de la Inquisición durante la Edad Media, y el de las dictaduras nazistas y fascistas durante el Siglo XX. Pero, como le dije al director del museo de la Inquisición entonces, ¿cómo puede pretenderse objetividad histórica quitándole a la historia un ingrediente esencial como lo es el religioso? O se ponen todas las cartas sobre la mesa, o la objetividad pretendida se vuelve una farsa. Hoy las Naciones Unidas piden el concurso de las religiones para establecer la paz, reconociendo que la mayoría de las confrontaciones humanas continúa basándose en conflictos religiosos. ¿Por qué eliminar su papel tan dramático y fundamental de la historia?

¿Cuál es el problema de fondo? Fundamentalmente uno. Tiene que ver con la lucha denodada y tenaz de la Iglesia Católica por defender una presunta infalibilidad papal que está tan en contradicción con tantos hechos históricos medievales y modernos. La Iglesia vive procurando por todos los medios reivindicarse del veredicto histórico que la culpó y sigue culpando de falsedad, hipocresía y genocidio tanto medieval como moderno. ¿Qué es lo que busca ocultar el Vaticano, cuando es el único gobierno que permanece sobre la tierra opuesto categóricamente a revelar los archivos secretos que lo comprometieron en los genocidios del Siglo XX?

¿Cuántos siglos tuvieron que demorar -se preguntan muchos autores- para que el Vaticano terminase liberando los archivos secretos de la Inquisición? Puede hacerlo hoy porque ha logrado convencer a mucha gente de que la culpable de los crímenes de entonces no fue la Iglesia, sino la época (¡como si ésta se gestase sola!). ¿Cuánto tiempo más deberá pasar -se preguntan nuevamente los críticos- hasta que la Santa Sede libere los documentos que posee de la Segunda Guerra Mundial? ¿A qué se debe tanto afán por esconder tantos hechos de la historia en los que estuvieron involucrados los sumo pontífices? Se ha podido probar ya que los pocos documentos que el Vaticano liberó sobre la Segunda Guerra Mundial han sido seleccionados o colados en un intento de ocultar su papel comprometedor en los eventos cuestionados (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 259, 377**).

Los archivos secretos del Vaticano son, al mismo tiempo, un arma que le sirve al papado no sólo para esconderse cuando le conviene, sino también para infundir temor (**Megalomanía, 10-11**). Muchos, en efecto, prefieren no meterse con el papado por temor a faltarle, tal vez, un último elemento de la historia que pueda estar escondido en esos archivos herméticos y que contradiga algún punto que afirmen en sus investigaciones científicas. Al mismo tiempo, prefieren no verse confrontados con ese esfuerzo de reivindicación católica. Otros, en cambio, captan las ambiciones de supremacía de Roma y el engaño que encierran, y se esfuerzan por demostrar con todos los elementos disponibles por el hombre en la actualidad, esa falsedad y distorsión de la historia que provienen del Vaticano.

La liberación reciente de los archivos secretos de todos los países involucrados en la Segunda Guerra Mundial han venido a respaldar la labor tan esmerada y científica que varios autores de diversas corrientes de pensamiento, inclusive católicas, han reemprendido al concluir el Siglo XX. Gracias a esa liberación de los archivos secretos se ha suscitado un renovado interés en sus





estudios históricos. Para sorpresa de muchos, la implicación del Vaticano con los gobiernos dictatoriales de entonces, y su complicidad con el genocidio nazi y clero-fascista, es contundente y va más allá de lo que se había supuesto. Aunque el Vaticano quiera continuar negándose a liberar sus archivos secretos de la historia, no podrá negar nunca los testimonios abrumadores que lo comprometen en los grandes hechos políticos y criminales del Siglo XX. Ni Hitler, ni tantos gobiernos fascistas, hubieran logrado levantarse ni prevalecer en Alemania sin el apoyo velado y abierto papal.

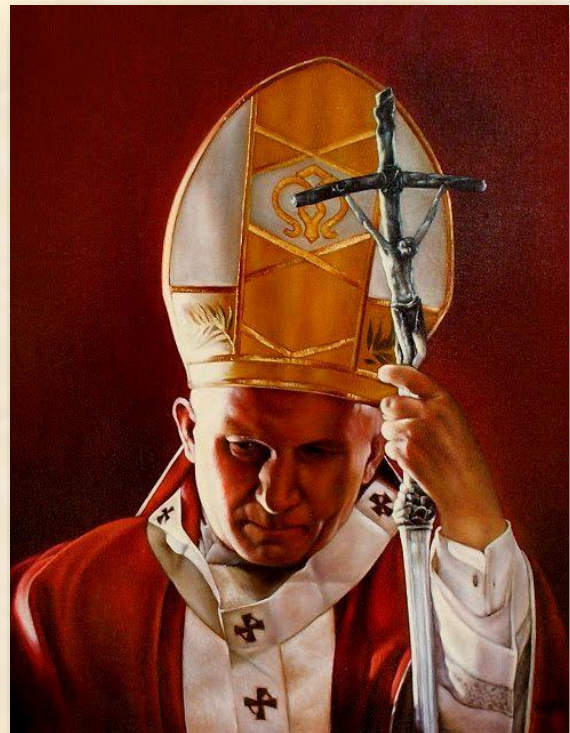
Es lamentable que todas las cortinas de humo que lanza el Vaticano para cubrirse hoy de su complicidad con el fascismo y el nazismo encuentren a los protestantes sin capacidad de reacción debido a que se vieron arrastrados por la diplomacia católica a pactar también con el nazismo. Al encontrarse luego de la guerra igualmente manchados, los protestantes no sólo han pedido perdón y han damnificado muchas víctimas, sino que también han perdido el valor moral para denunciar el papel protagónico que le cupo al papado en ese genocidio. Lamentablemente, el protestantismo de hoy no ha aprendido la lección, y está apoyando al Vaticano nuevamente en sus esfuerzos por lograr tantos concordatos como sean posibles en el mundo entero. Al mismo tiempo se unen al papado en exigir que se reconozcan las tradiciones cristianas medievales en la constitución europea, y eventualmente en el resto del mundo.

El problema de los protestantes modernos es que juzgan al papado como se juzgan a sí mismos, esto es, dispuestos a reconocer sus faltas y a enmendarlas para que no vuelvan a repetirse. Pero no perciben que los sentimientos en la cúpula de la Iglesia Católica son muy diferentes. No prestan atención al verdadero problema de fondo, que tiene que ver con la pretensión de infalibilidad de parte del Magisterio de la Iglesia romana, y su típica “doble moral” en relación con sus políticas religiosas y económicas internacionales. La culpa del protestantismo moderno es doble. No sólo han perdido la visión profética de la Biblia que nos advierte sobre el papel final del anticristo romano, sino que se han negado también a aprender de la historia misma. Como resultado, volverán a caer en la trampa. Nadie puede despreciar la historia sin terminar siendo condenado, tarde o temprano, por ella misma.

Otra acusación seria que se ha hecho al Vaticano ha tenido que ver con su “involucramiento moral selectivo” o parcialidad política comprometida, con una doble moral que sigue conformando el sistema operacional de la Santa Sede. El papa Pío XII guardó silencio con respecto al genocidio nazi, lo que para muchos fue un acto de cobardía. Los hechos, sin embargo, prueban que hubo mucho más que cobardía. Tuvo que ver con convicciones políticas sobre el sistema de gobierno que apoyaba (dictatoriales fascistas que reconocían la autoridad del papado), o rechazaba (democracias occidentales que no le reconocían la supremacía reclamada). También tuvo que ver con su preocupación de no perder todo el enorme capital que había invertido en el gobierno nazi alemán. Su deseo de imponerse sobre el bloque oriental y lograr el reconocimiento general de toda Europa es otro aspecto indiscutible que pesó en las decisiones del papado.

Aún Juan Pablo II ha estado valiéndose de una doble moral. Reclamó protección inmediata sobre los croatas católicos de la venganza ortodoxa serbia en la guerra de los Balcanes al finalizar el Siglo XX, mientras que Pío XII había dado durante la guerra oídos sordos, como veremos luego, a un mismo reclamo yugoeslavo por las masacres croatas de los serbios. Juan Pablo II apoyó igualmente a los anticomunistas polacos pero guardó silencio sobre la ocupación indonesia de Timor Oriental que tenía que ver con otro Holocausto (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 281**). Esa moral doble, sumada a su presunción de infalibilidad, llevan a muchos a negar que el papado, a pesar de su elasticidad mayor actual, haya realmente cambiado.

Si su apoyo velado o silencioso a Hitler tenía como propósito evitar males peores, como se adujo después, ¿por qué atacó en forma tan resoluta y riesgosa al comunismo, en forma frontal, antes, durante y después de la guerra, sin





importarle las consecuencias tan dramáticas que podía eso producir en pérdidas humanas para los mismos católicos? De los estudios históricos resulta claro que participaba de las creencias discriminatorias nazistas y fascistas, y soñaba con poder imponerse en el mundo a través de los triunfos de tales gobiernos, conquistando incluso a Rusia y al mundo oriental con el evangelio católico romano.

Hay más acusaciones contra el Vaticano, por supuesto, que refuerzan las ya expuestas de complicidad con el nazismo y el fascismo del Siglo XX. Esto lo veremos seguidamente en nuestro estudio del genocidio judío y ortodoxo, así como en la protección fraudulenta de los genocidas mismos después de la guerra. Anticipemos algunas de esas acusaciones. Se inculpa al papado de “crímenes contra la humanidad”, “obstrucción de la justicia”, complot homicida para derrocar gobiernos, “complicidad de robo” (referente al oro quitado a las víctimas) y lavado de dinero en el único banco del mundo (el del Vaticano) que es inmune a toda auditoría exterior. Su apoyo velado a Hitler hasta el último momento tenía que ver también con el deseo de no perder tanto dinero que había invertido el Vaticano en los bancos alemanes. Nido de corrupción, “línea de ratas”, en relación con su contrabando de criminales nazis y ustashis, son otros de los tantos epítetos empleados para describir esa “obra gigantesca de engaño”.

Todas estas acusaciones, que con justicia el veredicto de la historia había terminado haciendo caer sobre el papado medieval, son las que el veredicto de la historia moderna ha retomado al concluir el Siglo XX para volver a inculpar la Santa Sede por sus implicaciones en los genocidios perpetrados por los gobiernos nazis y fascistas. El sistema papal vuelve a revelar lo que los antiguos videntes de la Biblia profetizaron de él: “un rey altivo de rostro, maestro en intrigas”... Los profetas y apóstoles del Señor destacan, además, “su sagacidad” para hacer “prosperar el engaño en su mano” (**Daniel 8: 23,25**), “con todo engaño de iniquidad” (**2 Tesalonicenses 2: 10**). “Colma de honores a quienes lo reconocen, y les da dominio sobre muchos, repartiéndoles la tierra como recompensa” (**Daniel 11: 39**). ¿Cómo es posible que, a pesar de tantas pruebas incontrovertibles de la profecía bíblica y confirmadas tan abundantemente por la historia, siga el mundo y cada vez más, honrando una institución tan llena de infamia? La única explicación que encontramos es la que da la Biblia por anticipado. Se trata del “misterio de la iniquidad” (**2 Tesalonicenses 2: 7**).

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 27-29**

## **7.8. El genocidio judío**

Siempre he sentido una simpatía por el pueblo judío en general, un pueblo perseguido durante decenas de siglos... Es posible que algunos puedan criticar con justicia a los judíos. otra vez en general, por su actuación en juicio y muerte de nuestro Señor... pero fueron los judíos de aquel entonces, no mi vecino, no el hombre que asiste a su sinagoga con su esposa y sus hijos cada sábado. Mis sentimientos para ellos son los mismos que para cualquier otra persona en el mundo. No les puedo desear ningún mal, sino bien. En muchos aspectos me parecen un pueblo digno de imitar, por el éxito que logran en el mundo a través de su esfuerzo. Por esto, el antisemitismo, y el odio que trasunta, me parece inmoral, mucho más para un cristiano, que sabe que Pedro, Pablo y todos los apóstoles eran judíos, igual que Jesús.

### **7.8.1. Antecedentes históricos**

Para el observador moderno el genocidio judío en tiempos de Hitler puede parecer como un intento aislado, aunque brutal, de desaparecer a un pueblo. Pero la realidad es que no es intento aislado sino la continuación de una persecución que dura casi dos milenios. Desde los tiempos del imperio romano hasta hoy el antisemitismo ha campeado a sus anchas y lamentablemente ha recibido el apoyo, o el silencio, de quienes deberían haber defendido los derechos humanos de todos, el derecho a la vida, el primero, aunque no el único. Revisemos un poco la historia e identifiquemos a quienes han apoyado esta insania.

Cuando el Vaticano firmó el Concordato con Hitler en 1933, éste ya había dado a conocer claramente su intención de perseguir a los judíos. Según ya vimos, Hitler mismo interpretó ese concordato como un respaldo moral del Vaticano a su guerra contra el judaísmo y el comunismo. Vinculó, como lo había hecho primeramente el Vaticano, al judaísmo con el comunismo y el liberalismo, y decidió deshacerse de los judíos. En este respecto, como lo veremos luego, el papa Pío XI y el papa Pío XII no sólo se lavaron las manos abiertamente del genocidio nazi perpetrado contra los judíos, sino que echaron la culpa a los judíos mismos por la suerte que corrían. Pío XII compartía con Hitler la convicción de que los judíos estaban complotados con el comunismo y las democracias socialistas.

La animosidad de Hitler contra los judíos, sin embargo, tiene raíces más antiguas que se remontan al mundo romano pagano y cristiano, y se acrecientan durante todo el período posterior de dominio romano-papal. El genocidio papal medieval de los judíos, y el genocidio moderno de Hitler de los judíos, a la verdad, pasan por la misma vena. Así lo entendieron los políticos de los



diversos países, a medida que se enteraban de las monstruosidades que Hitler llevaba a cabo en todos los lugares que invadía. Todos vinculaban su genocidio con los genocidios medievales. El hecho de que Hitler sumó a todo ese trasfondo imperial y medieval heredado, algún concepto nuevo basado en la teoría de la evolución no disminuye el hecho de que su inspiración principal contra los judíos provino de la actitud romana contra el judaísmo, y en especial del papado romano.

- a. **De la Roma pagana.** Como bien lo destaca el museo del Holocausto en Washington, el odio racial contra los judíos y su religión proviene de muy antiguo. Los paganos romanos los acusaban de supersticiosos, especialmente por ciertas prácticas peculiares que tenían como la circuncisión y el sábado. También levantaban contra ellos falso testimonio como, por ejemplo, el de pretender que adoraban a “su dios cerdo” y se cortaban el prepucio para no ser expulsados de su pueblo y poder observar el sábado (Persius, 34-62 DC; Petronius, 66 DC). Otros presumían que no tomaban parte en los deberes de la vida cada séptimo día, para pasarlo en borracheras (Marcial, 46-119 DC; Juvenal, 125 DC).

El aliento de la mujer sabatista cuando ayunaba lo ponía Marcial entre los olores más apestantes. Demócrito escribió en el Siglo I DC, una obra sobre los judíos en donde afirmaba que adoraban una cabeza... de oro, y que cada séptimo año capturaban a un extranjero y lo sacrificaban, partiendo su carne en pequeños pedazos. Pompeios Trogus hizo una historia distorsionada de los judíos diciendo que sus antecesores eran leprosos, y que Moisés consagró el sábado en memoria del día en que habría terminado de ayunar por siete días en el desierto de Arabia.

El emperador Vespasiano (69-79 DC) introdujo el *fiscus judaicus*, un impuesto equivalente al que los judíos habían tenido para el templo de Jerusalén, pero que ahora debía servir para mantener el templo de Jupiter Capitolinus. Domiciano (81-96 DC) y Adriano (117-138 DC) intensificaron ese impuesto discriminatorio que no requerían a otros extranjeros. A esto se suman los abundantes epítetos que usaban contra ellos como “nación” o “raza maldita” (**Samuele Bacchiocchi, From Sabbath to Sunday, 172-177**).

- b. **De los apologistas y padres de la iglesia.** Siendo que los cristianos eran a menudo confundidos con los judíos, especialmente por guardar el sábado, para el segundo siglo cristiano comienzan a percibirse intentos cristianos de diferenciación para congraciarse con el imperio. En lugar de comer sus mejores comidas como los judíos en sus sábados, comenzaron a ayunar en ese día. Con el tiempo, el ayuno del sábado pasaría a ser interpretado por los cristianos como un rito de maldición contra el día que veneraban los que mataron al Hijo de Dios. En lugar de festejar el “día del Señor” en el día maldito de ayuno, se los vio festejando el día del dios sol pagano (domingo), en honor al Sol de Justicia, en referencia a Cristo.

En síntesis, podemos decir que la actitud de los cristianos hacia los judíos a partir del segundo siglo hasta el sexto, fue en general negativa. Siguió inculcando a los judíos de esos siglos por lo que los judíos del primer siglo habían hecho con el Hijo de Dios. La fuente de inspiración para condenarlos no fue tanto el Nuevo Testamento, sino las declaraciones de los profetas contra el antiguo pueblo de Israel en el Antiguo Testamento.

Así, Bernabé y Justino consideraron que los judíos fueron rechazados por Dios luego de haber adorado el becerro de oro, pretendiendo probar con ello que su condenación viene de muy atrás. Mientras que la condenación cayó, según el Nuevo Testamento, sobre ciertas facciones del judaísmo, los apologistas consideraron que cayó sobre la raza judía como tal. En lugar de llorar sobre Jerusalén por rechazar la salvación, los “padres de la iglesia” consideraron justo el castigo, y declararon que el sábado y la circuncisión (esto último en relación con la ley ceremonial), fueron una marca de infamia que Dios les impuso para afligirlos por su maldad (**Samuele Bacchiocchi, From Sabbath to Sunday, 181, 182, 224, 225**).

Algunos padres de la iglesia tuvieron declaraciones categóricas de condenación y a veces insultantes contra los judíos. Orígenes (248 DC), por ejemplo, creyó que los judíos nunca serían restaurados a su condición anterior por conspirar contra el Salvador de la raza humana. Juan Crisóstomo declaró que “la sinagoga es un prostíbulo, un lugar de escondite para bestias impuras... Nunca ningún judío oró a Dios... Están poseídos por demonios” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 24, 25**).

En el Primer Concilio de Nicea (325 DC), el emperador Constantino ordenó que la pascua judía no debía competir con la pascua cristiana. “Es impropio que en los festivales más santos debamos seguir las costumbres de los judíos; por consiguiente, no tengamos nada que ver con ese pueblo odioso”, fueron sus palabras. Con esto se ve ya una identificación de los



cristianos más grande hacia Roma que hacia los judíos, de donde provinieron. A esto siguieron varias medidas imperiales como una prohibición para construir o adquirir nuevas sinagogas, impuestos adicionales, y la ilegalidad de matrimonios entre judíos y cristianos.

En reinos posteriores resurgió la persecución contra ellos. Los ataques contra los judíos se volvieron rutinarios durante el Siglo V, en especial durante la semana santa, fecha que conmemoraba la ocasión en que los judíos entregaron a muerte al Señor. Se los excluía de los oficios públicos y se quemaban sus sinagogas (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 25**).

- c. **De los papas durante la Edad Media.** Durante siglos los papas persiguieron a los judíos, aunque ocasionalmente llamaron a cierto control. Pero nunca condenaron su persecución ni tampoco exhortaron a un cambio de corazón. Esto se debía a que creían que los judíos debían sufrir su castigo por rechazar a Cristo, hasta el fin del mundo. El papa Inocencio III, quien llevó a la cima el imperialismo papal, consideró al comenzar el Siglo XIII, que la petición judía de que la sangre del Hijo de Dios cayese sobre sus cabezas y la de sus hijos, les hacía llevar la culpa heredada sobre la nación entera. El Cuarto Concilio Laterano que el mismo Inocencio III dirigió en 1215 DC, exigió que los judíos llevaran gorros especiales para marcarlos.

Hagamos la acotación aquí que el hecho de que Dios permitiese que los judíos fuesen perseguidos por el endurecimiento de su corazón que se perpetuaba en los hijos, no autorizaba a los cristianos a odiarlos, ni a quitarles el verdadero espíritu cristiano que todo prójimo se merece, según los evangelios. El Nuevo Testamento no justifica a nadie que quiera dañarlos. Simplemente revela la triste realidad de haber perdido el círculo protector y de misericordia con el que Dios envuelve a su pueblo. Por otro lado, un paralelismo entre el verdadero remanente de la descendencia de la mujer, símbolo de la Iglesia pura y verdadera (**Apocalipsis 12**), con la persecución de los judíos, muestra que en muchos respectos los judíos padecieron juntos y bajo los mismos poderes romanos opresores en boga.



Nos ocuparía demasiado espacio el análisis de las purgas antijudías que los inquisidores de la Iglesia romana llevaron a cabo durante la mayor parte del segundo milenio cristiano. Sencillamente los sometían a todo tipo de torturas que aplicaron también a los protestantes y todo grupo religioso no católico, antes de matarlos. Será suficiente, para nuestro propósito, mencionar algunas de las calumnias que levantaron contra ellos y que, en varios respectos, resucitarían bajo diversas formas para justificar el genocidio nazi. También se haría resucitar en el Siglo XX varios de los métodos medievales más horripilantes para exterminarlos.

**Calumnias anti-judaicas.** Los inquisidores acusaron a los judíos de sacrificar niños en la pascua, algo que pareció ser un eco de las antiguas acusaciones romano-paganas. También de causar la peste negra (bubónica) sobre las poblaciones católicas, mediante ritos mágicos, lo que empujó a los católicos a destruir comunidades judías enteras. Los acusaron de ser chupadores de sangre, de robar hostias consagradas, el pan de la comunión que había llegado a ser "el cuerpo y la sangre" de Cristo en la misa, con el propósito de efectuar ritos abominables y asesinos.

Debido a la habilidad de los judíos para los negocios, los acusaron también de "usureros" y vividores a expensas de las deudas de los cristianos. Este tipo de acusación, insinuado de nuevo por los papas aún al comienzo de la persecución de Hitler contra ellos, iba a encender el fuego del más grande genocidio de la historia efectuado contra ellos al concluir el segundo



milenio cristiano. Con acusaciones semejantes les negaban a menudo igualdad social durante la Edad Media, les prohibían poseer tierras, los excluían de los oficios públicos y de la mayor parte del comercio. Pocas alternativas les quedaban además de prestar dinero bajo un contexto tal.

Las cruzadas papales lanzadas para rescatar los santos sepulcros de los musulmanes en el Siglo XIII, incluyó como objetivo adicional también a los judíos, a quienes fueron atormentando en el camino hacia la tierra santa, así como en Palestina. Por doquiera se llevaron a cabo conversiones forzadas, en especial de niños y jóvenes judíos. Los franciscanos creyeron que los príncipes tenían derecho a bautizar niños judíos como una extensión de su señorío sobre sus esclavos, considerados como tales por decreto divino. El papa Pablo IV instituyó en el Siglo XVI el ghetto y la obligación de vestir una insignia amarilla para ellos, sentando un antecedente que iba a ser imitado después por Hitler antes de exterminarlos.

Durante la última parte de la Edad Media, especialmente en España y Latinoamérica, se les dio plazos para irse. Debían elegir entre marcharse, abandonando todos sus bienes, o ser exterminados. Para justificar tales medidas, los prelados papales los acusaron de complotarse primero con los musulmanes en el sur de España, luego con los protestantes más al norte, y aún con los piratas holandeses e ingleses en el nuevo continente. Pretendieron que los judíos que buscaban refugio en las "Indias" (Latinoamérica), instigaban a la población a sublevarse contra España. Finalmente denunciaron una presunta participación judía internacional de unirse a Holanda en una conspiración para adueñarse de las colonias hispanoamericanas. Todo esto justificaba su expulsión y exterminación final, en el caso de rehusar el destierro.

Este último aspecto es importante mantener en mente, porque los mismos pasos para expulsar los judíos y finalmente exterminarlos, con acusaciones semejantes de complotarse con el comunismo y el socialismo ateo para destruir la civilización cristiana, iban a darse en todos los lugares donde el nazismo y el fascismo, juntamente con la Iglesia Católica, pusiesen su pie en el Siglo XX. Mussolini, por ejemplo, luego de pactar con Hitler, dio en octubre de 1938 un ultimátum de seis meses a los judíos extranjeros para irse de Italia (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 203**). Hitler hizo lo mismo con ellos en Alemania, pero optó por la "Solución Final" de exterminarlos en todos los países que invadiese a partir de 1940.

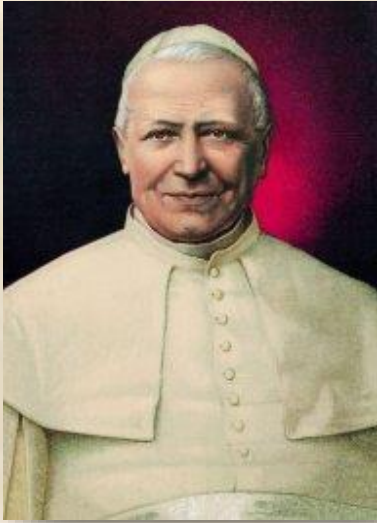
- d. **Atenuación y liberación protestante.** Con el advenimiento de la reforma en el Siglo XVI, hubo una reducción de juicios contra los presuntos ritos mágicos que practicaban los judíos en contra de los cristianos, debido en parte a la convicción de que esos ritos eran practicados más bien por los brujos. Fuera del círculo de Roma -en la protestante Holanda, en Inglaterra y los EE.UU.- los judíos terminaron encontrando libertad. Ya en el Siglo XVII transformaron a Ámsterdam en el "primer centro del comercio mundial". Allí crearon también el primer gran banco comercial de la historia en 1609, el Banco de Ámsterdam (**Alberto R. Treiyer, Jubileo y globalización, La intención oculta, 112**).
- e. **De Roma durante el Siglo XIX.** La persecución católico-romana contra los judíos no se detuvo en Roma ni aún en el Siglo XIX. El papa Pío Nono los liberó en un primer momento del ghetto medieval, pero lo reestableció poco después cuando regresó del palacio de Gaeta a donde había huido, a pesar de haber sido rescatado gracias a un préstamo judío. Hasta que no se estableció la nación-estado de Italia, ese ghetto judío de Roma no terminó. Un "área de ghetto" continuó, con judíos pobres, sin embargo, hasta la segunda guerra mundial.

Durante el reino del papa León XIII -cuando Pacelli, el futuro papa Pío XII que firmó el concordato con Hitler y ejerció su mandato durante toda la segunda guerra mundial, era un muchacho- el ataque a los judíos volvió a arder y estallar en ocasiones en Roma. La antipatía mayor que sentían contra ellos y de la que participaba también Signore Marchi, el maestro de Pacelli, era por la "obstinación" de los judíos. Pacelli mismo nació en una calle tradicional en la cual por muchos siglos, los papas llevaban a cabo una ceremonia antijudía mientras iban a la basílica de San Juan Laterano, en la que condenaban el endurecimiento del corazón de los judíos (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 27**).

En 1958 Pío Nono raptó a Edgardo Mortara, un niño judío de seis años, y nunca lo devolvió a sus padres, con el pretexto de haber sido bautizado in extremis por una niña sirvienta. Gustaba jugar con él escondiéndolo bajo su sotana para preguntar luego: "¿dónde está el niño?" El mundo se sintió ultrajado por el escándalo. Se escribieron no menos de veinte editoriales en el New York Times. El emperador Francisco José de Austria y Napoleón II de Francia rogaron al papa devolver el niño a sus padres legítimos. Pero todo fue en vano.



Cuando los padres legítimos reclamaban a Edgardo, el papa les decía que no se los devolvería a menos que se convirtiesen al catolicismo romano. La obstinación de los padres judíos era un justificativo para que el papa no se los devolviese. La culpa de su sufrimiento estaba en ellos por no convertirse a la revelación cristiana, tal como la entendía el papado romano. Cuando Edgardo se hizo grande, el papa lo internó en un monasterio y eventualmente lo ordenó como sacerdote.



El endurecimiento judío y su ceguera se resaltaban también en la liturgia del Misal Romano del Viernes Bueno, cuando el que la celebraba oraba por los “pérfidos judíos” y pedía que “nuestro Dios y Señor quite el velo de sus corazones, y puedan también conocer a nuestro Señor Jesucristo”. Tanto el que oficiaba como el pueblo se negaban a arrodillarse durante esa oración, en desprecio a los judíos. Ese ritual fue abolido por el papa Juan XXIII en la segunda parte del Siglo XX.

Todo este pensamiento antijudío era el que predominaba durante el Siglo XIX en todo el ámbito católico romano, en los seminarios teológicos y en los círculos intelectuales de las universidades católicas. Durante el reinado de León XIII volvieron a aparecer, por ejemplo, las viejas difamaciones de sangre contra los judíos. En una serie de artículos publicados entre Febrero de 1881 y Diciembre de 1882 en la revista *Civiltà Cattolica*, insistieron los prelatos romanos otra vez en la falsa acusación del sacrificio pascual de niños cristianos

por judíos, cuya sangre era efectiva sólo cuando los sacrificaban bajo tormento.

Nuevamente en 1890, cuando Hitler era aún niño, *Civiltà Cattolica* inició una serie de artículos que fue publicada en 1891 en un panfleto titulado *Della questione ebraica in Europa*. En esos escritos acusaron a los judíos de haber instigado la Revolución Francesa para obtener igualdad cívica y posiciones claves en la mayoría de las economías de estado, con el propósito de controlar esos estados y establecer sus “campañas virulentas contra el cristianismo”. Ellos eran los causantes del liberalismo democrático que había traído tanto mal a la Iglesia romana y a la sociedad en general. Los judíos eran “la raza que produce náuseas”, “un pueblo ocioso que ni trabaja ni produce nada, que vive del sudor de los demás”. El panfleto terminaba llamando a abolir la “igualdad civil” y [apoyaba] a la segregación de los judíos del resto de la población.

Otro caso notable fue el que incrementó el antagonismo especial creado entre el gobierno francés y el clero romano durante León XIII, por favorecer estos últimos un sistema monacal. Para esa época, Dreyfus, un oficial judío del ejército, fue condenado a trabajos forzados por presuntamente vender secretos nacionales. Los obispos estaban dispuestos a creer esa calumnia por sus prejuicios antisocialistas y publicaron toda suerte de calumnias contra los judíos.

En este contexto, un clérigo católico, Abbé Cros, declaró que Dreyfus debía ser “pisoteado día y noche... y romperse la nariz”. La revista jesuítica mensual, *Civiltà Cattolica*, volvió a la carga contra los judíos, diciendo que “los judíos fueron creados por Dios para actuar como traidores dondequiera estuviesen”. Francia debía lamentar, continuaba el artículo, el Acto de 1791 por el que otorgaba la nacionalidad a los judíos, ya que en Alemania estaban juntando fondos para poder apelar a favor de Dreyfus. El 20 de junio de 1899 Dreyfus fue exonerado, y el clero católico volvió a ser atacado en base a ese hecho por los socialistas (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 45**).

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 30-33**

### 7.8.2. La complicidad con Hitler

En base a todo este ilógico odio católico contra el pueblo judío, resulta predecible lo que ocurriría cuando Hitler, como había anunciado al firmar el concordato, persiguiera a los judíos, la iglesia romana se callaría en tres idiomas, cosa que efectivamente ocurrió. El hecho que la iglesia romana haya repetido durante siglos sus catilinarias (cuatro discursos de Cicerón del 63 AC, que han devenido para calificar un escrito o discurso vehemente dirigido contra alguien) contra los judíos sirvió de base al afán persecutorio del nazismo.

Todas estas calumnias y acusaciones de la Iglesia Católica durante la Edad Media y aún en el Siglo XIX y comienzos del XX, que no se encuentran ni remotamente en los evangelios, culminaron con la represión y genocidio nazis de las tercera y cuarta décadas del Siglo XX. De hecho, formaron



la base de las acusaciones políticas y económicas de Hitler contra los judíos. Mientras que en lo económico los acusó de usureros y explotadores, en lo político los inculpó por la revolución bolchevique comunista en Rusia, y por buscar introducir esa revolución en Alemania y en el resto del mundo.

Las encíclicas papales que antes y durante la década de 1930, atacaron la usura y la concentración de la riqueza en manos de poca gente, avivaron más la chispa que Hitler había vuelto a encender en su ataque a los judíos. Hitler agregó otro ingrediente, sin embargo, que tomó de la doctrina de la evolución. Los judíos, concluyó, poseían un gene inferior y, por consiguiente, debían ser eliminados para que la humanidad pudiese continuar evolucionando mediante la super raza [la suya, por supuesto].

El obispo austríaco Johannes Liner de Linz, escribió el 21 de enero de 1933, una carta pastoral antisemita que refleja el pensamiento muy extendido del clero romano para ese entonces. Según él, los judíos miserables “ejercen una influencia completamente dañina sobre casi todas las áreas de la vida cultural moderna. Infiltran y destruyen de muchas maneras la industria y el comercio, las empresas y las finanzas, la ley y la medicina, las agitaciones sociales y políticas, mediante los principios materialistas y liberales que se originan en el judaísmo”. También acusó a los judíos de alimentar los temas de la prensa y el cine con tendencias frívolas y cínicas que envenenan el alma del cristiano. “El judaísmo degenerado, en liga con la masonería internacional, es también el primer portador de ese becerro de oro capitalista” responsable del socialismo y del comunismo, “el mensajero y el promotor del bolchevismo”.

- a. **Inicio de las hostilidades.** Aunque Hitler ya había estado manifestando verbalmente su odio contra los judíos, el ataque contra ellos comenzó en marzo de 1933, cuando 30 camisas marrones cayeron repentinamente en los hogares judíos de dos pequeñas ciudades al suroeste de Alemania, arreando a sus ocupantes hasta el municipio, para luego golpearlos. El 1 de abril comenzaba el boicot nazi a los negocios judíos por todo el país, así como su exclusión de todo oficio público, incluyendo la enseñanza en las universidades. Ninguna protesta hubo de los católicos de Alemania ni de Roma, a pesar de que la medida afectaba también a los judíos que se habían convertido al cristianismo, y algunos de éstos solicitaron la intervención católica en su favor al mismo papa. Por el contrario, arguyeron los cardenales que “los judíos se ayuden a sí mismos” (Cardenal Faulhaber de Munich). Había cosas “de mucha más grande importancia”, declaró también el Cardenal Bertram en Berlín, como por ejemplo “las escuelas y el mantenimiento de las asociaciones católicas”... (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 140**).

El 25 de abril Hitler dio un paso más al hacer pasar su Ley Contra la Atestación de las Escuelas y Universidades Germanas, con el propósito de reducir el número de alumnos judíos permitidos en esas instituciones. Esto se dio al mismo tiempo que Pacelli estaba negociando con él los beneficios educacionales que Alemania debía dar a los católicos, logrando su apoyo para la expansión de las escuelas católicas de parte del estado (artículo 23 del concordato [**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 153**]). ¿Quién podía negar el trueque, esto es, una complicidad entre el catolicismo romano y el nazismo alemán, con el propósito de favorecer la enseñanza católica a expensas de una minoría judía?

También comenzó en ese 25 de abril otra prueba de complicidad católico-nazi con respecto a la segregación judía. Miles de sacerdotes por toda Alemania formaron parte del complot antisemítico al requerir testimonios de pureza de sangre (sin contaminación judía), mediante actas matrimoniales y registros de bautismo. Esto era un requisito para poder ser admitidos en las universidades y ejercer la profesión, en especial de abogacía y medicina. La cooperación de la Iglesia en este respecto iba a continuar durante toda la guerra, cuando el precio de ser judío iba a implicar más que perder el trabajo. Iba a significar también la deportación y la exterminación en los campos de muerte (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 154**).

- b. **¿Intercesión católica?** Para Agosto de 1933, la jerarquía alemana sintió la necesidad de pedirle a Pacelli, para entonces Secretario de Estado del Vaticano, que ratifique el concordato con Hitler pero que interceda al mismo tiempo en favor de los judíos convertidos al catolicismo. Esto hizo el Vaticano sin éxito, ratificando aun así el concordato (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 160, 161**).

El cardenal Faulhaber de Munich, por cuenta propia, preparó para el año siguiente cinco sermones defendiendo el Antiguo Testamento que los nazis estaban condenando por ser un testamento judío. “No somos salvos por la sangre alemana”, concluyó, sino “por la sangre preciosa de nuestro Señor crucificado”. No obstante, en esos sermones Faulhaber no



defendía a todos los judíos, sino sólo a los que habían aceptado el cristianismo. El mismo aclaró que su única intención era defender el Antiguo Testamento, no tomar una posición con respecto al problema judío del momento (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 162**).

El 15 de septiembre de 1935, Hitler decretó las Leyes de Nuremberg, que definían la ciudadanía germana como paso previo a la exclusión judía en base al parentesco y el matrimonio (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 179, 180**). Tampoco reaccionó la Iglesia Católica ante esas leyes discriminatorias. La actitud de muchos en el catolicismo con respecto a la situación judía suscitada por Hitler, se ve reflejada en el primado de Polonia, Cardenal Hlond, quien en 1936 declaró que “el problema judío va a durar tanto tiempo como existan los judíos”. Los obispos católicos eslovacos, bajo el dictador Tiso quien era al mismo tiempo sacerdote católico, emitieron una carta pastoral en donde repetían las acusaciones tradicionales contra los judíos de ser deicistas [asesinos de Dios].

Al comenzar el año 1937, Pío XI emitió dos encíclicas, *Mit Brennender Sorge* (Con Profunda Ansiedad), y cinco días más tarde, *Divini redemptoris*. Mientras que en la primera lamenta el sufrimiento de la Iglesia en Alemania y condena veladamente la discriminación racial, en la segunda se dedica a atacar simplemente el comunismo. Debe admitirse, sin embargo, que en ninguna de las dos encíclicas el papa condena expresamente el antisemitismo nazi. Hitler se indignó, de todas maneras, y Pacelli optó por una política de apaciguamiento que dejase conforme a las dos partes.



El 25 de mayo de 1938, un año antes de ser nombrado papa, Pacelli fue a Budapest para asistir a un congreso eucarístico internacional. Acababa de ser nombrado primer ministro de Rumania un fanático antisemita que insistía en que todo aquel que no pudiese probar que sus antepasados habían nacido en Rumania, era judío. El parlamento húngaro estaba discutiendo para entonces una propuesta ley antijudía, y el regente de Hungría se sentía cometido a transformar su país en un satélite de Alemania. Ninguna palabra salió de Pacelli para atenuar esos sentimientos.

- c. **La encíclica perdida.** Para el verano de ese mismo año (1938), el papa Pío XI encomendó a los jesuitas preparar una encíclica contra el racismo y antisemitismo nazi. Pero estaba en su lecho de muerte y esa encíclica nunca fue publicada. El nuevo papa la guardó en los archivos secretos del Vaticano, y en su lugar publicó otra en 1950 con un título semejante, *Humani generis*, que revela otro propósito. El borrador de la encíclica de Pío XI que no fue publicada revela, a pesar de las buenas intenciones, el pensamiento tradicional católico anti judaico. Arguye que son los judíos los responsables de su propia suerte.

“Cegados por sus sueños de ganancia mundana y éxito material”, declara el borrador de esa encíclica, los judíos terminaron mereciendo la “ruina mundanal y espiritual” que cayó sobre ellos. Y advierte los peligros a los que se exponen los judíos mientras mantengan su incredulidad y enemistad contra el cristianismo. De allí que la Iglesia Católica está obligada “a advertir y apoyar a los que son amenazados por los movimientos revolucionarios [comunistas y socialistas ateos], a los que se han unido esos desafortunados y desviados judíos para romper el orden social”. “La Iglesia se interesa únicamente en mantener su legado de la Verdad... Los problemas puramente mundanales en los que los judíos puedan verse involucrados no le interesan”. Aunque por “principios cristianos y humanidad” pueda defender a los judíos, eso lo sería sin involucrarse en compromisos inaceptables con ellos, como el de trabar la lucha de las naciones cristianas de Europa que combaten el comunismo bolchevique.

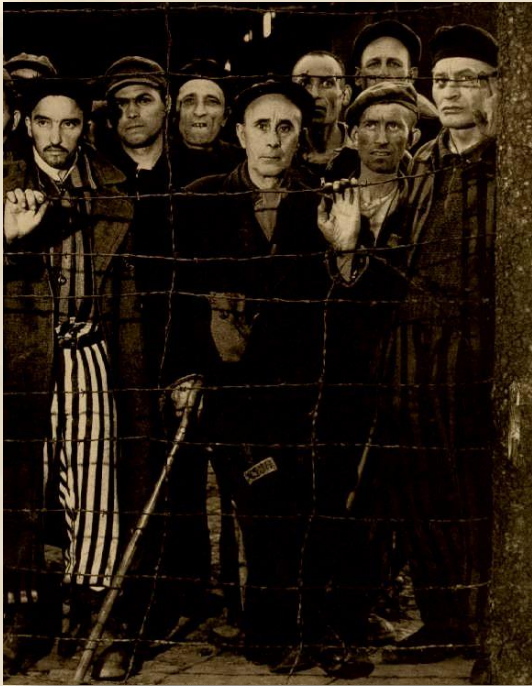
Esta era la creencia que Pacelli compartía ya con los nazis por los años 20. Los judíos habían sido los instigadores de la revolución comunista bolchevique, según Pacelli, y buscaban hacer lo mismo en Alemania (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 75**,





78). Aun así, al abrir esa encíclica la puerta a cierto grado de misericordia para con los judíos, podía herir al Führer, y era mejor guardarla, aprovechando que el viejo papa que debía emitirla acababa de morir. No fue sino hasta que Juan XXIII apareció en escena y revertió la política rígida de Pío XII que se supo de esa carta.

- d. **La “solución final”:** 1941-1945. Siete meses antes de comenzar la guerra (el 3 de Enero de 1939), Hitler declaró: “si el judaísmo internacional triunfase en Europa o en cualquiera otra parte, precipitando a las naciones a una guerra mundial, no se tendrá como resultado la bolchevización de Europa ni una victoria del judaísmo, sino el exterminio de la raza judía”. Dicho y hecho, un mes después de atacar a Rusia el 22 de junio de 1941, ordenó a Reinhard Heydrich hacer todo lo necesario para preparar “una solución completa” del asunto judío. Esa “solución final” se desarrolló durante los primeros tres años de la guerra, coincidentes con los primeros tres años de pontificado de Pío XII.



¿Cuál fue la solución? El exterminio de más de once millones de judíos (de los cuales logró matar sólo seis millones y medio). ¿De dónde pudo provenir semejante brutalidad y salvajismo? De la antipatía acumulada contra el judaísmo por dos milenios de influencia romana y católico-romana. ¿Podía el papado condenar a Hitler, después de haberle dejado como herencia, un legado criminal y genocida de tal magnitud? El antijudaísmo, así como muchas de las doctrinas católicas, no proviene de la Biblia, sino de un sincretismo pagano-cristiano. Por más que un sincretismo tal se lo quiera pintar hoy de regios colores en otros temas, continuará escondiendo el mismo espíritu genocida. Para que reaparezca, bastará con otorgarle otra vez el respaldo civil del que dispuso durante todo el medioevo para imponer sus dogmas.

Para septiembre de 1939, Hitler decretó que todos los judíos germanos debían llevar la Estrella Amarilla que ya era obligatoria en Polonia. ¿Quién puede negar que la fuente de su inspiración para esa orden haya sido una orden equivalente del papa Pablo IV en el Siglo XVI, según ya vimos, quien obligó a los judíos a vestirse con una insignia amarilla? Los obispos católicos de Alemania reclamaron, sin éxito, que esa medida fuese quitada, no por supuesto de todos los judíos, sino de los judíos católicos.

Las primeras deportaciones masivas de judíos hacia el Este tuvieron lugar en octubre de ese año. En ese mismo mes de 1941, los alemanes decidieron usar gas venenoso para exterminarlos en los campos de concentración. Se nombró comandante del campo de exterminio en Treblinka (Polonia), a Franz Stangl, donde 900.000 víctimas, mayoritariamente judías, fueron desnudadas para morir en las duchas de gas (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 26**). Walter Rauff, por otro lado, quien ya había presenciado una ejecución masiva de judíos en Minsk, fue encargado de inspeccionar el desarrollo del programa de vanes móviles con gas. El plan consistía en conectar los tubos de escape de los motores diésel a cabinas herméticas para que el humo terminase asfixiando a los judíos mientras los llevaban directamente para enterrarlos. Por fallas técnicas, muchos murieron no por el gas del motor, sino simplemente asfixiados por falta de aire. Una vez que se perfeccionó el sistema, 100.000 murieron por efecto del gas en esas vanes (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 33**). [Ambos, Stangl y Rauff, escaparon a Sudamérica, con documentación falsa gracias a los auspicios del Vaticano, una vez que terminó la Guerra [además de cooperar con el genocidio se cuidaron de poner a buen recaudo a los homicidas jerarcas nazis]].

Goebbels declaró en noviembre que “ninguna compasión y de hecho ninguna disculpa se dio sobre la suerte de los judíos... Todo judío es nuestro enemigo”. El 20 de enero de 1942, quince oficiales de alto rango estuvieron reunidos para escuchar la solución de Heydrich cuyo borrador había sido preparado por Eichmann. Mientras se preparaba la solución final, los judíos debían trabajar separados por sexo, en grandes columnas en la preparación de caminos, lo que iba a permitir que muchos fuesen diezmados ya en forma natural. Eichmann dio estadísticas de once millones de judíos que esperaban exterminar, incluyendo muchos que vivían en los países que faltaba conquistar todavía. Eichmann -quien después de la



guerra encontraría refugio en el Vaticano, de donde recibiría también documentos falsificados para escapar a Argentina [utilizando una organización dirigida por el obispo Alois Hudal, un clérigo austríaco residente en Italia con simpatías nazis, a quien ya hemos mencionado y que volveremos a citar]- sería el encargado de dirigir la operación desde Berlín.

El 9 de febrero de 1942, Hitler propagó un mensaje salvaje diciendo que “los judíos serán liquidados por a lo menos mil años”. Esa noticia se publicó en todo el mundo, inclusive en Roma. El 18 de Marzo de 1942, el Vaticano recibió un memorándum con la noticia de las atrocidades antisemíticas que se daban en todos los países de mayoría católica. Las presiones comenzaron para entonces a multiplicarse en torno al papado, de los representantes de los países Aliados en el Vaticano, para que se uniese en la condenación universal de esa política genocida nazi.

Aún los protestantes en los países aliados veían la necesidad de una definición del papa Pío XII, para que tanto judíos como cristianos en los países ocupados por el Tercer Reich, creyesen y estuviesen así, advertidos. Siendo que casi todos los países en donde se practicaba el genocidio eran católicos, o estaban bajo un gobernante católico, era necesario que la voz moral máxima del catolicismo se expresase. Pero para sorpresa de todos, el mundo entero condenaba abiertamente esa política genocida nazi, menos el papado.

Al concluir el mes de junio de 1942, todo el mundo sabía que un millón de judíos ya había sido exterminado, y que para ello usaban gas venenoso. También era vox populi que los nazis se proponían “borrar la raza [judía] del continente europeo”. Pero en lugar de acceder a pronunciarse, apoyando los pronunciamientos que ya habían hecho los Aliados, Pío XII rogaba que no se bombardease Roma, para que no se dañasen los santos lugares.

Las deportaciones judías a los campos de concentración y muerte comenzaron en marzo de 1942 y continuaron hasta 1944. En Francia y Holanda se iniciaron a mediados de junio de 1942. Los obispos católicos y protestantes se unieron allí para amenazar al régimen nazi de difundir una protesta cristiana por toda Europa. En respuesta, los nazis eximieron a los judíos cristianos que se habían convertido antes de 1941, a condición de que las iglesias guardasen silencio. Siendo que algún que otro obispo aislado no aceptó el negocio, los nazis deportaron a todo judío católico que encontraron en su zona de influencia.

Llama la atención también, que Pío XII respondiese al reclamo de los obispos de Holanda para que interviniese, argumentando que su posición era neutral, y que la neutralidad no es lo mismo que “la indiferencia y apatía en donde las consideraciones morales y humanas exigen franqueza”. ¿Quiere decir que el genocidio de millones no está involucrado en ninguna expresión franca de consideración moral y humana? Lo que el resto del mundo no podía entender ni puede entender aún hoy, porque quiere imaginar al papa al menos como alguien que pretende representar a Dios y a su Hijo, es que esta indiferencia papal estaba enmarcada en una concepción histórica que reivindicaba los genocidios del medioevo que sus antecesores habían llevado a cabo. Por consiguiente, la muerte de miles o millones no ligados a la Santa Madre Iglesia no contaba ni cuenta aún tanto para los papas, como el avance y supremacía de la iglesia bajo el presunto primado de Pedro. El cardenal Eugene Tisserant escribió ya en 1940 al cardenal Emmanuel Suhard de París: “temo que la historia reprochará a la Santa Sede por haber practicado una política de conveniencia propia y poco más” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 262**).

En febrero de 1943 se dio otra protesta, esta vez en Berlín, de las mujeres casadas con los judíos que habían logrado sobrevivir en trabajos menores. Cientos de mujeres se juntaron fuera de la cárcel gritando, más que cantando, “devuélvannos nuestros maridos”. La manifestación pública continuó por una semana, día y noche. Fueron amenazadas repetidas veces por la policía con balearlas, pero se rejuntaban y avanzaban en falange, haciendo frente al ejército. Bajo esa presión, la Gestapo decidió liberar los 2.000 judíos que quedaban allí. Esa fue la única demostración gentil para liberar judíos en toda la guerra, y tuvo éxito (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 196**). [Una réplica se dio con las madres de mayo, en Argentina, durante la guerra sucia efectuada bajo otro gobierno dictatorial y militarizado, en la década de los 70].

- e. **Antisemitismo Vaticano en medio del genocidio judío.** Sorprende que en plena guerra mundial, y en el corazón mismo del Vaticano, la Iglesia romana haya continuado ofreciendo testimonios tan flagrantes de antisemitismo. El principal teólogo dominico y neotomista [moderno seguidor de la teología de Tomás de Aquino], Garrigou-Lagrange, era consejero teológico de Pacelli y al mismo tiempo entusiasta admirador de Pétain, el líder fascista [la simpatía entre el fascismo y el catolicismo es siempre más que evidente] y católico francés. También era muy amigo del embajador ante la Santa Sede del gobierno central francés (que



operaba en la sección no ocupada de Francia llamada Vichy). Ese diplomático francés envió un mensaje a su gobierno en Vichy, diciendo que la Santa Sede no objetaba la legislación antijudía francesa, y fundamentó su informe con notas de Tomás de Aquino que habían sido juntadas por los neotomistas de Roma. Debemos recordar que, durante la Edad Media, el teólogo por excelencia de la Iglesia Católica, Tomás de Aquino, sirvió de fundamentación teológica a la Inquisición, para justificar la exterminación no sólo de los judíos, sino también de los cátaros, valdenses, protestantes y musulmanes.

Pétain fue confrontado finalmente por el nuncio francés, quien a su vez informó a Pío XII sobre las deportaciones judías que se llevaban a cabo allí. Pero ni Pétain ni Pío XII le hicieron caso. En su lugar, el papa “alabó calurosamente la obra del Marshal [Pétain] y manifestó un interés entusiasta en las acciones gubernamentales que son una señal del renovamiento afortunado de la vida religiosa en Francia”. ¡Qué oportunidad extraordinaria se le estaba ofreciendo a la Iglesia Católica, marcada sin duda por la Providencia (perdón por la ironía), para recuperar a esa nación del socialismo ateo que le había dado su golpe de gracia en la Revolución Francesa! También en Croacia se había levantado un gobierno fascista conducido por Ante Pavelic [lo veremos en el último acápite], que decidió no sólo exterminar a los judíos, sino también a más de dos millones de ortodoxos. Por ser católico y obligar a poblaciones enteras a elegir entre renunciar a su fe y convertirse al catolicismo romano o morir baleado, degollado o enterrado vivo después de cavar sus propias fosas comunes, no podía el papado condenarlo. La iglesia madre lo contemplaba con indulgencia y hasta ponderaba su entrega a la misión de la Iglesia. En vano se le presentaron al papa testimonios de las masacres que allí se llevaban a cabo, y en vano se intentó hacerlo definirse con respecto a esos crímenes. [Después de la guerra, Pavelic encontraría refugio en el Vaticano, donde también se le darían documentos falsificados para escapar a Argentina. El general Domingo Perón lo nombraría consejero personal de su gobierno].

Llama la atención, en este contexto, que las peores masacres judías se llevasen a cabo en países con dictadores católicos o de población mayoritaria católica como Francia, Rumania, Polonia, Eslovaquia y Croacia, amén de las ejecuciones efectuadas en Alemania con la mitad de la población católica después de la anexión de Austria y otras regiones de raza germana. En Eslovaquia, por ejemplo, subió al poder un dictador católico y sacerdote llamado Josef Tiso. Él fue el único a quien el papa aconsejó moderación en su campaña antisemítica, no un abandono total de su actitud.

Por tales razones, en Gran Bretaña y en otros lugares, el papa Pío XII se volvió para esa época muy impopular. La mayoría creía que el Vaticano se negaba a pronunciarse contra el genocidio judío porque apostaba a que los Ejes (la alianza alemana, italiana y japonesa más los otros países satélites de Europa central), iban a ganar la guerra. Creyendo que se trataba simplemente de un acto de cobardía, el presidente Roosevelt de los EE.UU., decidió entonces enviar a Myron Taylor el 17 de Septiembre de 1942, para asegurarle a Pío XII que América estaba en lo correcto, y que debido a eso y a “que tenemos total confianza en nuestra fuerza, estamos determinados a seguir adelante hasta obtener una victoria completa” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 289**). Pero el intento de hacerlo definirse con respecto al genocidio judío volvió a fracasar.

El embajador inglés en el Vaticano concluyó entonces que “una política de silencio con respecto a las ofensas contra la consciencia del mundo debe involucrar necesariamente una renuncia al liderazgo moral y a una atrofia consecuente de la influencia y autoridad del Vaticano”..., ya que únicamente expresándose en tal contexto es que se puede ofrecer una contribución “al restablecimiento de la paz mundial”. Ese estigma de pecado sobre el papa Pío XII y su reino en el Vaticano, definido por muchos como de “omisión”, se ve patéticamente reflejado en un filme francés titulado “Amén”.

Llegó la Navidad de 1942. ¿Qué homilía o mensaje daría el papa al mundo? Declaró que los males que han venido al mundo en las últimas décadas tenían que ver con una subordinación de todos al propósito del lucro. Pero no se definió con respecto al totalitarismo y la democracia, la democracia social y el comunismo, el capitalismo y el capitalismo social. En cambio insistió en la vieja premisa de los papas medievales que había sido reafirmada por sus antecesores del Siglo XIX y comienzos del XX. Lo que al mundo le faltaba era el ordenamiento pacífico de la sociedad por su afiliación y lealtad a la Santa Madre Iglesia, esto es, al primado de Pedro. El ordenamiento social, según ya vimos, tiene que ver con la visión piramidal del papado, en donde el alma juzga al cuerpo, y no viceversa.

Después de tantas presiones internacionales, finalmente se expresó en un lenguaje ambiguo, como se ha demostrado, si se tiene en cuenta la dimensión tan dramática de los eventos. “La humanidad debe este voto a los cientos de miles que, sin ninguna falta propia, a veces



únicamente debido a su nacionalidad o raza, son marcados para muerte o extinción gradual”. ¿Quiénes eran esos “inocentes” que morían? Según el pensamiento imperante que ya vimos en el Vaticano, los judíos morían por su propia culpa. ¿Se trataría, entonces, de las masacres llevadas a cabo por el comunismo en tantos lugares de la tierra?

Como era de esperarse, en el contexto internacional en que se vivía, Pío XII no satisfizo a nadie con ese discurso. Todos esperaban una definición, y no sus típicas generalidades. El mismo Mussolini se burló de la homilía papal, diciendo que “el Vicario de Dios, quien es el representante en la tierra del Gobernante del Universo, nunca va a hablar; va a permanecer siempre en las nubes. Este es un discurso de tópicos que pueden ser mejor dados por un sacerdote párroco de Predappio” (la aldea atrasada donde nació Mussolini).

Mientras los alemanes cometían las peores atrocidades contra los comunistas civiles de Eslovenia, el obispo Gregorio Rozman daba un apoyo entusiasta a los nazis, con numerosos llamados a “pelear del lado de Alemania”. El 30 de Noviembre de 1943, escribió una carta pastoral exhortando a sus fieles a pelear por Alemania, destacando que “mediante esta valiente pelea y obra industriosa para Dios, para el pueblo y la patria, aseguraremos bajo el liderazgo de Alemania nuestra existencia y un mejor futuro, en la pelea contra la conspiración judía”. Este mismo obispo se hizo cargo, durante la guerra, del partido clerical esloveno.



- f. **Negativa del mundo en recibir inmigración judía.** En abril de 1943 se dio una conferencia de oficiales ingleses y norteamericanos que decidieron que nada podía hacerse sobre el Holocausto, y que era ilegal todo plan de rescate masivo (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 13**). Ambos países se alarmaban con la idea de que Hitler pudiese detener las cámaras de gas para deportar los judíos hacia sus países respectivos, en cantidades alarmantes. Ni Inglaterra, ni los EE.UU., querían recibir repentinamente millones de inmigrantes para los cuales no tendrían trabajo inmediato.

En Norteamérica, los judíos quisieron abogar en favor de sus hermanos de raza europeos. Pero también se manifestaron los sentimientos en contra de otros sectores tradicionalmente racistas, inclusive de los sindicatos. Cada país insinuaba que se los enviase a otro país: a los EE.UU., a Canadá, al África, a Australia. Pero la respuesta era por todos lados la misma. No estaban en condiciones de recibir tal avalancha de gente en sus países. Uno queda impresionado al ver en el museo del Holocausto en Washington, los diferentes videos tomados de la época, de los testimonios públicos de los diferentes líderes políticos de EE.UU. y de Inglaterra que daban las razones por las cuales no los podían recibir. Muchos judíos no están dispuestos a disculpar tampoco a los países Aliados por esa actitud, ni en el día de hoy. Porque muchos de esos países fueron, además, los mismos que dieron después albergue a los miles de criminales nazis que escapaban de la justicia internacional.

- g. **La ocupación nazi de Roma.** Roma fue bombardeada a mediados de Julio de 1943, a pesar de los intentos del papa por evitarlo. El Gran Concilio Fascista se reunió una semana más tarde y destituyó a Mussolini. En su lugar puso como rey a Vittorio Emanuele III. Hitler decidió entonces invadir Italia, y ocupó Roma el 11 de septiembre de ese año, rescatando a Mussolini y reestableciéndolo al norte de Italia. Siete mil judíos vivían entonces en Roma, como sobrevivientes de la larga persecución que habían tenido por más de dos mil años. No sabían que la suerte estaba sellada sobre ellos, y que iban a sufrir la deportación y muerte como los demás judíos de los otros países que habían caído bajo la ocupación nazi.

Los alemanes exigieron a los judíos cincuenta kilos de oro [US\$ 3.5 millones a precios de hoy] que debían pagar en 36 horas. Los judíos, a su vez, solicitaron ayuda al papa quien autorizó un préstamo, aclarando enfáticamente que era un préstamo y no una donación. Los



judíos no aceptaron y lograron juntar suficiente dinero como para comprar por sí mismos el oro requerido. No les dieron ningún recibo, ya que no correspondía dar recibos a los enemigos. El oro fue enviado a Berlín en donde permaneció intacto hasta la conclusión de la guerra. Adolf Eichmann se hizo cargo de deportarlos, sin importarle el pago efectuado por ellos.



Nuevamente comenzaron las presiones para que el papa se expresase a favor de los judíos de Roma. Hasta los mismos alemanes esperaban que lo hiciera, y se sorprendían porque no protestaba. Los italianos estaban ayudando a todo judío que podían para escapar, y los alemanes temían una reacción popular. Fueron ellos los que demoraron la deportación, advirtiendo por su cuenta a Berlín de una posible amenaza de denuncia de parte del papa, algo que de ninguna manera esperaba hacer Pío XII. Cuando el tren que deportaba a los judíos comenzó su marcha el 19 de noviembre, el papa manifestó su temor de una reacción judía mancomunada con los partidarios del comunismo, y pidió a los alemanes que reforzaran la guardia. Pío XII se preocupaba más por lo que los comunistas italianos podían hacer que por la vida de tantos judíos que eran llevados a los campos de exterminio.

Cincuenta días después que partió el tren, más de 1.000 de esos judíos morían en las cámaras de gas de Auschwitz y Birkenau, y 149 hombres y 47 mujeres eran sometidos a tareas de esclavitud. Sólo quince de ellos sobrevivieron. Posteriormente otros 1.084 judíos fueron arrestados y enviados a Auschwitz donde, con excepción de pocos, corrieron la misma suerte. Otros judíos lograron escapar escondiéndose en el Vaticano, cuyo territorio gozaba de inmunidad extraterritorial. Para ello contaron con la ayuda de la población en conjunto con algunos

clérigos. El papado no se opuso a una ayuda humanitaria conducida en forma personal, y en ocasiones dio cierto apoyo a ese tipo de actividades en otros lugares.

Hitler quiso apresar al papa en su momento y llevarlo a Alemania, pero los alemanes apostados en Italia le advirtieron que la población era católica, y la reacción popular era impredecible. Lo que ni Hitler ni sus generales en Italia sabían era que la herida mortal del papado había iniciado su proceso de curación, y que nada iba a impedir su lenta pero segura recuperación hasta que consumase su obra profetizada en el Apocalipsis, y fuese destruida para siempre. **“Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que él quiso, ponerse de acuerdo y dar a la bestia el poder de reinar, hasta que se cumplan las palabras de Dios. Y la mujer que viste es aquella gran ciudad que impera sobre los reyes [gobernantes] de la tierra” (Apocalipsis 17: 17, 18).**

- h. **Después de la guerra.** Cuando se anunció la muerte de Adolf Hitler, Adolf Bertram, cardenal arzobispo de Berlín, ordenó que todos los curas párrocos “participasen de un solemne réquiem en memoria del Führer y de todos los miembros del Wehrmacht que habían caído en la lucha por nuestra patria alemana, junto con las más sinceras oraciones por el pueblo y la Patria y el futuro de la Iglesia Católica en Alemania”.

No fue sino hasta el 3 de Agosto de 1946, bastante después que había terminado la guerra, que Pío XII se expresó en forma definida, diciendo que condenaba el recurso a la fuerza y a la violencia, “como condenamos en varias ocasiones las persecuciones que un antisemitismo fanático infligió al pueblo Hebreo”. A la luz de todo lo visto, este testimonio posterior lo revela como falso e hipócrita.

Por su parte, la única mujer sobreviviente de ese primer tren fatídico de Roma declaró a la BBC de Londres en 1995: “volví [a Roma] de Auschwitz por mi cuenta. Perdí a mi madre, mis dos hermanas, una sobrina y un hermano. Pío XII podía habernos advertido acerca de lo que estaba pasando. Hubiéramos podido escapar de Roma... Él jugaba bien en las manos de los alemanes. Todo ocurrió bajo sus narices. Pero era un papa antisemítico, un papa progermano. No arriesgó nada. Y cuando dicen que el papa es como Jesucristo, no es verdad. No salvó a ningún niño. Nada”.

Cuando Pacelli visitó Argentina, en calidad de Secretario de Estado del Vaticano, el presidente y general Agustín Pedro Justo Roca, salió a su encuentro en el barco militar 25 de Mayo para saludar a Pacelli con las siguientes palabras: “vuestra Eminencia, lo saludo en la



persona de un legado papal como al más grande soberano del mundo, ante cuya autoridad espiritual todos los otros soberanos se postran en veneración". Al regresar, Pacelli visitó Río de Janeiro, y desde entonces comenzó a pararse ante las multitudes con los brazos extendidos en una imitación exacta de la posición que vio en la estatua del Cristo Redentor. Esa postura continuó usándola ante las masas durante todo su pontificado. Al ser poco después elegido papa, y en armonía con sus convicciones de pasar a ser el Vicario del Hijo de Dios, se atribuyó el título de "Pastor angelicus". Pero, ¿qué es lo que dijo Jesús del verdadero pastor? Arriesga todo por salvar hasta la oveja más descarriada (**Lucas 15: 4, 5**). Incluso, "da su vida por sus ovejas" (**Juan 10: 11**).

En el año santo de jubileo católico de 1950, el 24 de Junio, Pío XII canonizó a María Goretti, una mujer que estuvo dispuesta a dar su vida antes que condescender a ser víctima del sexo. El papa preguntó a la multitud que se juntó para la ceremonia: "quieren tomarla como ejemplo?" Era ya tiempo de paz, y se sentía libre de aconsejar el martirio para los que eran provocados sexualmente, antes de ceder en su moralidad. ¿Por qué no hizo lo mismo durante la guerra, donde aconsejó "neutralidad" y "silencio" ante el genocidio nazi de millones de inocentes, con el presunto propósito de evitar represalias para los católicos?

Mientras que el Vaticano siguió apoyando a gobiernos fascistas católicos en el Asia y en América Latina después de la guerra, siguió soñando con el derrocamiento del comunismo en los países del Este. Para ello trató de organizar a los criminales nazis y fascistas que habían sobrevivido, de los países católicos en donde habían actuado, para infiltrarlos en forma organizada en los gobiernos comunistas que habían ocupado su lugar, con el propósito de derrocarlos. Con tal propósito, puso todo su peso político en rescatar y esconder a los principales genocidas de la guerra que habían sido leales a la Iglesia Católica, para que pudiesen escapar al juicio que les esperaba. Al mismo tiempo, logró camuflar con nombres y documentación falsa a 30.000 criminales de guerra para que se fugasen, en su mayor parte a Argentina, aunque también lograron ir a Australia, Canadá, EE.UU., Inglaterra y otros países de Latinoamérica.

Indudablemente, un cuerpo tan leal a la Iglesia, aunque criminal, debía ser mantenido para frenar el comunismo en otros lugares, y conformar centros de apoyo a su política expansionista en Europa y el resto del mundo. Lo que no hizo en favor de los judíos apresados y deportados para su exterminio durante la guerra, trató de hacerlo en favor de los fascistas y militantes nazis y ustashis una vez que cayeron bajo la condenación mundial. Hay más, sin embargo, para decir con respecto al papel cómplice e inmoral del Vaticano y la Iglesia Católica en materia de genocidios en otros países de Europa durante la guerra, antes de ocuparnos del papel postguerra del papado y de sus políticas de gobierno actuales.

- i. **Estadísticas del genocidio ejecutado por los nazis.** En casi igual proporción al genocidio nazi de los judíos, murieron como "enemigos del estado" alemán los gitanos, los discapacitados, los criminales y renegados sociales, los enfermos mentales, homosexuales, Testigos de Jehová, y criminales políticos como los comunistas y socialistas. Los gitanos terminaron siendo considerados como no asimilables socialmente, y entraron dentro de la solución final de exterminio de los judíos. Entre 200.000 y 500.000 gitanos murieron, según las estimaciones propuestas. Algunos creen que decidieron exterminarlos, además, por razones equivalentes a las que llevaron a los nazis a querer destruir finalmente a todos los polacos, esto es, por no pertenecer a una raza pura.

Mientras que los judíos llevaron la peor parte, con un saldo de alrededor de seis millones y medio de víctimas, todos los otros grupos juntos que fueron muertos llegaron a ser unos cinco millones y medio, totalizando doce millones de personas masacradas en los actos de barbarie más grande conocidos en la historia de la humanidad. A esto se suman los millones que murieron de europeos, civiles y soldados, durante la guerra y por efecto mismo de la guerra.

- j. **Posición actual del Vaticano.** El Concilio Vaticano II (1962-1965), reconsideró la acusación histórica hecha en contra de los judíos como asesinos de Cristo, declarando que esa acusación no puede caer indiscriminadamente sobre todos los judíos, ni sobre los judíos de hoy. Así terminaron rechazando en ese concilio, el antisemitismo y toda otra acción genocida de la humanidad. Pero los católicos tradicionalistas no están de acuerdo con esa decisión liberal de ese concilio, convocada por el papa Juan XXIII, quien cambió aún la política intransigente del Vaticano para con los países comunistas y entabló relaciones diplomáticas con ellos.

Al terminar el Siglo XX, Juan Pablo II pretendió "purificar la historia" criminal de la Iglesia Católica en relación no sólo con el Holocausto del Siglo XX, sino también y mayormente con la obra de la Inquisición durante toda la Edad Media. Quería cerrar la historia del milenio y



del siglo para festejar su año santo de jubileo. Juan Pablo II lamentó lo sucedido y rechazó nuevamente la mala interpretación que muchos hicieron durante la historia del cristianismo sobre lo que el Nuevo Testamento dijo de los judíos. Pero negó categóricamente que la Iglesia Católica hubiese estado involucrada en esa mala interpretación, en la típica actitud apologista que busca, contra toda evidencia, mantener la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia. Los que erraron fueron, en sus palabras, los hijos de la Iglesia a quienes la Santa Madre Iglesia Católica Romana perdona también, por haber obrado con los mejores intereses para expandir su reino. Claro está, lamenta sus excesos aunque, termina arguyendo el papa, no se los puede condenar tampoco porque el juicio le corresponde a Dios (cf. **Alberto R. Treiyer, Jubileo y globalización, La intención oculta, 127-129**).

El 12 de marzo de 1998, Juan Pablo II escribió una carta pública al Cardenal Edward Idris Cassidy, presidente de la Comisión para las Relaciones Religiosas con los Judíos, con un documento que tituló: "Recordamos: Una reflexión sobre la Shoah". Así como culpó a la mentalidad de la época medieval por los crímenes de la Inquisición (impersonalizando las masacres católicas medievales), así también culpó la mentalidad de las fuerzas destructoras de la época que produjeron el Holocausto en el Siglo XX. Sus condolencias se dieron por "la mentalidad prevaleciente a lo largo de los siglos" por los "sentimientos anti-judaicos en algunos rincones cristianos", pero rechazando nuevamente que la Iglesia Católica hubiese justificado esa actitud malinterpretando el Nuevo Testamento. Siendo que el énfasis de la carta fue puesto sobre el genocidio judío de la Segunda Guerra Mundial, la reacción negativa judía no se dejó esperar, ya que no pidió perdón, ni reconoció la implicación de la Iglesia Católica en el genocidio. Su carta fue "recordamos", no "pedimos perdón".

Durante el mes de septiembre y octubre, el órgano informativo del Vaticano por internet, Zenit, así como L'Osservatore Romano, estuvieron tratando de defenderse del libro de **John Cornwell, Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII** (1999). Para ello trataron por todos los medios desprestigiar esa obra, pero sin ofrecer argumentos sustanciales en su contra. Malinterpretando el propósito del periodista católico (Cornwell), la Santa Sede declaró que esa obra buscaba difamar la institución papal. ¿Por qué? Porque demostraba cuán lejos estaba el papa Pío XII de la infalibilidad que reclama el papado hasta el día de hoy. Buscando salvar sus apariencias, la Iglesia sacrifica la honestidad de uno de sus hijos. Es más, el mismo papa Juan Pablo II, con el apoyo cardenalicio del Vaticano, terminó canonizando a Pío XII. [Mientras discutían los cardenales sobre su canonización, uno de ellos intervino argumentando que era ridículo discutir en la tierra si canonizarlo o no, cuando Pacelli debía estar ya en la misma gloria disfrutando de la compañía de los benditos. Ese argumento fue decisivo en el voto que lo hizo santo [aunque usted no lo crea]].

En la actualidad, la Santa Sede busca ignorar los crímenes que la comprometen y resaltar todo acto positivo que puedan encontrar del catolicismo durante la Segunda Guerra Mundial, en su típico esquema compensatorio que piensa que con buenas obras se pueden purgar las malas obras, y sin reconocer su propia falta como institución papal en esas malas obras. Es tal vez para evitar confrontaciones con esa clase de vindicación del Vaticano que el museo del Holocausto en Washington DC no vincule al papado con los crímenes nazis y clero-fascistas, sino errónea e injustamente con las víctimas. Esta actitud papal de intentar limpiarse del veredicto de la historia pidiendo perdón por los hijos de la Iglesia y lamentando la mentalidad de la época, es otro testimonio claro de falacia y doble moral del Vaticano, que mantiene a las puertas mismas del Siglo XXI. Durante la Edad Media eran los papas quienes determinaban lo que los sacerdotes inquisidores debían hacer. Estos, a su vez, luego de torturar sus víctimas horriblemente, los entregaban al brazo secular para que los ejecutasen, procurando de esa manera lavarse las manos y terminar negando participación en el genocidio. Hoy, ya entrando en el tercer milenio cristiano, vuelve el papado a hacer lo mismo, negando todo cargo y echando la culpa a las ideologías seculares y cristianas descarriadas, a la mentalidad de la época, o a cualquier cosa que pueda levantar como cortina de humo para esconder su complicidad y responsabilidad en el crimen.

Siempre dentro del mismo contexto de descaro y falsedad, está el reclamo que el papado hace hoy a los poderes seculares de reconocimiento, como forjadora de los derechos humanos de los que gozan hoy los países democráticos occidentales. Esos derechos humanos fueron logrados por el protestantismo y el secularismo, anteponiéndolos a los abusos tan despiadados que caracterizaron a las monarquías europeas en comunión con el papado romano, durante toda la Edad Media. En otras palabras, lo que la Santa Sede está haciendo ahora es pretender y sin vergüenza alguna, que las libertades que hoy se gozan provinieron del cristianismo medieval y papal. Esto es lo que hace al requerir a la comunidad europea no olvidar las tradiciones cristianas que la forjaron, a la hora de establecer los principios fundamentales de la Constitución Europea. Esa tradición tiene que ver con la Iglesia de Roma involucrada en los gobiernos europeos en una relación de alma y cuerpo.



¿Cuántos papas medievales, aún los del Siglo XIX y la primera mitad del XX que ya vimos, negaron y condenaron esos derechos humanos que garantizan la libertad en las constituciones modernas?

Asimismo pretende el papado, y sin inhibición alguna, negar su participación velada y abierta -con su típica doble moral- en los genocidios del Siglo XX de judíos, ortodoxos, y socialistas de izquierda. De esta manera, la Santa Sede pretende ser reconocida también como gestora y participe de la liberación que los Aliados mayormente protestantes trajeron a Europa en la



Segunda Guerra Mundial. Mientras que el papado mismo inspiró los gobiernos fascistas mediante sus encíclicas de comienzos del Siglo XX, los apoyó e hizo concordatos con ellos, pretende hoy desprenderse de sus crímenes en los que participaron los prelados papales en forma abierta y violenta. ¿Cómo? De la misma manera en que lo hizo luego de la Edad Media, al echarle la culpa a los poderes civiles a quienes no les daba otra chance que obedecer sus mandatos presuntamente divinos.

Los sueños papales de expandir su poder e influencia, así como su predominio político-religioso final sobre toda la tierra, permanecen intactos, junto con la presunción de poseer la infalibilidad. ¡Bendita farsa y santa mentira del

Vaticano! ¡Maldita ingenuidad y profana ceguera de quienes están dispuestos a creerla!

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 33-40**

Ninguna generalización es justa. Sabemos que hubo católicos que “a título personal” libraron a algunos judíos u otras minorías perseguidas en esas horas aciagas, y no merecen que se les ponga en el mismo saco, pero lo cierto es que fueron muy pocos los que levantaron la voz para condenar al nazismo y a los líderes de la iglesia romana mientras esto acontecía, especialmente aquellos que tenían el poder y la influencia para lograrlo.

En todo esto debemos aclarar lo que dijimos al principio. Muchos católicos hicieron lo que pudieron, a título personal, por salvar a tantos judíos como les fuese posible, y arriesgaron su vida en la empresa. Todos esos ejemplos nobles individuales, inspirados sin duda por Dios, más algunos testimonios aislados del papado de apoyo a esos actos humanitarios, los usa hoy el Vaticano como cortina de humo para cubrir su complicidad con el nazismo y la exterminación de los judíos, comunistas y ortodoxos que se llevaron a cabo en los países católicos fascistas. El Vaticano da publicidad, por ejemplo, al hecho de que la mayoría de los que rescataron a los judíos fueron católicos, pero no aclara que ese genocidio se efectuó en países mayormente católicos o dominados por católicos. ¿Había de extrañarnos, en ese contexto, que Dios hubiese tocado a cierto número de personas sinceras dentro de la gente que había allí, para hacer una obra humanitaria que debiera haber sido la tarea de la mayoría y todos los católicos?

Lo que el Vaticano no dice en toda esa cobertura política, es que inmensamente mayor fue también la proporción de religiosos católicos que participaron en la difusión de las ideas nazis y en el exterminio de pueblos enteros que no querían convertirse a la fe católica. También buscan ocultar el hecho de que todos esos criminales no recibieron durante la guerra la condenación de la Iglesia, sino por el contrario, su aprobación y estímulo en la catolización de los países a los que representaban y ocupaban. Y lo que es peor, según veremos más en detalle luego, recurrieron al fraude y al lavado de dinero para lograr sus objetivos, usufructuaron el oro quitado a las víctimas judías por los nazis, fraguaron documentos y dieron protección diplomática vaticana para lograr la fuga de todos esos criminales buscados por la justicia.

Tampoco dicen los que defienden al papado durante la guerra, que tanto en la época de la Reforma en los Siglo XVI y XVII, como en las décadas de los 30 y 40 del Siglo XX, los judíos buscaban refugio del genocidio nazi en los países protestantes, especialmente en los EE.UU. Los libertadores no fueron católicos, sino mayormente protestantes. Aunque esos países protestantes libertadores se opusieron en su momento, a la perspectiva de una inmigración repentina y masiva de millones de judíos a sus países, no debe pasarse por alto que los perseguidos por el nazismo no recurrían a los países católicos en busca de protección. En cambio los criminales nazis y fascistas, aún los peores y que habían llevado la mayor parte de la responsabilidad en el genocidio nazi, sabían después de la guerra que el único camino de la liberación pasaba por Roma, lugar ineludible para poder evadir la justicia. ¿Dónde está la “Línea de Ratas”, término empleado para describir la fuga





vía Vaticano de los criminales de guerra católicos, organizada por el papado para lograr el escape de los judíos a otros países? El caso aislado de unos pocos judíos de Roma que lograron refugiarse en el Vaticano con la ayuda de los italianos y el apoyo de algunos clérigos no tiene parangón alguno con esa "Ratline" creada después para salvar sus verdugos.

El Vaticano se expresó claramente contra el exterminio nazista de los discapacitados, a pesar de oponerse con ello a las políticas nazistas de Alemania. Y en ese respecto tuvo ciertos logros. ¿Por qué no hizo lo mismo para oponerse al exterminio de los judíos? Si pretendía evitar males peores (represalias contra los católicos), como adujo después, ¿por qué condenó el comunismo y exigió la oposición determinada de los católicos en los países que ocupaban los rusos, a costo de tantas vidas católicas? ¿No convenía también, en esos casos, guardar silencio con respecto a los gobiernos comunistas, y mantenerse por encima de toda entidad política, esto es, sin intervenir? Esa moral selectiva e interesada del papado es la que condenan los historiadores modernos, tan ajena a la moral de los evangelios que presume representar.

Mientras que las iglesias protestantes pidieron perdón después de la guerra, y trataron de indemnizar a los judíos que sobrevivieron, un problema mayor se levanta cuando se trata de la Iglesia Católica. Los protestantes no se creen ni nunca se creyeron infalibles. Por consiguiente no hacen ningún esfuerzo por justificarse. El Vaticano, en cambio, mantiene su pretensión de infalibilidad y terminó llevando al podio de la santidad al papa de Hitler. Eso significa que los católicos y el mundo en general, deben mirar a ese papa y a lo que hizo, según la Iglesia Católica, como ejemplo de cristianismo y de santidad.

La doble moral tantas veces representada en el papado -según la conveniencia del momento- más su presunción de infalibilidad, hacen de sus proclamas de buena voluntad y libertad una farsa. ¿Quién puede asegurar que no volverá a hacer lo mismo, si las condiciones vuelven a presentársele para cumplir con su papel añorado por siglos, de ser el primado de toda la tierra? Si la Iglesia Católica nunca erró ni puede errar, esto es, el Magistrado de la Iglesia Romana, ¿quién puede garantizar que no volverá a recurrir otra vez al uso del poder civil o militar para que se ejecuten sus dogmas y juicios políticos, pretendiendo que como ella no los ejecuta, no es la agencia criminal misma? ¿Podemos realmente creer que va a mantener todas sus proclamas actuales en favor de los derechos humanos, cuando esas dos caras se ven en las encíclicas y discursos que el papa de turno continúa emitiendo? Nadie puede creer honestamente en las "buenas intenciones" y "perdones" papales pedidos por lo que hicieron otros, mientras continúe pretendiendo infalibilidad, un título que sólo le corresponde a Dios.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 40, 41**

## **7.9. Los genocidios clero-fascistas**

Si bien bastaría con lo que hemos presentado hasta ahora para demostrar que el papado no ha cambiado, que sigue siendo el mismo sistema autocrático, sediento de sangre, que no tiene escrúpulos cuando tiene que defender la fe católica, tal como se evidenció por 1.260 años de persecución en épocas pasadas y el triste presente mencionado en los acápite anteriores, hay más ejemplos del Siglo XX para mostrar que no fue un acto fallido, sino el despliegue de una política que el Vaticano ha aplicado y continuará aplicando. Algunos de estos genocidios son tan escalofriantes que el registrarlos con la pluma trae tanto dolor como si los contempláramos.

El nazismo de Alemania mantuvo cierta independencia política del clero católico. Por tal razón, algunos consideran el nazismo alemán como ejemplo de un gobierno puramente fascista. No obstante, según ya vimos, el Concordato que firmó el Vaticano con Hitler tuvo como propósito transformar toda Alemania en un estado clero-fascista. En el sentido más estricto, sus 33 artículos principales fueron "ordenanzas clero-fascistas". Mediante concordatos con los gobiernos autoritarios y dictatoriales, el Vaticano esperaba terminar fundiendo la sociedad con la Iglesia Católica, al imponer la enseñanza de la religión en todas las instituciones educativas del estado y lograr solventarlas con fondos del estado, así como al clero y a otras instituciones de la Iglesia.

"¿Queremos contribuir con los valiosos y constructivos bloques católicos para construir la nueva sociedad" de Alemania?, se preguntaba el obispo Kaller en el año del concordato. "Recurramos a la encíclica Quadregesimo Anno de Pío XI". Pero aunque los nazis favorecieron el sistema de educación católica y subvencionaron el obispado alemán, no se ajustaron en todo lo que respecta al ejercicio de la autoridad, a los principios de la Ley Canónica que el papado quería implementar en cada gobierno europeo. Por el contrario, quisieron ser ellos los protagonistas de la nueva realidad.

Si a pesar de esa diferenciación entre el fascismo "puro" de los nazis, el Vaticano no puede librarse aún hoy de haber sido cómplice en los genocidios perpetrados por los nazis contra los judíos, menos aún puede librarse de su complicidad con los genocidios clero-fascistas en los que participó



activamente el clero romano. Tanto el clero como las autoridades civiles perpetraron las peores masacres en esos estados, sin recibir la condenación del Vaticano. Antes bien, contaron con el apoyo abierto y entusiasta hasta del mismo papa Pío XII [sí el mismo papa de Hitler, que ha sido inexplicablemente elevado a los altares como santo, como ya hemos mencionado].

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 42**

### 7.9.1. Austria

Siendo un caso muchísimo menos conocido que el de la Alemania de Hitler, el gobierno clero-fascista de Austria, anterior a la II Guerra Mundial, es digno de ser analizado, pues muestra el sentido que el papado quiso darle a su relación con la Italia de Mussolini y la Alemania del Führer. Si bien los acontecimientos fueron menos sangrientos, la inequidad social que se planteaba fue semejante a los otros regímenes.

Distinto a la Alemania nazi fue el caso de Austria, donde por primera vez se usó el término clero-fascismo para referirse al gobierno de Kurt von Schuschnigg (1932-1934). Su gobierno se sometió definitivamente a los principios políticos que proponía la encíclica papal *Quadragesimo Anno* (1931). Primeramente el canciller Engelbert Dollfuss [en la imagen] usó el término clero-fascismo para definir su papel como canciller de Austria. Seguidamente el dictador Schuschnigg usaría el término para precisar la implementación de los principios políticos-sociales-económicos de la encíclica papal que tendría el nuevo gobierno, y terminar así con el sistema parlamentario democrático [recuerde siempre la escasa simpatía que tiene el papado por el sistema democrático] que se volvía inservible para Austria -según los términos usados- “en su hora de necesidad”.



- a. **Uso del término.** El término clero-fascismo no fue usado, pues, peyorativamente ya que, para entonces, muchos miraban un sistema de gobierno tal como salvador frente a la anarquía que, según se argüía, creaban los partidos de izquierda. La prensa austríaca y los discursos populares lo usaron durante todo 1930, para describir el movimiento político austríaco que intentaba combinar esa encíclica papal con el principio de gobierno autoritario del dictador de la hora. Posteriormente, el obispo Alois Hudal recurrió a ese término para referirse tanto al fenómeno austríaco, como a su propia misión en el Vaticano. En realidad, Hudal [sí, el que ayudó a huir al carnicero Eichmann y a muchos otros] citó a Mussolini, quien había descrito al gobierno austríaco en 1930 como “el sistema clerical Dollfuss”. También usó el término clero-fascismo una revista comunista en 1949, para identificar la posición política pronazi que había tenido el primado de Austria, Teodoro Innitzer.

¿Qué haría Schuschnigg para gobernar Austria bajo un sistema clero-fascista? Cambiar la constitución de tal manera que se ajustase a la encíclica del papa Pío XI. De esta forma, y a diferencia de otros estados en donde los mismos dictadores serían clérigos, el sistema de gobierno austríaco fue clero-fascista por constitución. El prelado y dictador Ignaz Seipel dedicó los últimos años de su vida a implementar esa reforma constitucional en armonía con la encíclica papal. Así, el 1 de mayo de 1934, Austria se transformaba en un estado “corporativo” que operaría bajo un liderazgo autoritario y fiel a la Iglesia Católica. Según lo había expresado Pío XI en el *L'Osservatore Romano* (31 de junio, 1931), su encíclica era “un signo de atención bien intencionada para el comercio de Italia y las entidades corporativas”.

- b. **Relación con el capital.** El clericalismo mantiene, en un estado clero-fascista, una relación de mala fe con el capital, inspirado en las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. Predica contra el materialismo de la sociedad capitalista pero busca involucrarse en la economía. El problema, según este concepto, no pasa tanto por la propiedad y la producción, sino por la distribución de las riquezas. De acuerdo con las encíclicas papales de entonces y de hoy, el mejor sistema social es el que permite que los ricos mantengan a los pobres en un acto de solidaridad social, y en el que, por consiguiente, el pueblo dependa de la obra social de la Iglesia para sobrevivir. Los problemas que tuvo la Iglesia con Hitler en Alemania y posteriormente con Perón en Argentina, se dieron más bien



con los beneficios políticos de tal sistema. Mientras que la Iglesia quería ser ella la que figurase como benefactora, los dictadores y demagogos no querían que ésta les hiciese sombra, sino obtener sus propios dividendos populares.

Para encubrir su mala fe contra el capitalismo, el clero-fascismo recurre al antisemitismo por su tendencia a no entrar dentro del sistema redistributivo del capital, ni a reconocer la supremacía de la Iglesia en tal sistema de gobierno. Según esta perspectiva, son los judíos los responsables [otra vez el antisemitismo católico presente] de haber estropeado el capitalismo al introducir un materialismo satánico en la sociedad civil. Los judíos vuelven a desempeñar así, el mismo papel diabólico que, según presumen los clérigos, cumplieron en el Nuevo Testamento. De allí en más, todo lo que implicase una revolución social de corte materialista, terminaría vinculándose con el judaísmo. Y siendo que el enemigo mayor que tenían por delante era el comunismo, cualquier cosa que no entrase dentro del esquema propuesto pasaba a ser enemigo e iba a terminar cayendo dentro de la misma mirada condenatoria. Así, el trabajador bolchevique terminaría no siendo otra cosa que un judío internacional.

¿Qué otros enemigos más aparecerían en sistemas cerrados como lo pasaron a ser los gobiernos clero-fascistas? La intolerancia político-religiosa no iba a caer sólo sobre los judíos y los comunistas. Siendo que gobiernos tales se ligan a la Iglesia Católica, todos los extranjeros sufren también, en especial los cristianos y religiosos no católicos, porque pasan a ser considerados en un rango inferior. En efecto, los extranjeros y no católicos no tienen derecho de apelación en las tres clases que caracterizan una sociedad tal: la nobleza, el clero y los ciudadanos. Ese esquema estructural social sigue el esquema jerárquico católico: el papa y el Magisterio, el clero y los laicos. Y como la solución fascista busca soluciones sociales rápidas, se recurre a la exclusión, expulsión y aniquilación en lugar del diálogo y el acuerdo.

- c. **Relación con los trabajadores.** Tanto el clero como el estado en un sistema clero-fascista, pretenden promover la causa del “trabajador”, pero terminan subordinando siempre los intereses de la clase trabajadora al capital. Cuando Schuschnigg reprimió violentamente la insurrección de los trabajadores de oficina en 1934, el cardenal Innitzer defendió la masacre, a pesar de haber pretendido vincularse a sí mismo con los pobres. De allí que se involucre tanto al Estado como a la Iglesia en la gran cantidad de crímenes de guerra que engendran sistemas de gobierno tales. Bajo este contexto, uno se pregunta sobre la verdadera naturaleza que esconde la continua predicación papal, ya comenzado el Siglo XXI, “en favor de los pobres”.

¿Puede considerarse el clero-fascismo como una versión más santa y atractiva del nazismo, por el hecho de someterse al Vaticano en su forma de gobierno? La historia prueba que no. Por el contrario, ese sistema engendró a menudo crímenes peores que los efectuados por los nazis. Schuschnigg mantuvo un campo de concentración para sus adversarios en Wullersdorf. Los campos de concentración de la vecina Croacia, en especial el de Jasenovac, fueron comandados por sacerdotes que perpetraron tales crímenes que horrorizaron por su barbarie aún a los mismos nazis alemanes. También Italia, España y Ucrania nombraron a un gran número de sacerdotes para que fuesen, realmente, verdaderos criminales de guerra, con pleno respaldo del Vaticano.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 42, 43**

### 7.9.2. Otros casos semejantes

Veamos otros casos de clero-fascismo para entender el modelo papal para la conducción de las naciones siempre bajo el dominio del romanismo.

Siendo que la implementación del término se dio mayormente para referirse al fenómeno austríaco, se lo usó a menudo en alemán, sin traducirlo. Pero el Klerofaschismus no se limita a Austria. Es cierto que comprende la política social eclesiástica austríaca de Ignaz Seipel, Engelbert Dollfuss, Kurt von Schuschnigg, Alois C. Hudal y muchos otros. Pero incluye también la política clerical-fascista de los Ustashi en Croacia, con Ante Pavelic como dictador; del falangismo español bajo Francisco Franco; de las políticas estatales de la iglesia fascista italiana de Benito Mussolini; del justicialismo de Juan Domingo Perón en Argentina, así como de otros más. Perón llegó a decir también, poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial, en su último discurso político antes de las elecciones, “mi política social está inspirada en las encíclicas”.

El 28 de agosto de 1940, el premier Volpetch Tuka de Eslovaquia se refirió también al clero-fascismo como al “futuro sistema gubernamental de Eslovaquia”, que implicaría “una combinación de nazismo alemán y catolicismo romano”. Consistiría, como en los demás casos, en un pacto entre



dos sistemas autócratas, el del papado y el del dictador que gobierna el país. En el arreglo social resultante, toda orden provendría de arriba hacia abajo, y toda responsabilidad de abajo hacia arriba. La encíclica papal debía jugar el mismo papel que los decretos dictatoriales. De allí que, más estrictamente hablando, los gobiernos clero-fascistas adoptaron la Ley Canónica de 1917, preparada por el papado como una especie de constitución de su gobierno.

La prensa católica en Eslovaquia, antes de la guerra, apoyaba la agenda clero-fascista también, así como al "Eje" (gobiernos nazis y fascistas de Europa central), y la limpieza étnica. Cuando se estableció el estado títere de Eslovaquia, la Lista Katolicki lo alabó en los siguientes términos: "en un estado moderno, que pone los intereses del pueblo sobre toda otra consideración, la iglesia y el estado deben cooperar para evitar conflictos y mal entendimientos... Los puntos de vista del Dr. Tuka se cumplen en la formación de una Eslovaquia del pueblo, con la aprobación del presidente de la república, monseñor Dr. Josip Tiso... La Iglesia no será perseguida", sino "los que se oponen al Socialismo Nacional [siempre evidencia de la misma lógica, la iglesia católica es protegida, los que oponen son perseguidos]" (Enero, 1940).

Siendo que el enemigo común de todos estos estados era el comunismo, los gobiernos clero-fascistas sintieron que debían coaligarse para defenderse mutuamente, y asumir un papel ofensivo en la recuperación de los valores "cristianos". Compartiendo la visión del papado de afirmar la presencia católica en el centro de Europa formaron, además, una Confederación Católica en ambas márgenes del río Danubio (Croacia, Austria, Eslovaquia y Alemania). A esa confederación se la llamó en diferentes momentos "El Eje", la "Confederación del Danubio", "Triple Alianza", "Sacro Imperio Romano Reconstruido", "Confederación Intermarium", "Imperio Hamburgo Reconstruido" o, más enigmáticamente, "la cuestión de Europa Central".

Aun después de la guerra, el Vaticano intentó reactivar esa confederación rescatando y reclutando a los criminales de guerra de todos esos países, con el propósito de infiltrar el mundo comunista y desestabilizarlo, recuperándolo para la fe católica. El propio general católico De Gaulle tuvo en Francia, para esa época, un sueño equivalente, que consistía en formar un pacto con todas las naciones centrales de Europa para salvarlas del comunismo, y volverlas a la comunión con el papado romano.

- **El culto al dictador.**

Un solo líder infalible y un solo dictador que actuasen en armonía bastaban para conformar un estado clero-fascista, y combatir a un enemigo común. Así, no sólo Austria, Croacia y Eslovaquia fueron estados clero-fascistas, sino también España, Portugal, Vichi (gobierno central de Francia durante la guerra: 1940-1944), e Italia, antes y/o durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Según el obispo Hudal, Pío XI se había inspirado en el clero-fascismo turco de Kamal Atatürk [Adolf Hitler dijo sobre Atatürk que Mussolini era su primer discípulo y que él era el segundo], cuya estatua está casi omnipresente en todas las ciudades principales de Turquía hasta el día de hoy.



Llama la atención el hecho de que los sistemas dictatoriales y fascistas se levantan en países cuya religión dominante mantiene un esquema de poder intolerante y de corte medieval. Para liberarse de esos sistemas religiosos autoritarios, los gobiernos seculares que los derrocaron debieron recurrir igualmente a gobiernos autocráticos equivalentes. El sistema totalitario comunista se levantó como alternativa y antídoto para poder derrocar a los gobiernos autoritarios católicos, ortodoxos, musulmanes y otras religiones paganas asiáticas. Ambos constituyen los dos extremos de la misma herradura -el comunismo ateo y el clericalismo papal- y ambos son genocidas por naturaleza, como lo probó su accionar no sólo durante la Edad Media, sino a partir de allí y, en especial, en la mayor parte del Siglo XX.

Otro aspecto que llama la atención es una especie de culto al dictador. Acostumbrados a venerar un papa, un santo, una virgen, las masas católicas buscan también un líder que ostente igualmente poderes absolutos, hechos a la imagen papal. Por esta razón, todos los dictadores clero-fascistas, incluyendo Hitler mismo, fueron visualizados por muchos bajo un espectro mesiánico-redentor, como profetas que anunciaban la



salvación del mundo de los sistemas del mal que buscaban su destrucción, esto es, de las democracias capitalistas occidentales y del comunismo bolchevique oriental. El arzobispo Saric de Sarajevo llegó a publicar una poesía ensalzando al líder ustashi, titulada “Oda a Pavelic”, en donde lo presenta como salvador con términos equivalentes a los que la Biblia usa para referirse a Dios [la mostraremos en el último subacápite].

Abundan también los términos grandilocuentes con respecto a Franco en España, el hombre “providencial” y hasta “profeta” de la península ibérica. No sólo en vida, sino aún por mucho tiempo después de su muerte, el fervor populista justicialista por Perón en Argentina se expresa en el canto que las masas le entonan: “Perón, Perón, ¡qué grande sos! Mi general, ¡cuánto valés! Perón, Perón, ¡gran capitán!, sos el primer trabajador”. Ni que hablar del libro de Evita, su segunda esposa, “**La Razón de mi Vida**”, para quien su marido es ninguna otra cosa que Dios mismo.

En este culto a los dictadores, el problema se levanta cuando esos dictadores intentan absorber tanto la admiración de las masas hacia ellos, que la Iglesia se sienta excluida del reparto honorífico. Mientras la Iglesia Católica pueda seguir manteniendo su papel privilegiado y supremo en el “correcto” ordenamiento social de alma (Iglesia) y cuerpo (dictador), ese culto es aceptado. De allí que cuando Hitler se negó a ser manipulado por el Vaticano y a permitirle al papado usufructuar plenamente de los beneficios políticos conquistados por su partido nazista, el papa Pío XI emitió su encíclica *Mit Brennender Sorge* (Con Profunda Ansiedad), en una velada protesta por la deificación de una raza, de un pueblo, y de un estado. ¡Como si la veneración que exige el papa hacia su persona como presunto Vicario de Cristo, y hacia los representantes de su estado clerical, no entrase dentro de ese sistema de deificación hacia una persona humana que ocupa el lugar de Dios!

Así también, Perón comenzó a tener problemas con la Iglesia cuando en su obra social quiso terminar llevándose todo el mérito. Esto se debió a que para entonces no existía en Argentina una doctrina social que no fuese la de la Iglesia Católica, y no cuajaba en la mente del clero que apareciese otra doctrina social que fuese laica. Y cuando Menem, supuesto sucesor espiritual de Perón, le escribió al papa que era católico, pero que por razones históricas debía darse la separación de Iglesia y Estado, encontró una resistencia tan enconada de Roma y del clero que tuvo que desistir de ese plan.

El correcto ordenamiento social y reparto de alabanzas requeridos por los gobiernos clero-monárquicos medievales y los gobiernos clero-fascistas modernos, poseen rasgos comunes. Todos tributan una especie de culto al emperador, al papa, al rey y al dictador. Siendo que el papado figuró en forma prominente en todos esos períodos, reveló en todos ellos el mismo carácter blasfemo. El **Apocalipsis** describió ambos poderes déspotas y blasfemos con asombrosa claridad. “Y adoraron [todos los habitantes de la tierra] al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ‘¿quién es como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?’” (**Apocalipsis 13: 4**). El dragón (el poder político civil representado antiguamente por el César), debe recibir su alabanza en la medida en que da autoridad a la bestia (el poder político-religioso del papado que se levanta en el mismo sitio del César). Claro está, esta predicción apocalíptica no ofrece un sistema tal de gobierno cívico-clerical como ideal y divino, ya que ambos poderes que lo componen se vuelven intolerantes y son inspirados por aquel que comenzó el mismo problema en el cielo, hasta que debió ser expulsado por querer recibir el homenaje que sólo le corresponde a Dios (**Apocalipsis 12: 7-9**; cf. **Isaías 14: 12ss**).

- **Intentos renovados actuales de establecer gobiernos clericales.**

Poco después de la Segunda Guerra Mundial se dio el intento de unir las iglesias en contra del enemigo común que seguía siendo el comunismo ateo. Pero al subir Pablo VI y comenzar a pactar con los gobiernos comunistas, esa tensión se alivió y tales esfuerzos de unión de las iglesias se debilitó. Con la subida del polaco Wojtyla a la silla vicaria de Pedro, un nuevo esfuerzo por unificar las iglesias se dio al lograr definir Juan Pablo II, en forma clara, un enemigo común equivalente que es el secularismo. Y esa prédica tiene éxito, ya que todas las iglesias van entrando, poco a poco, en esa misma perspectiva. Las prédicas de los católicos y de los evangélicos hoy apuntan, como en la era fascista, a objetivos comunes. Cada vez toleran menos el ordenamiento social moderno que separa el poder estatal del clerical. Y como en la era fascista, esa soldadura clero gubernamental busca como pantalla honorífica una promulgación de solidaridad en favor de los pobres.

En un libro conjunto que publicaron al terminar el Siglo XX, titulado **Evangélicos y Católicos Juntos**, líderes católicos y evangélicos exhortan a las iglesias a unirse en los aspectos que tengan en común, para hacer frente a enemigos comunes. Abiertamente se menciona como



enemigo común al secularismo que gangrena la sociedad con impiedad. Veladamente entran en la lista de enemigos comunes los grupos religiosos minoritarios proselitistas y disidentes porque se niegan a participar del espíritu ecuménico de la hora. En la actualidad las iglesias ecuménicas argumentan también que así como Europa y el mundo se están uniendo políticamente en acuerdos comunes, así también deben unirse las religiones para salvaguardar la paz. ¿Qué pasará cuando logren esa unión buscada? ¿Pasarán a ser catalogados como “enemigos comunes” los que, a conciencia, no puedan unirse a esa confederación religioso-política babilónica? (**Apocalipsis 12: 17; 14: 8; 18: 1-5**).

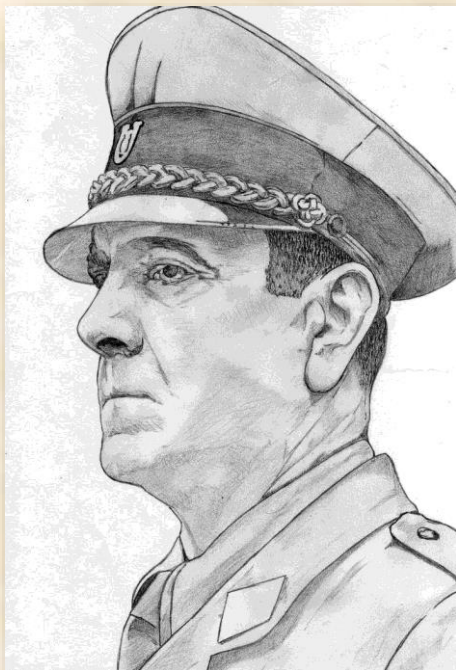
**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 43-45**

### 7.9.3. Croacia y la Ustashi

He dejado para el final el caso de Croacia. Antes que usted empiece a leer esta parte le advierto que la narración de algunos aspectos de este genocidio son dolorosos aun para leerlos. Lo que se narra aquí deja a la brutalidad del genocidio judío perpetrado por el nazismo como si fuera poca cosa. A pesar de lo que el genocidio perpetrado por Croacia significó, la difusión de esto ha sido limitada especialmente porque como en los casos anteriores la participación de la iglesia romana es decisiva. Y aunque en el caso germano el apoyo de la iglesia fue político, religioso y de defensa a nivel diplomático, en el caso croata significó que la iglesia romana, sus sacerdotes y preladados, tomaran las armas para masacrar poblaciones indefensas por el hecho de poseer una religión cristiana diferente, por ser de una etnia diferente, o por ser judío. No haré más extensos comentarios. Lo que va a leer es historia y puede ser perfectamente probada.

La campaña de Mussolini en Albania que comenzó en octubre de 1940 alegró a los nazis y a un buen número de la curia romana. Era visto como un preludio a la invasión nazi-fascista de Rusia, que todos esperaban, inclusive el mismo papa, para acabar con el comunismo. Sin embargo, no le fue bien a Mussolini cuando quiso invadir Grecia, lo que obligaba a Hitler a ir en su ayuda. Para ello necesitaba pasar por Yugoslavia.

El 6 de abril de 1941, Hitler invadía Yugoslavia. El 10 de ese mes, los fascistas croatas contaban con su apoyo para establecer un gobierno independiente en Croacia. Las católicas y para entonces igualmente fascistas Italia y Hungría, participaban del reparto de Yugoslavia que caía el 11 de abril. Para el 12, Ante Pavelic podía establecerse como cabeza del movimiento clero-fascista ustashi (“levantamiento”) en Croacia, como líder o poglavnik del nuevo estado.



Pavelic había estado en Italia bajo la protección de Mussolini, mientras era buscado en Francia y en Yugoslavia por haber asesinado al rey Alejandro de Yugoslavia y al ministro de relaciones exteriores francés, Luis Barthou. Su nuevo estado de Croacia iba a incluir Eslovenia, Bosnia, Herzegovina y gran parte de Dalmacia. La población de Croacia, principalmente católica, era mayoritaria en comparación con las otras regiones (3.300.000). Los serbios ortodoxos sumaban, sin embargo, 2.200.000; los musulmanes 750.000, los protestantes 70.000, y los judíos 45.000.

El papa Pío XII, estando al tanto de lo que se venía, anticipó el triunfo nacionalista croata ya en noviembre de 1939. En esa oportunidad, el primado de Croacia, Alojzije Stepinac, había venido con peregrinos nacionalistas croatas a Roma para promover la canonización de un mártir franciscano croata. En un rechazo implícito de los serbios ortodoxos, Pío XII les dijo, citando las palabras de León X, que ellos estaban en “un puesto de avanzada del cristianismo”. Con eso ambos papas implicaban que los ortodoxos no eran cristianos. “La esperanza de un futuro mejor”, continuó el papa, “parece estarles sonriendo, un futuro en el que las relaciones entre la Iglesia y el Estado en vuestro país será regulado por una acción armoniosa que será de beneficio para ambos” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 250**).

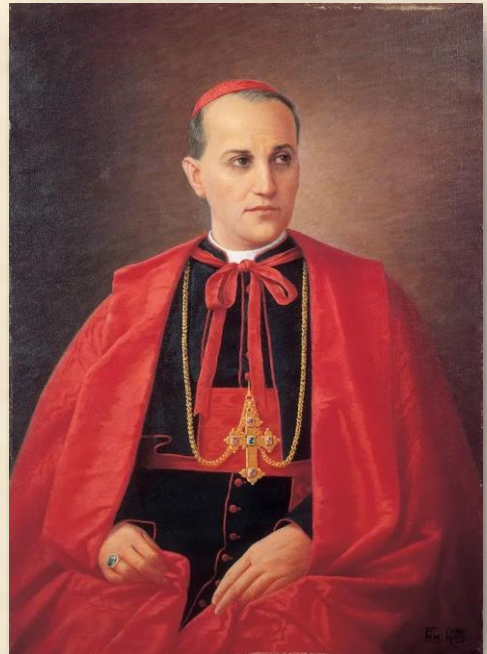
Era evidente que el papa estaba enterado de los planes expansionistas nazis y fascistas que iban a iniciarse el año siguiente. Esa invasión traería, según el papa, “un futuro mejor”, porque permitiría que la Iglesia y el Estado se uniesen, presuntamente, para bendición de los croatas. Dos semanas antes que se formase el nuevo estado croata, el arzobispo Stepinac [1898-1960, arzobispo



de Zagreb hasta su muerte, nombrado en 1953 como cardenal por Pío XII en “mérito” a su participación en el genocidio y en 1998 Juan Pablo II lo elevó a la categoría de beato mártir, es decir...] reveló la xenofobia nacionalista en la que participaba él mismo, al escribir en su diario del 28 de Marzo de 1941, que “el cisma [de la Iglesia Ortodoxa oriental] constituye la más grande maldición de Europa, casi más grande que la del protestantismo. Aquí no hay moral, ni principios, ni verdad, ni justicia, ni honestidad”.

a. **Primeras medidas de limpieza étnica.**

Apenas subió al poder, Ante Pavelic se propuso hacer una limpieza étnica y religiosa no sólo de judíos, sino también de todo serbio ortodoxo y de todo grupo étnico especial como los gitanos, que no se convirtiesen al catolicismo. La identificación con el nuevo estado debía darse sobre la base de la religión católica, no sobre las diferencias étnicas. El 25 de abril de 1941 comenzó decretando que toda publicación serbia fuese proscrita. A esto siguió la legislación antisemítica de mayo, equivalente a la que Hitler había impuesto en Alemania. En ese mismo mes eran deportados los primeros judíos hacia el campo de concentración de Danica. En junio mandó cerrar todas las escuelas primarias y preescolares serbias. Este era el contexto ideal para la labor misionera católica. Ante el peligro inminente, el clero romano comenzó a llamar a los serbios ortodoxos a unirse a la iglesia Católica.



Las masacres comenzaron a darse al mismo tiempo que se promulgaban todos estos decretos. El 28 de abril, una banda ustashi se adelantó a los planes de deportación y exterminio que iban a venir luego contra los serbios y judíos, asaltando seis aldeas en el distrito de Bjelovar. 250 hombres, incluyendo un maestro de escuela y un sacerdote ortodoxo, fueron obligados a cavar una fosa para luego ser enterrados vivos. Ese mismo día, el arzobispo Alojzije Stepinac [sí, el beato mártir] enviaba una carta pastoral que debía ser leída en todos los púlpitos, llamando al clero y a los fieles a colaborar en la obra de Pavelic.

Unos pocos días después, 331 serbios fueron rodeados en Otocac. De nuevo se los obligó a cavar sus propias fosas para luego matarlos a hachazos. Se reservaron al sacerdote serbio con su hijo para el final, para que el sacerdote recitase las oraciones por los que morían, mientras a su hijo lo cortaban en pedazos. Una vez terminada la matanza torturaron al sacerdote, le arrancaron el cabello y la barba, le extirparon los ojos, y finalmente lo despellejaron vivo.

El 14 de mayo, se obligó a cientos de serbios a asistir a una iglesia en Glina para un servicio de agradecimiento por la constitución del nuevo gobierno (NDH). Una vez dentro, entró una banda ustashi con hachas y cuchillos, pidiendo que mostrasen los que tuviesen, sus certificados de conversión al catolicismo. Sólo dos los tenían, y fueron soltados. Cerraron entonces las puertas y, sin tener consideración de que ese era un lugar de culto a Dios, masacraron a todos los demás. Cuatro días después, Pavelic tenía una audiencia “devocional” con Pío XII en el Vaticano, y obtenía el reconocimiento papal para su Estado Independiente de Croacia.

Todos sabían para entonces, que el Estado de Croacia había sido engendrado por una invasión violenta e ilegítima de Yugoslavia por parte de Hitler y de Mussolini, y que Ante Pavelic era un dictador. El papa reconoció su dictadura clero-fascista croata conociendo las leyes antisemíticas y racistas que Pavelic estaba emitiendo. Indudablemente, lo que más le importaba al Vaticano era el puesto de avanzada que ese gobierno croata significaba contra el comunismo, y la expansión de la fe católica.

Los burócratas de la Oficina Británica de Relaciones Exteriores reaccionaron ultrajados por “la recepción papal de un terrorista y asesino notable”, y trataron a Pío XII como “al cobarde moral más grande de nuestra época”. El Vaticano explicó que había recibido a Pavelic en



privado, no como cabeza del estado croata. No podían ignorar a un “hombre de estado” católico como Pavelic, “un hombre muy calumniado”. Pero los ingleses dijeron que la recepción que el papa le dio “había dañado su reputación... más que ningún otro acto desde que la guerra comenzó” (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 71, 72**).

El 25 de mayo, en la Acción Católica, el sacerdote Franjo Kralik publicó un artículo justificando la persecución bajo el título “Por qué están siendo perseguidos los judíos”. “Los descendientes de los que odiaron a Jesús, lo condenaron a muerte, lo crucificaron y persiguieron seguidamente a sus discípulos, son culpables de más grandes excesos que sus antepasados... Satanás los ayudó a inventar el socialismo y el comunismo... El movimiento para liberar al mundo de los judíos es un movimiento por el renacimiento de la dignidad humana. El Todopoderoso y el Omnisapiente Dios está detrás de este movimiento”. El primado de Croacia, Stepinac, arzobispo de Zagreb y vicario de las fuerzas armadas y de los ustashis, respaldaba esas declaraciones diciendo que “uno no puede menos que ver la obra de la mano divina” en la formación del nuevo régimen.

Al comenzar el mes de junio, el general plenipotenciario alemán destinado a Croacia, Edmund Glaise von Horstenau, se alarmó diciendo que los “ustashi se habían vuelto furiosamente locos”. El mes siguiente informó sobre la situación embarazosa de los alemanes que miraban espantados “la furia sanguinaria y ciega de los ustashis”. Los alemanes cometían atrocidades también, pero comparado con los croatas, ellos cometían sus crímenes en forma más fría y hasta científica. Por eso les impresionaba la manera apasionada y salvaje en que los croatas arremetían contra los serbios y judíos. Pavelic mismo criticó posteriormente a Hitler de ser “indulgente” en su trato para con los judíos alemanes. Se mofaba de haber resuelto en forma completa el problema judío en Croacia, mientras que algunos judíos todavía quedaban vivos en el Tercer Reich (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 74**).

También los italianos que ocupaban parte del nuevo estado croata se horrorizaban, y trataban de salvar a todos los serbios y judíos que podían de la masacre. Eso enfureció al arzobispo Stepinac, quien compartió sus sentimientos anti serbios con el obispo de Mostar y se quejó ante el ministro para asuntos italianos en Zagreb por la protección del ejército italiano de serbios y judíos. Un periodista fascista italiano a quien se le permitió entrevistar al poglavnik, se sorprendió ver en su oficina lo que parecía ser un gran recipiente de ostras. Le preguntó entonces a Pavelic si provenían de la costa de Dalmacia. Quedó estupefacto cuando el dictador le respondió que eran cuarenta libras de ojos serbios [los ojos de unas 1.200 personas] que le habían enviado sus leales ustashis (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 74**).

Los ustashis se dieron cuenta pronto de la magnitud del trabajo que tenían para exterminar más de dos millones de serbios y judíos, y de lo pesado de la empresa. Debían emprender, por consiguiente, un plan de exterminio masivo equivalente al que estaban llevando a cabo los nazis en los demás países ocupados. En una clara alusión a esos planes de genocidio de no católicos, el ministro de justicia croata informó el 14 de julio a los obispos católicos, que “el gobierno croata no va a aceptar dentro de la iglesia católica ningún sacerdote o maestro o intelectual serbio, ni hombres de negocios o artesanos serbios, para no afectar el prestigio del catolicismo en las ordenanzas que serán promulgadas más tarde con respecto a ellos”. Lo que quería dar a entender era que el bautismo católico no iba a servir de inmunización contra la deportación y exterminio general de serbios y judíos.

El 22 de julio de 1941, Mile Budak, ministro de educación y cultura ustashi, dio un discurso advirtiendo que “para las minorías como los serbios, los judíos y los gitanos, tenemos tres millones de balas. Mataremos una parte de los serbios, deportaremos a otros, y al resto lo forzaremos a aceptar la religión católico-romana. La nueva Croacia espera así desembarazarse de todos los serbios que habitan en su medio para que el 100% sea católico dentro de diez años”. Dos días después, un sacerdote católico de Udbina llamado Mate Mognus -quien más tarde participaría activamente en el genocidio serbio- insistió en que “hasta ahora hemos trabajado para la fe católica con el libro de la oración y la cruz. El tiempo ha llegado de trabajar con el rifle y el revólver” (**Bill Stouffer, The Patron Saint of Genocide. Archbishop Stepinac and the Independent State of Croatia...**) [El método parece haber funcionado, porque el Vaticano emitió recientemente un mensaje en el que se ufana en contar ya comenzado el Siglo XXI, con el 88% católico de la población en la nueva Croacia].

- b. **Naturaleza del genocidio.** Para matar a los no-católicos, los croatas recurrieron a los métodos medievales más inhumanos como el arrancarles los ojos a las víctimas, cortarles sus narices y orejas y otros miembros, extraerles en vivo los intestinos y otros órganos





internos del cuerpo. A otros los mataron como bestias, les cortaron sus gargantas de oreja a oreja con cuchillos especiales, les rompieron sus cabezas a martillazos. Colgaban sus cadáveres en las carnicerías con la inscripción “carne humana”.

Muchos más fueron simplemente quemados vivos. Otras veces quemaban iglesias enteras repletas de gente. También les gustaba a los ustashi combinar las torturas con orgías nocturnas. Incrustaban clavos ardientes bajo las uñas, arrojaban sal sobre las heridas abiertas, cortaban todos los pedazos posibles del cuerpo y competían para ver quién era el que mejor cortaba las gargantas. También atravesaban a los niños con diferentes instrumentos puntiagudos.

Ljubo Milos, un oficial jefe de Jasenovac, llevaba a cabo el “ritual de muerte” de los judíos. Cuando el transporte llegaba al campamento, se ponía una bata de médico y ordenaba a los guardias traer a todos los que habían pedido atención hospitalaria. Entonces los cargaba en la “ambulancia”, los ponía frente a la pared, y con un golpe de cuchillo les cortaba la garganta, las costillas y les abría el vientre. También supervisaba otros métodos brutales de exterminio. Desnudaban a los prisioneros y los arrojaban vivos al horno ardiente de una fábrica de ladrillos contigua al campamento, mientras otros eran aporreados a muerte con hierros y martillos (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 111**).

Los italianos fotografiaron a un ustashi con lenguas y ojos humanos atados a dos cadenas que colgaban de su cuello. En los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Roma se ve una fotografía de una mujer con sus senos cortados, sus ojos quitados, sus genitales mutilados, junto con los instrumentos de la carnicería: cuchillos, hachas y ganchos para colgar carne. Varias de las fotos tomadas entonces de esos crímenes por los italianos y aún por los mismos ustashis, así como de los pueblos que eran obligados a arrodillarse ante un sacerdote que les advertía de las consecuencias de no convertirse al catolicismo, se pueden ver por Google-Images en internet, invocando el término ustashi.

El 14 de agosto de 1942, el presidente de la comunión israelita de Alatri escribió al Secretario de Estado vaticano pidiendo que interviniese en favor de miles de croatas judíos “que eran arrestados sin razón, privados de sus posesiones y deportados”. Le hizo ver también que 6.000 judíos habían sido abandonados en una isla estéril y montañosa junto a las costas de Dalmacia, sin medios de protección para el invierno ni alimento ni agua para poder sobrevivir, con la prohibición de todo intento de ayuda. No hay registro de la respuesta.

- c. **Dirección y participación sacerdotal en las masacres.** Fueron los sacerdotes franciscanos los que tomaron en sus manos el liderazgo de las masacres en Croacia, como lo habían hecho junto con los Dominicos contra los cátaros y judíos desde comienzos del segundo milenio. Esas dos órdenes religiosas fueron levantadas por el papado para cumplir la tarea conjunta de exterminar a los herejes. Ambas órdenes religiosas cumplieron fielmente ese mandato papal durante siglos, hasta que el pueblo no pudo más y dijo ¡basta! Esto último ocurrió en la Revolución Francesa secular de fines del Siglo XVIII. Ahora, en pleno Siglo XX, otra vez los sacerdotes católicos acompañaban las procesiones de muerte en Croacia, que iban de aldea en aldea, obligando a todos los ortodoxos a confesarse o a morir de la manera más cruenta. Así como destruyeron toda la población de Albi en la Edad Media mediante una cruzada papal, ciudades enteras eran ahora también arrasadas en las cruzadas católicas ustashis. El historiador Marconi lo admitió. “Es casi imposible”, declaró, “imaginar una expedición punitiva ustashi sin un sacerdote a la cabeza alentándola, usualmente un franciscano”.

El arzobispo Stepinac, primado de Croacia, beatificado por Juan Pablo II recientemente (el paso que precede a la canonización), escribió una larga carta a Pavelic sobre las masacres y conversiones forzadas que efectuaban sobre los serbios, citando los puntos de vista de sus hermanos obispos que las apoyaban, incluyendo una carta del obispo Mostar al Dr. Miscic. En esa carta le expresa la satisfacción tan grande del episcopado croata por las conversiones en masa de los ortodoxos al catolicismo romano. “Nunca se nos dio una oportunidad tan buena como ahora para ayudar a Croacia a salvar innumerables almas”, y comenta con entusiasmo las conversiones masivas.

Stepinac lamenta en esa carta, sin embargo, la “visión estrecha” de las autoridades que se apoderan aún de los conversos y los “cazan como esclavos”. Hace una lista de las masacres conocidas de madres, niñas y niños menores de ocho años que fueron arrojados vivos desde lo alto de los cerros, para morir despedazados en las profundidades de los barrancos. También comenta asombrosamente que “en la parroquia de Klepca setecientos cismáticos [ortodoxos] de las aldeas vecinas fueron degollados. El subprefecto de Mostar... declaró



públicamente”, continuó comentando Stepinac a Pavelic, que “setecientos cismáticos habían sido arrojados en un pozo”. A pesar de semejante doblez moral, se atribuyó a Stepinac el haber salvado cierto número de judíos y serbios hacia el final del gobierno ustashi. Aun así, se complotó con los ustashis al concluir la guerra, para contrabandear al Vaticano el oro que había juntado el gobierno ustashi de las víctimas del genocidio croata.

Los obispos respaldaban las conversiones masivas con entusiasmo fanático, aunque algunos admitían que no tenía sentido arrojar vagones cargados de cismáticos en los barrancos. El arzobispo Saric de Sarajevo llegó a publicar una poesía ensalzando al líder ustashi, titulada “Oda a Pavelic”.

“Contra los judíos angurrientos con todo su dinero,  
que querían vender nuestras almas,  
traicionar nuestros nombres,  
¡esos miserables!”

“Tú eres una roca sobre la cual descansa  
la patria y la libertad en uno.  
Protege nuestras vidas del infierno,  
del marxismo y del bolchevismo”.

Esa oración no fue escuchada por el Dios del cielo, porque después de la guerra cayeron bajo el régimen comunista. Pavelic demostró no ser la roca que podría protegerlos del infierno y del bolchevismo, y garantizarles la libertad. ¡Cuán lejos estaba la católica Croacia de la verdadera Roca que es Cristo Jesús!

El padre Bozidar Bralow, conocido por el revólver automático que lo acompañaba siempre, fue acusado posteriormente de efectuar una danza alrededor de los cuerpos de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most. Los franciscanos mataban, incendiaban hogares, saqueaban las aldeas, y desbastaban el país Bosnia a la cabeza de las bandas ustashis. Un periodista testificó haber visto en Septiembre de 1941, a un franciscano arengando al sur de Banja Luka una banda de ustashis con su crucifijo (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 254**).

El principal campo de concentración responsable de la muerte de cientos de miles de personas fue dirigido en Croacia por un ex fraile franciscano en Jasenovac, Miroslav Filipovic. Este ex fraile no sólo dirigió, sino que tomó parte también en los actos de tortura y asesinato masivos de 40.000 hombres, mujeres y niños en ese campamento. En 1943 Filipovic fue reemplazado en la dirección del campo de concentración en Jasenovac, por otro exsacerdote, Ivica Brkljadic. Las masacres que allí se dieron son indescriptibles. Puede darnos una idea el siguiente testimonio de un criminal genocida ustashi, Mile Friganovic, acerca de cómo el franciscano Pero Bnica, del monasterio de Siroki Brijeg, mató 1.350 prisioneros del campo de concentración en una sola noche. Fue en una noble competencia para saber quién era mejor en degollar las víctimas de Jasenovac.

“El franciscano Pero Bnica, Ante Zrinusic, Sipka y yo apostábamos para saber quién mataría más prisioneros esa noche. La matanza comenzó y poco después de una hora yo había matado mucha más gente que ellos. Me parecía estar en el séptimo cielo. Nunca había sentido tanta felicidad en toda mi vida. Ya después de unas pocas horas había matado 1.100 personas, mientras que los otros habían podido matar sólo 300 o 400 cada uno. Y entonces, cuando estaba experimentando el éxtasis más grande, me di cuenta de que un campesino anciano me estaba mirando de pie, pacíficamente y con calma, cómo yo mataba a mis víctimas que morían con el más grande dolor. Su mirada me sacudió. En medio del más grande éxtasis quedé repentinamente paralizado y por algún momento no pude moverme para nada. Entonces caminé hacia él y descubrí que era algún vukasin (campesino) de la aldea de Klepci, cerca de Capljina, en donde su familia entera había sido muerta. Había sido enviado a Jasenovac después de haber trabajado en los bosques. Me contó esto con una paz incomprensible que me afectó más que los gritos terribles que nos rodeaban. De golpe sentí el deseo de romper su paz torturándolo de la manera más brutal y, mediante su sufrimiento, recuperar mi éxtasis y continuar regocijándome en la inflexión del dolor”.

“Lo separé de los demás y lo senté sobre un tronco. Le ordené gritar: ‘¡larga vida para el poglavnik Pavelic!’ o de lo contrario le cortarían su oreja. El vukasin guardaba silencio. Le arranqué su oreja. No dijo ni una palabra. Le dije una vez más que gritara ‘¡larga vida para Pavelic!’, o le desgarraría la otra oreja también. Le arranqué la otra oreja. Grité: ‘¡larga vida para Pavelic!’, o te voy a romper la nariz. Y cuando le ordené por cuarta vez gritar ‘¡larga vida para Pavelic!’, y lo amenacé con quitarle su corazón con un cuchillo, me miró, esto es, algo



a través mío y sobre mí en forma incierta, y lentamente me dijo: '¡haz tu trabajo, hijo!' Después de eso, sus palabras me dejaron perplejo, quedé paralizado, le arranqué los ojos, su corazón, le corté su garganta de oreja a oreja y lo arrojé a un pozo. Pero algo me quebrantó dentro de mí y no pude matar más gente en esa noche. El sacerdote franciscano ganó la apuesta porque mató 1.350 prisioneros y le pagué la apuesta sin discutir”.

- d. **La aprobación del Vaticano al régimen genocida de Croacia.** Ya vimos que el papa Pío XII recibió a Ante Pavelic y bendijo su régimen cuando las matanzas croatas estaban en pleno furor, para asombro y desmayo de los ingleses y del resto del mundo. Estaba plenamente enterado de todo lo que ocurría en Croacia. Su delegado apostólico Marconi iba y venía entre Zagreb y Roma. Los ustashis y el clero ponían a disposición de él los planes militares para que pudiese viajar libremente por la nueva Croacia. Los obispos se comunicaban sin trabas con él, muchos de los cuales formaban parte del parlamento de la nueva nación, y visitaban a menudo al papa en Roma. Todos estaban ávidos por enterarse, cuando venían a Roma, de cómo iban las cosas en Croacia.

La Santa Sede envió un buen número de directivas a los obispos de Croacia para julio de 1941. El Vaticano insistía en que no se debían aceptar conversos potenciales al catolicismo cuando era patente que buscaban el bautismo por razones equivocadas. Lo pavoroso es que esas “razones equivocadas” tenían que ver con el terror y el intento de evitar la muerte. Era obvio que el Vaticano estaba al tanto de lo que estaba teniendo lugar allí.

Ya vimos cómo en Agosto de 1941, los israelitas habían pedido una intervención del gobierno italiano y del papado para rescatar a 6.000 judíos abandonados en una isla estéril sin protección ni alimento ni agua. En septiembre, Branko Bokun, un joven yugoeslavo, fue enviado a Roma por uno de los jefes de inteligencia de su país, creyendo que el papa sería diferente de los otros prelados asesinos de Croacia. Vino con un gran archivo de documentos, testimonios oculares y fotografías de las masacres. Lo remitieron al Secretario de Estado Vaticano, Montini (futuro papa Pablo VI [**es impresionante la catadura moral de los papas contemporáneos**]), quien no le dio audiencia. Antes bien, le pidió que dejase su documentación y volviese una semana más tarde, para darle al tema una cuidadosa atención.

Cuando volvió, lo atendió el secretario de Montini, diciéndole que “las atrocidades descritas en su documento son perpetradas por los comunistas, pero maliciosamente atribuidas a los católicos”. En la típica hipocresía del Vaticano, Montini recibía a los representantes de Croacia a quienes comenzaba reprendiéndolos con duras palabras, pero terminaba asegurándoles que el Santo Padre apoyaría a la católica Croacia (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 73**). Todos los embajadores que venían a la Santa Sede requiriendo la intervención papal para detener las masacres en las católicas Croacia y Eslovenia, eran recibidos de la misma manera. Primero un “ataque simulado, luego una atención paciente [al testimonio y documentación ofrecidos], y finalmente una generosa rendición” frente a los hechos.

Los mensajes de la BBC de Londres eran frecuentes sobre la situación en ese país. Uno de ellos, el 16 de febrero de 1942 puede considerárselo como típico: “se están cometiendo las peores atrocidades en los alrededores del arzobispo de Zagreb [Stepinac]. Corre a torrentes la sangre hermana. Los ortodoxos son obligados a convertirse al catolicismo, y no escuchamos ninguna voz del arzobispo predicando una revolución. En su lugar, se informa que toma parte en los desfiles nazis y fascistas”. Los prelados católicos y representantes del gobierno ustashi que visitaban el Vaticano decían que eran “calumniados” y se quejaban por considerárselos como “bárbaros y caníbales”. Esto prueba también que la Santa Sede estaba al tanto de lo que pasaba.

A pesar de todas las informaciones sobre los homicidios masivos, en marzo de 1942 la Santa Sede entablaba relaciones oficiales con los representantes de Croacia. Cuando en Mayo de 1943, Pavelic pidió otra audiencia con el papa, el Secretario de Estado del Vaticano para entonces, Maglioni, le respondió que “no había dificultades relacionadas con la visita del poglavnik al Santo Padre, excepto que no podría recibirlo como a un soberano”. Pío XII mismo le prometió su bendición personal de nuevo, a pesar de tener para esa época la información de las peores atrocidades que se habían estado cometiendo durante los dos años del gobierno de Pavelic (**Mark Aarons, Unholy Trinity, The Vatican, the Nazis, and the Swiss Banks, 73**).

En marzo de 1942, mientras Pavelic tenía conversaciones formales con los diplomáticos croatas, el Congreso Judío Mundial y la comunidad israelita suiza pidieron la intervención de la Santa Sede para socorrer a los judíos perseguidos en Croacia. Casi dos meses antes Alemania había bosquejado sus planes para la Solución Final, y esas agencias judías



documentaron en su petición, las persecuciones que se llevaban a cabo contra los judíos de Alemania, Francia, Rumania, Eslovaquia, Hungría, y Croacia. Aunque todos eran países católicos (con excepción de Alemania con el 50% católico), los últimos tres países mencionados tenían fuertes relaciones diplomáticas y eclesiásticas con la Santa Sede, por lo que esperaban que el papa hiciese algo por los judíos perseguidos en esos lugares. El manuscrito de esa petición reside en los archivos sionistas de Jerusalén. Pero el Vaticano los excluyó de los once volúmenes que liberó de la época de la guerra, en un intento de ocultar lo que sabía el papado sobre los crímenes de Croacia. Los historiadores dan prueba de otros documentos históricos omitidos por el Vaticano (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 259, 377**).

Una vez que terminó la guerra y los comunistas se apoderaron de Yugoslavia, incluyendo Croacia, prácticamente el cuerpo entero del gobierno ustashi, con muchos sacerdotes, encontró refugio en el Vaticano. La misma actitud benevolente del papado continuó después de la guerra para ayudarlos a evadir la justicia. Los ustashis confiaron al arzobispo Stepinac el oro que habían juntado de las víctimas judías y ortodoxas. Este logró traerlo, con la ayuda de otros clérigos, de contrabando al Vaticano. Debido a eso, hay una demanda actual al Vaticano en favor de las víctimas del genocidio ustashi, que tiene como propósito forzar a la Santa Sede a liberar sus archivos con respecto al destino de ese dinero (**Bill Stouffer, The Patron Saint of Genocide. Archbishop Stepinac and the Independent State of Croatia, 28**).

- e. **La razón básica de la aprobación papal.** Cornwell comenta que la dislocación moral del clero croata fue compartida por el Vaticano, incluso por el papa Pío XII mismo. Tanto el sacerdocio croata como la Santa Sede se negaron a disociarse del régimen criminal croata. Tampoco lo denunciaron ni excomulgaron a su líder ni a sus secuaces. La razón se debió a que no querían “perder las oportunidades” que se les presentaban, “la ‘buena oportunidad’ para construir una plataforma de poder católico en los Balcanes.

Fue la misma indisposición a perder la oportunidad única de “evangelizar” el mundo oriental que condujo a Pacelli a presionar el Concordato Serbio en 1913-1914, con todos sus riesgos y repercusiones que llevaron al mundo a la Primera Guerra Mundial. La esperanza del, para entonces, futuro papa era crear un rito latino que sirviese de plataforma para el cristianismo oriental (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 255, 256**). Desde allí enviaría monjes misioneros para traer otra vez de regreso al mundo oriental en obediencia al papa. Cuando el delegado diplomático de Croacia en la Santa Sede, Rusinovic, comentó en medio de la Segunda Guerra Mundial a Montini, secretario de estado del Vaticano, que había ya cinco millones de católicos en el país en lugar de tres millones trescientos mil iniciales, Montini le respondió: “el Santo Padre los va a ayudar, estén seguros de eso” (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 259**).

En 1943, Pío XII le expresó a Lobkowicz, diplomático de Croacia, “su placer por la carta personal que recibió de nuestro poglavnik [Pavelic]”. También le dijo que estaba “chasqueado de que, a pesar de todo, nadie quiere reconocer al único, real y principal enemigo de Europa. No se ha iniciado todavía ninguna cruzada militar comunal y verdadera contra el bolchevismo”. Eso no era cierto, ya que Hitler había lanzado su cruzada militar contra Rusia en el verano de 1941, y el papa le había estado pidiendo autorización, a través del excanciller alemán von Papen, para enviar sacerdotes católicos con sus tropas y evangelizar el mundo comunista y ortodoxo. La molestia de Pío XII por la presión occidental a pronunciarse contra sus queridos criminales ustashis que revelaban tanto celo misionero en la sección serbia de Croacia, se acrecentaba al ver cómo abortaban sus intentos catolizantes a través del nazismo.

Hitler estaba para entonces enterado de las barbaries católicas contra los ortodoxos serbios, y no quería que las cosas se le complicasen mediante una confrontación religiosa similar en el Este. En la segunda parte de 1941 dijo que si permitiese al catolicismo introducirse en Rusia “iba a tener que permitirles lo mismo a todas las denominaciones cristianas para que se aporreasen las unas a las otras con sus crucifijos”. A partir de entonces comenzó a tomar medidas para impedir que el Vaticano se entrometiese en sus planes, y a perseguir a la Iglesia Católica especialmente en Polonia, de donde pensaba el Vaticano enviar sacerdotes al mundo oriental camuflados en sus ejércitos. En realidad, los nazis llegaron a proponerse acabar con todos los polacos por motivaciones racistas.

Hitler captó más que nunca para entonces, la problemática religiosa y la política papal entrelazadas. Siempre en la segunda parte de 1941, llegó a decir que “el cristianismo es el golpe más duro que alguna vez golpeó a la humanidad. El bolchevismo es un hijo bastardo del cristianismo. Ambos son la descendencia monstruosa de los judíos”. En Diciembre



prometió que, una vez concluida la guerra iba a terminar con el problema de la Iglesia, como única alternativa para lograr que la nación alemana estuviese completamente segura (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 261**).

Reinhard Heydrich, a cargo de la oficina de seguridad principal del Reich, había advertido a Hitler el 2 de julio de 1941 sobre la planificación que había podido detectar del Vaticano para infiltrar sus tropas e invadir Rusia con la fe católica, y se opuso igualmente a la idea de permitirle a la Iglesia beneficiarse de las conquistas logradas por la sangre alemana. El 17 de febrero de 1942, el mismo Heydrich, quien para entonces tenía a su cargo la supervisión diaria de la Solución Final, reportó al Führer que 300.000 eslavos habían sido ya masacrados por los croatas, y agregó que “el estado de tensión serbio-croata no es otra cosa que una batalla de la Iglesia Católica contra la Iglesia Ortodoxa” (**Bill Stouffer, The Patron Saint of Genocide. Archbishop Stepinac and the Independent State of Croatia**). Hoy se ufana el Vaticano también por contar en Eslovaquia con el 74% de la población católica (Zenit, 14 de febrero, 2004).

Después de todo, el principal interés de Hitler estaba en terminar con el comunismo y el judaísmo, a los que creía mancomunados para desestabilizar el mundo cristiano de occidente, no necesariamente a los ortodoxos que eran oprimidos por los comunistas. A pesar de eso, el Vaticano logró enviar sacerdotes desde Polonia, Hungría, Eslovaquia, Croacia y del Colegio Russicum y Ruthenian del Vaticano mismo. Iban como capellanes militares o camuflados como civiles que pedían ser enrolados en el ejército alemán. Otros conseguían trabajos como mozos para cuidar los caballos en el Comando de Transporte Alemán.

Una vez que llegaban a un lugar apropiado desde el Báltico al Mar Negro, atraían a centenares de personas que por años no habían podido recibir el rito católico. En su mayoría fueron aprehendidos y baleados como desertores y espías, o enviados a los campos de concentración. Los que cayeron en manos de los rusos fueron a parar a los gulags (**John Cornwell, Hitler's Pope, The Secret History of Pius XII, 264**). El fracaso de esas avanzadas misioneras del Vaticano puede haber motivado el disgusto de Pío XII porque no se emprendía una cruzada militar de envergadura contra el comunismo, que le permitiese imponerse sobre toda Europa, incluyendo la sección oriental por siglos bajo regímenes ortodoxos.

Tal vez corresponda aquí decir algo más. Hitler contaba al principio con simpatías en toda Europa, hasta de la nobleza inglesa y del mismo rey de Inglaterra a quien luego se obligó a abdicar porque le pasaba al Führer los secretos del estado inglés [se refiere a Eduardo VIII, a quien se hizo abdicar por el pretexto de su matrimonio con Wallis Simpson, norteamericana doblemente divorciada, pero en realidad por su poco ocultada simpatía por los nazis]. Muchos esperaban, para entonces, que Inglaterra, Francia y posteriormente los EE.UU., se unieran con Hitler para terminar con el comunismo e invadir juntos a Rusia. Los mismos sueños de acabar con el comunismo eran compartidos en el Vaticano también. Pero la decisión de Hitler de adelantarse a esos planes y ser él el líder de la liberación, terminó convenciendo a todos de que su misión iba a fracasar y de que había que deshacerse de él. Es probable que la molestia de Pío XII porque no se lanzaba una cruzada generalizada contra Rusia, se haya debido también a un momento de duda con respecto al éxito de la campaña del Führer.

Fue el papado el que alentó la introducción de Japón en la Segunda Guerra Mundial, con la esperanza de que invadiese Rusia desde el Este, mientras Alemania lo hacía por el Oeste. Luego del fracaso nazi, el papado bajo el apoyo velado y silencio hipócrita de los países aliados, trató de reorganizar los deshechos del nazismo -los criminales de guerra- para ver si con ellos podía rescatar al menos los países centrales del Este tradicionalmente católicos. Al mismo tiempo, intentó empujar a los EE.UU. a iniciar una tercera guerra mundial mediante el uso de la bomba atómica... No importaba el medio, la consigna de Pío XII era terminar con el comunismo que trababa el progreso hegemónico del papado.

- f. **Número de muertos en el genocidio católico-fascista croata.** La historia de Croacia en esos años aciagos de 1941 a 1945 se la elogia como una época de gloria por los triunfos católicos o se la condena por los genocidios que se cometieron, dependiendo de qué lado se cuenta la historia. Algo semejante ocurre con las estadísticas sobre el genocidio que buscan disminuirse del lado católico. No obstante, hay datos hoy bastantes objetivos que difícilmente podrán removerse.

Las fuentes serbias dan una cifra de 600 a 700.000 serbios muertos en el campo de concentración de Jasenovac. El presidente actual de la nueva Croacia, Tudjman, disminuyó esa cifra a 30.000. El gobierno norteamericano recientemente liberó, sin embargo, un documento que se había capturado a los nazis, que se usó en el juicio del comandante del



campo de concentración de Jasenovac, Dinko Sakic. Según ese documento, 120.000 fueron muertos en Jasenovac para Diciembre de 1943, cuando le quedaban todavía cerca de dos años de vida al régimen de Pavelic. Esto significa que por ese campamento pueden haber pasado cientos de miles de serbios ortodoxos para dejar no sólo sus posesiones, sino también sus vidas.

Ya vimos que Hitler recibió en 1942, cuando no se había completado el primer año de Pavelic, la información de la masacre de 300.000 eslavos mediante los "métodos más sádicos" en una lucha de la Iglesia Católica contra la Iglesia Ortodoxa (**Bill Stouffer, The Patron Saint of Genocide. Archbishop Stepinac and the Independent State of Croatia**). Cornwell cita las fuentes más recientes y confiables (científicas) que indican 487.000 ortodoxos serbios y 27.000 gitanos masacrados durante 1941 y 1945 en el Estado Independiente de Croacia. A esto se suman 30.000 de los 45.000 judíos, de los cuales de 20 a 25.000 murieron en los campos de muerte ustashi, y 7.000 fueron deportados a las cámaras de gas.

Tudjman propuso en 1996 volver a sepultar los restos de los ustashis croatas muertos por los campesinos yugoeslavos junto a las víctimas serbias de los ustashis en Jasenovac (Reuters, 22 de Abril, 1996). Pero el intento de unir a los criminales ustashis con sus víctimas produjo una reacción internacional negativa, de tal manera que se debió abandonar el plan. Por otro lado, se considera que las masacres de croatas efectuadas por los serbios en la década de los noventa por el gobierno Yugoslavo fue, en parte, como venganza por el genocidio croata de serbios en la década de los cuarenta.

La indignación que tienen los nacionalistas serbios hoy es que se está juzgando a Milosevic como criminal de guerra por las masacres que hizo de los croatas católicos en la década del 90, cuando las muertes que llevó a cabo no tienen ni comparación con las que perpetró Pavelic medio siglo antes. En lugar de juzgar y condenar a Pavelic, el nuevo gobierno croata quiere llevar sus restos de España, donde murió bajo la protección del dictador falangista Franco, a la nueva Croacia, donde le levantarán, sin duda alguna, monumentos por todo el país. Por su parte, el papa Juan Pablo II intervino en forma inmediata para detener las masacres vengativas ortodoxas serbias de los católicos croatas, mientras que el papa Pío XII no hizo nada para detener las masivas e incomparables masacres católicas croatas de los serbios ortodoxos durante la Segunda Guerra Mundial. Al contrario, apoyó al gobierno de Pavelic en su tarea de catolizar Croacia.

**Alberto R. Treiyer, El Vaticano y los Grandes Genocidios del Siglo XX, 43-51**

Realmente increíble pensar que esto ha ocurrido durante el Siglo XX y tiene como personajes a papas que son considerados dignos de los altares pero que no tuvieron piedad de los millones de víctimas masacradas por pensar diferente de la iglesia apóstata: la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, el verdadero anticristo.

Dios le bendiga.